



se

Mary Shelley
El Último Hombre

Lectulandia

Esta es una novela apocalíptica de ciencia ficción, publicada por primera vez en 1826. El libro narra la historia de un mundo futurista que ha sido arrasado por una plaga. La novela fue duramente criticada durante su época, y permaneció prácticamente en el anonimato hasta que los historiadores la resucitaron en la década de 1960. Es notable en parte por sus retratos semibiográficos de figuras románticas pertenecientes al círculo de Shelley, particularmente el esposo de Mary Shelley: Percy Bysshe Shelley y Lord Byron.

Lectulandia

Mary Shelley

El último hombre

ePub r1.1

Duard 23.12.2018

Título original: *The last man*
Mary Shelley, 1826
Traducción: Juanjo Estrella
Retoque de cubierta: Duard

Editor digital: Duard
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

VISITÉ Nápoles en 1818. El 8 de diciembre de ese año, mi acompañante y yo cruzamos la bahía a fin de conocer las antigüedades que salpican las costas de Baiae. Las aguas cristalinas y brillantes del mar en calma cubrían fragmentos de viejas villas pobladas de algas, iluminadas por haces de luz solar que las veteaban con destellos diamantinos. El elemento era tan azul y diáfano que Galatea hubiera podido surcarlo en su carro de madreperla y Cleopatra escogerlo como senda más propicia que el Nilo para su mágica nave. Aunque era invierno, parecíamos hallarnos más bien en el inicio de la primavera, y la agradable tibieza del aire contribuía a inspirar esas sensaciones de calidez que son la suerte del viajero que se demora, que detesta tener que abandonar las tranquilas ensenadas y los radiantes promontorios de Baiae.

Visitamos los llamados Campos Elíseos y el Averno y paseamos por entre varios templos en ruinas, antiguas termas y emplazamientos clásicos. Finalmente nos internamos en la lúgubre caverna de la Sibila de Cumas. Nuestros *lazzeroni* portaban antorchas que alumbraban con luz anaranjada y casi crepuscular unos tenebrosos pasadizos subterráneos cuya oscuridad, que las rodeaba con avidez, parecía impaciente por atrapar más y más luz. Pasamos bajo un arco natural que conducía a una segunda galería y preguntamos si podíamos entrar también en ella. Los guías señalaron el reflejo de las antorchas en el agua que inundaba su suelo y nos dejaron extraer a nosotros nuestra propia conclusión. Con todo, añadieron, era una lástima, pues aquel era el camino que conducía a la cueva de la Sibila. La exaltación se apoderó de nuestra curiosidad y entusiasmo e insistimos en intentar el paso. Como suele suceder con la persecución de tales empresas, las dificultades disminuyeron al examinarlas. A ambos lados del camino húmedo descubrimos «tierra seca para posar el pie^[1]». Al fin llegamos a una caverna oscura y desierta, y los *lazzeroni* nos aseguraron que se trataba de la cueva de la Sibila. Nuestra decepción fue grande, pero la examinamos con detalle, como si sus paredes desnudas, rocosas, pudieran albergar todavía algún resto de su celestial visitante. En uno de los lados se adivinaba una pequeña abertura.

—¿Adónde conduce? ¿Podemos entrar? —preguntamos.

—*Questo poi*, no —respondió el salvaje que portaba la antorcha—. Apenas se adentra un poco, y nadie la visita.

—De todos modos quiero intentarlo —insistió mi acompañante—. Tal vez conduzca hasta la cueva verdadera. Yo voy. ¿Quieres acompañarme?

Le mostré mi disposición a seguir, pero los guías se opusieron a nuestra decisión. Con gran locuacidad, en su dialecto napolitano —que no nos resultaba demasiado familiar—, nos dijeron que allí habitaban los espectros, que el techo cedería, que era estrecha en exceso para alojarnos, que en su centro se abría un hueco profundo lleno de agua y que podíamos ahogarnos. Mi acompañante interrumpió la perorata arrebatándole la antorcha al hombre. Y los dos proseguimos a solas.

El pasadizo, por el que al principio apenas cabíamos, se estrechaba cada vez más, volviéndose más bajo. Caminábamos casi a gatas, pero insistíamos en seguir avanzando. Al fin fuimos a dar a un espacio más amplio, donde el techo ganaba altura. Pero, cuando ya nos congratulábamos por el cambio, un golpe de aire apagó nuestra antorcha y nos sumió en la oscuridad más absoluta. Los guías disponían de materiales para encenderla de nuevo, pero nosotros no, y solo podíamos regresar por donde habíamos llegado. A tientas buscamos la entrada, y transcurrido un tiempo nos pareció que habíamos dado con ella. Sin embargo, resultó tratarse de un segundo pasadizo, que sin duda ascendía. Tampoco este presentaba otra salida, aunque algo parecido a un rayo, que no sabíamos de dónde provenía, arrojaba un atisbo de ocaso sobre su espacio. Gradualmente nuestros ojos se acostumbraron algo a la penumbra y percibimos que, en efecto, no había paso directo que nos llevara más allá, pero que era posible trepar por un costado de la caverna hasta un arco bajo en lo alto, que auguraba un sendero más cómodo. Al llegar a él descubrimos el origen de la luz. No sin dificultad seguimos ascendiendo, y llegamos a otro pasadizo más iluminado que conducía a otra pendiente similar a la anterior.

Tras varios tramos como los descritos, que solo nuestra determinación nos permitió remontar, llegamos a una caverna de techo abovedado. En su centro, una apertura dejaba pasar la luz del cielo, aunque se hallaba medio cubierta por zarzas y matorrales que actuaban como un velo; oscurecían el día y conferían al lugar un aire solemne, religioso. Se trataba de una cavidad amplia, casi circular, con un asiento elevado de piedra en un extremo, del tamaño de un triclinio. La única señal de que la vida había pasado por allí era el esqueleto perfecto, níveo, de una cabra, que seguramente no se habría percatado del hueco mientras pacía en la colina y habría caído allí dentro. Tal vez hubieran transcurrido siglos desde aquel percance, y los daños que hubiera causado al precipitarse los habría borrado la vegetación, crecida durante cientos de veranos.

El resto del mobiliario de la caverna lo formaban montañas de hojas, fragmentos de troncos, además de una sustancia blanca que formaba una película como la que aparece en el interior de las hojas del maíz cuando está verde. Las fatigas que habíamos pasado para llegar hasta allí nos habían agotado, y nos sentamos en el trono de piedra. Llegaban hasta nuestros oídos, desde arriba, los sonidos de los cencerros de unas ovejas y los gritos de un niño pastor.

Al cabo de un rato mi acompañante, que había recogido del suelo algunas hojas, exclamó:

—¡La cueva de la Sibila es esta! ¡Esto son hojas sibilinas!

Al examinarlas, descubrimos que todas las hojas, las ramas y los demás elementos estaban cubiertos de caracteres escritos. Lo que más nos asombró fue que aquellas palabras estuvieran expresadas en distintas lenguas, algunas de ellas desconocidas para mi acompañante; caldeo antiguo, jeroglíficos egipcios viejos como las pirámides. Y más extraño aún era que otras aparecieran en lenguas modernas, en inglés, en italiano. La escasa luz no nos permitía distinguir gran cosa, pero parecían contener profecías, relaciones detalladas de eventos que habían ocurrido hacía poco; nombres hoy bien conocidos, pero de fecha reciente; y a menudo exclamaciones de exultación o pesar, de victoria o derrota, escritas en aquellas delgadas páginas esparcidas. Aquella era, sin duda, la cueva de la Sibila; no se hallaba en el mismo estado descrito por Virgilio, pero los terremotos y las erupciones volcánicas han convulsionado esa tierra de tal modo que los cambios no podían sorprendernos, por más que los restos de los desastres los hubiera borrado el tiempo. Seguramente debíamos la conservación de aquellas hojas al accidente que había sellado la boca de la cueva y a la vegetación de rápido crecimiento, que había vuelto impermeable a la lluvia su única abertura. Nos apresuramos a seleccionar las hojas escritas en una lengua que al menos uno de los dos entendiera. Y a continuación, cargados con nuestro tesoro, nos despedimos de la caverna hipaétrica y, tras muchas dificultades, logramos reunirnos con nuestros guías.

Durante nuestra estancia en Nápoles regresamos con frecuencia a la misma cueva, en ocasiones a solas, surcando el mar bañado por el sol, y aprovechábamos cada visita para recoger más hojas. Desde entonces, siempre que las circunstancias del mundo —y el estado de mi mente— me lo han permitido, me he dedicado a descifrar estos restos sagrados. Su significado, maravilloso y elocuente, ha merecido a menudo el esfuerzo, me ha sumido en la tristeza, ha excitado mi imaginación, llevándola a sus más altas cimas, a través de la inmensidad de la naturaleza y de la mente del hombre. Durante un tiempo mi labor no fue solitaria, pero ese tiempo ya pasó, y con la desaparición de quien me acompañaba en mis fatigas, persona selecta e incomparable, también se ha ido la mejor de sus recompensas...

Di mie tenere fronda altro lavoro
credea mostrarte; e qual fero pianeta
Ne'nvidio insieme, o mio nobil tesoro^[2]?

Me dispongo a dar a conocer mis últimos descubrimientos sobre las escasas hojas sibilinas. A causa de su estado disperso y fragmentado me he visto en la obligación de añadir relaciones, de dar una forma coherente al trabajo. Con todo, su sustancia se

halla principalmente en las verdades que estas rapsodias poéticas contienen, así como en la intuición divina que la doncella de Cumas recibía del cielo.

Me he preguntado a menudo sobre los temas de sus versos, así como sobre el vestido inglés del poeta latino. Se me ocurre que si resultan arcanos y caóticos es por mí, que soy quien los ha descifrado; así como, si al entregar a otro artista los fragmentos pictóricos que forman la copia del mosaico de *La Transfiguración de Rafael*, que se halla en San Pedro, aquel los uniera a su modo, reflejo de su inteligencia y su talento únicos, así, sin duda, al pasar por mis manos, las hojas de la Sibila de Cumas se han distorsionado y han menguado en interés. La única excusa con que puedo justificar su transformación es que, en sus condiciones puras, resultaban ininteligibles.

Mis trabajos han animado mis largas horas de soledad, me han alejado de un mundo que volvió a un lado su rostro otrora benévolo para llevarme a otro iluminado por destellos de imaginación y poder. Se preguntarán mis lectores cómo pude hallar solaz en una narración llena de desgracias y pesarosos cambios. Este es uno de los misterios de nuestra naturaleza, que se ha apoderado de mí por completo y de cuya influencia no logro escapar. Confieso que no he permanecido impasible al desarrollo del relato, y que ciertas partes de la historia, que he transcrito fielmente a partir de los materiales recogidos, me han llevado a la desazón o, mejor dicho, a la agonía. Y sin embargo la naturaleza humana funciona de tal modo que aquella excitación mental me complacía, y que la imaginación, pintora de tempestades y terremotos o, peor aún, de las tormentosas y frágiles pasiones del hombre, aliviaba mis penas verdaderas y mis lamentos sin fin, al recubrir esas otras, ficticias, de una idealidad que suprime el aguijonazo del dolor.

Dudo en verdad de que esta disculpa sea necesaria, pues serán los méritos de mi adaptación y traducción los que habrán de servir para valorar si no he malgastado mi tiempo y mis imperfectas dotes al dar forma y sustancia a las frágiles y escasas hojas de la Sibila.

VOLUMEN Primero

Capítulo I

SOY el hijo de un confín rodeado por el mar, de una tierra ensombrecida por las nubes que, si en mi mente represento la superficie del planeta, con sus vastos océanos y sus continentes vírgenes, aparece solo como una mota desdeñable en la inmensidad del todo, y que sin embargo, cuando la deposito en las balanzas de la mente, supera con creces el peso de países de mayor extensión y población más numerosa, pues cierto es que la mente humana ha sido la creadora de todo lo bueno y lo grande para el hombre, y que la naturaleza ha actuado solo como un primer ministro. Inglaterra, alzada en medio del turbulento océano, muy al norte, visita ahora mis sueños adoptando la forma de un buque inmenso, bien comandado, que dominaba los vientos y navegaba orgulloso sobre las olas. En mis días infantiles, ella era mi universo todo. Cuando, en pie sobre las colinas de mi país natal, contemplaba las llanuras y los montes que se perdían en la distancia, salpicados de las moradas de mis paisanos, que con su esfuerzo habían hecho fértiles, el centro mismo de la tierra se hallaba, para mí, anclado en aquel lugar, y el resto no era más que una fábula que no me habría costado trabajo alguno olvidar en mi imaginación ni en mi entendimiento.

Mi suerte ha sido, desde un buen principio, ejemplo del poder que la mutabilidad ejerce sobre el variado tenor de la vida de un hombre. En mi caso, ello me viene dado casi por herencia. Mi padre era uno de esos hombres sobre quienes la naturaleza derrama con gran prodigalidad los dones del ingenio y la imaginación para dejar luego que esos vientos empujen la barca de la vida, sin poner de timonel a la razón, ni al juicio de piloto de la travesía. La oscuridad envolvía sus orígenes. Las circunstancias lo arrastraron pronto a una vida pública, y no tardó en gastar el patrimonio paterno en el mundo de modas y lujos del que formaba parte. Durante los años irreflexivos de su juventud, los más distinguidos frívolos de su tiempo lo

adoraban, lo mismo que el joven monarca, que escapaba de las intrigas de palacio y de los arduos deberes de su oficio real y hallaba constante diversión y esparcimiento del alma en su don de gentes. Los impulsos de mi padre, que jamás controlaba, lo metían siempre en unos aprietos de los que no era capaz de salir recurriendo solo a su ingenio. Y así, la acumulación de deudas de honor y peculio, que hubieran supuesto el derrumbamiento de cualquiera, las sobrellevaba él con gran ligereza e implacable hilaridad; entretanto, su compañía había llegado a resultar tan imprescindible en las mesas y reuniones de los ricos que sus desmanes se consideraban veniales, y él mismo los recibía como embriagadores elogios.

Esa clase de popularidad, como cualquier otra, resulta evanescente, y las dificultades de toda condición con que debía contender aumentaban en alarmante proporción comparadas con los escasos medios a su alcance para eludirlas. En aquellas ocasiones el rey, que profesaba gran entusiasmo por él, acudía a su rescate, y amablemente lo ponía bajo su protección. Mi padre prometía enmendarse, pero su disposición sociable, la avidez con que buscaba su ración diaria de admiración y, sobre todo, el vicio del juego, que lo poseía por completo, convertían en pasajeras sus buenas intenciones y en vanas sus promesas. Con la agudeza y la rapidez propias de su temperamento, percibió que su poder, en el círculo de los más brillantes, comenzaba a declinar. El rey se casó. Y la altiva princesa de Austria, que como reina de Inglaterra pasó a convertirse en faro de las modas, veía con malos ojos sus defectos y con desagrado el aprecio que el rey le profesaba. Mi padre percibía que su caída se avecinaba, pero lejos de aprovechar esa calma final anterior a la tormenta para salvarse, se dedicaba a ignorar un mal anticipado realizando aún mayores sacrificios a la deidad del placer, árbitro engañoso y cruel de su destino.

El rey, que era hombre de excelentes aptitudes, pero fácilmente gobernable, pasó a convertirse en abnegado discípulo de su consorte y se vio inducido por ella a juzgar con extrema desaprobación primero, y con desagrado después, la imprudencia y las locuras de mi padre. Ciertamente es que su presencia disipaba los nubarrones. Su cálida franqueza, sus brillantes ocurrencias y sus complicidades lo hacían irresistible. Y solo cuando, distante él, nuevos relatos de sus errores llegaban a oídos reales, volvía a perder su influencia. Los hábiles manejos de la reina sirvieron para dilatar aquellas ausencias y acumular acusaciones. Finalmente el rey llegó a ver en él una fuente de perpetua zozobra, pues sabía que habría de pagar con tediosas homilías el placer breve de su frecuentación, y que a él seguirían llegando los relatos dolorosos de unos excesos cuya veracidad no era capaz de refutar. Así, el soberano decidió concederle un último voto de confianza; si le fallaba, perdería su favor para siempre.

La escena hubo de resultar de gran interés e intensamente apasionada. Un monarca poderoso, conocido por una bondad que hasta entonces le había llevado a mostrarse voluble, y después muy serio en sus admoniciones, alternando la súplica con la reprimenda, rogaba a su amigo que se ocupara de sus verdaderos intereses, que evitara resueltamente esas fascinaciones que, en realidad, desertaban de él con

rapidez, y dedicara sus inmensos dones a cultivar algún campo digno, en el que él, su soberano, sería su apoyo, su sostén, su seguidor. Toda aquella bondad alcanzó a mi padre, y durante un momento ante él desfilaron sueños de ambición: pensó que sería bueno cambiar sus planes presentes por deberes más nobles. De modo que, con sinceridad y fervor, prometió lo que se le requería. Como prenda de aquel favor renovado, recibió de su señor real una suma de dinero para cancelar sus apremiantes deudas y comenzar su nueva vida bajo buenos auspicios. Aquella misma noche, todavía henchido de gratitud y buenos propósitos, perdió el doble de aquella suma en la mesa de juego. En su afán por recuperar las primeras pérdidas, realizó apuestas a doble o nada, con lo que incurrió en una deuda de honor que de ningún modo podía asumir. Demasiado avergonzado para recurrir de nuevo al rey, se alejó de Londres, de sus falsas delicias y sus miserias duraderas y, con la pobreza por única compañía, se enterró en la soledad de los montes y los lagos de Cumbria. Su ingenio, sus *bon mots*, el recuerdo de sus atractivos personales, perduraron largo tiempo en las memorias y se transmitían de boca en boca. Si se preguntaba dónde se hallaba aquel paladín de la moda, aquel compañero de los nobles, aquel haz de luz superior que brillaba con esplendor ultraterreno en las reuniones de los alegres cortesanos, la respuesta era que se encontraba bajo un nubarrón, que era un hombre extraviado. Nadie creía que le correspondiera prestarle un servicio a cambio del placer que él les había proporcionado, ni que su largo reinado de ingenio y brillantez mereciera una pensión tras su retiro. El rey lamentó su ausencia; le encantaba repetir sus frases, relatar las aventuras que habían vivido juntos, ensalzar sus talentos. Pero ahí concluía su tributo.

Entretanto, olvidado, mi padre no conseguía olvidar. Lamentaba la pérdida de lo que necesitaba más que el aire o el alimento: la emoción de los placeres, la admiración de los nobles, la vida de lujo y refinamiento de los grandes. La consecuencia de todo ello fueron unas fiebres nerviosas, que le curó la hija de un granjero pobre, bajo cuyo techo se cobijaba. La muchacha era encantadora, amable y, sobre todo, buena con él. No ha de sorprender que un ídolo caído de alcurnia y belleza pudiera, aun en aquel estado, resultar elevado y maravilloso a ojos de la campesina. Su unión dio lugar a un matrimonio condenado desde el principio, del que yo soy el vástago.

A pesar de la ternura y la bondad de mi madre, su esposo no podía dejar de deplorar su propio estado de degradación. Nada acostumbrado al trabajo, ignoraba de qué modo podría contribuir al mantenimiento de su creciente familia. A veces pensaba en recurrir al rey, pero el orgullo y la vergüenza se lo impedían. Y, antes de que sus necesidades se hicieran tan imperiosas como para forzarlo a trabajar, murió. Durante un breve intervalo, antes de la catástrofe, pensó en el futuro y contempló con angustia la desolada situación en que dejaría a su esposa y a sus hijos. Su último esfuerzo consistió en una carta escrita al rey, conmovedora y elocuente, salpicada de los ocasionales destellos de aquel espíritu brillante inseparable de él. En ella ponía a su viuda y sus huérfanos a merced de su regio señor y expresaba la satisfacción de

saber que, de ese modo, su prosperidad quedaría más garantizada tras su muerte de lo que había estado en vida suya. Confió la carta a un noble que, no lo dudaba, le haría el último y nada costoso favor de entregarla al monarca en mano.

Así, mi padre murió endeudado, y sus acreedores embargaron inmediatamente su escasa hacienda. Mi madre, arruinada y con la carga de dos hijos, aguardó respuesta semana tras semana, mes tras mes, con creciente impaciencia, pero esta no llegó jamás. Carecía de toda experiencia más allá de la granja de su padre, y la mansión del dueño de la finca en que esta se encontraba era lo más parecido al lujo que era capaz de concebir. En vida de mi padre se había familiarizado con los nombres de la realeza y de la corte. Pero aquellas cosas, perniciosas según su experiencia personal, le parecían, tras la pérdida de su esposo —que era quien les otorgaba sustancia y realidad— vagas y fantásticas. Si, bajo cualquier circunstancia, tal vez se hubiera armado del suficiente valor como para dirigirse a los aristócratas que este mencionaba, el poco éxito obtenido por él en su intento le llevaba a desterrar la idea de su mente. Así, no veía escapatoria a la penuria. Su dedicación perpetua, seguida del pesar por la pérdida del ser maravilloso por el que seguía profesando ardiente admiración, así como el trabajo duro y una salud delicada por naturaleza, terminaron por liberarla de la triste repetición de necesidades y miserias.

La condición de sus hijos huérfanos era particularmente desolada. Su propio padre había emigrado desde otra zona del país y llevaba bastante tiempo muerto. Carecían de parientes que los llevaran de la mano; se habían convertido en seres descastados, paupérrimos y sin amigos, para quienes el sustento más parco era cuestión del favor de otros y a quienes se trataba simplemente como a hijos de campesinos, aunque más pobres que los más pobres, unos campesinos que, al morir, los habían dejado —herencia ingrata— a merced de la avara caridad de la tierra.

Yo, el mayor de los dos, tenía cinco años cuando murió mi madre. El recuerdo de las conversaciones de mis progenitores y el de las palabras que ella se esforzaba por inculcarme en la memoria en relación con los amigos de mi padre, con la pobre esperanza de que, algún día, llegara a sacar provecho de aquel conocimiento, flotaban como un sueño indefinido en mi mente. Me figuraba que yo era superior a mis protectores y compañeros, pero no sabía ni en qué modo ni por qué. La sensación de herida, asociada al nombre del rey y a la nobleza, perduraba en mí, pero de aquellos sentimientos no podía extraer conclusiones que me sirvieran de guía para mis acciones. El primer conocimiento verdadero de mí mismo fue, así, el de un huérfano indefenso entre los valles y páramos de Cumbria. Me hallaba al servicio de un granjero y, con un cayado en la mano y mi perro junto a mí, pastoreaba un rebaño de ovejas numeroso en las tierras altas de las inmediaciones. No he de cantar las excelencias de dicha vida, pues los sufrimientos que inflige superan con creces los placeres que proporciona. Existía, sí, una libertad en ella, la compañía de la naturaleza, y una soledad despreocupada. Pero esas cosas, por más románticas que fueran, se compadecían poco con el deseo de acción y el afán de ser aceptado por los

demás que son propios de la juventud. Ni el cuidado de mi rebaño ni el cambio de las estaciones bastaban para domesticar mi espíritu inquieto; mi vida al aire libre y el tiempo que pasaba desocupado fueron las tentaciones que no tardaron en llevarme al desarrollo de unos hábitos delictivos. Me asocié con otros que, como yo, también carecían de amistades y con ellos formé una banda de la que yo era cabecilla y capitán. Pastores todos, mientras los rebaños pacían diseminados por los prados, nosotros planeábamos y ejecutábamos numerosas fechorías, que nos granjeaban la ira y la sed de venganza de los paisanos. Yo era el jefe y protector de mis camaradas, y como destacaba sobre ellos, muchas de sus malas obras se me atribuían a mí. Pero si bien soportaba castigos y dolor por salir en su defensa con espíritu heroico, también exigía, a modo de recompensa, sus elogios y obediencia.

Con semejante escuela, fui adquiriendo un carácter rudo y firme. El hambre de admiración y mi poca capacidad para controlar los propios actos, que había heredado de mi padre, alimentadas por la adversidad, me hicieron atrevido y despreocupado. Era duro como los elementos, y poco instruido como las bestias a las que cuidaba. Con frecuencia me comparaba con ellas, y al hallar que mi principal superioridad se basaba en el poder, no tardé en convencerme de que era únicamente en poder en lo que yo era inferior a los mayores potentados de la tierra. Así, ignorante de la refinada filosofía y perseguido por una incómoda sensación de degradación producto de la verdadera situación social en que me hallaba, vagaba por las colinas de la civilizada Inglaterra tan indómito y salvaje como aquel fundador de Roma amamantado por una loba. Obedecía solo a una ley, que era la del más fuerte, y mi mayor virtud era no someterme jamás.

Permítaseme, con todo, retractarme de la frase que acabo de enunciar sobre mí mismo. Mi madre, al morir, además de sus otras lecciones medio olvidadas y jamás puestas en práctica, me hizo prometerle con gran solemnidad que velaría fraternalmente por su otro retoño, y yo cumplía con ese deber lo mejor que podía, con todo el celo y el afecto del que mi naturaleza era capaz. Mi hermana era tres años menor que yo. Me ocupé de ella desde su nacimiento, y cuando nuestra diferencia de sexos, que nos llevó a recibir distintos empleos, nos separó en gran medida, ella siguió siendo objeto de mi amor y mis cuidados. Huérfanos en toda la extensión de la palabra, éramos los más pobres entre los pobres, los más despreciados entre los olvidados. Si mi osadía y arrojo me valían cierta aversión respetuosa, su juventud y su sexo, ya que no movían a la ternura, al hacerla débil eran la causa de sus incontables mortificaciones. Además, su carácter le impedía atenuar los efectos perniciosos de su baja extracción.

Se trataba de un ser singular y, como yo, había heredado mucha de la disposición peculiar de nuestro padre. Su rostro, toda expresión; sus ojos, sin ser oscuros, resultaban impenetrables, por lo profundos. En su mirada inteligente parecían descubrirse todos los espacios, y uno sentía que el alma que la habitaba abarcaba todo un universo de pensamiento. De tez muy blanca, los cabellos dorados le caían por las

sienes y la intensidad de su tono contrastaba con el mármol viviente sobre el que se posaban. Su tosco vestido de campesina, que parecería desentonar con los sentimientos refinados que su rostro expresaba, le sentaba sin embargo, y curiosamente, de lo más bien. Era como una de esas santas de Guido^[3], con el cielo en el corazón y en la mirada, de manera que, al verla, solo pensabas en el interior, y las ropas e incluso los rasgos se tornaban secundarios ante la inteligencia que irradiaba de su semblante.

Y sin embargo, a pesar de todo su encanto y nobleza de sentimientos, mi pobre Perdita (pues tal era el fantasioso nombre que le había impuesto su padre moribundo) no era del todo santa en su disposición. Sus modales resultaban fríos y retraídos. De haber sido criada por quienes la hubieran contemplado con afecto, tal vez habría sido distinta, pero sin amor, abandonada, pagaba con desconfianza y silencio la bondad que no recibía. Se mostraba sumisa con aquellos que ejercían la autoridad sobre ella, pero una nube perpetua fruncía su ceño. Parecía esperar la enemistad de todo el que se le acercaba, y sus acciones se veían instigadas por el mismo sentimiento. Siempre que podía pasaba su tiempo en soledad. Llegaba a los lugares menos frecuentados, escalaba hasta peligrosas alturas, con tal de hallar en los espacios más recónditos la ausencia total de compañía de la que gustaba envolverse. Solía pasar horas enteras caminando por los senderos de los bosques. Trenzaba guirnaldas de flores y hiedras y contemplaba el temblor de las sombras y el mecerse de las hojas; a veces se sentaba junto a los arroyos y, con el pensamiento detenido, se dedicaba a arrojar pétalos o guijarros a las aguas y a ver cómo estos se hundían y aquellos flotaban. También fabricaba barquitos hechos de cortezas de árbol, o de hojas, con plumas por velas, y se dedicaba a observar su navegación entre los rápidos y los remansos de los riachuelos. Mientras lo hacía, su desbordante imaginación creaba mil y una combinaciones: soñaba «con terribles desgracias en el mar y en campaña^[4]», se perdía con delicia en aquellos caminos por ella inventados, para regresar a regañadientes al anodino detalle de la vida ordinaria.

La pobreza era la nube que ocultaba sus excelencias, y todo lo que era bueno en ella parecía a punto de perecer por falta del rocío benefactor del afecto. Ni siquiera gozaba de la misma ventaja que yo en el recuerdo de sus padres; se aferraba a mí, su hermano, como a su único amigo, pero esa unión le valía aún más el rechazo que le profesaban sus protectores, que magnificaban sus errores hasta convertirlos en crímenes. De haber sido educada en esa esfera de la vida a la que, por herencia, su delicada mente y su persona correspondían, habría sido objeto casi de adoración, pues sus virtudes resultaban tan eminentes como sus defectos. Todo el genio que ennoblecía la sangre de su padre ilustraba la suya; una generosa marea corría por sus venas; el artificio, la envidia y la avaricia se hallaban en los antípodas de su naturaleza. Sus rasgos, cuando los alumbraban sentimientos benévolos, podrían haber pertenecido a una reina; sus ojos brillaban y, en aquellos momentos, su mirada desconocía todo temor.

Aunque por nuestra situación y disposiciones nos hallábamos casi del todo privados de las formas usuales de relación social, formábamos un fuerte contraste el uno respecto del otro. Yo siempre precisaba del estímulo de la compañía y el aplauso, mientras que Perdita se bastaba a sí misma. A pesar de mis malos hábitos, mi disposición era sociable, a diferencia de la suya, retraída. Mi vida transcurría entre realidades tangibles, la suya era un sueño. De mí podría decirse incluso que amaba a mis enemigos, pues al espolearme, ellos, en cierto modo, me proporcionaban felicidad. A Perdita, en cambio, casi le desagradaban sus amigos, pues interferían en sus estados de ánimo visionarios. Todos mis sentimientos, incluso los de exultación y triunfo, se tornaban en amargura si de ellos no participaban otros. Perdita huía hacia la soledad incluso estando alegre, y podía pasar un día y otro sin expresar sus emociones ni buscar sentimientos afines a los suyos en otras mentes. Y no solo eso: era capaz de adorar el aspecto y la voz de alguna amiga y demorarse en ella con ternura, mientras su gesto expresaba la más fría de las reservas. En ella, una sensación se convertía en sentimiento, y jamás hablaba hasta que había mezclado sus percepciones de objetos externos con otros que eran creación de su mente. Era como un suelo fértil que se impregnaba de los aires y los rocíos del cielo y los devolvía a la luz transformados en frutos y flores. Pero, como el suelo, también se mostraba con frecuencia oscura y desolada, arada, sembrada una vez más con semillas invisibles.

Perdita vivía en una granja de césped bien cortado, que descendía hasta el lago de Ullswater. Un bosque de hayas trepaba colina arriba, tras la casa, y un arroyo murmurante corría manso, siguiendo la pendiente, sombreado por los álamos que flanqueaban sus orillas hasta el lago. Yo vivía con un campesino cuya casa se hallaba más arriba, entre los montes. Tras ella se alzaba un risco en cuyas grietas, expuestas al viento del norte, la nieve perduraba todo el verano. Antes del alba conducía mi rebaño de ovejas hasta los pastos, y lo custodiaba durante todo el día. Se trataba de una vida muy dura, pues la lluvia y el frío abundaban más que los días soleados. Pero yo me enorgullecía de despreciar los elementos. Mi perro fiel se ocupaba del rebaño mientras yo me escapaba para reunirme con mis camaradas, con los que perpetraba mis fechorías. Al mediodía volvíamos a encontrarnos, y tras deshacernos de nuestros alimentos de campesinos, encendíamos una hoguera que manteníamos viva para asar en ella las piezas de ganado que robábamos en las propiedades vecinas. Después contábamos historias de huidas por los pelos, de combates con perros, de emboscadas y fugas, mientras, como los gitanos, compartíamos la cazuela. La búsqueda de algún cordero perdido, o los medios por los que eludíamos o pretendíamos eludir los castigos, ocupaban las horas de la tarde. Al caer la noche mi rebaño regresaba a su corral y yo me dirigía a casa de mi hermana.

Eran raras las ocasiones en que ciertamente escapábamos sanos y salvos, como suele decirse. Nuestro exquisito manjar solía costarnos golpes y cárcel. En una ocasión, con trece años, me enviaron un mes a la prisión del condado. Si moralmente salí de ella tal como había entrado, mi sentimiento de odio hacia mis opresores se

multiplicó por diez. Ni el pan ni el agua aplacaron mi sangre, y la soledad de mi encierro no llegó a inspirarme buenos pensamientos. Me sentía colérico, impaciente, triste. Mis únicas horas de felicidad eran las que dedicaba a urdir planes de venganza, que perfeccionaba durante mi soledad forzosa, de modo que durante toda la estación siguiente —me liberaron a principios de septiembre— no dejé nunca de obtener grandes cantidades de exquisitos alimentos para mí y para mis camaradas. Aquel fue un invierno glorioso. La fría escarcha y las intensas nevadas aturdían el ganado y mantenían a los ganaderos junto a sus hogares. Robábamos más piezas de las que podíamos comer, y hasta mi perro fiel se puso más lustroso a fuerza de devorar nuestras sobras.

De ese modo fueron transcurriendo los años. Y los años no hacían sino añadir a mi existencia un amor renovado por la libertad, así como un profundo desprecio por todo lo que no fuera tan silvestre y tan rudo como yo. A los dieciséis años mi aspecto era el de un hombre hecho y derecho. Alto y atlético, me había acostumbrado a ejercer la fuerza y a resistir los embates de los elementos. El sol había curtido mi piel y andaba con paso firme, consciente de mi poder. Ningún hombre me inspiraba temor, pero tampoco sentía amor por ninguno. En épocas posteriores, al volver la vista atrás contemplaría con asombro lo que entonces era, lo indigno que hubiera llegado a ser de haber perseverado en mi vida delictiva. Mi existencia era la de un animal y mi mente se hallaba en peligro de degenerar hasta convertirse en lo que conforma la naturaleza de los brutos. Hasta ese momento, mis hábitos salvajes no me habían causado daños irreparables, mis fuerzas físicas habían crecido y florecido bajo su influencia y mi mente, sometida a la misma disciplina, se hallaba curtida por las virtudes más duras. Con todo, la independencia de que hacía gala me instigaba a diario a cometer actos de tiranía, y mi libertad se convertía en libertinaje. Me hallaba en los límites del hombre. Las pasiones, fuertes como los árboles de un bosque, ya habían echado raíces en mí y estaban a punto de ensombrecer, con su desbordante crecimiento, la senda de mi vida.

Ansiaba dedicarme a empresas que fueran más allá de mis hazañas infantiles y me formaba sueños enfermizos de acciones futuras. Evitaba a mis antiguos camaradas y no tardé en perder su amistad. Todos llegaron a la edad en que debían cumplir con los destinos que la vida les deparaba. Yo, un desheredado, sin nadie que me sirviera de guía o tirara de mí, me hallaba estancado. Los viejos empezaron a señalarme como mal ejemplo, los jóvenes a verme como a un ser distinto a ellos. Yo los odiaba a todos, y en la última y peor de mis degradaciones, empecé a odiarme a mí mismo. Me aferraba a mis hábitos feroces, aunque al tiempo los despreciaba a medias. Proseguía mi guerra contra la civilización y a la vez albergaba el deseo de pertenecer a ella.

Regresaba una y otra vez al recuerdo de todo lo que mi madre me había contado sobre la existencia pasada de mi padre. Contemplaba las pocas reliquias que conservaba de él, y que hablaban de un refinamiento mucho mayor del que podía hallarse en aquellas granjas de montaña. Pero nada de todo ello me servía de guía

para conducirme a otra forma de vida más agradable. Mi padre se había relacionado con los nobles, pero lo único que yo sabía de aquella relación era el olvido que le había seguido. Solo asociaba el nombre del rey —al que mi padre, agonizante, había elevado sus últimas súplicas, bárbaramente desoídas por él— a las ideas de crueldad e injusticia, así como al resentimiento que estas me causaban. Yo había nacido para ser algo más grande de lo que era, y más grande habría de ser. Pero la grandeza, al menos para mi percepción distorsionada, no tenía por qué identificarse con la bondad, y mis ideas más descabelladas no se detenían ante consideraciones morales de ninguna clase cuando se agolpaban en mis delirios de distinción. Así, yo me hallaba en lo alto de un pináculo, sobre un mar de maldad que se extendía a mis pies, a punto de precipitarme y sumergirme en él, de abalanzarme como un torrente sobre todos los obstáculos que me impedían alcanzar el objeto de mis deseos, cuando la influencia de un desconocido vino a posarse en la corriente de mi fortuna, alterando su indómito rumbo, transformándolo en algo que, por contraste, era como el fluir apacible de un riachuelo que describiera meandros sobre un prado.

Capítulo II

YO vivía alejado de los tráfgos de los hombres, y el rumor de las guerras y los cambios políticos llegaba a nuestras moradas montañosas convertido en débil sonido. Inglaterra había sido escenario de importantes batallas durante mi primera infancia. En el año 2073, el último de sus reyes, el anciano amigo de mi padre, había abdicado en respuesta a la serena fuerza de las protestas expresadas por sus súbditos, y se había constituido una república. Al monarca destronado y a su familia se les aseguró la propiedad de grandes haciendas; recibió el título de conde de Windsor, y el castillo del mismo nombre, perteneciente desde antiguo a la realeza, con sus extensas tierras, siguió formando parte del patrimonio que conservó. Murió poco después, dejando hijo e hija.

La que fue reina, princesa de la casa de Austria, llevaba mucho tiempo persuadiendo a su esposo para que se opusiera a los designios de los tiempos. Se trataba de una mujer desdeñosa y valiente, apegada al poder y que sentía un desprecio amargo por el hombre que se había dejado desposeer de su reino. Solo por el bien de sus hijos consintió en convertirse, desprovista de su rango real, en miembro de la república inglesa. Tras enviudar, dedicó todos sus esfuerzos a la educación de su hijo Adrian, segundo conde de Windsor, para que este llevara a la práctica sus ambiciosos fines; la leche con que lo amamantó le transmitió ya el único propósito para el que fue educado: reconquistar la corona perdida. Adrian había cumplido ya los quince años. Vivía dedicado al estudio y demostraba unos conocimientos y un talento que excedían los propios de sus años. Se decía que ya había empezado a oponerse a las ideas de su madre y que compartía principios republicanos. Pero por más que así fuera, la altiva condesa no confiaba a nadie los secretos de su educación. Adrian se criaba en soledad, apartado de la compañía que es natural en los hombres de su edad y de su rango. Pero entonces alguna circunstancia desconocida indujo a su madre a apartarlo de su tutela directa; y hasta nuestros oídos llegó que se disponía a visitar Cumbria. Abundaban las historias en las que se daba cuenta de la conducta de la condesa de Windsor en relación con su hijo. Probablemente ninguna de ellas fuera cierta, pero con el paso de los días parecía claro que el noble vástago del último monarca inglés viviría entre nosotros.

En Ullswater se alzaba una mansión rodeada de terreno que pertenecía a su familia. Uno de sus anexos lo formaba un gran parque, diseñado con exquisito gusto y bien provisto de animales de caza. Yo había perpetrado con frecuencia en aquellos pagos mis actos de depredación; el estado de abandono del lugar facilitaba mis incursiones. Cuando se decidió que el conde de Windsor visitara Cumbria, acudieron obreros dispuestos a adecentar la casa y sus alrededores antes de su llegada. Devolvieron a los aposentos su esplendor original y, una vez reparados los desperfectos, el parque comenzó a ser objeto de cuidados anómalos.

Aquella noticia me turbó en grado sumo, despertando todos mis recuerdos durmientes, mis sentimientos de ultraje, que se hallaban en suspenso, y que, al avivarse, dieron origen a otros de venganza. No era capaz de hacerme cargo de mis ocupaciones; olvidé todos mis planes y estratagemas. Parecía a punto de iniciar una vida nueva, y no precisamente bajo los mejores auspicios. El embate de la guerra, pensaba yo, no tardaría en producirse. Él llegaría triunfante a la tierra a la que mi padre había huido con el corazón destrozado. Y en ella hallaría a sus infortunados hijos, confiados en vano a su real padre, pobres y miserables. Que llegara a saber de nuestra existencia, y que nos tratara de cerca con el mismo desdén que su padre había practicado desde la distancia y la ausencia, me parecía a mí la consecuencia cierta de todo lo que había sucedido antes. Así pues, yo conocería a ese joven de alta alcurnia, el hijo del amigo de mi padre. Llegaría rodeado de sirvientes; sus compañeros eran los nobles y los hijos de los nobles. Toda Inglaterra vibraba con su nombre y su

llegada, como las tormentas, se oía desde muy lejos. Yo, por mi parte, iletrado y sin modales, si entraba en contacto con él, me convertiría en la prueba tangible, a ojos de sus cortesanos, de lo justificado de aquella ingratitud que me había convertido en el ser degradado que era.

Con la mente ocupada por entero en esas ideas, se diría que incluso fascinado por el proyecto de asaltar la morada escogida por el joven conde, observaba el avance de los preparativos y me acercaba a los carros de los que descargaban artículos de lujo traídos desde Londres, que entraban en la mansión. Rodear a su hijo de una magnificencia principesca formaba parte del plan de la que fue reina. Yo observaba mientras disponían las gruesas alfombras y las cortinas de seda, los ornamentos de oro, los metales profusamente cincelados, los muebles blasonados, todo acorde a su rango, de modo que nada que no se revistiera de esplendor regio llegara a alcanzar el ojo de un descendiente de reyes. Sí, lo observaba todo y luego volvía la mirada hacia mis raídas ropas. ¿De dónde nacía esa diferencia? ¿De dónde, sino de la ingratitud, de la falsedad, del abandono, por parte del padre del príncipe, de toda noble simpatía, de todo sentimiento de generosidad? Sin duda a él también, pues por sus venas circulaba asimismo la sangre de su orgullosa madre, a él, reconocido faro de la riqueza y la nobleza del reino, le habrían enseñado a repetir con desprecio el nombre de mi padre, y a desdeñar mis justas pretensiones de protección. Me esforzaba en pensar que toda esa grandeza no era sino una infamia indigna, y que, al plantar su bandera bordada en oro junto a mi gastado y deshilachado estandarte, no estaba proclamando su superioridad, sino su caída. Y aun así lo envidiaba. Sus preciosos caballos, sus armas de intrincados relieves, los elogios que le precedían, la adoración, la prontitud en el servicio, el alto rango y la alta estima en que lo tenían, yo consideraba que de todo ello me habían despojado a mí por la fuerza, y lo envidiaba todo con renovada y atormentada amargura.

Para coronar la vejación de mi espíritu, Perdita, la visionaria Perdita, pareció despertar a la vida real cuando, transportada por la emoción, me informó de que el conde de Windsor estaba a punto de llegar.

—¿Y ello te complace? —le pregunté, ceñudo.

—Por supuesto que sí, Lionel —me respondió ella—. Ansío verle. Es el descendiente de nuestros reyes y el primer noble de nuestra tierra. Todos le admiran y le aman y se dice que su rango es el menor de sus méritos; que es generoso, valiente y afable.

—Has aprendido una lección, Perdita —le dije— y la repites tan al pie de la letra que olvidas por completo las pruebas de las virtudes del conde; su generosidad se manifiesta sin duda en nuestra abundancia, su valentía en la protección que nos brinda, y su afabilidad en el caso que nos dispensa. ¿Su rango es el menor de sus méritos, dices? Todas sus virtudes derivan solo de su extracción; por ser rico lo llaman generoso; por ser poderoso, valiente; por hallarse bien servido se lo considera afable. Que así lo llamen, que toda Inglaterra crea que lo es. Nosotros lo conocemos.

Es nuestro enemigo, nuestro penoso, traicionero y arrogante enemigo. Si hubiera sido agraciado con una sola partícula de todas las virtudes que le atribuyes, obraría justamente con nosotros, aunque solo fuera para demostrar que, si ha de luchar, no ha de hacerlo contra un enemigo caído. Su padre hirió a mi padre; su padre, inalcanzable en su trono, osó despreciarlo, a él que solo se inclinaba ante sí mismo, cuando se dignó asociarse con el ingrato monarca. Nosotros, descendientes de uno y de otro, debemos ser también enemigos. Él descubrirá que me duelen las heridas y aprenderá a temer mi venganza.

El conde llegó días más tarde. Los habitantes de las casas más miserables fueron a engrosar la muchedumbre que se agolpaba para verle. Incluso Perdita, a pesar de mi reciente filípica, se acercó al camino para ver con sus propios ojos al ídolo de todos los corazones. Yo, medio enloquecido al cruzarme con grupos y más grupos de campesinos que, con sus mejores galas, descendían por las colinas desde cumbres ocultas por las nubes, observando las rocas desiertas que me rodeaban, exclamé: «Ellas no gritan “¡Larga vida al Conde!”». Cuando llegó la noche, acompañada de frío y de llovizna, no regresé a casa. Pues sabía que en todas las moradas se elevarían loas a Adrian. Sentía mis miembros entumecidos y helados, pero el dolor servía de alimento a mi aversión insana; casi me regocijaba en él, pues parecía concederme motivo y excusa para odiar al enemigo que ignoraba que lo era. Todo se lo atribuía a él, ya que yo confundía hasta tal punto las nociones de padre e hijo que pasaba por alto que este podía ignorar del todo el abandono en que nos había dejado su padre. Así, llevándome la mano a la cabeza, exclamé: «¡Pues ha de saberlo! ¡Me vengaré! ¡No pienso sufrir como un spaniel! ¡Ha de saber que yo, mendigo y sin amigos, no me someteré dócil al escarnio!».

El paso de los días, de las horas, no hacía sino incrementar los agravios. Las alabanzas que le dedicaban eran mordeduras de víbora en mi pecho vulnerable. Si lo veía a lo lejos, montando algún hermoso corcel, la sangre me hervía de rabia. El aire parecía emponzoñado con su sola presencia y mi lengua nativa se tornaba jerga vil, pues cada frase que oía contenía su nombre y su alabanza. Yo resoplaba para aliviar ese dolor en mi corazón, y ardía en deseos de perpetrar algún desmán que le hiciera percatarse de la enemistad que sentía. Era su mayor ofensa que, causándome esas sensaciones intolerables, no se dignara siquiera demostrar que sabía que yo vivía para sentirlas.

No tardó en conocerse que Adrian se complacía grandemente en su parque y sus cotos de caza, aunque nunca la practicaba, y se pasaba horas observando las manadas de animales casi domesticados que los poblaban, y ordenaba que se les dedicaran los mayores cuidados. Allí vi yo campo abonado para mi ofensiva, e hice uso de él con todo el ímpetu brutal derivado de mi modo de vida. Propuse a los escasos camaradas que me quedaban —los más decididos y malhechores del grupo— la empresa de cazar furtivamente en sus posesiones; pero todos ellos se arredraron ante el peligro, de modo que tendría que consumir la venganza en solitario. Al principio mis

incursiones pasaron desapercibidas, por lo que empecé a mostrarme cada vez más osado: huellas en la hierba cuajada de rocío, ramas rotas y rastros de las piezas libradas acabaron delatándome ante los custodios de los animales, que incrementaron la vigilancia. Al fin me descubrieron y me llevaron a prisión. Entré en ella en un arrebató de éxtasis triunfal: «¡Ahora ya sabe de mí! —exclamé—. ¡Y así seguirá siendo una y otra vez!». Mi confinamiento duró apenas un día y me liberaron por la noche, según me dijeron, por orden expresa del mismísimo conde.

Aquella noticia me hizo caer desde el pináculo de honor que yo mismo había erigido. «Me desprecia —pensé—; pero ha de saber que yo lo desprecio a él, y que siento el mismo desprecio por sus castigos que por su clemencia». Dos noches después de mi liberación volvieron a sorprenderme los custodios de los animales, que me encarcelaron de nuevo. Y de nuevo volvieron a soltarme. Tal era mi pertinacia que, transcurridas cuatro noches, me hallaron de nuevo en el parque. Aquella obstinación parecía enfurecer más a los guardianes que a su señor. Habían recibido órdenes de que, si volvían a sorprenderme, debían llevarme ante el conde, y su lenidad les hacía temer una conclusión que consideraban poco acorde con mi delito. Uno de ellos, que desde el principio se había destacado como jefe de quienes me habían apresado, resolvió dar satisfacción a su propio resentimiento antes de entregarme a su superior.

La luna se había ocultado tarde y la precaución extrema que me vi obligado a adoptar en mi tercera expedición me consumió tanto tiempo que, al constatar que la negra noche daba paso al alba, el temor se apoderó de mí. Me hincé de rodillas y avancé a cuatro patas, en busca de los recodos más umbríos del sotobosque; los pájaros despertaban en las alturas y trinaban inoportunos, y la brisa fresca de la mañana, que jugaba con las ramas, me llevaba a sospechar pasos a cada vuelta del camino. Mi corazón latía más deprisa a medida que me aproximaba al cercado; ya tenía una mano apoyada en él, y me bastaba apenas un salto para hallarme del otro lado cuando dos guardianes emboscados se abalanzaron sobre mí. Uno de ellos me abatió y empezó a azotarme con un látigo. Yo me incorporé sosteniendo un cuchillo, se lo clavé en el brazo derecho, que tenía levantado, y le infligí una herida ancha y profunda en la mano. Los gritos iracundos del herido, las imprecaciones de su camarada, que yo respondía con igual furia y descaro, resonaban en el claro del bosque. La mañana se acercaba más y más, incongruente, en su belleza, con nuestra batalla tosca y ruidosa. Mi enemigo y yo seguíamos peleando cuando aquel exclamó: «¡El conde!». De un salto me zafé del abrazo hercúleo del guardián, jadeando a causa del esfuerzo y dedicando miradas furiosas a mis captores, y me situé detrás del tronco de un árbol, resuelto a defenderme hasta el final. Llevaba las ropas hechas jirones y, lo mismo que las manos, manchadas de la sangre del hombre al que había herido. Con la izquierda sostenía las aves que había abatido —mis presas con tanto esfuerzo obtenidas— y con la derecha el cuchillo. Llevaba el pelo enmarañado y a mi rostro asomaba la expresión de una culpa que también goteaba, acusadora, desde el filo del

arma a la que seguía aferrado; mi apariencia toda era desmañada y escuálida. Alto y fornido como era, debía parecerles —y no se equivocaban— el mayor rufián que hubiera hollado la tierra.

La mención al conde me sobresaltó, y toda la sangre indignada que encendía mi corazón fue a agolparse en mis mejillas. Era la primera vez que lo veía y supuse que se trataría de un joven altivo e inflexible que, si se dignaba dirigirme la palabra, zanjaría la cuestión con la arrogancia de la superioridad. Yo ya tenía lista la respuesta: un reproche que, según creía, se le clavaría en el corazón. Pero entonces se acercó a nosotros y su aspecto desterró al instante, como un soplo de brisa de poniente, mi sombría ira: ante mí se hallaba un muchacho alto, delgado, de tez muy blanca, que en sus rasgos expresaba un exceso de sensibilidad y refinamiento. Los rayos matutinos del sol teñían de oro sus sedosos cabellos, esparciendo luz y gloria sobre su rostro resplandeciente.

—¿Qué es esto? —gritó. Los hombres se aprestaron a iniciar sus defensas, pero él los apartó—. Dos a la vez contra un muchacho. ¡Qué vergüenza! —Se acercó a mí—. Verney —gritó—. Lionel Verney. ¿Es esta la primera vez que nos vemos? Nacimos para ser amigos, y aunque la mala fortuna nos ha separado, ¿no reconoces el vínculo hereditario de amistad que confío en que, de ahora en adelante, nos lleve a unirnos?

A medida que hablaba, con sus ojos sinceros fijos en mí, parecía leerme el alma; mi corazón, mi corazón salvaje y sediento de venganza, sintió que el manto de una calma dulce se posaba sobre él. Mientras, su voz apasionada, como la más dulce de las melodías, despertaba un eco mudo en mi interior y confinaba a las profundidades toda la sangre de mi cuerpo. Hubiera querido responderle, reconocer su bondad, aceptar la amistad que me proponía; pero el rudo montañés carecía de palabras a la altura de las suyas; hubiera querido extenderle la mano, pero la sangre acusadora que las manchaba me lo impedía. Adrian se apiadó de mi menguante aplomo.

—Ven conmigo —me dijo—. Tengo mucho que contarte. Ven conmigo a casa. ¿Sabes quién soy?

—Sí —le respondí—. Ahora creo conocerte, y que perdonarás mis errores... mi delito.

Adrian sonrió amablemente y, después de transmitir algunas órdenes a los guardianes del coto, se acercó a mí, entrelazó su brazo al mío y partimos juntos hacia la mansión.

No fue su rango; tras todo lo que he dicho, no creo que nadie sospeche que fuera el rango de Adrian lo que, desde el primer momento, sedujo mi corazón de corazones y logró que todo mi espíritu se postrara ante él. Ni yo era el único en sentir con tal intensidad sus perfecciones, pues su sensibilidad y cortesía fascinaban a todos. Su vivacidad, inteligencia y espíritu benévolo culminaban la conquista. A pesar de su juventud era un hombre muy instruido e imbuido del espíritu de la más alta filosofía, que confería un tono de irresistible persuasión a su trato con los demás y lo asemejaba a un músico inspirado que tañera, con absoluta maestría, la «lira de la

mente» y de ese modo causara una divina armonía. En persona apenas parecía ser de este mundo: a su delicada figura se imponía el alma que la habitaba; era todo mente: «Dirige solo un junco^[5]» contra su pecho y conquistarás su fuerza; pero el poder de su sonrisa hubiera bastado para amansar a un león hambriento o para lograr que una legión de hombres armados posara las armas a sus pies.

Pasé todo el día con él. Al principio no mencionó el pasado ni se refirió a ningún hecho personal. Tal vez deseara inspirarme confianza y darme tiempo para poner en orden mis pensamientos dispersos. Me habló de temas generales y expresó ideas que yo jamás había concebido. Nos hallábamos en su biblioteca y me contó cosas sobre los sabios de la antigua Grecia y el poder que habían llegado a ejercer sobre las mentes de los hombres gracias exclusivamente a la fuerza del amor y la sabiduría. La sala estaba decorada con los bustos de muchos de ellos, y fue describiéndome sus características. A medida que hablaba yo iba sometiendo a él, y todo mi orgullo y mi fuerza quedaban subyugados por los dulces acentos de aquel muchacho de ojos azules. El ordenado y vallado coto de la civilización, que hasta entonces yo, desde mi densa jungla, había considerado inaccesible, me abría sus puertas por intercesión suya, y yo me adentré en él y sentí, al hacerlo, que hollaba mi suelo natal.

Avanzada la tarde se refirió al pasado.

—He de relatarte algo —me dijo—, y debo darte muchas explicaciones sobre el pasado. Tal vez tú puedas ayudarme a acotarlo. ¿Te acuerdas de tu padre? Yo no gocé nunca de la dicha de verlo, pero su nombre es uno de mis primeros recuerdos; y permanece escrito en las tablillas de mi mente como representación de todo lo que, en un hombre, resulta galante, cordial y fascinador. Su ingenio no se hacía notar menos que la desbordante bondad de su corazón, y con tal prodigalidad la esparcía sobre sus amigos que, ¡ah!, bien poca le quedaba para sí mismo.

Alentado por su panegírico, procedí, en respuesta a su pregunta, a relatarle lo que recordaba de mi progenitor, y él me refirió el relato de las circunstancias que habían llevado al extravío de la misiva testamentaria de mi padre. Cuando, en momentos posteriores, el padre de Adrian, a la sazón rey de Inglaterra, sentía que su situación se tornaba más peligrosa y su línea de acción más comprometida, una y otra vez deseaba contar con la presencia de su amigo, que hubiera supuesto un parapeto contra las iras de su impetuosa reina y habría mediado entre él y el Parlamento. Desde el momento en que había abandonado Londres, en la noche fatal de su derrota en la mesa de juego, el rey no había recibido noticias de él. Y cuando, transcurridos los años, se empeñó en saber de su paradero, todo rastro se había borrado ya. Lamentándolo más que nunca, se aferró a su recuerdo y encomendó a su hijo que, si jamás daba con su apreciado amigo, le brindara en nombre suyo todo el auxilio que pudiera precisar y le asegurara que, hasta el último momento, su vínculo había sobrevivido a la separación y el silencio.

Poco antes de la visita de Adrián a Cumbria, el heredero del noble al que mi padre había confiado su última petición de ayuda dirigida a su real señor, puso en manos del

joven conde aquella carta, con el lacre intacto. La había encontrado entre un montón de papeles viejos, y solo el azar la había sacado a la luz. Adrian la leyó con profundo interés y en ella halló el espíritu viviente del genio y el ingenio de aquel de quien en tantas ocasiones había oído elogios. Descubrió el nombre del lugar en que mi padre se había retirado y donde había muerto. Supo de la existencia de sus huérfanos y, durante el breve intervalo que transcurrió entre su llegada a Ullswater y nuestro encuentro en el coto, se ocupó de realizar averiguaciones sobre nosotros, así como de poner en marcha planes que redundaran en nuestro beneficio, antes de presentarse ante nosotros.

El modo en que se refería a mi padre halagaba mi vanidad: el velo con que cubría su benevolencia, alegando el cumplimiento de un deber para con las últimas voluntades del monarca, constituía un alivio para mi orgullo. Otros sentimientos, menos ambiguos, los concitaban sus maneras conciliadoras y la generosa calidez de sus expresiones, un respeto rara vez demostrado por nadie hacia mí hasta ese momento, admiración y amor; había rozado mi pétreo corazón con su poder mágico y había hecho brotar de él un afecto imperecedero y puro. Nos despedimos al atardecer. Me estrechó la mano.

—Volveremos a vernos. Regresa mañana.

Yo apreté la suya y traté de responder, pero mi ferviente «Dios te bendiga» fue la única frase que mi ignorancia me permitió pronunciar, y me alejé a toda prisa, abrumado por mis nuevas emociones.

No hubiera podido descansar, de modo que vagué por las colinas, barridas por un viento del oeste. Las estrellas brillaban sobre ellas. Corrí, sin fijarme en las cosas que me rodeaban, con la esperanza de aplacar la inquietud de mi espíritu mediante la fatiga física.

«Ese es el verdadero poder —pensaba—. No ser fuerte de miembros, duro de corazón, feroz y osado, sino amable, compasivo y dulce».

Me detuve en seco, entrelacé las manos y, con el fervor de un nuevo prosélito, grité:

—¡No dudes de mí, Adrian, yo también llegaré a ser sabio y bondadoso!

Y entonces, abrumado, lloré ruidosamente.

Una vez pasado ese arrebatado de pasión me sentí más entero. Me tumbé en el suelo y, dando rienda suelta a mis pensamientos, repasé mentalmente mi vida pasada. Pliegue a pliegue, fui recorriendo los muchos errores de mi corazón y descubrí lo brutal, lo salvaje y lo insignificante que había sido hasta ese momento. Con todo, en ese instante no podía sentir remordimientos, pues me parecía que acaba de nacer de nuevo; mi alma expulsó la carga de sus pecados anteriores para iniciar un nuevo camino de inocencia y amor. No quedaba nada duro o áspero en ella que nublara los sentimientos dulces que las transacciones del día me habían inspirado; era como un niño balbuceando la devoción que siente por su madre, y mi alma maleable cambiaba por mano del maestro, sin desear ni poder resistirse a ello.

Así comenzó mi amistad con Adrian, y debo recordar ese día como el más afortunado de mi vida. Ahora empezaba a ser humano. Era admitido en el interior del círculo sagrado que separa la naturaleza intelectual y moral del hombre de aquello que caracteriza a los animales. Mis mejores sentimientos habían sido convocados para responder convenientemente a la generosidad, sabiduría y cordialidad de mi nuevo amigo. Él, poseedor de una noble bondad, se regocijaba infinitamente al esparcir, generoso, los tesoros de su mente y su fortuna sobre el largamente olvidado hijo del amigo de su padre, el vástago de aquel ser excepcional cuyas excelencias y talentos había oído ensalzar desde su infancia.

Desde su abdicación, el difunto rey se había retirado de la esfera política, aunque hallaba poco placer en su entorno familiar. La reina destronada carecía de virtudes para la vida doméstica, y el valor y la osadía que sí ostentaba no le servían de nada tras el derrocamiento de su esposo, al que despreciaba y a quien no se molestaba en ocultar sus sentimientos. El rey, para satisfacer sus exigencias, se había alejado de sus viejas amistades, pero bajo su guía no había adquirido otras nuevas. En aquella escasez de comprensión, había recurrido a su hijo de tierna edad. El temprano desarrollo de su talento y sensibilidad hizo de Adrian un depositario digno de la confianza de su padre. Nunca se cansaba de escuchar los relatos —con frecuencia reiterados— que este refería sobre los viejos tiempos, en los que mi padre representaba un papel destacado; le repetía sus comentarios agudos, y el niño los retenía; su ingenio, su poder de seducción, incluso sus defectos, se magnificaban al calor del afecto perdido, una pérdida que lamentaba sentidamente. Ni siquiera la aversión que la reina sentía por su favorito bastaba para privarle de la admiración de su hijo: era amarga, sarcástica, despectiva, pero a pesar de verter su implacable censura tanto sobre sus virtudes como sobre sus errores, sobre su amistad devota y sobre sus amores extraviados, sobre su desinterés y su generosidad, sobre la atractiva gracia de sus maneras y sobre la facilidad con que cedía a las tentaciones, su doble disparo se revelaba pesado en exceso y no alcanzaba el blanco deseado. Aquel desdén iracundo de la reina tampoco había impedido a Adrian identificar a mi padre, como él mismo había dicho, con la personificación de todo lo que, en un hombre, resultaba galante, cordial y fascinador. Así, no era de extrañar que al saber de la existencia de los hijos de aquella personalidad célebre, hubiera ideado un plan para concederles todos los privilegios que su rango le permitiera. Y ni siquiera flaqueó su bondad cuando me halló vagabundeando por las colinas, pastor y cazador furtivo, salvaje iletrado. Además de considerar que su padre era, hasta cierto punto, culpable del abandono en que nos encontrábamos, y de que su intención era reparar la injusticia en la medida de lo posible, se complacía en afirmar que bajo toda mi rudeza brillaba una elevación de espíritu que no podía confundirse con el mero valor animal, y que había heredado la expresión de mi padre, lo que demostraba que sus virtudes y talentos no habían muerto con él. Fueran los que fuesen los que me habían sido dados, mi noble y joven amigo estaba empeñado en que no se perdieran por no cultivarlos.

Actuando según su plan, en nuestro siguiente encuentro logró que yo deseara participar de una cultura que revestía con gracia su propio intelecto. Mi mente activa, una vez subyugada por esa nueva idea, se dedicó al empeño con avidez extrema. Al principio la gran meta de mi ambición era rivalizar con los méritos de mi padre, para hacerme merecedor de la amistad de Adrian. Pero la curiosidad y un sincero deseo de aprender no tardaron en despertar en mí, y me llevaron a pasar días y noches dedicado a la lectura y el estudio. Yo ya estaba familiarizado con lo que podría denominar el panorama de la naturaleza, el cambio de las estaciones y los aspectos diversos de los cielos y la tierra. Pero no tardé en verme sorprendido y encantado ante la ampliación repentina de mis nociones, cuando se alzó el telón que me privaba del goce del mundo intelectual y contemplé el universo no solo tal como se presentaba a mis sentidos externos, sino como aparecía ante los hombres más sabios. La poesía con sus creaciones, la filosofía con su investigación y sus clasificaciones, despertaban por igual las ideas que se hallaban dormidas en mi mente y desencadenaban otras nuevas.

Me sentía como el marinero que, desde el palo mayor de su carabela, fue el primero en descubrir las costas de América; y, como él, me apresuré a hablar a mis compañeros de mis descubrimientos en las regiones ignotas. Con todo, no logré excitar en otros pechos el mismo apetito desbocado por el conocimiento que existía en el mío. Ni siquiera Perdita era capaz de comprenderme. Yo había vivido en lo que generalmente se llama mundo de la realidad, y despertaba en un nuevo país para descubrir que existía un significado más profundo en todo lo que percibía, más allá de lo que mis ojos me mostraban. La visionaria Perdita veía en todo aquello solo un nuevo barniz para una lectura vieja, y su mundo era lo bastante inextinguible como para contentarla. Me escuchaba como había hecho cuando le narraba mis aventuras, y en ocasiones se mostraba interesada por la información que le proporcionaba; pero, a diferencia de lo que me sucedía a mí, no lo veía como parte integral de su ser, como algo que, una vez obtenido, no podía ignorarse más de lo que podía ignorarse, por ejemplo, el sentido del tacto.

Los dos conveníamos, eso sí, en adorar a Adrian, aunque como ella no había salido de la infancia no podía apreciar, como yo, el alcance de sus méritos ni sentir la misma comprensión por sus metas y opiniones. Yo frecuentaba siempre su compañía. Había una sensibilidad y una dulzura en su disposición que proporcionaban un tono tierno y elevado a nuestras conversaciones. También era alegre como una alondra que cantara desde su alta torre, y se elevaba sobre los pensamientos como un águila, y era inocente como una tórtola de ojos mansos. Era capaz de conjurar la seriedad de Perdita y de extraer el aguijón que torturaba mi naturaleza activa en exceso. Yo volvía la vista atrás y veía mis deseos inquietos y mis dolorosas luchas con mis antiguos compañeros como quien recuerda un mal sueño, y me sentía tan cambiado como si hubiera transmigrado a otra forma cuyo sensorio y mecanismo nervioso hubiesen alterado el reflejo de un universo aparente en el espejo de la mente. Pero no era así.

Seguía siendo el mismo en fortaleza, en la búsqueda sincera de la comprensión de los demás, en mi anhelo de un ejercicio activo. No me habían abandonado mis virtudes masculinas, por las que Urania había cortado su larga cabellera a Sansón mientras este reposaba a sus pies; pero todo se veía aplacado y humanizado. Adrian no me instruía solo en las frías verdades de la historia y la filosofía. A través de ellas me enseñaba a dominar mi espíritu despreocupado e inculto, plantaba ante mi visión la página viviente de su propio corazón y me dejaba sentir y comprender su maravilloso carácter.

La reina de Inglaterra, ya desde la más tierna infancia de su hijo, había perseguido la implantación de planes arriesgados y ambiciosos en su mente. Veía que poseía genio y un talento desbordante, y se había dedicado a cultivarlos para poder usarlos luego en beneficio de sus propias visiones. Lo alentaba a adquirir conocimientos y a propiciar su impetuoso valor; incluso toleraba su indomable amor a la libertad, con la esperanza de que este, como sucede en tantas ocasiones, le condujera a una ambición de poder. Perseguía inculcarle un resentimiento hacia quienes habían propiciado la abdicación de su padre, así como un deseo de venganza. Pero en ambas cosas fracasó. Aunque distorsionadas, al joven le llegaban noticias de una nación grande y sabía que ejercía su derecho a gobernarse a sí misma, y aquello excitaba su admiración. Ya a temprana edad se convirtió en republicano por principio. Con todo, su madre no desesperaba. Al ansia de poder y al altivo orgullo de cuna añadía perseverancia en la ambición, paciencia y autocontrol. Se entregó al estudio de la naturaleza de su hijo. Mediante la aplicación del elogio, la censura y la exhortación, trataba de hallar y pulsar las cuerdas adecuadas; y aunque la melodía que obtenía le parecía discordante, construía sus esperanzas sobre la base de los talentos de su hijo y se mostraba convencida de que al fin lograría sus propósitos. El ostracismo que ahora experimentaba él nacía de otras causas.

La reina tenía también una hija, de doce años de edad. Su hermana hada, como a Adrian le gustaba llamarla, era una criatura encantadora, animada y diminuta, toda sensibilidad y verdad. Con sus dos hijos, la noble viuda residía en Windsor y no recibía visitas, salvo las de sus propios partidarios, viajeros llegados de su Alemania natal y algunos ministros extranjeros. Entre ellos, y altamente distinguido por ella, se encontraba el príncipe Zaimi, embajador en Inglaterra de los Estados Libres de Grecia. Su hija, la joven princesa Evadne, pasaba largas temporadas en el castillo de Windsor. En compañía de aquella vivaz e inteligente muchacha griega, la condesa se relajaba y abandonaba su tensión habitual. La visión que tenía de sus propios hijos la llevaba a controlar todas sus palabras y las acciones relativas a ellos, pero Evadne era un juguete al que no temía en modo alguno, y los talentos y alegría de la niña constituían no poco alivio en la monótona vida de la condesa.

Evadne tenía dieciocho años. Aunque pasaban mucho tiempo juntos en Windsor, la extrema juventud de Adrian impedía cualquier sospecha sobre la naturaleza de su relación. Pero él mostraba una pasión y una ternura de corazón que excedían en

mucho las comunes del hombre, y ya había aprendido a amar. La hermosa griega, por su parte, dedicaba al muchacho sonrisas bondadosas. A mí, que aunque mayor que Adrian jamás había amado, me resultaba extraño presenciar el sacrificio del corazón de mi amigo. No había celos, inquietud ni desconfianza en sus sentimientos. Era todo devoción y fe. Su vida se consumía en la existencia de su amada y su corazón solo palpitaba al unísono con los latidos que vivificaban el corazón de ella. Aquella era la ley secreta que regía su vida: amaba y era amado. El universo, para él, era la morada en la que habitaba con ella, y ningún ardid de la sociedad, ningún encadenamiento de hechos, era capaz de causarle felicidad o infligirle desgracia. ¡Qué jungla infestada de tigres era la vida, aunque esta y el sistema de relaciones sociales fuera un erial! A través de sus errores, en las profundidades de sus inhóspitas simas, existía un camino despejado y lleno de flores, a través del cual podrían viajar seguros y felices. Su camino sería como el paso del mar Rojo, que cruzarían sin mojarse los pies, aunque un muro de destrucción se alzara amenazante a ambos lados.

¡Ah! ¿Por qué he de recordar el triste engaño de ese inigualable espécimen de la humanidad? ¿Qué, en nuestra naturaleza, nos lleva siempre hacia el dolor y la desgracia? No estamos hechos para el goce, y por más que nos abramos a la recepción de emociones placenteras, la decepción es el piloto eterno de la barca de nuestra vida, y nos conduce implacable hacia los bajíos. ¿Quién podía estar mejor dotado para amar y ser amado que ese joven de talento, para cosechar la dicha inalienable de una pasión pura? Si su corazón hubiera seguido adormilado unos años más, tal vez se habría salvado; pero despertó durante su infancia; tenía poder, pero no conocimiento; y quedó arrasado como la flor que brota prematura y se la lleva la escarcha asesina.

No acuso a Evadne de hipocresía ni de deseo de engañar a su amante, pero la primera carta que leí de ella me llevó al convencimiento de que no lo amaba. Estaba escrita con gracia y, considerando que era extranjera, con un gran dominio del lenguaje. La letra era exquisita, hermosa; había algo en el papel y en sus pliegues que incluso a mí, que no amaba y era del todo lego en aquellos asuntos, me parecía elegante. Había mucha amabilidad, gratitud y dulzura en su expresión, pero no amor. Evadne era dos años mayor que Adrian; ¿quién, a los dieciocho, amaba a alguien mucho más joven? Comparé sus serenas misivas con las cartas pasionales que le había escrito él. El alma de Adrian parecía destilada en las palabras que escribía, palabras que respiraban sobre el papel, llevando consigo una porción de la vida del amor, que era su vida. Su mera escritura lo dejaba exhausto y lloraba sobre ellas, por el exceso de las emociones que despertaban en su corazón.

Adrian llevaba el alma pintada en el semblante, y el ocultamiento y el engaño se hallaban en los antípodas de la atrevida franqueza de su disposición. Evadne le pidió que no revelara a su madre el relato de sus amores y, tras cierta discusión, él se lo concedió. Mas la concesión fue en vano, pues su modo de proceder reveló el secreto a ojos de la reina. Con la cautela que la caracterizaba, no comentó nada sobre su

descubrimiento, pero se apresuró a apartar a su hijo de la esfera de la bella griega. Lo envió a Cumbria. Con todo, lo que sí lograron ocultarle fue la intención, promovida por Evadne, de intercambiar correspondencia. Así, la ausencia de Adrian, concebida con la idea de separarlos, sirvió para estrechar más sus lazos. A mí me hablaba sin cesar de su amada jonia. Su país, sus antiguas hazañas, sus recientes luchas memorables, todo participaba de su gloria y excelencia. Él había aceptado separarse de ella, pues ella le había ordenado tal aceptación pero bajo su influencia del mismo modo hubiera proclamado su unión ante toda Inglaterra y hubiera resistido, con constancia inquebrantable, la oposición de su madre. La prudencia femenina de Evadne percibía la inutilidad de cualquier decisión que pudiera tomar Adrian, al menos hasta que algunos años más añadieran peso a su poder. Tal vez la acechara también cierto desagrado ante la idea de comprometerse con alguien a quien no amaba; a quien no amaba, al menos, con el entusiasmo apasionado que su corazón le decía que tal vez llegara a sentir por otro hombre. Él acató sus restricciones y aceptó pasar un año exiliado en Cumbria.

Capítulo III

FELICES, tres veces felices fueron los meses, las semanas y las horas de ese año. La amistad, de la mano de la admiración, la ternura y el respeto construyeron una enramada de dicha en mi corazón, hasta entonces silvestre como un bosque no hollado de América, como un viento sin morada, como un mar desierto. Mi sed insaciable de conocimientos y mi afecto sin límites por Adrian se unían para mantener ocupado mi corazón y mi intelecto y, en consecuencia, era feliz. No hay felicidad más verdadera y diáfana que la alegría desbordante y habladora de los jóvenes. En nuestra barca, surcando el lago de mi tierra natal, junto a los arroyos y los pálidos álamos que los flanqueaban; en un valle, sobre una colina, ya sin mi cayado, pues ahora me ocupaba de un rebaño mucho más noble que el compuesto por unas

tontas ovejas, un rebaño de ideas recién nacidas, leía o escuchaba hablar a Adrian; y su discurso me fascinaba por igual, ya se refiriera a su amor o a sus teorías sobre la mejora del hombre. A veces regresaba mi ánimo indomable, mi amor por el peligro, mi resistencia a la autoridad. Pero era siempre en su ausencia. Bajo el benévolo influjo de sus ojos, era obediente y bueno como un niño de cinco años, que hace lo que le ordena su madre.

Tras casi doce meses residiendo en Ullswater, Adrian se trasladó a Londres y regresó lleno de unos planes que habían de beneficiarnos. «Debes empezar a vivir —me dijo—: tienes diecisiete años, y retrasar más el momento solo serviría para que el necesario aprendizaje te resultara más farragoso». Anticipaba que su vida iba a ser una sucesión de luchas y deseaba que compartiera con él sus esfuerzos. A fin de prepararme mejor para la tarea, debíamos separarnos. Creía que mi nombre podría abrirme puertas, y me procuró el puesto de secretario del embajador en Viena, donde ingresaría en la carrera diplomática bajo los mejores auspicios. Transcurridos dos años, regresaría a mi país con un nombre labrado y una reputación sólida.

¿Y Perdita? Perdita se convertiría en pupila, amiga y hermana menor de Evadne. Con su tacto habitual, Adrian se había asegurado de que mi hermana mantuviera su independencia en tal situación. ¿Cómo rechazar los ofrecimientos de tan generoso amigo? Yo, al menos, no deseaba rechazarlos, y en mi corazón de corazones prometí dedicar mi vida, mis conocimientos y mi poder —si en algo valían, su valor era el que él les había concedido—, a él y solo a él.

Eso me prometí a mí mismo mientras me dirigía a mi destino con grandes expectativas: las expectativas de cumplir todo lo que, sobre poder y diversión, nos prometemos a nosotros mismos, durante la infancia, alcanzar en la madurez. Yo creía que había llegado la hora de ingresar en la vida, una vez las ocupaciones infantiles habían quedado atrás. Incluso en los Campos Elíseos, Virgilio describe las almas de los dichosos ávidas de beber de la ola que había de devolverles a su círculo mortal. Los jóvenes apenas se hallan en el Elíseo, pues sus deseos, que desbordan lo posible, los vuelven más pobres que un acreedor arruinado. Los filósofos más sabios nos hablan de los peligros del mundo, de los engaños de los hombres y de las traiciones de nuestro propio corazón. Pero aun así, sin temor ninguno zarpamos del puerto a bordo de nuestra frágil barca, izamos la vela y remamos, para resistir las turbulentas corrientes del mar de la vida. Qué pocos son los que, en el vigor de la juventud, varan sus naves sobre las «doradas arenas» y se dedican a recoger las conchas de colores que las salpican. Casi todos, al morir el día, con brechas en el casco y las velas rasgadas, se dirigen a la costa y naufragan antes de alcanzarla o hallan una ensenada batida por las olas, alguna playa desierta sobre la que se tienden y mueren sin que nadie les llore.

¡Tregua a la filosofía! La vida se extiende ante mí, y yo me apresto a tomar posesión de ella. La esperanza, la gloria, el amor y una ambición sin culpa son mis guías, y mi alma no conoce temor alguno. Lo que ha sido, por más dulce que sea, ya

no es; el presente solo es bueno porque está a punto de cambiar, y lo que está por venir me pertenece por completo. ¿Temo acaso el latido de mi corazón? Altas aspiraciones hacen correr mi sangre; mis ojos parecen penetrar en la brumosa medianoche del tiempo y distinguir en las profundidades de su oscuridad el goce de todos los deseos de mi alma.

Pero ¡detente! Durante mi viaje tal vez sueñe, y con ligeras alas alcance la cumbre del alto edificio de la vida. Ahora que he llegado a su base, con las alas plegadas, los macizos peldaños se alzan ante mí y, paso a paso, debo ascender por el imponente templo.

¡Hablad! ¿Qué puerta está abierta^[6]?

Miradme a mí en mi nuevo puesto. Diplomático. Partícipe de una sociedad que va en busca del placer, residente en una ciudad alegre. Un joven con futuro, protegido del embajador. Todo era raro y admirable para el pastor de Cumbria. Con mudo asombro hice mi entrada en la alegre escena, cuyos actores eran

los lirios del campo, gloriosos como Salomón que no tejen ni hilan^[7].

Tardé muy poco en incorporarme a la mareante rueda, olvidando mis horas de estudio y la amistad de Adrian. El deseo apasionado de compañía, la ardiente búsqueda de un objeto ansiado, seguían caracterizándome. La visión de la belleza me arrebatava, y las maneras atractivas de hombres y mujeres acaparaban mi entera confianza. Cuando una sonrisa hacía latir mi corazón yo lo llamaba raptó; y sentía que la sangre de la vida hormigueaba en mi cuerpo cuando me aproximaba al ídolo que transitoriamente veneraba. El mero correr de las emociones era el paraíso, y al caer la noche solo deseaba que se reanudaran aquellos engaños embriagadores. La luz cegadora de los salones ornamentados; las esculturas encantadoras alineadas con sus espléndidos ropajes; los movimientos de una danza, los tonos voluptuosos de músicas exquisitas, acunaban mis sentidos, induciéndolos a un delicioso sueño.

¿Acaso no es eso, en sí mismo, la felicidad? Apelo a los moralistas y a los sabios. Les pregunto si en el sosiego de sus medidas ensoñaciones, si en las profundas meditaciones que llenan sus horas, sienten al joven lego de la escuela del placer. ¿Pueden los haces tranquilos de sus ojos, que buscan los cielos, igualar los destellos de las pasiones combinadas que les ciegan, o la influencia de la fría filosofía sumerge su alma en una dicha igual a la suya, inmersa

en esa amada obra de jovial ensoñación^[8]?

Pero en realidad ni las solitarias meditaciones del eremita ni los raptos tumultuosos del soñador bastan para satisfacer el corazón del hombre. Pues de unas obtenemos

turbadora especulación y de los otros hartazgo. La mente flaquea bajo el peso del pensamiento y se hunde en contacto con aquellos cuya sola meta es la diversión. No existe goce en su amabilidad hueca, y bajo las sonrientes ondas de esas aguas poco profundas acechan afiladas rocas.

Así me sentía yo cuando la decepción, el cansancio y la soledad me devolvían a mi corazón, para extraer de él la alegría de la que estaba privado. Mi fatigado corazón pedía que algo le hablara de afectos y, al no hallarlo, me derrumbaba. De ese modo, y a pesar de la delicia inconsciente que me aguardaba en los inicios, la impresión que conservo de mi vida en Viena es melancólica. Como dijo Goethe, en nuestra juventud no podemos ser felices a menos que amemos. Y yo no amaba. Pero me devoraba un deseo incesante de ser algo para los demás. Me convertí en víctima de la ingratitud y la coquetería fría, y entonces me desesperé e imaginé que mi descontento me daba derecho a odiar el mundo. Regresé a mi soledad. Me quedaban mis libros, y mi deseo renovado de gozar de la compañía de Adrian se convirtió en sed ardiente.

La emulación, que en su exceso casi adoptaba las propiedades de la envidia, espoleaba esos sentimientos. En aquel periodo, el nombre y las hazañas de uno de mis compatriotas causaban gran admiración en el mundo. Los relatos de sus éxitos, las conjeturas sobre sus acciones futuras, constituían los temas recurrentes del momento. No era por mí por quien me enfurecía, pero me parecía que las loas que aquel ídolo cosechaba eran hojas arrancadas de unos laureles destinados a Adrian. Pero he de dejar constancia aquí, ahora, de ese amante de la fama, de ese favorito de un mundo que busca asombrarse.

Lord Raymond era el único descendiente vivo de una familia noble pero venida a menos. Desde una edad muy temprana se había complacido en su linaje, y lamentaba amargamente sus estrecheces materiales. Su mayor deseo era enriquecerse, y los medios que pudieran llevarle a alcanzar ese fin no eran sino consideraciones secundarias. Altivo y a la vez ávido de cualquier demostración de respeto; ambicioso pero demasiado orgulloso para demostrar su ambición; dispuesto a alcanzar honores, y al tiempo devoto del placer; así hizo su entrada en la vida. Apenas en el umbral oyó un insulto proferido contra él, real o imaginario; alguna muestra de repulsa donde menos la esperaba; o cierta decepción, difícil de tolerar para su orgullo. Se retorció bajo una herida que no podía vengar; y abandonó Inglaterra con la promesa de no volver hasta que, llegado el momento, su país reconociera en él un poder que ahora le negaba.

Se convirtió en aventurero de las guerras griegas. Su arrojo y su genio absoluto atrajeron la atención de muchos. Se convirtió en héroe amado por aquel pueblo alzado en armas. Solo su origen extranjero y su negativa a renegar de los lazos con su país natal le impidieron alcanzar los puestos de mayor responsabilidad en el Estado. Pero, aunque tal vez otros figuraran más alto en título y ceremonia, lord Raymond había alcanzado un rango superior al de todos ellos. Condujo a los ejércitos griegos hasta la victoria y todos sus triunfos se debieron a él. Cuando aparecía, pueblos

enteros salían a las calles a recibirlo; se escribían nuevas letras de los himnos nacionales para glosar su gloria, su valor y munificencia.

Entre turcos y griegos se firmó una tregua. Entre tanto, lord Raymond, gracias a un azar inesperado, heredó una inmensa fortuna en Inglaterra, a la que regresó, coronado de gloria, para recibir el mérito del honor y la distinción que antes le habían sido negados. Su orgulloso corazón se rebeló contra ese cambio. ¿En qué era distinto al despreciado Raymond? Si la adquisición de poder en forma de riqueza era la causante, ese poder habrían de sentirlo como un yugo de hierro. El poder era, al fin, la meta de todos sus actos; el enriquecimiento, el blanco contra el que siempre apuntaba. Tanto en la ambición claramente mostrada como en la velada intriga, su fin era el mismo: llegar a lo más alto en su propio país.

A mí, aquel relato me llenaba de curiosidad. Los acontecimientos que se sucedieron a su llegada a Inglaterra me sirvieron para aclarar más mis propios sentimientos. Entre sus otras virtudes, lord Raymond era extraordinariamente apuesto; todo el mundo lo admiraba. Era el ídolo de las mujeres. Se mostraba cortés, se expresaba con dulzura y era ducho en artes fascinantes. ¿Qué no había de lograr un hombre así en la ajetreada Inglaterra? A un cambio sucede otro cambio. La historia completa no me fue revelada, pues Adrian había dejado de escribir, y Perdita se mostraba lacónica en sus cartas. Se decía que Adrian se había vuelto —cómo escribir la palabra fatal— loco; que lord Raymond era el favorito de la reina, y el esposo escogido por ella para su hija. Y aún más: que aquel noble aspirante planteaba de nuevo la pretensión de los Windsor de ocupar el trono. De ese modo, si la enfermedad de Adrian se revelaba incurable y él se casaba con su hermana, la frente de Raymond podría ceñir la corona mágica de la realeza.

Aquel relato corría de boca en boca propagando su fama; aquel relato hacía intolerable mi permanencia en Viena, lejos del amigo de mi juventud. Ahora yo debía cumplir mi promesa, acudir en su ayuda y convertirme en su aliado y en su apoyo, hasta la muerte. Adiós al placer cortesano, a la intriga política, al laberinto de pasiones y locuras. ¡Salud, Inglaterra! ¡Inglaterra natal, recibe a tu hijo! Tú eres el escenario de todas mis esperanzas, el poderoso teatro donde se representa el acto del único drama que puede, con el corazón y el alma, llevarme con él en su avance. Una voz irresistible, un poder omnipotente, me llevaba hacia ella. Tras una ausencia de dos años, arribé a sus orillas sin atreverme a preguntar nada, temeroso de hacer cualquier comentario. Primero visitaría a mi hermana, que vivía en una pequeña casa de campo, parte del regalo de Adrian, y que lindaba con el bosque de Windsor. Por ella conocería la verdad sobre nuestro benefactor. Sabría por qué se había alejado de la protección de la princesa Evadne y me enteraría de la influencia que aquel Raymond, cada vez más poderoso, ejercía en los designios de mi amigo.

Nunca hasta entonces me había hallado en las inmediaciones de Windsor. La fertilidad y la belleza del campo que lo rodeaba me llenaron de una admiración que aumentaba a medida que me aproximaba al antiguo bosque. Las ruinas de los

majestuosos robles que habían crecido, florecido y envejecido a lo largo de los siglos indicaban la extensión que había llegado a alcanzar, mientras que las vallas destartadas y las malas hierbas demostraban que aquella zona había sido abandonada en favor de plantaciones más jóvenes que habían visto la luz a principios del siglo XIX y que ahora se alzaban en todo el esplendor de su madurez. La humilde morada de Perdita se hallaba en los límites de aquel territorio más antiguo; ante ella se extendía Bishopgate Heath, que hacia el este parecía interminable, y por el oeste moría en Chapel Wood y el huerto de Virginia Water. Detrás sombreaban la casa los padres venerables de aquel bosque, bajo los cuales los ciervos se acercaban a pacer, y que, en su mayor parte huecos por dentro y resecos, formaban grupos fantasmales que contrastaban con la belleza regular de los árboles más jóvenes. Estos, retoños de un periodo posterior, se alzaban erectos y parecían dispuestos para avanzar sin temor hacia los tiempos venideros. Aquellos, rezagados y exhaustos, quebrados, se retorcían y se aferraban los unos a los otros, con sus débiles ramas suspirando ante el azote del viento, batallón golpeado por los elementos.

Una verja discreta cercaba el jardín de la casa de techo bajo, que parecía someterse a la majestad de la naturaleza y acobardarse ante los restos venerables de un tiempo olvidado. Las flores, hijas de la primavera, adornaban aquel jardín y los alféizares de las ventanas. En medio de aquella rusticidad se respiraba un aire de elegancia que revelaba el buen gusto de su ocupante. El corazón me latía con fuerza cuando franqueé la verja. Permanecí junto a la entrada y oí su voz, tan melodiosa como siempre, que antes de poder verla me permitió saber que se encontraba bien.

Al cabo de un momento Perdita apareció ante mí, lozana, con el frescor de su jovial feminidad, distinta y a la vez la misma muchacha montañesa a la que había dicho adiós. Sus ojos no podían ser más profundos de lo que habían sido en su infancia, ni su rostro más expresivo. Pero su gesto sí había cambiado, para mejorar. La inteligencia había hecho nido en su frente. Cuando sonreía, la sensibilidad más fina embellecía su semblante y su voz, grave y modulada, parecía hecha para el amor. Su cuerpo era un ejemplo de proporción femenina. No era alta, pero su vida en las montañas había conferido libertad a sus movimientos, por lo que apenas oí sus pasos ligeros cuando se acercó al vestíbulo para recibirme. Cuando nos separamos, la había estrechado contra mi pecho con gran afecto, y ahora que volvíamos a vernos se despertaron en mí nuevos sentimientos. Nos observamos mutuamente: la infancia había quedado atrás y éramos dos actores hechos y derechos de la cambiante escena. La pausa duró apenas un momento: el torrente de asociaciones y sentimientos naturales que se había detenido, retomó su pleno avance en nuestros corazones, y con la emoción más tierna nos entregamos al abrazo.

Una vez amansada la pasión del momento, nos sentamos juntos con la mente serena y conversamos sobre el pasado y el presente. Yo le pregunté por la frialdad de sus cartas, pero los escasos minutos que habíamos pasado juntos bastaron para explicar el origen de su reserva. En ella habían aflorado nuevos sentimientos, que no

podía expresar por escrito a alguien a quien solo había conocido en la infancia; pero ahora volvíamos a vernos, y nuestra intimidad se renovaba como si nada hubiera intervenido para detenerla. Yo le relaté los detalles de mi estancia en el extranjero, y a continuación le pregunté por los cambios que se habían producido en casa, por las causas de la ausencia de Adrian y por la vida retirada que llevaba.

Las lágrimas que asomaron a los ojos de mi hermana cuando mencioné a nuestro amigo, así como el rubor que tiñó su rostro, parecían avalar la verdad de las noticias que habían llegado hasta mí. Pero las implicaciones de ello eran tan terribles que no quise dar crédito instantáneo a mis sospechas. ¿Reinaba de veras la anarquía en el universo sublime de los pensamientos de Adrian? ¿Había dispersado la locura sus otrora bien formadas legiones, y ya no era dueño y señor de su propia alma? Querido amigo: este mundo enfermo no era clima propicio para tu espíritu amable. Entregaste su gobierno a la falsa humanidad, que lo despojó de sus hojas antes que el mismo invierno, y dejó desnuda su vida temblorosa al paio maligno de los vientos más fuertes. ¿Han perdido aquellos ojos, aquellos «canales del alma» su sentido, o solo a su luz aclararían el relato horrible de sus aberraciones? ¿Esa voz ya no «pronuncia música tan elocuente»^[9]? ¡Horrible, horribilísimo! Me cubro los ojos con las manos, aterrorizado ante el cambio, y mis lágrimas son testigos del dolor que me causa esa ruina inimaginable.

En respuesta a mi pregunta, Perdita me detalló las circunstancias melancólicas que condujeron a esos hechos.

La mente franca e inocente de Adrian, dotada como estaba de todas las gracias naturales, poseedora de los poderes trascendentes del intelecto, carente de la sombra de defecto alguno (a menos que su valiente independencia de ideas pudiera considerarse como tal), vivía entregado —incluso como víctima de sacrificio— a Evadne. Le confiaba los tesoros de su alma, sus aspiraciones una vez alcanzada la excelencia, sus planes para el mejoramiento de la humanidad. A medida que despertaba a la edad adulta, sus proyectos y teorías, lejos de modificarse en aras de la prudencia y los motivos personales, adquirían nueva fuerza otorgada por los poderes que sentía crecer en su interior. Y su amor por Evadne se consolidaba más y más, como si con el paso de los días adquiriera más certeza de que el sendero que perseguía estaba lleno de dificultades y que debía hallar su recompensa no en el aplauso o la gratitud de sus congéneres, ni en el éxito de sus planes, sino en la aprobación de su propio corazón y en el amor y la comprensión de su amada, que había de iluminar todos sus trabajos y recompensar todos sus sacrificios.

En soledad, lejos de los lugares más frecuentados, maduraba sus ideas para la reforma del gobierno inglés y la mejora del pueblo. Todo habría ido bien si hubiera mantenido ocultos sus sentimientos hasta que se hubiera visto en posesión del poder que aseguraría su desarrollo práctico. Pero era impaciente ante los años que debía esperar y sincero de corazón, y no conocía el miedo. No solo se negó de plano a los planes de su madre, sino que dio a conocer su intención de usar su influencia para

minimizar el poder de la aristocracia, alcanzar una mayor igualdad en riquezas y privilegios e introducir en Inglaterra un sistema perfecto de gobierno republicano. En un primer momento su madre consideró aquellas teorías como los sueños desbocados de la inexperiencia. Pero los exponía tan sistemáticamente y los argumentaba con tal coherencia que, aunque aún parecía mostrarse incrédula, empezó a temerle. Trató de razonar con él pero, al saberlo inflexible, aprendió a odiarlo.

Por raro que parezca, aquel sentimiento resultó ser contagioso. Su entusiasmo por un bien que no existía; su desprecio por lo sagrado de la autoridad; su ardor e imprudencia, se hallaban en los antípodas de la rutina habitual de la vida; los más mundanos lo temían; los jóvenes e inexpertos no comprendían la férrea severidad de sus opiniones morales, y desconfiaban de él por considerarlo distinto a ellos. Evadne participaba, aunque fríamente, de sus teorías. Creía que hacía bien en manifestar su voluntad, pero hubiera preferido que esta resultara más inteligible a las multitudes. Ella carecía del espíritu del mártir y no le entusiasmaba la idea de tener que compartir la vergüenza y la derrota de un patriota caído. Conocía la pureza de sus motivos, la generosidad de su carácter, la verdad y el ardor de los sentimientos que le profesaba, y ella, a su vez, le tenía gran afecto. Él le devolvía aquella dulzura con la mayor de las gratitudes y la convertía en custodia del tesoro de sus esperanzas.

Fue entonces cuando lord Raymond regresó de Grecia. No podían existir dos personas más distintas que Adrian y él. A pesar de todas las incongruencias de su carácter, Raymond era, enfáticamente, un hombre de mundo. Sus pasiones eran violentas, y como solían dominarlo, no siempre lograba ajustar su conducta al cauce de su propio interés, aunque justificarse a sí mismo era, en su caso, su objetivo primordial. Veía en la estructura social parte del mecanismo en que se apoyaba la red sobre la que transcurría su vida. La tierra se extendía como ancho camino tendido para él: el cielo era su palio.

Adrian, por su parte, sentía que pertenecía a un gran todo. No solo se sentía afín a la humanidad, sino a toda la naturaleza. Las montañas y el cielo eran sus amigos; los vientos y los vástagos de la tierra, sus compañeros de juegos; siendo apenas el foco de ese poderoso espejo, sentía que su vida se fundía con el universo de la existencia. Su alma era comprensión y se dedicaba a venerar la belleza y la excelencia. Adrian y Raymond entraron entonces en contacto y un espíritu de aversión mutua se alzó entre ellos. Adrian rechazaba las estrechas miras del político y Raymond sentía un profundo desprecio por las benévolas visiones del filántropo.

Con la aparición de Raymond se formó la tormenta que arrasó de un solo golpe los jardines de las delicias y los senderos protegidos que a Adrian tanto le gustaban y que se había asegurado como refugio contra la derrota y la ofensa. Raymond, el salvador de Grecia, el soldado dotado de todas las gracias, que en sus maneras exhibía rasgos de todo lo que, característico de su clima natal, Evadne más apreciaba; Raymond obtuvo el amor de Evadne. Desbordada por sus nuevas sensaciones, no se detuvo a examinarlas ni a modelar su conducta con más sentimientos que los del más

tirano de todos ellos, que súbitamente usurpó el imperio de su corazón. Sucumbió a su poder, y la consecuencia natural para una mente poco acostumbrada a esas emociones fue que las atenciones de Adrian empezaron a desagradarle. Se volvió caprichosa. La amabilidad que le había demostrado hasta entonces se tornó aspereza y frialdad repulsiva. Cuando percibía la desbocada o patética súplica en su expresivo semblante, se apiadaba, y por un tiempo breve regresaba a su antigua amabilidad. Pero esas fluctuaciones hundían el alma de aquel joven sensible en las simas más profundas. Ya no le parecía que por poseer el amor de Evadne dominaba el mundo; ahora sentía en cada uno de sus nervios que las más funestas tormentas del universo mental estaban a punto de cernirse sobre su frágil ser, que temblaba ante la visión de su llegada.

Perdita, que por entonces residía con Evadne, era testigo de la tortura que soportaba Adrian. Ella lo amaba como a un hermano mayor, un familiar que la guiaba, protegía e instruía pero sin ejercer la tiranía tan frecuente de la autoridad paterna. Adoraba sus virtudes y, con una mezcla de desprecio e indignación, veía cómo Evadne le hacía sufrir por otro que apenas se fijaba en ella. En la desesperación de sus soledad, Adrian iba con frecuencia en busca de mi hermana y con circunloquios le hablaba de su tristeza, mientras la fortaleza y la agonía dividían el trono de su mente. ¡Una de las dos no tardaría en conquistarla! La ira no formaba parte de sus emociones. ¿Con quién iba a mostrarse airado? No con Raymond, que era inconsciente de la tristeza que le ocasionaba. Tampoco con Evadne, pues su alma lloraba lágrimas de sangre; pobre muchacha confundida, que era esclava y no tirana. Así, en su propia angustia, Adrian lloraba también por lo que el destino pudiera deparar a la princesa griega. En una ocasión, un escrito suyo cayó en manos de Perdita. Estaba húmedo de lágrimas y cualquiera hubiera añadido las suyas al leerlo.

«La vida —así empezaba— no es como la describen en las novelas; pasar por las medidas de una danza y, tras varias evoluciones llegar a una conclusión, tras lo cual los bailarines se sientan y reposan. Mientras existe vida existen la acción y el cambio. Seguimos adelante, y cada pensamiento se vincula al que le sirvió de padre, y cada acción se vincula a un acto previo. Ninguna alegría, ninguna tristeza muere sin descendencia, que siempre generada y generándose, teje la cadena que forma nuestra vida.

Un día llama a otro día
y así llama, y encadena
llanto a llanto, y pena a pena^[10].

»En verdad, la decepción es la deidad custodia de la vida humana; tiene su sede en el umbral de un tiempo no nacido y dirige los acontecimientos a medida que aparecen. En otro tiempo mi corazón reposaba, ligero, en mi pecho; toda la hermosura del mundo me era doblemente hermosa, pues irradiaba de la luz del sol que brotaba de mi

propia alma. ¡Oh! ¿Por qué razón el amor y la ruina se unen eternamente en este nuestro sueño mortal? Pues cuando hacemos de nuestros corazones guarida para la bestia de aspecto amable, su compañera entra con ella y sin piedad destruye lo que podría haber sido un hogar y un refugio».

Gradualmente su tristeza fue minando su salud, y después fue su inteligencia la que sucumbió a la misma tiranía. Sus modales se asilvestraron; en ocasiones se mostraba feroz y en ocasiones absorto en una melancolía muda. Sin previo aviso, Evadne abandonó Londres para trasladarse a París. Él fue tras ella y le dio alcance cuando su nave estaba a punto de zarpar. Nadie sabe qué sucedió entre ellos, pero Perdita ya no volvió a verlo. Adrian vivía en reclusión, nadie sabía dónde, servido por personas que su madre había contratado a tal efecto.

Capítulo IV

Primera parte

UN día después lord Raymond se detuvo en casa de Perdita camino del castillo de Windsor. El rubor en el rostro de mi hermana, y el brillo de sus ojos me revelaron a medias su secreto. Con gran contención y haciendo gala de una gran cortesía se dirigió a nosotros, y al momento pareció hacerse un sitio en nuestros sentimientos y fundirse con ella y conmigo. Me dediqué a observar su fisonomía, que variaba mientras hablaba y que, en todos sus cambios, se mostraba hermosa. La expresión habitual de sus ojos era dulce, aunque en ocasiones brillaban con fiereza. De piel muy pálida, todos sus rasgos hablaban de un gran dominio de sí mismo; su sonrisa agradable, exhibía sin embargo, con frecuencia, la curva del desdén en sus labios; labios que a ojos femeninos representaban el mismo trono de la belleza y el amor. Su voz, por lo general suave, sorprendía en ocasiones con una nota súbita y discordante, que indicaba que su tono grave habitual era más obra del estudio que de la naturaleza. Lleno de contradicciones, inflexible y altivo, amable pero fiero, tierno y a la vez desdeñoso, por algún extraño arte le resultaba fácil obtener la admiración de las mujeres, tratándolas con dulzura o tiranizándolas según su estado de ánimo, pero déspota en todos sus cambios.

En aquel instante, sin duda, Raymond deseaba mostrarse amigable. En su conversación se alternaban el ingenio con la hilaridad y la profunda observación, y pronunciaba todas sus frases con la rapidez de un destello de luz. No tardó en conquistar mi distante reticencia. Me propuse observarlos a él y a Perdita y tener presente todo lo que había oído en su contra. Pero todo parecía tan ingenioso, y tan fascinante, que me olvidé de todo excepto del placer que el contacto con él me proporcionaba. Con la idea de introducirme en los círculos políticos y sociales de Inglaterra, de los que pronto habría de formar parte, me relató algunas anécdotas y me describió a muchos personajes. Su conversación, rica y entretenida, impregnaba mis sentidos de placer. Habría triunfado en todo, menos en una sola cosa: se refirió a Adrian con el tono de absoluto desprecio que los sabios mundanos vinculan siempre al entusiasmo. Percibía que el nubarrón se aproximaba y trataba de disiparlo. La

fuerza de mis sentimientos no me permitía pasar a la ligera sobre aquel tema sagrado, de modo que le hablé con gran aplomo.

—Permíteme declarar que me siento devotamente unido al conde de Windsor, que es mi mejor amigo y benefactor. Reverencio su bondad, coincido con sus opiniones y lamento amargamente su actual, y espero que pasajera, enfermedad. Lo peculiar de su dolencia hace que me resulte especialmente doloroso oír que se habla de él en términos que no son los del respeto y el afecto.

Raymond respondió, aunque en su respuesta no había nada conciliatorio. Comprendí que, en su corazón, despreciaba a quienes se entregaban a otros ídolos que los mundanos.

—Todo hombre —dijo— sueña con algo, con amor, honor y placer; tú sueñas con la amistad y te entregas a un loco; muy bien, si esa es tu vocación, sin duda estás en tu derecho de seguirla... —su pensamiento pareció azuzarlo, y el espasmo de dolor que por un momento atormentó su semblante, sirvió de freno a mi indignación—. ¡Felices los soñadores! —prosiguió—. ¡Que nadie los despierte! ¡Ojalá pudiera soñar yo! Pero el largo y luminoso día es el elemento en el que habito; el deslumbrante brillo de la realidad invierte, en mi caso, la escena. Incluso el fantasma de la amistad me ha abandonado, y el amor... —se le quebró la voz. Yo no sabía si el desdén que curvaba sus labios lo motivaba la pasión que sentía o si iba dirigido contra sí mismo, por ser su esclavo.

La narración de este encuentro puede tomarse como muestra de mi relación con lord Raymond. Nos hicimos íntimos, y los días que pasábamos juntos me permitían admirar más y más sus poderosos y versátiles talentos, que junto con su elocuencia, ingeniosa y sutil, y su fortuna, ahora inmensa, lo convertían en un ser más temido, amado y odiado que cualquier otro en suelo inglés.

Mi ascendencia, que despertaba interés, si no respeto, mi anterior vínculo con Adrian, el favor del embajador, de quien había sido secretario, y ahora mi intimidad con lord Raymond me facilitaron el acceso a los círculos sociales y políticos de Inglaterra. A causa de mi inexperiencia, al principio me pareció que nos hallábamos en vísperas de una guerra civil; las partes se mostraban violentas, vehementes e inflexibles. El Parlamento se hallaba dividido en tres facciones: los aristócratas, los demócratas y los realistas. Después de que Adrian declarara su preferencia por la república como forma de gobierno, esta formación estuvo a punto de desaparecer, pues se quedó sin jefe, sin guía. Pero cuando lord Raymond decidió encabezarla, revivió con fuerza. Algunos eran realistas por prejuicio y antiguo afecto, y muchos de sus partidarios más moderados temían por igual la caprichosa tiranía del partido del pueblo que el despotismo férreo de los aristócratas. Más de un tercio de los miembros se agrupaba con Raymond, y la cifra no dejaba de aumentar. Los aristócratas basaban su esperanza en el poder de sus riquezas y en su influencia, y los reformistas, en la fuerza de la nación misma. Los debates eran violentos, y más violentos aún eran los discursos pronunciados por unos políticos que se reunían para medir sus fuerzas. Se

proferían epítetos oprobiosos, se amenazaba incluso con la muerte. Las concentraciones del populacho alteraban el orden del país. Si no a una guerra, ¿a qué otra cosa podía conducir todo aquello? Pero aunque las llamas de la destrucción estaban listas para prender, yo mismo las vi arredrarse, sofocadas por la ausencia de los militares, por la aversión de todos a cualquier forma de violencia que no fuera la del discurso y por la amabilidad cordial y hasta la amistad de los líderes cuando se reunían en privado. Por mil motivos me sentía atraído a presenciar atentamente el desarrollo de los acontecimientos, y observaba cada uno de ellos con extrema ansiedad.

No podía dejar de constatar que Perdita amaba a Raymond, y me parecía que él veía con admiración y ternura a la hija de Verney. Y sin embargo sabía bien que seguía adelante con sus planes de casarse con la supuesta heredera al condado de Windsor, sabedor de las ventajas que el enlace le reportaría. Todos los amigos de la reina destronada eran amigos suyos, y no había semana en que no se reuniera con ella en su castillo.

Yo no había visto nunca a la hermana de Adrian. Había oído que se trataba de una joven encantadora, dulce y fascinante. ¿Cómo haría para verla? Hay momentos en los que nos asalta la sensación indefinible de que un cambio inminente, para mejor o para peor, va a surgir de un hecho. Y, para mejor o para peor, tememos ese cambio y evitamos el hecho. Ese era el motivo que me llevaba a mantenerme alejado de aquella damisela de alta cuna. Para mí ella lo era todo y no era nada. Su nombre, pronunciado por cualquier otro, me sobresaltaba y me hacía temblar. El interminable debate sobre su unión con lord Raymond era para mí una verdadera agonía. Me parecía que, ahora que Adrian vivía apartado de la vida activa, y de aquella hermosa Idris, víctima seguramente de las ambiciones de su madre, yo debía acudir en su protección, librarla de las malas influencias, impedir su infelicidad y garantizar su libertad de elección, derecho de todo ser humano. Pero ¿cómo iba a hacerlo? Ella misma rechazaría mi intromisión. Si lo hacía, me convertiría en objeto de su indiferencia o su desprecio, por lo que mejor sería evitarla, no exponerme ante ella ni ante el mundo, representando el papel de un Ícaro loco y entregado.

Un día, varios meses después de mi regreso a Inglaterra, abandoné Londres para visitar a mi hermana. Su compañía era mi principal solaz y delicia. Y mi ánimo siempre se elevaba cuando pensaba en verla. Salpicaba siempre su conversación de comentarios agudos y razonados; en su agradable sala, que olía a flores y estaba adornada con magníficos bronce, jarrones antiguos y copias de las mejores pinturas de Rafael, Correggio y Claude pintadas por ella misma, yo me deleitaba en la lejanía fantástica de lugar, inaccesible a las ruidosas polémicas de los políticos y a los vaivenes frívolos de las modas. En aquella ocasión mi hermana no estaba sola. Reconocí al punto a su acompañante: se trataba de Idris, el objeto hasta entonces velado de mi loca idolatría.

¿Qué términos de asombro y delicia serán los más adecuados, qué expresiones he de escoger, qué flujo suave del lenguaje me permitirá expresarme con más belleza, con más conocimiento, mejor? ¿Cómo, mediante la pobre unión de unas palabras, podré recrear el halo de gloria que la rodeaba, las mil gracias que perduraban intactas en ella? Lo primero que sorprendía al contemplar aquel encantador rostro era su bondad y sinceridad perfectas; el candor habitaba en su frente despejada, la simplicidad en sus ojos, la benignidad celestial en su sonrisa. Su figura alta y esbelta se combaba con gracia como un álamo a la brisa del oeste, y sus movimientos, divinos, eran los de un ángel alado iluminado desde lo alto de los cielos. La blancura perlada de su piel estaba salpicada de pureza; su voz parecía el grave y seductor tañido de una flauta. Tal vez sea más fácil describirla por contraste. He detallado ya las perfecciones de mi hermana. Y sin embargo ella era en todo distinta a Idris. Perdita, a pesar de amar, se mostraba reservada y tímida; Idris, en cambio era franca y confiada. Aquella se retiraba a sus soledades para guarecerse de las decepciones y las heridas; esta avanzaba en pleno día, segura de que nadie podía lastimarla. Wordsworth ha comparado a una mujer amada con dos bellos objetos de la naturaleza, pero sus versos siempre me han parecido más una expresión de contraste que de similitud.

Violeta junto a piedra
por el musgo cubierta
medio oculta a la vista,
radiante como una estrella
cuando sola en el cielo brilla.

Esa violeta era la dulce Perdita, que temblaba incluso al asomarse al aire, que se acobardaba ante la observación, y sin embargo, a su pesar, a la superficie asomaban todas sus excelencias, y pagaba con sus mil gracias el esfuerzo de quienes se acercaban a su jardín solitario. Idris era la estrella, esplendor único de la tenue guirnalda del anochecer balsámico; dispuesta a iluminar y deleitar al mundo sometido, protegida de toda mancha por su inimaginable distancia de todo lo que no sea como ella, celeste.

Y yo hallé esa visión de la belleza en la sala de Perdita, en animada conversación con su anfitriona. Cuando mi hermana me vio, se puso en pie al momento y, tomándome de la mano, dijo:

—Aquí está, solícito a nuestros deseos; este es Lionel, mi hermano.

Idris también se alzó y posó en mí sus ojos de un azul celeste.

—Apenas necesita presentación —dijo con peculiar gracia—. Contamos con un retrato, venerado por mi padre, que declara al momento cuál es su nombre. Verney, supongo que reconoce el vínculo, y en tanto que amigo de mi hermano, siento que puedo confiar en usted. —Entonces, con lágrimas en los ojos y voz temblorosa,

prosiguió—. Queridos amigos, no os parezca extraño que hoy que os visito por primera vez venga a solicitar vuestra ayuda y os confíe mis deseos y temores. Solo a vosotros me atrevo a hablar. He oído hablar bien de vosotros a espectadores imparciales, y sois amigos de mi hermano, por lo que habéis de ser también amigos míos. ¿Qué puedo decir? Si os negáis a ayudarme, ¡estoy perdida! —Alzó la vista, mientras sus interlocutores permanecían mudos de asombro. Y entonces, como transportada por sus sentimientos, exclamó:

—¡Mi hermano, mi amado y desdichado Adrian! ¿Cómo hablaros de sus desgracias? Sin duda ya habréis oído contar lo que de él se dice, y tal vez habéis creído esos infundios. ¡Pero no está loco! Aunque un ángel descendiera desde los mismos pies del trono de Dios para revelármelo, ni así lo creería. Ha sido engañado, traicionado, encarcelado, ¡salvadlo! Verney, debe hacerlo; dé con él allí donde se encuentre, en el rincón de la isla en que se halle preso; encuéntralo, rescátelo de sus perseguidores, logre que vuelva a ser quien era, pues en todo el mundo no tengo a nadie más a quien amar.

Su sincera súplica, expresada con tal dulzura y vehemencia, me llenó de asombro y comprensión; y cuando añadió con voz arrebatada y mirada fija: «¿Consiente en asumir la empresa?», yo prometí, sincera y fervientemente, dedicar mi vida y mi muerte a restaurar el bienestar de Adrian. Entonces conversamos sobre el plan que habría de seguir, y abordamos cómo podríamos dar con su paradero. Mientras seguíamos hablando, lord Raymond entró sin que nadie lo anunciara y vi que Perdita temblaba y palidecía, y que el rubor se apoderaba de las mejillas de Idris. Lord Raymond debió de sentir gran asombro al presenciar nuestro cónclave, o gran turbación, mejor dicho. Pero no permitió que nada de ello aflorara a su gesto: saludó a mis acompañantes y se dirigió a mí con gran cordialidad. Idris pareció quedar suspendida unos instantes, y entonces, con suma dulzura, dijo:

—Lord Raymond, confío en su bondad y en su honor.

Esbozando una sonrisa altiva, él inclinó la cabeza.

—¿De veras confía en ellos, *lady* Idris? —preguntó.

Ella trató de leerle el pensamiento, antes de responderle con dignidad.

—Como guste. Sin duda siempre es mejor no comprometerse a ocultar nada.

—Discúlpeme —dijo él—, si la he ofendido. Tanto si confía en mí como si no, haré todo lo que esté en mi mano para cumplir sus deseos, sean cuales sean.

Idris le dio las gracias con una sonrisa, y se levantó para marcharse. Lord Raymond solicitó su permiso para acompañarla al castillo de Windsor, a lo que ella consintió. Salieron juntos de la casa. Mi hermana y yo nos quedamos allí como dos necios que imaginan que han encontrado un tesoro de oro hasta que la luz del día les convence de que no era sino plomo, dos moscas tontas y sin suerte que, jugando con los rayos del sol, se ven atrapadas en una telaraña. Me apoyé en el alféizar de la ventana y observé a aquellas criaturas gloriosas hasta que se perdieron en el bosque. Solo entonces me volví. Perdita no se había movido. Los ojos clavados en el suelo,

pálidas las mejillas, los labios muy blancos, rígida e inmóvil, seguía sentada, la zozobra impresa en todos sus gestos. Algo asustado, hice ademán de tomarle de la mano, pero ella, temblando, retiró la suya, esforzándose por componer el semblante. Traté de que me hablara.

—Ahora no —replicó—, y no me hables tú tampoco, querido Lionel. No puedes decir nada porque no sabes nada. Te veré mañana. Hasta entonces, adiós. —Se puso en pie para ausentarse, se dirigió a la puerta y al llegar a ella se detuvo y, apoyándose en el quicio, como si el peso de sus pensamientos le hubiera privado de la fuerza para sostenerse por sí misma, añadió—: Es probable que lord Raymond regrese. ¿Le dirás que me disculpe hoy, pues no me siento bien? Si lo desea, lo recibiré mañana, y también a ti. Será mejor que regreses a Londres con él. Allí podrás iniciar las averiguaciones sobre el conde de Windsor a las que te has comprometido, y mañana puedes volver a visitarme antes de proseguir tu viaje. Hasta entonces, me despido.

Le costaba hablar, y al terminar emitió un profundo suspiro. Con un movimiento de cabeza acepté lo que me proponía. Me sentía como si, desde el orden del mundo sistemático, hubiera descendido hasta el caos, oscuro, opuesto, ininteligible. Que Raymond pudiera casarse con Idris me resultaba más intolerable que nunca. Y aun así mi pasión, gigante desde el momento mismo de su nacimiento, era demasiado extraña, indómita e impracticable como para sentir al instante la tristeza que había percibido en Perdita. ¿Cómo debía actuar? Ella no me había confiado lo que sucedía; a Raymond no podía pedirle explicaciones sin arriesgarme a traicionar lo que tal vez fuera su secreto máspreciado. Al día siguiente sabría la verdad. Y mientras me hallaba ocupado en aquellos pensamientos, lord Raymond regresó. Preguntó por mi hermana y yo le transmití su mensaje. Entonces me preguntó si me disponía a regresar a Londres y me invitó a acompañarle. Yo acepté. Parecía pensativo y permaneció en silencio durante gran parte del trayecto.

—Debes disculpar que me halle tan abstraído —dijo al fin—. Lo cierto es que la moción de Ryland se presenta hoy mismo y estoy considerando cuál ha de ser mi respuesta.

Ryland encabezaba el partido popular. Se trataba de un hombre muy obstinado y a su manera muy elocuente. Se había salido con la suya en su intento de presentar a votación una ley que convirtiera en traición cualquier plan para alterar el estado del gobierno inglés y las leyes vigentes de la república. Ese ataque iba dirigido contra Raymond y sus maquinaciones encaminadas a la restauración de la monarquía.

Raymond me pidió que le acompañara al Parlamento esa noche. Recordé que debía recabar información sobre Adrian y, consciente de que la misión me llevaría mucho tiempo, me disculpé.

—Entiendo —dijo mi acompañante—, y yo mismo voy a liberarte de lo que te impide acompañarme. Sé que pretendes averiguar el paradero del conde de Windsor. De modo que yo mismo te diré que se encuentra en casa del duque de Athol, en Dunkeld. Durante las primeras fases de su trastorno se dedicó a viajar de un lugar a

otro, hasta que, al llegar a aquel romántico refugio, se negó a abandonarlo. Nosotros lo dispusimos todo, de acuerdo con el duque, para que pudiera quedarse allí.

Me dolió el tono insensible con que me facilitó la información.

—Debo agradecerte el dato —le respondí fríamente—, que ha de serme de utilidad.

—Lo será, Verney —dijo él—, y si perseveras en tu empeño, yo mismo te facilitaré el camino. Pero antes te pido que presencias el combate de esta noche, y el triunfo que estoy a punto de obtener, si me permites que así lo exprese, aunque temo que esa victoria sea una derrota para mí. ¿Qué puedo hacer? Mis mayores esperanzas parecen estar a punto de materializarse. La reina me concede a Idris; Adrian es del todo incapaz de asumir el título de conde, y el condado, en mis manos, se convierte en reino. Por el Dios de los cielos que es cierto. El exiguo condado de Windsor no basta a quien heredará los derechos que pertenecerán para siempre a la persona que los posea. La condesa no olvidará nunca que fue reina, y no soporta dejar a sus hijos una herencia tan exigua. Con su poder y mi ingenio reconstruiremos el trono, y la corona real ceñirá esta frente. Puedo hacerlo, puedo casarme con Idris...

Calló súbitamente, el semblante oscurecido de pronto, y su gesto cambió, movido por su pasión interna.

—¿Y *lady* Idris te ama? —le pregunté.

—Qué pregunta —exclamó él entre risotadas—. Me amará, por supuesto, como yo la amaré a ella, cuando estemos casados.

—Pues empezarás tarde —observé yo, irónico—. Normalmente el matrimonio se considera la tumba del amor, no su cuna. ¿De modo que estás a punto de amarla, pero todavía no la amas?

—No me sermonees, Lionel. Cumpliré mi deber con ella, no lo dudes. ¡El amor! Contra él he de proteger mi corazón, sacarlo de su fortaleza, rodearlo con barricadas. La fuente del amor debe dejar de fluir, sus aguas han de secarse, y todas las ideas pasionales que dependen de él han de perecer. Me refiero al amor que me gobernaría a mí, no al que yo pueda gobernar. Idris es una joven amable, dulce y hermosa. Es imposible no sentir afecto por ella, y el que yo le tengo es sincero. Pero no me hables de amor, de ese tirano que somete al tirano; el amor, hasta ahora mi conquistador, es hoy mi esclavo. El fuego hambriento, la bestia indomable, la serpiente de afilados colmillos... No, no, no quiero saber nada de ese amor. Y dime, Lionel, ¿consientes tú que me case con la joven?

Posó sus ojos vivaces en mí, y mi corazón, incontrolable, dio un vuelco en mi pecho. Le respondí con voz sosegada, aunque la imagen que mis palabras conformaban careciera de todo sosiego.

—¡Nunca! Jamás consentiré que *lady* Idris se una a alguien que no la ama.

—Porque la amas tú.

—Puedes ahorrarte la burla. Yo no la amo, no me atrevo.

—Al menos —prosiguió él, altivo—, ella no te ama a ti. No me casaría con una soberana a menos que supiera sin duda que su corazón es libre. Pero ¡Lionel! La palabra reino es poder, y los términos que componen el estilo de la realeza se presentan con sonidos amables. ¿Acaso no eran reyes los hombres más poderosos de la antigüedad? Alejandro lo era. Salomón, el más sabio entre los hombres, lo era también. Napoleón fue rey. César murió en su empeño de llegar a serlo, y Cromwell, el puritano y asesino de un monarca, aspiraba a la corona. El padre de Adrian ostentó el cetro de Inglaterra, ya roto. Pero yo devolveré a la vida el árbol caído, uniré sus piezas separadas y lo ensalzaré por sobre todas las flores del campo... No debe extrañarte que te haya revelado libremente el paradero de Adrian. No supongas que soy malvado o que estoy tan loco como para fundar mi soberanía sobre un fraude, y menos si la verdad o la falsedad sobre la locura del conde puede saberse tan fácilmente. Yo mismo acabo de estar con él. Antes de decidir mi matrimonio con Idris, he decidido ir a verle una vez más para dilucidar si su restablecimiento resulta probable. Pero su locura es irreversible.

Aspiré hondo.

—No te revelaré —prosiguió Raymond—, los detalles de su melancolía. Tú mismo los verás y juzgarás a partir de ellos. Aunque me temo que esa visita, que a él va a serle del todo inútil, ha de causarte a ti un sufrimiento insoportable. A mí me ha afectado grandemente. A pesar de que se muestra correcto y amable aun habiendo perdido la razón, yo no lo venero como lo veneras tú, y sin embargo renunciaría a toda esperanza de alcanzar la corona y a mi mano derecha por verlo a él en el trono.

Su voz expresaba una compasión profunda.

—Eres un ser enigmático —exclamé—. ¿Adónde te conducirán tus acciones, en todo ese laberinto de intenciones en el que pareces perdido?

—Ciertamente, adónde. A una corona, a una corona de oro y piedras preciosas, espero, y sin embargo no me atrevo a confiar en alcanzarla, y aunque sueño con una corona y despierto pensando en ella, una vocecilla diabólica no deja de susurrarme que lo que busco no es más que el sombrero de un loco, y que si fuera listo lo que haría sería pisotearla y tomar, en su lugar, lo que vale por todas las coronas de oriente y las presidencias de occidente.

—¿A qué te refieres?

—Si me decanto por ello, lo sabrás. Por el momento no me atrevo a hablar, ni siquiera a pensar en ello.

Permaneció de nuevo en silencio unos instantes y de nuevo, tras una pausa, volvió a hablarme entre risas. Cuando no era la burla la que inspiraba su regocijo, cuando era una alegría sincera la que iluminaba sus gestos con expresión feliz, su belleza divina se apoderaba de todo.

—Verney —prosiguió—, mi primera acción, cuando me convierta en rey de Inglaterra, será unirme a los griegos, tomar Constantinopla y someter toda Asia. Pretendo ser guerrero, conquistador; el nombre de Napoleón se inclinará ante el mío.

Los más entusiastas, en lugar de visitar su tumba rocosa y exaltar los méritos de los caídos, adorarán mi majestad y magnificarán mis ilustres hazañas.

Yo escuchaba a Raymond con vivo interés. ¿Podía no hacerlo, ante alguien que parecía gobernar la tierra con su imaginación, y que solo se arredraba cuando trataba de gobernarse a sí mismo? De su palabra y voluntad dependía mi felicidad, el destino de todo lo que me era querido. Me esforzaba por adivinar el significado oculto de sus palabras. No mencionó a Perdita, y sin embargo no me cabía duda de que el amor que sentía por ella era el causante de las dudas que mostraba. ¿Y quién era más digna de amor que mi hermana, aquella mujer de nobles pensamientos? ¿Quién merecía la mano de ese autoproclamado rey más que ella, cuya mirada pertenecía a una reina de naciones, que lo amaba como él la amaba? A pesar de ello, la decepción asfixiaba la pasión de Perdita, y la ambición libraba un duro combate con la de Raymond.

Acudimos juntos al Parlamento aquella noche. Raymond, a pesar de saber que sus planes e ideas se discutirían y decidirían durante el debate previsto, se mostraba alegre y despreocupado. Un rumor como el causado por diez mil panales de abejas zumbadoras nos sorprendió cuando entramos en el salón del café. Corrillos de políticos de expresión nerviosa conversaban con voz grave y profunda. Los miembros del Partido Aristocrático, formado por las personas más ricas e influyentes de Inglaterra, parecían menos alterados que los demás, pues la cuestión iba a discutirse sin su intervención. Junto a la chimenea se hallaban Ryland y sus partidarios. Ryland era un hombre de origen incierto e inmensa fortuna, heredada de su padre, que había sido fabricante. De joven había sido testigo de la abdicación del rey, así como de la unión de las dos cámaras, la Casa de los Lores y la de los Comunes. Había simpatizado con aquellos movimientos populares y había dedicado su vida y sus esfuerzos a consolidarlos y extenderlos. Desde entonces la influencia de los terratenientes había aumentado; en un primer momento Ryland no observaba con preocupación las maquinaciones de lord Raymond, que atraían a muchos de sus oponentes. Pero las cosas estaban llegando demasiado lejos. La nobleza empobrecida reclamaba el retorno de la monarquía, considerando que ello les devolvería su poder y sus derechos perdidos. El espíritu medio extinto de la realeza resurgía en las mentes de los hombres que, esclavos voluntarios, sujetos hechos y derechos, estaban dispuestos a dejarse uncir el yugo. Quedaban todavía algunos espíritus rectos y viriles, que eran los pilares del Estado. Pero la palabra «república» había perdido frescura al oído vulgar y muchos —el acto de esa noche demostraría si eran mayoría— añoraban el oropel y el boato de la realeza. Ryland se alzaba en resistencia y afirmaba que solo su sufrimiento había permitido el crecimiento de su partido. Pero el tiempo de la indulgencia había pasado, y con un solo movimiento de su brazo apartaría las telarañas que cegaban a sus conciudadanos.

Cuando Raymond entró en el salón del café su presencia fue saludada por sus amigos casi con un grito. Congregándose a su alrededor contaron cuántos eran, y cada uno expuso los motivos que les llevaban a pensar que su número aumentaría,

pues este o aquel miembro no había mostrado aún sus preferencias. Tras dar por concluidos ciertos asuntos menores en la cámara, los líderes tomaron asiento en sus respectivos puestos. El clamor de voces proseguía, hasta que, cuando Ryland se puso en pie para tomar la palabra, se hizo un silencio tan absoluto que podían oírse hasta los susurros. Todos los ojos se clavaron en él que, sin ser agraciado, resultaba imponente. Yo aparté la vista de su rostro severo y la posé en el de Raymond que, velado por una sonrisa, ocultaba su preocupación. Con todo, sus labios temblaban ligerísimamente y su mano se aferraba a intervalos con fuerza al banco en que se sentaba, lo que hacía que sus músculos se tensaran y destensaran.

Ryland inició su discurso ensalzando el estado del imperio británico. Refrescó la memoria de los asistentes sobre los años pasados; las tristes contiendas que, en tiempos de sus padres, habían llevado al país al borde de la guerra civil, la abdicación del difunto rey y la fundación de la república, que pasó a describir; expuso que Inglaterra era más poderosa, sus habitantes más valerosos y sabios, gracias a la libertad de que gozaban. Mientras hablaba, los corazones se henchían de orgullo y el rubor teñía las mejillas de quienes recordaban que allí todo el mundo era inglés, y que apoyaba y contribuía al feliz estado de las cosas que ahora se conmemoraba. El fervor de Ryland aumentó y, con ojos encendidos y voz apasionada, siguió relatando que había un hombre que deseaba alterar todo aquello y devolvernos a nuestros días de impotencia y contiendas, un hombre que osaba arrogarse el honor que correspondía a quien demostrara haber nacido en suelo inglés, y situar su nombre y su estilo por encima del nombre y el estilo de su país. En ese momento me fijé en que el rostro de Raymond mudaba de color. Apartó la vista del orador y la clavó en el suelo. Los asistentes dejaron de observar a Ryland para mirarlo a él, aunque sin dejar de oír la voz que atronaba su denuncia y llenaba sus sentidos. La gran franqueza de sus palabras le confería autoridad: todos sabían que decía la verdad, una verdad conocida, aunque no reconocida. Arrancó la máscara que ocultaba la realidad y los propósitos de Raymond, que habían avanzado hasta entonces agazapados en la penumbra, asomaron como un ciervo asustado, acorralado, evidente el cambio de su gesto para quienes lo miraban. Ryland acabó declarando que todo intento de restablecer el poder real debía ser declarado traición, y traidor a quien persiguiera el cambio de la forma de gobierno vigente. Al término de su intervención, los asistentes estallaron en vítores y aplausos.

Una vez defendida su moción, lord Raymond se puso en pie inexpresivo, la voz melodiosa, sus maneras delicadas, su gracia y su dulzura semejantes al tañer de una flauta que llegara tras la voz poderosa de su adversario, que atronaba como un órgano. Dijo alzarse para hablar a favor de la moción del honorable miembro, aunque deseando introducir una ligera enmienda. No dudó él también en recordar los viejos tiempos, en conmemorar las luchas de nuestros padres y la abdicación de nuestro rey. Con gran nobleza y generosidad, dijo, nuestro ilustre y último soberano de Inglaterra se había sacrificado por el bien aparente de su país y se había despojado de un poder

que solo podía mantener a costa de la sangre de sus súbditos. Y esos súbditos suyos que ya no lo eran, sus amigos e iguales, en señal de gratitud habían concedido ciertos favores y distinciones a él y a su familia a perpetuidad. Se les entregó una espaciosa finca y se les reconoció el rango más elevado entre los pares de Gran Bretaña. Sin embargo podía conjeturarse que no habían olvidado su antigua herencia. Y era muy duro que su heredero sufriera del mismo modo que cualquier otro pretendiente si trataba de obtener de nuevo lo que por herencia le pertenecía. No es que él opinara que hubiera de favorecerse semejante intento. Lo que afirmaba era que un intento semejante resultaría venial, y que si el aspirante no llegaba a declarar la guerra ni a izar una bandera en el reino, su falta debía tomarse con cierta indulgencia. Por lo tanto, en su enmienda proponía que la ley contemplase una excepción a favor de cualquier persona que reclamara el poder soberano para los condes de Windsor.

Raymond no concluyó su intervención sin pintar con colores vivos y brillantes el esplendor de un reino en oposición al espíritu comercial del republicanismo. Afirmó que todo individuo, amparado bajo la monarquía inglesa, era, como lo era ahora, capaz de alcanzar alto rango y poder, con una única excepción, el cargo de máximo gobernante; un rango más alto y más noble del que podía ofrecer una comunidad timorata y dedicada al trueque. ¿Merecía la pena sacrificar tanto para evitar apenas aquella excepción? La naturaleza de la riqueza y la influencia reducía forzosamente la lista de candidatos a unos pocos entre los más ricos. Y podía temerse que el mal humor y el descontento causados por esa lucha que se repetía cada tres años contrarrestaran las ventajas objetivas. No puedo dar constancia exacta de las palabras y los elegantes giros del lenguaje que daban vigor y convicción a su discurso, su ingenio y su gracia. Sus maneras, tímidas al principio, se tornaron firmes, y su rostro cambiante se iluminó con un brillo sobrenatural. Su voz, variada como la música, causaba, como esta, el encantamiento de quienes lo escuchaban.

Sería inútil reproducir el debate que siguió a su arenga. Los partidos pronunciaron sus discursos, que revistieron la cuestión de jerga y ocultaron su simple significado tras un viento de palabras tejidas. La moción no fue aprobada. Ryland se retiró presa de una mezcla de cólera y desazón. Y Raymond, feliz y exultante, se retiró a soñar con su futuro reino.

Segunda parte

¿EXISTE el amor a primera vista? Y, de existir, ¿en qué difiere del amor basado en la larga observación y el lento crecimiento? Tal vez sus efectos no sean tan permanentes, pero mientras duran resultan al menos igualmente violentos e intensos. Transitamos sin alegría por los laberintos sin senderos de la sociedad hasta que

damos con esa pista que nos conduce al paraíso a través de esa maraña. Nuestra naturaleza se oscurece como bajo una antorcha apagada, duerme en la negrura informe hasta que el fuego la alcanza. Es vida de la vida, luz para la luna y gloria para el sol. ¿Qué importancia tiene que el fuego se encienda con sílex y acero, que se alimente con esmero hasta convertirlo en llama, en lenta comunicación con la mecha oscura, o que súbitamente el poder radiante de la luz y su calor se transmitan desde un poder afín y prendan al instante el faro y la esperanza? En la fuente más profunda de mi corazón, mi pulso se había agitado; a mi alrededor, por encima, por debajo, la Memoria se aferraba a mí como un manto que me envolviera. En ningún momento del tiempo venidero me sentiría como me había sentido en el pasado. El espíritu de Idris se hallaba suspendido en el aire que respiraba; sus ojos me miraban siempre; su sonrisa recordada cegaba mi vago mirar y me obligaba a caminar como si también yo fuera un espíritu, no por causa de un eclipse, de la oscuridad o el vacío, sino de una luz nueva y brillante, demasiado reciente, demasiado deslumbrante para mis sentidos humanos. En cada hoja, en cada pequeña división del universo (como sobre el jacinto en el que aparece grabado el «α») ^[11], el talismán de mi existencia aparecía impreso: ¡ella vive! ¡Ella existe! Todavía no tenía tiempo para analizar mi sentimiento, para ponerme manos a la obra y encadenar mi indómita pasión. Todo era una única idea, un único sentimiento, un único conocimiento: ¡era mi vida!

Pero la suerte ya estaba echada: Raymond se casaría con Idris. Las alegres campanadas de boda resonaban en mis oídos; oía ya las felicitaciones de la nación tras el enlace. El ambicioso noble se elevaba con veloz vuelo de águila desde el suelo raso hasta la supremacía real, hasta el amor de Idris. Y sin embargo, ¡no sería así! Ella no lo amaba. Me había llamado amigo. Me había sonreído. Y a mí había confiado la mayor esperanza de su corazón, el bienestar de Adrian. Ese recuerdo derretía mi sangre helada, y una vez más la marea de la vida y el amor fluían impetuosos en mi interior, para retirarse de nuevo a medida que mi atribulada mente vacilaba.

El debate terminó a las tres de la madrugada. Mi alma se hallaba en gran zozobra. Cruzaba las calles con grandes prisas. A decir verdad, aquella noche estaba loco. El amor, al que he declarado gigante desde su nacimiento, luchaba contra la desesperación. Mi corazón, su campo de batalla, recibía la herida del acero de uno, las lágrimas torrenciales de la otra. Amaneció el nuevo día, que me resultaba odioso. Me retiré a mis aposentos. Me eché sobre un sofá y me dormí; ¿dormí realmente?, pues mis pensamientos seguían vivos. El amor y la desesperación proseguían su combate y yo me consumía en un dolor insufrible.

Desperté medio aturdido. Sentía una fuerte opresión en mi ser, pero no sabía de dónde procedía. Accedí, por así decirlo, al cónclave de mi cerebro y pregunté a varios ministros del pensamiento allí reunidos: no tardé en recordarlo todo. Mis miembros no tardaron en temblar bajo el peso del poder que me atormentaba. Pronto, demasiado pronto, supe que ya era un esclavo.

De pronto, sin anunciarse, lord Raymond entró en mi estancia y, muy alegre, se puso a cantar el himno tirolés a la libertad. Me saludó con un elegante movimiento de cabeza y se desplomó sobre un sofá dispuesto junto a la reproducción de un busto del Apolo de Belvedere. Tras uno o dos comentarios intrascendentes, a los que respondí parcamente, exclamó, mirando la escultura:

—Me haré llamar como ese v́ctor. No es mala idea. Ese busto me servirá para acuñar nuevas monedas y será un anuncio de mi futuro éxito a todos mis sumisos súbditos. —Lo dijo en el tono más alegre y benévolo, y sonrió, no desdeñoso, sino como burlándose de sí mismo. Pero casi de inmediato su semblante se ensombreció, y con aquel tono agudo que le era característico, añadió—: Ayer noche libré una buena batalla, una conquista que las llanuras de Grecia no me vieron alcanzar. Ahora soy el hombre más importante del Estado, tema de todas las baladas, objeto de devoción de todas las ancianas. ¿En qué piensas? Tú, que te crees capaz de leer el alma humana, como vuestro lago natal lee todos y cada uno de los pliegues y las cavidades de las colinas circundantes, dime qué piensas de mí. ¿Aspirante a rey? ¿Ángel? ¿Demonio? ¿Cuál de las dos cosas?

Su tono irónico no convenía a mi corazón acelerado y en ebullición. Su insolencia me espoleó, y le respondí con amargura.

—Existe un espíritu que no es ni ángel ni demonio y que se ve meramente condenado al limbo. —Palideció al momento y sus labios sin color temblaron ligeramente. Su ira no logró sino encenderme más, y clavé con decisión mis ojos en los suyos, que me fulminaban. De pronto los retiró, bajo la vista y creí ver que una lágrima asomaba a sus oscuras pestañas. Aquella muestra de emoción involuntaria me aplacó—. No digo que el tuyo lo sea, mi querido señor.

Me interrumpí, algo sorprendido por la agitación que evidenciaba.

—Sí —dijo al fin, poniéndose en pie y mordiéndose el labio, en un intento de disimular su estado—: ¡Ese soy yo! Tú no me conoces, Verney; ni tú ni la audiencia de anoche, ni toda Inglaterra sabe nada de mí. Pareciera que aquí estoy, ya rey electo. Esta mano está a punto de aferrarse al cetro. Los nervios de esta frente se anticipan a la imposición de la corona. Parece que soy poseedor de la fuerza, el poder, la victoria. Erguido como se yergue una columna que soporta el peso de una cúpula. ¡Y no soy sino un junco! Tengo ambición, y la ambición persigue su meta; mis sueños nocturnos se hacen realidad, mis esperanzas de vigilia se cumplen. Un reino aguarda mi aceptación, mis enemigos son vencidos. Pero aquí dentro —y se golpeó el pecho con fuerza— habita el rebelde, el obstáculo; este corazón que me domina, y del que, por más que extraiga de él toda la sangre, mientras quede en él una débil pulsación, seré esclavo.

Habló con voz entrecortada. Al terminar bajó la cabeza y, ocultándola entre las manos, se echó a llorar. Yo aún estaba recuperándome de mi propia decepción, y sin embargo aquella escena me llenaba de terror y no me veía capaz de detener su arrebato de pasión que, de todos modos, acabó por remitir. Se echó de nuevo en el

sofá y permaneció en silencio, inmóvil. Solo los cambios de su expresión evidenciaban un profundo conflicto interior. Al cabo se puso en pie y me habló con su tono de voz habitual.

—El tiempo se nos echa encima, Verney, y debo irme. Pero no quiero olvidar la razón por la que he venido a verte. ¿Quieres acompañarme a Windsor mañana? Mi compañía no te va a deshonorar, y este es seguramente el último servicio, o flaco favor, que puedes hacerme. ¿Me concederás lo que te pido?

Me tendió la mano con gesto casi tímido. Al momento pensé: «sí, seré testigo de la última escena del drama». Además su zozobra me conquistó, y un sentimiento de afecto hacia él volvió a apoderarse de mi corazón. Le pedí que me condujera hasta allí.

—Sí, eso haré —dijo él alegre—; ahora hablo yo. Reúnete conmigo mañana a las siete; sé discreto y leal. Y no tardarás en convertirte en ayuda de cámara.

Tras pronunciar aquellas palabras se ausentó apresuradamente, montó en su caballo y, extendiendo la mano como si pretendiera que se la besara, volvió a despedirse de mí entre risas. Una vez solo me esforcé por adivinar el motivo de su petición y prever los acontecimientos del día siguiente. Las horas pasaban lentamente. Me dolía la cabeza de tanto pensar y la zozobra me atenazaba los nervios. Me sujeté la frente, como si mi mano febril pudiera servir de alivio al dolor.

Llegué puntual a la cita al día siguiente, y hallé a lord Raymond esperándome. Subimos a su carruaje y nos dirigimos a Windsor. Yo me había aleccionado bien a mí mismo y estaba decidido a no mostrar ningún signo externo de la emoción que agitaba mi interior.

—¡Qué error cometió Ryland —dijo Raymond— al pensar que podía derrotarme la otra noche! Habló bien, muy bien, una arenga con la que habría logrado su propósito en mayor medida si me la hubiera dirigido solo a mí, y no a los necios y mentirosos allí congregados. De haberme encontrado allí yo solo, le habría escuchado con el deseo de oír sus razones, pero al intentar desbancarme en mi propio territorio, con mis propias armas, me infundió valor, y el desenlace fue el que cualquiera hubiera esperado.

Sonreí incrédulo, antes de responder.

—Yo pienso lo mismo que Ryland y, si así lo deseas, te repetiré todos sus argumentos. Veremos hasta qué punto te convencen y cambias la visión monárquica por la patriótica.

—La repetición sería inútil —dijo Raymond—, pues recuerdo bien los argumentos, y cuento con muchos otros de mi propia cosecha, que hablarían con irrefragable persuasión.

No se explicó más ni yo apostillé nada.

Nuestro silencio se prolongó algunas millas, hasta que el paisaje, con sus campos abiertos, sus densos bosques, sus parques, se asomó, agradable, a nuestra vista. Tras varias observaciones sobre el paisaje y los lugares, Raymond dijo:

—Los filósofos han llamado al hombre «microcosmos de la naturaleza», y en la mente interior hallan un reflejo de toda esta maquinaria que vemos funcionar a nuestro alrededor. Esta teoría ha sido con frecuencia fuente de diversión para mí, y he pasado más de una hora ociosa ejercitando mi ingenio en la búsqueda de similitudes. ¿No dice lord Bacon^[12] que «el paso de la discordancia a la concordancia, que produce gran dulzura en la música, se da también en nuestras afecciones, que resultan mejores tras algún disgusto»? ¡Qué otra cosa sino un mar es la marea de pasión cuyas fuentes se hallan en nuestra propia naturaleza! Nuestras virtudes son arenas movedizas, que con las aguas sosegadas y bajas se muestran a sí mismas. Pero cuando las olas regresan y los vientos las abofetean, el pobre diablo que esperaba que fueran duraderas, descubre que se hunden bajo sus pies. Las modas del mundo, sus exigencias, educaciones y metas, son los vientos que manejan nuestra voluntad, como las nubes que avanzan todas en la misma dirección. Pero cuando surge una tormenta en forma de amor, odio o ambición, el engranaje gira en sentido contrario e impulsa triunfante el aire que lo empuja.

—Y sin embargo —repliqué— la naturaleza siempre aparece ante nuestros ojos con un aspecto pasivo, mientras que en el hombre se da un principio activo capaz de gobernar la fortuna y, al menos, de resistir la galerna, hasta que de algún modo logra vencerla.

—Hay más de plausible que de cierto en tu distinción —observó mi acompañante—. ¿Acaso nos formamos a nosotros mismos, escogiendo nuestras disposiciones y nuestros poderes? Yo, por ejemplo, me siento como un instrumento, con sus cuerdas y sus trastes, pero sin el poder de girar las clavijas o de adaptar mis pensamientos a una clave más alta o más baja.

—Tal vez otros hombres —apunté— sean mejores músicos.

—No hablo de los demás, sino de mí, y soy tan buen ejemplo como cualquier otro. No puedo acoplar mi corazón a una melodía determinada ni aplicar cambios deliberados a mi voluntad. Nacemos. No escogemos a nuestros padres ni nuestra posición social. Nos educan otras personas o las circunstancias del mundo, y esa formación, al combinarse con nuestra disposición innata, es el suelo en el que crecen nuestros deseos, pasiones y motivos.

—Hay mucha razón en lo que dices —admití—. Y sin embargo nadie actúa según esa teoría. ¿Quién, al tomar una decisión, dice: «Así lo escojo porque lo necesito»? ¿Acaso, por el contrario, no siente en su interior un libre albedrío que, aunque pueda considerarse falaz, lo mueve a actuar mientras toma la decisión?

—Exacto —dijo Raymond—, otro eslabón de la cadena. Si yo fuera ahora a cometer un acto que aniquilara mis esperanzas, que apartara el manto real de mis miembros mortales para vestirlo con las fibras más vulgares, ¿crees tú que actuaría movido por mi libre albedrío?

Mientras así conversábamos, percibí que no nos dirigíamos a Windsor por el camino habitual, sino a través de Englefield Green, en dirección a Bishopgate Heath.

Empecé a sospechar que Idris no era el objeto de nuestro viaje, sino que me llevaba a presenciar la escena que decidiría el destino de Raymond y Perdita. Sin duda Raymond había vacilado durante el trayecto, y la duda seguía marcada en todos y cada uno de sus gestos cuando nos acercamos a la casa de mi hermana. Yo lo observaba con curiosidad, decidido, si su vacilación se prolongaba, a ayudar a Perdita a sobreponerse, a enseñarle a desdeñar el poderoso amor que sentía por alguien que dudaba entre poseer una corona y poseerla a ella, cuya excelencia y afecto trascendía el valor de todo un reino.

La hallamos en su saloncito salpicado de flores. Leía en el periódico la noticia sobre el debate parlamentario, y al parecer el resultado la había sumido en la desesperanza. El sentimiento se dibujaba en sus ojos hundidos y en su apatía. Una nube ocultaba su belleza y sus frecuentes suspiros eran señal de su inquietud. Aquella visión tuvo en Raymond un efecto inmediato: la ternura iluminó sus ojos y el remordimiento revistió sus maneras de franqueza y verdad. Se sentó junto a ella y, quitándole el periódico de las manos, le dijo:

—Mi dulce Perdita no debe leer ni una palabra más de esa contienda de necios y de locos. No permitiré que se informe del alcance de mi engaño, no fuera a despreciarme; aunque, créame, el deseo de aparecer ante usted no derrotado, sin victorioso, me inspiró durante mi guerra de palabras.

Perdita lo miró asombrada. La expresión de su semblante brilló con dulzura un instante. Pero un pensamiento amargo nubló su alegría; clavó la vista en el suelo, tratando de controlar las lágrimas que amenazaban con desbordarla. Raymond seguía hablándole.

—No pienso representar un papel con usted, querida niña, ni pretendo aparecer más que como lo que soy, un ser débil e indigno que sirve para despertar más su desprecio que su amor. Y sin embargo usted me ama. Siento y sé que es así, y por tanto mantengo mis más nobles esperanzas. Si la guiara el orgullo, o incluso la razón, debería rechazarme. Hágalo, si su corazón puro, incapaz de soportar mi inconstancia, rechaza someterse a la bajeza del mío. Aléjese de mí si quiere, si puede. Si su alma entera no la empuja a perdonarme, si todo su corazón no abre de par en par sus puertas para admitirme hasta lo más profundo de él, abandóneme, no vuelva a hablar nunca más conmigo. Yo, aunque he pecado contra usted sin remisión, también soy orgulloso. No debe haber reserva en su perdón ni reticencia en el regalo de su afecto.

Perdita bajó la vista, confusa pero complacida. Mi presencia la incomodaba tanto que no se atrevía a girarse para mirar a los ojos de su amado ni a confirmar con palabras el afecto que le tenía. El rubor cubría sus mejillas y su aire desconsolado se convirtió en una expresiva y profunda dicha. Raymond le rodeó la cintura con el brazo y prosiguió.

—No niego que he dudado entre usted y la más alta esperanza que los mortales pueden albergar. Pero ya no dudo más. Tómeme, moldéeme a su antojo, posea mi

corazón y mi alma para la eternidad. Si se niega a contribuir a mi felicidad, abandono Inglaterra esta misma noche y jamás volveré a pisarla.

—Lionel, también usted lo ha oído. Sea mi testigo. Persuada a su hermana para que perdone la herida que le he infligido. Persuádala para que sea mía.

—No me hace falta más persuasión —pronunció Perdita, ruborizada— que la de sus queridas promesas y la de mi corazón, más que predispuesto, que me susurra que son verdaderas.

Aquella misma tarde los tres paseamos juntos por el bosque y, con la locuacidad que la alegría inspira, me relataron con detalles la historia de su amor. Me divertía ver al altivo Raymond y a la reservada Perdita convertidos, por obra del amor, en niños parlanchines y contentos, perdida en ambos casos su característica prudencia gracias a la plenitud de su dicha. Hacía una o dos noches, lord Raymond, con el gesto compungido y el corazón oprimido por los pensamientos, había dedicado todas sus energías a silenciar o persuadir a los legisladores de Inglaterra de que el cetro no era una carga demasiado pesada para sostenerla él entre sus manos, mientras visiones de dominio, guerra y triunfo flotaban ante él. Ahora, jugueteón como el niño travieso que se mueve ante la mirada comprensiva de su madre, las esperanzas de su ambición se completaban cuando acercaba a sus labios la mano blanca y diminuta de Perdita. Ella, por su parte, radiante de felicidad, contemplaba el estanque inmóvil no para ver en él su reflejo, sino para recrearse con delicia en la visión de su amado junto a ella, unidos por primera vez en hermosa conjunción.

Me alejé de ellos. Si el rapto de una unión confirmada les pertenecía a los dos, yo disfrutaba de una esperanza restaurada. Pensaba en los torreones regios de Windsor: «Altos son los muros y fuertes las barreras que me separan de mi Estrella de Belleza. Pero no impasibles. Ella no será de él. Mora unos años más en tu jardín nativo, dulce flor, hasta que yo, con el tiempo y el esfuerzo, adquiera el derecho de reunirme contigo. ¡No desesperes ni me hundas a mí en la desesperación! ¿Qué debo hacer? En primer lugar, ir en busca de Adrian y lograr que se reúna con ella. La paciencia, la dulzura y un afecto constante lo sacarán de su locura, si es cierto que la sufre, tal como afirma Raymond. Y si su confinamiento es injusto, la energía y el valor lo rescatarán».

Una vez los enamorados acudieron a mi encuentro, cenamos juntos en el salón. En verdad se trató de una cena de cuento de hadas, pues aunque en el aire flotaban los perfumes del vino y las frutas, ninguno de nosotros probó bocado ni bebió, e incluso la belleza de la noche pasó inadvertida. Su éxtasis no podían aumentarlo objetos externos, y yo me veía envuelto en mis ensoñaciones. Hacia la medianoche, Raymond y yo nos despedimos de mi hermana para regresar a la ciudad. Él era todo alegría. De sus labios brotaban fragmentos de canciones, y todos los pensamientos de su mente, todos los objetos que nos rodeaban, brillaban bajo el sol de su dicha. A mí me acusó de melancólico, malhumorado y envidioso.

—En absoluto —le respondí—, aunque confieso que mis pensamientos no me resultan tan gratos como a ti los tuyos. Me prometiste facilitar mi visita a Adrian. Ahora te insto a cumplir con tu promesa. No puedo demorarme aquí. Ansío aliviar, tal vez curar, la dolencia de mi primer y mejor amigo. Debo partir de inmediato para Dunkeld.

—Tú, ave nocturna —replicó Raymond—, qué eclipse arrojas sobre mis alegres pensamientos que me obliga a recordar esa ruina melancólica que se alza en medio de la desolación mental, más irreparable que un fragmento de columna labrada que yace sobre un campo, cubierta por la hierba. ¿Sueñas con curarlo? Dédalo nunca tejíó un error más inextricable alrededor del Minotauro que el que la locura ha tejido alrededor de su razón encarcelada. Ni tú ni ningún otro Teseo puede salir del laberinto del que tal vez alguna Ariadna cruel tenga la clave.

—Ha aludido a Evadne Zaimi. ¡Pero no se encuentra en Inglaterra!

—Y aunque aquí se hallara —dijo Raymond—, no le recomendaría que lo viera. Es mejor marchitarse en el delirio absoluto que ser víctima de la sinrazón metódica de un amor no correspondido. Tal vez la duración de su enfermedad haya borrado de su mente todo vestigio de la griega. Y es muy posible que no vuelva a grabarse en ella. Lo hallarás en Dunkeld. Amable y tratable, vaga por las colinas y los bosques o se sienta a escuchar junto a alguna cascada. Tal vez lo veas —el pelo adornado con flores silvestres—, los ojos llenos de significados incomprensibles, la voz rota, su persona malgastada y convertida en sombra. Recoge flores y plantas y teje con ellas guirnaldas, o hace navegar hojas secas y ramas por los arroyos, y se alegra cuando flotan, y llora cuando naufragan. El mero recuerdo de todo ello casi me enerva. ¡Por los cielos! Las primeras lágrimas que he derramado desde que era niño brotaron a mis ojos cuando lo vi.

Este último relato no hizo sino espolear mi deseo de visitarlo. Mi única duda era si debía tratar de ver a Idris antes de mi partida. Y mi duda se resolvió al día siguiente. A primera hora de la mañana Raymond vino a verme. Le habían llegado noticias de que Adrian se encontraba gravemente enfermo, y parecía imposible que sus mermadas fuerzas fueran a permitirle la recuperación.

—Mañana —me dijo— su madre y hermana viajarán a Escocia para verle una vez más.

—Y yo parto hoy mismo —exclamé—. Ahora mismo contrataré un globo y estaré allí en cuarenta y ocho horas a más tardar, tal vez menos si el viento es favorable. Adiós, Raymond. Alégrate de haber escogido la mejor parte de la vida. Este vuelco de la fortuna me resucita. Yo temía la locura, no la enfermedad. Presiento que Adrian no va a morir, tal vez su dolencia sea una crisis y se recupere.

Todo se alió a mi favor durante el viaje. El globo se elevó una media milla por encima de la tierra e, impulsado por el viento, navegó por el aire, sus aspas recubiertas de plumas surcando la atmósfera propicia. A pesar del motivo melancólico de mi viaje, me sentía elevado por una creciente esperanza, por el avance

veloz del vehículo aéreo, por la balsámica visita del sol. El piloto apenas movía el timón plumado, y el fino mecanismo de las alas, del todo desplegadas, emitía un murmullo suave y sedante. Abajo se distinguían llanuras y colinas mientras nosotros, sin resistencias, avanzábamos seguros y rápidos, como el cisne silvestre en su migración primaveral. La máquina obedecía el menor movimiento del timón y, con el viento constante, no había impedimento ninguno a nuestro avance. Tal es el poder del hombre sobre los elementos; un poder largamente perseguido y al fin alcanzado; y sin embargo ya anticipado en tiempos remotos por el príncipe de los poetas, cuyos versos citaba yo para asombro de mi piloto cuando le revelé los siglos que llevaban escritos:

Oh, ingenio humano, capaz de muchos males inventar.
Buscas extrañas artes: quién había de pensar
que harías como a un ave ligera
a un hombre pesado volar
y su camino por cielos despejados encontrar^[13].

Aterricé en Perth. Y aunque me sentía muy fatigado por la exposición continuada al aire, no quise descansar, sino que cambié un medio de transporte por otro. Seguí por tierra lo que había iniciado por el aire y me dirigí a Dunkeld. Amanecía cuando llegué al pie de las colinas. Tras la revolución de las eras, la colina de Birnam volvía a estar cubierta de vegetación joven, mientras que algunos pinos más viejos, plantados a principios del siglo XIX por el duque de Athol, conferían solemnidad y belleza al paisaje. El sol naciente tiñó primero las copas de los árboles. Y mi mente, que mi infancia transcurrida en las montañas había vuelto sensible a las gracias de la naturaleza, y ahora a punto de reunirse con mi amado y tal vez agonizante amigo, se conmovió al momento con la visión de aquellos rayos distantes: sin duda eran un buen presagio, y como tal los contemplaba; buenos presagios para Adrian, de cuya vida dependía mi felicidad.

¡Pobre compañero mío! Tendido en el lecho de su enfermedad, las mejillas encendidas por el rubor de la fiebre, los ojos entrecerrados, la respiración inconstante y difícil. Y sin embargo se me hizo menos difícil verlo así que hallarlo satisfaciendo ininterrumpidamente las funciones animales, con la mente enferma. Me instalé junto a su cama y ya no lo abandoné ni de día ni de noche. Tarea amarga la de contemplar como su espíritu se debatía entre la vida y la muerte; sentir sus mejillas ardientes y saber que el fuego que las abrasaba con fiereza era el mismo que consumía su fuerza vital; oír los lamentos de su voz, que tal vez no volviera a articular palabras de amor y sabiduría; ser testigo de los movimientos inútiles de sus miembros, que tal vez pronto acabarían envueltos en su mortaja. Y así, durante tres días y tres noches fue consumiéndome la fatiga que el destino había puesto en mi camino, y de tanto sufrir y tanto observar mi aspecto empeoró, y yo mismo parecía un espectro. Al fin, transcurrido ese tiempo, Adrian entreabrió los ojos y miró como si volviera a la vida.

Pálido y muy débil, la inminente convalecencia suavizaba la rigidez de sus facciones. Supo quién era yo. ¡Qué copa rebosante de dichosa agonía fue contemplar su rostro iluminado por aquel destello de reconocimiento, sentir que se aferraba a mi mano, ahora más febril que la suya, oír que pronunciaba mi nombre! En él no quedaba ni rastro de locura para teñir de pesar mi alegría.

Esa misma tarde llegaron su madre y su hermana. La condesa de Windsor era por naturaleza una mujer llena de sentimientos y energía, pero a lo largo de su vida apenas había permitido que las emociones concentradas de su corazón asomaran a su rostro. La estudiada inmovilidad de su semblante, sus maneras lentas e inmutables, su voz suave pero poco melodiosa, eran una máscara que ocultaba sus pasiones desbocadas y la impaciencia de su carácter. No se parecía en nada a sus dos hijos. Sus ojos negros y centelleantes, iluminados por el orgullo, diferían en todo de los de Adrian e Idris, que eran azules, de expresión franca y benévola. Había algo aristocrático y majestuoso en su porte, pero nada persuasivo, nada amigable. Alta, delgada y severa, su rostro aún elegante, su pelo negro azabache apenas salpicado de gris, su frente arqueada y hermosa, las cejas algo despobladas, era imposible no sentirse impresionado por ella, temerla casi. Idris parecía el único ser capaz de resistir a su madre, a pesar de la extrema dulzura de su disposición. Pero había en ella cierto arrojo y franqueza que revelaba que no arrebataría la libertad de nadie y que defendería la suya propia como algo sagrado e inexpugnable.

La condesa no contempló con indulgencia mi cuerpo fatigado, aunque más tarde agradeció fríamente mis atenciones. No así Idris, cuya primera mirada fue para su hermano. Le tomó la mano, le besó los párpados y permaneció junto a él mirándolo con compasión y amor. Sus ojos se bañaron de lágrimas cuando me dio las gracias, y la hermosura de su gesto, lejos de disminuir, aumentó con su fervor, que la llevaba casi a tartamudear mientras hablaba. Su madre, toda ojos y oídos, no tardó en interrumpirnos. Y yo vi que deseaba echarme discretamente, como a alguien cuyos servicios, ahora que los familiares habían llegado, ya no eran de utilidad a su hijo. Me sentía exhausto y enfermo, pero decidido a no abandonar mi puesto, aunque dudaba sobre cómo mantenerme en él. Y entonces Adrian pronunció mi nombre y, cogiéndome de la mano, me rogó que no me ausentara. Su madre, en apariencia distraída, comprendió al instante lo que pretendía, y viendo el poder que teníamos sobre ella, nos concedió el punto.

Los días que siguieron estuvieron llenos de dolor para mí, tanto que en ocasiones lamenté no haber cedido de inmediato a las pretensiones de la altiva dama, que escrutaba todos mis movimientos y convertía la dulce tarea de cuidar de mi amigo en una irritante agonía. Jamás he visto a una mujer tan determinada como la condesa de Windsor. Sus pasiones habían sometido a sus apetitos e incluso a sus necesidades naturales. Dormía poco y apenas comía. Era evidente que contemplaba su propio cuerpo como una mera máquina cuya salud requería para el cumplimiento de sus planes, pero cuyos sentidos no participaban de su diversión. Hay algo temible en

quien conquista de ese modo la parte animal de su naturaleza cuando la victoria no es resultado de una virtud consumada. No sin algo de ese temor contemplaba yo la figura de la condesa, despierta cuando los demás dormían, ayunando cuando yo, frugal en condiciones normales, atacado por la fiebre que se cebaba en mí, me veía obligado a ingerir alimentos. Ella se mostraba decidida a impedir o dificultar en todo momento mi influencia sobre sus hijos y obstaculizaba mis planes con una determinación callada, seca y testaruda que no parecía propia de un ser de carne y hueso. Al fin parecía haberse declarado la guerra entre nosotros. Libramos muchas batallas soterradas en las que no mediaban palabras y apenas nos mirábamos, pero en las que los dos pretendíamos someter al otro. La condesa contaba con la ventaja de su posición, de modo que yo era derrotado, aunque no sometido.

Mi corazón enfermó. Mi rostro se teñía con los tonos de mi malestar y mi vejez. Adrian e Idris se percataban de ello. Me instaban a reposar y a cuidarme, pero yo les respondía con toda sinceridad que mi mejor medicina eran sus buenos deseos, así como la feliz convalecencia de mi amigo, que mejoraba día a día. El color regresaba tímidamente a sus mejillas. La palidez cenicienta que amenazaba con matarlo abandonaba su frente y sus labios. Tales eran las recompensas de mis infatigables atenciones, y el cielo, pródigo, añadía un premio más si me concedía también las gracias y las sonrisas de Idris.

Tras un lapso de varias semanas abandonamos Dunkeld. Idris y su madre regresaron directamente a Windsor, mientras que Adrian y yo emprendimos el viaje con más calma, realizando frecuentes paradas debido a la debilidad de su estado. Mientras recorríamos los distintos condados de la fértil Inglaterra, todo adoptaba un aspecto novedoso a ojos de mi acompañante, tras tanto tiempo apartado, por causa de su enfermedad, de los placeres del clima y el paisaje. Atrás quedaban pueblos bulliciosos y llanuras cultivadas. Los granjeros recogían sus cosechas y las mujeres y los niños, ocupados en tareas rústicas más livianas, formaban grupos de personas felices y saludables, cuya mera visión llenaba de alegría nuestros corazones. Un atardecer, tras abandonar nuestra posada, paseamos por un camino umbrío y ascendimos una loma cubierta por la hierba, hasta alcanzar la cima, desde la que se divisaba una vista de valles y colinas, ríos sinuosos, densos bosques y aldeas iluminadas. El sol se ponía y las nubes, que surcaban el cielo como ovejas recién esquiladas, recibían el tono dorado de los rayos del ocaso. Las tierras altas, más lejanas, captaban aún la luz, y el rumor ajetreado de la noche llegaba hasta nuestros oídos, unificado por la distancia. Adrian, que sentía que el nuevo frescor de su salud recobrada inundaba su espíritu, unió las manos, dichoso, y exclamó con arrobo:

—¡Oh, tierra feliz! ¡Oh, habitantes felices de la tierra! ¡Un gran palacio ha construido Dios para vosotros! ¡Oh, hombre! ¡Digno eres de tu morada! Contempla el verdor de la alfombra que se extiende a tus pies y el palio azul sobre tu cabeza. Los campos de la tierra que crean y nutren las cosas, el sendero de cielo que lo contiene y lo engarza todo. Y ahora, en esta hora del crepúsculo, en este momento propicio para

el reposo y la reflexión, parece que todos los corazones respiran un himno de amor y agradecimiento, y nosotros, como sacerdotes antiguos en lo alto de las colinas, damos voz a su sentimiento.

»Sin duda el poder más bondadoso erigió la majestuosa construcción que habitamos y redactó las leyes por las que se rige. Si la mera existencia, y no la felicidad, hubiera sido el fin último de nuestro ser, ¿qué necesidad habría habido de crear los profusos lujos de que gozamos? ¿Por qué nuestra morada habría de ser tan encantadora, y por qué los instintos naturales habrían de depararnos sensaciones placenteras? El mero sostén de nuestra maquinaria animal se nos hace agradable. Y nuestro sustento, las frutas de los campos, se pintan de tonalidades trascendentes, se impregnan de olores gratos y resultan deliciosas a nuestro gusto. ¿Por qué habría de ser así si él no fuera bueno? Necesitamos casas para guarecernos de los elementos, y ahí están los materiales que se nos proporcionan; la gran cantidad de árboles con el adorno de sus hojas. Y las rocas que se apilan sobre las llanuras confieren variedad a la tarea con su agradable irregularidad.

»Nosotros no somos meramente objetos, receptáculos del Espíritu del Bien. Fijémonos en la mente del hombre, donde la sabiduría reina en su trono; donde la imaginación, pintora, toma asiento, con su pincel impregnado de unos colores más hermosos que los del atardecer, adornando la vida que le es conocida con tonos brillantes. ¡Qué noble es la imaginación, digna de quien nos la entrega! Extrae de la realidad los tonos más oscuros. Envuelve todo pensamiento y sensación en un velo radiante, y con una mano de belleza nos conduce desde los mares estériles de la vida hasta sus jardines, sus pérgolas y sus prados de dicha. ¿Y no es acaso el amor un regalo divino? El amor y su hija, la Esperanza, que puede infundir riqueza a la pobreza, fuerza a la debilidad y felicidad al sufrimiento.

»Mi sino no ha sido afortunado. He departido largamente con la tristeza, me he internado en el laberinto tenebroso de la locura y he resurgido, aunque solo medio vivo. Y aun así doy gracias a Dios por haber vivido; le doy las gracias por haber visto los cambios de su día; por poder contemplar su trono, que es el cielo, y la tierra, que es su sede; por poder contemplar el sol, fuente de luz, y la dulce luna viajera; por haber visto el fuego que mana de las flores del cielo y las estrellas floreadas de la tierra; por haber presenciado la siembra y la cosecha; me alegro de haber amado y de haber conocido la comprensión de mis congéneres en la alegría y en la pena; me alegro de sentir ahora el torrente de ideas que recorren mi mente como la sangre recorre las articulaciones de mi cuerpo. La mera existencia es un placer y yo le doy gracias a Dios por estar vivo.

»Y vosotras, criaturas todas de la madre tierra, ¿no repetís mis palabras? Vosotras que vivís unidas por los lazos afectivos de la naturaleza; ¡compañeros, amigos, amantes! Padres que trabajáis alegres para vuestros retoños; mujeres que al contemplar las formas vivas de vuestros hijos olvidáis los dolores de la maternidad; niños que no trabajáis ni os esforzáis, sino que amáis y sois amados.

»Oh, que la muerte y el odio sean desterrados de nuestro hogar en la tierra. Que el odio, la tiranía y el miedo no hallen refugio en el corazón humano. Que todos los hombres encuentren un hermano en su prójimo y un nido de reposo en las vastas llanuras de su herencia. Que se seque la fuente de las lágrimas y que los labios no vuelvan a formar expresiones de dolor. Así dormidos bajo el ojo benevolente de los cielos, ¿puede el mal visitarte, oh, tierra? ¿O el dolor mecer en sus tumbas a tus desdichados hijos? Susurremos que no, y que los demonios lo oigan y se regocijen. La decisión es nuestra. Si lo deseamos, nuestra morada se convertirá en paraíso. Pues la voluntad del hombre es omnipotente, esquiva las flechas de la muerte, alivia el lecho de la enfermedad, seca las lágrimas de la agonía. ¿Y qué vale cada ser humano, si no aporta sus fuerzas para ayudar a su prójimo? Mi alma es una chispa menguante, mi naturaleza frágil como una ola tras romper. Pero dedico todo mi intelecto y la fuerza que me queda a una única misión y asumo la tarea, mientras pueda, de llenar de bendiciones a mis congéneres.

Con voz temblorosa, mirando al cielo, las manos entrelazadas, algo encorvado como por el peso excesivo de su emoción, el espíritu de la vida parecía pervivir en su persona, como una llama moribunda, en un altar, parpadea en las brasas de un sacrificio aceptado.

Capítulo V

CUANDO llegamos a Windsor supe que Raymond y Perdita habían partido rumbo a Europa. Tomé posesión de la casa de campo de mi hermana, feliz por poder ver desde allí el castillo de Windsor. Resulta curioso que en esa época, cuando por el matrimonio de mi hermana había entroncado con una de las personas más ricas de Inglaterra y me unía una íntima amistad con su noble más destacado, me hallara en la más grave situación de pobreza que he experimentado jamás. Mi conocimiento de los principios de lord Raymond me hubiera impedido recurrir a él por difíciles que

hubieran sido mis circunstancias. Y en vano me repetía a mí mismo que Adrian acudiría en mi ayuda si se lo pedía, pues su monedero estaba abierto para mí y, hermanos del alma como éramos, también debíamos compartir nuestras fortunas. Porque, mientras siguiera a su lado, jamás podría pensar en su abundancia como remedio a mi pobreza. Así, rechazaba al punto todos sus ofrecimientos de ayuda y le mentía al asegurarle que no la necesitaba. ¿Cómo iba a decirle a ese ser generoso: «Mantenme ocioso. Tú, que has dedicado los poderes de tu mente y tu fortuna al beneficio de tu especie,errarás en tu empeño hasta el punto de apoyar en su inutilidad a los fuertes, sanos y capaces»?

Tampoco me atrevía a pedirle que recurriera a su influencia para ayudarme a obtener algún puesto honorable, pues en ese caso me hubiera visto obligado a abandonar Windsor. Merodeaba siempre en torno a sus muros, vagaba a la sombra de sus matorrales. Mis únicos compañeros eran mis libros y mis pensamientos amorosos. Estudiaba la sabiduría de los antiguos y contemplaba los muros felices tras los que se hallaba mi amada. Mi mente, sin embargo, seguía ociosa. Yo la llenaba con la poesía de épocas antiguas; estudiaba la metafísica de Platón y de Berkeley; leía las historias de Grecia y Roma, así como la de los periodos anteriores de Inglaterra, y observaba los movimientos de la señora de mi corazón. De noche distinguía su sombra en las paredes de sus aposentos; de día la divisaba en su jardín o montando a caballo en el parque con sus acompañantes habituales. Creía que el encantamiento se rompería si me veían, pero hasta mí llegaba la música de su voz, y me sentía feliz. Ponía su rostro, su belleza y sus inigualables excelencias a todas las heroínas sobre las que leía; a Antígona cuando guiaba a Edipo, ciego, hasta el recinto sagrado de las Euménides, y cuando celebraba el funeral por Polinices; a Miranda en la cueva solitaria de Próspero; a Haidee, en las arenas de la isla jónica. El exceso de devoción pasional me hacía perder el juicio, pero el orgullo, indómito como el juego, formaba parte de mi naturaleza, y me impedía ponerme en evidencia con palabras o miradas.

Por entonces, mientras me deleitaba de aquel modo con esos ricos ágapes mentales, hasta un campesino hubiera desdeñado mi escasísimo alimento, que en ocasiones robaba a las ardillas del bosque. Admito que a menudo me vi tentado de recurrir a las travesuras de mi infancia para abatir a los faisanes casi domesticados que poblaban los árboles y posaban sus ojos en mí. Pero eran propiedad de Adrian y estaban protegidos por Idris. Y así, aunque mi imaginación, aguzada por las privaciones, me llevaba a pensar que más servicio harían asándose en mi cocina que convirtiéndose en hojas del bosque

sin embargo

reprimí mi altiva voluntad y no comí^[14].

Me alimentaba de sentimientos y soñaba en vano con «esos dulces pedazos» que no lograba durante la vigilia.

Pero en esa época todo el plan de mi existencia estaba a punto de cambiar. Hijo huérfano de Verney, me hallaba muy próximo a unirme al engranaje de la sociedad colgado de una cadena de oro, de acceder a todos los deberes y afecciones de la vida. Los milagros iban a obrarse a mi favor, y la maquinaria de la vida social, con gran esfuerzo, empezaría a girar en sentido inverso. Atiende, ¡oh, lector!, mientras te relato este cuento de maravillas.

Un día, mientras Adrian e Idris estaban cabalgando por el bosque, en compañía de su madre y de los habituales, Idris, llevándose consigo a Adrian aparte y haciéndose acompañar por él durante el resto del paseo, le preguntó de pronto:

—¿Y qué ha sido de tu amigo, Lionel Verney?

—Desde este mismo lugar donde nos encontramos veo su casa.

—¿De veras? ¿Y por qué, si está tan cerca, no viene a vernos y frecuenta nuestro círculo de amigos?

—Yo lo visito con frecuencia —le informó Adrian—. Pero no te costará adivinar los motivos que lo mantienen alejado del lugar en que su presencia podría disgustar a alguno de nosotros.

—Los adivino —dijo Idris—, y, siendo los que son, no me atrevería a combatirlos. Dime, con todo, ¿en qué ocupa su tiempo? ¿Qué hace y en qué piensa en el retiro de su casa?

—No lo sé, hermana mía —respondió Adrian—, me preguntas más de lo que puedo responderte. Pero si sientes interés por él, ¿por qué no vas a visitarlo? Él se sentirá muy honrado, y de ese modo podrás devolverle parte de la deuda que contraí con él, y le compensarás por las heridas que la fortuna le ha infligido.

—Te acompañaré a su morada con gran placer —dijo la dama—, aunque no pretendo saldar con mi visita la deuda que con él tenemos, pues, siendo esta nada menos que tu vida, no podríamos cancelarla nunca. Pero vayamos. Mañana saldremos a cabalgar juntos y, acercándonos a esa parte del bosque, le haremos una visita.

Así, la tarde siguiente, a pesar de que el cambiante otoño había traído frío y lluvia, Adrian e Idris se llegaron hasta mi casa. Me hallaron como a Curio Dentato, cenando frugalmente, aunque los regalos que me llevaron excedían los sobornos de oro de los sabinos; además, yo no podía rechazar el valioso cargamento de amistad y delicia que me proporcionaron. Sin duda los gloriosos gemelos de Latona no fueron mejor recibidos en la infancia del mundo, cuando fueron alumbrados para embellecer e iluminar este «promontorio estéril», que aquella encantadora pareja cuando se asomó a mi humilde morada y a mi alegre corazón. Conversamos de asuntos ajenos a las emociones que claramente nos ocupaban, pero los tres adivinábamos los pensamientos de los demás, y aunque nuestras voces hablaban de cosas indiferentes, nuestros ojos, con su lenguaje mudo, contaban mil historias que nuestros labios no habrían podido pronunciar.

Se despidieron de mí al cabo de una hora. Yo quedé contento, indescriptiblemente feliz. Los sonidos de la lengua humana no hacían falta para contar la historia de mi

éxtasis. Idris me ha visitado. He de volver a verla... Mi imaginación no se apartaba de la plenitud de esa idea. Mis pies no tocaban el suelo. No había duda, temor o esperanza que me perturbaran. Mi alma rozaba la dicha absoluta, satisfecha, colmada, beatífica.

Durante muchos días Adrian e Idris siguieron visitándome y, en el transcurso de nuestros encuentros felices, el amor, disfrazado de amistad entusiasta, nos infundía más y más su espíritu omnipotente. Idris lo sentía. Sí, divinidad del mundo, yo leía tus caracteres en sus miradas y gestos; oía tu voz melodiosa resonar en la suya... Nos preparaste un sendero mullido y floreado adornado por pensamientos amables. Tu nombre, oh Amor, no se pronunciaba, pero te alzabas como el Genio de la Hora, velado, y sería tal vez el tiempo, y no la mano humana, el que retirara el telón. No había órganos de sonidos armónicos que proclamaran la unión de nuestros corazones, pues las circunstancias externas no nos daban oportunidad de expresar lo que acudía a nuestros labios.

¡Oh, pluma mía! Apresúrate a escribir lo que fue, antes de que el pensamiento de lo que es detenga la mano que te guía. Si alzo la vista y veo la tierra desierta, y siento que esos amados ojos han perdido su brillo, y que esos hermosos labios callan, sus «hojas carmesíes^[15]» marchitas, enmudezco para siempre.

Pero tú vives, mi Idris, ahora mismo te mueves ante mí. Había un prado, oh lector, un claro en el bosque. Los árboles, al retirarse, habían creado una extensión de terciopelo que era como un templo del amor. El plateado Támesis lo bordeaba por uno de sus lados, y un sauce, inclinándose, hundía en el agua sus cabellos de náyade, alborotados por la mano ciega del viento. Los robles que allí se alzaban eran morada de los ruisenores... Allí mismo me encuentro ahora; Idris, en el esplendor de su juventud, se halla a mi lado... Recuerda, tengo apenas veintidós años y solo diecisiete primaveras han rozado a la amada de mi corazón. El río, crecido por las lluvias otoñales, ha inundado las tierras bajas, y Adrian, en su barca favorita, se ocupa en el peligroso pasatiempo de arrancar la rama más alta de un roble sumergido bajo las aguas. ¿Estás tan cansado de la vida, Adrian, que así juegas con el peligro?

Ya había obtenido su premio y guiaba el bote sobre la tierra inundada. Nuestros ojos temerosos se clavaban en él, pero la corriente lo arrastraba, alejándolo. Tuvo que amarrarlo río abajo y regresar recorriendo una distancia considerable.

—¡Está a salvo! —exclamó Idris al ver que alcanzaba la orilla de un salto y agitaba la rama sobre su cabeza como prueba del éxito de su hazaña—. Le esperaremos aquí.

Estábamos solos, juntos. El sol se había puesto. Los ruisenores iniciaban sus cantos. La estrella vespertina brillaba, destacada entre la franja de luz que todavía iluminaba por poniente. Los ojos azules de mi niña angelical se clavaban en aquel dulce emblema de ella misma.

—Cómo titila la luz —dijo—, que es la vida de la estrella. Su brillo vacilante parece decirnos que su estado, como el de los que habitamos la tierra, es inconstante

y frágil. Se diría que ella también teme y ama.

—No contemples la estrella, querida y generosa amiga —exclamé yo—. No hagas lecturas sobre el amor en sus rayos temblorosos. No observes mundos lejanos. No hables de la mera imaginación de un sentimiento. Llevo mucho tiempo en silencio, tanto tiempo que he llegado a enfermar por tener que callar lo que deseaba decirte, y entregarte mi alma, mi vida, todo mi ser. No contemples la estrella, amor querido, o hazlo, sí, y deja que esa chispa eterna te suplique en mi nombre. Que ella sea mi testigo y mi defensa, en el silencio de su brillo; el amor es para mí como la luz de esa estrella: pues mientras siga brillando, no eclipsada por la aniquilación, yo seguiré amándote.

Velada para siempre a la mirada marchita del mundo ha de quedar la emoción de ese momento. Todavía siento su gracioso perfil apretado contra mi corazón acongojado. Todavía mi vista, mi pulso y mi aliento se estremecen y flaquean con el recuerdo de ese primer beso. Lentamente, en silencio, fuimos al encuentro de Adrian, al que oíamos acercarse.

Convencí a mi amigo para que viniera a verme una vez hubiera dejado a su hermana en casa. Y esa misma noche, mientras paseábamos por los senderos del bosque, iluminados por la luna, le confié lo que oprimía mi corazón, sus emociones y esperanzas. Durante un momento pareció alterado.

—Debí haberlo supuesto —dijo—. Cuántas dificultades surgirán. Perdóname, Lionel, y no te extrañes si te digo que la contienda que, imagino, iniciará mi madre, me desagrada. En lo demás, confieso con agrado que, al confiar a mi hermana a tu protección, se cumple lo que yo más esperaba ver cumplido. Por si aún no lo sabías, pronto descubrirás el odio profundo que mi madre siente por el nombre de Verney. Hablaré con Idris. Y luego haré todo lo que puede hacer un amigo. A ella le corresponde representar el papel de la amada, si es capaz de asumirlo.

Mientras los dos hermanos dudaban sobre el mejor modo de guiar a su madre hacia su terreno, ella, que había empezado a sospechar de nuestros encuentros, les acusó de mantenerlos. Acusó a su inocente hija de engañarla, de relacionarse de modo indigno con alguien cuyo único mérito era ser hijo de un hombre disoluto, el favorito de su imprudente padre, y que sin duda era tan ruin como aquel de quien se enorgullecía de descender. Los ojos de Idris centellearon al oír semejante acusación.

—No niego que amo a Verney. Demuéstrame que es indigno y no volveré a verlo.

—Querida señora —intervino Adrian—, permítame convencerla para que lo conozca, para que cultive su amistad. Si lo hace, se maravillará, como me maravillo yo, del alcance de sus méritos y del brillo de sus talentos. (Disculpa, querido lector, pues esto no es inútil vanidad; en todo caso no inútil, pues saber que Adrian sentía de ese modo regocija incluso ahora mi corazón solitario).

—¡Necio y loco muchacho! —exclamó la dama, airada—. Con sueños y teorías te han propuesto derrocar los planes que tengo para tu propio beneficio. Pero no derribarás los que he ideado referentes a tu hermana. Entiendo perfectamente la

fascinación que los dos sentís. Pues ya libré la misma batalla con vuestro padre, para lograr que repudiara al progenitor de ese joven, que perpetraba sus malas acciones con la sutileza y la astucia de una víbora. Cuántas veces oí hablar de sus virtudes en aquellos días, de sus conocidas conquistas, de su ingenio, de sus maneras refinadas. Cuando solo son las moscas las que caen en las telarañas, no tiene importancia. Pero ¿deben los nacidos de alta cuna y los poderosos someterse al frágil yugo de sus huecas pretensiones? Si tu hermana fuera la persona insignificante que merecería ser, de buen grado la abandonaría a su suerte, la entregaría a su infeliz destino de esposa de un hombre cuya sola persona, tan parecida a la de su malvado padre, debería recordaros la locura y el vicio que encarna... Pero recuerda, *lady* Idris, no es solo la sangre otrora real de Inglaterra la que corre por tus venas. También eres princesa de Austria, y cada gota de esa sangre desciende de emperadores y monarcas. ¿Crees ser la compañera apropiada para un pastor ignorante, cuya sola herencia es el nombre gastado de quien le precedió?

—Solo puedo plantear una defensa —respondió Idris—, que es la misma que ya le ha ofrecido mi hermano: reciba a Lionel, converse con mi pastor...

La condesa, indignada, la interrumpió.

—¡Tu pastor! —exclamó. Y antes de proseguir pasó del gesto apasionado a una sonrisa desdeñosa—. Ya hablaremos de ello en otra ocasión. Lo único que te pido por el momento, lo único que tu madre te pide, Idris, es que no veas a ese advenedizo durante el plazo de un mes.

—No puedo complacerla —dijo Idris—. Le causaría demasiado dolor. No tengo derecho a jugar de ese modo con sus sentimientos, aceptar el amor que me confiesa y luego castigarlo con mi indiferencia.

—Esto está llegando demasiado lejos —respondió su madre con labios temblorosos y ojos llenos de ira.

—No, señora —intervino Adrián—, a menos que mi hermana consienta en no volver a verlo, será sin duda un tormento inútil separarlos un mes.

—Por supuesto —respondió la reina con tono amargo y burlón—, su amor y sus escarceos infantiles deben compararse en todo a mis años de esperanzas y temores, a los deberes que corresponden a los descendientes de reyes, a la conducta intachable y digna que alguien de su rango debe perseguir. Pero sería rebajarme tratar de discutir o lamentarme. ¿Tal vez serás tan amable como para prometerme que no contraerás matrimonio en este tiempo?

Lo preguntó con tono algo irónico, e Idris se preguntó por qué su madre quería arrancarle la promesa solemne de que no hiciera algo que ni se le había pasado por la cabeza. Con todo, la promesa se había solicitado y ella accedió a cumplirla.

Todo prosiguió alegremente a partir de entonces. Nos encontrábamos como de costumbre y conversábamos sin temor de nuestros planes de futuro. La condesa se mostraba tan amable y, ajena a su costumbre, incluso tan afectuosa con sus hijos, que estos empezaron a albergar esperanzas de que, con el tiempo, acabara cediendo a sus

deseos. Se trataba de una mujer muy distinta a ellos, en todo alejada de sus gustos, y los jóvenes no hallaban placer en su compañía ni en la idea de cultivarla, pero sí se alegraban de ver que se mostraba conciliadora y amable. Incluso en una ocasión Adrian se atrevió a proponerle que me recibiera. Ella declinó con una sonrisa, recordándole que su hermana le había prometido ser paciente.

Un día, cuando el lapso de un mes estaba a punto de expirar, Adrian recibió carta de un amigo de Londres en la que requería su presencia inmediata para tratar de un asunto de cierta importancia. Inocente como era, no sospeché ningún engaño. Yo le acompañé a caballo hasta Staines. Estaba de buen humor y, como yo no podría ver a Idris durante su ausencia, me prometió regresar pronto. Su alegría, que era extrema, logró el raro efecto de despertar en mí los sentimientos contrarios. El presentimiento de algo malo no me abandonaba. Me demoré en mi regreso, contando las horas que me faltaban para ver de nuevo a Idris. ¿Cuándo sería? ¿Qué cosas malas podían suceder entretanto? ¿Acaso no podía su madre aprovechar la ausencia de Adrián para acorralarla más allá de sus fuerzas, o incluso para encerrarla? Resolví que, sucediera lo que sucediese, iría a su encuentro al día siguiente y conversaría con ella. Aquella decisión me tranquilizó algo. «Mañana, encantadora y bella, esperanza y dicha de mi vida, mañana te veré». Necio es el que sueña con un momento postergado.

Me retiré a descansar. Pasada la medianoche me despertaron unos golpes violentos en mi puerta. Era invierno y nevaba. El viento silbaba entre las ramas desnudas de los árboles, despojándolas de los copos blancos que descendían. Aquel lamento temible y los insistentes golpes, se mezclaban libremente con mis sueños, hasta que al fin desperté. Tras vestirme a toda prisa me apresuré a descubrir la causa de aquel revuelo y me dispuse a abrir la puerta al visitante inesperado. Pálida como la nieve que caía sobre ella, con las manos entrelazadas, Idris apareció ante mí.

—¡Sálvame! —exclamó, y se habría desplomado en el suelo de no haberla sostenido yo. Con todo, se repuso al momento y, con energía renovada, casi con violencia, me pidió que ensillara los caballos y la llevara lejos, a Londres, junto a su hermano, o al menos que la salvara.

Pero yo no tenía caballos.

Idris no dejaba de retorcerse las manos.

—¡Qué puedo hacer! —gritó—. Estoy perdida. Los dos estamos perdidos para siempre. Pero ven, ven conmigo, Lionel. Aquí no debo quedarme. Tomaremos una calesa en la primera posta. Tal vez todavía estemos a tiempo. ¡Oh, ven conmigo, sálvame y protégeme!

Al oír sus lastimeras súplicas, que pronunciaba mientras, con sus maltrechas ropas, despeinada y con el gesto desencajado, se retorcía las manos, una idea recorrió mi mente: «¿También ella está loca?».

—Dulce amada mía —le dije estrechándola contra mi pecho—. Será mejor que descanses y no te aventures más allá. Descansa, mi amor, que yo encenderé el fuego. Estás helada.

—¡Descansar! —exclamó ella—. ¡No sabes lo que dices! Si te demoras, estamos perdidos. Ven, te lo ruego, a menos que quieras perderme para siempre.

Que Idris, nacida de cuna principesca, rodeada de riquezas y de lujos, hubiera venido hasta mi casa desafiando la tormentosa noche de invierno, abandonando su regia morada y, de pie junto a mi puerta, me rogara que huyera con ella cruzando la oscuridad y la ventisca debía de ser, sin duda, un sueño; pero su tono desesperado, la contemplación de su belleza, me aseguraban que no se trataba de ninguna visión. Mirando con aprensión a su alrededor, como si temiera que pudieran oírla, susurró:

—He descubierto que mañana —es decir, hoy—, antes del amanecer, unos extranjeros, austriacos, mercenarios, vendrán para llevarme a Alemania, o a una cárcel, o a casarme, o a lo que sea, lejos de ti y de mi hermano. ¡Llévame contigo o pronto estarán aquí!

Su vehemencia me asustaba y supuse que, en su relato incoherente debía de haberse colado algún error. Pero no vacilé en obedecerla. Había llegado sola desde el castillo, a tres millas de distancia, de noche, desafiando la ventisca. Debíamos llegar hasta Englefield Green, a una milla y media de donde nos encontrábamos, para tomar el carruaje. Me dijo que había conservado las fuerzas y el valor hasta llegar a mi casa, pero que ahora ambos le fallaban. Apenas podía caminar. A pesar de sujetarla yo, no se sostenía y, cuando llevábamos recorrida media milla, tras muchas paradas y desvanecimientos momentáneos en los que tiritaba de frío, se separó de mi abrazo sin que yo pudiera evitarlo y cayó sobre la nieve, y entre un torrente de lágrimas declaró que debía llevarla yo, que no podía seguir por su propio pie. La levanté en brazos y apoyé su cuerpo frágil contra mi pecho. No sentía más carga que las emociones contrarias que contendían en mi interior. Una creciente alegría me dominaba. Sus miembros helados me rozaban como torpedos, y yo también temblaba, sumándome a su dolor y a su espanto. Su cabeza reposaba en mi hombro, su aliento me ondulaba los cabellos, su corazón latía cerca del mío, la emoción me hacía estremecer, me cegaba, me aniquilaba... Hasta que un lamento acallado, que surgía de sus labios, o el castañetear de sus dientes, que trataba en vano de reprimir, o alguna de las otras señales del sufrimiento que padecía, me devolvían a la necesidad de apresurarme a socorrerla. Finalmente pude anunciarle:

—Esto es Englefield Green. Ahí está la posada. Pero, querida Idris, si alguien te ve en estas circunstancias, tus enemigos no tardarán en saber de nuestra huida. ¿No sería mejor que fuera yo solo a tomar el carruaje? Te dejaré a buen recaudo mientras tanto, y regresaré a ti de inmediato.

Convino en la sensatez de mis palabras, y permitió que hiciera con ella lo que considerara mejor. Observé que la puerta de una pequeña casa estaba entreabierta, la abrí y, con algo de paja esparcida en el suelo, formé un colchón, tendí su exhausto cuerpo sobre él y la cubrí con mi capa. Temía dejarla sola, pues estaba exangüe y desmayada, pero no tardó en recobrar la energía y, con ella, el miedo. Volvió a implorarme que no me demorara. Despertar a los que se ocupaban de la posada y

obtener el carruaje y los caballos me llevó bastantes minutos, todos ellos como si fueran siglos. Avancé un poco con el vehículo, esperé a que los encargados de la posada se retiraran y ordené al muchacho de la posta que detuviera el carruaje en el lugar en que aguardaba en pie Idris, impaciente y más recuperada. La subí al coche, asegurándole que, con nuestros cuatro caballos, seguramente llegaríamos a Londres antes de las cinco de la mañana, hora a la que, cuando fueran a buscarla, descubrirían su desaparición. Le rogué que se calmara y se echó a llorar. Las lágrimas la aliviaron un poco, y poco después empezó a referirme su relato de temor y peligro.

Esa misma noche, tras la partida de Adrian, su madre había tratado de disuadirla de la conveniencia de nuestra relación. En vano expuso sus motivos, sus amenazas, sus airadas críticas. Parecía considerar que, por mi culpa, ella había perdido a Raymond. Yo era la influencia maligna de su vida. Me acusó incluso de haber aumentado y confirmado la loca y vil apostasía de Adrian respecto de toda idea de avance y grandeza. Y ahora ese montañés miserable que yo era pretendía robarle a su hija. En ningún momento, según me contó Idris, la encolerizada señora se dignó recurrir a la amabilidad ni a la persuasión. De haberlo hecho, la labor de resistencia habría resultado exquisitamente dolorosa. Pero, de ese otro modo, la dulce muchacha, de naturaleza generosa, se vio obligada a defenderme y a aliarse con mi denostada causa. Su madre concluyó la conversación con un gesto de desprecio y triunfo encubierto, que por un instante despertaron las sospechas de Idris. Antes de acostarse, la condesa se despidió de ella diciéndole:

—Espero que tu tono sea otro mañana. Que te muestres más compuesta. Te he alterado. Acuéstate y descansa. Ordenaré que te lleven la medicina que yo siempre tomo cuando me siento inquieta. Te ayudará a dormir.

Cuando, presa de inquietantes ideas, Idris apoyó apenas la mejilla en la almohada, la criada de su madre le trajo un brebaje. La sospecha volvió a cruzar su mente ante lo atípico del procedimiento y la alarmó hasta el punto de llevarla a decidir que no tomaría la poción. Con todo, su aversión a los problemas, y el deseo de descubrir si sus conjeturas eran fundadas, la llevaron, casi instintivamente, a ir en contra de su sinceridad habitual, y fingió beber la medicina. Después, inquieta a causa de la vehemencia demostrada por su madre y de los temores desacostumbrados que la asaltaban, notó que no tenía sueño y que cualquier ruido la sobresaltaba. Al poco oyó que la puerta se abría despacio, y al incorporarse oyó una voz que susurraba:

—Todavía no duerme.

La puerta volvió a cerrarse.

Aguardó la siguiente visita con el corazón en un puño, y cuando, transcurrido cierto tiempo, sintió de nuevo invadida su cámara, después de cerciorarse de que las intrusas eran su madre y una asistenta, decidió fingirse dormida. Unos pasos se acercaron al lecho y ella, sin osar moverse, esforzándose por serenar los latidos de su pecho, que cada vez resonaban con más fuerza, oyó murmurar a su madre:

—Pequeña necia, qué poco imaginas que tu juego ha terminado para siempre.

Por un momento la pobre muchacha imaginó que su madre creía que había ingerido el veneno: ya estaba a punto de levantarse de la cama cuando la condesa, que se había alejado un poco de su lado, habló en voz baja a su acompañante, e Idris volvió a oír:

—Apresúrate —dijo—, no hay tiempo que perder, ya han dado las once. A la cinco estarán aquí. Coge solo las ropas imprescindibles para el viaje, y su joyero.

La sirvienta obedeció. Intercambiaron algunas palabras más sobre ella, que todo lo escuchaba con creciente interés. Oyó que mencionaban el nombre de su propia ayuda de cámara.

—No, no —dijo su madre—. Ella no viene con nosotras. *Lady Idris* debe olvidar Inglaterra y todo lo que a ella pertenece.

Y al poco le oyó decir:

—No despertará hasta bien entrado el día, y para entonces ya se hallará en alta mar.

—Todo está dispuesto —anunció al cabo la criada. La condesa volvió a acercarse entonces al lecho de su hija.

—En Austria, al menos —dijo—, obedecerás. En Austria, donde la obediencia se impone por la fuerza y no tendrás más opciones que una cárcel honrosa o un matrimonio conveniente.

Las dos se retiraron, y mientras lo hacían, la condesa añadió:

—Despacio. Que todos duerman. Aunque no a todos los he inducido al sueño, como a ella. No quiero que nadie sospeche, pues tal vez ella podría desvelarse y ofrecer resistencia, o incluso escapar. Acompáñame a mis aposentos. Aguardaremos allí hasta que llegue la hora convenida.

Salieron. Idris, presa del pánico pero desvelada e incluso fortalecida por el gran temor que sentía, se vistió apresuradamente y, bajando un tramo de las escaleras traseras, para evitar la proximidad de los aposentos de su madre, logró escapar por una de las ventanas bajas del castillo y, a pesar de la nieve, el viento y la oscuridad, llegó a mi casa. No le abandonó el coraje hasta que se halló ante mí y, depositando su destino en mis manos, se entregó a la desesperación y al cansancio que la abrumaban.

La consolé lo mejor que pude. Me sentía feliz y emocionado por tenerla conmigo y poder salvarla. Y sin embargo, para no despertar una nueva agitación en ella, dominé mi entusiasmo, *«per non turbar quel bel viso sereno»*^[16]. Hacía esfuerzos por detener el baile inquieto de mi corazón. Aparté de ella los ojos, que tanta ternura irradiaban, y murmuré con orgullo a la negra noche y a la atmósfera inclemente las expresiones de mi emoción.

Creo que llegamos a Londres muy temprano, mas no lamenté nuestras prisas al ser testigo del éxtasis con que mi amada niña se fundía en un abrazo con su hermano, a salvo de todo mal, bajo su protección.

Adrian escribió una breve nota a su madre informándole de que Idris se hallaba bajo su protección y cuidados. Transcurrieron varios días y al fin llegó la respuesta,

que enviaba desde Colonia. «No servirá de nada —escribió la altiva y decepcionada dama— que el duque de Windsor y su hermana vuelvan a dirigirse a su madre herida, cuya única esperanza de tranquilidad deriva de que olviden su existencia». Sus deseos habían sido aplastados, sus planes, desbaratados. No se quejaba. En la corte de su hermano hallaría, si no compensación por la desobediencia (el desdén filial no la admitía), al menos un estado de cosas y un modo de vida que tal vez contribuyeran a aceptar su destino. Bajo aquellas circunstancias, declinaba absolutamente toda comunicación con ellos.

Esos fueron los extraños e increíbles acontecimientos que finalmente propiciaron mi unión con la hermana de mi mejor amigo, con mi adorada Idris. Haciendo gala de gran simplicidad y valor, ella ignoró los prejuicios y la oposición que eran los obstáculos de mi felicidad y no dudó en dar la mano a aquel a quien ya había entregado su corazón. Ser digno de ella, elevarme hasta su altura mediante el ejercicio de mis talentos y virtudes, pagarle con devoción e infatigable ternura el amor que me profesaba, eran en las únicas muestras de agradecimiento que podía ofrecerle ante tan inmenso regalo.

Capítulo VI

QUE ahora el lector, sobrevolando un breve periodo de tiempo, penetre en nuestro feliz círculo. Adrián, Idris y yo nos establecimos en el castillo de Windsor. Lord Raymond y mi hermana se instalaron en una mansión que este había construido al borde del Gran Parque, cerca de la casa de Perdita, como seguíamos llamando a aquella morada de techo bajo donde tanto ella como yo, pobres incluso en esperanzas, habíamos recibido la confirmación de nuestra felicidad respectiva. Manteníamos ocupaciones distintas pero compartíamos diversiones. A veces pasábamos jornadas enteras bajo el follaje del bosque, que era nuestro palio, en compañía de nuestros libros y nuestra música. Ocurría sobre todo en los días, excepcionales en nuestro país,

en que el sol erige su trono etéreo en un cielo sin nubes, y reina sobre una atmósfera sin viento, apacible como un baño de aguas cristalinas y serenas, envolviendo con su tranquilidad todos los sentidos. Cuando las nubes velaban el cielo y el viento las esparcía por él, rasgando sus hebras y esparciendo sus fragmentos a través de las llanuras aéreas, salíamos a caballo en busca de nuevos lugares de belleza y reposo. Y cuando las frecuentes lluvias nos obligaban a permanecer en casa, el esparcimiento de las noches seguía al estudio diurno, de la mano de la música y las canciones. Idris poseía un talento musical innato, y su voz, cultivada con esmero, sonaba dulce y poderosa. Raymond y yo participábamos en el concierto, mientras que Adrian y Perdita asistían a él como público entregado. Por aquel entonces éramos felices como insectos de verano, juguetones como niños. Siempre nos recibíamos con la sonrisa en los labios y leíamos la alegría y la dicha en los semblantes de los demás. Nuestras mejores fiestas se celebraban en casa de Perdita, y nunca nos cansábamos de hablar del pasado ni de soñar con el futuro. Desconocíamos los celos y las inquietudes, y ni el temor ni la esperanza de cambios alteraban jamás nuestra paz. Tal vez otros dijeran: «podríamos ser felices»; nosotros decíamos: «Lo somos».

Cuando alguna vez nos separábamos, por lo general Idris y Perdita salían a pasear juntas, y nosotros nos quedábamos a debatir sobre el estado de las naciones y la filosofía de la vida. Nuestras diferencias de opinión aportaban vigor a nuestras conversaciones. Adrian contaba con la superioridad de su formación y su elocuencia, pero Raymond poseía rapidez y capacidad de penetración, así como un conocimiento práctico de la existencia que solía mostrarse en oposición a Adrian, lo que mantenía viva la danza de la discusión. En otras ocasiones realizábamos excursiones que duraban varios días y recorriamos el país para visitar algún lugar reconocido por su belleza o importancia histórica. A veces nos llegábamos hasta Londres, donde gozábamos de las distracciones y el ajetreo. También nuestro retiro era invadido por personas que venían a visitarnos desde la ciudad. Aquellos cambios nos hacían más conscientes de las delicias que nos proporcionaba el contacto íntimo de nuestro pequeño círculo, de la tranquilidad de nuestro bosque divino, de las felices veladas que pasábamos en los salones de nuestro amado castillo.

El carácter de Idris era un derroche de franqueza, dulzura y afecto. Siempre estaba de buen humor. Y aunque firme y resuelta en todo lo que le llegara al corazón, se plegaba a los deseos de sus seres queridos. La naturaleza de Perdita era menos perfecta, pero la ternura y la felicidad habían influido para bien en su ánimo, suavizando su reserva natural. Su capacidad de comprensión era grande, y su imaginación, muy vívida. Se mostraba sincera, generosa y razonable. Adrian, mi insuperable hermano del alma, el sensible y excelente Adrian, amaba a todos y era amado por todos, y sin embargo parecía destinado a no encontrar su otra mitad, la que le aportaría una felicidad completa. A menudo nos dejaba y se internaba solo en los bosques, o salía a navegar en su pequeño bote, con sus libros por toda compañía. Con frecuencia era el más alegre de todos nosotros, y a la vez el único que sucumbía a

arrebatos de tristeza. Su delgadez parecía abrumada por el peso de la vida, y su alma, más que unida a su cuerpo, parecía habitar en él. Yo sentía apenas más devoción por Idris que por su hermano y ella lo amaba como maestro, amigo y benefactor que había hecho posible la materialización de sus mayores deseos. Raymond, el ambicioso e inquieto Raymond, se encontraba en mitad del gran camino de la vida, y se alegraba de haber abandonado todas sus ideas de soberanía y fama para unirse a nosotros, flores del campo. Su reino era el corazón de Perdita, sus súbditos, los pensamientos de su amada. Ella lo adoraba y lo respetaba como a un ser superior, lo obedecía en todo, lo servía. No existía misión, devoción o vigilancia que le resultara fastidiosa si se refería a él. Perdita se sentaba algo alejada del resto y lo contemplaba. Lloraba de alegría al pensar que era suyo. En lo más hondo de su ser había erigido un templo en su honor, y todas sus facultades eran sacerdotisas entregadas a su culto. A veces se mostraba exagerada y caprichosa, pero su arrepentimiento era sincero, su propósito de enmienda absoluto, e incluso lo inconstante de su carácter encajaba bien con Raymond, que por naturaleza no estaba hecho para flotar tranquilamente sobre la corriente de la vida.

Durante su primer año de matrimonio, Perdita le dio a Raymond una preciosa hija. Resultaba curioso descubrir en aquel modelo en miniatura los mismos rasgos de su padre. Los mismos labios algo desdeñosos, la sonrisa triunfante, los mismos ojos inteligentes, la misma frente, el pelo castaño. Incluso sus manos, sus dedos, eran idénticos a los de él. ¡Cuánto la amaba Perdita! Con el paso del tiempo, yo también me convertí en padre, y nuestros pequeños, que eran nuestros juguetes y motivo de nuestra dicha, nos descubrían mil sentimientos nuevos y felices.

Así pasaron los años, unos años plácidos. A cada mes sucedía otro mes, y a cada año otro año como el que dejábamos atrás. Nuestras vidas eran un comentario vivo al hermoso sentimiento descrito por Plutarco, para quien «nuestras almas sienten una inclinación natural a amar, y nacen para amar tanto como para sentir, razonar, comprender y recordar». Hablábamos de cambios, de metas por alcanzar, pero seguíamos en Windsor, incapaces de violar el encanto que nos unía a nuestra vida retirada.

Pareamo aver qui tutto il ben racolto
che fra mortale in piu parte si rimembra^[17].

Y ahora que nuestros hijos nos mantenían ocupados, hallábamos excusas para el mantenimiento de nuestra ociosidad, pues nuestra idea era proporcionarles una vida más espléndida. Finalmente nuestra paz se vio alterada y el curso de los acontecimientos, que durante cinco años había avanzado con tranquilidad serena, se halló con impedimentos y obstáculos que nos apartaron de nuestro sueño feliz.

Iba a tener lugar la elección del nuevo Señor Protector^[18] de Inglaterra y, a instancias de Raymond, nos trasladamos a Londres para presenciar las votaciones e

incluso tomar parte en ellas. Si Raymond se hubiera unido a Idris, ese puesto habría sido la palanca hacia cargos de mayor autoridad; y su deseo de poder se hubiera coronado en su más alta medida. Pero había cambiado el cetro por el laúd, un reino por Perdita.

¿Pensaba en todo ello mientras nos dirigíamos a la ciudad? Yo lo observaba, pero él revelaba poco de sus emociones. Se mostraba especialmente alegre, jugaba con su hijita y se volvía para repetir, orgulloso, todas las palabras que esta pronunciaba. Tal vez lo hacía porque veía la sombra de la inquietud en la frente de su esposa. Ella trataba de mantener el ánimo, pero de vez en cuando las lágrimas asomaban a sus ojos y parecía preocupada por Raymond y su pequeña, como si temiera que algún mal fuera a alcanzarlos. Eso, precisamente, era lo que sentía. Un mal presagio pendía sobre ella. Contemplaba los bosques desde la ventanilla, y los torreones del castillo. Al ver que estos se ocultaban tras el paisaje, exclamó apasionadamente:

—¡Escenarios de felicidad! ¡Lugares sagrados, dedicados al amor! ¿Cuándo volveré a verlos? Y cuando regrese a vosotros, ¿seré todavía la amada y feliz Perdita, o con el corazón destrozado, hundida, vagaré por entre vuestros jardines como fantasma de lo que fui?

—¿Por qué hablas así, tonta? —exclamó Raymond—. ¿En qué está pensando tu cabecita, que de pronto te sientes tan triste? Alégrate, o te enviaré con Idris y pediré a Adrian que se monte en nuestro carruaje, pues veo, por sus gestos, que su humor coincide con el mío.

En ese instante Adrian, que iba a caballo, se acercó al coche, y su alegría, unida a la de Raymond, ahuyentó la melancolía de su hermana. Llegamos a Londres por la tarde, y nos dirigimos a nuestras respectivas moradas, en las inmediaciones de Hyde Park.

A la mañana siguiente lord Raymond vino a visitarme temprano.

—Vengo a verte —dijo— sin estar del todo seguro de si me asistirás en mi plan, pero decidido a llevarlo a cabo tanto si me apoyas como si no. En cualquier caso prométeme discreción, pues si no contribuyes a mi éxito, al menos no debes impedirlo.

—Cuenta con ella.

—Y ahora, mi querido compañero, ¿para qué hemos venido a Londres? ¿Para presenciar la elección del Protector y dar nuestro sí o nuestro no a su torpe Excelencia, el duque de...? ¿O a ese escandaloso Ryland? ¿Crees de veras, Verney, que os he traído a la ciudad para eso? No, el Protector saldrá de entre nosotros. Escogeremos a un candidato y nos aseguraremos su triunfo. Nominares a Adrian y haremos lo posible por conferirle el poder que le corresponde por nacimiento y que merece por sus virtudes.

»No respondas. Conozco tus objeciones y responderé a ellas ordenadamente. En primer lugar, la de si él consentirá o no convertirse en un gran hombre. Déjame sobre este punto a mí la tarea de persuadirlo. No te pido que me ayudes en ello. En segundo

lugar, la de si debe cambiar su empleo de recolector de moras y médico de perdices heridas en el bosque por el de dirigente de la nación. Mi querido amigo, nosotros somos hombres casados, y hallamos ocupación suficiente entreteniendo a nuestras esposas y bailando con nuestros hijos. Pero Adrian está solo, no tiene esposa, hijos ni ocupación. Llevo mucho tiempo observándolo y sé que anhela interesarse por algo. Su corazón, exhausto por sus pasados sufrimientos, reposa como una extremidad recién curada, y se abstiene de toda emoción. Pero su buen juicio, su caridad, sus virtudes, necesitan de un campo en el que ejercitarse y actuar. Y eso se lo procuraremos nosotros. Además, ¿no es una lástima que el genio de Adrian desaparezca de la tierra sin dar fruto, como una flor en un sendero remoto? ¿Acaso crees que la naturaleza creó su incomparable maquinaria sin objeto? Créeme, está destinado a ser el autor de un bien infinito para su Inglaterra natal. ¿No le ha regalado ella tan generosamente todos sus dones? ¿Cuna, riqueza, talento, bondad? ¿No lo ama y admira todo el mundo? Vamos, veo que ya te he persuadido, y que me secundarás cuando proponga su nombre esta noche.

—Has expuesto todos tus argumentos en un orden excelente —respondí—, y si Adrian consiente, resultan irrefutables. Solo te pondría una condición: que no hicieras nada sin su consentimiento.

—Confía en mí —insistió él—. Mantendré una estricta neutralidad.

—Por mi parte —proseguí yo—, estoy del todo convencido de la valía de nuestro amigo, y de la inmensa cosecha que Inglaterra recogería con su Protectorado, como para privar a mis compatriotas de semejante bendición, si él acepta administrársela.

Por la tarde Adrian vino a visitarnos.

—¿También tú conspiras contra mí? —dijo, riéndose—. ¿Y harás causa común con Raymond para, arrastrando a un pobre visionario desde las nubes que le rodean, plantarlo entre los fuegos artificiales y los destellos de la grandeza terrenal, apartándolo así de los rayos y los aires celestes? Creía que me conocías mejor.

—Te conozco lo bastante —apostillé— como para saber que no serías muy feliz en tal situación. Pero el bien que harías a los demás podría inducirte a aceptar, pues seguramente ha llegado el momento de que pongas en práctica tus teorías y propicies la reforma y los cambios que han de conducir a la consecución del sistema de gobierno perfecto que tanto te gusta esbozar.

—Hablas de un sueño casi olvidado —dijo Adrian, el gesto algo velado por la tristeza—. Las visiones de mi infancia se han desvanecido hace tiempo a la luz de la realidad. Ahora sé que no soy un hombre capacitado para gobernar naciones. Bastante tengo con mantener íntegro el pequeño reino de mi propia moral.

»¿Es que no comprendes, Lionel, la intención de nuestro noble amigo? Una intención que tal vez ni él mismo conoce, pero que a mis ojos resulta evidente. Lord Raymond no nació nunca para ser zángano en un panal, ni para hallar contento en nuestra vida pastoral. Él cree que debe conformarse con esta. Imagina que su situación presente impide sus posibilidades de engrandecimiento. Y por tanto, ni

siquiera en lo más profundo de su corazón piensa en cambiar. Pero ¿no ves que, tras la idea de exaltarme a mí, está dibujando una nueva senda para sí mismo? ¿Una senda de acción de la que lleva mucho tiempo apartado?

»Acudamos en su ayuda. Él, el noble, el guerrero, el más grande en todas las cualidades que adornan la mente y el cuerpo de un hombre... Él está capacitado para ser el Protector de Inglaterra. Si yo, es decir, si nosotros lo proponemos para el cargo, sin duda saldrá electo, y hallará, en el desempeño del cargo, terreno para ejercer los crecientes poderes de su ingenio. Incluso Perdita se alegrará. Perdita, en cuya ambición anidaba un fuego acallado hasta que se casó con Raymond, evento que durante un tiempo colmó todas sus esperanzas... Perdita se alegrará de la gloria y el ascenso de su señor y, tímida y bella, no rechazará la parte que le corresponda. Entretanto nosotros, los sabios del campo, regresaremos a nuestro castillo y, como Cincinato^[19], nos ocuparemos de nuestras tareas ordinarias hasta que nuestro amigo requiera nuestra presencia y ayuda aquí.

Cuanto más razonaba Adrian en relación con ese plan, más factible me parecía. La terquedad con que defendía su no participación en la vida pública era inexpugnable, y su delicado estado de salud parecía suficiente argumento a favor de tal decisión. Su siguiente paso era lograr que Raymond confesara sus deseos secretos de reconocimiento y fama. Este se presentó ante nosotros mientras nos hallábamos conversando. El modo en que Adrian había recibido su plan de proponerlo como candidato al Protectorado, así como sus propias respuestas, habían logrado que despertara ya en su mente el tema que ahora debatíamos. Su semblante y sus gestos delataban indecisión y nerviosismo. Pero este surgía del temor a que no secundáramos o a que no tuviera éxito nuestra idea; y aquella lo hacía de una duda, la de si debíamos arriesgarnos a una derrota. Unas pocas palabras nuestras bastaron para que tomara la decisión, y la esperanza y la alegría brillaron en sus ojos. La idea de iniciar una carrera tan acorde con sus primeros hábitos y más recónditos deseos hizo aflorar su naturaleza más briosa y atrevida. Conversamos sobre sus posibilidades de ganar, sobre los méritos de los demás candidatos y sobre la predisposición de los votantes.

Pero habíamos errado en el cálculo. Raymond había perdido gran parte de su popularidad, y sus peculiares partidarios habían desertado de él. Su ausencia de la escena pública había propiciado el olvido de la gente. Sus anteriores apoyos parlamentarios eran sobre todo de realistas que, cuando se había tratado de presentarse como heredero del condado de Windsor, se mostraron dispuestos a convertirlo en su ídolo, pero que en realidad le profesaron indiferencia cuando se presentó ante ellos sin más atributos ni distinciones que los que ellos, en su opinión, también compartían. Con todo, conservaba muchos amigos, admiradores de sus conocidos talentos. Su presencia, elocuencia, aplomo e imponente belleza se combinaban para producir un efecto electrizante. También Adrian, a pesar de sus hábitos solitarios y sus teorías, tan contrarias al espíritu de partido, contaba con

muchos amigos, a los que sería fácil convencer para que votaran al candidato que él proclamara.

El duque de... así como el señor Ryland, viejo antagonista de Raymond, eran los otros candidatos. Al duque lo apoyaban todos los aristócratas de la república, que lo consideraban su representante natural. Ryland era el candidato popular. Cuando, en un primer momento, el nombre de lord Raymond se añadió a la lista, sus posibilidades parecían escasas. Abandonamos el debate que siguió a su nominación: nosotros, sus postulantes, mortificados, y él desanimado en exceso. Perdita nos regañó duramente. Habíamos alentado exageradamente sus expectativas. En su momento, ella no solo no se había opuesto a nuestros planes, sino que se había mostrado claramente complacida por ellos. Pero el evidente fracaso de estos había modificado el curso de sus ideas. Creía que, una vez despertado, Raymond ya no regresaría de buen grado a Windsor. Excitados sus viejos hábitos, su mente inquieta desvelada de su sopor, la ambición sería ya su compañera de por vida. Y si no alcanzaba el éxito en aquel primer intento, preveía que la infelicidad y un descontento incurable se apoderarían de él. Tal vez su propia decepción añadía dolor a sus pensamientos y palabras. No se calló nada, y nuestros propias ideas no hacían sino empeorar nuestra zozobra.

Debíamos promocionar a nuestro candidato, persuadir a Raymond para que se presentara ante los electores la tarde siguiente. Él se mantuvo obstinado largo rato. Se montaría en un globo; navegaría hasta un confín lejano del mundo, donde su nombre y su humillación no se conocieran. Pero todo fue inútil. Su candidatura ya se había registrado; su propósito, dado a conocer al mundo. Su vergüenza jamás se borraría del recuerdo de los hombres. Era preferible fracasar tras someterse al combate que huir ahora, al inicio de su empresa.

Desde que adoptó esa idea, todo en él cambió. Se esfumaron de un plumazo el desánimo y el nerviosismo. Pasó a ser pura vida y actividad. La sonrisa de triunfo brillaba de nuevo en su rostro. Decidido a perseguir su objetivo hasta el fin, sus gestos y expresiones parecían presagiar el logro de sus deseos. No era ese el caso de Perdita. La excitación de su esposo la asustaba, pues temía que, al final, se tornara en una decepción mayor. Si a nosotros su alegría nos infundía esperanza, en ella solo alentaba la zozobra de su mente. Le daba miedo perderlo, aunque no se atrevía a decir nada sobre los cambios que observaba en su carácter. Lo escuchaba atentamente, pero no se sustraía de dar a sus palabras un significado distinto del que tenían, lo que minaba aún más sus expectativas. No tendría valor para presenciar la contienda y permanecería en casa, presa de aquella doble preocupación. Lloraría con su hijita en brazos. Su mirada, sus palabras, demostraban que temía el advenimiento de una horrible calamidad. Los efectos de su agitación incontrolable la llevaban a enloquecer.

Lord Raymond se presentó en la cámara con absoluta confianza y maneras seductoras. Una vez el duque de... y el señor Ryland hubieron concluido sus

parlamentos, comenzó su intervención. Sin duda, no la llevaba preparada y al principio vaciló, deteniéndose para meditar sus ideas y escoger las expresiones que consideraba más adecuadas. Gradualmente adquirió soltura. Sus palabras brotaban con fluidez, llenas de vigor, y su voz ganaba en persuasión. Se refirió a su vida pasada, a sus éxitos en Grecia, al favor de que había gozado en su país. ¿Por qué había de perderlo, ahora que los años transcurridos, la prudencia acumulada y los votos que, con su matrimonio, había contraído con su país, lejos de mermar su confianza, no hacían sino aumentarla? Habló del estado de Inglaterra. De las medidas que era necesario adoptar para garantizar su seguridad y potenciar su prosperidad. Trazó un retrato muy vívido de su situación presente. A medida que hablaba, los asistentes enmudecían y seguían sus palabras con absoluta atención. Su elocuencia encadenaba los sentidos de los allí congregados. En cierto modo, él era el hombre adecuado para unir a las diversas facciones. Por su nacimiento complacía a la aristocracia. Y ser el candidato propuesto por Adrian, un hombre íntimamente ligado al partido popular, hacía que muchos, que no se sentían especialmente representados por el duque ni por Ryland, se alinearan con él.

El debate fue intenso e igualado. Ni Adrian ni yo mismo nos habríamos mostrado más inquietos si nuestro propio éxito hubiera dependido de nuestro esfuerzo. Pero habíamos empujado a nuestro amigo a la empresa, y nos correspondía a nosotros asegurar su triunfo. Idris, que tenía en gran aprecio sus habilidades, se mostraba muy interesada en el desarrollo de los acontecimientos. Y mi pobre hermana, que no se atrevía a esperar nada, y a quien el miedo sumía en un estado lamentable, parecía presa de una inquietud febril.

Transcurrían los días. Planeábamos qué hacer por las noches, que ocupábamos en debates en los que no alcanzábamos conclusión alguna. Por fin llegó el momento crítico: la noche en que el Parlamento, que ya había demorado en exceso la elección, debía decidirse: cuando dieran las doce y llegara el nuevo día, habría de disolverse, según la Constitución, su poder extinto.

Convocamos a nuestros partidarios en casa de Raymond. A las cinco y media nos dirigimos al Parlamento. Idris se esforzaba por calmar a Perdita, pero la agitación de la pobre niña era tal que no lograba controlarse. Caminaba de un lado a otro de la sala, contemplaba con ojos desbocados a cualquiera que entrara, imaginando que tal vez le trajera la noticia de su condena. Para hacer justicia a mi dulce hermana, diré que no era por ella por quien agonizaba. Solo ella sabía la importancia que Raymond otorgaba a su propio éxito. Fingía tanta alegría y esperanza, y las fingía tan bien, que nosotros no adivinábamos las secretas preocupaciones de su mente. A veces un temblor nervioso, una breve disonancia en la voz, o cierta abstracción pasajera revelaban a Perdita la violencia que ejercía contra sí mismo. Pero nosotros, concentrados en nuestros planes, observábamos solo su risa siempre presta, las bromas que nos dedicaba a la menor ocasión, la marea alta de su buen humor, que parecía no retirarse nunca. Perdita, en cambio, seguía a su lado cuando se retiraba.

Ella era testigo del cambio de humor que llegaba tras su hilaridad. Sabía que le costaba dormir, que se mostraba irritable... En una ocasión lo descubrió llorando. Desde entonces, desde que fue testigo de aquel llanto causado por su orgullo herido, un orgullo que sin embargo era incapaz de desterrar, las lágrimas de ella apenas dejaban de asomar a sus ojos. No era de extrañar, entonces, que sus sentimientos hubieran alcanzado aquellos extremos. Al menos yo trataba de explicarme así su estado de agitación. Pero eso no era todo, y el desenlace nos reveló otra causa.

Antes de partir nos demoramos un poco para despedirnos de nuestras amadas niñas. Yo albergaba pocas esperanzas de éxito, y rogué a Idris que se ocupara de mi hermana. Al acercarme a Perdita, ella me tomó de la mano y me llevó a otra estancia de la casa. Allí se arrojó en mis brazos y lloró largo rato, amargamente. Yo traté de calmarla. Apelé a su esperanza. Le pregunté qué era aquello tan tremendo que temía, incluso en el caso de que fracasáramos en nuestros planes.

—¡Hermano mío! —exclamó ella—. ¡Protector de mi infancia, mi querido Lionel, mi destino pende de un hilo! Ahora os tengo a todos a mi lado, a ti, compañero de mi infancia, a Adrian, al que quiero como si me unieran a él lazos de sangre. A Idris, hermana de mi corazón, y a su adorado retoño. Esta... esta puede ser la última vez que os tenga a todos conmigo.

Entonces se detuvo de pronto y dijo:

—¿Qué es lo que he dicho? ¡Qué necia y qué falsa soy!

Me miró con ojos desbocados y, serenándose de pronto, se disculpó por lo que definió como palabras sin sentido, diciendo que debía de estar loca pues, mientras Raymond viviera, ella sería feliz. Y acto seguido, aunque no dejaba de sollozar, me aseguró que podía irme tranquilo. Cuando Raymond se despidió de ella apenas le sostuvo la mano y le dedicó una mirada intensa. Ella le respondió sin palabras, asintiendo, comprensiva.

¡Pobre muchacha! ¡Cuánto debió de haber sufrido! Nunca perdonaré del todo a Raymond las pruebas que le impuso, ocasionadas, como lo estaban, por unos sentimientos egoístas. Había planeado, si fracasaba en el empeño que le ocupaba, embarcarse para Grecia sin despedirse de ninguno de nosotros y no regresar jamás a Inglaterra. Perdita había accedido a sus deseos, pues complacerlo era la sola meta de su vida, el colmo de su dicha. Pero abandonar a todos sus compañeros, a las personas amadas con las que había compartido sus años más felices y, mientras llegaba el momento, ocultar aquella temible decisión, era una misión que casi consumió toda su fuerza mental. Llevaba un tiempo preparando su partida. Le había prometido a Raymond, durante aquella tarde decisiva, que aprovecharía nuestra ausencia para avanzarse en su primera etapa del viaje. Él, tras su derrota, se ausentaría de nuestro lado y se uniría a ella.

Aunque al tener conocimiento de semejante plan me sentí ofendido en gran manera por lo poco que Raymond había tenido en cuenta los sentimientos de mi hermana, pasado el tiempo reflexioné y pensé que en realidad había actuado bajo el

peso de tal excitación que no pensaba en lo que hacía y que, por tanto, debía quedar exento del peso de la culpa. Si nos hubiera permitido ser testigos de su agitación, se habría hallado más bajo la guía de la razón; pero su empeño en mantener la compostura actuaba con tal violencia sobre sus nervios que destruía su capacidad de autodominio. Estoy convencido de que, en el peor de los casos, habría regresado desde la costa para despedirse de nosotros y hacernos partícipes de sus planes. Pero la tarea que impuso a Perdita no era menos dolorosa. Había obtenido de ella promesa de mantener el secreto, y su papel en el drama, que debía representar sola, debía de causarle una agonía inimaginable. Pero debo regresar a mi relato.

Los debates, hasta el momento, habían sido largos y acalorados, en ocasiones dilatados con el único objeto de retrasar la decisión. Pero ahora todo el mundo parecía temer que el momento fatal llegara sin que la elección se hubiera consumado. Un silencio atípico reinaba en la cámara, cuyos miembros hablaban en susurros. Los procedimientos habituales se zanjaban sin revuelo y con premura. Durante la primera etapa de la elección, el duque de... había quedado eliminado, de modo que la decisión estaba entre lord Raymond y el señor Ryland. Este se había mostrado seguro de la victoria hasta la aparición en escena de lord Raymond. Pero desde que el nombre de este se había añadido a las candidaturas, aquel se había dedicado a una intensa campaña para la obtención de apoyos. Aparecía todas las noches, la impaciencia y la ira dibujadas en su gesto, censurándonos desde el otro extremo de Saint Stephen, como si fruncir el ceño le bastara para eclipsar nuestras esperanzas.

Todo en la Constitución inglesa se había redactado pensando en el mantenimiento de la paz. Así, el último día solo se permitía que quedaran dos candidatos en liza. Además, para evitar en lo posible la lucha final entre ellos, se ofrecía un soborno a aquel de los dos que renunciara voluntariamente a sus pretensiones. Se le reservaba un cargo que le reportaba honor y pingües ingresos, y el éxito garantizado en una futura elección. Con todo, por curioso que parezca, ese caso no se había dado nunca hasta el momento y la ley había quedado obsoleta (nosotros ni siquiera la habíamos tenido en cuenta en el curso de nuestras conversaciones). Por tanto, supuso para todos una sorpresa mayúscula que, una vez se nos hubo pedido que nos constituyéramos en comité para la elección del Lord Protector, el miembro que había nominado a Ryland se alzara y nos informara de que su candidato había renunciado a sus pretensiones. En un primer momento aquella noticia fue recibida con el silencio. A este le siguió un murmullo confuso que, cuando el presidente declaró a lord Raymond oficialmente electo, se convirtió en aplauso y ovación de victoria. Parecía que, si ignorando todo temor a la derrota el propio señor Ryland no hubiera presentado su renuncia, todas las voces se habrían unido igualmente a favor de nuestro candidato. De hecho, una vez la idea de la competición se hubo disipado, los corazones regresaron al respeto y la admiración anteriores para con nuestro amigo. Todo el mundo sentía que Inglaterra no había contado jamás con un Protector tan capaz de cumplir con los

responsabilidades de su alto cargo. Una sola voz, hecha de muchas voces, resonó en toda la cámara, gritando el nombre de Raymond.

El aludido hizo entonces acto de presencia. Yo me hallaba en uno de los escaños más elevados y le vi recorrer el pasillo en dirección al estrado. La discreción natural de su carácter se imponía sobre su alegría por el triunfo. Miró tímidamente a su alrededor. Una tenue neblina parecía velar sus ojos. Adrian, que se hallaba junto a mí, se apresuró a reunirse con él y, saltando entre los bancos, no tardó nada en llegar a su lado. Su presencia animó a nuestro amigo. Y cuando le llegó el turno de hablar y actuar, desvanecidas ya sus vacilaciones, brilló, supremo en su majestad y en su victoria. El anterior Protector le tomó juramento y le impuso la insignia del cargo, en cumplimiento de la ceremonia de traspaso de poderes. El Parlamento quedó disuelto. Los más altos dignatarios del Estado se congregaron alrededor del nuevo gobernante y lo condujeron al palacio del Protectorado. De pronto Adrian se esfumó y, cuando los partidarios de Raymond ya no eran más que unos pocos amigos íntimos, regresó en compañía de Idris, que quería felicitar a su amigo por el éxito obtenido.

Pero ¿dónde estaba Perdita? Concentrado en asegurarse una pronta y discreta retirada en caso de fracaso, Raymond había olvidado organizar el modo de que su esposa pudiera enterarse de su éxito. Y a ella, demasiado alterada, también le había pasado por alto aquella circunstancia. Cuando Idris fue a hablarle, hasta tal punto se hallaba él fuera de sí que le preguntó por mi hermana. Un solo comentario, que le informó de su misteriosa desaparición, le hizo recordarlo todo. Adrian, cierto es, había acudido ya en busca de la fugitiva, imaginando que su indomable angustia la habría conducido a las inmediaciones del Parlamento, y que algún contratiempo la había retenido. Pero Raymond, sin darnos explicación alguna, se ausentó de pronto, y al instante oímos el galope de su caballo por las calles, a pesar del viento y la lluvia que la tormenta esparcía sobre la tierra. Como desconocíamos adónde se dirigía y cuánto tardaría en regresar, abandonamos el lugar, suponiendo que tarde o temprano regresaría con Perdita, y que no lamentarían verse solos.

Mi hermana, entretanto, había llegado con su hija a Dartford, llorando desconsoladamente. Ordenó que todo se dispusiera para poder proseguir viaje y, acostando a su pequeña en una cama, pasó varias horas de agudo sufrimiento. A veces observaba la violencia con que descargaban los elementos y pensaba que la atacaban a ella. Oía el golpeteo de la insistente lluvia, que la sumía en la tristeza y la desesperación. En ocasiones sostenía a su hija en brazos, buscándole parecidos con su padre, temerosa de que más adelante demostrara también las mismas pasiones e impulsos incontrolables que tan infeliz la hacían. Pero volvía a constatar con una mezcla de orgullo y delicia que al rostro de su pequeña asomaba la misma sonrisa hermosa que con frecuencia iluminaba el semblante de Raymond. Su visión la aliviaba. Pensaba en el tesoro que poseía al contar con el afecto de su señor; en sus hazañas, que superaban todas las de sus coetáneos, en su genio, en su devoción por ella. Y se le ocurrió que renunciaría de buen grado a todo lo que poseía en el mundo,

salvo a él, como ofrenda propiciatoria que le asegurara el bien supremo que con él conservaba. Y no tardó en imaginar que el destino exigía de ella ese sacrificio como prueba de que vivía entregada a Raymond, y que debía hacerlo con alegría. Se imaginó su vida en la isla griega que él había escogido para su retiro, y donde ella trataría de aliviar su dolor. Imaginó que allí cuidaría de su hermosa hija Clara, que allí cabalgarían juntos, que allí se dedicaría a consolarlo. Y la imagen se formó ante ella con colores tan vivos que empezó a temer precisamente lo contrario, la vida de magnificencia y poder en Londres, donde Raymond ya no sería solo suyo ni ella la única fuente de felicidad para él. Por lo que a ella respectaba, empezó a desear que su esposo saliera derrotado. Solo teniéndolo en cuenta a él sus sentimientos vacilaron cuando oyó el galope de su caballo en el patio de la posada. Que acudiera a su encuentro a solas, empapado por la lluvia, pensando solo en el modo de llegar antes, ¿qué podía significar sino que, derrotado y solitario, debía emprender la marcha de su Inglaterra natal, el escenario de su vergüenza, y ocultarse junto a ella entre los mirtos de las islas griegas?

De pronto se hallaba en sus brazos. El conocimiento de su éxito había impregnado su ser hasta tal punto, que a Raymond no le pareció necesario transmitir la noticia a su amada. Ella solo sintió en su abrazo la seguridad de que, mientras él la poseyera, no desesperaría.

—Qué bueno eres —exclamó ella—. Qué noble, mi amado. No temas la desgracia ni los reveses de la fortuna mientras estés con tu Perdita. No temas la tristeza mientras nuestra hija viva y sonría. Vayamos donde tú quieras. El amor que nos acompaña ahuyentará nuestros pesares.

Rodeada por sus brazos habló de ese modo, y echó hacia atrás la cabeza en busca de un asentimiento a sus palabras en los ojos de su esposo. Y vio que estos lanzaban destellos de alegría.

—¿Cómo decís, pequeña Protectora? —preguntó él, burlón—. ¿Qué es lo que habláis? ¿Qué oscuros planes de exilios y tinieblas has urdido, cuando una tela más brillante, tejida con hilos de oro, es la que, en verdad, deberías estar contemplando?

Raymond le besó la frente, pero ella, lamentando a medias su triunfo, agitada por tantos cambios súbitos en su pensamiento, ocultó el rostro en su pecho y lloró. Él la consoló al momento, le transmitió sus propias esperanzas y deseos, y el rostro de Perdita no tardó en iluminarse. ¡Qué felices fueron esa noche! ¡Cómo rebosaba su alegría!

Capítulo VII

TRAS dejar a nuestro amigo instalado en su nuevo puesto, volvimos los ojos hacia Windsor. Su cercanía de Londres atenuaba el dolor de tener que separarnos de Raymond y Perdita. Nos despedimos de ellos en el palacio del Protectorado. Me impresionó bastante ver a mi hermana tratando de interpretar su papel, intentando ocupar su nuevo cargo con su acostumbrada dignidad. Su orgullo interior y su sencillez de modales se hallaban, más que nunca, en guerra. Su timidez no era un rasgo artificial, surgía del temor a no ser lo bastante apreciada, de cierta conciencia de la indiferencia con que la trataba el mundo, que también caracterizaba a Raymond. Pero ella pensaba en los demás con más insistencia que él, y parte de su retraimiento nacía del deseo de extraer de quienes la rodeaban un sentimiento de inferioridad, un sentimiento que a ella no se le pasaba por la cabeza. A causa de su cuna y de su educación, Idris hubiera estado mejor capacitada para las actividades ceremoniales, pero la naturalidad con que ella acompañaba tales acciones, surgida del hábito, se las hacía tediosas, mientras que, a pesar de todas las dificultades, no había duda de que Perdita disfrutaba de su posición. Estaba demasiado llena de nuevas ideas como para sentir pesar cuando nos dijimos adiós. Se despidió de nosotros afectuosamente y prometió acudir a visitarnos pronto. Pero no lamentaba las circunstancias causantes de nuestra separación. Raymond se mostraba exultante: no sabía qué hacer con el poder recién adquirido. Mil planes bullían en su mente, aunque todavía no había decidido poner ninguno en práctica. Con todo, se prometía a sí mismo, y prometía a sus amigos y al mundo entero, que su Protectorado estaría marcado por algún acto de inigualable gloria. Así, menguados en número, conversando sobre ello, regresamos al castillo de Windsor.

Nos alegraba enormemente alejarnos del tumulto político que dejábamos atrás, y anhelábamos volver a nuestras soledades con energías redobladas. No echábamos de menos las ocupaciones. En mi caso, mis intereses se centraban exclusivamente en el ejercicio intelectual. Había descubierto que el estudio serio era una excelente medicina para curar las fiebres del espíritu que, de haberme mantenido indolente, sin duda me hubieran asaltado. Perdita nos había permitido llevarnos a Clara al castillo, y ella y mis dos preciosos hijos eran motivo de interés y distracción permanentes.

La única circunstancia que perturbaba nuestra paz era la salud de Adrian. Su deterioro era claro, aunque ninguno de sus síntomas nos llevaba a adivinar la

enfermedad que padecía. Pero algo en el brillo de sus ojos, en su expresión arrebatada, en el color de sus mejillas, nos hacía temer que estuviera consumiéndose. Con todo, nuestro amigo no sentía dolor ni miedo alguno. Se entregaba con ardor a la lectura y descansaba del estudio en compañía de sus seres más queridos, su hermana y yo. A veces se acercaba a Londres para reunirse con Raymond y ser testigo del desarrollo de los acontecimientos. Solía llevarse a Clara en aquellas visitas, en parte para que pudiera ver a sus padres y en parte porque a Adrian le fascinaban el parloteo y el gesto inteligente de aquella niña encantadora.

Entretanto, en la capital todo marchaba bien. Las nuevas elecciones se habían celebrado. El Parlamento se reunía y Raymond vivía ocupado en mil planes de mejora. Se proyectaban canales, acueductos, puentes, edificios estatales, así como varias instalaciones de utilidad pública. Siempre estaba rodeado de proyectistas y proyectos destinados a hacer de Inglaterra escenario de fertilidad y magnificencia. La pobreza iba a ser erradicada. Los hombres se trasladarían de un lugar a otro casi con la misma facilidad que los príncipes Hussein, Alí y Ahmed en *Las mil y una noches*. El estado físico del hombre pronto dejaría de depender de la benevolencia de los ángeles. La enfermedad sería abolida y de los trabajos se suprimirían las cargas más pesadas. Nada de todo ello parecía extravagante. Las artes de la vida y los descubrimientos de la ciencia, habían aumentado en una proporción que hacía imprevisible todo cálculo. Los alimentos, por así decirlo, brotaban espontáneamente; existían máquinas que suministraban fácilmente todo lo que la población necesitaba. Pero la tendencia al mal sobrevivía y los hombres no eran felices, no porque no pudieran, sino porque no se alzaban para superar los obstáculos que ellos mismos habían creado. Raymond había de inspirarlos con su voluntad benéfica, y el engranaje de la sociedad, una vez sistematizado según reglas precisas, ya nunca sucumbiría al desorden. Para el logro de tales esperanzas había abandonado la ambición que durante tan largo tiempo había alimentado: pasar a los anales de las naciones como un guerrero victorioso. Renunciando a la espada, la paz y sus glorias duraderas se convirtieron en su meta, y el título al que ahora aspiraba era el de benefactor de su país.

Entre las obras de arte que promovía se encontraba la construcción de una Galería Nacional dedicada a la escultura y la pintura. Él mismo poseía muchas obras, que planeaba ceder a la República. Y, como el edificio estaba llamado a convertirse en la perla de su Protectorado, se mostraba muy puntilloso en cuanto al diseño de su construcción. Se le presentaron cientos de planes, que rechazaba sin excepción. Llegó a enviar a dibujantes a Italia y Grecia para que realizaran bocetos. Pero como la Galería debía caracterizarse por la originalidad, además de por la perfección de su belleza, durante cierto tiempo sus esfuerzos no hallaron recompensa. Al fin le enviaron un dibujo anónimo, aunque con una dirección de contacto. El diseño resultaba nuevo y elegante, aunque contenía defectos. Tantos que, aunque los trazos eran hermosos y elegantes, resultaba evidente que no era obra de un arquitecto.

Raymond lo contempló encantado. Cuanto más le gustaba, más complacido se sentía, a pesar de que a cada inspección los errores se multiplicaban. Escribió a la dirección indicada expresando su deseo de reunirse con el dibujante para proponerle cambios, unos cambios que se le sugerirían en el transcurso del encuentro.

Llegó un griego. Se trataba de un hombre de mediana edad y físico tan ordinario que Raymond dudaba de que pudiera tratarse de un proyectista, a pesar de su expresión inteligente. Él mismo reconoció no ser arquitecto, pero la idea de aquel edificio se había apoderado de él y había decidido enviarla sin esperanza alguna de que fuera aceptada. Era hombre de pocas palabras. Raymond le formulaba preguntas, pero la parquedad de sus respuestas le llevó a concentrarse en el dibujo. Le señaló los errores y los cambios que deseaba introducir. Ofreció al griego un lápiz para que pudiera realizar los cambios allí mismo, pero el visitante rehusó, asegurando que había comprendido perfectamente lo que le solicitaba y que prefería trabajar en casa. Finalmente Raymond le dejó marchar. Regresó al día siguiente con el boceto modificado. Pero seguían apareciendo muchos defectos y había malinterpretado algunas de las instrucciones.

—Vamos —dijo Raymond—. Ayer cedí a su petición. Hoy le conmino a que acepte mi propuesta. Tome este lápiz. —El griego obedeció, pero su manera de sostenerlo delataba que no era artista.

—Le confieso, señor —admitió al cabo—, que yo no soy el autor de los bocetos. Pero es imposible que vea al verdadero dibujante. Sus instrucciones debo transmitírselas yo. Le ruego, pues, que sea paciente con mi ignorancia y me exponga a mí sus deseos. Estoy seguro de que, con el tiempo, se sentirá satisfecho.

Raymond le interrogó en vano. El misterioso griego no reveló nada más. ¿El artista aceptaría recibir la visita de un arquitecto? También se negaba a ello. Raymond reiteró sus instrucciones y el visitante se ausentó. A pesar de todo, nuestro amigo se negaba a renunciar a su deseo. Sospechaba que la causa del misterio estaba en una pobreza extrema, y que el artista no deseaba que nadie fuera testigo de la miseria de sus ropas y de su morada. Todo aquello no hacía sino excitar la curiosidad de Raymond por descubrir de quién se trataba. Espoleado por el interés que sentía por los talentos ocultos, ordenó a alguien experto en tales menesteres que siguiera al griego la próxima vez que le visitase y observara la casa en que entrara. Su emisario lo hizo así y volvió para transmitirle la información. Había seguido al hombre hasta una de las calles más destartadas de la metrópoli. A Raymond no le extrañaba que, en aquella situación, el artista prefiriera mantenerse en el anonimato, pero el dato no le llevó a cambiar de opinión.

Aquella misma tarde se presentó solo en la dirección indicada. La pobreza, la suciedad y la miseria caracterizaban el lugar. «¡Ah! —pensó—. Me queda tanto por hacer antes de que Inglaterra se convierta en un paraíso...». Llamó a la puerta, que se abrió cuando alguien, desde arriba, tiró de una cuerda. La escalera cochambrosa y decrepita apareció ante él, pero nadie salió a recibirlo. Volvió a llamar, en vano, e

impaciente por el retraso, decidió subir a oscuras el primer tramo de peldaños rotos. Su principal deseo, sobre todo después de haber visto con sus propios ojos el estado de abyección en que se encontraba la morada del artista, era ayudar a alguien que, dotado de talento, carecía de todo lo demás. Se representó en la imaginación a un joven de ojos brillantes, revestido de genio pero menguado por el hambre. Temía que su visita no le agradara, pero confiaba en saber administrar su generosa bondad con delicadeza, para no despertar rechazo en él. ¿Qué corazón humano se cierra del todo a la amabilidad? Y aunque la pobreza, cuando es excesiva, puede volver a quien la padece incapaz de aceptar la supuesta degradación de un beneficio, el celo de su benefactor ha de lograr al fin que muestre agradecimiento. Aquellos pensamientos alentaron a Raymond, que se hallaba ya frente a la puerta del último piso del edificio. Tras intentar sin éxito acceder a las otras habitaciones de la planta, percibió, justo en el rellano de esta, unas babuchas turcas. La puerta estaba entreabierta, pero tras ella reinaba el silencio. Era probable que el inquilino se hubiera ausentado, pero seguro de haber dado con la dirección correcta, nuestro intrépido Protector sintió la tentación de entrar para dejar una bolsa de monedas sobre la mesa antes de abandonar discretamente la estancia. Resuelto a hacerlo así, empujó despacio la puerta y al momento descubrió que el cuarto estaba habitado.

Raymond no había visitado nunca las viviendas de los más necesitados, y la visión que se presentó ante él le causó un fuerte impacto: el suelo estaba hundido en varios lugares, las paredes desconchadas y desnudas, el techo manchado de humedad. En un rincón vio una cama destartada. Solo había dos sillas en el cuarto, además de una mesa vieja y rota, sobre la que reposaba una palmatoria de hojalata con una vela encendida. Y sin embargo, en medio de toda aquella siniestra y abrumadora miseria asomaba un aire de orden y limpieza que le sorprendió. Aquel fue un pensamiento fugaz, pues su atención se desvió al momento hacia la habitante de aquella triste morada. Se trataba de una mujer que, sentada a la mesa, se protegía con una mano los ojos de la luz de la vela. Con la otra sostenía un lápiz. Observaba fijamente el boceto que tenía delante, y que Raymond reconoció al momento como el mismo que le habían presentado el día anterior. El aspecto de aquella joven despertaba su más vivo interés. Llevaba los cabellos morenos peinados en gruesas trenzas, como en un tocado de estatua griega. Vestía con modestia, pero su actitud la convertía en modelo de gracia. Raymond recordaba vagamente haber visto a alguien parecido. Se acercó a ella, que no alzó la vista del papel y se limitó a preguntarle, en romaico, quién era.

—Un amigo —respondió Raymond en el mismo dialecto. Ella alzó la cabeza entonces, sorprendida, y él descubrió que se trataba de Evadne Zaimi. Evadne, en otro tiempo ídolo de los afectos de Adrian y que, por causa del visitante que ahora llegaba, había desdeñado al noble joven y luego, rechazada por el objeto de su amor, con las esperanzas rotas y atenazada por el dolor punzante de la desgracia, había regresado a su Grecia natal. ¿Qué revolución de la fortuna la había llevado de vuelta a Inglaterra y la había instalado en semejante cuartucho?

Cuando Raymond la reconoció, sus maneras pasaron de la amable benevolencia a las más cálidas manifestaciones de amabilidad y comprensión. Viéndola en aquella situación sentía su alma atravesada por una flecha. Se sentó junto a ella, le tomó la mano y le dijo mil cosas, movido por la compasión y el afecto. Evadne no respondía. Sin alzar los ojos oscuros en ningún momento, finalmente una lágrima asomó a sus pestañas.

—La amabilidad logra así —exclamó— lo que la necesidad y la miseria jamás han conseguido: que me deshaga en llanto.

Vertió entonces muchas lágrimas, y sin saber qué hacía apoyó la cabeza en el hombro de Raymond. Él le tomó la mano y le besó la mejilla hundida y húmeda. Le aseguró que sus sufrimientos habían terminado. Nadie era mejor que él en las artes del consuelo, pues no razonaba ni peroraba, sino que se limitaba a mirar con ojos comprensivos. Recreaba imágenes agradables que plantaba en la mente de quien sufría. Sus caricias no despertaban desconfianza, pues nacían del mismo sentimiento que lleva a la madre a besar a su hijo herido: un deseo de demostrar de todos los modos posibles la verdad de sus emociones, una necesidad de verter bálsamo en la mente lacerada del infortunado.

Cuando Evadne recobró la compostura, Raymond empezó a mostrarse casi alegre. Algo le decía que no eran los males de la pobreza los que oprimían su corazón, sino más bien la bajeza y la desgracia consecuencia de aquella. Mientras conversaban, él fue despojándola de ambas. A veces le hablaba de su fortaleza con grandes elogios. En otras ocasiones, aludiendo a su estado anterior, la llamaba «princesa camuflada». Le ofreció su ayuda sincera. Ella estaba demasiado ocupada con otros pensamientos como para aceptarla o rechazarla. Al cabo Raymond se fue, no sin prometerle que volvería a visitarla al día siguiente. Y regresó a casa lleno de sentimientos contradictorios, del dolor que la desgracia de Evadne le despertaba y del placer ante la idea de poder aliviarla. Alguna razón que ni siquiera él lograba explicarse le llevó a ocultarle lo sucedido a Perdita.

Al día siguiente se cubrió con una capa para pasar desapercibido y volvió a visitar a Evadne. De camino compró una cesta de frutas caras, como las que se cultivaban en su país y, decorándola con flores, la llevó personalmente hasta el miserable desván de su amiga.

—Mire —le dijo al entrar— qué alimento de pájaros he traído para la golondrina del tejado.

Ese día Evadne le relató la historia de sus infortunios. Su padre, a pesar de su origen aristocrático, había dilapidado su fortuna e incluso acabado con su reputación e influencia a causa de su vida disoluta. Su salud se resintió sin remedio, y antes de morir expresó su más ferviente deseo de mantener a su hija alejada de la pobreza que la acecharía cuando quedara huérfana. De modo que aceptó la propuesta de matrimonio de un rico mercader griego instalado en Constantinopla y la conminó a

ella a aceptarla a su vez. Abandonó entonces su Grecia natal. Su padre falleció. Ella gradualmente fue perdiendo el contacto y los lazos con sus compañías de juventud.

La guerra, que hacía un año había estallado entre Grecia y Turquía, supuso grandes reveses de fortuna. Su esposo se arruinó y posteriormente, durante un tumulto y entre amenazas de masacre proferidas por los turcos, se vieron obligados a huir a medianoche, y montados en un bote alcanzaron un buque inglés que los condujo a la isla. Las pocas joyas que habían logrado conservar les sirvieron para sobrevivir un tiempo. Evadne dedicaba toda su fortaleza de espíritu a animar a su esposo, cada vez más abatido por el desánimo. La pérdida de sus propiedades, la desesperanza sobre su futuro, la ociosidad a que la pobreza lo condenaba, se aliaron para reducirlo a un estado rayano en la locura. Cinco meses después de su llegada a Inglaterra, el hombre se quitó la vida.

—Me preguntará en qué me he ocupado desde entonces —prosiguió Evadne—. Por qué no he pedido auxilio a los griegos acaudalados que viven aquí. Por qué no he regresado a mi Grecia natal. Mi respuesta a estas preguntas ha de parecerle sin duda insatisfactoria, pero a mí me ha bastado para soportar día a día todos los reveses que he sufrido, en lugar de obtener ayuda por tales medios. ¿Acaso la hija del noble aunque pródigo Zaimi, ha de aparecer como una mendiga ante sus iguales o inferiores, pues superiores a ella no tenía? ¿Debo inclinar la cabeza en su presencia y, con gesto servil, vender mi nobleza para siempre? Si tuviera un hijo, o algún vínculo que me atara a la existencia, tal vez me rebajara a ello pero en mi caso el mundo ha sido para mí como una madrastra avara. Gustosa abandonaría yo la morada que ella parece reclamarme, y en la tumba olvidaría mi orgullo, mis luchas, mi desesperación. El momento no tardará. El pesar y el hambre ya han minado los cimientos de mi ser. En breve habré fallecido. Limpio de la mancha de la autodestrucción, libre del recuerdo de la degradación, mi espíritu se librará del su mísero envoltorio y hallará la recompensa que merecen la fortaleza y la resignación. Tal vez a usted le parezca locura, y sin embargo también usted siente orgullo y resolución. No se asombre, pues si en mí aquel es indomable y esta inalterable.

Tras completar su relato, tras explicar lo que estimó oportuno de su historia, de los motivos que la habían llevado a abstenerse de pedir ayuda a sus paisanos, Evadne hizo una pausa, aunque parecía tener más que decir, algo que no era capaz de expresar con palabras. Entretanto era Raymond el que se mostraba elocuente. Le animaba el deseo de devolver a su amiga al rango social al que pertenecía, así como sus propiedades perdidas, y se sentía lleno de energía, con todos sus deseos e intenciones concentrados en la resolución de ese asunto. Pero se sentía atado: Evadne le había hecho prometer que ocultaría a todos sus amigos su estancia en Inglaterra.

—Los familiares del conde de Windsor —dijo altiva— creen sin duda que le causé una herida. Tal vez el conde mismo sería el primero en perdonarme, pero seguramente no merezco el perdón. Actué entonces, como siempre, movida por el impulso. Quizás al menos esta penosa morada sea la prueba que demuestre el

desinterés que ha impulsado mi conducta. No importa. No deseo defender mi causa ante ninguno de ellos, ni siquiera ante su señoría, si no me hubiera descubierto. El tenor de mis acciones demostrará que prefería morir a convertirme en blanco de burlas: «¡Mirad todos a la orgullosa Evadne vestida con harapos! ¡Mirad a la princesa mendiga!». La mera idea está cargada de veneno de áspid. Prométame que no violará mi secreto.

Raymond así lo hizo. Y acto seguido se enzarzaron de nuevo en la conversación. Evadne requería de él otro compromiso: que no aceptara ningún beneficio para ella sin su consentimiento y que no le ofreciera ningún alivio a su situación.

—No me degrade ante mis propios ojos —dijo—. La miseria ha sido mi nodriza durante largo tiempo. Su rostro es duro, pero es honesta. Si el deshonor, o lo que yo entiendo como deshonor, se acerca a mí, estoy perdida.

Raymond trató de disuadirla recurriendo a su poder de convicción y a mil argumentos, sin éxito. Y acalorada por el rumbo del debate, en el que participaba con pasión y vehemencia, Evadne prometió solemnemente que huiría y se ocultaría donde él no pudiera encontrarla, donde el hambre no tardara en acabar con su vida y sus pesares, si él insistía en sus pretensiones. Según dijo, podía mantenerse por sí misma. Y mostrándole varios dibujos y pinturas, le contó que así era como se ganaba el pan. Raymond cedió de momento. Estaba seguro de que cuando llevara un tiempo animándola y alentándola, la amistad y la razón acabarían ganando la partida.

Pero los sentimientos que movían a Evadne estaban anclados en lo más profundo de su ser y eran de tal naturaleza que él no podía entenderlos. Evadne amaba a Raymond. Él era el héroe de su imaginación, la imagen que el amor había grabado en la fibra inalterada de su corazón. Hacía siete años, en la cima de su juventud, se había sentido unida a él, que había servido a su país contra los turcos. En tierra griega había adquirido aquella gloria militar que tan querida resultaba a los helenos, pues todavía se veían obligados a luchar palmo a palmo por su seguridad. Y sin embargo, cuando regresó a su país y se dio a conocer públicamente en Inglaterra, el amor que sentía por él no le fue correspondido, pues Raymond vacilaba entre Perdita y la corona. Mientras se hallaba en aquella indecisión ella abandonó Inglaterra. En Atenas recibió la noticia de su boda, y sus esperanzas, capullos de flor mal regados, se marchitaron y cayeron. La gloria de la vida se esfumó para ella. El halo rosado del amor, que había teñido con sus tonos todos los objetos, desapareció. Se conformaba con tomarse la vida tal como se le presentaba, con sacar el mejor partido de una realidad pintada de gris. Se casó y, trasladando a otros escenarios la infatigable energía de su carácter, concentró sus pensamientos en la ambición de lograr el título de princesa de Valaquia, así como la autoridad que de él emanaba. Satisfacía sus sentimientos patrióticos pensando en el bien que podría hacer a su país cuando su esposo gobernara el principado. Pero la experiencia le demostró que sus ambiciones eran una ilusión tan vana como el amor. Sus intrigas con Rusia para la consecución de su meta excitaban los celos del gobierno otomano, así como la animosidad del griego. Ambos

la consideraron culpable de traición, a lo que siguió la ruina de su esposo. Evitaron la muerte solo porque huyeron a tiempo, y ella cayó de las alturas de sus deseos a la penuria en Inglaterra. Gran parte de ese relato se lo ocultó a Raymond. Tampoco le confesó que la repulsa y la negación, como las que se arrojan sobre un criminal acusado del peor de los delitos, el de traer la hoz del despotismo extranjero para erradicar las nuevas libertades que afloraban por todo el país, habrían seguido a todo intento suyo de ponerse en contacto con sus compatriotas.

Sabía que ella era la causante de la ruina absoluta de su esposo y se esforzaba por asumir las consecuencias: los reproches que en su agonía le hacía o, peor aún, la depresión incurable y no combatida que sumía su mente en el sopor y que no resultaba menos dolorosa por presentarse callada e inmóvil. Ella se reprochaba a sí misma el crimen de su muerte. La culpa y sus castigos parecían acecharla; en vano trataba de aplacar los remordimientos con el recuerdo de su integridad; el resto del mundo, incluida ella misma, juzgaba sus acciones por las consecuencias de estas. Rezaba por el alma de su esposo, rogaba al Altísimo que la culpara a ella del crimen de su suicidio, y prometía vivir para expiar su pecado.

En medio de toda aquella zozobra, que no habría tardado en consumirla por completo, solo en una idea hallaba consuelo. Vivía en el mismo país, respiraba el mismo aire que Raymond. Su nombre, una vez proclamado Protector, estaba en boca de todos. Sus logros, sus proyectos y su magnificencia eran el tema de todas las conversaciones. Nada es tan precioso al corazón de una mujer como la gloria y la excelencia del hombre al que ama. Así, ante todos sus horrores, Evadne se regocijaba en la fama y la prosperidad de Raymond. Mientras su esposo vivía, ella se avergonzaba de aquellos sentimientos, los reprimía, se arrepentía de ellos. Cuando murió, la marea de su amor recobró su antiguo vaivén, le inundó el alma con sus olas tumultuosas y la convirtió en presa de su incontrolable fuerza.

Pero nunca, nunca consentiría que la viera en aquel estado de degradación en que se encontraba. Él no había de presenciar jamás la caída desde el orgullo de su belleza hasta aquel desván miserable que ocupaba, con un nombre que, en su propia alma, se había convertido en reproche y en sinónimo de pesada culpa. Pero, aunque invisible a ojos del Protector, el cargo público de este le permitía a ella estar al corriente de sus actividades, de su vida cotidiana, incluso de sus conversaciones. Evadne se permitía un solo lujo: leía los periódicos todos los días y celebraba enormemente las alabanzas que recibía Raymond, así como sus actos, aunque su alegría no estuviera exenta del correspondiente pesar. El nombre de Perdita iba siempre unido al suyo. Su felicidad conyugal la celebraba incluso el testimonio auténtico de los hechos. Estaban siempre juntos, y la desdichada Evadne no podía leer el nombre de Raymond sin que simultáneamente se le presentara la imagen de ella, compañera fiel de todos sus esfuerzos y placeres. Ellos, «Sus Excelencias», aparecían en todas las líneas que leían, conformando una pócima maligna que envenenaba su sangre.

Fue precisamente en el periódico donde halló la convocatoria del concurso para la Galería Nacional. Combinando su gusto personal con el recuerdo de los edificios que había admirado en Levante, y gracias a su esfuerzo creador, que los dotó de unidad de diseño, ejecutó los planos que había hecho llegar al Protector. Se regocijaba en la idea de proporcionar, desconocida y olvidada, un beneficio al hombre a quien amaba. Y con entusiasmo y orgullo aguardaba impaciente la construcción de una obra suya que, inmortalizada en piedra, pasaría a la posteridad unida al nombre de Raymond. Aguardó inquieta a que regresara el mensajero que había enviado a palacio. Escuchó con avidez el relato que este le refirió de todas y cada una de las palabras del Protector, de cada uno de sus gestos. Se sentía dichosa comunicándose así con su amado, aunque él no supiera a quién enviaba sus instrucciones. El propio boceto se convirtió para ella en un objeto estimadísimo. Él lo había visto y lo había ensalzado. Y luego ella lo retocó, y cada trazo de su lápiz era como el acorde de una música encantada, que le hablaba de la idea de erigir un templo para celebrar la emoción más profunda y más impronunciable de su alma. En aquellas meditaciones se hallaba cuando la voz de Raymond llegó por sorpresa hasta sus oídos, aquella voz que, una vez percibida, no podía olvidarse. Dominando el torrente de sentimientos que la atenazaban, le dio la bienvenida con sosegada amabilidad.

Su orgullo y su ternura libraban una batalla que acabó en tablas. Aceptaría ver a Raymond porque el destino lo había guiado hasta ella y porque su propia constancia y devoción merecían su amistad. Pero sus derechos respecto a él y el mantenimiento de su independencia, no debían mancharse con la idea del interés ni con la intervención de unos sentimientos complejos basados en las obligaciones pecuniarias, ni con la posición dispar que ocupaban benefactor y beneficiaria. La mente de Evadne mostraba una fortaleza poco común. Era capaz de someter sus necesidades emocionales y sus deseos mentales, y de sufrir frío, hambre y miseria, por no dar la razón a la fortuna en su reñido combate. ¡Ah! ¡Qué lástima que, en la naturaleza humana, semejante muestra de disciplina mental, de desprecio altivo a la naturaleza misma, no se acompañara de excelencia moral! Pero la resolución que le permitía soportar el dolor de las privaciones nacía de la desbordante energía de sus pasiones: y la fortaleza de espíritu de que hacía gala, y que era una de las manifestaciones de aquella, estaba destinada a destruir incluso a su ídolo, para la preservación de cuyo respeto se entregaría a tal nivel de miseria.

Su relación continuó. Evadne fue relatando a su amigo los pormenores de su historia, la mancha que su nombre había recibido en Grecia, el peso del pecado a que se había hecho acreedora con la muerte de su esposo. Cuando Raymond se ofreció a limpiar su reputación y a demostrar al mundo entero su sincero patriotismo, ella declaró que era solo a través de su sufrimiento como esperaba aliviar en algo los embates de su conciencia; que, en su estado mental, por más perturbada que a él le pareciera, la necesidad de entregarse a una ocupación era una medicina saludable. Acabó arrancándole la promesa de que, por espacio de un mes, él se abstendría de

hablar a nadie de sus intereses, y ella, por su parte, se comprometió, transcurrido ese tiempo, a plegarse parcialmente a sus deseos. No podía ocultarse a sí misma que cualquier cambio que se produjera la separaría de él. De momento lo veía todos los días. Él nunca le hablaba de su relación con Adrian y Perdita. Para ella él era un meteoro, una estrella solitaria, que a la hora convenida se alzaba en su hemisferio y cuya presencia le aportaba felicidad, y que, aunque se ocultara, no se eclipsaba jamás. Acudía todos los días a su morada de penurias y su presencia la transformaba en un templo impregnado de dulzura, iluminado por la luz del propio cielo. Él participaba de su delirio: «Construyeron un muro entre ellos y el mundo». Fuera revoloteaban mil arpías, el remordimiento y la miseria, aguardando el momento propicio para abalanzarse sobre ella; dentro reinaba una paz como de inocencia, una ceguera despreocupada, una dicha engañosa, una esperanza cuya serena ancla reposaba en aguas plácidas pero inconstantes.

Y así, mientras Raymond se hallaba envuelto en visiones de poder y fama, mientras ansiaba dominar por completo los elementos y las mentes de los hombres, el territorio de su propio corazón escapaba a su control. Y de aquella fuente imprevista surgiría el poderoso torrente que dominaría su voluntad y arrastraría hasta el mar inmenso la fama, la esperanza y la felicidad.

Capítulo VIII

¿QUÉ hacía entretanto Perdita?

Durante los primeros meses de Protectorado, Raymond y ella habían sido inseparables. Él le pedía opinión sobre todos los proyectos y todos los planes debían ser aprobados por ella. Jamás vi a nadie más feliz que mi dulce hermana. Sus ojos expresivos eran dos estrellas, y su amor, los destellos que emitían. La esperanza y la despreocupación se dibujaban en su frente despejada. A veces incluso se le saltaban lágrimas de alegría al ensalzar la gloria de su señor. Su existencia toda era un sacrificio en su honor, y si en la humildad de su corazón sentía cierta autocomplacencia, esta nacía de pensar que había hecho suyo al héroe absoluto de su tiempo, y que lo había conservado durante años, incluso después de que el tiempo hubiera apartado del amor su alimento más común. Ella, por su parte, seguía sintiendo exactamente lo mismo que al principio. Cinco años no habían bastado para destruir la deslumbrante irrealidad de su pasión. La mayoría de los hombres rasgaban despiadadamente el velo sagrado de que se reviste el corazón femenino para adornar el ídolo de sus afectos. No así Raymond. Él era un ser encantador, y su reinado jamás menguaba; un rey cuyo poder nunca se suspendía. Aunque se le siguiera por los senderos de la vida cotidiana, el mismo encanto de su gracia y su majestad los adornaba. Tampoco se despojaba jamás de la deificación innata con que la naturaleza lo había investido. Perdita ganaba en belleza y excelencia bajo su mirada. Yo apenas reconocía ya a la hermana abstraída y reservada en la fascinante y abierta esposa de Raymond. Al genio que iluminaba su rostro se sumaba ahora una expresión de benevolencia que confería una perfección divina a su hermosura.

La felicidad es, en su grado máximo, hermana de la bondad. El sufrimiento y la amabilidad pueden ir de la mano, y a los escritores les encanta representar tal conjunción; existe una armonía enternecedora y humana en esa representación. Pero la felicidad perfecta es un atributo de los ángeles. Y quien la posee parece un ser angelical. Se ha dicho que el miedo es pariente de la religión, e incluso que la religión es su generadora, la que conduce a sus fieles a sacrificar víctimas humanas en sus altares. Pero la religión que nace de la felicidad es de una clase mejor: la religión que nos hace exclamar fervorosos agradecimientos y nos hace derramar el excedente del alma ante el creador de nuestro ser; la que es progenitora de la imaginación y alimento de su poesía; la que otorga una inteligencia benévola a los mecanismos

visibles del mundo y convierte la tierra en un templo cuyo pináculo es el cielo; esa felicidad, esa bondad y esa religión habitaban en la mente de Perdita.

Durante los cinco años que habíamos pasado juntos, en la comunión de nuestra dicha, la suerte que había tenido en la vida era tema recurrente de conversación para mi hermana. La costumbre y el afecto natural la llevaban a preferirme a mí, más que a Adrian o a Idris, como interlocutor en aquellas muestras desbordantes de alegría. Tal vez, aunque en apariencia fuéramos tan distintos, algún punto secreto de similitud, consecuencia de la consanguinidad, inducía su preferencia. Con frecuencia, cuando anochecía, paseaba con ella por los senderos umbríos del bosque, y la escuchaba alegre y comprensivo. La seguridad confería dignidad a sus pasiones, la certeza de una correspondencia plena no dejaba lugar en ella para deseos insatisfechos. El nacimiento de su hija, reproducción exacta de Raymond, supuso el colmo de su dicha y creó un vínculo sagrado e indisoluble entre ellos. A veces se sentía orgullosa de que la hubiera preferido a ella a las esperanzas de una corona. En ocasiones recordaba que había experimentado gran angustia cuando él se mostró vacilante en su elección. Pero el recuerdo de aquella desazón no hacía sino subrayar su alegría presente. Lo que había obtenido con esfuerzo le resultaba, una vez alcanzado, doblemente encomiable. Lo observaba desde lejos con el mismo arrobamiento («Oh, no, con un arrobamiento mucho más intenso») que podría sentir alguien que, vencidos los peligros de una tempestad, se viera frente al puerto deseado. Avanzaba a toda prisa hacia él para sentir con más certidumbre, entre sus brazos, la realidad de su dicha. La calidez del afecto de Raymond, sumada a lo profundo de la comprensión de Perdita y a la brillantez de su imaginación la convertían, más allá de la palabras, en un ser adorado por su esposo.

Si alguna insatisfacción la visitaba alguna vez, esta nacía de la idea de que él pudiera no ser feliz del todo. No en vano la característica de su juventud había sido el deseo de fama y la ambición presuntuosa. Aquella la había adquirido en Grecia, y esta la había sacrificado en aras del amor. Su intelecto hallaba suficiente campo para ejercitarse en su círculo doméstico, cuyos miembros, todos ellos adornados por el refinamiento y la literatura, también se distinguían, o al menos muchos de ellos, por su genio. Con todo, la vida activa era el abono para sus virtudes, y en ocasiones sufría el tedio de la monotonía con que se sucedían los hechos en nuestro retiro. El orgullo le impedía quejarse, y la gratitud y el afecto que sentía por Perdita solían actuar como adormidera contra todos sus deseos salvo el de ser digno de su amor. Todos nos percatábamos de que le asaltaban aquellos sentimientos, y nadie los lamentaba más que Perdita. Su vida, que consagraba a él, era un sacrificio menor comparado con la decisión que él había tomado, pero aquello no era suficiente. ¿Acaso necesitaba él alguna gratificación que ella no podía darle? Esa era la única nube en el cielo azul de su felicidad.

Su acceso al poder estuvo lleno de dolor para ambos, aunque, él, al menos, satisfacía así sus deseos, cumplía con aquello para lo que la naturaleza parecía

haberlo moldeado. Su actividad se veía colmada por completo, sin que se produjeran cansancio ni saciedad. Su gusto y su genio hallaban expresión plena en todos y cada uno de los modos que los seres humanos han inventado para captar y manifestar el espíritu de la belleza. La bondad de su corazón nunca se cansaba de procurar el bienestar de su prójimo. Su alma generosa y sus aspiraciones de conseguir el respeto y el amor de la humanidad daban al fin sus frutos. Ciertamente; su exaltación era temporal. Tal vez fuera mejor así. El hábito no adormecería su disfrute del poder, y las luchas, decepciones y derrotas no le aguardarían al final de todo lo que expirase al alcanzar su madurez. Estaba decidido a extraer y condensar toda la gloria, todo el poder, todos los logros que pudieran conseguirse en un reinado largo, y ejecutarlos en los tres años que durara su Protectorado.

Raymond era un ser eminentemente social. Todo aquello de lo que ahora disfrutaba habría estado exento de placer para él si no hubiera podido compartirlo con otros. Pero en Perdita poseía todo lo que su corazón deseaba. Del amor que ella le profesaba nacía la comprensión; la inteligencia que demostraba la llevaba a entenderlo sin necesidad de que entre ellos mediaran las palabras. Durante los primeros años de su unión, sus cambios de humor, matizados por la contención que aplacaba su carácter, habían supuesto en Raymond cierto freno a la plenitud de sus sentimientos. Pero ahora que su serenidad inalterable y su conformismo tranquilo se sumaban a sus demás cualidades, el respeto que sentía por ella era tanto como su amor. Los años transcurridos favorecían la solidez de su unión. Ya no debían adivinar, avanzar a tientas tratando de intuir el mejor modo de complacer al otro, esperando que su dicha se prolongara, y a la vez temiendo que terminara. Cinco años aportaban sobria certeza a sus emociones sin privarlos por ello de lo etéreo de su emoción. Habían tenido un hijo, lo que no había hecho menguar en absoluto el atractivo personal de mi hermana. Su timidez, que en ella casi había equivalido a incomodidad, se convirtió en aplomo sutil, y la franqueza sustituyó a la reserva como característica destacada de su fisonomía. Su voz iba adquiriendo un tono suave, interesante. Acababa de cumplir los veintitrés, y el orgullo de su feminidad llenaba sus preciosos deberes de esposa y madre y le otorgaba todo lo que su corazón siempre había deseado. Raymond era diez años mayor. A su belleza, dignidad y aspecto noble, añadía ahora gentil benevolencia, irresistible ternura y una atención delicada y franca a los deseos de los demás.

El primer secreto que existió entre ellos fueron las visitas de Raymond a Evadne. La fortaleza y la hermosura de la infortunada griega le habían causado asombro. Al descubrir que ella demostraba por él un aprecio inquebrantable, él le preguntó, sorprendido, por cuál de sus actos merecía ser objeto de su amor apasionado y no correspondido. Así, Evadne se convirtió, durante un tiempo, en el objeto único de sus ensoñaciones. Y Perdita se dio cuenta de que los pensamientos y el tiempo de su amado se ocupaban en asuntos de los que ella no participaba. Mi hermana era por naturaleza ajena a los celos angustiados e infundados. El tesoro que poseía en el

afecto de Raymond le era más necesario que la sangre que corría por sus venas, y con más motivo que Otelo podría haber afirmado:

Estar dudoso una vez
es decidirse una vez^[20].

En aquella ocasión no sospechó ninguna alienación de sus afectos, y más bien creía que el misterio se debía a alguna circunstancia relacionada con el alto cargo que ocupaba. Se sentía desconcertada y dolida. Empezó a contar los largos días, y los meses, y los años que habrían de transcurrir hasta que él regresara a la esfera de lo privado y se entregara de nuevo a ella sin reservas. Pero no se acostumbraba a que él le ocultara nada, y con frecuencia se lamentaba. Con todo, mantenía inalterada la convicción de que era la única que ocupaba un lugar en sus afectos. Y cuando estaban juntos, libre de temores, abría su corazón a la más completa dicha.

El tiempo pasaba. Raymond, en plena carrera, se detuvo a reflexionar sobre las consecuencias de sus actos. Y, contemplando así el futuro, ante él aparecieron dos conclusiones: que debía mantener en secreto su relación con Evadne, y que si no lo hacía así Perdita acabaría por enterarse. La precaria situación de su amiga le impedía plantearse la posibilidad de alejarse de ella. Desde el primer momento había renunciado a mantener una conversación franca con la compañera de su vida, franqueza con que habría podido ganarse su complicidad. Ahora, el velo debía ser más grueso que el inventado por los celos turcos, y el muro más alto que el del torreón inexpugnable de Vathek^[21], para ocultarle las cuitas de su corazón y los secretos de sus acciones. Pero la idea le resultaba dolorosa hasta lo intolerable. La franqueza y la participación de lo social constituían la esencia de la naturaleza de Raymond. Sin ellas, sus cualidades desaparecían y, sin sus cualidades, la gloria que prodigaba en su relación con Perdita se esfumaría, y su decisión de renunciar a un trono por su amor se convertiría en algo tan débil y vacío como los colores del arco iris, que desaparecen cuando se oculta el sol. Sin embargo, no había remedio. Ni el genio, ni la devoción ni el coraje, que eran los adornos de su mente, ejercidos al unísono y con el mayor de sus esfuerzos, bastarían para hacer retroceder un ápice las ruedas del carro del tiempo. Lo que había sido estaba escrito con la pluma diamantina de la realidad en el volumen eterno del pasado. Y no había agonía ni lágrimas suficientes para borrar una sola coma del acto consumado.

Pero ese era el mejor aspecto de la cuestión. ¿Qué sucedería si las circunstancias llevaran a Perdita a sospechar, y a zanjar la sospecha? Todas las fibras de su cuerpo cedieron y un sudor frío le cubrió la frente al pensarlo. Muchos hombres se burlarían de ese temor. Pero él leía el futuro, y la paz de Perdita le importaba demasiado, aunque la agonía muda resultara demasiado cierta, demasiado temible como para no alterarlo. No tardó en decidirse: si sucedía lo peor, si ella descubría la verdad, no soportaría sus reproches ni sería testigo de su expresión de dolor. La abandonaría,

dejaría atrás Inglaterra, a sus amigos, los escenarios de su juventud, las esperanzas del porvenir, e iría en busca de otro país, y en otros escenarios empezaría a vivir de nuevo. Cuando lo hubo decidido, se sintió más sosegado. Pensaba conducir con prudencia los corceles del destino por la senda tortuosa que había escogido, y pondría todo su empeño en ocultar lo que no era capaz de alterar.

La confianza absoluta que seguía existiendo entre Perdita y él hacía que lo compartieran todo. Uno abría las cartas de la otra pues, incluso entonces, sus corazones no se ocultaban mutuamente ni sus pliegues más recónditos. Así, un día llegó una carta inesperada y Perdita la abrió. De haber contenido la confirmación, ella habría quedado aniquilada. Pero la misiva no era tan explícita y ella, temblorosa, fría y pálida, fue en busca de Raymond, que se encontraba solo, estudiando unas peticiones presentadas últimamente al gobierno. Entró sin hacer ruido, se sentó en un sofá, frente a él, y lo observó con tal expresión de desesperación que los gritos más estridentes y los lamentos más descarnados habrían sido desvaídas demostraciones de dolor comparadas con la encarnación viva de este que mostraba ella.

En un primer momento, él no levantó la vista de los documentos. Pero cuando lo hizo, le asustó la zozobra dibujada en sus mejillas y, olvidando por un instante sus propios actos y temores, le preguntó, consternado:

—¿Qué ocurre, querida? ¿Qué te sucede?

—Nada —respondió ella al momento—. Aunque en realidad sí... —Pronunciaba sus palabras cada vez más atropelladamente—. Tienes secretos, Raymond. ¿Dónde has estado últimamente? ¿A quién has visto, qué me ocultas? ¿Por qué ya no gozo de tu confianza? Pero no es esto lo que... No pretendo acorralarte con preguntas. Una me basta... ¿Tan mala soy?

Con mano temblorosa le alargó la carta y volvió a sentarse, pálida e inmóvil, observándolo mientras él la leía. Raymond reconoció al instante la letra de Evadne y se ruborizó. A gran velocidad imaginó el contenido de la carta. Ahora todo pendía de un hilo. La falsedad y el artificio eran minucias comparadas con su inminente ruina. Debía disipar de un plumazo las sospechas de Perdita o abandonarla para siempre.

—Querida niña —dijo—, soy culpable, pero debes perdonarme. No debí iniciar este engaño, pero lo hice para ahorrarte sufrimientos, y cada día se me hacía más difícil alterar mi plan. Además, la infortunada autora de estas pocas líneas me inspiraba discreción.

Perdita ahogó un grito.

—¡Continúa! —exclamó—. ¡Continúa!

—Eso es todo... esta carta lo dice todo. Me encuentro en la más difícil de las circunstancias. He obrado lo mejor que he sabido, y aun así tal vez he obrado mal. Mi amor por ti se mantiene inviolado.

Perdita negó con la cabeza, vacilante.

—No puede ser —dijo—. Sé que no es así. Tú quieres engañarme, pero yo no me dejaré engañar. Te he perdido, me he perdido, he perdido mi vida.

—¿No me crees? —le preguntó Raymond, altivo.

—Para creerte —exclamó ella—, renunciaría a todo y moriría feliz, para sentir, después de muerta, que lo que dices es cierto. Pero no puede ser.

—Perdita —prosiguió Raymond—. No ves el precipicio frente al que te hallas. Tal vez creas que no accedí a la línea de conducta que he seguido recientemente sin vacilaciones ni dolor. Sabía que era posible que despertara tus sospechas. Pero confiaba en que mi sola palabra bastara para disiparlas. Construí mi esperanza sobre tu confianza. ¿Crees que aceptaré ser interrogado y que mis respuestas se rechacen sin más? ¿Crees que aceptaré que se sospeche de mí, que tal vez se me vigile, que se me someta a escrutinio y que se desconfíe de mi testimonio? Todavía no he caído tan bajo. Mi honor no está aún tan manchado. Tú me has amado. Yo te he adorado. Pero todos los sentimientos humanos llegan a su fin. Dejemos que expire nuestro afecto, pero no consintamos en convertirlo en desconfianza y recriminación. Hasta ahora hemos sido amigos, amantes; no nos convirtamos en enemigos, en espías mutuos. No puedo vivir siendo objeto de sospecha, y tú no puedes creerme. ¡Separémonos entonces!

—¡Exacto! —exclamó Perdita—. ¡Sabía que acabaría así! ¿Acaso ya no estamos separados? ¿Acaso entre nosotros no se abre un río tan ancho como el mar, tan hondo como una sima?

Raymond se puso en pie y, con voz entrecortada, los rasgos tensos, el gesto sereno, como el del aire antes de un temblor de tierra, respondió:

—Me alegro de que te tomes mi decisión tan filosóficamente. Sin duda representarás admirablemente el papel de esposa ultrajada. A veces te asaltará la sensación de que te has equivocado conmigo, pero la condolencia de tus familiares, la lástima del mundo, el bienestar que la conciencia de tu propia inocencia inmaculada te concederá, será un bálsamo excelente... ¡A mí no volverás a verme!

Raymond se acercó a la puerta. Olvidó que todas y cada una de las palabras que había pronunciado eran falsas. Representaba su inocencia con tal convicción que a sí mismo se engañaba. ¿No lloran los actores cuando actúan sus pasiones imaginarias? Un sentimiento más intenso que la realidad de la ficción se apoderaba de él. Hablaba con orgullo. Se sentía herido. Perdita alzó la vista y vio la ira en su mirada. Raymond apoyaba la mano en el tirador de la puerta. Se puso en pie y se arrojó a su cuello sollozando, gimoteando. Él le tomó la mano, la condujo hasta el sofá y se sentó a su lado. Ella le apoyó la cabeza en el hombro, temblorosa, mientras ráfagas abrasadoras y heladas recorrían alternativamente su ser. Observando su emoción, Raymond le habló con tono pausado.

—El golpe se ha asestado. No me alejaré de ti sintiendo este disgusto. Te debo demasiado. Te debo seis años de felicidad sin fisuras. Pero esos años ya han terminado. No viviré bajo sospecha, siendo objeto de los celos. Te amo demasiado. En nuestra separación eterna solo podemos esperar dignidad y rectitud de acción. Por tanto, no nos degradarán nuestros verdaderos personajes. La fe y la devoción han sido

hasta hoy la esencia de nuestra relación. Perdidas ambas, no nos aferremos al caparazón estéril de la vida, al grano sin semilla. Tú tienes a la niña, a tu hermano, a Idris, a Adrian...

—¡Y tú —exclamó Perdita— a la autora de esta carta!

Un rayo de indignación incontrolable recorrió la mirada de Raymond. Sabía que, al menos esa acusación, era falsa.

—Alimenta esa creencia —dijo—, mécela en tu corazón, conviértela en almohada donde repose tu cabeza, en opio para tus ojos. Yo me conformo. Pero, por el Dios que me creó, el infierno no es más falso que las palabras que acabas de pronunciar.

A Perdita le impresionó la seriedad impávida de sus afirmaciones.

—No me niego a creerte, Raymond —respondió, sincera—; al contrario. Prometo demostrar una fe implícita en tu mera palabra. Asegúrame solo que no has violado nunca tu amor y tu fe por mí. Y la sospecha, la duda y los celos se disiparán al momento. Seguiremos como siempre, un solo corazón, una sola esperanza, una sola vida.

—Ya te he asegurado mi fidelidad —dijo Raymond con frialdad desdeñosa—. Una triple afirmación no vale de nada cuando se desprecia a alguien. No diré más, pues nada puedo añadir a lo que ya he dicho, y que tú despectivamente has puesto en duda. Esta disputa es indigna de los dos, y confieso estar cansado de tener que responder a unos cargos que son a la vez infundados y crueles.

Perdita trató de leer en su rostro, que él apartó, airado. Había tanta verdad y naturalidad en su resentimiento que sus dudas se disiparon. El gesto de ella, que durante años no había expresado más que emociones ligadas al afecto, volvió a mostrarse radiante y satisfecho. Con todo, no le resultó nada fácil ablandar y apaciguar a Raymond. En un primer momento él se negó a quedarse para escucharla. Pero no hubo modo de disuadirla. Segura de su amor inalterado, estaba dispuesta a entregarse a cualquier esfuerzo, a usar cualquier artimaña, para apartarlo de su enfado. Finalmente él accedió a escucharla y se sentó en silencio, altivo. Primero ella le aseguró que sentía una confianza ilimitada en él. Eso debía saberlo bien, pues de no ser así no pretendería retenerlo. Enumeró entonces sus años de felicidad. Recreó para él escenas pasadas de intimidad y dicha. Imaginó en voz alta su vida futura, mencionó a su hijita y las lágrimas, inoportunas, inundaron sus ojos. Trató de contenerlas sin éxito y un sollozo quebró su voz. Hasta ese momento no había llorado. Raymond no pudo soportar aquellas muestras de dolor. Se sentía tal vez algo avergonzado del papel de hombre ultrajado que representaba, cuando en realidad era él el causante del ultraje. Y en ese instante sintió un amor absoluto por Perdita. La curva de su nuca, los rizos resplandecientes, el ángulo de su cuerpo eran para él motivo de profunda ternura y admiración. Mientras hablaba, su voz melodiosa se apoderaba de su alma, y no tardó en compadecerse de ella, en consolarla y acariciarla, tratando de convencerse a sí mismo de que jamás la había engañado.

Raymond abandonó el despacho tambaleante, como quien acaba de ser sometido a tortura y aguarda impaciente que vuelvan a infligírsela. Había pecado contra su propio honor afirmando, jurando algo que era, sencillamente, falso. Ciertamente que había engañado a una mujer, lo que tal vez pudiera considerarse menos vil... para otros, no para él. Pues, ¿a quién había engañado? A Perdita, la mujer que confiaba en él, que lo adoraba, que con su fe generosa lo hería doblemente cada vez que recordaba la exhibición de inocencia que había desplegado ante él. La mente de Raymond no era tan dura, ni las circunstancias de la vida lo habían tratado con tanta crudeza como para volverlo inmune a tales consideraciones. Al contrario, sentía los nervios destrozados, y el espíritu en llamas que menguaban y se disipaban al contagiarse de los vaivenes de un ambiente viciado. Pero ahora ese contagio se había incorporado a su esencia y el cambio resultaba más doloroso. La verdad y la falsedad, el amor y el odio, habían perdido sus fronteras eternas, el cielo se aprestaba a mezclarse con el infierno. Y mientras, su mente sensible, en medio del campo de batalla, sintió el aguijonazo de la locura. Se despreciaba profundamente a sí mismo, estaba enfadado con Perdita, y la idea de Evadne se acompañaba de todo lo que resultaba odioso y cruel. Sus pasiones, que siempre lo habían dominado, hacían acopio de nuevas fuerzas desde el largo sueño en que el amor las había acunado, y el peso inminente del destino lo abatía; se sentía lanceado, torturado, en extremo impaciente por la irrupción de la peor de las desgracias: el remordimiento. Ese estado de congoja le llevó, gradualmente, a una animosidad taciturna primero, y luego al desánimo. Sus inferiores, e incluso sus iguales, si es que en el cargo que ocupaba tenía alguno, se sorprendieron al hallar ira, amargura y sarcasmo en quien antes destacaba por su dulzura y benevolencia. Se ocupaba de los asuntos públicos con desagrado y se refugiaba en cuanto podía en una soledad que era a la vez su desgracia y su alivio. Montaba un caballo brioso, el mismo que le había llevado a la victoria en Grecia. Se fatigaba practicando ejercicios extenuantes, procurando olvidar los zarpazos de una mente angustiada mediante la entrega a sensaciones animales.

Fue recuperándose lentamente y, al fin, como si de vencer los efectos de un veneno se tratara, alzó la cabeza por sobre los vapores de la fiebre y la pasión y alcanzó la atmósfera serena de la reflexión sosegada. Meditó sobre qué era lo mejor que podía hacer. En primer lugar le sorprendió constatar el tiempo que había transcurrido desde que la locura, más que cualquier impulso razonable, se había erigido en árbitro de sus acciones. Había pasado un mes, y durante todo ese tiempo no había visto a Evadne. La fortaleza de la joven griega, vinculada a algunas de las emociones duraderas del corazón de Raymond, había decaído en gran medida. Él ya no era su esclavo, ya no era su amante. Ya no volvería a verla más y, por lo absoluto de su enmienda, merecía recuperar la confianza de Perdita.

Y sin embargo, a pesar de su determinación, en su fantasía imaginaba la miserable morada de la griega. Una morada que, movida por sus nobles y elevados principios, se negaba a cambiar por otra más lujosa. Pensaba en la gracia que irradiaba su

aspecto la primera vez que la vio; fantaseaba con su vida en Constantinopla, rodeada de magnificencia oriental en toda circunstancia, pensaba en su penuria presente, en sus trabajos cotidianos, en su penoso estado, en sus mejillas pálidas y hundidas por el hambre. La compasión le henchía el pecho. Volvería a verla una vez más, una sola. Idearía un plan para restituirla a la sociedad y lograr que volviera a disfrutar de todo lo que era propio de su rango. Y una vez lo hubiera hecho, de manera inevitable, se produciría la separación.

También pensó en que, durante ese mes, había evitado a Perdita, apartándose de ella como de los aguijones de su propia conciencia. Pero ahora había despertado y debía poner remedio a aquella situación. Con su devoción futura borraría aquella mancha única en la serenidad de su vida. Al pensar en ello se sintió más animado, y con seriedad y resolución fue trazando la línea de conducta que habría de adoptar. Recordó que había prometido a Perdita asistir esa misma noche (diecinueve de octubre, aniversario de su elección como Protector) a la fiesta que se organizaba en su honor, una fiesta que había de ser un buen augurio de los años de felicidad futura. Pero antes se ocuparía de Evadne. No se quedaría con ella, pero le debía una explicación, una compensación por su larga e inesperada ausencia. Y después regresaría a Perdita, al mundo olvidado, a los deberes de la sociedad, al esplendor del rango, al disfrute del poder.

Tras la escena descrita en las páginas precedentes, Perdita había asistido a un cambio radical en las maneras y la conducta de su esposo. Ella esperaba volver a la libertad de comunicación y al afecto en su relación, un afecto que había constituido la delicia de su vida. Pero Raymond no se había unido a ella en sus advocaciones. Se ocupaba de sus asuntos cotidianos lejos de ella, se ausentaba de casa y ella no sabía adónde iba. El dolor infligido por aquella decepción era intenso y le daba tormento. Ella lo veía como un sueño engañoso y trataba de apartarlo de su conciencia. Pero como la camisa de Neso^[22], se aferraba a su carne y ávidamente consumía su principio vital. Poseía aquello (aunque tal afirmación pueda parecer una paradoja) que pertenece solo a unos pocos, la capacidad de ser feliz. Su delicada estructura y su imaginación creativa la hacían especialmente susceptible de sentir emociones placenteras. La calidez desbordante de su corazón, que convertía el amor en una planta de raíces profundas y majestuoso crecimiento, había dispuesto su alma toda para la recepción de la felicidad, y entonces había encontrado en Raymond todo lo que podía adornar el amor y satisfacer su imaginación. Pero si el sentimiento sobre el que se apoyaba el tejido de su existencia se volvía algo manido por culpa de la participación, de la interminable sucesión de atenciones y acciones benéficas depositadas en otros —el universo de amor de Raymond arrancado de ella—, entonces la felicidad se ausentaba de ella y se convertía en su contrario. Las mismas peculiaridades de su carácter convertían sus penas en agonías; su imaginación las magnificaba, su sensibilidad la dejaba siempre expuesta a la misma impresión renovada; el amor envenenaba el aguijón que se clavaba en el corazón. No había

sumisión, paciencia ni entrega en su dolor. Ella lo combatía, luchaba contra él, y con su resistencia volvía más duros los zarpazos. La idea de que él amaba a otra regresaba a ella una y otra vez. Para hacerle justicia, admitía que Raymond sentía por ella un tierno afecto, pero conceder un premio menor a alguien que, en la lotería de la vida futura, ha soñado con poseer decenas de miles, es causarle una decepción mayor que si no ganara nada. El afecto y la amistad de él podía resultar inestimable, pero, más allá de ese afecto, más profundo que la amistad, se ocultaba el tesoro indivisible del amor. La suma completa era de tal magnitud que ningún aritmético sería capaz de calcular su valor. Y si se sustraía de ella la porción más pequeña, si se daba nombre a sus partes, si se separaba por grados y secciones, como la moneda del mago, como el oro falso de la mina, se convertía en la sustancia más vil. El ojo del amor encierra un significado; existe una cadencia en su voz, una irradiación en su sonrisa, el talismán cuyo encantamiento solo uno puede poseer. Su espíritu es elemental, su esencia, simple, su divinidad, unitaria. El corazón y el alma misma de Raymond y Perdita se habían fundido, como dos arroyos de montaña que se unen en su descenso y murmuran y discurren sobre los guijarros resplandecientes, junto a flores que son como estrellas. Pero si uno de los dos abandona su carrera esencial, o queda retenido por algún obstáculo, el otro ve menguar su caudal. Perdita sentía aquella disminución de la marea que alimentaba su vida. Incapaz de soportar el lento marchitarse de sus esperanzas, se le ocurrió un plan con el que pensaba poner fin a ese periodo de tristeza y recobrar la felicidad tras los recientes y desastrosos acontecimientos.

Estaba a punto de cumplirse un año del nombramiento de Raymond como Protector. Era costumbre celebrar ese día con una fiesta espléndida. Eran varios los sentimientos que impulsaban a Perdita a duplicar la magnificencia del evento. Y sin embargo, mientras se preparaba para la velada, se preguntaba por qué se tomaba tantas molestias en celebrar tan suntuosamente un hecho que, a sus ojos, marcaba el inicio de sus sufrimientos. La desgracia se cernió sobre aquel día, pensó, la desgracia, las lágrimas y los lamentos cayeron sobre la hora en que Raymond albergó más esperanzas que la esperanza del amor, más deseos que el deseo de mi devoción. Y tres veces dichoso será el momento en que me será devuelto. Dios sabe que deposito mi confianza en sus promesas, y creo en la fe que ha proclamado, y sin embargo, de ser así, no perseguiría lo que estoy resuelta a conseguir. ¿Deben transcurrir dos años más de este modo, nuestra alienación aumentando día a día, cada acto convertido en una piedra que sirve para levantar el muro que nos separa? No, Raymond mío, mi único amado, sola posesión de Perdita. Esta noche, durante la espléndida recepción, en estas suntuosas estancias, en compañía de tu llorosa niña nos reuniremos todos para celebrar tu abdicación. Por mí, en una ocasión, renunciaste a la corona. Fue en los días primeros de nuestro amor, cuando no podía estar segura de nuestra felicidad y me alimentaba solo de esperanzas. Ahora ya conoces por experiencia todo lo que puedo darte, la devoción de mi alma, el amor inmaculado, mi sumisión inquebrantable a ti. Debes escoger entre todo ello y tu Protectorado. Esta, noble

orgullosa, es tu última noche. Perdita ha puesto en ella todo lo magnífico y deslumbrante que tu corazón más ama, pero cuando salga el sol deberás alejarte de estos espléndidos aposentos, de la asistencia de los notables, del poder y la elevación, para regresar a nuestra morada del campo. Yo no aceptaría una inmortalidad de dicha si para lograrla hubiera de soportar aquí una semana más.

Meditando su plan, dispuesta a proponérselo, llegada la hora, y decidida a insistir en que él lo aceptara, segura de que la complacería, el corazón de Perdita se sintió liberado de su carga, exaltado. El color volvió a sus mejillas con la emoción de la espera. Sus ojos brillaban con la promesa del triunfo en la batalla. Habiéndose jugado el destino a una sola carta, y con la seguridad de ganar la partida, ella, de quien he escrito que llevaba el sello de reina de naciones en la frente, se alzó entonces por encima de la humanidad y, revestida de un poder sereno, pareció detener con un solo dedo la rueda de los hados. Nunca como en ese instante fue tan encantadora, tan divina.

Nosotros, los pastores arcadios del relato, habíamos manifestado nuestra intención de asistir a la fiesta, pero Perdita nos escribió para pedirnos que no lo hiciéramos y que nos ausentáramos de Windsor, pues ella (que no nos reveló sus planes) pensaba regresar a nuestro querido refugio a la mañana siguiente, para retomar el curso de una vida en la que había hallado la felicidad completa. Más tarde, aquella noche entró en los aposentos dispuestos para la celebración. Raymond había abandonado el palacio la noche anterior con la promesa de acudir a la velada, pero todavía no había regresado. Sin embargo, ella estaba segura de que finalmente llegaría. Y cuanto más parecía abrirse la brecha de la crisis, más segura estaba ella de que lograría cerrarla para siempre.

Era, como he dicho, diecinueve de octubre, bien entrado el lúgubre otoño. El viento ululaba, los árboles medio desnudos se despojaban del recuerdo de su ornato estival. El aire, que inducía a la agonía de la vegetación, aparecía hostil a toda alegría y esperanza. La decisión que había tomado Raymond le había alegrado el ánimo, pero a medida que moría el día, su humor se ensombrecía. Primero debía visitar a Evadne, y después dirigirse de prisa al palacio del Protectorado. Mientras caminaba por las callejuelas del barrio donde vivía la desdichada griega, su corazón se le encogía al pensar en lo mal que se había portado con ella. En primer lugar, había consentido que permaneciera en aquel estado de degradación; y después, tras una breve ensoñación desbocada, la había abandonado a su triste soledad, su ansiosa conjetura, su amarga, insatisfecha esperanza. ¿Qué habría hecho ella mientras tanto? ¿Cómo habría resistido su ausencia y abandono? La luz se extinguía en aquellos callejones, y cuando se abrió la puerta que tan bien conocía, la escalera apareció envuelta en tinieblas. Subió por ella a tientas, entró en el desván y encontró a Evadne tendida en el lecho, muda, casi sin vida. Llamó a voces a los vecinos, pero estos no supieron decirle nada, salvo que nada sabían. Para él su historia estaba clara, clara y diáfana como el remordimiento y el horror que clavaba en él sus zarpas. Cuando se vio

desamparada por él, perdió las ganas de recurrir a sus advocaciones más frecuentes. El orgullo le impedía pedirle ayuda a él. Dio la bienvenida al hambre, que para ella era la custodia de las puertas de la muerte, entre cuyos pliegues, sin pecado, no tardaría en hallar reposo. Nadie acudía a verla mientras sus fuerzas flaqueaban.

Si moría, ¿dónde se hallaría constancia de un asesinato que pudiera compararse, en su crueldad, al que él habría cometido? ¿Qué ser abyecto más cruel en su maldad, qué alma condenada más merecedora de la perdición eterna? Mandó buscar a un médico. Pasaban las horas, que la incertidumbre convertía en siglos. A la oscuridad de la larga noche otoñal siguió el día, y solo entonces su vida pareció a salvo. Entonces ordenó su traslado a un lugar más cómodo y permaneció a su lado para asegurarse de que seguía reponiéndose.

Cuando se hallaba así atenazado por la zozobra y el miedo, había recordado la fiesta que Perdita había organizado en su honor. En su honor, mientras la desgracia y la muerte se iban grabando, indelebles, sobre su nombre, en su honor, cuando por sus crímenes merecía el cadalso. Aquella era la peor de las burlas. Y sin embargo Perdita lo esperaba. Escribió unas líneas inconexas en un pedazo de papel en las que le informaba de que se encontraba bien, y ordenó a la casera que lo llevara a palacio y lo pusiera en manos de la esposa del Protector. La mujer, que no lo había reconocido, le preguntó desdeñosa cómo creía que iba a recibirla la primera dama, nada menos que el día en que tenía lugar una celebración. Raymond le entregó su anillo para asegurarle el crédito de los sirvientes. Así, mientras Perdita se ocupaba de los invitados y aguardaba impaciente la llegada de su señor, un mayordomo le hizo llegar la alianza y le informó de que una mujer pobre traía una nota que debía entregarle en mano.

La misión que le había sido encomendada azuzó la vanidad de la vieja chismosa, a pesar de no comprender su alcance pues, en realidad, seguía sin sospechar que el visitante de Evadne fuera lord Raymond. Perdita temía que se hubiera caído del caballo o que hubiera sufrido algún otro accidente, hasta que las respuestas de la mujer despertaron en ella otros miedos. Recreándose en un engaño ejercido a ciegas, la mensajera entrometida, si no maligna, no le habló de la enfermedad de Evadne. Pero sí le hizo un relato detallado de las frecuentes visitas de Raymond, salpicando su narración de unos detalles que, además de llevar a Perdita a convencerse de su veracidad, acentuaban la crueldad y la perfidia de Raymond. Y lo peor del caso era que su ausencia de la fiesta, que en su mensaje ni siquiera mencionaba, le parecía, a partir de las desgraciadas insinuaciones de aquella mujer, el más mortífero de los insultos. Observó de nuevo el anillo, con un pequeño rubí engarzado cuya forma se asemejaba a un corazón, y que ella misma le había regalado. Observó la letra del mensaje, que le resultaba inconfundible, y repitió sus palabras para sus adentros: «Te ordeno, te ruego, que no permitas que los invitados se extrañen de mi ausencia». Mientras, la vieja arpía seguía hablando y le llenaba la cabeza de una mezcla rara de verdades y mentiras. Finalmente Perdita le pidió que se retirara.

La pobre muchacha regresó a la reunión, donde su ausencia no había sido advertida. Buscó refugio en un rincón algo apartado, y apoyándose en una columna decorativa trató de recobrar la compostura. Se sentía paralizada. Posó la vista en las flores de un jarrón tallado. Ella misma las había dispuesto allí por la mañana, flores preciosas y exóticas. Incluso ahora, abrumada como estaba, observaba sus colores brillantes, sus formas angulosas.

—¡Divina encarnación del espíritu de la belleza! —exclamó—. No os marchitéis ni os lamentéis. Que la desesperanza que oprime mi corazón no se os contagie. ¿Por qué no seré yo partícipe de vuestra insensibilidad, de vuestro sosiego?

Se detuvo. «Y ahora, a mis tareas —prosiguió mentalmente—. Mis invitados no deben percatarse de la verdad, ni en lo que concierne a él ni en lo que concierne a mí. Obedezco. Nadie sabrá nada, aunque caiga muerta apenas el último de los asistentes abandone el palacio. Ellos contemplarán los antípodas de lo que es real, pues yo, ante ellos, apareceré viva, cuando en verdad estoy... muerta». Tuvo que hacer acopio de toda su presencia de ánimo para reprimir las lágrimas que aquella idea le provocaba. Lo logró tras mucho esfuerzo, y se volvió para reunirse con los demás.

Todo su empeño se concentraba ahora en camuflar su conflicto interior. Debía representar el papel de la anfitriona atenta; departir con todos los presentes; brillar como llama de alegría y gracia. Debía hacerlo aunque en su profunda aflicción ansiaba verse sola, y habría cambiado gustosamente los salones atestados por los recodos más umbríos de algún bosque, por un lúgubre monte engullido por las tinieblas. A pesar de ello, se mostraba alegre. No podía mantenerse en el término medio ni aparecer, como era su costumbre, como una joven plácida y conformada. Todo el mundo comentaba lo exaltado de su ánimo, y como toda acción de los más encumbrados por el rango se ve con buenos ojos, sus invitados elogiaban su felicidad aparente, aunque su risa sonara forzada y sus comentarios ingeniosos resultaran algo bruscos, cosas ambas que habrían bastado a un observador atento para desvelar su secreto. Ella mantenía la farsa, sintiendo que si se detenía un instante, las aguas represadas de su tristeza le inundarían el alma, que sus esperanzas rotas se elevarían en lamentos feroces, y que todos los que ahora ensalzaban su dicha se alejarían, temerosos, en presencia de las convulsiones de su desesperación. Solo le proporcionaba consuelo, mientras contravenía con tal violencia su estado natural, la observación de un reloj iluminado, que le servía para contar el tiempo que había de transcurrir hasta que volviera a estar sola.

Finalmente los salones empezaron a vaciarse. Burlándose de sus propios deseos, regañaba a los invitados que se ausentaban temprano. Uno a uno, todos acabaron por marcharse, y llegó el momento de estrechar la mano del último.

—¡Qué mano más húmeda y más fría! —le dijo su amigo—. Está demasiado fatigada. Acuéstese pronto.

Perdita esbozó una sonrisa vaga. El último invitado se marchó. El traqueteo del carruaje, que se perdía en la calle, confirmaba que al fin estaba sola. Entonces, como

si algún enemigo quisiera darle alcance, como si tuviera alas en los pies, corrió hasta sus aposentos, ordenó a los criados que se retiraran, cerró las puertas y se tendió en el suelo. Mordiéndose los labios para sofocar los gritos, permaneció largo rato presa del buitre de la desesperación, esforzándose por no pensar, pero un remolino de ideas hacía nido en su corazón. Unas ideas, horrendas como furias, crueles como víboras, que pasaban por él tan vertiginosamente que parecían empujarse y herirse unas a otras, transportándola a ella a la locura.

Transcurrido largo rato se puso en pie, ya más entera, no menos triste. Se acercó a un gran espejo y observó su imagen en él reflejada. El vestido etéreo y elegante; las piedras preciosas que adornaban sus cabellos, rodeaban sus brazos y su cuello; sus pequeños pies, revestidos de satén; el tocado, brillante e intrincado; todo aparecía ante su semblante descompuesto y desgraciado como el hermoso marco que abrazara la pintura de una tempestad. «Soy un jarrón —pensó—, un jarrón rebosante de la esencia más amarga del desconsuelo. Adiós, adiós, Perdita, pobre niña. Ya nunca volverás a verte así. El lujo y las riquezas ya no son tuyos. En el exceso de su pobreza envidiarás al mendigo sin techo. Yo, más que él, carezco de hogar. Habito un desierto baldío que, ancho e infinito, no da ni flor ni fruto. En su centro se alza una roca solitaria a la que tú, Perdita, estás encadenada, y ves su extensión temible perderse en la lejanía».

Abrió de par en par la ventana que daba al jardín del palacio. La luz libraba un combate con la oscuridad, y unas franjas de oro y rosa pálido teñían el cielo por el este. Solo una estrella titilaba en las profundidades de la atmósfera apenas encendida. El aire de la mañana sopló, fresco, sobre las hojas cubiertas de rocío y penetró en la estancia caldeada. «Todo sigue su curso —pensó Perdita—. Todo avanza, se marchita y muere. Cuando el mediodía termina y el día, fatigado, conduce sus bueyes hasta los establos de poniente, los fuegos del cielo se alzan por oriente y siguen su sendero acostumbrado, ascendiendo y descendiendo por las colinas celestes. Cuando completan su ciclo, la esfera empieza a proyectar por el oeste una sombra incierta: los párpados del día se abren y las aves y las flores, la vegetación desconcertada, la brisa fresca, despiertan. El sol aparece al fin, y en majestuosa procesión asciende hasta el capitolio del cielo. Todo sigue su curso, cambia y muere, excepto la tristeza que siento en mi corazón doliente.

»Ah, todo avanza y cambia. ¿Puede sorprender entonces que el amor se dirija hacia su ocaso y que el señor de mi vida haya variado? Decimos que son fijas las estrellas del firmamento, y sin embargo vagan por llanuras lejanas, y si volviera a mirar donde miraba hace una hora, hallaría alterado el eterno rostro celestial. La luna voluble y los planetas inconstantes modifican todas las noches su errática danza; el propio sol, soberano de las alturas, abandona a diario su trono y deja sus dominios a la noche y el invierno. La naturaleza envejece y tiembla sobre sus miembros gastados. ¡La creación se arruina! ¿Puede sorprender, entonces, que el eclipse y la muerte hayan traído destrucción a la luz de tu vida, oh, Perdita?».

Capítulo IX

ASÍ de tristes y desordenados eran los pensamientos de mi pobre hermana cuando en ella se disipó toda duda de la infidelidad de Raymond. Sus virtudes y sus defectos se aliaron para que el golpe recibido fuera incurable. El afecto que profesaba por mí, su hermano, por Adrian y por Idris estaba sujeto, en realidad, a la pasión que dominaba su corazón: incluso su ternura maternal tomaba prestada la mitad de sus fuerzas de la dicha que sentía al recrear los rasgos y la expresión de Raymond en el semblante de su hija. Durante su infancia había sido reservada e incluso seria, pero el amor había suavizado las asperezas de su carácter, y su unión con Raymond había hecho que afloraran sus talentos y afectos. Ahora, traicionados unos y perdidos los otros, en cierto sentido retornó a su disposición anterior. El orgullo concentrado de su naturaleza, olvidado durante su sueño de felicidad, salió de su letargo, y con él lo hicieron los colmillos viperinos que llevaba clavados en el corazón. La humildad de su espíritu potenciaba la fuerza del veneno; la estima que sentía por sí misma aumentó mientras se vio distinguida con el amor de su hombre; pero ¿qué valía ahora que él la había apartado de sus preferencias? Se había ufanado de haberlo ganado para sí, y de mantenerlo, pero ahora otra se lo había arrebatado, y su confianza en sí misma se había enfriado más que un carbón empapado de agua.

Nosotros, en nuestro retiro, nos mantuvimos durante largo tiempo ignorantes de su desgracia. Poco después de la fiesta pidió que le mandaran a su hijita, y luego pareció olvidarnos. Adrian observó un cambio en ella durante una visita posterior. Pero no supo concretar su alcance ni adivinar sus causas. Marido y mujer seguían apareciendo juntos en público y vivían bajo el mismo techo. Raymond se mostraba cortés, como siempre, aunque en ocasiones aflorara una altivez repentina o cierta brusquedad en sus maneras, que desconcertó a su buen amigo. Nada parecía nublar su frente, pero una vaga desidia habitaba sus labios y cierta aspereza asomaba a su voz. Perdita era todo amabilidad y atenciones para con su señor, pero apenas hablaba y se mostraba triste. Había adelgazado, se la veía pálida y con frecuencia los ojos se le llenaban de lágrimas. A veces observaba a Raymond como diciéndole: «¿Por qué tiene que ser así?». En otras ocasiones su semblante expresaba: «Seguiré haciendo todo lo que esté en mi mano para hacerte feliz». Pero Adrian leía a ciegas el carácter reflejado en su rostro, y podía equivocarse. Clara siempre la acompañaba, y parecía sentirse más cómoda cuando, en algún rincón apartado, podía sentarse sosteniendo la

mano de su hija, callada y solitaria. A pesar de todo, Adrian no fue capaz de adivinar la verdad. Les invitó a visitarlos en Windsor, y ellos prometieron hacerlo durante el mes siguiente.

A su llegada se adelantó el mes de mayo, que pobló de hojas los árboles del bosque y los senderos de miles de flores. Supimos de su visita con un día de antelación, y a la mañana siguiente, muy temprano, Perdita llegó acompañada de su hija. Raymond no tardaría en reunirse con ellos, nos dijo; algunos asuntos lo habían retenido. Por lo que Adrian nos había explicado esperaba hallarla triste, pero, por el contrario, llegó con el mejor de los ánimos. Era cierto que había perdido peso, y que su mirada parecía algo perdida, y sus mejillas algo más hundidas, aunque teñidas de un resplandor brillante. Se mostró encantada de vernos. Acarició a nuestros hijos y se maravilló ante lo mucho que habían crecido y aprendido. Clara también se alegró de encontrarse de nuevo con su joven amigo, Alfred. Jugamos a mil cosas con ellos, y Perdita participó de buena gana. Nos transmitía su alegría, y mientras nos divertíamos en la terraza del castillo, se habría dicho que no era posible reunir grupo más alegre.

—Esto es mucho mejor, mamá —dijo Clara— que vivir en ese horrible Londres, donde tantas veces lloras, donde nunca ríes como ahora...

—Calla, tontita —replicó su madre—, y recuerda que todo el que mencione Londres será castigado con una hora en Coventry.

Raymond llegó poco después. No se sumó, como de costumbre, a nuestro espíritu festivo, y trabó conversación con Adrian y conmigo; gradualmente fuimos separándonos de nuestras compañeras. Finalmente, solo Idris y Perdita se quedaron con los niños. Raymond nos habló de sus nuevos edificios, de su plan para mejorar la educación de los pobres. Como de costumbre, Adrian y yo empezamos a discutir, y el tiempo fue transcurriendo sin que nos diéramos cuenta.

Volvimos a reunirnos por la tarde. Perdita insistió en que tocáramos algo de música. Dijo que quería ofrecernos una muestra de sus nuevos talentos, pues desde que vivía en Londres se había aplicado en su estudio, y cantaba, no con gran potencia, pero sí con dulzura. No nos permitió que seleccionáramos para ella melodías que no fueran alegres. De modo que recurrimos a todas las óperas de Mozart, de las que escogimos las arias más divertidas. Entre muchos otros atributos, la música de Mozart posee, más que ninguna otra, la apariencia de nacer del corazón; accedes a las pasiones que él expresa y te transporta hasta el dolor, la dicha, la ira o la confusión, de acuerdo con lo que él, maestro de nuestra alma, decida inspirarnos. Por un tiempo el espíritu de la hilaridad se mantuvo en lo más alto. Pero al fin Perdita se retiró del piano, pues Raymond se había sumado al trío de «Taci ingiusto core», de *Don Giovanni*, cuya condescendiente súplica él suavizó hasta hacerla tierna, y llenó su corazón de los recuerdos de un pasado que ya no existía. Era la misma voz, el mismo tono, los mismos sonidos y palabras que tantas veces, antes, él le había dedicado como homenaje de amor por ella. Pero ya no era así. Y la armonía del sonido, en discordancia con lo que expresaba, la llenó de pesar y desesperación. Poco

después, Idris, que tocaba el arpa, atacó la apasionada y triste aria de Fígaro «Porgi, amor, qualche ristoro», en que la condesa, abandonada, lamenta el cambio del infiel Almaviva. En ella se expresa un alma tierna, doliente, y la dulce voz de Idris, sostenida sobre los acordes sentimentales de su instrumento, añadía emoción a las palabras. Durante la súplica con que, llena de patetismo, esta concluye, un sollozo ahogado nos hizo volver la vista hacia Perdita. Los últimos compases la hicieron volver en sí, y abandonó a toda prisa la sala.

Fui tras ella. En un primer momento pareció que quería estar sola, pero ante mi insistencia sincera, acabó cediendo, se arrojó a mis brazos y exclamó:

—Una vez más, una vez más sobre tu pecho amigo, mi amado hermano, puede Perdita, la perdida, verter sus penas. Me he impuesto a mí misma la ley del silencio, y la he mantenido durante meses. Ahora mismo me equivoco al llorar, y me equivoco aún más al poner palabras a mi dolor. ¡No hablaré! Ha de bastarte con saber que soy desgraciada, ha de bastarte con saber que el velo de vida que llevo pintado es falso, que me hallo siempre envuelta en oscuridad y tinieblas, que soy hermana de la pena, y compañera del lamento.

Traté de consolarla. No le pregunté nada más y me limité a acariciarla, a transmitirle el más profundo de mis afectos y mi más sincero interés por los cambios de su fortuna.

—Palabras amables —exclamó ella entre lágrimas—, expresiones de amor que regresan a mis oídos como los sonidos de una música olvidada que en otro tiempo amé. Sé que son inútiles, inútiles del todo en su intento de aliviarme o consolarme. Querido Lionel: no puedes imaginar lo mucho que he sufrido en estos largos meses. Por mis lecturas he sabido de las plañideras de la antigüedad, que se cubrían con tela de saco, se arrojaban polvo sobre la cabeza, comían el pan mezclado con cenizas y moraban en lo alto de montañas desoladas, reprochando al cielo y a la tierra sus desgracias. Pues ese es el único lujo de la pena, poder ir de día en día acumulando extravagancias, recrearse en la parafernalia de las miserias, unirse a todos los complementos de la desesperación. ¡Ah! Debo ocultar para siempre la desdicha que me consume. Debo tejer un velo de cegadora falsedad para ocultar mi pena a ojos vulgares, serenar el gesto, pintarme los labios con sonrisas engañosas... Ni siquiera estando sola me atrevo a pensar en lo extraviada que me hallo, por miedo a enloquecer y delatarme.

Las lágrimas y la agitación de mi pobre hermana hacían imposible que volviera con el resto, de modo que la convencí para que me dejara llevarla a los jardines. Mientras paseábamos por ellos, la persuadí para que me relatará su desgracia, con el argumento de que así aliviaría algo su pesada carga y de que, si existía algún remedio para su mal, podríamos encontrarlo y administrárselo.

Habían transcurrido varias semanas desde la fiesta de aniversario y ella no había logrado serenar su mente ni someter sus pensamientos al curso normal. En ocasiones se reprochaba a sí misma tomarse tan a pecho lo que muchos considerarían un mal

imaginario. Pero aquel asunto no correspondía a la razón e, ignorante como era de los motivos y de la verdadera conducta de Raymond, las cosas para ella adquirirían un aspecto aún peor que el que la realidad le mostraba. Su esposo apenas permanecía en palacio, y solo lo hacía cuando el cumplimiento de sus deberes públicos le aseguraba que no habría de quedarse a solas con Perdita. Casi nunca se dirigían la palabra, evitando darse explicaciones, temiendo ambos cualquier justificación del otro. Sin embargo, de pronto las maneras de Raymond cambiaron. Parecía propiciar ocasiones para mostrarse de nuevo amable, y buscaba recobrar la intimidad. Su amor por ella parecía volver a fluir. No conseguía olvidar la devoción que había sentido por la mujer a la que había convertido en santuario y depósito en el que guardaba todas sus ideas, todos sus sentimientos. La vergüenza parecía retenerlo, y sin embargo era evidente que deseaba renovar su confianza y afecto. Desde que Perdita se había recuperado lo bastante como para trazar un plan de acción, ideó uno que entonces se dispuso a poner en práctica. Recibía amablemente aquellas muestras de amor y no rehuía su compañía. Pero se empeñaba en alzar una barrera que impedía una relación familiar o una discusión dolorosa, y Raymond, avergonzado y orgulloso a partes iguales, no lograba vencerla. Gradualmente él empezó a dar muestras de ira e impaciencia, y Perdita comprendió que no podía mantener el sistema que había adoptado. Debía darle alguna explicación, y como no reunía el valor para hablarle, le escribió esto:

Te ruego que leas esta carta con paciencia. No contiene ningún reproche. Pues sin duda el reproche es una palabra vana. ¿Qué habría de reprocharte?

Permíteme que trate de explicarte algo de mis sentimientos, pues si no lo hago, los dos avanzamos a tientas en la oscuridad, confundiéndonos, errando en el sendero que tal vez conduzca a uno de nosotros, al menos, hacia un modo de vida más deseable que el que ambos hemos seguido en estas últimas semanas.

Te he amado —te amo—, y ni la ira ni el orgullo me dictan estas líneas, sino un sentimiento que va más allá de ellos, que es más profundo y más inalterable que ellos. Mis afectos están heridos y veo imposible su curación. Cesa en tu vano empeño, si es a eso a lo que tiende. ¡El perdón! ¡El regreso! ¡Palabras vanas! Perdono el dolor que sufro, pero el sendero recorrido no puede volver a recorrerse.

El afecto común puede haberse satisfecho con los usos comunes. Yo creía que tú sabías leer en mi corazón y que sabías de su devoción, de su inalienable fidelidad hacia ti. Nunca he amado a ningún otro hombre. Tu llegaste a mí convertido en la personificación de mis sueños más deseados. El elogio de los hombres, el poder y las más altas aspiraciones te aguardaban en tu carrera. El amor que sentía por ti bañaba mi mundo de luces encantadas. Ya no caminaba sobre la tierra, la madre tierra común, que solo proporciona la repetición

manida y rancia de objetos y circunstancias que son viejas y gastadas. Yo vivía en un templo glorificado por la más intensa sensación de devoción y entrega. Como un ser consagrado caminaba contemplando solo tu poder, tu excelencia.

Pues, oh, como mi juventud, te hallabas junto a mí
transformando mi realidad en sueño
revistiendo lo palpable y familiar
con el dorado aliento del alba^[23].

«Mi vida se ha marchitado», no existe día en esta noche perpetua. Al sol poniente de este amor no le sigue sol naciente. En aquellos días el resto del mundo no era nada para mí. Jamás consideré a los demás hombres, ni me fijé en lo que eran. Ni te veía como a uno de ellos. Separado de ellos, exaltado en mi corazón, poseedor único de mis afectos, objeto exclusivo de mis esperanzas, la mejor mitad de mí misma.

¡Ah, Raymond! ¿No éramos felices? ¿Brillaba el sol sobre alguien que gozara de su luz con dicha más pura y más intensa? No fue, no es, de una infidelidad ordinaria de lo que me lamento. Es de la desunión de un todo que no tenía partes. Es de la despreocupación con que te has despojado del manto de divinidad con que a mis ojos te hallabas investido, y te has convertido en uno entre tantos. No sueñes siquiera con alterar esto. ¿Acaso no es el amor una divinidad, pues es inmortal? ¿Acaso no me veía yo santificada, incluso ante mí misma, porque este amor había escogido mi corazón por templo? Yo te he contemplado mientras dormías, me he emocionado hasta las lágrimas al pensar que todo lo que poseía yacía acurrucado en aquellos rasgos idealizados pero mortales que aparecían ante mí. E incluso entonces reprimía mis crecientes temores con una idea: no he de temer la muerte, pues las emociones que nos unen deben ser inmortales.

Y ahora no temo la muerte. Cerraré con gusto los ojos y no volveré a abrirlos más. Más sí la temo, como siento temor de todo, pues en cualquier estado del ser encadenado a este recuerdo, la felicidad no ha de regresar. Incluso en el paraíso debo sentir que tu amor era menos duradero que los latidos mortales de mi frágil corazón, cuyos mazazos golpean con fuerza.

La nota fúnebre del amor
bien enterrado, sin resurrección^[24].

No, no, miserable de mí. ¡Para el amor extinto no hay resurrección! Y sin embargo te amo. Y sin embargo, y por siempre, contribuiré con todo lo que tengo para lograr tu bien. Por las habladurías. Por el bien de mi... de nuestra hija, me quedaría a tu lado, Raymond, compartiría tu suerte, formaría parte de tu consejo. ¿Ha de ser así? Ya no somos amantes, ni puedo considerarme amiga

tuya ni de nadie pues, perdida como estoy, no tengo tiempo más que para mi desgracia. Pero me complacerá verte todos los días. Oír que la voz pública te alaba, ser testigo del amor paternal que prodigas a nuestra niña, oír tu voz, saber que me hallo cerca de ti, aunque ya no seas mío.

Si deseas romper las cadenas que nos unen, dilo y así se hará. Yo cargaré con las culpas de la insensibilidad y la crueldad a ojos del mundo.

Pero, como ya he dicho, hallaré placer, al menos por el momento, viviendo contigo bajo el mismo techo. Cuando la fiebre de mi juventud se apague, cuando la edad plácida aplaque al buitre que me devora, tal vez regrese la amistad, ya muertos el amor y la esperanza. ¿Podrá ser cierto? ¿Podrá mi alma, inextricablemente unida a este cuerpo perecedero, aletargarse y enfriarse a medida que este mecanismo sensible pierda su elasticidad juvenil? Entonces, con ojos apagados, canas en el pelo y la frente arrugada, aunque ahora las palabras suenen huecas y carentes de sentido, entonces, tambaleándome al borde de mi tumba tal vez vuelva a ser... tu amiga sincera y cariñosa.

Perdita

La respuesta de Raymond fue breve. ¿Qué respuesta podía dar a sus quejas, a los lamentos en los que celosamente se recreaba, excluyendo toda posibilidad de reparación? «A pesar de tu amarga carta —le escribió—, pues así debo llamarla, eres la persona más importante de mi estimación, y es tu felicidad la que principalmente me mueve. Haz lo que estimes mejor para ti. Y si recibes más gratificación con un modo de vida que con otro, no permitas que yo suponga ningún obstáculo. Preveo que el plan que describes en tu carta no durará mucho. Pero eres dueña de ti misma, y es mi más sincero deseo contribuir, hasta donde tú me permitas, a tu felicidad».

—Raymond ha sido buen profeta —dijo Perdita—, pues ah, así ha de ser. La vida que llevamos no puede durar mucho, aunque no seré yo la que proponga alterarla. Él ve en mí a alguien a quien ha herido de muerte. Y yo no extraigo ninguna esperanza de su amabilidad. Ni la mejor de sus intenciones bastaría para hacer posible un cambio. Así como Cleopatra se hubiera podido adornar con el vinagre que contenía su perla en él disuelta, así yo me conformaré con el amor que Raymond puede ofrecerme.

Admito que yo no veía su infortunio con sus mismos ojos. Creía firmemente que la herida podía sanar y que, si seguían juntos, así acabaría siendo. Por tanto, traté de aliviar y suavizar su mente, aunque tras múltiples intentos desistí de esa tarea imposible. Perdita me escuchó con impaciencia y me respondió con cierta aspereza.

—¿Crees que alguno de tus argumentos me es nuevo? ¿O que mis fervientes deseos y mi intensa angustia no me los han sugerido todos mil veces, con más convicción y sutileza de las que tú puedes poner en ellos? Lionel, tú no puedes entender qué es el amor de una mujer. En los días felices me repetía con frecuencia, con corazón agradecido y espíritu exaltado, que Raymond lo había sacrificado todo

por mí. Yo era una muchacha pobre, sin educación, sin amigos, una montañesa a la que él había sacado de la nada. Todos los lujos de la vida que poseía, los poseía gracias a él. Él me dio un nombre ilustre y una noble posición. El respeto que me tenía el mundo nacía de su gloria. Y todo ello, sumado a su amor infatigable, me inspiraba por él unas sensaciones tan intensas como las que sentimos por quien nos ha dado la vida. Yo solo le daba amor. Me entregué a él con devoción. Imperfecta como era, me esforcé en la tarea de llegar a ser digna de él. Moderé mi humor cambiante, controlé la impaciencia de mi carácter, eduqué mis pensamientos egocéntricos, formándome hasta alcanzar la mayor perfección de que era capaz, para que el fruto de mis esfuerzos le hiciera feliz. No me atribuyo ningún mérito en ello, pues todo el mérito es suyo; todo el esfuerzo, toda la devoción, todo el sacrificio. Yo habría escalado unos inescalables Alpes para coger una flor que le gustara; estaba dispuesta a abandonarlos a todos vosotros, mis amados y excepcionales compañeros, y a vivir por y para él. No podía ser de otro modo, aunque yo misma lo hubiera querido, porque si se afirma que tenemos dos almas, él era la mejor de las dos que yo poseía, y la otra era su eterna esclava. Solo una cosa me debía, a cambio. Una fidelidad recíproca. Me la había ganado, la merecía. Por haber nacido en las montañas, sin relación con los nobles y los ricos, ¿cree que puede pagarme degradando mi nombre y condición? Que se quede ambas, pues sin su amor no son nada para mí. A mis ojos, su único valor era que le pertenecían.

Perdita siguió hablando con la misma pasión. Cuando planteé su posible separación definitiva, ella respondió:

—¡Que así sea! Algún día llegará ese momento. Lo sé, lo siento. Pero en esto soy cobarde. Esta relación imperfecta, esta farsa que es nuestra unión, me resulta extrañamente querida. Admito que me resulta dolorosa, destructiva, impracticable. Contagia mis venas de una fiebre constante; hurga en mi herida incurable; destila veneno. Y sin embargo debo aferrarme a ella. Tal vez me mate pronto, y así me brinde un último servicio.

Entretanto Raymond se había quedado con Adrian e Idris. Su franqueza natural, unida a lo prolongado de mi ausencia y la de Perdita, le llevaron a buscar alivio a la tensión de los últimos meses en la confidencia compartida con sus dos amigos. Les relató la situación en que había hallado a Evadne. Al principio, por consideración hacia Adrian, les ocultó su nombre, que de todos modos reveló en el transcurso de su relato. Quien fue su enamorado escuchó con gran agitación la historia de sus sufrimientos. En su día, Idris había compartido con Perdita su mala opinión sobre la griega. Pero las explicaciones de Raymond la suavizaron, y se interesó por su suerte. La constancia de Evadne, su fortaleza, incluso su amor no correspondido, eran motivo de admiración y lástima. Y más cuando, según lo sucedido el diecinueve de octubre, parecía claro que la joven prefería el sufrimiento y la muerte a la degradación que, a sus ojos, le supondría recurrir a la conmisericordia y la ayuda de su amado. Su comportamiento posterior no podía sino causar un aumento de ese interés

por su persona. Al principio, liberada del hambre y de la muerte, cuidada por Raymond con gran tesón y dulzura, imbuida de esa sensación de serenidad que da la convalecencia, Evadne se dejó arrastrar por el amor y el agradecimiento extático. Pero con la salud regresó el juicio: le preguntó por los motivos que habían causado su prolongada ausencia. Planteaba sus dudas con sutileza griega y llegó a sus conclusiones con la decisión y la firmeza que eran propias de su carácter. No imaginaba que la brecha que había abierto entre Raymond y Perdita era ya insalvable, pero sabía que, si las cosas seguían como estaban, se ensancharía cada vez más, y que la felicidad de su amado se destruiría, desgarrada por las zarpas del remordimiento. Desde el instante mismo en que vislumbró el camino correcto que debía seguir, decidió emprenderlo y alejarse de Raymond para siempre. Sus pasiones conflictivas, su amor largamente esperado, la decepción que ella misma se infligía, le hacían contemplar la muerte como el único refugio contra sus desdichas. Pero los mismos sentimientos y opiniones que antes la habían reprimido, actuaban ahora con fuerza redoblada. Pues sabía que la conciencia de que había sido él el causante de su muerte le perseguiría toda la vida, envenenando toda alegría, nublando toda posibilidad de futuro. Además, aunque la intensidad de su angustia le hacía odiar la vida, todavía no había causado en ella esa sensación monótona, letárgica, de tristeza perpetua que es la que, en gran medida, lleva al suicidio. Su presencia de ánimo la empujaba a seguir combatiendo contra los infortunios de la vida, e incluso los relativos al amor no correspondido se presentaban más como adversario a batir que como victorias a las que debía someterse. Además contaba con el recuerdo de muestras de ternura, sonrisas, palabras e incluso lágrimas con las que consolarse, pues aunque las recordaría con pena y dolor, las prefería al olvido con que las cubriría la tumba. Era imposible adivinar qué planeaba. La carta que escribió a Raymond no revelaba nada al respecto; en ella le aseguraba que no tenía intención de abandonar este mundo y le prometía perseverar para, tal vez, algún día presentarse ante él en un estado más digno de ella. Y concluía, recurriendo a la elocuencia de la desesperación y el amor inalterable, despidiéndose de él para siempre.

Ahora Adrian e Idris quedaban al corriente de todas aquellas circunstancias. Raymond lamentaba el inconsciente daño que había infligido a Perdita. Y declaró que, a pesar de la dureza, de la frialdad de su esposa, seguía queriéndola. Ya en una ocasión se había mostrado dispuesto, con la humildad de un penitente, con el deber de un vasallo, a rendirse a ella, a abandonar el alma misma a su tutela, a convertirse en su pupilo, su esclavo, su lacayo. Ella había rechazado aquellas aproximaciones, y el tiempo de aquella absoluta sumisión, que debe basarse en el amor y alimentarse de él, había pasado. A pesar de ello, sus deseos y esfuerzos los orientaba a que ella alcanzara la paz, y su principal inquietud nacía de sentir que se empeñaba en vano. Si ella seguía manteniéndose inflexible en el comportamiento que demostraba, deberían separarse. La combinaciones y posibilidades de la absurda relación que mantenían lo estaban llevando a la locura. Con todo, no pensaba proponer él la separación. Lo

atormentaba el miedo de causar la muerte a cualquiera de las personas implicadas en aquellos hechos; y no se decidía a dirigir el curso de los acontecimientos, no fuera a suceder que, ignorante de la tierra que atravesaba, condujera a la ruina a quienes le acompañaban en el viaje.

Tras aquellas explicaciones, que se demoraron durante varias horas, se despidió de sus amigos y regresó a la ciudad, pues no deseaba reunirse con Perdita en nuestra presencia, consciente, como nosotros, de las ideas que ocuparían las mentes de ambos. Perdita se mostró dispuesta a seguirle, acompañada de su hija. Idris trató de convencerla para que se quedara. Mi pobre hermana observaba con aprensión a su consejera. Sabía que Raymond había conversado con ella. ¿Le habría instigado él a hacer aquella petición? ¿Iba a ser aquel el preludio de su separación definitiva? Ya he escrito que los defectos de su carácter despertaron y adquirieron nuevo vigor a causa de la posición nada natural en que se encontraba. La invitación de Idris suscitaba sus sospechas. Me abrazó, como si también estuviera a punto de verse privada de mi afecto. Diciéndome que yo era algo más que su hermano, que era su único amigo, su última esperanza, me rogó con gran patetismo que no dejara de quererla, y con creciente angustia partió hacia Londres, el escenario y la causa de todas sus desgracias.

Las escenas que siguieron la convencieron de que no había alcanzado aún el fondo del abismo insondable en que había caído. Su infelicidad adoptaba nuevas formas cada día. Y cada día algún hecho inesperado parecía culminar la sucesión de calamidades que se cernían sobre ella, aunque estas en realidad seguían produciéndose.

La pasión más destacada del alma de Raymond era la ambición. La rapidez de su talento, su capacidad para adivinar y encabezar las disposiciones de los hombres, el deseo sincero de destacar eran instigador y alimento de aquella ambición. Pero otros ingredientes se mezclaban con estos, y le impedían convertirse en la persona calculadora y decidida que conforma al héroe de éxito. Era obstinado sin ser firme; benevolente en sus primeros pasos; duro e implacable cuando se lo provocaba. Y sobre todo carecía de remordimientos y no cedía en la persecución de cualquier objeto de su deseo, aunque fuera indigno. El amor por el placer y los estímulos voluptuosos de la naturaleza constituían una parte prominente de su carácter y conquistaban al conquistador, reteniéndolo en el momento mismo en que había de alcanzar su objetivo, retirándole la red de su ambición, haciéndole olvidar el esfuerzo de semanas por culpa de un momento de indulgencia, de entrega al nuevo objeto de sus deseos. Obedeciendo a esos impulsos se había casado con Perdita; alimentándose de ellos, se había visto convertido en amante de Evadne. Y ahora las había perdido a las dos. Carecía del consuelo que proporciona la renuncia asumida y que nace de la constancia, y también de la sensación voluptuosa de entrega a la pasión prohibida pero embriagadora. Su corazón había quedado exhausto tras los recientes acontecimientos, y sentía destruido su goce de la vida por el resentimiento de Perdita

y la huida de Evadne. La inflexibilidad de aquella grabó el último sello sobre la aniquilación de sus esperanzas. Mientras su desunión se había mantenido en secreto, albergaba el sueño de despertar de nuevo la antigua ternura en su pecho. Pero ahora que todos estábamos al corriente de lo sucedido y de que Perdita, tras declarar sus intenciones a otros, en cierto modo se comprometía a mantenerlas, renunció a la idea de la reconciliación y persiguió solo —ya que era incapaz de persuadirla para que cambiara— conformarse con el mantenimiento de aquel estado de cosas. Hizo votos contra el amor y su sucesión de luchas, desengaños y remordimientos, y en el mero goce sensual buscó el remedio a los caminos injuriosos de la pasión.

El embrutecimiento del carácter es la consecuencia de tales tendencias. Y sin embargo, en su caso no habría sobresalido con tanta inmediatez si Raymond hubiera seguido aplicándose en la ejecución de sus planes para el beneficio público y en cumplimiento de sus deberes de Protector. Pero, extremo en todo, entregado a las impresiones más inmediatas, se zambulló con ahínco en su nueva búsqueda de placeres y se entregó a las incongruentes intimidades ocasionadas por ella sin previsión ni reflexión alguna. La cámara del consejo quedó desierta; las multitudes que acudían a él en tanto que agentes de sus varios proyectos eran ignoradas. Las fiestas, e incluso el libertinaje, estaban a la orden del día.

Perdita asistía con espanto al creciente desorden. Durante un tiempo le pareció que podría detener el torrente, que Raymond atendería a sus razones. ¡Vana esperanza! Los tiempos de su influencia habían quedado atrás. La escuchó con altivez, le replicó desdeñoso y, si en algo logró despertar su conciencia, fue precisamente para empujarlo más aún al desorden con que trataba de olvidar los zarpazos del remordimiento. Con su determinación natural, Perdita trató entonces de suplantar su puesto. Su unión aparente había de permitirle hacer mucho. Pero a fin de cuentas ninguna mujer podía aportar el remedio a la creciente negligencia del Protector, un protector que, al parecer sumido en un paroxismo de demencia, despreciaba toda ceremonia, todo orden, todo deber, y se entregaba a la vida licenciosa.

Noticias de aquel proceder extraño llegaron a nuestros oídos, y dudábamos sobre qué método adoptar para devolver a nuestro amigo a sí mismo y al país cuando Perdita vino a vernos. Nos detalló el deterioro de su conducta y nos suplicó a Adrian y a mí que nos trasladáramos a Londres y tratáramos de poner remedio al creciente mal.

—Decidle —nos rogó— decidle a lord Raymond que mi presencia no le molestará más. Que no debe entregarse más a esa disipación destructiva para causarme disgusto y conseguir que lo abandone. Ha logrado su propósito: no volverá a verme más. Pero dejadme, es lo último que os pido, dejadme que busque justificar la decisión que tomé en mi juventud en las alabanzas de sus conciudadanos y en la prosperidad de Inglaterra.

Mientras nos dirigíamos a la ciudad, Adrian y yo conversamos y discutimos sobre la conducta de Raymond, sobre su abandono de las esperanzas de excelencia permanente que había mantenido, y que nos había llevado a compartir. Mi amigo y yo nos habíamos educado en la misma escuela o, mejor dicho, yo había sido alumno suyo en la opinión de que la adhesión inquebrantable a los principios era el único camino hacia el honor; que una estricta observancia de las leyes de utilidad general constituía la única meta razonada de la ambición humana. Pero aunque los dos compartíamos esas ideas, diferíamos en su aplicación. El resentimiento se añadía, en mi caso, a mi censura, y reprobaba la conducta de Raymond en términos severos. Adrian se mostraba más benévolo, más considerado. Admitía que los principios que yo defendía eran los mejores, pero negaba que fueran los únicos. Recurriendo a una cita del Libro: «En la casa de mi padre muchas moradas hay^[25]», insistía en que los modos de llegar a ser bueno, o grande, variaban tanto como las disposiciones de los hombres, de quienes podía decirse que, como las hojas de los árboles del bosque, no había dos iguales.

Llegamos a Londres sobre las once de la noche. A pesar de lo que habíamos oído, creíamos que lo hallaríamos en Saint Stephen, y allí nos dirigimos. La cámara estaba llena, pero del Protector no había ni rastro, y en los semblantes de los dirigentes asomaba un contenido malestar que, combinado con los susurros y los comentarios quedos de sus inferiores, no hacían presagiar nada bueno. Nos dirigimos con presteza al palacio del Protectorado, donde hallamos a Raymond con otras seis personas. Las botellas circulaban alegremente y su contenido ya había logrado entorpecer el entendimiento de una o dos de ellas. El que había tomado asiento junto a Raymond contaba una historia que causaba las risotadas convulsas de los demás.

Aunque Raymond se hallaba sentado entre ellos y participaba de la animación de la velada, no desertaba de su natural dignidad. Podía mostrarse alegre, jocosos, encantador, pero no iba más allá del decoro natural ni del respeto que se debía a sí mismo, por más atrevidos que fueran sus agudos comentarios. Sin embargo reconozco que, teniendo en cuenta la tarea que había asumido al convertirse en Protector de Inglaterra, y las obligaciones que le correspondía atender, sentí una creciente consternación al observar a las personas indignas con las que malgastaba su tiempo, así como su espíritu jovial, por no decir ebrio, que parecía a punto de despojarlo de lo mejor de sí mismo. Permanecí de pie, contemplando la escena, mientras Adrian avanzaba como una sombra entre los presentes y, con una sola palabra y una mirada sobria, trataba de restaurar el orden en la reunión. Raymond se mostró encantado de verlo y lo invitó a sumarse a la velada festiva.

La reacción de Adrian me enfureció, pues aceptó sentarse a la misma mesa que los compañeros de Raymond, hombres de carácter débil, o carentes por completo de él, deshechos de alta cuna, deshonor de su país.

—Permítanme instar a Adrian —exclamé— a que no acepte, y a que se una a mi intento de apartar a lord Raymond de este escenario y devolverlo a otras compañías.

—Querido camarada —dijo Raymond—. Este no es momento ni lugar para pronunciar una lección de moral. Deberá bastarte mi palabra si te aseguro que mis diversiones y mis compañías no son tan malas como imaginas. Nosotros no somos hipócritas ni necios. En cuanto a los demás, «¿crees acaso que, por ser tú virtuoso, no ha de haber más pasteles ni cerveza^[26]?»

Aparté la vista de él, airado.

—Verney —dijo Adrian—, te muestras muy cínico, siéntate. O no lo hagas, pues, como no eres un visitante asiduo, tal vez lord Raymond te complazca y, tal como habíamos acordado ya, nos acompañe al Parlamento. —Raymond lo miró fijamente; solo veía bondad en sus dulces rasgos. Se volvió hacia mí, observando burlón mi gesto adusto y serio—. Vamos —prosiguió Adrian—. Me he comprometido por ti, así que permíteme cumplir mi palabra. Ven con nosotros.

Raymond se revolvió en su silla, incomodado.

—¡No iré! —fue su respuesta.

Entretanto el grupo se había dispersado. Unos miraban las pinturas que colgaban de las paredes, otros se trasladaban a otros aposentos, sugerían una partida de billar... Uno a uno fueron desapareciendo. Raymond caminaba por la estancia de un lado a otro, enfurecido. Yo estaba dispuesto a soportar sus reproches y a devolvérselos. Adrian se apoyó en la pared.

—Esto es del todo ridículo —exclamó—. Ni siendo colegiales podríais comportaros de modo más absurdo. No comprendéis —prosiguió— que esto forma parte de un sistema, de un plan de tiranía al que no me someteré nunca. ¿Acaso por ser el Protector de Inglaterra debo ser el único esclavo del imperio? ¿Mi privacidad ha de verse invadida? ¿Mis acciones censuradas, mis amigos insultados? Pero pienso librarme de todo esto. Vosotros seréis testigos —se arrancó del pecho la estrella, insignia de su cargo, y la arrojó sobre la mesa—. Renuncio a mi cargo, abdicó de mi poder... ¡Que lo asuma quien quiera!

—Deja que lo asuma —declaró Adrian— aquel que se pronuncie superior a ti o aquel a quien el mundo así lo pronuncie. No existe hombre en Inglaterra con semejante presunción. Conócete a ti mismo, Raymond, y tu indignación cesará, y tu complacencia regresará. Hace unos meses, cuando rezábamos por la prosperidad de nuestro país, de nosotros mismos, rezábamos al mismo tiempo por la vida y la salud del Protector, que estaba indisolublemente unido a aquella. Dedicabas tus días a nuestro beneficio, tu ambición era obtener nuestra aprobación. Embellecías nuestras ciudades con edificios, nos entregabas establecimientos útiles, sembrabas nuestro suelo de fertilidad y abundancia. Los poderosos y los injustos se acobardaban ante los pasos de tu buen juicio, y los pobres y los oprimidos se alzaban como flores matutinas bajo el sol de tu protección. ¿Te sorprende que nos sintamos todos horrorizados y tristes al constatar que todo parece haber cambiado? Pero ven, este arrebato tuyo ya ha pasado. Retoma tus funciones. Tus partidarios lo celebrarán. Tus

detractores guardarán silencio. Volveremos a manifestarte nuestro amor, honor y deber. Domínate a ti mismo, Raymond, y el mundo se someterá a ti.

—Todo lo que dices sería muy sensato si lo hubieras dicho de otro —replicó Raymond—. Aplícate a ti mismo la lección, y tú, primer noble del país, podrás convertirte en soberano. Tú, el bueno, el sabio, el justo, gobernarás todos los corazones. Ahora me percató, demasiado pronto para mi propia felicidad, demasiado tarde para el bien de Inglaterra, de que asumí una tarea que me supera. No sé ni gobernarme a mí mismo. Me dominan mis pasiones, mi más pequeño impulso es mi tirano. ¿Crees que renunciaría al Protectorado, y he renunciado a él, en un arrebato de ira? Como hay Dios juro que no volveré a lucir esta insignia. No volveré a cargar sobre mis espaldas el peso de la preocupación y la desgracia de la que esa estrella es signo visible. En otro tiempo deseé ser rey. Fue en el cénit de mi juventud, en el orgullo de mi locura infantil. Me conocía cuando renuncié a serlo. Mi renuncia me trajo una ganancia, no importa cuál, pues ahora también la he perdido. Durante muchos meses me he entregado a esta farsa de majestad, a esta bufonada solemne. Pero basta de necedades. Seré libre.

»He perdido lo que adornaba y confería dignidad a mi existencia, lo que me unía a los otros hombres. Vuelvo a ser un solitario. Y volveré a ser, como en mis primeros años, un viajero, un soldado de la fortuna. Amigos míos, pues a ti, Verney, te siento amigo, no tratéis de disuadirme. Perdita, casada con una quimera, inconsciente de lo que se oculta tras el velo, con un carácter en verdad imperfecto y vil, ha renunciado a mí. Con ella me bastaba para representar el papel de soberano. Y en los recodos de vuestro bosque amado jugábamos a las máscaras y nos creíamos pastores de la Arcadia, entregándonos a la imaginación momentánea. De modo que acepté, más por Perdita que por mí mismo, asumir el personaje de uno de los grandes de la tierra, conducirla a los escenarios de la grandeza, alterar su vida con un acto breve de magnificencia y poder. Con él pondríamos el color; el amor y la confianza, por su parte, serían la sustancia de nuestra vida. Pero debemos vivir nuestras vidas, no representarlas. Siguiendo una sombra, perdí la realidad. Ahora renuncio a ambas.

»Adrian, me dispongo a regresar a Grecia, a convertirme de nuevo en soldado, tal vez en conquistador. ¿Me acompañarás? Contemplarás nuevos paisajes, conocerás a otras gentes, serás testigo de la poderosa lucha que allí libran la civilización y la barbarie, presenciarás, y tal vez dirigirás los esfuerzos de una población joven y vigorosa por alcanzar la libertad y el orden. Ven conmigo. Te esperaba. Esperaba este momento, todo está dispuesto. ¿Me acompañarás?

—Lo haré —respondió Adrian.

—¿Inmediatamente?

—Mañana mismo, si así lo deseas.

—¡Reflexionad! —exclamé yo.

—¿Para qué? —preguntó Raymond—. Mi querido amigo, llevo todo el verano reflexionando sobre este asunto. Y no dudes de que Adrian ha condensado una era de

reflexión en este breve instante. No hables de reflexión: a partir de este momento, reniego de ella. Este es mi único momento de felicidad en mucho tiempo. Debo ir, Lionel, los dioses me lo ordenan, y debo hacerlo. No trates de privarme de mi compañero, de mi amigo desheredado.

»Una palabra más sobre la cruel e injusta Perdita. Durante un tiempo pensé que, observando obediencia durante un momento, alimentando las cenizas aún calientes, podría devolverle el fuego del amor. Pero hay más frío en ella que en una hoguera abandonada por los gitanos en invierno, cuyos carbones apagados yacen bajo una pirámide de nieve. Luego, tratando de ir en contra de mi naturaleza, no logré sino empeorar las cosas. Con todo, sigo pensando que el tiempo, e incluso la ausencia, me la devolverá. Recuerda que sigo amándola, que mi mayor esperanza es que vuelva a ser mía. Aunque ella lo ignora, yo sí sé cuán falso es el velo con que ha cubierto la realidad. No trates de rasgar esa capa de engaño, mas retírala lentamente. Ponla frente a un espejo para que pueda conocerse. Y cuando sea ducha en esa ciencia necesaria pero difícil, se preguntará por el error que ahora comete, y se aprestará a devolverme lo que por derecho me pertenece, su perdón, sus buenos pensamientos, su amor.

Capítulo X

TRAS aquellos acontecimientos, tardamos largo tiempo en recobrar cierto grado de compostura. Una tempestad moral había hundido nuestra pesada barca y nosotros, supervivientes de una menguada tripulación, nos sentíamos aterrorizados por las pérdidas y los cambios que habíamos vivido. Idris amaba apasionadamente a su hermano, y mal podía tolerar una ausencia de duración incierta. A mí mismo, su querida compañía me hacía mucha falta; había iniciado con gusto una ocupación literaria bajo su tutela y asistencia; la tolerancia de sus planteamientos, sus razonamientos sólidos y la amistad entusiasta que prodigaba lo convertían en el mejor ingrediente, en el espíritu exaltado de nuestro círculo. Incluso los niños lamentaron la

pérdida de su bondadoso compañero de juegos. Perdita se hallaba sumida en una pena aún más profunda. A pesar de su resentimiento, ni de día ni de noche dejaba de imaginar las fatigas y los peligros de los viajeros. Raymond ausente, luchando contra las dificultades, perdido el poder y el rango que le otorgaba el Protectorado, expuesto a los avatares de la guerra, se había convertido en objeto de su zozobra e interés. No es que deseara su regreso, si por regreso se entendía una vuelta a su anterior unión, pues tal escenario le resultaba inconcebible. Así, mientras eso creía, y lamentaba angustiada que las cosas hubieran llegado hasta ese punto, no dejaba de sentir ira e impaciencia por el causante de sus desgracias. Aquellas perplejidades y lamentaciones la llevaban a empapar la almohada con lágrimas nocturnas y a convertir su persona y su mente en vaga sombra de lo que había sido. Procuraba estar sola y nos evitaba cuando, alegres y derrochando afecto, nos reuníamos en familia. Sus únicos pasatiempos eran la reflexión solitaria, los largos paseos y la música solemne. Incluso descuidaba a su hija; cerrando su corazón a toda ternura, se mostraba reservada conmigo, su mejor y más entregado amigo.

Yo no podía verla de ese modo sin tratar de remediar su mal, que no tenía remedio, lo sabía, a menos que lograra reconciliarla con Raymond. Antes de la partida de este recurrí a todos los argumentos, a todas las persuasiones, para inducir la a que impidiera aquel viaje. Ella respondía a estas con un torrente de lágrimas, asegurándome que la vida y los bienes de la vida no bastaban para persuadirla. No era voluntad lo que le faltaba, sino capacidad; declaraba una y otra vez que resultaría más fácil encadenar el mar, poner riendas a las ráfagas invisibles del viento, que hacerle tomar por verdad la falsedad, por sinceridad el engaño, por amor fiel y verdadero la unión cruel. A mis razonamientos replicaba con mayor brevedad, declarando, desdeñosa, que la razón era suya; y que hasta que pudiera convencerla de que el pasado podía deshacerse, de que la madurez podía retroceder hasta la cuna y de que todo lo que era podía tornarse en lo que no había sido nunca, resultaría inútil que le asegurara que en su destino no había tenido lugar ningún cambio. Y así, con terco orgullo consintió que se fuera, aunque las fibras mismas de su corazón se rasgaron cuando se consumó la partida, que alejaba de su vida todo lo que estimaba valioso.

Para que se aireara, y para que nosotros también cambiáramos de aires, cubiertos como estaban por la nube que se había posado sobre nuestras cabezas, convencí a las dos compañeras que me restaban que sería mejor que nosotros también nos ausentáramos por un tiempo de Windsor. Visitamos el norte de Inglaterra, mi Ullswater natal, y nos recreamos en unos paisajes que despertaban mis recuerdos. Proseguimos viaje hasta Escocia para conocer los lagos Katrine y Lomond. Desde allí nos dirigimos a Irlanda, donde, en la vecindad de Killarney, nos instalamos durante varias semanas. El cambio de escenario operó en gran medida las modificaciones que esperaba. Tras un año de ausencia, Perdita volvió a mostrarse más amable y más dócil que en Windsor. Pero el regreso la alteró de nuevo por un tiempo. Allí todos los lugares parecían cargados de unos recuerdos que se habían vuelto amargos para ella.

Los claros del bosque, los helechos, las lomas cubiertas de hierba, el paisaje cultivado y alegre que se extendía junto al camino plateado del Támesis, todo le hablaba al unísono inspirado por la memoria, cargado de pesares y lamentos.

Pero mi intento de devolverla a una percepción más lúcida de sí misma no se detuvo ahí. Perdita seguía siendo, en gran medida, una persona sin formación. Cuando abandonó su vida campesina y pasó a residir con la culta y elegante Evadne, el único arte en el que alcanzó cierta perfección fue el de la pintura, para el que poseía unas aptitudes rayanas en la genialidad. Con ella se había entretenido en su casa solitaria, cuando abandonó la protección de su amiga griega. Pero ahora paleta y caballete permanecían olvidados; cuando trataba de pintar los recuerdos la atormentaban, la mano le temblaba y los ojos se le anegaban en llanto. Junto con aquella ocupación, había renunciado también a casi todas las demás. Y su mente se reconcomía en sí misma hasta conducirla casi a la locura.

Yo, por mi parte, desde los tiempos en que Adrian abandonó mi remota morada en busca de su propio paraíso de orden y belleza, me había empapado de literatura. Estaba convencido de que, por más que las cosas hubieran sido de otro modo en épocas remotas, en el presente estadio del mundo las facultades del hombre no podían desarrollarse, los principios morales del hombre no podían progresar, sin que existiera un contacto continuado con los libros. Para mí estos equivalían a una carrera activa, a la ambición, así como a otras emociones palpables que resultan necesarias para la mayoría. La asimilación de opiniones filosóficas, el estudio de hechos históricos, la adquisición de lenguas, se convirtieron a la vez en mi pasatiempo y en la meta más seria de mi vida. Yo mismo me convertí en escritor, aunque mis creaciones fueran poco pretenciosas. Se limitaban a biografías de mis personajes históricos favoritos, en especial de aquellos a los que creía que no se había hecho justicia, o ante los que alzaba un telón de oscuridad y duda.

A medida que mi creación literaria progresaba, iba adquiriendo nuevos intereses y placeres. Hallaba otro eslabón valioso que me unía a mi prójimo; mi punto de vista se ensanchaba, y las inclinaciones y capacidades de todos los seres humanos iban resultándome cada vez más interesantes. Se ha llamado a los reyes «padres de su pueblo». Y yo, de pronto, me sentía como si fuera el padre de toda la humanidad. La posteridad se convirtió en mi heredera. Mis pensamientos eran piedras preciosas con las que enriquecer el tesoro de las posesiones intelectuales del hombre. Cada sentimiento era un regalo valioso que le entregaba. Mis aspiraciones no deben atribuirse a la vanidad. No se expresaban en palabras ni adoptaban forma definida en mi propia mente, aunque sin duda henchían mi alma y exaltaban mis pensamientos, iluminándome con su resplandor, conduciéndome por la calzada oscura por la que hasta entonces había caminado y llevándome hacia la senda despejada de la humanidad, bañada de luz, que me convertía en ciudadano del mundo, candidato a honores inmortales, aspirante ávido del elogio y la comprensión de mis iguales.

Nadie gozaba tanto como yo de los placeres de la creación. Si abandonaba los bosques, la música solemne de las ramas mecidas por la brisa, el templo majestuoso de la naturaleza, buscaba refugio en los vastos salones del castillo, y desde ellos contemplaba la extensa y fértil Inglaterra, que se extendía bajo nuestra regia colina, mientras escuchaba incitadores pasajes musicales. En aquellas ocasiones las solemnes armonías de unas arias que elevaban el espíritu daban alas a mis pensamientos confinados, permitiéndoles, creía yo, traspasar el último velo de la naturaleza y de su Dios, y mostrar la más elevada belleza en una expresión visible a la comprensión del hombre. Mientras proseguía la música, mis ideas parecían abandonar su morada mortal; se liberaban de sus engranajes y emprendían el vuelo, navegando por las plácidas corrientes del pensamiento, llenando la creación de nueva gloria, avivando imaginaciones sublimes que de otro modo hubieran permanecido adormecidas, mudas. Y entonces me precipitaba sobre la mesa y tejía la tela mental recién hallada con textura firme y colores vivos, dejando para un momento de mayor sosiego la ordenación de aquellos materiales.

Pero este relato, que tanto podría pertenecer a un periodo anterior de mi vida como al momento presente, me lleva demasiado lejos. Fue el placer que obtenía con la literatura, la disciplina mental que veía surgir de ella, lo que me incitaba a lograr que Perdita se aventurara por el mismo camino. Empecé con mano ligera y sutil fascinación, excitando primero su curiosidad y luego satisfaciéndola de manera que, además de hacerle olvidar sus penas dándole una ocupación, llegara a encontrar en las horas siguientes un revulsivo de bondad y tolerancia.

Aunque no orientada hacia los libros, la actividad intelectual había formado siempre parte de la naturaleza de mi hermana. Se había manifestado de manera temprana en su vida, conduciéndola a la reflexión solitaria en sus montañas natales, lo que a su vez la había llevado a formarse incontables combinaciones a partir de los objetos cotidianos, y había conferido fuerza a sus percepciones y rapidez a su juicio. El amor llegó, como la vara de un profeta, y acabó con todos sus defectos menores. El amor duplicó todas sus excelencias y tocó su genio con una diadema. ¿Iba entonces a dejar de amar? Sería tan difícil apartar a Perdita del amor como extraer los colores y los perfumes de las rosas, como convertir en hiel y veneno el dulce alimento de la leche materna. Lloraba la pérdida de Raymond con una congoja que exiliaba toda sonrisa de sus labios y surcaba su hermosa frente con arrugas de tristeza. Y sin embargo el paso de los días parecía alterar la naturaleza de su sufrimiento, y las horas transcurridas la obligaban a alterar (si así puede decirse) el vestido de luto que cubría su alma. Durante un tiempo la música pareció saciar el apetito de su mente y las ideas melancólicas se renovaban con cada nuevo acorde, se alteraban con cada cambio de ritmo. La formación intelectual que le propuse la acercó a los libros, y si la música había sido alimento de su pena, las obras de los sabios se convirtieron en su medicina.

El aprendizaje de nuevas lenguas resultaba una ocupación demasiado tediosa para quien refería toda expresión a su universo interior y no leía, como hacen muchos, meramente para pasar el rato, sino que seguía interrogándose a sí misma y al autor, modelando cada idea de mil modos, deseosa de descubrir una verdad en cada frase. Ella perseguía mejorar su comprensión. Y así, de manera automática, bajo aquella beneficiosa disciplina, su corazón y sus disposiciones se suavizaron y se dulcificaron. Con el tiempo descubrió que, entre todos sus conocimientos recién adquiridos, su propio carácter, que hasta entonces creía conocer en profundidad, pasó a ocupar el lugar más preeminente entre todas sus *terrae incognitae*, se convirtió en la selva más impenetrable de un país no cartografiado. Errática, extrañamente, inició la tarea de examinarse y juzgarse a sí misma. Y de nuevo adquirió conciencia de sus propias excelencias y empezó a equilibrar mejor la balanza de lo bueno y lo malo que había en ella. Yo, que ansiaba en grado sumo devolverle la felicidad que aún le quedaba por disfrutar, observaba con impaciencia el resultado de sus procesos internos.

Pero el hombre es un animal raro. No pueden medirse sus fuerzas como si de una máquina se tratara. Y aunque un impulso actúe con una fuerza de cuarenta caballos sobre lo que parece dispuesto a plegarse a uno, el movimiento, depreciando todo cálculo, no llega a producirse. Así, ni el dolor, ni la filosofía ni el amor lograron que Perdita suavizara su opinión sobre el descuido de Raymond. Volvía a gustar de mi compañía, y por Idris sentía y demostraba de nuevo total aprecio. Una vez más derramaba sobre su hija gran ternura y permanentes cuidados. Pero en sus comentarios yo detectaba un profundo resentimiento contra Raymond, una inextinguible sensación de herida sin cicatrizar que me alejaba de toda esperanza cuando más cerca me creía de materializarla. Entre otras dolorosas restricciones, había convertido en ley de obligado cumplimiento entre nosotros el que jamás mencionáramos el nombre de Raymond en su presencia. Se negaba a leer cualquier noticia procedente de Grecia y me había pedido que me limitara a mencionarle si llegaba alguna, y si los viajeros se encontraban bien. Resultaba curioso que incluso Clara acatará esa ley impuesta por su madre. La encantadora niña tenía casi nueve años. Había sido siempre una pequeña feliz, fantasiosa, alegre e infantil, pero tras la marcha de su padre su gesto quedó marcado por la seriedad. Los niños, poco hábiles en el uso del lenguaje, no suelen hallar palabras para expresar sus pensamientos, y ninguno de nosotros sabía decir de qué modo se habían grabado en su mente los últimos acontecimientos. Pero sin duda habría realizado observaciones profundas mientras se daba cuenta de los cambios que se sucedían a su alrededor. Nunca mencionaba a su padre en presencia de Perdita, parecía algo asustada cuando me hablaba a mí de él, y aunque yo trataba de tranquilizarla en relación con el tema, disuadiéndola de los temores que teñían las ideas que manifestaba en relación con él, no lo lograba. Aun así, esperaba con impaciencia la llegada de sus cartas, distinguía a la perfección los timbres griegos y no me quitaba los ojos de encima mientras yo las

leía. Con frecuencia la descubría leyendo en el periódico artículos sobre el país heleno.

No hay visión más dolorosa que la de un niño prematuramente preocupado, más aún, como resultaba evidente en el caso que nos ocupa, cuando esa preocupación aparece en el ánimo de alguien que hasta ese momento se ha mostrado alegre. Y a pesar de todo Clara derrochaba una dulzura y docilidad que movían a la admiración. Y si es cierto que la pureza de alma pinta las mejillas de belleza y dota de gracia los movimientos, no había duda de que sus visiones debían de ser celestiales, pues su semblante era el colmo del encanto y sus movimientos resultaban más armónicos que los elegantes saltos de los cervatillos de su bosque natal. A veces yo abordaba con Perdita el tema de su reserva, pero ella rechazaba mis consejos, por más que la sensibilidad de su hija le suscitara una ternura más apasionada aún que la mía.

Transcurrido más de un año, Adrian regresó de Grecia.

Cuando nuestros dos exiliados llegaron a aquel país, turcos y griegos respetaban una tregua, una tregua que era como el sueño para el cuerpo, preludio de una actividad renovada tras el despertar. Con los numerosos soldados de Asia, con todos los arsenales militares, los barcos y las máquinas bélicas de que el poder y el dinero podían hacer acopio, los turcos decidieron aplastar sin dilación a un enemigo que, avanzando paso a paso desde su plaza fuerte de Morea, había conquistado Tracia y Macedonia y había conducido a sus ejércitos hasta las puertas mismas de Constantinopla. Las activas relaciones comerciales de los griegos con las naciones europeas hacían que estas contemplaran su éxito con gran interés. Grecia se preparó para mantener una vigorosa resistencia y se alzó como un solo hombre. Las mujeres, sacrificando sus valiosos ornamentos, armaron a sus hijos para la guerra instándolos, con el espíritu de madres espartanas, a vencer o morir. Los talentos y el coraje de Raymond eran altamente estimados por los griegos. Nacido en Atenas, la ciudad lo reclamaba como hijo propio y le había concedido el mando de su división en el ejército. Solo el comandante en jefe poseía más poder que él. Considerado uno de sus ciudadanos, su nombre se añadió a la lista de héroes griegos. Su buen juicio, su capacidad de acción, su consumada valentía justificaban la decisión. El conde de Windsor, por su parte, se convirtió en voluntario a las órdenes de su amigo.

—Bien está —dijo Adrian— hablar de guerra bajo estas sombras plácidas, y con gran profusión de palabras convertirlo en espectáculo, pues muchos miles de congéneres nuestros abandonan con dolor este aire dulce y su tierra natal. No soy sospechoso de ir en contra de la causa griega; sé y siento su necesidad. Es, más que ninguna otra, una buena causa, que he defendido con mi espada. Estaba dispuesto a morir en su defensa. La libertad vale más que la vida, y los griegos hacen bien en defender su privilegio hasta la muerte. Pero no nos engañemos. Los turcos son hombres. Todas sus fibras, todos sus miembros sienten igual que los nuestros, y tanto turcos como griegos sienten, en su corazón o en su cerebro, los espasmos mentales o físicos con la misma intensidad. La última acción que presencié fue la toma de... Los

turcos resistieron hasta el fin, la guarnición pereció en las murallas y nosotros entramos al asalto. Todas las criaturas que aún respiraban intramuros fueron masacradas. ¿Creéis que, entre los gritos de la inocencia violada y la infancia desesperada, no oía yo, con todos mis sentidos, el llanto de mi prójimo? Antes que mahometanos, quienes así sufrían eran hombres y mujeres, y cuando se levanten, sin turbante, de la tumba, ¿en qué, excepto en sus acciones, buenas o malas, serán mejores o peores que nosotros? Dos soldados peleaban por una muchacha, cuya gran belleza y ricos ropajes excitaban los bajos instintos de aquellos malhechores, tal vez buenos hombres en familia, a quienes la furia del momento había convertido en encarnación del demonio. Un viejo de barba plateada, decrepito y calvo, que tal vez fuera su abuelo, se interpuso entre ellos y la joven para salvar a esta, y el hacha de guerra de uno de los dos se hundió en su cráneo. Yo acudí en su defensa, pero la ira los cegaba y los volvía sordos. No repararon en mi atuendo cristiano ni escucharon mis voces. Las palabras eran armas sin filo entonces, pues mientras la guerra gritaba «destrucción», y el asesinato cumplía sus órdenes, ¿cómo podía yo

revertir la marea de los males, aliviando el error
con leve ofrecimiento de elocuencia balsámica^[27]?

Uno de los dos tipos, indignado por mi intromisión, me golpeó en el costado con su bayoneta y caí al suelo, inconsciente.

—Esta herida tal vez acorte mi vida, pues ha sacudido mi cuerpo, ya de por sí frágil. Pero acato la muerte. En Grecia he aprendido que un hombre más o menos importa poco mientras queden cuerpos humanos para reemplazar las filas menguantes de la soldadesca. Y he aprendido también que la identidad de un individuo puede ignorarse, siempre y cuando el pelotón siga completo. Todo esto tuvo un efecto distinto sobre Raymond. Él es capaz de tener en cuenta el ideal de la guerra, mientras que yo soy sensible solo a sus realidades. Él es soldado, general. Ejerce influencia sobre las alimañas de la guerra sedientas de sangre, mientras que yo me resisto en vano a sus impulsos. La razón es sencilla. Burke ha afirmado que «en todos los cuerpos, aquellos que ordenan deben, en no poca medida, obedecer^[28]». Y yo no puedo obedecer, pues no simpatizo con sus sueños de masacre y gloria... Obedecer y ordenar en semejante carrera está en la naturaleza de la mente de Raymond. Siempre triunfa, y parece probable que, al tiempo que adquiere honores y cargos para sí, asegure la libertad de los griegos, y tal vez un imperio extenso.

La mente de Perdita no se serenó al oír aquel relato, pues pensó que Raymond podía ser feliz y grande sin ella. «¡Ojalá yo también tuviera una carrera! ¡Ojalá yo también pudiera fletar un barco nuevo con todas mis esperanzas, energías y deseos, y lanzarlo al océano de la vida, dirigirme con él a algún punto alcanzable, con la ambición o el placer por timón! Pero vientos adversos me retienen en la orilla. Como Ulises, me siento al borde del agua y derramo lágrimas. Pero mis manos inertes no

son capaces de talar árboles ni de cortar tablones». Influida por aquellos pensamientos melancólicos, se enamoró más que nunca de la desdicha. Con todo, la presencia de Adrian le hizo algún bien, pues al instante el recién llegado rompió la ley del silencio que pesaba sobre Raymond. Al principio se sobresaltó al oír su desusado nombre, pero no tardó en acostumbrarse a él, en amarlo, y escuchaba con avidez el relato de sus logros. Clara también se libró de su recato; Adrian y él habían sido compañeros de juegos, y ahora, mientras caminaban o cabalgaban juntos, él cedía a sus sinceras súplicas y le repetía por enésima vez esta o aquella descripción del acto de coraje, munificencia o justicia de su padre.

Entretanto, todos los buques llegaban portadores de noticias emocionantes sobre Grecia. La presencia de un amigo en sus ejércitos y su gobierno nos llevaba a seguir con entusiasmo la evolución de los acontecimientos. Y en alguna carta breve que nos enviaba en contadas ocasiones, Raymond nos relataba lo inmerso que se hallaba en los intereses de su país de adopción. El comercio era de gran relevancia para los griegos, y se habrían conformado con sus posesiones territoriales si los turcos no los hubieran invadido. Pero los patriotas, que obtuvieron victorias, se impregnaron del espíritu de conquista hasta el punto de ver ya Constantinopla como suya. La estimación que profesaban por Raymond no dejaba de crecer. Pero en el ejército había un hombre que mandaba más que él. Era célebre por su conducta y por haber elegido una posición determinada en una batalla librada en la llanuras de Tracia, a orillas del Hebrus, que había de decidir el destino del islam. Los mahometanos fueron derrotados y expulsados enteramente del territorio que quedaba al oeste del río. La batalla fue sanguinaria, la pérdida de los turcos, al parecer, irreparable. Los griegos, por el contrario, perdieron a un solo hombre, pero ello les bastó para olvidarse de la multitud anónima esparcida sobre el campo ensangrentado, y renunciaron a celebrar una victoria que les supuso perder a... Raymond.

En la batalla de Makri, este había dirigido la carga de caballería y persiguió a los fugitivos hasta orillas del Hebrus. Tras el combate hallaron a su caballo favorito pociendo en la ribera del manso río. No se supo si había caído entre los soldados desconocidos. Pero no se encontraron ornamentos rotos ni arreos manchados que revelaran cuál había sido su suerte. Se sospechaba que los turcos, hallándose en posesión de tan ilustre cautivo, decidieron satisfacer su crueldad más que su avaricia, y temerosos de la intervención de Inglaterra, optaron por ocultar para siempre el asesinato a sangre fría del soldado más odiado y temido de los escuadrones enemigos.

Raymond no fue olvidado en Inglaterra. Su abdicación del Protectorado había causado una consternación sin precedentes. Y cuando sus planes magníficos y bien ideados se contrastaron con la estrechez de miras de los políticos que le sucedieron, el periodo de su mandato empezó a recordarse con nostalgia. La constante mención de su nombre, unida a los testimonios honrosos que llenaban las gacetas griegas, mantenían despierto el interés que había despertado. Parecía el hijo predilecto de la fortuna, y su prematura pérdida eclipsó al mundo y dejó al resto de la humanidad

huérfana de brillo. La gente se aferraba a la esperanza de que siguiera con vida. Se instó al representante consular en Constantinopla a realizar las averiguaciones pertinentes y, en caso de que pudiera verificarse que no había muerto, exigiera su liberación. Cabía esperar que sus esfuerzos dieran fruto y que, aunque prisionero, blanco de crueldad y odio, pudiera ser rescatado del peligro y devuelto a la felicidad, el poder y el honor que merecía.

El efecto que causó la noticia en mi hermana fue asombroso. En ningún momento dio crédito a la historia de su muerte. Resolvió al instante trasladarse a Grecia. Tratamos de razonar con ella, de disuadirla, pero Perdita no consintió que ningún impedimento, ningún retraso, se interpusiera en su decisión. En honor a la verdad debe decirse que si los argumentos y las súplicas logran apartar a alguien de un propósito desesperado cuyos motivos y fin se basan exclusivamente en la intensidad de las emociones, entonces está bien que así sea, pues tal renuncia demuestra que ni el motivo ni el fin eran lo bastante fuertes para resistir los obstáculos que se interpusieran en su consecución. Si, por el contrario, resisten los intentos disuasorios, esa misma terquedad presagia ya el éxito; y se convierte en deber de aquellos que aman a ese alguien contribuir a allanar los impedimentos que surjan en su camino. Con esos sentimientos actuamos en nuestro pequeño grupo. Comprendiendo que Perdita se mantendría insobornable, nos dedicamos a proporcionarle los mejores medios para alcanzar su propósito. No podía ir sola a un país donde carecía de amigos, donde tal vez, apenas llegara, confirmaría la temible noticia, que sin duda la sumiría en el más hondo de los pesares y los remordimientos. Adrian, cuya salud siempre había sido frágil, se resentía, además, del agravio de su reciente herida. Idris se veía incapaz de abandonarlo en ese estado, y no era adecuado que nos ausentáramos los dos, ni que nos lleváramos a nuestros hijos en un viaje de aquella naturaleza. Finalmente decidí que solo yo acompañaría a mi hermana. La separación de mi Idris me resultó muy dolorosa, pero la necesidad nos consolaba en cierto modo. La necesidad y la esperanza de salvar a Raymond, de devolverle la felicidad, de devolvérselo a Perdita. No había tiempo que perder. Dos días después de tomada la decisión llegamos a Portsmouth y embarcamos. Era el mes de mayo y no se preveían tormentas. Se nos prometió un viaje próspero. Albergando las más fervientes esperanzas, adentrándonos en el vasto mar, observamos maravillados alejarse las costas de Inglaterra, y en las alas del deseo desplegamos las velas, henchidas de viento, rumbo al sur. Nos impulsaban las olas livianas, y el viejo océano sonreía con el peso del amor y la esperanza puestos a su recaudo; amansando con delicadas caricias sus llanuras tempestuosas, el sendero se allanaba para nosotros. De día y de noche, el viento de popa impulsaba constante nuestra quilla, y ni galerna rugiente ni arena traidora ni peñasco destructor interpusieron obstáculo alguno entre mi hermana y la tierra en la que iba a entregarse de nuevo a su primer amor, al confesor amado de su corazón, al corazón que latía dentro de su corazón.

VOLUMEN Segundo

Capítulo I

DURANTE nuestro viaje, cuando en las noches serenas conversábamos en cubierta, observando el vaivén de las olas y el cielo mudable, descubrí el cambio absoluto que los desastres de Raymond habían operado en la mente de mi hermana. ¿Eran las aguas del mismo amor, últimamente frías y cortantes como el hielo, las que ahora, liberadas de sus gélidas cadenas, recorrían las regiones de su alma con agradecida y abundante exuberancia? Perdita no creía que estuviera muerto, pero sabía que se encontraba en peligro, y la esperanza de contribuir a su liberación y la idea de aliviar con ternura los males que pudieran haberle sobrevenido, elevaban y aportaban armonía a las anteriores estridencias de su ser. Yo, por mi parte, no me sentía tan optimista como ella respecto del resultado de nuestra misión, aunque en realidad ella se mostrara más segura que optimista. La esperanza de volver a ver al amante que había rechazado, al esposo, al amigo, al compañero de su vida, del que llevaba tanto tiempo alejada, envolvía sus sentidos en dicha, su mente en placidez. Era empezar a vivir de nuevo: era dejar atrás las arenas desiertas para ir en pos de una morada de fértil belleza; era un puerto tras una tempestad, una adormidera tras muchas noches en vela, un despertar feliz tras una pesadilla.

La pequeña Clara nos acompañaba. La pobre niña no comprendía bien qué sucedía. Había oído que nos dirigíamos a Grecia, donde vería a su padre, y ahora, por vez primera en mucho tiempo, se atrevía a hablar de él con Perdita.

Al llegar a Atenas constatamos que nuestras dificultades aumentaban: ni la historiada tierra ni el clima balsámico podían inspirarnos entusiasmo o placer mientras Raymond se hallara en peligro. Ningún otro hombre había despertado un interés público tan grande, algo que resultaba evidente incluso entre los flemáticos ingleses, con los que no trataba hacía tiempo. Los atenienses esperaban que su héroe

regresara triunfante. Las mujeres habían enseñado a sus hijos a susurrar su nombre seguido de una expresión de agradecimiento. Su belleza viril, su valor, la devoción que había sentido siempre por su causa, lo hacían aparecer a sus ojos casi como una de las deidades antiguas de aquellas tierras, bajado de su Olimpo para defenderlos. Cuando se referían a su probable muerte y a su cautividad segura, lloraban a lágrima viva. Del mismo modo que las madres de Siria habían llorado a Adonis, las esposas y las madres de Grecia plañían a nuestro Raymond inglés. Atenas era una ciudad de lamentos.

Todas aquellas muestras de desconsuelo llenaron a Perdita de espanto. Mientras se hallaba lejos de la realidad, sus expectativas, mezcla de optimismo y confusión, engendradas por el deseo, habían creado en su mente una imagen de cambio instantáneo que se produciría apenas pisara suelo griego. Imaginaba que Raymond ya habría sido liberado y que sus dulces atenciones borrarían incluso el recuerdo de su mala fortuna. Pero su destino seguía siendo incierto, y ella empezó a temer lo peor y a sentir que las esperanzas de su alma se habían vertido en un azar que podía revelarse adverso. La esposa y la encantadora hija de lord Raymond fueron desde el principio objeto de profundo interés en Atenas. Las puertas de su residencia eran constantemente asediadas, y desde ellas se murmuraban oraciones para el regreso del héroe. Todas aquellas circunstancias llenaban a Perdita de zozobra y temores.

Yo, por mi parte, no cejaba en mi empeño. Transcurrido un tiempo abandoné Atenas y me uní al ejército, acampado en la localidad tracia de Kishan. Mediante sobornos, amenazas e intrigas, no tardé en descubrir que Raymond estaba vivo y que, como prisionero, sufría los rigores de un encierro severo y era sometido a toda clase de crueldades. A partir de ese momento pusimos en marcha todos los mecanismos de la política y el dinero para redimirlo de su infortunio.

El carácter impaciente de mi hermana regresó a ella, crecido por el arrepentimiento, azuzado por la culpa. La perfección del clima primaveral en Grecia no hacía sino potenciar la tortura de sus sensaciones. La incomparable belleza de la tierra, tapizada de flores, el sol benigno, las agradables sombras, las melodías de los pájaros, la majestuosidad de los bosques, el esplendor de las ruinas marmóreas, el claro resplandor de las estrellas por la noche, la combinación de todo lo que era emocionante y voluptuoso en aquella tierra trascendente, que aceleraba su espíritu vital y le excitaba los sentidos en todos los poros de su piel, no hacía más que agudizar su dolor. Contaba el lento transcurrir de las horas y el sufrimiento de su amado ocupaba todos sus pensamientos. Se abstenía de comer. Se echaba en tierra desnuda y trataba de imitar en todo los tormentos de Raymond, esforzándose por comulgar con su dolor distante. Recuerdo que, en uno de sus momentos más difíciles, un comentario mío le había causado irritación y desdén.

—Perdita —le había dicho yo—, algún día descubrirás que hiciste mal al arrojar a Raymond a las espinas de la vida. Cuando la decepción haya mancillado su belleza, cuando las desgracias del soldado hayan ajado su virilidad, cuando la soledad le

vuelva amargos incluso sus triunfos, entonces te arrepentirás. Y lamentarás el cambio irreparable

que en corazones hoy pétreos
moverá al fenecido remordimiento del amor^[29].

Aquel agudo «remordimiento del amor» desgarraba ahora su corazón. Se culpaba del viaje que Raymond había emprendido a Grecia, de los peligros que había corrido, de su encarcelamiento. Imaginaba la angustia de su soledad, recordaba con qué impaciencia y dicha le había comunicado sus alegres esperanzas, con qué inmenso afecto había aceptado que ella se preocupara por él. A su mente regresaban las muchas ocasiones en que había declarado que la soledad era el peor de todos los males, y que a él la muerte le infundía más miedo y dolor cuando se imaginaba la tumba sola. «Mi niña buena —le había dicho— me alivia de mis peores fantasías. Unido a ella, amado por su dulce corazón, no volveré a conocer la tristeza de hallarme solo. Y si muero antes que tú, mi Perdita, conserva mis cenizas hasta que puedan mezclarse con las tuyas. Se trata de una idea absurda para alguien que no es materialista, pero creo que, incluso en esa celda oscura, tal vez sienta que mi polvo inanimado se funde con el tuyo, y de ese modo, cuando me marchite, tendré tu compañía». En sus días de resentimiento, recordaba aquellas palabras con acrimonia y desprecio. Pero también ahora, apaciguada, la visitaban, privándola del sueño, suprimiendo toda esperanza de su mente inquieta.

Así transcurrieron dos meses, hasta que al fin obtuvimos la promesa de su liberación. El encierro y las dificultades habían minado su salud. Los turcos temían el cumplimiento de las amenazas del gobierno inglés si moría en su poder; creían imposible su restablecimiento y lo entregaron moribundo, dejándonos gustosamente a nosotros la tarea de celebrar los ritos funerarios.

Llegó por mar a Atenas desde Constantinopla. El viento, aunque favorable, soplaba con tal fuerza que no pudimos recibirlo en alta mar, como era nuestro deseo. La torre de vigía de Atenas se veía asediada por los curiosos y se escrutaba la aparición de todas las velas. Hasta que el primer día de mayo apareció en lontananza la gallarda fragata, cargada con un tesoro máspreciado que todas las riquezas que, traídas de Méjico, engullía el Pacífico, o que las que surcaban sus tranquilas aguas para enriquecer la corona de España. Al amanecer se vio que el barco arribaba a la costa, y se dedujo que echaría el ancla a cinco millas de tierra.

La noticia se propagó por toda Atenas y la ciudad en pleno se congregó a las puertas del Pireo, tras descender camino del puerto por las calles, a través de los viñedos, de los olivares y los campos de higueras. La algarabía del populacho, los colores vistosos de sus atuendos, el tumulto de carruajes y caballos, el avance de los soldados, todo se mezclaba con el ondear de las banderas y el sonido de las músicas marciales, que se sumaban a la gran excitación de la escena, puntuada por la solemne

majestad de las ruinas antiguas que nos rodeaban. A nuestra derecha se levantaba la Acrópolis, testigo de mil cambios, de antigua gloria, del dominio turco, de la restauración de la ansiada libertad; esparcidos por todas partes, los cenotafios y las tumbas cubiertos de una vegetación siempre reverdecida. Los poderosos muertos acechaban desde sus monumentos y, en el entusiasmo de las multitudes, contemplaban la repetición de unas escenas de las que ellos habían sido actores. Perdita y Clara viajaban en un carruaje cerrado. Yo las seguía a caballo. Finalmente llegamos al puerto. Me impresionó la magnitud del oleaje. La playa, por lo que podía distinguirse, estaba llena de una muchedumbre movediza que, empujada por quienes avanzaban hacia el mar, se retiraba cada vez que las grandes olas se acercaban a ellos. Miré por el catalejo y vi que la fragata ya había echado el ancla, temerosa de acercarse más a la costa de sotavento. Bajaron un bote y vi con aprensión que Raymond era incapaz de descender solo por el casco del buque y que tenían que bajarlo sentado en una silla y envuelto en mantos.

Desmonté y pedí a unos marineros que remaban por el puerto que me llevaran. En ese mismo instante Perdita descendió de su carruaje y me agarró del brazo.

—¡Llévame contigo! —exclamó, temblorosa y pálida. Clara se abrazaba con fuerza a ella.

—No debes ir. El mar está muy agitado. Muy pronto estará aquí. ¿No ves su nave? —La barca de remos que había mandado acercarse ya había atracado. Sin darme tiempo a detenerla, ayudada por los marineros, mi hermana montó en ella. Clara siguió a su madre y mientras abandonábamos el resguardado muelle, un grito unánime se alzó desde la multitud. Perdita, en la proa, se aferraba a uno de los hombres, que miraba por el catalejo, y le hacía mil preguntas, sin importarle el agua que la salpicaba, sorda, ciega a todo salvo al punto lejano que, apenas visible sobre las olas, se aproximaba a nosotros, que avanzábamos hacia él con toda la fuerza que seis remeros podían proporcionarnos. Los uniformes pintorescos de los soldados que formaban en la playa, los sonidos de la vigorosa música, los estandartes que la fuerte brisa hacía ondear, las exclamaciones constantes de la multitud, de piel oscura y atuendo extranjero, claramente oriental; la visión del peñasco coronado por el templo, el mármol blanco del edificio que reverberaba al contacto con el sol y se recortaba claramente contra el perfil de las montañas imponentes que se erguían detrás; el rugido cercano del mar, el chasquido de los remos, el salpicar del agua... Todo envolvía mi alma en un delirio jamás sentido, ni imaginado siquiera en el curso de una vida común. Tembloroso, no podía mirar ya por el catalejo con el que había seguido los movimientos de la tripulación desde que el bote de la fragata entró en contacto con el mar. Nos acercábamos deprisa y no tardamos en distinguir a simple vista las formas de los tripulantes y en saber cuántos eran. Su tamaño crecía por momentos, y el golpear de sus remos contra el mar empezaba a resultarnos audible. Al fin veía la forma lánguida de mi amigo que, al ver que nos aproximábamos, trató de incorporarse.

Las preguntas de Perdita habían cesado. Agarrándome del brazo, jadeando, la intensidad misma de su emoción le impedía el llanto. Nuestro bote se aborloó al otro. En un último esfuerzo, mi hermana hizo acopio de todo su tesón, pasó de una barca a la otra y entonces, ahogando un grito, se abalanzó sobre Raymond, se hincó de rodillas a su lado y, pegando los labios a la mano que buscaba, el rostro cubierto por su larga cabellera, se abandonó a las lágrimas.

Raymond se había alzado un poco al ver que nos acercábamos, pero incluso aquel movimiento le había supuesto una gran fatiga. Con las mejillas hundidas y los ojos ausentes, pálido y flaco, apenas reconocí al amor de Perdita. Permanecí largo rato asombrado y mudo, mientras él contemplaba sonriente a la pobre muchacha. Sí, aquella era su sonrisa. Un rayo de sol iluminando un valle oscuro muestra sus líneas hasta ese momento ocultas; ahora aquella sonrisa, la misma con la que pronunció sus primeras palabras de amor a Perdita, la misma con la que había aceptado el Protectorado, asomándose a su demacrado semblante, me hizo saber en lo más profundo de mi corazón, que se trataba de Raymond.

Me alargó la otra mano, y en su muñeca desnuda distinguí las marcas de unas manillas. Oí los sollozos de mi hermana y pensé en la suerte de las mujeres, que pueden llorar, y que con caricias apasionadas se libran del peso de sus emociones, mientras que al hombre le frenan el pudor y la compostura natural. Habría dejado brotar las palabras de la infancia, lo habría apretado contra mi pecho, me habría llevado su mano a los labios, habría llorado, sí, abrazándome a él; mi corazón, desbordado, me oprimía la garganta. No podía controlar el torrente de mis lágrimas que, rebelándose contra mí, se agolpaban en mis ojos, de modo que me volví y las vertí sobre el mar. Cada vez brotaban con más fuerza, y sin embargo mi vergüenza menguó cuando constaté que aquellos curtidos marineros también se habían emocionado y que los ojos de Raymond eran los únicos que permanecían secos. Yacía en esa calma bendita que siempre procura la convalecencia, y disfrutaba de la serena tranquilidad que le daban la libertad recobrada y el encuentro con la mujer a la que adoraba. Perdita, al fin, controló su arrebato de pasión y se puso en pie. Buscó con la mirada a Clara que, asustada, sin reconocer a su padre, ignorada por nosotros, se había acurrucado en el otro extremo del bote. Acudió a la llamada de su madre, que se la presentó a Raymond. Sus primeras palabras fueron:

—Amado, abraza a nuestra hija.

—Ven aquí, querida mía —dijo su padre—. ¿No me conoces?

La pequeña reconoció su voz, y se arrojó en sus brazos algo pudorosa, pero con incontrolable emoción.

Percibiendo la debilidad de Raymond, yo temía que la multitud que le aguardaba en tierra pudiera desbordarse. Pero su cambio de aspecto dejó sin habla a todo el mundo. A nuestra llegada la música cesó y los vítores se interrumpieron al punto. Los soldados habían liberado un espacio en el que dispusieron un carruaje. Condujeron hasta él a Raymond. Perdita y Clara se montaron con él y sus escoltas lo rodearon.

Un murmullo sordo, como el de las olas cercanas, recorrió la muchedumbre, que se echaba hacia atrás para abrirle paso, temerosa de lastimar con sus vítores a aquel a quien había acudido a dar la bienvenida, y se limitaba a inclinar la cabeza al paso del carruaje, que avanzaba despacio por el camino del Pireo, dejando atrás templos antiguos y tumbas heroicas bajo el empinado peñasco de la ciudadela. El rumor de las olas quedó atrás, pero el de la multitud seguía a intervalos, amortiguado, sordo. Y aunque en la ciudad las casas, las iglesias y los edificios públicos estaban decorados con pendones y estandartes; aunque la soldadesca formaba en las calles y los habitantes se congregaban por millares para gritarle su bienvenida, el mismo silencio solemne se mantenía, los soldados le presentaban armas —los estandartes a media asta, muchas manos blancas empuñando banderolas— y en vano buscaban distinguir al héroe en su vehículo que, cerrado y rodeado de guardias, se dirigía al palacio que le habían dispuesto.

Raymond se sentía débil, exhausto, y sin embargo el interés que suscitaba su persona le llenaba de orgullo. El amor que los demás le profesaban estaba a punto de matarlo. Ciertamente que el pueblo se refrenaba, pero el rumor y el bullicio de la muchedumbre congregada alrededor de palacio, sumados al estrépito de los fuegos de artificio, a los frecuentes disparos de las armas, al repicar de los cascos de los caballos, de cuya efervescencia era él la causa, dificultaban su recuperación. De modo que, al poco, decidimos trasladarnos por un tiempo a Eleusis, donde el reposo y los cuidados lograron que nuestro enfermo recobrara fuerzas prontamente. Las atenciones que le prodigaba Perdita eran la primera causa de su rápido restablecimiento. Pero la segunda era sin duda la felicidad que sentía por el afecto y la buena voluntad que le profesaban los griegos. Se dice que amamos mucho a aquellos a los que causamos un gran bien. Raymond había luchado y conquistado territorios para los atenienses. Había sufrido por ellos, se había expuesto a los peligros, al cautiverio y a las dificultades. Su gratitud le conmovía profundamente y en lo más hondo de su corazón anhelaba ver su destino unido para siempre al de aquel pueblo que sentía por él tal devoción.

El amor y la comprensión de la sociedad constituían un rasgo marcado de mi carácter. En mi primera juventud, el drama vivo que se había desarrollado a mi alrededor había llevado a mi corazón y a mi alma hasta su vórtice. Ahora me percataba de cierto cambio. Amaba, esperaba, disfrutaba. Pero había algo más. Me mostraba inquisitivo respecto a los principios internos de las acciones de aquellos que me rodeaban, impaciente por interpretar correctamente sus ideas, ocupado siempre en adivinar sus planteamientos más recónditos. Todos los acontecimientos, además de interesarme profundamente, aparecían ante mí en forma de pinturas. Otorgaba el lugar justo a cada personaje de un grupo, el equilibrio justo a cada sentimiento. Esa corriente subterránea de pensamiento solía calmarme en momentos de zozobra o agonía. Confería idealismo a algo que, tomado en su verdad más despojada, hubiera repugnado al alma. Dotaba de colores pictóricos la tristeza y la enfermedad, lo que

con frecuencia me aliviaba de la desesperación en momentos de pérdida. Aquella facultad, o instinto, volvió a despertar en mí. Observaba la renacida devoción de mi hermana, la admiración tímida pero indudable que Clara sentía por su padre, el hambre de reconocimiento de Raymond, la importancia que para él tenían las demostraciones de afecto de los atenienses. Así, observando con atención los hechos de aquel capítulo del libro, no me sorprendió demasiado el relato que leí al volver la página.

El ejército turco se encontraba en ese momento asediando Rodosto. Y los griegos, apresurándose en sus preparativos y enviando refuerzos todos los días, estaban a punto de obligar al enemigo a entrar en batalla. Todo el mundo consideraba la lucha inminente como un episodio decisivo en gran medida, pues en caso de victoria, el paso siguiente sería el asedio griego de Constantinopla. Raymond, algo más repuesto, se dispuso a retomar su mando en el ejército.

Perdita no se opuso a su decisión y se limitó a estipular que le permitiera acompañarlo. No se había marcado ninguna pauta de conducta para sí misma, pero ni aun queriendo hubiera podido oponerse al más banal de sus deseos ni hacer otra cosa que aceptar de buen grado todos sus planes. Una palabra, en realidad, la hubiera alarmado más que las batallas y los sitios, pues confiaba en que, durante estos, la destreza de Raymond lo libraría de todo peligro. Y aquella palabra, que por entonces para ella no era más que eso, era «peste». Ese enemigo de la raza humana había empezado, a principios de junio, a alzar su cabeza de serpiente en las orillas del Nilo y había afectado ya a zonas de Asia por lo general libres de semejante mal. La plaga alcanzó Constantinopla, pero como la ciudad recibía todos los años la misma visita, se prestó poca atención a los relatos que afirmaban que allí ya habían muerto más personas de las que normalmente eran presa de ella en los meses más cálidos. Sin embargo, ni la peste ni la guerra impedirían a Perdita seguir a su señor ni la llevarían a plantear objeción alguna a sus planes. Estar cerca de él, recibir su amor, sentir que volvía a ser suyo, constituían el colmo de sus deseos. El objeto de su vida era darle placer. Así había sido antes, pero con una diferencia; en el pasado, sin preverlo ni pensarlo, le había hecho feliz siéndolo ella también, y ante cualquier decisión consultaba sus propios deseos, pues no se diferenciaban de los de su amado. Ahora, en cambio, no se tenía en cuenta a sí misma, sacrificando incluso la inquietud que le causaba su salud y bienestar, decidida como estaba a no oponerse a ninguno de sus planes. A Raymond le espoleaban el amor del pueblo griego, la sed de gloria y el odio que sentía por el gobierno bárbaro bajo el que él mismo había sufrido hasta casi la muerte. Deseaba devolver a los atenienses el amor que le habían demostrado, mantener vivas las imágenes de esplendor asociadas a su nombre y erradicar de Europa un poder que, mientras todas las demás naciones avanzaban en civilización, permanecía inmóvil, como monumento de antigua barbarie. Yo, por mi parte, habiendo logrado la reconciliación de Raymond y Perdita, me sentía impaciente por regresar a Inglaterra. Pero su petición sincera, unida a mi curiosidad creciente y a una

angustia indefinida por presenciar la catástrofe, al parecer inminente, de la larga historia bélica de Grecia y Turquía, me llevaron a consentir en prolongar mi periodo de residencia en suelo heleno hasta el otoño.

Tan pronto como la salud de Raymond estuvo lo bastante restablecida se preparó para unirse al campamento griego, que se había concentrado cerca de Kishan, ciudad de cierta importancia situada al este del río Hebrus. En ella se instalarían Perdita y Clara hasta que se produjera la esperada batalla. Salimos de Atenas el segundo día de junio. Raymond había ganado peso y color. Si bien yo ya no veía el brillo lozano de la juventud en su rostro maduro, si bien las preocupaciones habían surcado su frente, y en el campo de su belleza profundas trincheras cavado^[30], si bien en su pelo, ligeramente teñido de gris, y en su mirada, serena incluso en la impaciencia, se leían los años y los sufrimientos vividos, había no obstante algo conmovedor en alguien que, recientemente arrebatado de las garras de la muerte, reemprendía su carrera negándose a doblegarse a la enfermedad y al desastre. Los atenienses no veían en él, como antes, al joven heroico ni al hombre desesperado dispuesto a morir por ellos, sino al comandante prudente que, por el bien de ellos, cuidaba de su propia vida y ponía en segundo plano sus tendencias guerreras a favor del plan de acción que desde las instancias políticas se hubiera trazado.

La ciudad toda nos acompañó durante varias millas. A nuestra llegada, hacía un mes, nos había recibido silenciada por la tristeza y el miedo, pero el día de nuestra partida fue una fiesta para todos. Los gritos resonaban en el aire y las ropas pintorescas, de vivos colores, brillaban al sol. Los gestos expresivos y las palabras rápidas de los lugareños se correspondían con su aspecto indómito. Raymond estaba en boca de todos, era la esperanza de toda esposa, madre o prometida cuyo esposo, hijo o novio, integrado en el ejército griego, debía ser conducido por él a la victoria.

A pesar del azaroso objeto de nuestro viaje, mientras recorriamos los valles y las colinas de aquel país divino constatábamos que los intereses románticos eran muchos. Raymond se sentía inspirado por las intensas sensaciones suscitadas por su salud recobrada. Se daba cuenta de que, al ser general de los atenienses, ocupaba un cargo digno de su ambición, y que en su esperanza de tomar Constantinopla participaba en un acontecimiento que resultaría trascendental durante siglos, una hazaña inigualada en los anales del hombre, cuando una ciudad de tan grandes resonancias históricas, la belleza de cuya ubicación era la maravilla del mundo, y que durante muchos cientos de años había sido plaza fuerte de los musulmanes, fuera liberada de la esclavitud y la barbarie y devuelta a un pueblo ilustre por su genio, su civilización y su espíritu de libertad. Perdita reposaba en su recobrada compañía, en su amor, en sus esperanzas y su fama, como un sibarita sobre su lujoso triclinio. Todos sus pensamientos eran compartidos, todas sus emociones se impregnaban de un elemento coincidente y balsámico.

Llegamos a Kishan el séptimo día de julio. Durante el trayecto el tiempo había sido benigno. Todos los días, antes del amanecer abandonábamos el campamento

nocturno y veíamos retirarse las sombras de valles y colinas y acercarse el esplendor dorado del sol. Los soldados que nos acompañaban saludaban con la vivacidad propia de su país la visión de las bellezas naturales. La salida del astro del día se recibía con cantos triunfantes, mientras las aves, con sus trinos, completaban los intervalos de la música. A mediodía plantábamos las tiendas en algún valle sombreado o bajo el palio de algún bosque encajonado entre montañas, en el que algún riachuelo, conversando con los guijarros, nos inducía al sueño reparador. Nuestro avance vespertino, más pausado, resultaba sin embargo más agradable que el de la mañana, cuando los ánimos se hallaban más exaltados. Si la banda de música tocaba, instintivamente escogía piezas de más moderada pasión: al adiós del amor, al lamento de la ausencia seguía algún himno solemne que armonizaba con la encantadora serenidad del atardecer y elevaba el alma hacia ideas nobles y religiosas. A menudo, no obstante, todo sonido quedaba en suspenso para que pudiéramos deleitarnos con el canto del ruiseñor, mientras las luciérnagas danzaban con su brillo y el suave lamento del *aziolo*^[31] anunciaba buen tiempo a los viajeros. ¿Cruzábamos un valle? Suaves sombras nos engullían y las peñas se teñían de hermosos colores. Si atravesábamos una montaña, Grecia, mapa viviente, se extendía abajo, sus célebres pináculos rasgando el éter, sus ríos tejiendo con hilo de plata la tierra fértil. Casi temerosos de respirar, nosotros, viajeros ingleses, contemplábamos con éxtasis ese paisaje espléndido, tan distinto a los tonos sobrios y a las gracias melancólicas de nuestra tierra natal. Cuando abandonamos Macedonia, las fértiles llanuras de Tracia nos depararon menos bellezas, aunque el viaje siguió resultando interesante. Una avanzadilla informaba de nuestra llegada y las gentes campesinas no tardaban en ponerse en marcha para hacer los honores a lord Raymond. Las aldeas se adornaban con arcos triunfales tapizados de verdor de día e iluminados con antorchas al ponerse el sol. De las ventanas pendían tapices y el suelo aparecía salpicado de flores. El nombre de Raymond se unía al de Grecia y ambos resonaban en los vítores de los paisanos griegos.

Cuando llegamos a Kishan nos informaron de que, al conocer el avance de lord Raymond y de su destacamento, el ejército turco se había retirado de Rodosto, pero que una vez allí, y tras pedir refuerzos, había desandado sus pasos. Entretanto Argyropylo, el comandante en jefe de los griegos, se había adelantado y se encontraba entre los turcos y Rodosto. Se decía que la batalla era inevitable. Perdita y su hija debían quedarse en Kishan. Raymond me preguntó si yo quería acompañarlos.

—¡Por los montes de Cumbria —exclamé—, por el vagabundo y el cazador furtivo que hay en mí, me quedaré a tu lado y alzaré mi espada por la causa griega, y me recibirán victorioso a tu lado!

Toda la llanura, desde Kishan hasta Rodosto —una distancia de dieciséis millas— era un hervidero en que a las tropas se sumaba la gran cantidad de personas que se trasladaban con el campamento. Todo el mundo se movía ante la inminencia de la batalla. Pequeñas guarniciones llegaban desde varias ciudades y plazas fuertes y se

incorporaban al ejército principal. Nos cruzábamos con carros de equipajes, y con muchas mujeres de todo rango que regresaban a Fairy o a Kishan para aguardar allí la llegada del día esperado. Cuando llegamos a Rodosto descubrimos que el campo había sido tomado, y el plan de batalla trazado. El sonido de disparos, a primera hora del día siguiente, nos informó de que las avanzadillas de los dos ejércitos ya habían tomado posiciones. Se inició entonces el avance ordenado de los regimientos, sus estandartes ondeando al viento, al son de las bandas de música. Plantaron los cañones sobre una especie de túmulos, únicas elevaciones en esa tierra llana, y formaron en columna y en ángulo recto, mientras los pioneros levantaban pequeños montículos para su protección.

Así que esos eran los preparativos para la batalla, y no solo los preparativos, sino la batalla misma, tan distinta a todo lo que mi imaginación había recreado. Leemos sobre falanges y manípulos en la historia griega y romana; imaginamos un lugar, plano como una mesa, y unos soldados pequeños como piezas de ajedrez. E iniciamos la partida de un modo en que hasta el más ignorante es capaz de descubrir ciencia y orden en la disposición de las fuerzas. Cuando me encontré con la realidad y vi a los regimientos desfilar hacia nuestra izquierda, perdiéndose de vista, comprobé la distancia que mediaba entre los batallones y me fijé en que apenas unas tropas seguían lo bastante cerca de mí como para poder observar sus movimientos, renuncié a todo intento de comprensión, a todo intento incluso de presenciar una batalla, y me limité a unirme a Raymond y a seguir con gran interés sus acciones. Él se mostraba digno, gallardo e imperial. Transmitía sus órdenes de modo conciso y su intuición de los acontecimientos del día me resultaba milagrosa. Entretanto el cañón rugía y la música elevaba a intervalos sus voces de aliento. Y nosotros, en el más elevado de los montículos que he mencionado, demasiado lejos para ver las espigas segadas que la muerte acumulaba en sus silos, observábamos ora los regimientos perdidos entre el humo, ora los estandartes y las lanzas asomándose sobre la nube, mientras los gritos y los clamores ahogaban cualquier otro sonido.

A primera hora del día Argyropylo fue herido de gravedad y Raymond asumió el mando de todo el ejército. Dio pocas instrucciones hasta que, al observar, valiéndose del catalejo, las consecuencias de una orden que había dado, su rostro, tras unos instantes de vacilación, adquirió un gesto radiante.

—El día es nuestro —exclamó—. Los turcos huyen de nuestras bayonetas.

Y entonces, sin perder un segundo, envió a sus ayudas de campo para que ordenaran una carga de caballería contra el enemigo en retirada. La derrota fue total; el cañón dejó de rugir, la infantería se retiró y la caballería siguió a los turcos que, en desbandada, corrían por la lúgubre llanura. Los oficiales de Raymond partieron en distintas direcciones para realizar observaciones y transmitir órdenes. Incluso a mí se me envió a una zona lejana del campo de batalla.

El terreno en que había tenido lugar era llano, tanto que desde los túmulos se divisaba la línea ondulante de montañas que se alzaba en el lejano horizonte. El

espacio intermedio no presentaba la menor irregularidad, salvo por unas ondulaciones que se asemejaban a las olas del mar. Toda esa parte de Tracia había sido escenario de contiendas durante tanto tiempo que seguía sin cultivar y presentaba un aspecto baldío, siniestro. La orden que yo había recibido consistía en otear, desde una elevación que quedaba al norte, en la dirección que podía haber tomado un destacamento enemigo. La totalidad del ejército turco, seguido del griego, se había encaminado hacia el este. En la zona que observaba yo solo quedaban los muertos. Desde lo alto del montículo miré a lo lejos. Todo estaba desierto y en silencio.

Los últimos rayos del sol poniente se proyectaban desde la lejana cumbre del monte Athos. El mar de Mármara aún brillaba, reflejándolos, mientras que la costa asiática, más lejana, se hallaba medio oculta tras el velo de una nube baja. Muchos eran los cascos, las bayonetas y las espadas esparcidos aquí y allá, caídos de manos inertes, en los que reverberaba el rayo moribundo. Desde el este, una bandada de cuervos, viejos habitantes de los cementerios turcos, se acercaba a su cosecha planeando. Es la hora del día, de melancolía dulce aún, que siempre me ha parecido más propicia para comulgar con los poderes superiores, pues nuestra determinación mortal nos abandona y una dócil complacencia invade el alma. Pero ahora, en medio de los heridos y los muertos, ¿cómo podía apoderarse de uno solo de los asesinos un solo pensamiento celestial, una sola sensación de paz? Durante el día, ocupada, mi mente se había entregado, esclava complacida, al estado de las cosas que le presentaban sus congéneres, y la asociación histórica, el odio al enemigo y el entusiasmo militar me habían dominado. Pero ahora observaba la estrella vespertina que pendía oscilante, serenamente, destacando entre los tonos anaranjados del ocaso. Me volví hacia la tierra cubierta de cadáveres y sentí vergüenza de mi especie. Tal vez también la sintieran los plácidos cielos, pues no tardaron en cubrirse de neblina, cambio al que contribuyó la rápida desaparición de la luz habitual en el sur. Unas nubes densas se aproximaban desde el este y sus bordes oscuros se iluminaban con relámpagos rojos y turbulentos. Se levantó un viento que agitaba las ropas de los muertos y que se enfriaba al pasar sobre sus gélidos perfiles. La oscuridad se apoderaba de todo; apenas distinguía ya los objetos que me rodeaban. Abandoné mi puesto elevado y, con cierta dificultad, avancé a caballo tratando de no pisar a los cadáveres.

De pronto oí un grito desgarrado. Una forma pareció alzarse de la tierra, avanzó rápidamente hacia mí y se hundió una vez más en el suelo, más cerca de donde me hallaba. Todo sucedió tan deprisa que me costó tirar de las riendas del caballo para que se detuviera y no pisara al ser que yacía allí postrado. Las ropas de aquella persona eran las de un soldado, pero el cuello desnudo y los brazos, así como los gritos continuos, revelaban que se trataba de una mujer disfrazada. Desmonté para ayudarla mientras ella, entre lamentos, la mano en un costado, resistía mi intento de levantarla. Con las prisas del momento había olvidado que me hallaba en Grecia, y en mi lengua natal traté de aliviar sus sufrimientos. Entre terribles gritos de dolor, la

agonizante Evadne (pues se trataba de ella), reconoció la lengua de su amado. El dolor y la fiebre causados por la herida habían hecho mella en su cordura, y sus exclamaciones y débiles intentos de escapar me movían a la compasión. En su delirio desbocado pronunció el nombre de Raymond y me acusó de impedirle reunirse con él, mientras los turcos, con sus terribles instrumentos de tortura, estaban a punto de quitarle la vida. Y entonces, de nuevo, se lamentó tristemente de su sino, de que una mujer, con corazón y sensibilidad femeninas, se hubiera visto arrastrada por un amor desesperado y unas esperanzas vanas a tomar las armas y a padecer unas privaciones masculinas superiores a sus fuerzas, a entregarse al trabajo y al dolor... Mientras balbuceaba, su mano seca y caliente se aferraba a la mía y su frente y sus labios ardían, encendidos por el fuego que la consumía.

Las fuerzas le fallaban por momentos. La levanté del suelo; su cuerpo desgarrado colgaba casi inerte entre mis brazos, y apoyó su cara hundiéndola en mi pecho. Con voz sepulcral murmuró:

—¡Este es el fin del amor! ¡Pero no es el fin! —El delirio le dio fuerzas para elevar un brazo en dirección al cielo—: ¡Allí está el fin! Ahí volvemos a vernos. Muchas muertes en vida he sufrido por ti, oh Raymond, y ahora expiro, convertida en tu víctima. Con mi muerte te poseo. ¡Mira! Los instrumentos de la guerra, el fuego y la peste son mis servidores. Me atreví y los vencí a todos. Hasta ahora. Me he vendido a la muerte con la sola condición de que tú me siguieras. Fuego, guerra y peste unidos para tu destrucción. ¡Oh, Raymond! ¡No estarás a salvo!

Con el corazón en un puño yo escuchaba los vaivenes de su delirio. Con varios mantos improvisé un lecho para ella. Su cólera remitió. La frente, perlada de sudoroso rocío, se sumaba a la palidez de la muerte, que se había abierto paso tras el rubor febril. La tumbé sobre los mantos. Ella seguía balbuciendo sobre su rápido encuentro con su amado en la tumba, sobre su muerte inminente. A veces declaraba solemne que mandarían llamarlo. Otras veces se lamentaba del triste futuro que le aguardaba. Su voz se debilitaba por momentos, sus palabras se interrumpían. Al poco le sobrevinieron unas convulsiones y relajó los músculos. Las extremidades perdieron fuerza, suspiró profundamente una vez y la vida abandonó su cuerpo.

La alejé de la proximidad de los demás muertos. Envuelta en mantos, la deposité debajo de un árbol. Volví a contemplar su rostro alterado. La última vez que la había visto tenía dieciocho años, hermosa como la visión de un poeta y espléndida como una sultana oriental. Habían transcurrido doce años desde entonces, doce años de cambios, de penas e infortunios. Su rostro radiante se había ensombrecido, ajado. Sus miembros habían perdido la redondez de la juventud y la feminidad. Tenía los ojos hundidos.

hundida, extenuada
las horas su sangre habían consumido
y surcado su frente de líneas y arrugas^[32].

Con tembloroso horror velé a ese monumento de pasión y desgracia humanas. La cubrí con todas las banderas y ropajes de que pude hacer acopio, para protegerla de las aves y las alimañas hasta que pudiera proporcionarle una sepultura digna. Triste, lentamente, seguí mi camino entre montañas de cadáveres y, guiado por las luces parpadeantes de la ciudad, llegué al fin a Rodosto.

Capítulo II

A mi llegada, descubrí que el ejército ya había recibido órdenes de avanzar de inmediato hacia Constantinopla, y que las tropas que menos habían sufrido en la batalla ya se habían puesto en marcha. La ciudad era un hervidero de actividad. Las heridas de Argyropylo, que lo incapacitaban para el mando, convertían a Raymond en comandante de todos los ejércitos. Recorría la ciudad a caballo visitando a los heridos, dando las órdenes necesarias para iniciar el asedio tal como lo había planeado. A primera hora de la mañana, todo el ejército estaba ya en marcha. Con las prisas del momento, apenas tuve tiempo de celebrar los últimos oficios de Evadne. Ayudado solo por mi asistente, cavé una tumba profunda junto al árbol y, sin despojarla de sus ropas de soldado, la deposité en ella y cubrí el sepulcro con un montículo de piedras. El sol cegador y la intensa luz del día privaron a la escena de toda solemnidad. Desde la tumba de Evadne me uní a Raymond y a su destacamento, que ya se dirigían a la Ciudad Dorada.

Constantinopla ya había sido sitiada, se habían excavado trincheras y se habían realizado incursiones. Toda la flota griega la bloqueaba por mar. En tierra, desde el río Kyat Kbanah, cerca de las Aguas Dulces, hasta la Torre de Mármara, a orillas del Helesponto, siguiendo todo el trazado de las antiguas murallas, se habían dispuesto las zanjias del asedio. Pera ya estaba en nuestro poder; el Cuerno de Oro mismo, la ciudad, cuyo bastión era el mar, y los muros de los emperadores griegos, cubiertos de hiedra, eran toda la Europa que los mahometanos podían reclamar como suya.

Nuestro ejército veía en la capital una presa segura. Calcularon el número de soldados que permanecían en la guarnición; no era posible su relevo, y cada ruptura de las defensas era una victoria. Aunque los turcos se mostraban triunfantes, la pérdida de hombres que habían sufrido constituía una herida irreparable.

En compañía de Raymond, subí a caballo una mañana hasta la alta colina de Top Kapou (la puerta del cañón), en la que Mehmet había plantado su estandarte, y desde allí contemplé la ciudad por primera vez. Las mismas cúpulas y alminares se alzaban entre los muros tapizados de verdor, allí donde Constantinopla había muerto cuando el Turco había entrado en la ciudad. La llanura que la rodeaba estaba salpicada de cementerios otomanos, griegos y armenios en los que crecían los cipreses. Además, otros bosques de aspecto menos lúgubre conferían variedad al paisaje. Entre ellos había acampado el ejército turco y sus escuadrones se movían por todas partes, ya en ordenada formación, ya en rápida carrera.

Los ojos de Raymond seguían clavados en la ciudad.

—He contado las horas de su vida —dijo—. Un mes más y caerá. Quédate conmigo hasta entonces. Aguarda hasta ver la cruz sobre Santa Sofía. Después podrás volver a tu apacible campiña.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Te quedarás en Grecia?

—Sin duda —respondió—. Y sin embargo, Lionel, aunque te digo esto, ten por seguro que pienso con nostalgia en la vida tranquila que llevábamos en Windsor. Yo solo soy soldado a medias. Adoro el prestigio de la guerra, pero no sus prácticas. Antes de la batalla de Rodosto, albergaba grandes esperanzas y mantenía el ánimo. Conquistar la ciudad, y después tomar Constantinopla, era la esperanza, la meta, el colmo de mis ambiciones. Ahora he perdido el entusiasmo, no sé por qué. Tengo la sensación de estar adentrándome en un abismo oscuro. El espíritu ardoroso del ejército me irrita, y el éxtasis del triunfo no me dice nada.

Se detuvo, perdido en sus pensamientos. La seriedad de su semblante me devolvió a la mente, por asociación, a la medio olvidada Evadne, y aproveché la ocasión para averiguar algo más sobre su extraño destino. Le pregunté si, entre la tropa, había visto alguna vez a alguien que se pareciera a ella; si, desde su regreso a Grecia, había sabido algo de aquella mujer.

Se sobresaltó al oír su nombre y me miró, incómodo.

—Sabía que me hablarías de ella. La tenía olvidada desde hacía mucho mucho tiempo. Pero desde que hemos acampado aquí visita mis pensamientos todos los días, hora tras hora. Cuando alguien me habla, es su nombre el que espero oír; pienso que formará parte de todas las conversaciones. Finalmente tú has roto el encantamiento. Dime qué sabes de ella.

Le relaté nuestro último encuentro. Tuve que repetirle una y otra vez la historia de su muerte. Con interés sincero y doliente me preguntó por las profecías que había vertido respecto de él. Yo traté de exponerlas como los delirios de una loca.

—No, no —me dijo—, no te engañes. A mí no puedes ocultármelo. No dijo nada que yo no supiera ya, aunque esta es la confirmación. ¡El fuego, la espada y la peste! Las tres cosas puedo hallarlas en esta ciudad. Y las tres recaerán solo sobre mi ser.

Desde ese día la melancolía se apoderó de Raymond. Se mantenía solo siempre que las obligaciones de su cargo se lo permitían. Cuando se hallaba en compañía, y a pesar de sus esfuerzos, la tristeza asomaba a su rostro, y se sentaba, ausente y mudo, entre la ajetreada multitud que lo rodeaba. Perdita se acercaba a él, y en su presencia se obligaba a mostrarse alegre pues ella, como un espejo, reflejaba todos sus cambios, y si se mostraba nervioso y callado, ella se preocupaba y le preguntaba qué le sucedía, y trataba de eliminar la causa de sus cuitas. Perdita estaba instalada en el palacio de las Dulces Aguas, un serrallo de verano del sultán. La belleza del paisaje circundante, a salvo de la guerra, y el frescor del río, hacían doblemente agradable el lugar. Raymond no sentía alivio alguno, no obtenía el menor placer del espectáculo de los cielos y la tierra. Con frecuencia se despedía de mi hermana y caminaba solo por las inmediaciones. O, en una chalupa ligera, se dejaba llevar, ocioso, por las aguas puras, mientras se entregaba a profundas meditaciones. Yo me unía a él a veces. Siempre se mostraba taciturno y abatido. Parecía aliviarle algo mi compañía y conversaba con cierto interés sobre los asuntos de la jornada. Se hubiera dicho que algo le rondaba por la mente. Y sin embargo, cuando estaba a punto de hablar de lo que más afligía su corazón, se volvía de pronto y, con un suspiro, trataba de ahuyentar aquella idea dolorosa.

Había sucedido en más de una ocasión que cuando, como ya he dicho, Raymond se ausentaba del salón que ocupaba Perdita, Clara venía a verme y, llevándome discretamente aparte, me decía:

—Papá se ha ido. ¿Vamos con él? Diría que se alegrará de verte.

Según me lo permitieran las circunstancias, yo aceptaba o declinaba su propuesta.

Una noche se congregó en el palacio un gran número de oficiales griegos. Palli el intrigante, Karazza el expeditivo, Ypsilanti el guerrero, se contaban entre los principales. Conversaron de los acontecimientos del día, de las escaramuzas, de las bajas de los infieles, de su derrota y huida. Y transcurrido un tiempo abordaron la posibilidad de tomar la Ciudad Dorada. Trataban de imaginar lo que sucedería a continuación y hablaban en términos grandilocuentes de la prosperidad que bendeciría Grecia si Constantinopla se convertía en su capital. La conversación se centró entonces en las noticias que llegaban desde Asia, en los estragos que la peste causaba en sus principales ciudades. Se conjeturaba si la enfermedad podía haber llegado ya a la ciudad sitiada.

Raymond se había sumado a la primera parte de la conversación. Con vehemencia había demostrado el lamentable estado a que había quedado reducida Constantinopla; el agotamiento y precario estado de las tropas, a pesar de su aspecto feroz, presas del hambre y la peste que se abría paso entre ellas, y que pronto obligaría a los infieles a buscar refugio en su única esperanza: la rendición. De pronto, en medio de su arenga,

se detuvo, como asaltado por una idea dolorosa. Se puso en pie con dificultad y abandonó el salón, buscando algo de aire fresco en el largo pasillo. Ya no regresó. Clara se acercó discretamente a mí para proponerme su acostumbrada invitación. Consentí al punto y, tomándola de la mano, fuimos tras de Raymond. Lo encontramos a punto subirse al bote y aceptó de buen grado que lo acompañáramos. Tras los calores del día, la brisa fresca rizaba las aguas del río y henchía nuestra pequeña vela. La ciudad, por el sur, ya se veía oscura, mientras las numerosas luces encendidas en las costas cercanas y el hermoso aspecto de las orillas, sumidas en la placidez de la noche, con el reflejo de las luces celestes en el agua, conferían al precioso caudal un manto de belleza que bien pudiera identificarse con el paraíso. Nuestro barquero se ocupaba de la vela. Raymond iba al timón. Clara se sentó a sus pies, rodeándose las rodillas con los brazos, apoyando en ellas la cabeza. Fue Raymond quien inició la conversación de modo algo brusco.

—Amigo mío, esta es probablemente la última vez en que tendremos ocasión de conversar libremente. Mis planes ya se han iniciado, y cada vez dispondré de menos tiempo. Además, deseo transmitirme de inmediato mis deseos y expectativas, para no volver a abordar jamás un tema que me resulta tan doloroso. En primer lugar quiero agradecerte, Lionel, que hayas permanecido aquí a petición mía. Fue la vanidad la que al principio me llevó a solicitártelo. La llamo vanidad, aunque en ella veo la mano del destino. Tu presencia no tardará en resultar necesaria. Serás el último recurso para Perdita, su protector, su consuelo. Tú la llevarás de vuelta a Windsor.

—No sin ti —observé yo—. ¿No pretenderás separarte de ella otra vez?

—No te engañes —respondió—. Esta vez no está en mi mano impedir la separación que ha de producirse. Mis días están contados. ¿Puedo confiar en ti? Durante muchos días he deseado compartir los misteriosos presentimientos que me acechan, aunque temo que tú te burles de ellos. Mas no lo hagas, mi querido amigo, pues aunque son infantiles, irracionales, se han convertido en parte de mí y no creo poder librarme de ellos.

»Con todo, ¿cómo voy a pretender que me comprendas? Tú eres de este mundo, yo no. Extiendes tu mano, que es una parte de ti mismo. Y aun así no separas el sentimiento de identidad de la forma mortal que modela a Lionel. ¿Cómo, entonces, vas a comprenderme? La tierra para mí es una tumba, el firmamento, un cripta que envuelve mera corrupción. El tiempo ya no es, pues he traspasado el umbral de la eternidad. Cada hombre que veo me parece un cadáver, que pronto se verá despojado de la chispa que lo anima, en la vigilia de la descomposición y la podredumbre.

Cada piedra un pirámide levanta
y cada flor construye un monumento
cada edificio es un sepulcro altivo,
cada soldado un esqueleto vivo^[33].

Pronunciaba sus palabras en tono fúnebre. Suspiró profundamente.

—Hace unos meses —prosiguió— creía que iba a morir. Pero la vida se hizo fuerte en mí. Mis afecciones eran humanas. La esperanza y el amor eran las estrellas que guiaban mi vida. Ahora... sueñan que la frente del conquistador de los infieles está a punto de ser coronada de laureles triunfantes; hablan de recompensas honoríficas, de títulos, poder y riqueza; y todo lo que yo le pido a Grecia es una tumba. Que levanten un túmulo sobre mi cuerpo inerte, que se mantenga en pie cuando la cúpula de Santa Sofía se haya derrumbado.

»¿De dónde proceden estos sentimientos? En Rodosto estaba lleno de esperanza. Pero cuando vi Constantinopla por primera vez, ese sentimiento me abandonó, acompañado de todas mis otras alegrías. Las últimas palabras de Evadne han sido el laque que sentencia mi muerte segura. Y sin embargo no pretendo achacar mi estado de ánimo a ningún suceso concreto. Todo lo que puedo decirte es que así me siento. La peste que, según dicen, ha llegado a Constantinopla... Tal vez haya aspirado sus efluvios, tal vez la enfermedad sea la verdadera causa de mis pronósticos. Importa poco por qué o de qué modo me vea afectado, pues ningún poder puede evitar el mazazo, y la sombra de la mano alzada del destino ya me ensombrece.

»A ti, Lionel, te confío a tu hermana y a su hija. Nunca menciones ante ella el nombre fatal de Evadne. Ella se lamentaría doblemente por el extraño eslabón que me encadena a ella y obliga a mi espíritu a obedecer su voz agónica, a seguirla, como está a punto de hacer, hasta el país desconocido.

Le escuché asombrado. Pero su aspecto triste y lo solemne de sus palabras me convencieron de la verdad e intensidad de sus sentimientos. Debía, con chanzas y burlas cariñosas, tratar de disipar sus temores. Pero, fuera lo que fuese lo que estaba a punto de responder, las poderosas emociones de Clara me lo impidieron. Raymond había hablado sin reparar en su presencia y ella, pobre niña, escuchó, crédula y horrorizada, la profecía de su muerte. El violento desconsuelo de la pequeña conmovió a su padre, que la estrechó en sus brazos, consolándola, aunque con palabras solemnes y temerosas.

—No llores, dulce niña —le dijo—, la próxima muerte de aquel a quien apenas has conocido. Tal vez muera, pero ni en la muerte olvidaré ni abandonaré jamás a mi Clara. En tus penas y en tus alegrías, piensa que el espíritu de tu padre andará cerca, para salvarte o comprenderte. Enorgullécete de mí y atesora tu recuerdo infantil de mi persona. Así, querida, parecerá que no habré muerto. Una cosa debes prometerme: no hablar con nadie, más que con tu tío, de la conversación que acabas de oír. Cuando me haya ido, consolarás a tu madre, y le dirás que mi muerte me fue amarga solo porque me separó de ella; que mis últimos pensamientos se los dedicaré a ella. Pero mientras viva, prométeme que no me traicionarás, prométemelo, mi querida hija.

Con voz quebrada Clara pronunció su promesa, sin separarse de su lado, y presa de dolor. Regresamos pronto a la orilla. Yo trataba de obviar la impresión causada en la mente de la pequeña tomándome a la ligera los temores de Raymond. Y ya no

volvimos a hablar de ellos pues, como él mismo había asegurado, el asedio, que llegaba a su final, se convirtió en centro de su interés y ocupaba todo su tiempo y atenciones.

El imperio de los mahometanos en Europa tocaba a su fin. La flota griega, que bloqueaba todos los puertos de Estambul, impedía la llegada de refuerzos desde Asia. Todas las salidas por tierra eran impracticables, y los intentos desesperados de traspasar las murallas solo lograban reducir los efectivos de nuestros enemigos, sin causar la menor pérdida en nuestras filas. La guarnición turca había menguado tanto que parecía evidente que la ciudad habría sucumbido a un ataque violento. Sin embargo, la humanidad y la política dictaban un proceder más lento. No había apenas duda de que, si la incursión se llevaba al extremo, los palacios de la ciudad, sus templos y todos sus tesoros serían destruidos al calor del triunfo y la derrota. Los ciudadanos, indefensos, ya habían padecido bastante la barbarie de los jenízaros y, en caso de ataque, tumulto y masacre, la belleza, la infancia y la decrepitud se verían sacrificadas por igual a manos de la ferocidad brutal de los soldados. El hambre y el bloqueo eran medios ciertos de conquista, y en ellos basábamos nuestras esperanzas de victoria.

Todos los días los soldados de la guarnición asaltaban nuestros puestos de avance y nos impedían completar los trabajos. Desde los diversos puertos se lanzaban barcos incendiados, mientras nuestras tropas, en ocasiones, debían retirarse ante las muestras de valor absoluto desplegadas por hombres que no perseguían seguir viviendo, sino vender caras sus vidas. Aquellas escaramuzas se veían agravadas por la estación del año en que nos encontrábamos. Era verano, y los vientos del sur, procedentes de Asia, llegaban cargados de un calor insufrible. Los arroyos se secaban en sus lechos poco profundos y el mar parecía abrasarse bajo los rayos implacables del astro del solsticio. La noche no acudía para refrescar la tierra, nos negaba el rocío; no crecían hierbas ni flores, hasta los árboles languidecían; y el verano adoptaba la apariencia marchita del invierno, mientras avanzaba silencioso y abrasador, escamoteando los medios de subsistencia de los hombres. En vano se esforzaba el ojo por avistar una nube solitaria que llegara desde el norte, náufraga en el empíreo inmaculado, que avivara las esperanzas de un cambio y aportara humedad a la atmósfera opresiva y sin viento. Todo se mantenía sereno, ardiente, aniquilador. Nosotros, los que asediábamos, sufríamos comparativamente pocos males. Los bosques que rodeaban la ciudad nos daban sombra, el río nos aseguraba el suministro constante de agua. Además, algunos destacamentos se ocupaban de proveer al ejército de hielo, del que habían hecho acopio en los montes Haemus, en el monte Athos y en las cumbres de Macedonia. Con él se refrescaban frutas y alimentos básicos, que renovaban la fuerza de los trabajadores y nos permitían sobrellevar con menor impaciencia la carga del aire asfixiante. Pero en la ciudad las cosas eran muy distintas. Los rayos del sol se reflejaban en pavimentos y edificios. Las fuentes públicas habían sido cerradas y la mala calidad de los alimentos, así como su escasez, producían un estado de

sufrimiento agravado por el azote de la enfermedad. Además, los soldados de la guarnición se arrogaban el derecho a cualquier capricho, añadiendo el despilfarro y los desórdenes a los males inevitables del momento. Pero, a pesar de todo, la capitulación no llegaba.

De pronto se produjo un cambio en la táctica bélica del enemigo. Los asaltos cesaron y pudimos proseguir con nuestros planes sin interrupción alguna, ni de día ni de noche. Más extraño aún resultaba que cuando nuestras tropas se aproximaban a la ciudad, hallaban las murallas desprotegidas, vacías, y constataban que los cañones no apuntaban contra los intrusos. Cuando Raymond tuvo noticia de tales circunstancias, ordenó que se realizaran observaciones minuciosas de lo que sucedía intramuros, y cuando los enviados regresaron, informando solo del silencio prolongado y la desolación de la ciudad, ordenó que el ejército se congregara ante las puertas. Nadie apareció en las murallas. Los portales, aunque cerrados con rastrillos, no parecían custodiados. Más arriba, las numerosas cúpulas y las doradas lunas crecientes rasgaban el cielo. Los viejos muros, supervivientes de siglos, con torres coronadas de enredaderas y contrafuertes cubiertos de malas hierbas, se alzaban como peñascos en una tierra baldía. Del interior de la ciudad no llegaba grito alguno, ni nada más que el ladrido de algún perro, que rompía la quietud del mediodía. Incluso a nuestros soldados les asombraba tal quietud. La música de las bandas cesaba y el chasquido de las armas iba acallándose. Todos preguntaban en susurros a sus camaradas por el motivo de una paz tan repentina. Mientras, Raymond, desde un lugar elevado trataba, con su catalejo, de descubrir y observar la estrategia del enemigo. Sobre las terrazas de las casas no se divisaba a nadie; en las partes más altas de la ciudad no se distinguía una sola sombra que revelara la presencia de algún ser vivo. Ni los árboles se movían, y parecían imitar, burlones, la quietud de los edificios.

Al fin se oyó el galopar de unos caballos. Se trataba de una tropa enviada por Karazza, el almirante, que traía despachos del general. El contenido de los documentos era de gran importancia.

La noche anterior, el vigía de uno de los buques más pequeños anclados cerca del muro del Serrallo, oyó el chapoteo sordo de unos remos. Dio la voz de alarma. Doce barcas pequeñas, con tres jenízaros montados en cada una de ellas, fueron avistadas mientras intentaban abrirse paso a través de la flota, en dirección a la orilla opuesta de Scutari. Al saberse descubiertos, dispararon sus mosquetones, y algunas de las barcas se avanzaron para cubrir a los demás, cuyas tripulaciones, haciendo acopio de todas sus fuerzas, trataban de escapar con sus ligeras embarcaciones entre los cascos oscuros que les rodeaban. Al cabo todos se hundieron y, con excepción de dos o tres prisioneros, los jenízaros se ahogaron. Poco pudo sonsacarse a los supervivientes, pero sus cautas respuestas llevaron a sospechar que varias incursiones habían precedido a la suya, y que varios turcos de alto rango habían llegado a la costa asiática. Los hombres, altivos, negaron que los suyos hubieran desertado de la

defensa de su ciudad, y uno de ellos, el más joven, en respuesta a la provocación de un marinero, exclamó:

—¡Tomadlos, perro cristiano! ¡Tomad los palacios, los jardines, las mezquitas, las moradas de nuestros padres! Y tomad la peste con ellos. La pestilencia es el mal del que huimos. Si es vuestra amiga, abrazadla y lleváosla al pecho. La maldición de Alá ha caído sobre Estambul, compartid con ella su destino.

Aquella era la relación de los hechos que envió Karazza a Raymond. Pero un relato lleno de exageraciones monstruosas, aunque basado en ella, empezó a circular entre la tropa. Se alzó un murmullo: la ciudad era presa de la plaga. Un poderoso mal había sometido ya a sus habitantes. La Muerte se había convertido en Señora de Constantinopla.

He oído describir una pintura en la que todos los habitantes de la tierra aparecen dibujados de pie, temerosos, aguardando la llegada de la muerte. Los débiles y decrepitos escapan; los guerreros se retiran, aunque amenazantes incluso en su huida; los lobos, los leones y otros monstruos del desierto rugen al verla; mientras, la siniestra Irrealidad acecha desde lo alto moviendo su dardo espectral, asaltante solitario pero invencible. Pues bien, lo mismo sucedía con el ejército griego. Estoy convencido de que si las miríadas de soldados esparcidos por Asia hubieran cruzado el Helesponto y hubieran defendido la Ciudad Dorada, todos y cada uno de los griegos habrían atacado a un ejército muy superior en número y se habrían entregado a la causa con furia patriótica. Pero allí no había muralla de bayonetas, ni mortífera artillería, ni formidable hilera de bravos soldados. Las murallas, sin custodia, permitían la entrada: palacios vacíos, lujosas moradas. Y sin embargo, sobre la cúpula de Santa Sofía, los griegos supersticiosos veían la Pestilencia, y se arredaban ante ella.

A Raymond, por el contrario, le movían sentimientos muy distintos. Descendió colina abajo con rostro triunfante, y señalando las puertas con la espada, ordenó a sus tropas que abatieran aquellas barricadas, los únicos obstáculos que los separaban de la victoria más completa. Los soldados respondieron titubeantes y con ojos temerosos a sus entusiastas palabras. Instintivamente se echaron hacia atrás, y Raymond cabalgó hasta las filas de vanguardia.

—Juro por mi espada —dijo— que no os aguarda emboscada ni estratagema alguna. El enemigo ya ha sido derrotado. Los lugares agradables, las moradas nobles y el botín de la ciudad ya son vuestros. ¡Forzad la puerta, entrad y tomad posesión de la sede de vuestros antepasados, de vuestra propia herencia!

Un escalofrío universal, un murmullo temeroso recorrió las filas, y ni un solo soldado se movió.

—¡Cobardes! —exclamó el general, exasperado—. ¡Dadme un hacha! ¡Entraré yo solo! Yo plantaré vuestra bandera. Cuando la veáis ondear en el más alto de los alminares, tal vez recuperéis el coraje y os congreguéis en torno a ella.

Uno de los oficiales se acercó a él.

—General —dijo—, nosotros no tememos el coraje, ni las armas, ni el ataque abierto, ni la emboscada secreta de los musulmanes. Estamos dispuestos a exponer nuestros pechos, a exponerlos diez mil veces ante las balas y las cimitarras de los infieles, y a caer por Grecia cubiertos de gloria. Pero no moriremos a montones, como perros envenenados en verano, por el aire pestilente de la ciudad. ¡No nos atrevemos a luchar contra la Peste!

Si a un grupo de hombres débiles y sin energía, sin voz, sin cabecilla, se les da un jefe, recuperan la fuerza que les confiere su número. Así, ahora, mil voces inundaron el aire, y el grito de aplauso se hizo unánime. Raymond captó el peligro. Estaba dispuesto a salvar a sus tropas del delito de desobediencia, pues sabía que, una vez iniciadas las disputas entre el comandante y su ejército, cada palabra y cada acto debilitaba a aquel y fortalecía a este. Así, ordenó la retirada, y los regimientos retrocedieron, ordenadamente, hasta el campamento.

Yo me apresuré a informar a Perdita de lo sucedido, y Raymond no tardó en unirse a nosotros, abatido y ensimismado. Mi relato impresionó a mi hermana.

—Los dictados del cielo, asombrosos, inexplicables —observó—, superan en mucho la imaginación del hombre.

—No seas necia —exclamó Raymond airadamente—. ¿Tú también te dejas invadir por el pánico, como mis valientes soldados? Dime, te lo ruego, qué tiene de inexplicable algo que no es sino un hecho natural. ¿Acaso no visita la peste todos los años la ciudad de Estambul? ¿Qué asombro puede causar que en esta ocasión, cuando, según se nos dice, se ha producido con una virulencia sin precedentes en Asia, haya ocasionado estragos redoblados en la ciudad? ¿Qué asombro puede causar que, en tiempos de asedio, escasez, calor extremo y sequía, se haya cebado especialmente en la población? Y menos asombro aún despierta que la guarnición, sin poder resistir más, se haya aprovechado de la negligencia de nuestra flota para huir prontamente de nuestro asedio y captura. ¡No es la peste! ¡Por Dios que no lo es! No es la plaga ni el peligro inminente lo que nos lleva a abstenernos de hacernos con una presa fácil, como las aves que, en tiempo de cosecha, se asustan ante la presencia de un espantapájaros. Es vil superstición. Y así, la meta de los valientes se convierte en vaivén de necios; la noble ambición de personas elevadas, en juguete de esas liebres domesticadas. ¡Pero Estambul será nuestra! Por mis empeños pasados, por la tortura y la cárcel que por ellos sufrí, por mis victorias, por mi espada, juro —por mi esperanza de fama, por mis antiguas renunciaciones que ahora esperan recompensa—, juro solemnemente que estas manos plantarán la cruz en esa mezquita.

—Pero Raymond, querido —le interrumpió Perdita en tono de súplica.

Él no dejaba de caminar de un lado a otro por aquel salón del palacio revestido de mármol. Sus labios, pálidos de ira, temblaban y daban forma a sus coléricas palabras; echaba fuego por los ojos, y sus gestos parecían moderados por la vehemencia de aquellas.

—Perdita —prosiguió, impaciente—. Ya sé qué vas a decirme. Sé que me amas, que eres buena y dulce. Pero esto no es cosa de mujeres. Ningún corazón femenino adivinaría nunca el huracán que me desgarrar por dentro.

Parecía algo asustado de su propia violencia, y súbitamente abandonó el salón. La expresión de Perdita revelaba su zozobra, y decidí ir tras él. Lo hallé caminando por el jardín. Sus pasiones habían alcanzado un estado de extrema turbulencia.

—¿Debo ser siempre —exclamaba— el capricho de la fortuna? ¿Debe el hombre, escalador de cielos, ser víctima eterna de los ejemplares rastreros de su especie? Si fuera como tú, Lionel, y anhelara vivir muchos años, encadenar una sucesión de días iluminados por el amor, gozar de placeres refinados y renovadas esperanzas, tal vez cediera y, rompiendo mi vara de mando, buscara reposo en los prados de Windsor. Pero voy a morir. No, no me interrumpas. Voy a morir pronto. Estoy a punto de abandonar esta tierra tan poblada, la comprensión de los hombres, los escenarios más queridos de mi juventud, la bondad de mis amigos, el afecto de mi único amor, Perdita. Así lo quiere el destino. Tal es el decreto dictado por el Altísimo, para el que no hay apelación posible, y al que me someto. Pero perderlo todo... Perder la vida y el amor, y además la gloria... ¡No ha de ser así!

»Yo, y en pocos años todos vosotros —este ejército atenazado por el pánico y toda la población de la noble Grecia—, dejaremos de existir. Pero nacerán otras generaciones, y nuestras acciones presentes les harán más felices, y nuestro valor les dará mayor gloria. Durante mi juventud rezaba para hallarme entre quienes escriben pasajes de esplendor en las páginas de la historia, quienes exaltan la raza humana y convierten este pequeño orbe en morada de los poderosos. Y ¡ah! Para Raymond, esa plegaria de juventud queda desatendida, y las esperanzas de su edad adulta anuladas.

»Desde mis mazmorras, en esta misma ciudad, exclamaba: «¡Pronto seré tu señor!». Cuando Evadne pronunció mi muerte, pensé que el título de Conquistador de Constantinopla se escribiría sobre mi tumba. ¡Y no ha de ser así! ¿No saltó Alejandro las murallas de la ciudad de los oxidracae^[34] para indicar a sus cobardes tropas el camino a la victoria, encontrándose solo con las espadas de sus defensores? También yo desafiare a la peste, y aunque nadie me siga, plantaré la bandera griega en lo alto de Santa Sofía.

Nada podía la razón contra sentimientos tan elevados. En vano traté de convencerle de que, cuando llegara el invierno, el frío disiparía el aire pestilente y devolvería el coraje a los griegos.

—¡No hables de otra estación que de esta! —exclamó—. Yo ya he vivido mi último invierno, y la fecha de este año, 2092, quedará grabada sobre mi sepulcro. Ya veo —prosiguió, alzando la vista, lúgubre— la meta y el precipicio de mi existencia desde donde me arrojaré al tenebroso misterio de la vida futura. Estoy preparado, y dejaré tras de mí una estela de luz tan radiante que ni mis peores enemigos podrán ensombrecerla. Se lo debo a Grecia, a ti, a Perdita, que ha de sobrevivirme, y a mí mismo, víctima de la ambición.

Nos interrumpió un criado, que anunció que el estado mayor de Raymond se hallaba reunido en la cámara del consejo. Mi amigo me pidió que saliera a cabalgar por el campamento, que observara cuál era el ánimo de los soldados y le informara de él a mi regreso. Acto seguido se ausentó. Los acontecimientos del día me habían causado gran excitación, incrementada ahora por el discurso apasionado de Raymond. ¡Ah! ¡Razón Humana! Acusaba a los griegos de superstición. ¿Qué nombre daba entonces a la fe que depositaba en las profecías de Evadne? Abandoné el palacio de las Dulces Aguas y, tras dirigirme a la llanura en que se había levantado el campamento, hallé a sus ocupantes en estado de gran conmoción. La llegada de varios integrantes de la flota cargados de historias maravillosas; las exageraciones vertidas sobre lo que ya se conocía; los relatos de antiguas profecías, cuentos terribles sobre regiones enteras engullidas aquel mismo año por la pestilencia, alarmaban y ocupaban a las tropas. Todo atisbo de disciplina había desaparecido. El ejército huía en desbandada y las personas, antes integradas en un gran todo que avanzaba al unísono, recobraban la individualidad que la naturaleza les había concedido y pensaban solo en ellas mismas. Al principio escapaban solos o en parejas, a las que paulatinamente se sumaban otros hasta formar grupos más numerosos, batallones enteros que, sin que los oficiales trataran de impedirlo, buscaban el camino que conducía a Macedonia.

Hacia medianoche regresé al palacio para reunirme con Raymond. Lo encontré solo y aparentemente compuesto, con esa compostura de quien trata de mantener unas mínimas pautas de conducta. Escuchó con calma las noticias sobre la disolución del ejército y me dijo:

—Ya conoces, Verney, mi firme determinación de no abandonar este lugar hasta que, a la luz del día, Estambul se declare nuestra. Si los hombres que van conmigo no se atreven a acompañarme, encontraré a otros más valerosos. Ve tú antes de que amanezca, lleva estos despachos a Karazza y ruégale que me envíe a sus marinos y fuerza naval. Si logro que me secunde un solo regimiento, el resto seguirá. Haz que me envíe un regimiento. Espero tu regreso en el mediodía de mañana.

No me parecía una buena idea, pero le aseguré mi celo y obediencia. Me retiré a descansar unas horas. Con las primeras luces del alba me vestí para partir a caballo. Aguardé unos instantes, deseoso de despedirme de Perdita, y desde mi ventana observé que el sol estaba a punto de salir. Surgía un esplendor dorado y la fatigada naturaleza despertaba para sufrir otro día de calor y sed. No había flores que, cargadas de rocío, alzaran los pétalos al encuentro de la mañana. La hierba seca se había agostado en las llanuras. En los ardientes campos del aire no volaban los pájaros, y solo las cigarras, hijas del sol, entonaban su atronador sonsonete entre cipreses y olivos. Me fijé en que el caballo albardón de Raymond, negro como el azabache, era conducido a las puertas del palacio. Poco después llegó una pequeña compañía de oficiales, con el miedo y la aprensión dibujados en sus rostros, en los ojos soñolientos. Vi entonces que Raymond y Perdita estaban juntos. Él admiraba la

salida del sol mientras rodeaba con un brazo la cintura de su amada. Ella contemplaba el sol de su vida con una expresión que era mezcla de ansiedad y ternura. Raymond se sobresaltó al verme.

—¿Todavía estás aquí? —me preguntó colérico—. ¿Es este el celo que prometes?

—Perdóname, ahora mismo me iba.

—No, perdóname tú —replicó él—. No tengo derecho a ordenarte ni a reprocharte nada. Pero mi vida depende de tu partida y de tu raudo regreso. ¡Adiós!

Su voz había recobrado el tono amable, pero una nube negra todavía se cernía sobre su semblante. Hubiera querido demorarme un poco más, recomendar precaución a Perdita, pero la presencia de Raymond me coartaba. Mi retraso carecía de justificación, por lo que, despidiéndome de él, le estreché la mano, fría y sudorosa.

—Cuídate mucho, mi señor —le dije.

—No —intervino Perdita—. De esa tarea me ocuparé yo. Regresa pronto, Lionel.

Con aire ausente, Raymond jugaba con los mechones castaños del cabello de Perdita, mientras ella se abrazaba a él. En dos ocasiones me volví a mirarlos, y en las dos los hallé así unidos. Al fin, con pasos lentos y vacilantes, abandoné el palacio y de un salto me subí al caballo. En ese instante apareció Clara, y se vino corriendo hacia mí.

—¡Regresa pronto, tío! —exclamó, aferrada a mi rodilla—. Querido tío, tengo unos sueños espantosos. No me atrevo a contárselos a mi madre. No te demores.

Le aseguré que volvería lo antes posible, y entonces, acompañado de mi pequeña escolta, cabalgué por la llanura hacia la torre de Mármara.

Cumplí con mi misión. Vi a Karazza, al que sorprendió algo mi petición. Vería qué podía hacer, dijo, aunque le llevaría un tiempo. Raymond me había pedido que regresara a mediodía. Era imposible concretar nada en tan corto intervalo. Debía permanecer allí hasta el día siguiente. O regresar tras haber informado del estado de las cosas al general. No me costó decidirme. La inquietud, el miedo por lo que estaba a punto de suceder, la duda sobre las intenciones de Raymond, me instaban a regresar sin demora a su cuartel general. Abandoné las Siete Torres y me dirigí al este, hacia las Dulces Aguas. Me desvié al llegar al monte antes mencionado, para divisar la ciudad desde lo alto. Llevaba conmigo el catalejo. La ciudad recibía el azote del sol del mediodía y las viejas murallas delimitaban su pintoresco perfil. Frente a mí, en la distancia, se alzaba Top Kapou, la puerta junto a la que Mehmet abrió la brecha que le permitió entrar en la ciudad. Cerca crecían unos árboles gigantescos y centenarios. Ante la puerta distinguí a varias figuras humanas en movimiento, y con gran curiosidad miré por el anteojo. Vi a lord Raymond montado a su caballo albardón. A su alrededor se había congregado una pequeña compañía de oficiales y tras él se distinguía un variopinto grupo de soldados y subalternos sin la menor disciplina y en posición de descanso. No sonaba ninguna música ni ondeaban estandartes. La única bandera la portaba Raymond, y con ella señalaba la puerta de la ciudad. El círculo congregado a su alrededor se retiró. Con gestos airados Raymond bajó del caballo y,

tomando un hacha que colgaba de la silla, se dirigió a la puerta con aparente intención de derribarla. Unos pocos hombres acudieron en su ayuda, y progresivamente su número aumentó. La unión de sus esfuerzos logró vencer el obstáculo, y la puerta, el peine y la reja fueron demolidas. Iluminado por el sol, el camino que conducía a la ciudad quedaba expedito frente a ellos. Los hombres retrocedieron. Parecían asustados por lo que habían hecho, como si temieran que un Fantasma Poderoso se alzara, ofendido, majestuoso, ante la entrada. Raymond montó de un salto en su caballo, agarró el estandarte y, con palabras que yo no oía (aunque los gestos que las acompañaban eran enérgicos, apasionados), pareció invocar su ayuda y compañía. Pero a pesar de sus palabras, los hombres seguían retrocediendo. Presa de la indignación, y con expresiones que yo suponía airadas y desdeñosas, apartó la vista de sus cobardes seguidores y se dispuso a entrar solo en la ciudad. Incluso su caballo parecía querer alejarse de la siniestra puerta. Su perro, su perro fiel, se plantó frente a él, aullando e impidiéndole el paso. Pero al punto él clavó las estrellas de sus espuelas en los costados de la montura, que inició la marcha y, una vez franqueada la puerta, avanzó al galope por la calle ancha y desierta.

Hasta ese instante toda el alma se me había agolpado en los ojos. Había observado la escena con un asombro mezcla de temor y entusiasmo, un entusiasmo que por momentos se imponía en mí.

—¡Me voy contigo, Raymond! —Exclamé. Pero una vez aparté el ojo del catalejo, apenas distinguía las formas diminutas de la multitud que, a una milla de donde me encontraba, rodeaba la puerta. La figura de Raymond se había perdido. Azuzado por la impaciencia, espoleé a mi caballo y sacudí las riendas mientras ascendía por la ladera, pues deseaba hallarme junto a mi noble y divino amigo antes de que surgiera algún peligro. Varios edificios y árboles me impedían, ya en la llanura, ver la ciudad. Y fue entonces cuando oí un estruendo. Como un rayo, reverberaba en el cielo, mientras el aire se ensombrecía. Al cabo de un instante las viejas murallas de la ciudad volvieron a aparecer ante mis ojos y vi que sobre ellas ascendía una nube negra. Fragmentos de edificios se arremolinaban en el aire, medio ocultos por el humo, y más abajo empezaban a alzarse llamaradas, mientras continuas explosiones llenaban el aire de terroríficos rugidos. Surgiendo de entre las ruinas que se elevaban sobre las altas murallas y abatían sus torreones cubiertos de hiedra, un grupo de soldado se abría paso en dirección al camino por el que yo avanzaba. Me rodearon, me acorralaron y ya no pude seguir. Mi impaciencia crecía por momentos. Extendí las manos hacia ellos, les supliqué que regresaran a salvar a su general, el conquistador de Estambul, el libertador de Grecia. Mis ojos se llenaban de lágrimas, tal era la destrucción. Y todo lo que oscurecía el aire parecía llevar un pedazo de Raymond martirizado. Entre la densa nube que cubría la ciudad surgían ante mí escenas horribles, y mi único consuelo consistía en tratar por todos los medios de acercarme a la puerta.

Pero cuando al fin logré mi propósito, descubrí que, intramuros, la ciudad se hallaba envuelta en llamas. La vía abierta por la que Raymond había entrado a caballo desaparecía tras el humo y el fuego. Transcurrido un intervalo, las explosiones cesaron, pero los incendios seguían ardiendo en distintas zonas. La cúpula de Santa Sofía había desaparecido. Y, extrañamente (tal vez como resultado de la presión ejercida en el aire por las explosiones), unas inmensas nubes blancas de tormenta aparecieron en el horizonte, por el sur, y avanzaron hasta situarse sobre nosotros. Eran las primeras que veía en meses, y en medio de tanta desolación y desesperanza su visión resultaba consoladora. El firmamento se oscureció y los nubarrones empezaron a iluminarse con relámpagos, seguidos al instante por ensordecedores truenos. Cayó entonces una lluvia intensa, y las llamas que asolaban la ciudad se plegaron bajo su azote, y el humo y el polvo que se elevaban sobre las ruinas se disiparon.

Apenas hube constatado que las llamas menguaban, movido por un impulso irrefrenable, traté de penetrar en la ciudad. Solo podía hacerlo a pie, pues las ruinas imposibilitaban el avance de los caballos. No conocía el lugar y sus caminos me eran nuevos. Las calles estaban bloqueadas, los edificios derruidos humeaban. Subí a lo alto de un montículo, que me permitió ver una sucesión de otros más. Nada me indicaba dónde podía hallarse el centro de la ciudad ni hacia qué punto podía haberse dirigido Raymond. La lluvia cesó. Las nubes se hundieron en el horizonte. Atardecía ya, y el sol descendía velozmente por poniente. Avancé un poco más, hasta que di con una calle en la que se alineaban casas de madera a medio incendiar, pues la lluvia había sofocado las llamas, pero que afortunadamente se habían librado de la pólvora. Ascendí por ella. Hasta ese momento no había encontrado el menor atisbo de presencia humana. Pero ninguna de las deformes figuras humanas que aparecían ahora ante mí podía pertenecer a Raymond. De modo que apartaba los ojos de ellas, profundamente turbado. Llegué a un espacio abierto con una inmensa montaña de cascotes en su centro, que indicaba que alguna gran mezquita había ocupado parte de su espacio. Esparcidos aquí y allá descubrí objetos de gran valor y lujo calcinados, destruidos, pero que en ciertas partes mostraban lo que habían sido: joyas, ristras de perlas, ropajes bordados, pieles raras, tapices brillantes, ornamentos orientales, que parecían haberse dispuesto en forma de pira para su destrucción, una destrucción que la lluvia había interrumpido.

Pasé horas vagando por aquel escenario desolado en busca de Raymond. En ocasiones topaba con tal acumulación de escombros que debía retroceder. Los fuegos que todavía ardían me asfixiaban. El sol se puso y el aire adquirió un aspecto turbio. La estrella vespertina ya no brillaba en soledad. El resplandor de las llamas atestiguaba el avance de la destrucción, y en aquel interregno de luz y oscuridad, las ruinas que me rodeaban adquirían proporciones gigantescas y formas temibles. Me abandoné unos instantes a la fuerza creativa de la imaginación, y esta, transitoriamente, me alivió con las ficciones sublimes que me presentaba. Los latidos

de mi corazón me devolvieron a la cruda realidad. «¿Dónde, en este desierto de muerte, te encuentras, Raymond, ornamento de Inglaterra, libertador de Grecia, “héroe de una historia no escrita”^[35]? ¿Dónde, en este caos en llamas, se esparcen tus nobles reliquias?». Pronuncié su nombre a voces; a través de la oscuridad de la noche, sobre las ruinas humeantes de la Constantinopla conquistada, se escuchó su nombre. Pero nadie me respondió, pues hasta el eco había enmudecido.

El cansancio se apoderó de mí. La soledad abatía mi espíritu. El aire denso, impregnado de polvo, el calor y el humo de los palacios incendiados, entumecían mis miembros. De pronto sentí hambre. La excitación que hasta entonces me había mantenido en alerta desapareció. Como un edificio que pierde sus apoyos y cuyos cimientos oscilan, y se tambalea y cae, así, cuando el entusiasmo me abandonó, también lo hizo mi fuerza. Me senté sobre el único peldaño en pie de un edificio que, a pesar de hallarse en ruinas, seguía mostrándose enorme y magnífico. Algunas paredes caídas pero íntegras, que habían escapado a la destrucción de la pólvora, componían combinaciones fantásticas, y una llama brillaba en lo alto de la pila. Durante largo rato el hambre y el sueño libraron su batalla, hasta que las constelaciones aparecieron ante mis ojos un momento y luego se esfumaron. Traté de incorporarme, pero mis párpados se cerraron y mis miembros, exhaustos, clamaron reposo. Apoyé la cabeza sobre la piedra entregándome a la agradable sensación de abandono. Y en aquel escenario de desolación, en aquella noche desesperada, me dormí.

Capítulo III

LAS estrellas todavía brillaban en el cielo cuando desperté, y Tauro, en las alturas del firmamento, me indicó que era medianoche. Había tenido sueños turbadores. Creía que me habían invitado al último banquete de Timón^[36]. Yo llegaba con gran apetito. Se alzaban las tapaderas, el agua caliente enviaba al aire sus desagradables

vapores y yo huía ante la cólera del anfitrión, que adoptaba la forma de Raymond. Mientras, en mi enfermiza ensoñación, los buques que este enviaba tras de mí aparecían impregnados de fétidos vapores, y la forma de mi amigo, distorsionada de mil maneras, se expandía hasta convertirse en un fantasma gigante, que llevaba escrita en su frente la señal de la peste. Su sombra creciente se elevaba más y más, hinchándose, y parecía querer reventar la bóveda que sostenía y conformaba el mundo. La pesadilla se convertía en tortura: con gran esfuerzo abandoné el sueño e invoqué a la razón para que recobrara las funciones que había suspendido. Mi primer pensamiento fue para Perdita. Debía regresar a ella. Debía apoyarla, llevándole el alimento que aplacara su desesperación y que aliviara su corazón herido, apartándola de los salvajes excesos del dolor mediante las leyes austeras del deber y la suave ternura del pesar.

La posición de las estrellas era mi única guía. Me alejé de la horrible ruina de la Ciudad Dorada, y tras grandes esfuerzos, logré dejar atrás sus murallas. Junto a ellas encontré una compañía de soldados. A uno de ellos le pedí prestado su caballo y me apresté a reunirme con mi hermana. Durante aquel breve intervalo, el aspecto de la llanura había cambiado. El campamento aparecía desmantelado y los restos del ejército en desbandada formaban pequeños grupos aquí y allá. Todos los rostros eran sombríos, todos los gestos hablaban de asombro y horror.

Con gran pesar en mi corazón entré en palacio, temeroso de seguir avanzando, de hablar, de mirar. En el centro del salón hallé a Perdita, sentada sobre el suelo de mármol, la cabeza hundida en el pecho, despeinada, las manos entrelazadas, el gesto agónico. Al sentir mi presencia alzó la vista, inquisitiva. Sus ojos, medio iluminados por la esperanza, eran pozos de tristeza. Mis palabras murieron antes de que pudiera articularlas. Sentí que una horrendo rictus curvaba mis labios. Ella comprendió mi gesto y volvió a bajar la cabeza y a entrelazar las manos. Al fin recobré el habla, pero mi voz la aterrorizó. La desdichada muchacha había comprendido mi mirada y no pensaba consentir que el relato de su profunda tristeza fuera modelado y confirmado por unas palabras duras e irrevocable. Y no solo eso, pues parecía querer distraer mis pensamientos de la cuestión.

—Calla —me susurró, poniéndose en pie—. Clara se ha dormido después de mucho llorar. No debemos molestarla.

Se sentó entonces en la misma otomana en la que la había dejado al amanecer, con la cabeza apoyada en el pecho de su Raymond. No me atrevía a acercarme a ella y tomé asiento en una esquina alejada, observando sus gestos bruscos y alterados.

—¿Dónde está? —me preguntó finalmente, sin preámbulos—. ¡Oh! No temas... No temas que albergue la menor esperanza. Pero dime, ¿lo has encontrado? Sostenerlo una vez más en mis brazos, verlo una vez más, aunque esté cambiado, es todo lo que deseo. Aunque Constantinopla entera se amontone sobre él como una tumba, debo hallarlo. Después nos cubriremos los dos con el peso de la ciudad, una montaña apilada sobre nosotros. No me importa, mientras el mismo sepulcro guarde a

Raymond y a Perdita. —Sollozó, acercándose a mí, y me abrazó—. Llévame junto a él, Lionel. Eres malo. ¿Por qué me retienes aquí? Yo sola no puedo encontrarlo. Pero tú sabes dónde yace. Llévame hasta allí.

Al principio sus agónicos lamentos me movieron a una irrefrenable compasión. Mas con todo traté de disuadirla de sus ideas. Le relaté mis aventuras de la noche, mis esfuerzos por encontrarlo, mi decepción. Guiando de ese modo sus pensamientos, les di un objeto con que sacarlos de la locura. Con aparente calma me habló del lugar más probable donde podríamos encontrarlo y planeó los medios a los que recurrir para alcanzar tal fin. Luego, al saber del apetito y el cansancio que sentía, ella misma me trajo alimento. Busqué el instante propicio y traté de despertar en ella algo que la sacara del mortífero sopor de la pena. Mientras hablaba, me dejé llevar por mis palabras: la admiración profunda, el pesar, la consecuencia del más sincero afecto, el desbordamiento de un corazón lleno de comprensión por todo lo que había sido grande y sublime en la carrera de mi amigo, me inspiraban mientras pronunciaba sus alabanzas.

—¡Ay de nosotros! —exclamé—, que hemos perdido este último honor del mundo. ¡Amado Raymond! Se ha ido a las naciones de los muertos. Se ha convertido en uno de los que, morando en ellas, iluminan las oscuras tumbas. Ha transitado la senda que conduce a esas regiones y se ha unido a las poderosas almas que lo precedieron. Cuando el mundo se hallaba en su infancia, la muerte debe de haber sido algo terrible, y el hombre abandonaba a familiares y amigos para morar, extranjero solitario, en un país desconocido. Pero ahora el que muere se encuentra con muchos compañeros que se fueron antes que él y que se preparan para recibirlo. Lo pueblan los más grandes de las pasadas eras, y el héroe aclamado de nuestros días se cuenta entre sus habitantes, mientras la vida se convierte, doblemente, en «desierto y soledad^[37]».

»Qué noble criatura era Raymond, el primero entre los hombres de nuestro tiempo. Por la grandeza de sus ideas, por la hermosa osadía de sus actos, por su ingenio y su belleza, se ganó y gobernó las mentes de todos. Solo un reproche podría haberse elevado en su contra, pero la muerte lo deja sin efecto. He oído hablar de su inconstancia en el propósito: cuando renunció, en aras el amor, a la esperanza de convertirse en soberano, y cuando abdicó del Protectorado de Inglaterra, hubo quien lo culpó de falta de firmeza. Ahora su muerte ha coronado su vida, y hasta el fin de los tiempos se recordará que se entregó, víctima voluntaria, a la mayor gloria de Grecia. La decisión fue suya; contaba con morir. Previó que abandonaría esta tierra alegre, estos cielos despejados, y tu amor, Perdita. Y sin embargo jamás vaciló ni se arredró, y siguió avanzando en dirección al sello de su fama. Mientras la tierra exista, sus actos serán ensalzados. Las doncellas griegas, con gran devoción, depositarán flores en su tumba, y el aire reverberará con el canto de himnos en los que su nombre alcanzará los máximos honores.

Vi que el gesto de Perdita se dulcificaba. La dureza del dolor cedía ante la ternura. Proseguí.

—Así, honrarlo es el deber sagrado de quienes le sobrevivimos. Mantener su nombre limpio como un santuario, apartarlo, con nuestras alabanzas, de todo ataque hostil, arrojando sobre él las flores del amor y la pena, protegiéndolo de la decadencia y brindándolo, inmaculado, a la posteridad. Tal es el deber de sus amigos. A ti te corresponde otro más noble, Perdita, madre de su hija. ¿Recuerdas con qué arrobó contemplabas a Clara cuando nació, reconociendo en ella el ser que era unión de ti misma y de Raymond? Ahora debes regocijarte al ver en este templo vivo la manifestación de vuestro amor eterno. Pues ella sigue siéndolo. Dices que has perdido a Raymond. ¡Oh, no! En ella, vive contigo, lo mismo que en ti. Pues nació de él, carne de su carne, hueso de sus huesos. Y no te limites, como hasta ahora, a ver en su mejilla suave, en sus miembros delicados, una afinidad con Raymond; extiéndela a sus afectos entusiastas, a las dulces cualidades de su mente, y descubrirás que el bueno, el grande, el amado Raymond pervive aún. Cuídate de alimentar esas similitudes, cuídate de hacerla digna de él, para que, cuando se enorgullezca de sus orígenes, no se avergüence de lo que es.

Percibí que al recordar a mi hermana sus deberes en la vida, no me escuchaba con la misma paciencia de antes. Parecía sospechar que deseaba consolarla, y ella, entregada a su pena recién nacida, se rebelaba contra ese consuelo.

—Hablas del futuro —me dijo— cuando para mí el presente lo es todo. Déjame encontrar la morada terrenal de mi amado. Rescatémoslo del polvo común para que en tiempos venideros los hombres puedan señalar su tumba sagrada y decir que es suya. Después ya pensaré en otras cosas, en el nuevo rumbo de mi vida, o en aquello que el destino, en su cruel tiranía, me haya dispuesto.

Tras reposar un rato decidí partir para satisfacer sus deseos. Pero antes se nos unió Clara, cuya palidez y mirada asustada denotaban la honda impresión que la pena había causado en su joven mente. Parecía alterada por algo que no era capaz de expresar con palabras. Pero, aprovechando una ausencia de Perdita, me suplicó que la llevase hasta donde pudiera contemplar la puerta por la que su padre había entrado en Constantinopla. Me prometió no cometer ninguna extravagancia, mostrarse dócil en todo momento y regresar de inmediato. No pude negarme; Clara no era una niña cualquiera. Su sensatez e inteligencia ya le habían conferido los derechos de una mujer adulta. De modo que, llevándola sentada ante mí, en mi caballo, asistidos solo por el sirviente que debía llevarla de regreso, nos dirigimos a Top Kapou. Encontramos a un grupo de soldados congregados. Escuchaban algo con gran atención.

—¡Son gritos humanos! —dijo uno.

—Más bien parecen aullidos de perro —replicó otro.

Y volvieron a concentrarse para distinguir aquellos lamentos lejanos que provenían del interior de la ciudad en ruinas.

—Esa, Clara —dije yo—, es la puerta, y esa la calle por la que tu padre cabalgó ayer, de mañana.

Fuera la que fuese la intención de la pequeña cuando me pidió que la llevara conmigo, la presencia de los soldados la arredró. Con mirada intensa contempló el laberinto de escombros humeantes que había sido la ciudad y expresó su disposición a regresar a casa. En aquel instante un lamento melancólico llegó a nuestros oídos, y se repitió al instante.

—¡Oíd! —exclamó Clara—. Está ahí. Es Florio, el perro de mi padre.

A mí me resultaba inconcebible que fuera capaz de reconocer el sonido, pero ella insistió hasta que se ganó el crédito de los allí presentes. Sería, al menos, una buena acción rescatar a aquel ser que sufría, fuera humano o animal, de la desolación de la ciudad.

De modo que, tras enviar a Clara de regreso a casa, volví a entrar en Constantinopla. Alentados por la impunidad de mi anterior visita, varios soldados que formaban parte de la guardia personal de Raymond, y que lo adoraban y lloraban sinceramente su pérdida, decidieron acompañarme.

Resulta imposible determinar por qué extraño encadenamiento de hechos llegamos a recuperar el cuerpo sin vida de mi amigo. En esa parte de la ciudad, en la que el fuego lo había destruido casi todo la noche anterior, y que ahora se mostraba arrasada, negra, fría, el perro agonizante de Raymond se acurrucaba junto a la figura mutilada de su amo. En momentos como ese la pena carece de voz. La aflicción, domada por su propia vehemencia, permanece muda. El pobre animal me reconoció, me lamió la mano, se acercó más a su señor, y solo entonces expiró. Sin duda algún cascote había caído sobre la cabeza de Raymond y le había hecho caer del caballo, desfigurándolo por completo. Me incliné sobre su cuerpo y acerqué una mano al borde de su capa, menos destrozada en apariencia que el cuerpo humano que cubría. Me la llevé a los labios mientras los rudos soldados nos rodeaban y lloraban a la presa más valiosa de la muerte, como si el pesar y los lamentos sin fin pudieran avivar la llama extinguida o devolver a aquella desgarrada prisión de carne su espíritu liberado. Ayer aquellos miembros valían un universo, pues encerraban un poder trascendente cuyas intenciones, palabras y actos merecían ser grabados en letras de oro. Ahora, solo la superstición del afecto podía dar valor a un mecanismo descompuesto que, inerte e incapaz, ya no se asemejaba a Raymond más de lo que la lluvia caída se asemeja a la anterior mansión de nubes con la que ascendió a los más altos cielos y, dorada por el sol, atraía todas las miradas y saciaba los sentidos con su excedente de belleza.

Y así, tal como estaba, con sus ropas terrenales, desfigurado, roto, lo envolvimos con nuestras capas y, levantándolo en brazos, lo alejamos de aquella ciudad de los muertos. Surgió la duda de dónde depositarlo. Camino del palacio pasamos junto a un cementerio griego. Y allí, sobre una losa de mármol negro, dispuse que lo tendieran. Los cipreses se mecían en las alturas y su color lúgubre se correspondía con lo

exangüe de su estado. Cortamos unas ramas de los árboles fúnebres, las colocamos sobre él y encima de ellas depositamos su espada. Ordené que un guardia permaneciera allí, custodiando aquel tesoro de polvo, y que hubiera antorchas siempre encendidas.

Cuando me reuní de nuevo con Perdita, supe que ya había sido informada del éxito de mi misión. Él, su amado, el único y eterno objeto de su ternura y su pasión, le había sido devuelto. Pues en esos términos exaltados se expresaba su entusiasmo. ¡Qué importaba que aquellos miembros ya no se movieran, que aquellos labios ya no pudieran articular expresiones de sabiduría y amor! ¡Qué importaba que, como el alga arrancada del mar estéril, fuera presa de la corrupción! Seguía siendo el mismo cuerpo que había acariciado, y aquellos eran los mismos labios que se habían unido a los suyos, que habían bebido el espíritu del amor mezclados con su aliento. Aquel era el mismo mecanismo terrenal de barro efímero que ella llamaba suyo. Sí, era cierto, ella deseaba ya iniciar otra vida, el espíritu ardiente del amor le parecía inextinguible en la eternidad. Pero en ese momento, con devoción humana, se aferraba a todo lo que sus sentidos le permitieran ver y sentir de una parte de Raymond.

Pálida como el mármol, blanca, resplandeciente como él, escuchó mi relato y me preguntó por el lugar en el que había depositado el cuerpo. Su semblante había perdido el rictus del dolor. Sus ojos habían recuperado el brillo y se diría que todo su ser se había ensanchado. No obstante, la excesiva palidez de su piel, casi transparente, y una cierta oquedad en su voz, revelaban que no era la tranquilidad, sino el exceso de emoción lo que causaba la serenidad aparente que bañaba su rostro. Le pregunté dónde debía ser enterrado.

—En Atenas. En la Atenas que amaba. Fuera de la ciudad, en el monte Himeto, existe un repecho rocoso que me indicó como el lugar en el que deseaba reposar.

Mi único deseo, ciertamente, era que no se moviera del lugar donde ahora reposaba. Pero la voluntad de Perdita, claro está, debía cumplirse, y le rogué que se preparara sin tardanza para nuestra partida.

Contemplad ahora la procesión melancólica atravesar las llanuras de Tracia, serpentear por los desfiladeros, ascender por los montes de Macedonia, surcar las aguas claras del Peneo, cruzar la planicie de Larissa, dejar atrás los estrechos de las Termópilas, ascender sucesivamente por el Oerta y el Parnaso, descender hasta la fértil vega de Atenas. Las mujeres sobrellevaban con resignación las largas fatigas, pero para el espíritu inquieto de los hombres el lento avance de la marcha, el tiempo de reposo melancólico de los mediodías, la presencia permanente del sudario dispuesto sobre el ataúd de Raymond, la monótona sucesión de días y noches sin esperanzas ni expectativas de cambio, todas las circunstancias de nuestra cabalgata nos resultaban intolerables. Perdita, ensimismada, hablaba poco, y viajaba en un carruaje cerrado. Cuando reposábamos, permanecía sentada, apoyando la mejilla pálida en una mano blanca y fría, con la vista clavada en el suelo, entregándose a pensamientos que se negaba a compartir.

Al descender del monte Parnaso, tras cruzar sus numerosos pliegues, pasamos por Livadia camino del Ática. Perdita no deseaba entrar en Atenas y, al llegar a Maratón, me indicó el lugar que había escogido como hogar sagrado de los restos de Raymond. Se trataba de un repecho cercano a la cabecera de un torrente, al sur del Himeto. El precipicio, profundo, oscuro, cubierto de vegetación, descendía verticalmente desde la cima hasta la base. En las fisuras de la roca crecían el mirto y el tomillo, alimento de muchas clases de abejas. Enormes salientes surgían de las paredes, algunos perpendiculares a estas. A los pies de aquel sublime abismo, un valle fértil iba de un mar a otro, y más allá se extendía el Egeo azul, salpicado de islas, las suaves olas meciéndose bajo el sol. Cerca del lugar en el que nos hallábamos se erguía una roca solitaria, alta, de forma cónica que, separada por todos sus lados de la montaña, parecía una pirámide natural. No costó mucho trabajo reducirla a su forma perfecta. Debajo se cavó un hueco estrecho en el que Raymond fue depositado, y en la piedra se grabó una inscripción con su nombre, la fecha de su muerte y el motivo.

Todo se ejecutó con presteza, bajo mis órdenes. Acepté que la máxima autoridad de la iglesia de Atenas se ocupara de adecentar y custodiar la tumba, y a finales de octubre preparé mi regreso a Inglaterra. Lo hablé con Perdita. Dolía tener que apartarla del último escenario que hablaba de su pérdida, pero permanecer allí por más tiempo era absurdo, y mi alma, impaciente, anhelaba el reencuentro con Idris y mis hijos. Por toda respuesta, Perdita me rogó que la acompañara al caer la tarde del día siguiente a la tumba de Raymond. Hacía días que no visitaba el lugar. El sendero que conducía a ella había sido ensanchado y unos peldaños excavados en la roca facilitaban el acceso. La plataforma sobre la que se alzaba la pirámide también se había ampliado y, mirando hacia el sur, en un repecho sombreado por las ramas abiertas de una higuera, vi que se estaban excavando unos cimientos y que se levantaban contrafuertes y vigas, sin duda las bases para la construcción de una casa. Desde su umbral inconcluso la tumba quedaba a nuestra derecha, y el torrente, la llanura y el mar azul se extendían ante nosotros. Las piedras negras proyectaban el brillo del sol, que reverberaba sobre el valle cultivado, y teñía de púrpura y naranja el plácido oleaje. Nos sentamos sobre una elevación rocosa, y contemplé con arrobó la belleza de un paisaje de colores vivos y cambiantes que modificaba e intensificaba las gracias de la tierra y el mar.

—¿No hice bien —dijo Perdita— al pedir que me amado reposara aquí? A partir de ahora esta será la Cinosura de Grecia. En este lugar la muerte se libera de la mitad de sus terrores, e incluso el polvo inanimado parece formar parte del espíritu de belleza que bendice esta región. Lionel, él descansa ahí. Esta es la tumba de Raymond, a quien primero amé en mi juventud, a quien mi corazón acompañó en los días de separación e ira, a quien ahora estoy unida para siempre. Nunca, óyeme bien, nunca abandonaré este lugar. Creo que su espíritu permanece aquí lo mismo que el polvo de su cuerpo, que, por incomprensible que parezca, es más valioso en su extinción de lo que nada que la tierra viuda cobije en su triste pecho. Los mirtos, el

tomillo, los pequeños ciclámenes, que observan desde las fisuras de la roca, todo lo que habita este rincón, se parece a él. La luz que baña las colinas participa de su esencia, y el cielo y las montañas, el mar y el valle se impregnan de la presencia de su espíritu. ¡Aquí viviré y moriré aquí!

»Regresa tú a Inglaterra, Lionel. Regresa junto a la dulce Iris y al querido Adrian, y que mi hija, huérfana, sea como tu propia hija en vuestra casa. Considérame muerta, porque si la muerte es un mero cambio de estado, entonces yo estoy muerta. Este es un mundo distinto del que habitaba, del que ahora es tu hogar. Aquí solo comulgo con lo que ha sido y con lo que está por venir. Regresa tú a Inglaterra y deja que me quede en el único lugar en el que puedo tolerar vivir los días que por desgracia aún me quedan.

Un torrente de lágrimas puso fin a su triste arenga. Yo ya esperaba que pronunciara alguna proposición extravagante y permanecí un rato en silencio, reflexionando sobre el mejor modo de rebatir su fantasioso plan.

—Albergas ideas lúgubres, mi querida Perdita —le dije—, y no me sorprende que, durante un tiempo, tu buen juicio se vea afectado por el intenso dolor y una imaginación turbada. Incluso yo siento adoración por esta última morada de Raymond. Y sin embargo debemos abandonarla.

—Ya lo esperaba —exclamó Perdita—. Ya suponía que me considerarías loca y necia. Pero no te engañes. Esta casa se construye según mis órdenes. Y aquí me quedaré hasta que me llegue la hora de compartir con él su feliz reposo.

—¡Querida niña!

—¿Qué tienen de extraño mis pretensiones? Podría haberte mentido. Podría haberte hablado hace unos meses de mi deseo de permanecer aquí, y de ese modo, en tu impaciencia por regresar a Windsor, me habrías dejado hacerlo, y sin reproches ni disuasiones podría haber llevado a cabo mi plan. Pero desdeñé el artificio. O, más bien, en mi desolación, creí que mi único consuelo era abrirte mi corazón a ti, que eres mi hermano y mi único amigo. ¿Disputarás conmigo? Ya sabes lo terca que es tu pobre, tu abatida hermana. Llévate a mi hija contigo. Aléjala de las visiones y los pensamientos tristes. Que la hilaridad infantil visite de nuevo su corazón e ilumine sus ojos, algo que no podrá sucederle si se queda conmigo. Será mucho mejor para todos vosotros que no volváis a verme. En cuanto a mí, no puedo ir voluntariamente al encuentro de la muerte, o, mejor dicho, no lo haré mientras conserve autoridad sobre mí misma. Y aquí puedo conservarla. Pero si me alejas de este país desaparecerá, y no respondo de la violencia que mi agonía me lleve a infligirme.

—Perdita —repliqué—, revistes tus intenciones de palabras poderosas, pero aun así esas intenciones resultan egoístas e indignas de ti. A menudo te has mostrado de acuerdo conmigo en que solo existe una solución al embrollado enigma de la vida: mejorarnos a nosotros mismos y contribuir a la felicidad de los demás. Y ahora, en la plenitud de tu vida, abandonas tus principios y te encierras en inútil soledad. ¿Acaso en Windsor, escenario de vuestra felicidad primera, pensarás menos en Raymond?

¿Comulgarás menos con su espíritu mientras observas a su hija y cultivas sus excepcionales dones? Has conocido la triste visita de la muerte. No me sorprende que algo parecido a la locura te empuje al desasosiego y a las ideas desbocadas. Pero un hogar de amor te aguarda en tu Inglaterra natal. Mi ternura y mi afecto te aliviarán. La compañía de los amigos de Raymond será para ti mayor solaz que tus lúgubres pensamientos. Todos convertiremos en nuestra prioridad, en nuestra tarea más querida, contribuir a tu felicidad.

Perdita negó con la cabeza.

—Si así pudiera ser —respondió—, haría muy mal en rechazar tu ofrecimiento. Pero no está en mi mano, no puedo elegir. Solo aquí puedo vivir. Pertenezco a este paisaje. Todos y cada uno de sus elementos forman parte de mí. No se trata de un capricho repentino; vivo por él. El conocimiento de que estoy aquí despierta conmigo todas las mañanas y me permite soportar la luz; se mezcla con mi alimento, que de otro modo sería veneno; camina, duerme conmigo, me acompaña siempre. Aquí tal vez deje incluso de lamentarme, y llegue, aunque con retraso, a sumar mi consentimiento al decreto que se lo ha llevado de mi lado. Él habría preferido morir de una muerte que quedará en la historia para siempre que haber llegado a la vejez anónimo, sin honores. Tampoco yo puedo desear nada mejor que, tras haber sido la elegida por él, por él amada, aquí, en la plenitud de sus años jóvenes, antes de que el tiempo marchitara los mejores sentimientos de mi naturaleza, contemplar su tumba y unirme prestamente a él en su bendito reposo.

»Querido Lionel, tantas cosas he dicho con intención de persuadirte de que obro bien, que si todavía no te he convencido, nada más puedo añadir a modo de argumento, y solo me queda declararte mi más firme convicción. Aquí me quedo, y solo me iré a la fuerza. Y ni siquiera así. Si me llevas, regresaré. Si me confinás y me encarcelas, escaparé y volveré a Grecia. ¿Acaso prefiere mi hermano atar el corazón destrozado de Perdita con cadenas de loca que permitir que descanse en paz bajo la sombra de su compañía, en este retiro que amo y que he escogido?

Reconozco que todo aquello me parecía producto de una locura organizada. Creía que era mi deber imperativo apartarla de unos escenarios que la obligaban a recordar su pérdida. Tampoco dudaba que, en Windsor, en la tranquilidad de nuestro círculo familiar, recuperaría hasta cierto punto el buen juicio y, finalmente, la felicidad. Mi amor por Clara también me llevaba a oponerme a aquellos sueños de enfermiza pesadumbre. Su sensibilidad ya había sido azuzada en exceso. Su inconsciencia infantil se había tornado sensatez profunda y angustia. El plan extraño y romántico de su madre podía llevarla a afianzar y perpetuar una visión doliente de la vida que a edad tan temprana la había visitado.

Al regresar a casa, el capitán del paquebote de vapor con el que había acordado viajar vino a informarme de que, por circunstancias accidentales, debía adelantar la partida y de que, si quería viajar con él, debía presentarme a bordo a las cinco de la mañana del día siguiente. Acepté al punto, y con la misma celeridad ideé un plan por

el que obligaría a Perdita a acompañarme. Creo que la mayoría de las personas, en mi situación, habría actuado del mismo modo. Y sin embargo esta consideración no logra aplacar, o al menos no lo logró después, los reproches de mi conciencia. En aquel momento me sentía convencido de obrar bien y de que todo lo que hacía era correcto y necesario.

Me senté con Perdita y la tranquilicé al ceder, al menos en apariencia, a su alocado plan. Ella recibió mi decisión complacida y una y mil veces dio las gracias a su mentiroso hermano. Al llegar la noche, su humor, animado por mi cambio imprevisto, recobró una vivacidad casi olvidada. Fingí preocuparme por el rubor febril de sus mejillas y la convencí para que bebiera una medicina que le haría bien. Se la serví, y ella, obediente, la tomó. La falsedad y el engaño son tan odiosos por sí mismos que, aunque seguía creyendo que obraba correctamente, de mí se apoderó un sentimiento de vergüenza y culpa. Me retiré, y al poco oí que dormía profundamente bajo la influencia del láudano que le había administrado. De ese modo, inconsciente, fue trasladada a bordo del barco, que levó anclas y, gracias a los vientos favorables, no tardó en llegar a alta mar. Con todas las velas desplegadas y asistidos por la fuerza del vapor, surcábamos a gran velocidad el húmedo elemento.

Perdita no despertó hasta bien avanzado el día, y pasó algo más de tiempo hasta que, saliendo del sopor causado por la adormidera, se percató del cambio de situación. De un respingo se incorporó del sillón y se dirigió al ojo de buey de su camarote. Ante ella el mar azul y embravecido pasaba a gran velocidad, inmenso, sin que en el horizonte se divisara costa alguna. La cubierta se protegía con una red y el rápido movimiento del cielo al pasar por ella revelaba la gran velocidad a la que nos alejábamos de la tierra. El crujir de los mástiles, el chapoteo de las aspas, la trampilla en lo alto, la convencieron de que ya se encontraba a gran distancia de las orillas de Grecia.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. ¿Adónde vamos?

La doncella a la que yo había contratado para que la vigilara le respondió.

—A Inglaterra...

—¿Y mi hermano?

—Está en cubierta, señora.

—¡Ingrato, ingrato! —exclamó la pobre víctima, tras suspirar profundamente ante la visión del mar inabarcable. Y entonces, sin añadir nada, se echó en el sofá y, cerrando los ojos, permaneció inmóvil. Excepto por los profundos suspiros que daba, podría haberse dicho que dormía.

Tan pronto como supe que había despertado envié a Clara a visitarla, para que la visión de su encantadora hija le inspirara ideas de bondad y amor. Pero ni la presencia de la niña ni mi posterior visita, sirvieron para lograr que abandonara su postración.

A Clara la miró con gesto torvo, pero no le habló. Cuando aparecí yo, apartó de mí su rostro, y en respuesta a mis preguntas se limitó a decir:

—Sabes bien lo que has hecho.

Quise creer que su laconismo se debía solo a la batalla que libraba su decepción contra su afecto natural, y que en cuestión de días se reconciliaría con su destino.

Al terminar la jornada, rogó a Clara que durmiera en otra cabina. Su criada, no obstante, permaneció con ella. Hacia la medianoche, Perdita le habló y le dijo que había tenido una pesadilla, tras lo que le rogó que fuera a ver a su hija y comprobara si dormía plácidamente. La mujer obedeció.

La brisa, que había amainado con la puesta del sol, arreciaba de nuevo. Yo me hallaba en cubierta, disfrutando de nuestro rápido avance. El chapoteo de las aguas, que la quilla del barco separaba; el murmullo de las velas henchidas e inmóviles; el viento que soplaba entre las sogas, el rumor del motor, no lograban perturbar la quietud del momento. El mar, poco agitado, mostraba apenas alguna cresta blanca que se fundía pronto en el azul constante. Las nubes habían desaparecido y el éter oscuro se cernía sobre el vasto océano, en el que las constelaciones buscaban en vano su acostumbrado espejo. Nuestra velocidad debía rondar los ocho nudos.

De pronto oí un chasquido en el agua. Los marineros de guardia se dirigieron a toda prisa a un costado del barco, al grito de «¡Hombre al agua!».

—No ha sido desde cubierta —dijo el timonel—. Algo ha caído desde el camarote de popa.

Más lejos, alguien pidió que se arriara el bote. Yo me dirigí corriendo al camarote de mi hermana. Estaba vacío.

Con las velas contra el viento, los motores parados, el barco permaneció detenido a su pesar hasta que, tras una hora de búsqueda, la pobre Perdita fue devuelta a cubierta. Pero ningún cuidado bastó para reanimarla y ninguna medicina logró que volviera a abrir sus hermosos ojos, o que su sangre latiera de nuevo en su inmóvil corazón. En un puño cerrado sostenía un pedazo de papel en el que había escrito: «A Atenas». Para asegurar que la llevaran hasta allí e impedir que su cuerpo se perdiera en las profundidades del mar, había tomado la precaución de atarse un largo chal a la cintura, que, a su vez, había anudado a los barrotes de la ventana de su camarote. Se había hundido bajo la quilla de la embarcación, y al desaparecer de la superficie, la recuperación de su cuerpo se había demorado más. Así murió la desdichada niña, víctima de mi imprudencia. Y así, de madrugada, nos dejó para reunirse con los muertos, y prefirió compartir la pétrea tumba de Raymond que seguir disfrutando del escenario animado que la tierra le ofrecía y de la compañía de sus amigos. Murió con veintinueve primaveras, habiendo disfrutado de unos pocos años de la felicidad del paraíso, y tras sufrir un revés que su espíritu impaciente y su naturaleza apasionada no le permitieron asumir. Al fijarme en la expresión serena que se instaló en su semblante en la hora de la muerte, sentí que, a pesar del remordimiento, a pesar de la tristeza que me partía el corazón, era mejor morir así que soportar largos y tristes años de reproches e inconsolable dolor.

La violencia de una tempestad nos arrastró hasta el golfo del Adriático, y como nuestra embarcación no estaba preparada para tales condiciones atmosféricas, nos

refugiamos en el puerto de Ancona. Allí me encontré con Georgia Palli, vicealmirante de la flota griega, antiguo amigo y camarada de Raymond. Entregué a su cuidado los restos de mi Perdita, con el encargo de que los hiciera llevar al monte Himeto y los depositara en la cámara que, bajo la pirámide, Raymond ya ocupaba. Todo se hizo según mis deseos, y no tardó en reposar junto a su amado. En el sepulcro están inscritos, juntos, los nombres de Raymond y Perdita.

Tomé entonces la decisión de proseguir viaje por tierra. El dolor y los remordimientos desgarraban mi corazón. El temor a que Raymond se hubiera ido para siempre, a que su nombre, asociado para siempre al pasado, se borrara de cualquier iniciativa de futuro, había empezado a hacer mella en mí. Siempre había admirado su talento, sus nobles aspiraciones, sus elevadas ideas de gloria, la majestad de su ambición, su absoluta falta de mezquindad, su fortaleza y su osadía. En Grecia había aprendido a amarlo. Su misma terquedad y su entrega a los impulsos de la superstición me lo hacían doblemente cercano: tal vez se tratara de una debilidad, pero lo situaba en los antípodas de toda sumisión y egoísmo. A ese dolor se añadía la muerte de Perdita, condenada por mi maldita obcecación y mi engaño. Mi querida Perdita, mi única familia, de cuyo progreso había sido testigo, desde su más tierna infancia y a través del sendero variado de la vida, y a la que siempre había visto como dechado de integridad, devoción y afecto verdadero, pues todo ello constituye la gracia peculiar del carácter femenino. Y a la que, al final, había contemplado como víctima de un exceso de amor, de un vínculo demasiado constante con lo perecedero y perdido. Ella, en su orgullo de belleza y vida, había abandonado la percepción placentera del mundo aparente en aras de la irrealidad de la tumba, y había dejado huérfana a la pobre Clara. Yo oculté a la pobre niña que la muerte de su madre había sido voluntaria y trataba por todos los medios de alegrar algo su espíritu empapado de tristeza.

En mi intento de recobrar el ánimo, la primera decisión fue decir adiós al mar. Su odioso vaivén renovaba una y otra vez en mí la idea de la muerte de mi hermana. Su rugido era un canto fúnebre. En todos los cascotes oscuros que surcaban su inconstante pecho, veía un catafalco que llevaría a la muerte a todos los que se entregaran a su sonrisa traicionera. ¡Adiós al mar! Ven, Clara mía, siéntate junto a mí en esta nave aérea, que suave y velozmente surca el azul del cielo y con ligera ondulación flota sobre la corriente del aire. O, si la tormenta sacude su frágil mecanismo, halla tierra debajo y puede descender y refugiarse en el continente sólido. Aquí arriba, compañeros de las aves veloces, surcamos el elemento etéreo con gran presteza y sin temor. La nave ligera no se balancea ni recibe el embate de las olas mortales. El éter se abre ante la proa, y la sombra del globo que la sostiene nos protege del sol del mediodía. Más abajo se extienden las llanuras de Italia o las vastas ondulaciones de los Apeninos. Fértiles aparecen sus muchos valles y los bosques coronan sus cimas. El campesino, libre y feliz, no perturbado por los austriacos, lleva el producto de su

doble cosecha al granero; y los ciudadanos refinados cultivan sin temor el árbol de la ciencia en este jardín del mundo.

Nos elevamos sobre los picos de los Alpes y por sobre sus profundas y rugientes quebradas entramos en las llanuras de la dulce Francia, y tras un viaje aéreo de seis días aterrizamos en Dieppe, plegamos las alas cubiertas de plumas y deshinchamos el globo de nuestra pequeña nave. Una lluvia intensa hacía incómodo proseguir el viaje por aire, de modo que nos embarcamos en un pequeño vapor, y tras una breve travesía arribamos a Portsmouth.

Al llegar, descubrimos que una curiosa historia acaparaba la atención general. Hacía unos días, un barco arrastrado por una tempestad había aparecido frente al puerto. El casco se veía hendido y resquebrajado, las velas desgarradas y, enredadas de cualquier manera, las sogas se habían roto. Avanzaba a la deriva, en dirección a los muelles, pero quedó varado en las arenas de la embocadura. A la mañana siguiente los oficiales de aduanas, junto con un grupo de ociosos, se acercaron a inspeccionarlo. Al parecer, un solo miembro de la tripulación parecía haber arribado a salvo. Había llegado a tierra y, tras dar unos pasos en dirección a la ciudad, vencido por la enfermedad y la muerte inminente, se desplomó sobre la playa inhóspita. Lo encontraron agarrotado, los puños cerrados y apretados contra el pecho. Tenía la piel ennegrecida y el pelo y la barba enmarañados indicaban que había soportado su desgracia por tiempo prolongado. Se rumoreaba que había muerto de peste. Nadie se atrevió a subir al barco y se decía que, de noche, extrañas visiones aparecían en cubierta y colgando de los mástiles y las sogas. El casco no tardó en desmembrarse. Me llevaron al lugar en el que había encallado y vi unos tablones sueltos empujados por las olas. El cuerpo del hombre que había llegado a tierra había sido enterrado a mucha profundidad, bajo la arena. Y nadie supo decirme nada más, salvo que el barco había sido fletado en América y que varios meses antes el *Fortunatus* había zarpado desde Filadelfia, de donde, a partir de ese momento, no volvieron a recibirse noticias.

Capítulo IV

REGRESÉ a la finca familiar en el otoño del año 2092. Mi corazón llevaba con ellos desde siempre, y ahora se regocijaba en la esperanza de volver a verlos. La región que habitaban parecía la morada del espíritu bondadoso. La felicidad, el amor y la paz recorrían los senderos de los bosques y templaban la atmósfera. Después de toda la agitación y el pesar que había soportado en Grecia, me dirigía a Windsor como el ave que, llevada por la tormenta, busca un nido donde cobijarse tranquila y plegar las alas.

Qué insensatos habían sido los viajeros que, abandonando su refugio, se habían enredado en la maraña de la sociedad y adentrado en lo que los hombres de mundo llaman «vida», ese laberinto de mal, ese plan de tortura mutua. Según ese sentido que se da al mundo, para poder vivir debemos también sentir; no debemos ser meros espectadores de la acción, debemos actuar; no debemos describir, sino convertirnos en sujetos de la descripción. El profundo pesar debe haber sido el prisionero de nuestro pecho; el fraude debe habernos acechado, a la espera; el mentiroso debe habernos engañado; la duda enfermiza y la esperanza vana deben haber llenado de incertidumbre nuestros días; la hilaridad y la dicha, que se arriman en éxtasis al alma, deben en ocasiones habernos poseído. ¿Quién, si sabe lo que es la «vida», perseguiría esas enfebrecidas modalidades de existencia? Yo he vivido. He pasado días y noches de fiesta. Me he unido a ambiciosas esperanzas y me he exultado en la victoria. Ahora... cierro la puerta del mundo y elevo un alto muro que me separará de las escenas turbulentas que se representan en él. Vivamos los unos para los otros, y para la felicidad. Busquemos la paz en nuestro amado hogar, cerca del murmullo de los arroyos, del vaivén gracioso de los árboles, de las hermosas vestimentas de la tierra, del boato sublime de los cielos. Renunciemos a la «vida», para poder vivir.

Idris se mostró más que de acuerdo con mi decisión. Su vivacidad innata no precisaba de emociones imprevistas, y su corazón plácido reposaba satisfecho en mi amor, en el bienestar de sus hijos y en la belleza natural circundante. Su orgullo y su ambición intachable consistían en provocar sonrisas a su alrededor y en dar reposo a la existencia frágil de su hermano. A pesar de sus tiernos cuidados, la salud de Adrian declinaba perceptiblemente. Los paseos a pie o a caballo, ocupaciones comunes de la vida, le fatigaban en extremo. No sentía dolor, pero parecía hallarse siempre tembloroso, al borde de la aniquilación. Sin embargo, como llevaba meses viviendo en tal estado, no nos inspiraba un temor inmediato, aunque él hablara de la muerte como de un hecho del todo familiar en sus pensamientos. No dejaba de esforzarse por hacer felices a los demás ni por cultivar sus asombrosas capacidades mentales.

Así transcurrió el invierno, y la primavera, impulsada por los meses, insufló vida a la naturaleza toda. El bosque se vistió de verde. Las jóvenes terneras pastaban la hierba nueva; las sombras de unas nubes ligeras, llevadas por el viento, recorrían veloces los verdes campos de maíz. El cuclillo repetía su monótono canto; el ruiñón, ave del amor y compañero de la estrella vespertina, inundaba los bosques

con sus trinos, mientras Venus se demoraba en el cálido ocaso y el verdor recién estrenado de los árboles se destacaba sobre el claro horizonte.

La dicha despertaba en todos los corazones, la dicha y la exultación, pues la paz reinaba en todo el mundo. El templo de Jano Universal mantenía cerrados los portones^[38] y ningún hombre murió ese año a manos de otro hombre.

—Si esto dura otros doce meses —dijo Adrian—, la tierra se convertirá en un paraíso. Los esfuerzos del hombre se concentraban antes en la destrucción de su propia especie. Ahora persigue su liberación y preservación. El hombre no es capaz de estar quieto, y ahora sus aspiraciones traerán el bien en vez del mal. Los países favorecidos del sur se liberarán del yugo de la servidumbre; la pobreza nos abandonará y, con ella, la enfermedad. ¿Qué no han de lograr las fuerzas, nunca hasta ahora unidas, de la libertad y la paz, en la morada del hombre?

—¡Sueños, siempre sueños, Windsor! —exclamó Ryland, antiguo adversario de Raymond y candidato al Protectorado en las elecciones que ya estaban próximas—. Tenga por seguro que la tierra no es el cielo, ni lo será nunca, y que las semillas del infierno son consustanciales a su suelo. Cuando las estaciones se igualen, cuando el aire no nos traiga desórdenes, cuando su superficie no dependa de cosechas perdidas y sequías, solo entonces desaparecerá la enfermedad. Cuando mueran las pasiones del hombre, la pobreza desaparecerá. Cuando el odio no se iguale al amor, existirá la fraternidad entre los hombres. Aún nos encontramos muy lejos de ese estado.

—No tanto como usted supone —observó un viejo astrónomo de corta estatura llamado Merrival—. Los polos avanzan lenta pero constantemente. En unos cientos de miles de años...

—Ya estaremos todos bajo tierra —le interrumpió Ryland.

—El eje de la tierra coincidirá con el de la elíptica —prosiguió el astrónomo—, se producirá una primavera universal y la tierra será un paraíso.

—Y todos, claro está, nos beneficiaremos del cambio —observó Ryland, desdeñoso.

—Qué noticia más extraña —intervine yo, con un periódico abierto entre las manos. Como de costumbre, me había interesado por las noticias que llegaban de Grecia—. Parece que la destrucción total de Constantinopla, y la suposición de que el invierno había purificado el aire de la ciudad caída, alentaron a los griegos a visitar el lugar e iniciar su reconstrucción. Pero nos cuentan que la maldición de Dios permanece en el lugar, pues todos los que se han aventurado en él han sido atacados por la peste; que la enfermedad se ha propagado por Tracia y Macedonia; y que ahora, por temor a la virulencia de la infección en los meses de calor, se ha trazado un cordón sanitario en las fronteras de Tesalia y se ha decretado una cuarentena estricta.

Aquella noticia nos alejó de la idea del paraíso que se esperaba para dentro de unos centenares de miles de años y nos devolvió al dolor y a la miseria que, en nuestro tiempo, se enseñoreaban de la tierra. Conversamos sobre los estragos que la peste había causado en todos los rincones del mundo. Y sobre las consecuencias

devastadoras que tendría una segunda visita. Abordamos los mejores medios de prevenir la infección y de preservar la salud y la actividad en una ciudad afectada por ella. En Londres, por ejemplo. Merrival no participaba en aquella conversación. Se había sentado junto a Idris y seguía exponiéndole que la feliz idea de un paraíso en la tierra, alcanzado tras unos centenares de miles de años, se veía ensombrecida, en su caso, por el conocimiento de que, transcurrido cierto tiempo más, a este le seguiría un infierno o un purgatorio terrenales, que se producirían cuando la elíptica y el ecuador se hallaran en ángulo recto. Finalmente, la reunión llegó a su fin.

—Esta mañana todos nos dedicamos a soñar —dijo Ryland—. Tanto sentido tiene tratar sobre la visita de la plaga a nuestra bien gobernada metrópoli como calcular los siglos que han de transcurrir hasta que podamos cultivar piñas aquí, al aire libre.

Pero, aunque parecía absurdo temer la llegada de la peste a Londres, yo no podía dejar de pensar con gran dolor en la desolación que aquel mal causaría en Grecia. Los ingleses, en su mayor parte, se referían a Tracia y Macedonia como lo habrían hecho de algún territorio lunar que, ignoto para ellos, no suscitaba idea o interés alguno a sus mentes. Pero yo había hollado sus suelos. Los rostros de muchos de sus habitantes me resultaban familiares. En las ciudades, llanuras, colinas y desfiladeros de aquellas regiones había gozado de una indecible felicidad durante mi viaje por ellas el año anterior. En mi mente aparecían alguna aldea romántica, alguna casa de campo o mansión elegante allí situadas, habitadas por gentes encantadoras y bondadosas, y me asaltaba la duda de si hasta allí habría llegado la plaga. El mismo monstruo invencible que se cernía sobre Constantinopla y la devoraba, aquel demonio más cruel que la tempestad, más rebelde que el fuego vaga, ¡ay!, suelto por ese hermoso país... Aquellas reflexiones no me daban reposo.

La situación política de Inglaterra se complicaba ante la proximidad de la nueva elección del Protector. El acontecimiento suscitaba gran interés, pues se decía que si el candidato popular (Ryland), resultaba ganador, la abolición de los rangos hereditarios y demás vestigios del pasado se sometería a la consideración del Parlamento. Durante nuestra reunión de aquel día no se pronunció una palabra sobre ninguno de aquellos asuntos. Todo dependía de la elección del Protector y de las elecciones del año siguiente. Y sin embargo aquel silencio resultaba terrible y demostraba el gran peso que se atribuía a la cuestión, así como el temor de los partidos a lanzar un ataque prematuro y de que, una vez iniciado, la contienda resultara feroz.

Pero aunque Saint Stephen no resonaba con la voz que llenaba todos los corazones, los periódicos no se ocupaban de nada más, y los corros privados las conversaciones, versaran sobre lo que versasen, no tardaban en converger sobre aquel aspecto central, mientras las voces se convertían en susurros y los interlocutores arrimaban más sus sillas. Los nobles no dudaban en expresar sus temores. El otro partido intentaba abordar la cuestión con ligereza.

—Vergüenza debería sentir un país —afirmó Ryland— que se preocupa tanto por las palabras y la naderías. La cuestión es del todo fútil; se reduce a la pintura de los emblemas de los carruajes, al bordado de las levita de los lacayos.

Y sin embargo, ¿podía Inglaterra realmente despojarse de sus arreos de nobleza y conformarse con el estilo democrático de América? ¿Debían el orgullo de los ancestros, el espíritu patricio, la gentil cortesía y las metas refinadas —atributos espléndidos del rango—, borrarse de nosotros? Nos decían que ello no sucedería, que éramos por naturaleza un pueblo poético, una nación fácilmente engañada por las palabras, dispuesta a organizar las nubes de forma esplendorosa, a conceder honores al polvo. Jamás perderíamos ese espíritu; y era para difundir ese espíritu concentrado en la cuna por lo que debía aprobarse la nueva ley. Se nos aseguraba que cuando el nombre y el título de inglés fuera la única patente de nobleza, todos seríamos nobles; que cuando ningún hombre nacido bajo el influjo inglés sintiera que otro era superior a él en rango, la cortesía y el refinamiento se convertirían en derechos de cuna de todos los ciudadanos. Que Inglaterra no imagine que podrá vivir sin sus nobles, nobleza verdadera de la naturaleza, que lleva su patente en su conducta digna, que desde la cuna se eleva sobre sus demás congéneres, porque son mejores que el resto. Entre la raza de los hombres independientes, generosos y cultivados, en un país en que la imaginación es emperatriz de las mentes de los hombres, no ha de temerse que queramos una sucesión perpetua de nobles y personas de alcurnia. Sin embargo, ese partido, que apenas podía considerarse una minoría en el reino, que constituía el ornamento de la columna, «el capitel corintio de la sociedad pulida^[39]», apelaba a prejuicios sin fin, a viejos vínculos y a esperanzas jóvenes; a la expectativa de miles que tal vez un día se convirtieran en pares; azuzaban un espantapájaros, el espectro de todo lo que era sórdido, mecánico y bajo en las repúblicas comerciales.

La peste había llegado a Atenas. Cientos de residentes ingleses regresaron a su país. Los adorados atenienses de Raymond, el pueblo noble y libre de la más divina ciudad griega, caían como mazorcas de maíz maduro bajo la implacable hoz de su adversario. Sus agradables lugares quedaban desiertos. Sus templos y palacios se convertían en tumbas. Sus esfuerzos, hasta entonces orientados a los objetos más altos de la ambición humana, se veían obligados a converger en un mismo punto: la protección contra la lluvia de flechas de la plaga.

En cualquier otro momento el desastre hubiera despertado una profunda compasión entre nosotros. Pero en aquellos meses pasó desapercibido, enfrascados como estábamos en la inminente controversia. No era así en mi caso, y las cuestiones sobre rango y derecho se tornaban insignificantes a mis ojos cuando imaginaba la escena de la sufriente Atenas. Había oído hablar de la muerte de hijos únicos; de maridos y esposas que se profesaban gran devoción; del desgarrar de unos lazos que, al romperse, arrancaban los corazones, de amigos que perdían a amigos, de madres jóvenes que perdían a sus hijos recién nacidos. Y todas aquellas conmovedoras desgracias se agrupaban en mi mente, y mi mente las dibujaba con el conocimiento

de aquellas personas, con el afecto y la estima que profesaba por quienes las sufrían. Eran los admiradores, los amigos, los camaradas de Raymond, las familias que habían acogido a Perdita en Grecia y llorado con ella la muerte de su señor, quienes caían abatidos y se reunían con él en la fosa común.

La peste, en Atenas, vino precedida del contagio en Levante y fue causada por él. La escena de destrucción y muerte seguía representándose en aquel lugar a una escala pavorosa. La esperanza de que el brote de aquel año fuera el último mantenía a los mercaderes en contacto con aquellos países. Pero sus habitantes eran presas de la desesperanza, o de una resignación que, nacida del fanatismo, adoptaba el mismo tono siniestro. A América también habían llegado los males, y ya se trataba de fiebre amarilla, ya de peste, la epidemia demostraba una virulencia sin precedentes. La devastación no se limitaba a las ciudades, y se extendía por todo el país. El cazador moría en los bosques, el campesino en los campos de maíz, y el pescador en sus aguas natales.

Desde el este nos llegó una historia extraña, a la que se habría concedido poco crédito de no haberla presenciado multitud de testigos en diversas partes del mundo. Se decía que el veintiuno de junio, una hora antes del solsticio, se elevó por el cielo un sol negro^[40]; un orbe del tamaño del astro, pero oscuro, definido, cuyos haces eran sombras, ascendió desde el oeste. En una hora había alcanzado el meridiano y eclipsado a su esplendoroso pariente diurno. La noche cayó sobre todos los países, una noche repentina, opaca, absoluta. Salieron las estrellas, derramando en vano sus brillos sobre una tierra viuda de luz. Pero el orbe tenue no tardó en pasar por encima del sol y en dirigirse al cielo del este. Mientras descendía, sus rayos crepusculares se cruzaban con los del sol, brillantes, opacándolos o distorsionándolos. Las sombras de las cosas adoptaban formas raras y siniestras. Los animales salvajes de los bosques eran presa del terror cuando contemplaban aquellas formas desconocidas que se dibujaban sobre la tierra, y huían sin saber dónde. Los ciudadanos sentían un gran temor ante la convulsión que «arrojaba leones a las calles^[41]»; pájaros, águilas de poderosas alas, cegadas de pronto, caían en los mercados, mientras los búhos y los murciélagos hacían su aparición, saludando a la noche precoz. Gradualmente el objeto del temor fue hundiéndose en el horizonte, y hasta el final irradió sus haces oscuros en un aire por lo demás transparente. Ese fue el relato que nos llegó de Asia, del extremo oriental de Europa y de África, desde un lugar tan lejano como la Costa de Oro.

Tanto si la historia era verdadera como si no, sus consecuencias fueron indudables. Por toda Asia, desde las orillas del Nilo hasta las costas del mar Caspio, desde el Helesponto hasta el mar de Omán, se propagó el pánico. Los hombres llenaban las mezquitas; las mujeres, cubiertas con sus velos, acudían apresuradamente a las tumbas a depositar ofrendas a los muertos para que protegieran a los vivos. Todos se olvidaron de la peste, pues el nuevo temor lo causaba aquel sol negro. Y, aunque las muertes se multiplicaron y las calles de Ispahán, Pequín y Delhi

se llenaban de cadáveres infestados de pestilencia, los hombres pasaban junto a ellos, observando el cielo en busca de malos presagios, sin prestar atención a la muerte que tenían bajo los pies. Los cristianos acudían a sus iglesias; doncellas cristianas, incluso durante la fiesta de las rosas, se vestían de blanco y se tocaban con velos brillantes, y en largas procesiones acudían a los lugares consagrados a su religión, llenando el aire con sus himnos; entonces, de los labios de alguna pobre plañidera entre la multitud ascendía un grito de dolor y el resto alzaba la vista al cielo, imaginando que veía alas de ángeles que volaban sobre la tierra, lamentando los desastres que estaban a punto de abatirse sobre la humanidad.

En la soleada Persia, en las ciudades atestadas de la China, entre los matorrales aromáticos de Cachemira, por las costas meridionales del Mediterráneo, sucedían tales cosas. Incluso en Grecia la historia del sol de las tinieblas acrecentaba los temores y la desesperación de la multitud agonizante. Nosotros, en nuestra isla neblinosa, nos hallábamos muy lejos del peligro, y lo único que nos acercaba a aquellos desastres era la llegada diaria de buques procedentes del Medio Oriente llenos de emigrantes, en su mayoría ingleses. Pues los musulmanes, aunque el miedo a la muerte estuviera muy extendido entre ellos, se mantenían en su sitio, juntos, en la creencia de que, si habían de morir (y, si ello ocurría, la muerte acudiría a su encuentro lo mismo en mar abierto, en la lejana Inglaterra o en Persia), si habían de morir, era preferible que sus huesos descansaran en una tierra sacramentada por los restos de verdaderos creyentes. La Meca no se había visto jamás tan rebosante de peregrinos, pues hasta los árabes renunciaban al pillaje de las caravanas y, humildes y desarmados, se unían a las procesiones, rezando a Mahoma para que alejara la peste de sus campamentos y sus desiertos.

No acierto a describir la alegría que sentía cuando, apartándome tanto de las trifulcas políticas de mi país como de los males físicos que acechaban aquellos lugares remotos, regresaba a mi amado hogar, a la morada selecta de bondad y amor, a la paz y al intercambio de toda sagrada comprensión. Si nunca hubiera abandonado Windsor, mis emociones no habrían alcanzado la misma intensidad. Pero en Grecia había sido presa del miedo y los cambios deplorables. En Grecia, tras un periodo de angustia y pesar, había visto partir a dos seres cuyos nombres eran símbolo de grandeza y virtud. Ahora, no iba a permitir que aquellas desgracias se inmiscuyeran en mi círculo doméstico en el que, rodeados de nuestro querido bosque, vivíamos tranquilos. El paso de los años, sin duda, provocaba pequeños cambios en nuestro refugio. Y el tiempo, como es su costumbre, grababa las señales de la mortalidad en nuestros placeres y expectativas.

Idris, la esposa, hermana y amiga más afectuosa, era una madre tierna y abnegada. Para ella, a diferencia de lo que sucedía con muchas, aquellos sentimientos no eran un pasatiempo, sino una pasión. Habíamos tenido tres hijos. El segundo de ellos murió mientras yo me hallaba en Grecia. Aquella pérdida tiñó de pesadumbre y temor las emociones triunfantes y arrobadas de su maternidad. Antes de que aquello

sucediera, los tres pequeños nacidos de sus entrañas, jóvenes herederos de su vida efímera, parecían poseedores de una existencia inquebrantable. Ahora, sin embargo, Idris temía que la implacable destructora le arrebatara a los pequeños que le quedaban, igual que había hecho con su hermano. La menor enfermedad de alguno de ellos le causaba pavor, y su tristeza era infinita si debía separarse de los pequeños por el más breve periodo. Custodiaba el tesoro de su felicidad en el seno de su frágil ser y vigilaba de continuo, no fuera la insidiosa ladrona a robarle sus preciadas joyas. Por fortuna, apenas tenía motivos para temer nada. Alfred, que ya había cumplido nueve años, era un muchacho esbelto y varonil, de frente despejada, ojos tiernos y carácter amable, aunque independiente. El pequeño era todavía un bebé, pero a sus redondos mofletes asomaban las rosas de la salud, y su vivacidad despreocupada llenaba nuestra casa de risas inocentes.

Clara había llegado a esa edad que, dejando atrás su muda ignorancia, era la fuente de los temores de Idris. Sentía un gran afecto por Clara, como todos. Su inteligencia, que era mucha, se combinaba con inocencia, su sensatez con prudencia, su seriedad con un gran sentido del humor, y su belleza trascendente, unida a una deliciosa sencillez, era tal, que colgaba como una perla en el templo de nuestras posesiones, tesoro de maravilla y excelencia.

Al principio del invierno nuestro Alfred, que ya tenía nueve años, ingresó en la escuela de Eton. A él le parecía que aquel era su primer paso hacia la vida adulta y se sentía inmensamente complacido. Aquella combinación de estudio y diversiones iba desarrollando las mejores cualidades de su carácter, su constancia, su generosidad, su bien gobernada firmeza. ¡Qué emociones tan profundas y sagradas crecen en el pecho de un padre cuando se convence de que el amor que siente por su hijo no es solo producto del instinto, sino que se trata de algo plenamente merecido, y que otros, menos cercanos a él, participan de su aprobación! Para Idris y para mí mismo constituía motivo de suprema felicidad que la franqueza reflejada en la frente despejada de Alfred, la inteligencia de sus ojos, la sensatez templada de su voz, no fueran engaños, sino indicadores de talentos y virtudes que «crecerían con su crecimiento, y fortalecerían su fuerza^[42]». Es en ese momento del fin del amor animal de un progenitor por sus hijos, cuando se inicia el verdadero afecto. Ya no vemos en esa parte tan querida de nosotros mismos una tierna planta que necesita de nuestros cuidados, ni un juguete para los ratos de ocio. Nos basamos en sus facultades intelectuales, fijamos nuestras esperanzas en sus tendencias morales. Su debilidad todavía impregna de temor este sentimiento, su ignorancia impide una intimidad completa; pero empezamos a respetar al futuro hombre y tratamos de asegurarnos su estima como si fuera nuestro igual. ¿Qué puede valorar más un padre que la buena opinión de su hijo? En toda nuestra relación con él nuestro honor debe quedar intacto, la integridad de nuestro parentesco, inmaculado. El destino y las circunstancias pueden, cuando alcance la madurez, separarnos para siempre, pero cuando su guía se halle en peligro, su consuelo en momentos de zozobra, al ardiente

joven han de acompañarle siempre, en el duro sendero de la vida, el amor y el honor de sus padres.

Llevábamos tanto tiempo viviendo en las inmediaciones de Eton que su población de muchachos jóvenes nos era bien conocida. Muchos de ellos habían sido amigos de juegos de Alfred antes de convertirse en compañeros de escuela. Ahora observábamos a aquel grupo de jóvenes con redoblado interés. Distinguíamos las diferencias de carácter entre los chicos y tratábamos de adivinar cómo serían los futuros hombres que se ocultaban en ellos. Nada resulta más encantador, y en nada se regocija más el corazón, que un muchacho libre de espíritu, amable, valiente y generoso. Varios de los alumnos de Eton poseían estas características. Todos se distinguían por su sentido del honor y su capacidad de iniciativa. En algunos, al acercarse a la madurez, aquellas virtudes degeneraban en presunción. Pero los más jóvenes, niños poco mayores que el nuestro, eran notorios por su disposición gallarda y dulce.

Entre ellos se encontraban los futuros gobernantes de Inglaterra. Los hombres que, cuando nuestro ardor se hubiera enfriado y nuestros proyectos hubieran culminado o hubieran sido destruidos para siempre; cuando, representado ya nuestro drama, nos despojáramos del atuendo del momento y nos ataviáramos con el uniforme de la edad, o de la muerte igualadora; allí estarían los seres que debían seguir operando la vasta maquinaria de la sociedad; allí los amantes, los esposos, los padres; allí el señor, el político, el soldado. Algunos imaginaban que ya estaban listos para salir a escena, impacientes por participar del *dramatis personae* de la vida activa. No hacía tanto que yo mismo había sido uno de aquellos imberbes participantes; cuando mi hijo ocupara el lugar que ahora me correspondía a mí, yo ya sería un viejo arrugado de pelo cano. ¡Curioso sistema! ¡Asombroso enigma de la Esfinge! El hombre permanece, mientras que los individuos pasan. Así funciona, por recurrir a las palabras de un escritor elocuente y filosófico, «el sistema de la existencia decretado para un cuerpo permanente compuesto de piezas transitorias en el que, según disposición de una sabiduría extraordinaria, que unifica la misteriosa variedad de la raza humana, el conjunto resultante no es, simultáneamente, nunca viejo, ni de mediana edad ni joven, sino que, en un estado de constancia inalterada, avanza a través del tenor variado de una permanente decadencia, caída, renovación y progreso^[43]».

¡Con gusto te cedo mi lugar, querido Alfred! Avanza, retoño del dulce amor, hijo de nuestras esperanzas. Avanza como un soldado por el camino por el que yo he sido tu pionero. Haré un lugar para ti. Yo ya he abandonado la inconsciencia de la infancia, la frente lisa, el gesto vivaz de los primeros años. Que todo ello te adorne a ti. Avanza, que yo he de desprenderme de más cosas en tu beneficio. El tiempo me robará las gracias de la madurez, me arrebatará el fuego de los ojos, la agilidad de los miembros; me privará de la mejor parte de la vida, de las impacientes expectativas, del amor apasionado, y lo derramará todo, doblemente, sobre tu hermosa cabeza.

¡Avanza! Hacedos merecedores del regalo, tú y tus camaradas. Y en la obra que estáis a punto de representar, no deshonréis a aquellos que os animaron a subir a escena, a pronunciar cabalmente los papeles que se os asignaron. Que tu progreso sea constante y seguro. Nacido en la corriente primaveral de las esperanzas humanas, que alcances un verano tras el que el invierno no llegue jamás.

Capítulo V

PARECÍA evidente que algún trastorno se había infiltrado en el curso de los elementos, alterando su fluir benigno. El viento, príncipe del aire, rugía en su reino, encrespando el mar furioso y sometiendo a la tierra rebelde a cierta obediencia.

Airadas plagas desde las alturas el dios envía
de hambruna y pestilencia a montones perecen
y de nuevo en venganza de su ira cae
sobre sus grandes huestes,
y sus tambaleantes muros resquebraja;
detiene sus flotas en la llanura del mar
y a sus profundidades las envía^[44].

Su poder mortífero azotaba los países florecientes del sur, y durante el invierno, incluso nosotros, desde nuestro retiro septentrional, empezamos a agitarnos bajo sus efectos.

Considero injusta esa fábula que proclama la superioridad del sol sobre el viento^[45]. Quién no ha visto la tierra ligera, la atmósfera balsámica, la naturaleza alegre tornarse oscura, fría e inhóspita cuando el viento, aletargado, despierta por el este o, cuando las nubes grises encapotan el cielo y cortinas de lluvia, inagotables, descienden hasta que la tierra empapada, incapaz de absorber más agua, y forma

charcos en su superficie; o cuando la antorcha del día parece un meteoro que podría sofocarse. Y quién no ha visto levantarse el viento del norte que empuja los nubarrones, y aparecer el cielo veteado, y al poco surgir una abertura en los vapores del ojo del viento, a través del cual brilla el azul más intenso. Las nubes pierden grosor; se forma un arco que asciende sin fin y, retirándose el velo del muro universal, el sol envía sus rayos, reanimado y alimentado por la brisa.

De modo que muy poderoso eres, ¡oh, viento!, que ocupas el trono por sobre todos los demás virreyes del poder de la naturaleza: ya llegues destructor desde el este, o preñado de vida elemental desde el oeste, a ti te obedecen las nubes; el sol es tu sirviente; el océano sin costa es esclavo tuyo. Barres la tierra y los robles centenarios se someten a tu hacha ciega; la nieve se esparce sobre los pináculos de los Alpes, las avalanchas atruenan en sus valles; custodias las llaves de la escarcha y tienes potestad para encadenar primero, y después liberar, el agua de los arroyos; bajo tu amable gobierno nacen las hojas y los capullos, que también por ti florecen.

¿Por qué aúllas así, oh viento? Ni de día ni de noche ha cesado tu rugido en los últimos cuatro meses. En las costas se suceden los naufragios, la superficie del mar no es ya navegable, la tierra se ha despojado de su belleza obedeciendo tus órdenes, el frágil globo ya no osa surcar los aires agitados. Tus ministras, las nubes, inundan la tierra con sus lluvias, los ríos abandonan sus cauces, el torrente desbocado desgarrar el sendero de montaña. Los llanos, los bosques y los claros olvidan sus encantos y hasta nuestras ciudades se echan a perder por tu causa. ¡Ay! ¿Qué será de nosotros? Se diría que las olas gigantes del océano, los inmensos brazos del mar, están a punto de arrancar de su centro nuestra isla, tan firmemente anclada en él, para arrojarla, convertida en ruina y escombros, contra los campos del Atlántico.

¿Qué somos nosotros, los habitantes de esta esfera, insignificantes entre los muchos que pueblan el espacio ilimitado? Nuestras mentes abrazan el infinito, pero el mecanismo visible de nuestro ser está sujeto al más pequeño accidente (no hay más remedio que corroborarlo día a día). Aquel a quien un rasguño afecta, aquel que desaparece de la vida visible bajo el influjo de los agentes hostiles que operan a nuestro alrededor, ostentaba los mismos poderes que yo... Yo también existo sujeto a las mismas leyes. Y a pesar de todo ello nos llamamos a nosotros mismos señores de la creación, dominadores de los elementos, maestros de la vida y de la muerte, y alegamos, como excusa a esta arrogancia, que aunque el individuo se destruye, el hombre perdura siempre.

Así, perdiendo nuestra identidad, de la que somos muy conscientes, nos vanagloriamos en la continuidad de nuestra especie y aprendemos a ver la muerte sin terror. Pero cuando la nación entera se convierte en víctima de los poderes destructores de agentes externos, entonces, ciertamente, el hombre mengua hasta la insignificancia, siente que su posesión de la vida peligra, que su herencia en la tierra desaparece.

Recuerdo que, tras presenciar los efectos devastadores de un fuego, durante un tiempo no era capaz de hallarme en presencia del más pequeño de ellos, encendido en algún brasero, sin sentir temor. Las llamas se retorcían alrededor del edificio en su caída. Se insinuaban en las sustancias que les rodeaban, y todo lo que hallaba a su paso se rendía a su tacto. ¿Podíamos, entonces, tomar partes integrales de aquel poder, y no pasar a ser súbditos de sus operaciones? ¿Podíamos domesticar a un cachorro de aquella bestia salvaje, y no sentir temor cuando creciera y se convirtiera en ejemplar adulto?

Así empezábamos a sentirnos respecto de los muchos rostros de la muerte que vagaba libre por los selectos distritos de nuestra hermosa morada, y sobre todo respecto de la peste. Temíamos el verano que se avecinaba. Los países que compartían frontera con otros ya infectados comenzaban a adoptar planes serios para mantener alejado al enemigo. Nosotros, pueblo comercial, nos veíamos obligados, cuando menos, a tenerlos en cuenta, y la cuestión del contagio se convirtió en tema de acaloradas discusiones.

Estaba demostrado que la peste no era lo que comúnmente se conoce como enfermedad contagiosa, como lo son la escarlatina o la viruela. Se consideraba una epidemia. Pero la gran pregunta que seguía sin respuesta era cómo se generaba y se propagaba aquella epidemia. Si la infección dependía del aire, el aire estaba expuesto a la infección. Como sucede, por ejemplo, en el caso de un tifus llevado por un barco hasta una ciudad portuaria; la misma gente que lo ha llevado hasta allí no logra contagiarlo a una ciudad situada de manera más afortunada. Pero ¿cómo vamos nosotros a juzgar sobre el aire, a pronunciarnos sobre si en tal ciudad la peste será improductiva y en esta otra la naturaleza proporcionará una buena cosecha? Del mismo modo, un individuo puede escapar de ella noventa y nueve veces y recibir el golpe mortal la centésima, pues los cuerpos se hallan en ocasiones en un estado que rechaza la infección, mientras que en otras parecen ávidos de empaparse de ella. Todas esas reflexiones llevaban a nuestros legisladores a mostrarse prudentes respecto de las leyes que debían aprobar. El mal se extendía de tal modo, con tal violencia y crueldad, que ninguna prevención, ningún cuidado, podía juzgarse superfluo, pues tal vez precisamente estos fueran los que acabaran salvándonos.

Se trataba, en cualquier caso, de un ejercicio de prudencia, ya que no había necesidad urgente de tomar medidas. Inglaterra seguía resultando un lugar seguro. Francia, Alemania, Italia y España se interponían aún —muros sin brecha— entre nosotros y la plaga. Nuestros barcos eran, ciertamente, juguete de los vientos y las olas, del mismo modo que Gulliver lo era de los gigantes brobdinagianos, pero nosotros, en nuestra estable morada, quedábamos a salvo de las heridas de aquella naturaleza en erupción. No conocíamos el temor. Y sin embargo, un sentimiento de respeto, de asombro, la dolorosa sensación de que la humanidad se iba degradando, anidaba en todos los corazones. La naturaleza, nuestra madre, nuestra amiga, volvía hacia nosotros su rostro amenazante. Nos demostraba sencillamente que, aunque nos

permitía asignarle leyes y someter sus poderes aparentes, ella, moviendo apenas un dedo, podía hacernos temblar. Podía tomar nuestro planeta salpicado de montañas, rodeado de atmósfera, morada de nuestro ser, así como todo lo que la mente del hombre fuera capaz de inventar o su fuerza de alcanzar; podía tomar aquella esfera con una sola mano y arrojarla al espacio, donde la vida se consumiría y los hombres y todos sus esfuerzos resultarían aniquilados.

Todas aquellas especulaciones proliferaban entre nosotros. Y sin embargo manteníamos nuestras ocupaciones diarias y nuestros planes, cuyo logro exigía el transcurso de muchos años. Ninguna voz se alzaba pidiéndonos que nos detuviéramos. Cuando las desgracias extranjeras llegaban a nuestros oídos a través de los canales del comercio, nos afanábamos en buscar remedios. Se realizaban suscripciones para auxiliar a los emigrantes y mercaderes arruinados por culpa del fracaso del comercio. El espíritu inglés operaba a toda máquina y, como siempre, se disponía a oponerse al mal y resistirse a la herida de caos y muerte que la naturaleza enferma había infligido en unos límites y orillas que hasta entonces se habían mantenido al margen.

A principios de verano llegaron hasta nosotros las primeras noticias de que el daño que se había producido en países lejanos era mayor de lo que en un principio se sospechó. Quito había sido destruido por un terremoto. Méjico, arrasado por los efectos combinados de tormentas, peste y hambrunas. Europa occidental recibía a multitud de emigrantes y nuestras islas se habían convertido ya en refugio de miles de ellos. Entretanto, a Ryland lo habían nombrado Protector. Había asumido el cargo con gran ímpetu y pensaba dedicar todos sus esfuerzos a la supresión de los órdenes privilegiados de nuestra comunidad. Sus medidas, no obstante, se vieron obstaculizadas, y sus planes interrumpidos, por aquel nuevo estado de cosas. Muchos de los extranjeros se hallaban en una situación desesperada, y su número creciente acabó por convertir en ineficaces los métodos de auxilio habituales. La imposibilidad de realizar intercambios entre nuestros puertos y los de América, India, Egipto y Grecia supuso la interrupción de la actividad comercial. En la rutina de nuestras vidas se abrió una brecha. Nuestro Protector y sus partidarios trataron en vano de ocultar la verdad; en vano día tras día estipulaban un periodo para debatir las nuevas leyes relativas al rango hereditario y los privilegios; en vano trataban de presentar el mal como algo transitorio y parcial. Aquellos desastres hacían nido en muchos pechos y, a través de las distintas vías comerciales, llegaban a todas las clases y las divisiones de la sociedad, hasta el punto de convertirse, inevitablemente, en la cuestión más relevante del Estado, en el tema principal al que debíamos dedicar nuestras atenciones.

¿Es posible —nos preguntábamos unos a otros con asombro y pesar— que los desórdenes naturales hayan causado la ruina de países enteros, la aniquilación de naciones enteras? Las grandes ciudades de América, las fértiles llanuras del Indostán, las atestadas viviendas de los chinos, viven amenazadas por la destrucción total. Allá

donde antes las multitudes se congregaban en busca de placer o provecho, ahora solo resuenan los lamentos y la tristeza. El aire está emponzoñado y los seres humanos respiran muerte, aunque sean jóvenes, sanos, y se hallen en la flor de sus esperanzas. Recordábamos la peste de 1348, cuando se calculaba que un tercio de la humanidad fue destruida. Sin embargo, por el momento Europa occidental se mantenía a salvo. ¿Sería así por mucho tiempo?

¡Oh, sí, no temáis, ciudadanos, así seguirá siendo! En las llanuras de América aún sin cultivar, ¿acaso puede sorprender que, entre otros destructores gigantes, la peste se haya hecho un sitio? Esta ha sido desde siempre nativa de Oriente, hermana del tornado, el terremoto y el simún. Hija del sol, retoño de los trópicos, expirará en esos climas. Bebe la sangre oscura de los habitantes meridionales pero nunca se alimenta del celta de pálido rostro. Si, por azar, algún asiático infectado llegara a nosotros, la plaga moriría con él, incomunicada, inocua. Lloremos por nuestros hermanos, pero sepamos que su desgracia jamás se abatirá sobre nosotros. Lamentémonos por los hijos del jardín de la tierra y brindémosles nuestra ayuda. Antes envidiábamos sus moradas, sus huertos de especias, sus fértiles planicies, su abundante belleza. Pero en esta vida mortal los extremos siempre se tocan. La espina crece con la rosa, el árbol del veneno y el de la canela entrelazan sus ramas. Persia, con sus tejidos de oro, sus salones de mármol y su infinita riqueza es hoy una tumba. La tienda de los árabes ha caído sobre la arena y su caballo recorre la tierra sin brida ni silla. Los lamentos resuenan en los valles de Cachemira. Sus claros y sus bosques, sus frescas fontanas, sus rosaledas, se ven contaminados por los muertos. En Circasia y Georgia, el espíritu de la belleza llora sobre las ruinas de su templo favorito: el cuerpo femenino.

Nuestras propias desgracias, aunque causadas por la reciprocidad ficticia del comercio, aumentaban proporcionalmente. Se arruinaron banqueros, mercaderes y fabricantes cuyo negocio dependía de las exportaciones y el intercambio de la riqueza. Se trata de reveses que, cuando suceden individualmente, afectan solo al entorno más inmediato. Pero ahora la prosperidad de la nación se veía amenazada por pérdidas frecuentes y extensivas. Familias acostumbradas a la opulencia y el lujo quedaban a expensas de la caridad. La propia situación pacífica de la que nos vanagloriábamos resultaba engañosa: no había medios para emplear a los ociosos ni para enviar los excedentes de población fuera del país. Incluso la fuente de las colonias se había secado, pues en Nueva Holanda, la Tierra de Van Diemen y el Cabo de Buena Esperanza la peste se propagaba con gran virulencia. ¡Ah! ¡Que alguna medicina purgara nuestro mal y devolviera a la tierra su salud acostumbrada!

Ryland era hombre de fuertes convicciones, rápido y sensato en su decisión cuando las condiciones eran normales, pero permanecía paralizado ante la gran cantidad de males que nos acechaban. ¿Debía aumentar los tributos sobre la tierra para asistir a la población que dependía del comercio? Para hacerlo debía ganarse el favor de los terratenientes, los aristócratas del campo, que eran sus enemigos declarados. Y para ello, a su vez, debía abandonar su más ambicioso plan de igualdad

y confirmar a los aristócratas sus derechos sobre la tierra. Debía olvidarse de sus más preciados proyectos tendentes a alcanzar un bien duradero para su país, a cambio de un alivio temporal. Debía renunciar a su objeto más ambicionado y, bajando los brazos, rendirse sin haber logrado alcanzar, de momento, la meta última de sus esfuerzos. En esa tesitura llegó a Windsor para exponernos el asunto. Cada día añadía nuevas dificultades a las ya existentes: la llegada de nuevos barcos cargados de emigrantes, el cese total del comercio, las multitudes hambrientas que se agolpaban a las puertas del palacio del Protectorado, eran circunstancias que no podían obviarse. En efecto, el golpe ya había sido asestado y los aristócratas obtuvieron todo lo que deseaban a cambio de suscribir una ley que, con vigencia de doce meses, incrementaba en un veinte por ciento los impuestos que debían pagar los propietarios.

La calma regresó a la metrópolis y a las ciudades más populosas, antes presas de la desesperación. Y volvimos a contemplar las calamidades desde la distancia, a preguntarnos si el futuro nos depararía algo de alivio a sus excesos. Era agosto, de modo que no se albergaban grandes esperanzas de mejora durante la estación calurosa. Por el contrario, la enfermedad cobró mayor virulencia, mientras las hambrunas proseguían con su labor acostumbrada. Miles de personas morían sin que nadie las llorara, pues junto a los cuerpos aún calientes, quienes se lamentaban de la pérdida enmudecían también, vencidos por la muerte.

El 18 de ese mes llegaron a Londres noticias de que la plaga había hecho acto de presencia en Francia y en Italia. Al principio se trataba de susurros que nadie se atrevía a pronunciar en voz alta. Cuando alguien se encontraba con un amigo en la calle, se limitaba a exclamar, sin detenerse siquiera: «Ya lo sabes, ¿verdad?», mientras que el otro, con expresión de miedo y terror, respondía: «¿Qué va a ser de nosotros?». Finalmente la información apareció en un periódico, intercalada en una página poco leída: «Lamentamos informar de que ya no existe duda sobre la presencia de la peste en Livorno, Génova y Marsella». A la noticia no seguía comentario alguno, y cada lector, asustado, aportaba el suyo. Éramos como ese hombre que se entera de que su casa está ardiendo y aun así avanza por la calle sin perder la esperanza de que se trate de un error, hasta que dobla la esquina y ve el tejado envuelto en llamas. Hasta ese momento se había tratado de un rumor; pero ahora, en palabras indelebles, impresa en letras definitivas, innegables, la noticia se abría paso. Su lugar tan poco destacado en el periódico redundaba, paradójicamente, en su visibilidad. Las letras diminutas adquirían proporciones gigantescas a los ojos perplejos del temor. Parecían grabadas con pluma de hierro, impresas con fuego, tejidas en las nubes, estampadas en la cubierta del universo.

Los ingleses, ya se tratara de viajeros o de expatriados, regresaban en riadas imparables. Y con ellos llegaban multitud de italianos y españoles. Nuestra pequeña isla parecía a punto de reventar. En un primer momento los emigrantes pusieron en circulación gran cantidad de moneda. Pero no había manera de que aquella gente obtuviera nada a cambio de lo que gastaba. A medida que avanzaba el verano y la

enfermedad se propagaba, los alquileres quedaban sin pagar y las remesas de dinero no llegaban. Resultaba imposible ver a aquellas criaturas desgraciadas y moribundas, hasta hacía poco hijas del lujo, y no tender una mano para salvarlas. Como había sucedido a finales del siglo XVIII, cuando los ingleses abrieron sus despensas de hospitalidad para alivio de aquellos exiliados de sus casas a causa de la revolución política, tampoco ahora dejamos de prestar ayuda a las víctimas de una calamidad más extendida. Nosotros contábamos con muchos amigos extranjeros a los que, una vez localizados, tratamos de aliviar de su terrible penuria. Nuestro castillo se convirtió en asilo de los infelices y no pocos se refugiaron entre sus muros. Los beneficios de su dueño, que siempre había hallado un modo de invertirlos de acuerdo con su naturaleza generosa, se gastaban ahora con mayor cuidado, para que resultaran de mayor utilidad. Con todo, el dinero faltaba solo en parte, y lo que más escaseaban eran los productos esenciales de la vida. Resultaba difícil hallar un remedio inmediato, pues las importaciones —el recurso más habitual— habían quedado interrumpidas. En aquella situación de emergencia, para alimentar a las personas a las que habíamos dado cobijo tuvimos que entregar nuestros jardines y parques al arado y la azada. La gran demanda en el mercado hizo disminuir ostensiblemente el número de cabezas de ganado en el país. Incluso los pobres ciervos, nuestros astados más consentidos, debían sacrificarse para que sobrevivieran unos huéspedes más valiosos que ellos. Los trabajos necesarios para el cultivo del campo los realizaban hombres que habían sido despedidos de las cada vez más escasas fábricas.

Adrian no se conformaba con el esfuerzo que pudiera llevar a cabo en sus propias posesiones y apeló a los ricos terratenientes. Realizó propuestas parlamentarias que poco podían satisfacer a los que más tenían. Pero sus sinceras súplicas y benévola elocuencia eran irresistibles. Ceder terrenos de ocio a la agricultura, disminuir el número de caballos que en todo el país se mantenían con finalidades suntuarias, eran buenas ideas, aunque desagradables para algunos. Con todo, en honor a los ingleses debe decirse que, aunque la reticencia natural les llevó a demorarse un poco, cuando la desgracia de sus congéneres se hizo evidente, una generosidad entusiasta inspiró sus decretos. Quienes vivían con más lujo fueron los primeros en apartarse de sus bienes. Como suele suceder en toda colectividad, los primeros marcaron la tendencia. Las damas de la alta sociedad se habrían considerado desgraciadas si hubieran gozado de lo que antes llamaban una necesidad, es decir, de un carruaje. Las sillas de manos, como en los viejos tiempos, y los palanquines indios, volvieron a usarse para las más débiles. Por lo demás, no era raro ver a mujeres de rango acudir a pie a los lugares de moda. Y más común todavía era que los propietarios de tierras se retiraran a sus fincas, asistidos por tropas completas de indigentes que talaban sus bosques para construirse viviendas provisionales y parcelaban los parques, los parterres y los jardines, que cultivaban las familias necesitadas. Ahora muchas de ellas, de desahogada posición en sus países de origen, trabajaban la tierra, arado en mano. Finalmente hubo de ponerse algo de freno a tanto espíritu de sacrificio y recordar a

aquellos cuya generosidad se convertía en despilfarro, que hasta que la situación por la que atravesábamos se hiciera permanente —lo que no era probable—, constituía un error acelerar los cambios hasta un punto tal que se hiciera difícil el regreso a la situación anterior. La experiencia demostraba que en uno o dos años la peste remitiría. Era aconsejable que entre tanto no destruyéramos nuestras bellas razas de caballos o modificáramos radicalmente los espacios ornamentales del país.

Puede imaginarse que el estado de las cosas debía de ser lo bastante grave como para que aquel espíritu de bondad echara unas raíces tan profundas. La infección se propagaba ahora por las provincias meridionales de Francia. Pero aquel país contaba con tal riqueza de recursos agrícolas que el desplazamiento de la población de un lugar a otro y el aumento de la emigración extranjera tuvieron menos efecto que entre nosotros. El principal daño parecía causado más por el pánico que por la enfermedad y sus consecuencias naturales.

Se convocó al invierno, doctor infalible. Los bosques sin follaje, los ríos rebosantes de agua, las nieblas nocturnas y las escarchas matutinas fueron recibidos con gratitud. Los efectos del frío purificante se sintieron de inmediato y las cifras de muertos en el extranjero se reducían semana tras semana. Muchos de nuestros visitantes nos dijeron adiós. Aquellos cuyos hogares se hallaban situados al sur escaparon encantados de los rigores de nuestro invierno, en pos de su tierra nativa, seguros de hallar en ella abundancia, a pesar de la temible y reciente visita. Volvíamos a respirar. No sabíamos qué nos depararía el siguiente verano, pero los meses que teníamos por delante eran nuestros y depositábamos grandes esperanzas en el fin de la peste.

Capítulo VI

ME he demorado hasta ahora en otra orilla, en la desolada lengua de arena que se adentra en el arroyo de la vida tras coquetear apenas con la sombra de la muerte. Hasta ahora he mecido mi corazón en el recuerdo de la felicidad pasada, del tiempo de la esperanza. ¿Por qué no seguir así? No soy inmortal, y el ovillo de mi historia podría seguir devanándose hasta trascender los límites de mi existencia. Pero no. El mismo sentimiento que me ha conducido a recrear escenas repletas de tiernas remembranzas me empuja ahora a apresurarme. El mismo anhelo de este corazón exhausto, que me ha llevado a poner por escrito mi juventud errante, mi serena edad adulta, las pasiones de mi alma, me disuade ahora de mayores demoras. Debo completar mi obra.

Así, aquí me encuentro, como he dicho, junto a las aguas bravas de los años que fluyen y desaparecen. ¡Arriad las velas y remad con fuerza por congostos oscuros, empinados rápidos, hasta llegar al mar de desolación en que me hallo! Pero antes, todavía un instante, un breve intervalo antes de zarpar. Dejadme una vez más, una sola, imaginarme cómo era en 2094, en mi morada de Windsor. Dejadme cerrar los ojos e imaginar que las inmensas ramas de los robles todavía me cobijan en los alrededores del castillo. Que la mente recree el feliz escenario del 20 de junio tal como mi doliente corazón aún lo recuerda.

Las circunstancias me habían llevado a Londres. Allí oí que a algunos hospitales de la ciudad habían acudido enfermos con síntomas de peste. Regresé a Windsor apesadumbrado. Accedí a Little Park, como era mi costumbre, por la puerta de Frogmore, camino del castillo. Gran parte de esas tierras se dedicaban ahora al cultivo, y aquí y allá surgían campos de patatas y maizales. Los grajos graznaban con estridencia sobre los árboles cercanos. Entre sus gritos agudos llegó a mí una música animada. Era el cumpleaños de Alfred. Los jóvenes, sus compañeros de Eton y los hijos de los nobles de las inmediaciones, habían organizado un simulacro de feria al que habían invitado a toda la vecindad, y el parque se veía salpicado de tenderetes de colores vivos flanqueados por banderas estrambóticas que ondeaban al sol y aportaban su nota festiva a la escena. Sobre una tarima instalada bajo la terraza bailaban algunos jóvenes. Me apoyé en un árbol y me dediqué a observarlos. La orquesta tocaba la animada aria orientalizante de *Abon Hassan*, de Weber. Sus volátiles notas daban alas a los pies de los danzantes, y quienes los observaban

marcaban el ritmo sin percatarse de ello. En un primer momento me dejé arrastrar por la alegría y durante unos instantes mis ojos recorrieron la maraña de cuerpos en movimiento. Entonces una idea se clavó en mi corazón como el acero: todos vais a morir —pensé—. Ya cavan vuestra tumba alrededor de vosotros. Por el momento, como contáis con los dones de la agilidad y la fuerza, imagináis que estáis vivos. Pero frágil es la «enramada de carne^[46]» que aprisiona la vida; quebradiza la cadena de plata^[47] que os une a ella. El alma feliz, que va de placer en placer montada en el agraciado mecanismo de unos miembros bien formados, sentirá de pronto que el eje cede, que la rueda y el muelle se disuelven en el polvo. Ni uno solo de vosotros —¡oh, desdichado grupo!— escapará. Ni uno solo. ¡Ni mi Idris ni sus hijos! ¡Horror y desgracia! La alegre danza concluyó de pronto, el prado verde quedó cubierto de cadáveres y el aire azul se impregnó de vapores fétidos y letales. ¡Resonad, clarines! ¡Atronad, agudas trompetas! Sumad un canto fúnebre a otro, tocad acordes lúgubres, que el aire reverbere con hórridos lamentos, que en las alas del viento viajen los aullidos discordantes. Ya me parece oírlos, mientras los ángeles de la guarda, que velan por la humanidad, se retiran veloces una vez cumplida su misión, su partida anunciada por sonidos melancólicos. Unos rostros llorosos más allá del decoro me obligaron a abrir los ojos; cada vez más aprisa, más rostros desencajados se congregaban a mi alrededor y exhibían todas las variedades del pesar, rostros conocidos que alternaban con otros distorsionados, producto de la fantasía. Con palidez cenicienta, Raymond y Perdita se hallaban sentados, alejados del resto, observándolo todo con una sonrisa triste. El semblante de Adrian pasaba entonces ante mí fugazmente, teñido de muerte. Idris, con los párpados lánguidamente cerrados, los labios lívidos, avanzaba, a punto de meterse en la ancha tumba. La confusión crecía. Las expresiones de tristeza se convertían en gestos de burla: movían la cabeza asintiendo al ritmo de la música, que subía de tono hasta resultar ensordecedora.

Creí ser presa de la locura y, adelantándome para librarme de ella, me uní a la multitud. Idris se fijó en mí y vino a mi encuentro con paso leve. La estreché entre mis brazos sintiendo, al hacerlo, que en ellos sostenía lo que para mí era el mundo entero, pero que a la vez resultaba tan frágil como la gota de agua que el sol del mediodía ha de beberse en la copa de un nenúfar. A mi pesar sentí los ojos arrasados en lágrimas. La alegre bienvenida de mis hijos, el dulce saludo de Clara, el apretón de manos de Adrian... Todo se aliaba para desencajarme. Los sentía cerca, los sentía a salvo, y a la vez pensaba que todo aquello era un engaño: la tierra se movía bajo mis pies, los árboles se balanceaban a pesar de tener las raíces profundamente ancladas en el suelo. Me sentía tan mareado que me tendí sobre la hierba.

Mis seres queridos se alarmaron hasta tal punto que no me atreví a pronunciar la palabra «peste» que me asomaba ya a la punta de la lengua, por temor a que pensaran que mis síntomas se debían a ella y que mi desfallecimiento lo causaba la infección.

Me había recuperado algo, y con forzada hilaridad había devuelto las sonrisas a mi reducido círculo, cuando vi que Ryland se aproximaba a mí.

El nuevo Protector tenía en su complexión algo de granjero, de hombre cuyos músculos y físico se hubieran desarrollado bajo la influencia del ejercicio físico vigoroso y la exposición a los elementos. Y hasta cierto punto así era, pues aunque propietario de una gran finca, en tanto que proyectista y persona de naturaleza activa e industriosa, se entregaba a las labores agrícolas en sus terrenos. Cuando fue nombrado embajador del país en los Estados del Norte de América, se planteó durante un tiempo instalarse en el país, y llegó a realizar varios viajes hacia el oeste de aquel inmenso continente con el fin de escoger el lugar idóneo para establecerse. La ambición le apartó de aquellos planes, una ambición que, abriéndose paso a través de varios obstáculos y reveses, le había llevado al fin al colmo de sus esperanzas, convirtiéndolo en señor Protector de Inglaterra.

Su expresión era dura pero denotaba inteligencia: la frente despejada, los ojos grises, despiertos, que parecían protegerse de sus propios planes y de la oposición de los enemigos. Hablaba con voz estentórea y agitaba mucho las manos durante las discusiones, como si con su gigantesco cuerpo quisiera advertir a sus interlocutores de que las palabras no eran sus únicas armas. Eran pocos los que habían descubierto cierta cobardía y una considerable falta de firmeza bajo aquel aspecto imponente. A nadie se le daba mejor que a él aplastar a un adversario más débil, del mismo modo que nadie era más capaz de ejecutar una rápida retirada ante un adversario poderoso. Ese había sido el secreto de su renuncia cuando se produjo la elección de lord Raymond. Aunque la mayoría los desconocía, aquellos defectos podían intuirse apenas en su mirada no siempre franca, en su afán exagerado por conocer las opiniones de los demás, en la poca firmeza de su letra. Ahora él era nuestro Protector. Se había entregado a una feroz campaña para alcanzar el cargo. Su Protectorado iba a distinguirse por la introducción de toda clase de renovaciones tocantes a la aristocracia. Pero había tenido que cambiar aquella tarea por otra muy distinta: la de enfrentarse a la ruina causada por las convulsiones de la naturaleza. Pero no contaba con ningún sistema coherente para abordar aquellos males y se limitaba a solicitar informe tras informe, sin decidirse a poner en práctica solución alguna hasta que todas ellas dejaban de resultar eficaces.

Sin duda el Ryland que avanzaba hacia nosotros en ese instante se parecía muy poco al cazador de votos poderoso, irónico y en apariencia valeroso que aspiraba a ocupar la dignidad de primer mandatario entre los ingleses. Nuestro «roble autóctono», como lo llamaban sus partidarios, parecía haber encogido a causa del embate de algún frío invernal. Parecía haber menguado hasta la mitad de su tamaño y caminaba torpemente, como si las piernas no fueran capaces de soportar su peso. El gesto contrariado, la mirada perdida, ponían en su rostro una mezcla de cobardía y temor.

En respuesta a nuestras ávidas preguntas, solo pronunció una palabra, que se diría que involuntariamente se le había escapado de los labios:

—Peste... ¿Dónde?... En todas partes... Debemos huir, huir, pero ¿adónde?... Nadie lo sabe. No existe refugio en la tierra, nos ataca como mil manadas de lobos. Debemos huir todos. ¿Dónde iréis? ¿Dónde podemos ir?

El hombre de acero había hablado con voz temblorosa.

—¿De veras huiría usted? —le preguntó Adrian—. Debemos permanecer aquí y hacer todo lo posible por ayudar a los ciudadanos que sufren.

—¡Ayudar! —exclamó Ryland—. No hay ayuda posible. ¡Por Dios! ¿Quién habla de ayuda? ¡El mundo entero es presa de la peste!

—Entonces, para evitarla, debemos abandonar el mundo —observó Adrian esbozando una sonrisa sosegada.

Ryland emitió una especie de gruñido. Un sudor frío bañaba su frente. Era inútil oponerse a su paroxismo de terror, pero de todos modos nosotros tratamos de calmarlo y animarlo. Así, transcurridos unos minutos, algo más sereno, logró explicarnos con más calma el motivo de su alarma, pues había vivido un caso bastante próximo. Uno de sus criados, mientras lo esperaba, había caído muerto en el acto. El médico dictaminó que había fallecido a causa de la peste. Intentamos calmarlo, sí, pero la zozobra se apoderaba de nuestros corazones. Vi que Idris me miraba primero a mí y después a los niños, pidiéndome en silencio mi opinión. Adrian se hallaba sumido en la meditación. En cuanto a mí, reconozco que las palabras de Ryland resonaban en mis oídos: todo el mundo estaba infectado. ¿En qué reclusión pura podría guarecer mis amados tesoros hasta que la sombra de la muerte hubiera dejado atrás la tierra? Permanecemos todos en silencio, un silencio que se nutría de los relatos y los pronósticos lúgubres de nuestro invitado.

Nos habíamos apartado un poco del resto de asistentes a la celebración y ahora subíamos por la escalinata de la terraza, camino del castillo. Nuestro cambio de humor intrigó a los que se hallaban más cerca de nosotros. Además, a través de los criados de Ryland no tardó en saberse que este había escapado de la peste que ya afectaba a Londres. Los alegres invitados se dispersaron en corrillos susurrantes. El espíritu festivo desapareció al instante: la música cesó y los jóvenes abandonaron sus ocupaciones y se congregaron. El ánimo liviano que les había llevado a vestirse con disfraces, a decorar los tenderetes, a reunirse en grupos fantásticos, les parecía ahora un pecado, una provocación al destino horrible que había posado su mano temblorosa sobre la esperanza y la vida. La dicha de aquel día resultaba una burla sacrílega de las penas del hombre. Los extranjeros que vivían entre nosotros y que habían huido de sus países por culpa de la epidemia veían invadido su último refugio. El miedo los volvía locuaces, ante un auditorio ávido de noticias describían las desgracias que habían contemplado en las ciudades visitadas por la calamidad y se entregaban a detallados y horribles relatos sobre la naturaleza insidiosa e irremediable de la pestilencia.

Entramos en el castillo. Idris se acercó a una ventana que miraba al parque. Con ojos maternales buscaba a nuestros hijos entre la multitud. Un muchacho italiano

había congregado un corrillo a su alrededor y con gesto vehemente describía alguna escena espeluznante. Alfred permanecía inmóvil frente a él, absorto en sus palabras. El pequeño Evelyn había tratado de convencer a Clara para que se lo llevara a jugar a otra parte, pero la historia del italiano la fascinaba y, sin quitarle la vista de encima, cada vez se acercaba más a él. Bien observando a los invitados del jardín, bien sumidos en sus reflexiones, todos guardaban silencio. Ryland, solo, se apoyaba en una ventana; Adrian caminaba de un lado a otro rumiando alguna idea nueva y poderosa, hasta que se detuvo de pronto y dijo:

—Llevo tiempo temiendo que sucediera esto. ¿Acaso cabía esperar que la isla se mantuviera al margen de la visita universal? El mal ha venido a visitarnos a nuestra casa y no debemos arredrarnos ante el destino. ¿Cuáles son sus planes, señor Protector, para el bien del país?

—Por el amor de Dios, Windsor —exclamó Ryland—. No se mofe de mí con ese título. La muerte y la enfermedad igualan a todos los hombres. Ni pretendo proteger a nadie ni dirijo un hospital... que es en lo que pronto se convertirá Inglaterra.

—¿Pretende entonces abandonar sus deberes en esta hora de peligro?

—¿Deberes? Hable cabalmente, milord. Cuando sea un cadáver carcomido por la peste, ¿cuáles serán mis deberes? ¡Que cada palo aguante su vela! Que el diablo asuma el Protectorado, si asumiéndolo yo voy a ponerme en peligro.

—¡Hombre débil de espíritu! —dijo Adrian, presa de la indignación—. Sus conciudadanos depositan su confianza en usted, y usted los traiciona.

—¿Los traiciono? —inquirió Ryland—. Es la peste la que me traiciona a mí. ¿Débil de espíritu? Está bien. Usted, encerrado en su castillo, se jacta de no conocer el temor. Que asuma quien quiera el Protectorado. Yo renuncio a él ante Dios.

—¡Y ante Dios —exclamó su contrincante con fervor— yo lo recibo! Nadie se postulará para el cargo en estas circunstancias, nadie envidiará el peligro que he de correr ni las tareas a las que voy a entregarme. Deposite su poder en mis manos. Largo tiempo he luchado con la muerte, y mucho (extendió una mano escuálida), mucho he sufrido en la batalla. No es huyendo del enemigo, sino enfrentándose a él, como podremos conquistarlo. Si ahora estoy a punto de iniciar mi último combate, si voy a perderlo, que así sea.

»Pero Ryland, reconsidere su posición. Los hombres, hasta ahora, lo han tenido por magnánimo y sabio. ¿Arrojará esos títulos por la borda? Piense en el pánico que causará su huida. Regrese a Londres. Yo le acompañaré. Aliente al pueblo con su mera presencia. Yo incurriré en el peligro. Vergüenza debería darle ser el primero en desatender sus deberes, siendo como es el primer mandatario del país.

Entretanto el ánimo festivo había desaparecido por completo de los invitados que poblaban el jardín. Como las moscas a las que, en verano, ahuyenta el aguacero, así nuestro grupo, hasta hacía muy poco ruidoso y feliz, iba menguando entre tristes y melancólicos murmullos. Al ponerse el sol y acercarse la noche, el jardín quedó casi desierto. Adrian y Ryland seguían enzarzados en su discusión. Habíamos preparado

un banquete para nuestros invitados en el salón de la planta baja del castillo, y hacia allí nos dirigimos Idris y yo para recibir a los pocos que quedaban. Nada resulta más melancólico que una reunión festiva convertida en velada triste. Los atuendos de gala, los ornamentos, alegres en otras circunstancias, se revisten de un aspecto solemne y fúnebre. Y si ese cambio ya resultaba doloroso ante causas menores, su peso ante aquella se nos hacía intolerable, pues sabíamos que la Destructora de la tierra, como un demonio, había traspasado al fin, discretamente, los límites erigidos por nuestra precaución, y que, definitivamente, se había instalado en el corazón palpitante de nuestro país. Idris se sentó a la cabecera de la mesa medio vacía. Pálida y llorosa, le costaba no olvidar sus deberes de anfitriona. Mantenía la vista fija en nuestros hijos. El aire serio de Alfred demostraba que seguía rumiando sobre la historia que había oído contar al muchacho italiano. Evelyn era la única criatura alegre entre los presentes. Sentado sobre el regazo de Clara, entregado a sus propias fantasías, no dejaba de reírse en voz alta. Su voz infantil reverberaba en el techo abovedado. Su pobre madre, que llevaba largo rato reprimiendo toda expresión de angustia, no pudo más, estalló en llanto y, sosteniendo a su pequeño en brazos, se alejó precipitadamente del salón. Clara y Alfred la siguieron. Mientras, los demás asistentes, perplejos, iniciaron un murmullo que iba subiendo de tono y era expresión de sus temores.

Los jóvenes se congregaron a mi alrededor para pedirme consejo. Y de quienes tenían amigos en Londres se iba apoderando una gran intranquilidad, pues ignoraban el alcance de la epidemia en la ciudad. Yo, tratando de animarlos como mejor podía, les aseguraba que, por el momento, la peste había causado muy pocas bajas. Para tranquilizarlos, les sugería que, siendo como éramos los últimos en recibir su visita, era probable que la epidemia hubiera perdido virulencia antes de llegar a nuestras tierras.

La limpieza, los hábitos ordenados y las construcciones de nuestras ciudades eran elementos que jugaban a favor nuestro. Por tratarse de una epidemia, su fuerza principal derivaba de las características perniciosas del aire, por lo que, en un país donde este era naturalmente salubre, no se esperaba que causara grandes estragos. En un primer momento me dirigí solo a los que se hallaban cerca de mí, pero gradualmente fue congregándose más gente a mi alrededor, y constaté que todos me escuchaban.

—Amigos —proseguí—, el riesgo que corremos es ordinario, de modo que las precauciones que tomemos también lo han de ser. Si la valerosa hombría y la resistencia pueden salvarnos, entonces nos salvaremos. Lucharemos contra el enemigo hasta el final. La plaga no hallará en nosotros una presa fácil; le disputaremos cada palmo del terreno y, con leyes metódicas e inflexibles, pondremos trabas invencibles al avance de nuestro enemigo. Tal vez en ninguna otra parte del mundo se haya topado con oposición tan sistemática y testaruda. Tal vez a ningún otro país haya dotado la naturaleza de mejor protección natural contra nuestro

invasor, y tal vez en ningún otro la mano del hombre pueda contribuir tanto a la tarea de la naturaleza. No desesperaremos. No somos cobardes ni fatalistas; creemos que Dios ha puesto en nuestras manos los medios para nuestra supervivencia y vamos a sacarles el máximo provecho. Recordad que la limpieza, la sobriedad e incluso el buen humor y la benevolencia son nuestras mejores medicinas.

Poco podía añadir a aquella exhortación general. La peste había llegado a Londres pero aún no había hecho mella entre nosotros. Pedí a los invitados que se retiraran y me obedecieron, tristes, a la espera de lo que pudiera sucederles.

Fui entonces en busca de Adrian, impaciente por conocer el resultado de su conversación con Ryland. En cierto sentido la discusión la había ganado él: el Protector aceptó regresar a Londres unas semanas, tiempo suficiente para que la situación se enderezara algo y su renuncia no causara tanta consternación. Hallé juntos a Adrian y a Idris. De la tristeza con que aquel había recibido la noticia de la llegada de la peste a Londres no quedaba ni rastro. Su presencia de ánimo infundía fuerza a su cuerpo y la alegría solemne del entusiasmo y la entrega iluminaba su semblante. La debilidad de su condición física parecía haberle pasado de largo, como la nube de humanidad, en la antigua fábula, pasó de largo ante el amante divino de Semele. Trataba de infundir valor a su hermana, lograr que viera sus intenciones bajo una luz menos trágica, para lo que, con apasionada elocuencia, le exponía sus razones.

—Permíteme, en primer lugar —le dijo—, que libere tu mente de todo temor que puedas sentir por causa mía. No pienso forzarme más allá de mi resistencia ni buscaré los peligros innecesariamente. Creo saber qué debe hacerse y, dado que mi presencia es necesaria para el cumplimiento de mis planes, pondré especial cuidado en conservar mi vida.

»Voy a asumir un cargo adecuado para mí. No soy capaz de intrigar, de abrirme camino por las sendas tortuosas del laberinto que forman los vicios y las pasiones del hombre. Pero sí puedo aportar paciencia y comprensión, y toda la ayuda que permite el arte, al lecho del enfermo. Sí puedo alzar del suelo al triste huérfano y despertar nuevas esperanzas en el corazón cerrado del doliente. Sí puedo confinar a la peste dentro de unos límites, establecer un plazo a la desgracia que pueda ocasionar. Coraje, resistencia y vigilancia son las fuerzas que yo aporto a esta gran obra.

»¡Oh! ¡Ahora seré alguien! Desde mi nacimiento he aspirado a ser águila, pero, a diferencia de ella, me fallaron las alas, y la ceguera se apoderó de mis ojos. La decepción y la enfermedad, hasta hoy, me han dominado. Nacidos al nacer yo, gemelos míos, mi «podrías» se veía siempre encadenado a mi «no podrás». Un pastor cuidando de su rebaño en los montes participaba más que yo de la sociedad. Felicítame, pues, por haber encontrado una meta adecuada a mis fuerzas. A menudo he considerado ofrecer mis servicios a ciudades italianas o francesas invadidas por la peste. Pero el temor a lastimarte y la premonición de esta catástrofe me coartaban. A Inglaterra y a los ingleses me dedico. Si logro salvar uno solo de sus poderosos

espíritus del mazazo de la muerte, si logro apartar la enfermedad de una de sus mansiones sonrientes, no habré vivido en vano.

¡Extraña ambición la suya! Y sin embargo así era Adrián. Parecía dado a la contemplación, negado a las excitaciones en todas sus formas, estudiante infatigable, hombre de visiones... Pero si se topaba con un asunto que considerara digno,

como alondra que, al alba
vuela sobre la tierra tenebrosa
y a las puertas del cielo
sus himnos canta^[48],

así él también se alzaba de sus pensamientos exangües e improductivos y alcanzaba la más alta cima de la acción virtuosa.

Con él viajaban el entusiasmo, la decisión férrea, el ojo capaz de mirar a la muerte sin pestañear. Entre nosotros, en cambio, habitaban la tristeza, la angustia, la insoportable espera del mal. Francis Bacon afirma que el hombre que tiene esposa e hijos entrega rehenes a la fortuna^[49]. Vano resultaba todo razonamiento filosófico —vana toda fortaleza—, vana, vana toda confianza en un bien probable. Por más que yo cargara un platillo de la balanza con lógica, valor y resignación, un solo temor por Idris y nuestros hijos colocado en el otro bastaba para decantarla de su lado.

¡La peste había llegado a Londres! Necios habíamos sido por no preverlo antes. Llorábamos la ruina de los inmensos continentes de Oriente, la desolación del mundo occidental, mientras imaginábamos que el estrecho canal que separaba nuestra isla del resto de la tierra nos mantendría alejados de la muerte. Entre Calais y Dover no había más que un paso. El ojo distingue sin dificultad la tierra hermana. En otro tiempo ambas estuvieron unidas. Y el angosto sendero que transita entre ellas parece, visto en un mapa, apenas un camino trazado en la hierba. Y no obstante ese pequeño intervalo debía salvarnos. El mar debía alzar un muro de diamante: del otro lado, la enfermedad y la desgracia; de este, un refugio del mal, un rincón del jardín del Edén, una partícula de suelo celestial que ningún mal podía invadir. ¡Qué sabia demostró ser, ciertamente, nuestra generación al imaginar todas aquellas cosas!

Ahora, sin embargo, ya hemos despertado. La peste ha llegado a Londres. El aire de Inglaterra está contaminado y sus hijos cubren la tierra insalubre. Ahora se diría que las aguas del mar, hasta hace poco nuestra defensa, son los barrotes de nuestra prisión. Acorralados por sus golfos, moriremos como los habitantes desnutridos de una ciudad sitiada. Otras naciones hallan camaradería en la muerte, mas nosotros, privados de toda vecindad, hemos de enterrar a nuestros propios muertos, y la pequeña Inglaterra se convierte en un vasto sepulcro.

En mí, ese sentimiento de tristeza universal adoptaba forma concreta cuando pensaba en mi esposa y mis hijos. La idea de que pudieran verse en peligro me llenaba de espanto. ¿Cómo podría salvarlos? Pergeñaba mil y un planes. Ellos no

morirían. Antes de que la infección se acercara a los ídolos de mi alma, yo quedaría reducido a la nada. Caminaría descalzo por el mundo para hallar un lugar libre de pestilencia; construiría una casa sobre tablones zarandeados por las olas, a la deriva en el océano desnudo y sin confines; me instalaría con ellos en la guarida de alguna bestia salvaje, donde unas crías de tigre —a las que sacrificaría— se hubieran criado sanas y salvas; buscaría un nido de águila en la montaña y viviríamos años suspendidos en el repecho inaccesible de algún acantilado marino. Ningún esfuerzo era demasiado grande, ningún plan demasiado descabellado, si me traían la promesa de conservarles la vida. ¡Oh, hilos de mis entretelas! ¿Podíais romperos en pedazos sin que mi alma se agotara en lágrimas de sangre y pesar?

Pasado el primer impacto, Idris recobró cierta fortaleza. Se cerró deliberadamente a toda idea de futuro y sumergió el corazón en sus presentes bendiciones. No perdía de vista a sus hijos en ningún momento, y siempre y cuando los viera, saludables, a su alrededor, se mantenía conforme y esperanzada. A mí, en cambio, me invadía un intenso desasosiego, que me resultaba más intolerable por tener que ocultarlo. Mis temores respecto de Adrian no cesaban. Ya era agosto, y los síntomas de la peste se propagaban con celeridad por Londres. Todos los que tenían capacidad para trasladarse a otro lugar desertaban de la ciudad. En cambio él, mi hermano, se veía expuesto a los peligros de los que huían todos, salvo los esclavos encadenados por las circunstancias. Adrian, desprotegido el flanco, solo en sus esfuerzos, permanecía para combatir al enemigo. La infección podía haberle alcanzado y moriría desatendido y sin compañía. Aquellas ideas me perseguían día y noche. Decidí trasladarme a Londres para verlo y, de ese modo, aplacar mi agonía con la dulce medicina de la esperanza o con el láudano de la desesperación.

Hasta que llegué a Brentford no percibí demasiados cambios en la faz del país. Las casas más nobles se veían cerradas a cal y canto. El tráfico habitual de la ciudad languidecía. Los pocos peatones con los que me crucé avanzaban con paso nervioso y observaban mi carruaje asombrados: era el primero que veían circular en dirección a Londres desde que la peste se había apoderado de sus locales selectos y sus calles comerciales. Varios funerales salieron a mi encuentro, muy poco concurridos, y quienes los presenciaban los veían como malos augurios. Algunos observaban aquellas procesiones con gran interés, otros huían discretamente y había quien rompía en sollozos.

La principal misión de Adrian, después del auxilio inmediato de los enfermos, había sido camuflar los síntomas y el avance de la epidemia entre los habitantes de Londres. Sabía que el miedo y los malos presagios eran poderosos asistentes de la enfermedad; que la desesperanza y la obsesión hacían al hombre particularmente sensible al contagio. Por ello en la ciudad no se apreciaban cambios notables: las tiendas, por lo general, seguían abiertas, y hasta cierto punto la gente seguía desplazándose. Pero, a pesar de que se evitaba que la ciudad mostrara aspecto de lugar contaminado, a mis ojos, que no la habían contemplado desde el inicio del

brote, Londres sí había cambiado. Ya no circulaban carruajes y en las calles la hierba había crecido considerablemente. Al aspecto desolado de las casas, con la mayoría de las contraventanas cerradas, se sumaba la expresión asustada de la gente con la que me cruzaba, muy distinta del habitual gesto apresurado de los londinenses. Mi vehículo solitario atraía las miradas en su avance hacia el palacio del Protectorado. Las calles que conducían a él mostraban un aspecto más siniestro aún, más desolado. A mi llegada encontré atestada la antecámara de Adrian: era la hora de la audiencia. Como no era mi intención interrumpir sus tareas, me dispuse a esperar observando las entradas y salidas de los demandantes pertenecientes a las clases medias y bajas de la sociedad, cuyos medios de subsistencia habían desaparecido con la interrupción del comercio y el cese de la actividad financiera que, en todas sus variantes, eran características de nuestro país. Quienes llegaban mostraban angustia, y en ocasiones terror, en sus rostros, sentimientos que contrastaban con el semblante resignado e incluso satisfecho de los que acababan de ser recibidos en audiencia. En sus movimientos ágiles y sus gestos alegres veía la indudable influencia de mi amigo. Dieron las dos, hora a partir de la cual no se admitían más entradas. Los que se habían quedado a las puertas del edificio dieron media vuelta, cabizbajos y tristes, mientras yo entraba en la cámara de audiencias.

Me sorprendió constatar una notable mejora en la salud de Adrian. Ya no caminaba encorvado, como una planta de primavera regada en exceso que, creciendo más allá de sus fuerzas, no resiste el peso de su flor. Le brillaban los ojos y miraba con gesto contenido. Todo su ser parecía revestido de un aire de energía y determinación que difería en todo de su languidez anterior. Estaba sentado a la mesa junto a varios secretarios que organizaban las peticiones o registraban las notas que habían tomado durante la audiencia. En la sala todavía quedaban dos o tres solicitantes. Yo no podía sino admirar su justicia y su paciencia. A quienes tenían la posibilidad de vivir fuera de Londres, él les aconsejaba que partieran de inmediato y les facilitaba los medios para hacerlo. A otros, cuyos negocios resultaban beneficiosos para la ciudad o que no contaban con otro lugar de refugio, los instruía en el mejor modo de evitar la epidemia: liberando la carga de familias muy numerosas, llenando los huecos dejados en otras por la muerte. El orden, el consuelo e incluso la salud proliferaban bajo su influencia, se diría que surgidos como por arte de magia.

—Me alegro de que hayas venido —me dijo cuando nos quedamos a solas—. Dispongo solo de unos pocos minutos, y tengo tanto que contarte... La peste avanza. Resulta inútil cerrar los ojos a la realidad. Las muertes aumentan semana tras semana. No sé decirte qué es lo que está por venir. Por el momento, gracias a Dios me defiende en el gobierno de la ciudad y me concentro solo en el presente. Ryland, a quien he retenido durante tanto tiempo, ha decidido que partirá antes de que termine el mes. El diputado elegido por el Parlamento para sustituirlo ha muerto, y ha de nombrarse otro. Yo he presentado mi candidatura y creo que no contaré con ningún

competidor. Esta noche se decidirá el asunto, pues el Parlamento ha convocado una sesión extraordinaria a tal efecto. Debes postularme tú, Lionel. Ryland, por vergüenza, no se atreve a aparecer, pero tú, amigo mío, ¿me prestarás este servicio?

¡Qué extraordinaria resulta la devoción! Frente a mí se hallaba un joven de regencia, envuelto en lujos desde la infancia, reacio por naturaleza a las refriegas ordinarias de la vida pública que ahora, en tiempos de peligro, en un momento en que sobrevivir constituía la más alta meta de los ambiciosos, él, el amado y heroico Adrian, se ofrecía simplemente a sacrificarse por el bien público. La idea misma resultaba noble y generosa pero, más allá de ella, la modestia de sus maneras, su entera falta de presunción en la virtud, convertía aquel acto en algo diez veces más conmovedor. Yo me habría opuesto a su petición, pero había visto con mis propios ojos el bien que había propagado y me parecía que no debía oponerme a sus intenciones, de modo que, a regañadientes, consentí en lo que me pedía. Él me estrechó la mano con gran afecto.

—Gracias —dijo—, me has librado de un doloroso dilema y eres, como siempre has sido, el mejor de mis amigos. Adiós. Debo ausentarme unas horas. Ve a conversar con Ryland. Aunque abandona su puesto en Londres, puede sernos de gran utilidad en el norte de Inglaterra recibiendo y auxiliando a los viajeros y contribuyendo a suministrar alimentos a la metrópolis. Despierta en él, te lo ruego, algún sentido del deber.

Adrian se despidió para iniciar, según supe luego, su visita diaria a los hospitales y su inspección de las zonas más pobladas de Londres. Fui al encuentro de Ryland y lo encontré muy alterado, mucho más que el día que vino a vernos a Windsor. El miedo permanente había mermado su complexión y hacía temblar su cuerpo todo. Le hablé de lo que iba a suceder esa noche y sentí que sus músculos se relajaban al instante; deseaba abandonar Londres. Vivía diariamente con el temor de contraer la enfermedad, pero no se atrevía a resistirse a las vehementes peticiones de Adrian para que prolongara su estancia. En cuanto este fuera elegido legalmente como representante suyo, escaparía a algún lugar seguro. Con aquella idea en mente, escuchó mis palabras y, alegre casi ante la idea de una próxima partida, me habló de los planes que adoptaría en su propio condado, olvidando por un momento su decisión de encerrarse en su finca y rehuir todo contacto.

Esa noche Adrian y yo nos dirigimos a Westminster. De camino, él se dedicó a recordarme lo que debía decir y hacer, aunque yo, por extraño que parezca, entré en la cámara sin haber reflexionado en absoluto sobre mi propósito. Adrian permaneció en el salón del café mientras yo, para cumplir sus deseos, tomaba asiento en Saint Stephen. Un silencio raro reinaba en la cámara, que yo no visitaba desde el Protectorado de Raymond, época en que la concurrencia era abundante, los participantes eran conocidos por su elocuencia y tenían lugar acalorados debates. Ahora, en cambio, los escaños aparecían vacíos; los que por costumbre ocupaban los miembros hereditarios se encontraban vacantes. Los representantes de la ciudad sí se

encontraban allí: miembros de las localidades comerciales, algunos terratenientes y pocos de los que accedían al Parlamento para hacer carrera. El primer tema del día que ocupaba la atención de la cámara era la petición del Protector, que les rogaba que eligieran a un delegado suyo para que asumiera sus funciones durante su ausencia necesaria.

El silencio se mantuvo hasta que uno de los miembros se acercó a mí y me susurró que el conde de Windsor le había comunicado que debía ser yo quien postulara su candidatura, en ausencia de la persona que en primer lugar había escogido para ello. Solo entonces fui consciente del verdadero alcance de mi misión y me sentí abrumado por la responsabilidad. Ryland había desertado de su puesto por temor a la infección, un temor que era general y que dejaba a Adrian sin competidores. Yo, el familiar más próximo del conde de Windsor, debía proponer su elección. Debía arrojar a mi mejor amigo —una persona sin igual— a un cargo de máximo peligro. ¡Imposible! La suerte estaba echada. Me postularía yo mismo como candidato.

Los pocos miembros presentes habían acudido más por zanjar el asunto, asegurándose una presencia legal, que con ánimo de debatir. Yo me había puesto en pie de manera mecánica. Me temblaban las piernas y, con voz vacilante, pronuncié algunas palabras sobre la necesidad de escoger a una persona adecuada para hacer frente a las peligrosas tareas que se planteaban. Pero cuando se me ocurrió la idea de presentarme yo mismo en lugar de mi amigo, toda vacilación y angustia desaparecieron de mí. Mis balbuceos cesaron y mi voz recobró su tono firme y rápido. Me concentré en lo que Adrian ya había logrado y prometí el mismo empeño en la ejecución de todas sus ideas. Esboqué una imagen conmovedora de su precaria salud, al tiempo que me jactaba de mi propia fuerza. Les rogué que salvaran, incluso de sí mismo, al vástago de la familia más noble de Inglaterra. Mi alianza con él era prueba de mi sinceridad, y mi matrimonio con su hermana, mis hijos, sus probables herederos, los rehenes de mi verdad.

Adrian fue informado al momento de aquel vuelco en el debate y entró a toda prisa en la sala, a tiempo de oír las frases finales de mi apasionada arenga. Yo, por mi parte, no lo vi, pues mi alma toda estaba puesta en mis palabras y mis ojos no percibían más que una imagen del cuerpo de Adrian, mordido por la peste, hundiéndose en la muerte.

Cuando dejé de hablar, me tomó de la mano.

—¡Ingrato! —exclamó—. ¡Me has traicionado!

Y entonces, dando un paso al frente, con el aire de quien tiene derecho a ostentar el mando, reclamó para sí el cargo de delegado. Lo había comprado —dijo— con peligro y lo había pagado con esfuerzo. Su ambición estaba depositada en él y, tras un tiempo dedicado a los intereses de su país, ¿pensaba yo inmiscuirme y robarle los beneficios? Que recordaran todos cómo se encontraba Londres a su llegada: el pánico reinante causaba el hambre y los lazos morales y legales empezaban a disolverse. Él

había restaurado el orden, tarea que había requerido perseverancia, paciencia y energía. Y solo había dormido y despertado por el bien de su país. ¿Alguien se atrevía a cuestionárselo? ¿Le arrebatarían el trofeo que tanto le había costado ganar para entregárselo a alguien que, no habiendo participado jamás en la vida pública, demostraría ser lego en un arte en que él era experto? Creía tener derecho a exigir el puesto de delegado. Ryland había dado muestras de preferirlo él, a él que nunca hasta entonces, a pesar de haber nacido heredero al trono de Inglaterra, había pedido favor de honor a quienes hoy eran sus iguales, pero que podrían haber sido sus súbditos. ¿Se lo negarían ahora? ¿Serían capaces de alejar de la senda de distinción y noble ambición al heredero de sus antiguos reyes, añadiendo una decepción más a la corona caída?

Nadie había oído nunca a Adrian apelar a sus derechos dinásticos. Nadie había sospechado que el poder, o el sufragio de muchos, pudiera interesarle. Había iniciado su discurso con vehemencia pero lo concluyó con sincera cordialidad, realizando su petición con la misma humildad que habría demostrado al pedir ser el primero en riqueza, honor y poder entre los ingleses, y no, como era el caso, al suplicar convertirse en el primero en someterse a horribles trabajos y a una muerte inevitable. Un murmullo de aprobación se elevó en la sala tras su discurso.

—¡No lo escuchen! —exclamé yo—. No dice la verdad, se engaña a sí mismo...

Me interrumpieron. Una vez se hizo el silencio, nos ordenaron, como era costumbre, que nos retiráramos mientras los asistentes tomaban su decisión. Yo quería creer que vacilaban y que yo albergaba aún ciertas posibilidades. Pero me equivocaba. Apenas habíamos abandonado la cámara cuando mandaron llamar a Adrian y lo proclamaron delegado del Protector.

Regresamos juntos al palacio.

—¿Por qué, Lionel? —me preguntó Adrian—. ¿Qué pretendías? Sabías que no podías ganar, y sin embargo me has proporcionado el dolor de vencer derrotando a mi mejor amigo.

—Te entregas a una burla —respondí yo—. Tú, el adorado hermano de Idris, el ser que, de entre todos los que pueblan el mundo, nos resulta más querido, te entregas a una muerte prematura. Y yo debía impedirlo. Mi muerte sería un mal menor o no habría llegado nunca, mientras que la tuya no podrá evitarse.

—En cuanto a la probabilidad de sobrevivir —observó Adrian—, en diez años las frías estrellas pueden brillar sobre los sepulcros de todos nosotros. Pero en cuanto a mi propensión concreta a verme infectado, no debería costarme demostrar, tanto lógica como físicamente, que en medio del contagio, mis probabilidades de sobrevivir son superiores a las tuyas.

»Este cargo es mío. Yo nací para ocuparlo, para gobernar Inglaterra en la anarquía, para salvarla del peligro, para entregarme a ella. La sangre de mis antepasados grita con fuerza en mis venas y me arrastra a ser el primero entre mis conciudadanos. O, si esta forma de hablar te ofende, lo diré de otro modo: que mi

madre, reina orgullosa, me inculcó desde temprana edad un amor por la distinción y que, si la debilidad de mi condición física y mis opiniones peculiares no lo hubieran impedido, tal vez llevaría mucho tiempo luchando por la herencia perdida de mi raza. Pero ahora mi madre, o si lo prefieres, sus lecciones, han despertado en mí. No puedo encaminarme a la batalla. No puedo, mediante intrigas y traiciones, erigir de nuevo el trono sobre el naufragio del espíritu público de Inglaterra. Pero seré el primero en apoyar y proteger a mi país, ahora que estos terribles desastres y esta ruina han puesto sus manos sobre él.

»Este país y mi adorada hermana son todo lo que tengo. Protegeré aquel; esta queda a tu recaudo. Si yo sobrevivo y ella muere, preferiré estar muerto. De modo que cuidala; sé bien que lo harás. Y si necesitas de mayor acicate, piensa que, cuidándola, me cuidas a mí. Su naturaleza perfecta, la suma de sus perfecciones, se envuelve en sus afectos: si estos se resintieran, se marchitaría como una florecilla seca, y el menor daño que sufran será para ella como una escarcha atroz. Ya ahora está sufriendo por nosotros. Teme por sus hijos, a los que adora, y por ti, padre, amado, esposo, protector. Tú debes permanecer junto a ella en todo momento para apoyarla y animarla. Regresa, pues, a Windsor, hermano mío, pues lo eres por todos los lazos. Llena el doble vacío que mi ausencia te impone y deja que yo, a pesar de mis sufrimientos, vuelva los ojos hacia vuestro delicioso lugar de reclusión y diga: «La paz existe».

Capítulo VII

REGRESÉ a Windsor, en efecto, aunque no con la intención de permanecer allí, sino pensando en obtener el consentimiento de Idris para volver a Londres y asistir a mi extraordinario amigo, compartir con él sus tareas y salvarlo, a expensas de mi vida si era necesario. Sin embargo, la angustia que mi decisión pudiera despertar en mi esposa me preocupaba sobremanera. Me había jurado a mí mismo no hacer nada que

lograra ensombrececer su gesto, aunque fuera con un dolor pasajero. ¿Iba a contradecirme en aquella hora de inmensa necesidad? Había emprendido el viaje con grandes prisas, pero al poco hubiera preferido que el desplazamiento se demorara días, meses. Deseaba evitar la necesidad de acción. Anhelaba escapar de los pensamientos de futuro, pero era en vano, pues estos, como oscuras imágenes fantasmagóricas, se acercaban más y más, hasta que sumían la tierra toda en las tinieblas.

Una circunstancia menor me llevó a alterar mi ruta habitual y a regresar a casa atravesando Egham y Bishopgate. Me detuve junto a la antigua morada de Perdita, su casa de campo. Pedí al cochero que siguiera sin mí, decidido a recorrer a pie el parque que me separaba del castillo. Aquel lugar, escenario de los más dulces recuerdos, aquella casa desierta y el jardín abandonado, se compadecían bien con mi melancolía. En nuestros días más felices Perdita había decorado su morada con la ayuda que las artes podían prestar a todo aquello que la naturaleza propiciaba. Con el mismo espíritu de exceso, en el momento de separarse de Raymond lo descuidó todo. Y ahora se hallaba en estado de ruina: los ciervos habían pasado sobre las verjas rotas y reposaban entre las flores. La hierba crecía en el umbral y las celosías, que el viento hacía crujir, daban cuenta de la absoluta desolación del lugar. El cielo estaba muy azul y el aire se impregnaba de la fragancia de flores raras que crecían entre las malas hierbas. Los árboles se mecían, más arriba, despertando la melodía favorita de la naturaleza, pero el aspecto triste de los senderos descuidados, los arriates de flores cubiertos de maleza, ensombrecían aquella alegre escena estival. La época en la que, orgullosos, felices y seguros nos reuníamos en aquella casa, ya no existía, y pronto las horas presentes se unirían a las pasadas, mientras las sombras de los futuros momentos se erguirían, oscuras y amenazantes, desde las entrañas del tiempo, su cuna y su catafalco. Por primera vez en mi vida envidiaba el sueño de los muertos y pensaba con placer en el lecho que nos aguarda bajo la tierra, pues en él carecen de poder el miedo y el pesar. Me colé por un hueco de la verja rota, ignorando las lágrimas que me oprimían la garganta, y me interné deprisa en el bosque. ¡Oh, muerte y cambio, gobernantes de nuestra vida! ¿Dónde estáis, para ir a vuestro encuentro? ¿Qué, en nuestra calma, excitó vuestra envidia? ¿Qué, en nuestra dicha, para que os propusierais destruirla? Éramos felices, amábamos y éramos amados. El cuerno de Amaltea no contenía bendición que no derramara sobre nosotros, pero ¡ay!

la fortuna
deidad bárbara, importuna,
hoy cadáver y ayer flor
no permanece jamás^[50].

Mientras caminaba sumido en aquellos pensamientos me crucé con varios campesinos. Parecían preocupados, y las pocas palabras de su conversación que

llegaron hasta mí me llevaron a acercarme a ellos y averiguar más. Un grupo de personas que abandonaban Londres —algo habitual en aquellos días— habían remontado el Támesis en una barca. Nadie en Windsor les había dado cobijo por lo que, alejándose un poco más rumbo al norte, habían pasado la noche en un cobertizo abandonado cercano al canal conocido como Bolter's Lock. A la mañana siguiente reemprendieron la marcha dejando tras ellos a un miembro de la expedición enfermo de peste. Una vez se conoció ese hecho, nadie se atrevió a aproximarse a menos de media milla de aquel lugar, y el enfermo, abandonado a su suerte, tuvo que luchar solo contra la enfermedad y la muerte. Y así yo, movido por la compasión, me dirigí a toda prisa hasta el chamizo a fin de comprobar su estado y ponerme a su servicio.

Mientras avanzaba por el bosque iba cruzándome con grupos de campesinos que conversaban acaloradamente sobre el suceso: a pesar de lo lejos que se hallaban del demostrado contagio, llevaban el temor impreso en los semblantes. Me encontré con un grupo de aquellos seres aterrorizados en el sendero que conducía directamente al cobertizo. Uno de ellos me detuvo y, dando por supuesto que yo ignoraba la circunstancia que nos ocupa, me conminó a no seguir avanzando, pues un apestado se hallaba postrado a escasa distancia.

—Lo sé —repuse yo—, y me dirijo a ver en qué estado se encuentra el pobre hombre. —Un murmullo de sorpresa y horror recorrió el grupo—. Esa pobre persona está sola y va a morir sin que nadie le brinde auxilio. En estos tiempos desgraciados solo Dios sabe lo pronto que tal vez todos nosotros nos hallaremos en su misma situación. De modo que voy a hacer lo que me gustaría que hicieran conmigo.

—Pero ya nunca podrá regresar al castillo... a *lady* Idris... a sus hijos...

Así se expresaron varios de ellos atropelladamente, y sus palabras llegaron a mis oídos.

—¿No sabéis, amigos míos —proseguí—, que el conde mismo, ya convertido en Protector, visita a diario no solo a quienes tal vez hayan contraído la enfermedad, sino los hospitales y los asilos de apestados, acercándose y llegando a tocar a los enfermos? Y a pesar de ello jamás ha gozado de tan buena salud. Estáis por completo equivocados sobre la naturaleza de la epidemia. Pero no temáis, que no os pido que me acompañéis, ni siquiera que me creáis hasta que haya regresado sano y salvo de visitar a mi paciente.

Allí los dejé, y seguí mi camino. No tardé en llegar al cobertizo. La puerta estaba entornada. Entré, y un rápido vistazo me bastó para saber que su antiguo ocupante había dejado ya este mundo. Yacía sobre un montón de paja, frío y rígido, y sus perniciosos efluvios impregnaban la estancia. Algunas manchas y marcas indicaban la virulencia del trastorno.

Yo no había visto hasta entonces a nadie que hubiera muerto víctima de la peste. Todas las mentes sentían horror por sus efectos, pero también una especie de fascinación que nos llevaba a empaparnos de la descripción de Defoe, así como de las ilustraciones magistrales del autor de *Arthur Mervyn*^[51]. Las imágenes impresas en

ambas obras poseían tal viveza que parecíamos conocer por experiencia directa los efectos en ellas descritos. Pero, por más intensas que resultaran, por más que describieran la muerte y la desgracia de miles de personas, las sensaciones excitadas por las palabras eran frías comparadas con lo que yo sentí al contemplar el cadáver de aquel infeliz. En efecto, aquello era la peste. Alcé sus miembros rígidos y me fijé en su rictus desencajado, en los ojos pétreos, ciegos. El horror me helaba la sangre, me erizaba el vello, me hacía temblar. Presa de una demencia pasajera, hablé con el muerto:

—De modo que la peste te ha matado —susurré—. ¿Y cómo ha sido? ¿Has sentido dolor? Parece que el enemigo te hubiera sometido a tortura antes de asesinarte.

Y entonces, sin transición, salí precipitadamente del cobertizo antes de que la naturaleza revocara sus leyes y unas palabras inorgánicas brotadas de los labios del difunto pronunciaran una respuesta.

Al regresar al sendero vi a lo lejos al mismo grupo de paisanos que se habían cruzado en mi camino. Apenas me vieron se alejaron a toda prisa. Mi gesto agitado no hacía sino incrementar el miedo que sentían por tener que acercarse a alguien que había estado a punto de contagiarse.

Alejados de los hechos, solemos extraer conclusiones que parecen infalibles y que, sin embargo, sometidas al veredicto de la realidad, se desvanecen como sueños ficticios. Yo había ridiculizado los temores de los campesinos, pues se los suscitaban otros.

Pero ahora que era yo su causante, me detuve. Sentía que había cruzado el Rubicón y consideraba adecuado reflexionar sobre qué debía hacer, hallándome ya en la otra orilla de la enfermedad y el peligro. Según la superstición vulgar, mi vestido, mi persona, el aire que respiraba, ya suponían un peligro mortal para mí y para los demás. ¿Debía regresar al castillo con mi esposa y mis hijos si cargaba con aquella mancha? Si me había infectado, sin duda no debía hacerlo. Pero estaba seguro de no haberme contagiado. En cualquier caso unas pocas horas bastarían para dilucidarlo, de modo que las pasaría en el bosque meditando sobre lo que iba a suceder, sobre cuáles debían ser mis acciones futuras. Ante la impactante visión de aquel muerto por la epidemia había olvidado los acontecimientos que tanta emoción me habían causado en Londres. Perspectivas nuevas, y más dolorosas, se mostraban gradualmente ante mí, libres de la neblina que hasta entonces las había velado. Ya no se trataba de saber si compartiría la labor de Adrian y su peligro, sino de determinar el modo en que, en Windsor y sus inmediaciones, podía recrear la prudencia y el celo que, bajo su gobierno, llevaban orden y abundancia a Londres, así como el mecanismo por el que, ahora que la peste se había propagado más, podría mantener la salud de mi familia.

Extendí mentalmente el mapa del mundo ante mí. En ningún punto de su superficie podía plantar un dedo y afirmar: «aquí me hallaría a salvo». Al sur la enfermedad, virulenta e intratable, casi había aniquilado la raza humana; las

tormentas y las inundaciones, los vientos emponzoñados, la pérdida de las cosechas, elevaban grandemente el sufrimiento de las gentes. En el norte la situación era peor: la exigua población declinaba gradualmente y el hambre y la peste no daban tregua a los supervivientes, que, indefensos y débiles, se convertían en presas fáciles.

Me concentré entonces en Inglaterra. La vasta metrópoli, corazón de la poderosa Inglaterra, se hallaba exhausta. Todo escenario de la ambición o el placer se había esfumado; en las calles crecía la hierba, las casas estaban vacías. Los pocos que por necesidad seguían en ella parecían mostrar ya la marca inevitable de la enfermedad. En las grandes ciudades manufactureras la misma tragedia se había producido, a una escala, aunque menor, más desastrosa. En ellas no había un Adrián que supervisara y dirigiera y bandadas de pobres contraían la enfermedad y perecían.

Pero no íbamos a morir todos. En realidad, aunque diezmada, la raza del hombre perduraría, y con los años la gran plaga se convertiría en tema de asombro y estudio histórico. Sin duda aquella epidemia era inédita en cuanto a extensión, y por ello resultaba más necesario que nunca que tratáramos de frenar su avance. Antes esos mismos hombres salían por diversión a matarse a miles, a decenas de miles; pero ahora el hombre se había convertido en criatura escasa, preciada. La vida de uno solo valía más que los llamados tesoros de los reyes. Contemplad ese rostro pensante, esos miembros gráciles, esa frente majestuosa, ese mecanismo asombroso... El prototipo, el modelo de la mejor obra de Dios, no puede arrinconarse como una vasija rota. Perdurará, y sus hijos y los hijos de sus hijos llevarán el nombre y la forma del hombre hasta el fin de los tiempos.

Sobre todo debía ocuparme de aquellos que la naturaleza y el destino me habían concedido para su custodia. Y, sin duda, si entre mis congéneres debía escoger a los que pudieran erigirse en ejemplos humanos de grandeza y bondad, no escogería sino a los unidos a mí por los lazos más sagrados. De toda la familia humana algunos miembros debían sobrevivir, y su supervivencia iba convertirse en mi misión; cumplirla a costa de mi vida era apenas un pequeño sacrificio. Así, allí en el castillo —en el castillo de Windsor, lugar de nacimiento de Idris y mis hijos— se hallaría la ensenada, el refugio de aquel tablón salvado del naufragio que era la sociedad humana. Su bosque sería nuestro mundo, su jardín nos proporcionaría sustento. Dentro de sus muros instauraría el reino de la salud. Yo era un descastado, un vagabundo, cuando Adrian arrojó sobre mí la red plateada del amor y la civilización, uniéndome inextricablemente a la caridad y la excelencia humanas. Yo era alguien que, aunque aspirante a la bondad y fervoroso amante de la sabiduría, todavía no me había enrolado en ninguna misión digna de mérito cuando Idris, de principesca cuna, personificación de todo lo que en una mujer había de divino; ella, que caminaba por la tierra como el sueño de un poeta, como diosa esculpida y dotada de sentidos, como santa pintada en un lienzo; ella, la más digna de valor, me escogió y se entregó a mí, regalo incalculable.

Durante varias horas seguí meditando de ese modo hasta que el hambre y la fatiga me devolvieron al presente, veteado ya por las sombras alargadas del sol poniente. Sin percatarme de ello había caminado en dirección a Bracknell, alejándome considerablemente de Windsor. La sensación de bienestar físico que me invadía me llevó a convencerme de que estaba libre de contagio. Recordé que Idris ignoraba mi paradero. Tal vez hubiera tenido noticia de mi regreso de Londres y de mi visita a Bolter's Lock, y relacionando esta con mi prolongada ausencia hubiera empezado a preocuparse enormemente. Regresé a Windsor por el Gran Paseo, y al acercarme a la población, camino del castillo, encontré a sus gentes en un estado de gran agitación y turbulencia.

«Es demasiado tarde para la ambición —afirma *sir* Thomas Browne—. No podemos albergar la esperanza de vivir con nuestros nombres tanto como algunos han vivido con sus personas; un rostro de Jano no guarda proporción con el otro^[52]». A partir de este texto habían surgido muchos fanáticos que profetizaban que el fin del mundo estaba cerca. Renació el espíritu supersticioso del naufragio de nuestras esperanzas y peligrosas y desbocadas pantomimas se representaban en el gran teatro de la vida, mientras el negro futuro menguaba hasta casi desaparecer a ojos de los adivinos. Mujeres débiles de espíritu morían de temor escuchando sus vaticinios; hombres de complexión robusta y aparente entereza sucumbían a la idiotez y la demencia arrastrados por el miedo a la inminente eternidad. Uno de aquellos embaucadores derramaba con elocuencia su desesperación entre los habitantes de Windsor cuando yo llegué. La escena de aquella mañana y mi visita al muerto, ampliamente divulgada, habían alarmado a los paisanos, convertidos en instrumentos que aquel loco pulsaba a su antojo.

El pobre desgraciado había perdido a su joven mujer y a su bebé por culpa de la peste. Era mecánico e, incapaz de acudir al trabajo con el que cubría sus necesidades, el hambre se había sumado a sus demás miserias. Abandonó el cuarto que daba cobijo a su esposa e hijo —que ya no eran su esposa y su hijo, sino «tierra muerta sobre la tierra^[53]»—, y presa del hambre, el temor y la pena, su imaginación enfermiza le hizo creer que era un enviado de los cielos para predicar el fin de los tiempos en el mundo. Entraba en las iglesias y, ante las congregaciones, predecía su pronto traslado a las criptas subterráneas. Aparecía en los teatros como el espíritu olvidado del tiempo e instaba al público a regresar a casa y morir. Lo habían detenido y encerrado, pero había logrado escapar y, en su huida de Londres pasaba por los pueblos vecinos y, con gestos frenéticos y palabras electrizantes, descubría los temores ocultos de todos y daba voz a los pensamientos sordos que nadie se atrevía a formular. Ahora, bajo la logia del ayuntamiento de Windsor, encaramado a la escalinata, arengaba a la temblorosa multitud.

—Escuchad, vosotros, habitantes de la tierra —exclamó—, escuchad al cielo que todo lo ve y que es inclemente. Y escucha también tú, corazón arrastrado por la tempestad, que respiras estas palabras pero te desvaneces bajo su significado: ¡la

muerte habita entre nosotros! La tierra es hermosa y está tapizada de flores, pero es nuestro sepulcro. Las nubes del cielo lloran por nosotros, las estrellas son nuestras antorchas fúnebres. Hombres de pelo cano, esperáis gozar de unos años más en vuestra conocida morada, mas ya vence el contrato, debéis desalojarla; niños, vosotros no alcanzaréis la madurez, ahora mismo cavan ya vuestros pequeñas tumbas; madres, aferraos a ellos y una sola muerte os abrazará a los dos.

Temblando, extendió las manos, los ojos vueltos hacia el cielo y tan abiertos que parecían a punto de salirse de las órbitas, como si siguiera el movimiento aéreo de unas figuras que a nosotros nos resultaban invisibles.

—Ahí están —prosiguió—. ¡Los muertos! Se alzan cubiertos con sus sudarios, avanzan en callada procesión hacia la lejana tierra de su condenación. Sus labios, vacíos de sangre, no se mueven, y siguen avanzando. Ya venimos —exclamó, dando un respingo—, pues ¿para qué habríamos de esperar más? Daos prisa, amigos míos, vestios en el pasillo de la muerte. La peste os conducirá hasta su presencia. ¿Por qué aguardar tanto? Ellos, los buenos, los sabios, los más queridos, se fueron antes. Madres, dad vuestros últimos besos; esposos, que ya no sois protectores de nada, guiad a los compañeros de vuestros muertos. ¡Venid! ¡Venid mientras los seres queridos aún son visibles, pues pronto habrán pasado de largo y ya nunca podréis reuniros con ellos!

Tras éxtasis como aquel, se sumía de pronto en un recogimiento en el que, con palabras comedidas pero terroríficas, pintaba los horrores de nuestro tiempo: con gran profusión de detalles describía los efectos de la peste en los cuerpos y relataba casos desgarradores de familiares separados por la muerte —el sollozo desesperado sobre el lecho de muerte de los seres más queridos— con tal realismo que arrancaba el llanto y los gritos de la multitud. Un hombre, apostado en las primeras filas, observaba fijamente al profeta con la boca abierta, los miembros agarrotados, el rostro una sucesión de todos los colores —amarillo, azul, verde— del miedo. El loco vio que lo miraba y le clavó la vista, como la serpiente de cascabel que atrae a su víctima temblorosa hasta que se abalanza sobre ella con las fauces abiertas. Hizo una pausa, se irguió más. Su semblante irradiaba autoridad. Seguía observando al campesino, que había empezado a temblar pero no dejaba de mirarlo. Juntaba a intervalos las rodillas y le castañeteaban los dientes, hasta que en determinado momento cayó al suelo, presa de convulsiones.

—Este hombre tiene la peste —declaró el loco sin inmutarse. Un alarido brotó de los labios de aquel pobre desgraciado, que acto seguido quedó inmóvil. Todos los allí presentes comprendieron que estaba muerto.

Gritos de horror inundaron el lugar; todo el mundo trataba de escapar, y en cuestión de minutos el espacio destinado a mercado quedó desierto. El cadáver yacía en el suelo, y el visionario, sosegado y exhausto, se sentó junto a él y apoyó la mano en su mejilla hundida. Al poco aparecieron unos hombres, a quienes los magistrados

habían encomendado la retirada del cadáver. El loco, creyendo que eran carceleros, huyó precipitadamente, mientras yo seguía mi camino en dirección al castillo.

La muerte, cruel e implacable, había traspasado ya sus muros. Una vieja criada, que había cuidado a Idris de niña y vivía con nosotros más como familiar reverenciada que como doméstica, había acudido días antes a visitar a una hija casada que vivía en las inmediaciones de Londres. La noche de su regreso enfermó de peste. Idris había heredado algunos rasgos del carácter altivo e inflexible de la condesa de Windsor. Aquella buena mujer había sido para ella como una madre, y sus lagunas de educación y conocimiento, que la convertían en un ser humilde e indefenso, nos la hacían más querida y la favorita de los niños. Así, a mi llegada —y no exagero— encontré a mi amada esposa enloquecida por el miedo y la tristeza. Desesperada, no se separaba del lado de la enferma, a la que no tranquilizaba ver a los pequeños, pues temía infectarlos. Mi llegada fue como el avistamiento de la luz de un faro para unos navegantes que trataran de sortear un peligroso cabo. Idris compartió conmigo sus terribles dudas y, fiándose de mi juicio, se sintió confortada por mi participación en su dolor. Pero el aya no tardó en expirar, y a la angustia de mi amada por la incertidumbre le siguió un hondo pesar, que, aunque más doloroso al principio, sucumbía más fácilmente a mis intentos de consolarla. El sueño, bálsamo soberano, consiguió sumergir sus ojos llorosos en el olvido.

Idris dormía. La quietud invadía el castillo, cuyos habitantes habían sido conminados a reposar. Yo estaba despierto, y durante las largas horas de aquella noche muerta, mis pensamientos rodaban en mi cerebro como diez mil molinos rápidos, agudos, indomables. Todos dormían —toda Inglaterra dormía—; y desde mi ventana, ante la visión del campo iluminado por las estrellas, vi que la tierra se extendía plácida, reposada. Yo estaba despierto, vivo, mientras el hermano de la muerte se apoderaba de mi raza. ¿Y si la más poderosa de aquellas deidades fraternales dominara a la otra? En verdad, y por paradójico que resulte, el silencio de la noche atronaba en mis oídos. La soledad me resultaba intolerable. Posé la mano sobre el corazón palpitante de Idris y acerqué el oído a su boca para sentir su aliento y cerciorarme de que seguía existiendo. Dudé un instante si debía despertarla, pues un terror femenino invadía todo mi cuerpo. ¡Gran Dios! ¿Habrà de ser así algún día? ¿Algún día todo, salvo yo mismo, se extinguirá, y vagaré solo por la tierra? ¿Han sido estas voces de aviso, cuyo sentido inarticulado y premonitorio debe hacerme creer?

Y sin embargo,
voces de aviso yo no las llamaría
que solo lo inevitable nos anuncian.
Como el sol, antes del alba,
pinta a veces su imagen en el cielo,
también así, a menudo,
antes de los sucesos importantes

los espectros de estos aparecen,
y en el hoy
ya camina el mañana^[54].

Capítulo VIII

TRAS un largo intervalo, el infatigable espíritu que hay en mí me conmina una vez más a proseguir el relato. Pero he de alterar la modalidad que hasta ahora he adoptado. Los detalles contenidos en las páginas anteriores, aparentemente triviales, pesan sin embargo como el plomo en la triste balanza de las aflicciones humanas. Esta tediosa demora en las penas de los otros, cuando las mías las causaba solo la aprensión; este lento despojarme de las heridas de mi alma; este diario de muerte; este sendero largo y tortuoso que conduce a un océano de incontables lágrimas, me devuelve una vez más a un pesar fúnebre. Había usado esta historia como adormidera; mientras describía a mis amados amigos, llenos de vida y radiantes de esperanza, asistentes activos de la escena, sentía alivio. Todavía mayor habrá de ser el placer melancólico de dibujar el fin de todo ello. Pero los pasos intermedios, el ascenso por la muralla que se alza entre lo que era y lo que es, mientras yo, aún del otro lado, no veía el desierto que se ocultaba más allá, constituye una tarea que desborda mis fuerzas. El tiempo y la experiencia me han elevado hasta una cumbre desde la que contemplo el pasado como un todo: y así es como debo describirlo, recreando los principales incidentes y arrojando luces y sombras para formar un retrato en cuya misma oscuridad se halle armonía.

Sería innecesario narrar todos estos sucesos desastrosos, para los que podrían hallarse paralelos en episodios menos graves de nuestra gigantesca calamidad. ¿De veras desea el lector conocer relatos de asilos para apestados en que la muerte era el mayor consuelo; del avance siniestro de los coches fúnebres; de la insensibilidad de los indignos y la angustia de los corazones amorosos; de los gritos desgarradores y

los abrumadores silencios; de las muchas formas que adoptaba la enfermedad, de las huidas, del hambre, de la desesperación y de la muerte? Existen muchos libros con los que saciar el apetito de todas esas cosas. Recúrrase para ello a los escritos de Boccaccio, Defoe y Browne. La vasta aniquilación que lo ha engullido todo —la soledad muda de una tierra otrora bulliciosa—, el estado de soledad en que me hallo, han privado incluso a esos detalles de su punzante realismo, y mezclando los sórdidos tintes de angustias pasadas con tonos poéticos, he pretendido escapar del mosaico de la circunstancia, percibiendo y recreando los colores agrupados y combinados del pasado.

Regresé de Londres imbuido de la sensación íntima, convencido, de que mi principal deber consistía en asegurar, en la medida de mis posibilidades, el bienestar de mi familia, y a continuación regresar a mi puesto, junto a Adrian. Pero los acontecimientos que se sucedieron tras mi llegada a Windsor me llevaron a cambiar de idea. La epidemia no solo afectaba a Londres; se había extendido por todas partes. En palabras de Ryland, había llegado a nosotros como mil jaurías de lobos que aullaran en la noche invernal, acechadores y fieros. Cuando la enfermedad alcanzaba las zonas rurales sus efectos resultaban más graves, más devastadores, y la curación resultaba más difícil que en las ciudades. En estas existía la compañía en el sufrimiento, los vecinos se vigilaban constantemente unos a otros e, inspirados por la benevolencia activa de Adrian, se socorrían y dificultaban el avance de la destrucción. Pero en el campo, entre las granjas dispersas, en las mansiones solitarias, en los prados y en los pajares, las tragedias causaban más dolor en el alma y se producían sin ser vistas ni oídas. La ayuda médica era más difícil de conseguir, así como los alimentos, y los seres humanos, no refrenados por la vergüenza, pues sus conciudadanos no los observaban, se entregaban en mayor medida a fechorías o sucumbían con mayor facilidad a abyectos temores.

También se conocían actos heroicos, actos cuya sola mención llena de orgullo los corazones y de lágrimas los ojos. Así es la naturaleza humana: en ella la belleza y la deformidad suelen ir de la mano. Al estudiar historia nos asombra a menudo la generosidad y la entrega que avanzan siguiendo los talones del crimen y cubren con flores supremas las manchas de sangre. Tales actos no escaseaban a bordo del siniestro carro que tiraba de la plaga.

Los habitantes de Berkshire y Bucks sabían desde hacía tiempo que la epidemia había llegado a Londres, Liverpool, Bristol, Manchester, York y las ciudades más pobladas de Inglaterra. No se sorprendieron nada al tener conocimiento de que ya había hecho mella en ellos. En medio de aquel terror se sentían airados e impacientes. Deseaban hacer algo, lo que fuera, para alejar el mal que los acorralaba, pues en la acción creían que se hallaba el remedio; así, los habitantes de las ciudades más pequeñas dejaban sus hogares, montaban tiendas en los campos y vagaban separados sin importarles el hambre ni las inclemencias del tiempo, suponiendo que de ese modo evitarían el contagio mortal. Los granjeros y los dueños de las fincas, por el

contrario, presas del miedo a la soledad y ansiosos por contar con ayuda médica, se dirigían a las ciudades.

Pero el invierno se acercaba, y con él la esperanza. En agosto la epidemia se había detectado en la campiña inglesa, y en septiembre había causado sus estragos. Hacia mediados de octubre empezó a remitir, y en cierto modo se vio reemplazada por el tifus, que atacó con una virulencia apenas menor. El otoño se reveló cálido y lluvioso. Los enfermos y los más débiles murieron. Felices ellos: muchos jóvenes rebosantes de salud y de futuro palidieron por culpa de la enfermedad y acabaron por convertirse en moradores de los sepulcros. La cosecha se había perdido y la poca calidad del maíz y la falta de vinos extranjeros facilitaban la proliferación del mal. Antes de Navidad la mitad de Inglaterra quedó bajo las aguas. Las tormentas del verano anterior se repitieron, aunque la disminución del transporte marítimo nos llevara a creer que las tempestades habían sido menos en el mar. Las inundaciones y los aguaceros causaron daños más graves en el continente europeo que en nuestro país, constituyendo el mazazo final a las calamidades que lo habían destruido. En Italia, los escasos campesinos no bastaban para vigilar los ríos, y como bestias que huyen de sus guaridas cuando se acercan los cazadores y sus perros, el Tíber, el Arno y el Po se abalanzaron sobre las llanuras, acabando con su fertilidad. Pueblos enteros fueron arrasados por las aguas. Roma, Florencia y Pisa se anegaron y sus palacios de mármol, antes reflejados en sus tranquilas aguas, vieron sus cimientos empapados con la crecida invernal. En Alemania y Rusia los daños fueron aún más graves.

Pero la escarcha y la helada al fin llegaron, y con ellas la renovación de nuestro contrato con la tierra. El hielo limaría las flechas de la peste y encadenaría a los furiosos elementos. Y el campo, en primavera, se despojaría de su vestido de nieve, libre de la amenaza de la destrucción. Con todo, las tan esperadas señales del invierno no se presentaron hasta febrero. La nieve cayó durante tres días, el hielo detuvo la corriente de los ríos y las aves abandonaron las ramas de los árboles cubiertos de escarcha. Pero al cuarto día todo desapareció. Los vientos del suroeste trajeron lluvias, y más tarde salió un sol que, burlándose de las leyes naturales, parecía abrasar con fuerza estival a pesar de lo temprano de la estación. No había nada que hacer, pues con las primeras brisas de marzo los caminos se llenaron de violetas, los árboles frutales florecieron, el maíz brotó y nacieron las hojas, obligadas por el calor anticipado. Nos asustaban el aire balsámico, el cielo sin nubes, el campo cuajado de flores, los deliciosos bosques, pues ya no veíamos el material del universo como nuestra morada, sino como nuestra tumba, y la tierra fragante, tamizada por nuestro temor, olía a gran camposanto.

Pisando la tierra dura
de continuo el hombre está
y cada paso que da
es sobre su sepultura^[55].

Con todo, a pesar de esas desventajas el invierno suponía un alivio, e hicimos lo posible por sacarle el mayor partido. Tal vez la epidemia no regresara con el verano, pero si lo hacía, nos hallaría preparados. Está en la naturaleza humana la adaptación, a partir de la costumbre, incluso al dolor y a la tristeza. La peste se había convertido en parte de nuestro futuro, de nuestra existencia, era algo de lo que había que protegerse, como había que protegerse del desbordamiento de los ríos, de la crecida de los mares y de las inclemencias del tiempo. Tras prolongados sufrimientos y experiencias amargas, tal vez se descubriera la panacea. Por el momento, todo el que contraía la infección, moría. Pero no todo el mundo se infectaba. Así, nuestra misión debía consistir en cavar bien los cimientos y alzar bien alta la barrera que separara a los contagiados de los sanos; en introducir un orden que condujera al bienestar de los supervivientes y que diera cierta esperanza y algo de felicidad a quienes presenciaran aquella tragedia, en caso de que esta se renovara. Adrian había introducido procedimientos sistemáticos en la metrópolis que, aunque no habían logrado detener el avance de la muerte, sí habían impedido otros males, vicios y locuras que solo habrían servido para ennegrecer más el trágico destino de nuestro tiempo. Yo deseaba seguir su ejemplo, pero la gente está acostumbrada a

moverse al unísono, si es que se mueve^[56]

y no hallaba el modo de lograr que los habitantes de las aldeas y pueblos, que olvidaban mis palabras o no las escuchaban, y que resultaban más cambiantes que los vientos, modificaran el menor de sus actos.

De modo que adopté otro plan. Los escritores que han imaginado un reino de paz y felicidad en la tierra, han tendido a situarlo en un paisaje rural, donde el gobierno se halla en manos de los ancianos y los sabios. Aquella sería, pues, la clave de mi idea. En casi todas las aldeas, por pequeñas que sean, existe un jefe, uno de entre ellos mismos que es venerado, cuyo consejo se busca en tiempos de dificultad y cuyas buenas opiniones son tenidas en cuenta. Mi experiencia personal me llevaba a saber que así era.

En la aldea de Little Marrow vivía una anciana que gobernaba de tal modo la comunidad. Había vivido algunos años en un hospicio, y los domingos, si el tiempo lo permitía, su puerta se veía siempre asediada por una multitud que acudía en busca de sus consejos, dispuesta a escuchar sus admoniciones. Había sido esposa de un soldado y había visto mundo. La enfermedad, inducida por unas fiebres que contrajo en moradas insalubres, la había minado prematuramente, y apenas se movía de su camastro. La peste llegó a la aldea y el espanto y el dolor privaron a sus habitantes del poco juicio que poseían. Pero la vieja Martha dio un paso al frente y dijo:

—Yo ya he vivido en una ciudad atacada por la peste.

—¿Y escapaste?

—No, pero me recuperé.

Después de aquello, el prestigio de Marta no hizo sino crecer, y con él el amor que los demás le profesaban. Entraba en las casas de los enfermos y aliviaba sus sufrimientos con sus propias manos. Parecía no sentir temor alguno y contagiaba de su coraje innato a quienes la rodeaban. Acudía a los mercados e insistía en que le entregaran alimentos para los que eran tan pobres que no podían comprarlos. Les demostraba que del bienestar de cada uno de ellos dependía la prosperidad de todos. No permitía que se descuidaran los jardines, que las flores enredadas a las celosías de las casas se marchitaran por falta de cuidados. La esperanza, aseguraba, era mejor que la receta de un médico, y todo lo que sirviera para mantener el ánimo valía más que los remedios y las pócimas.

Fueron mis conversaciones con Martha, así como la visión de Little Marlon, lo que me llevó a la formulación de mi plan. Yo ya había visitado las fincas rurales y las mansiones de los nobles, y había constatado que a menudo los habitantes actuaban movidos por la mayor benevolencia, dispuestos a ayudar en todo a sus arrendatarios. Pero eso no bastaba. Se echaba de menos una comprensión íntima, generada por esperanzas y temores similares, por similares experiencias y metas. Los pobres percibían que los ricos contaban con unos medios de preservación de los que ellos carecían, que podían vivir apartados y, hasta cierto punto, libres de preocupación. No podían confiar en ellos y preferían recurrir a los consejos y auxilios de sus iguales. Por tanto, resolví ir de pueblo en pueblo en busca del arconte rústico del lugar para, mediante la sistematización de sus ideas y el perfeccionamiento de sus opiniones, incrementar tanto la eficacia como el uso de estas entre los habitantes de su misma aldea. En aquellas elecciones reales y espontáneas se producían muchos cambios: los derrocamientos y las abdicaciones eran frecuentes, y en lugar de los viejos y prudentes se destacaban los ardorosos jóvenes, ávidos de acción e ignorantes del peligro. Y también sucedía a menudo que la voz a la que todos atendían se silenciaba de pronto, la mano tendida se cerraba, lo mismo que los ojos, y los aldeanos temían aún más una muerte que había escogido aquella víctima, que había enviado a la tumba aquel corazón que había latido por ellos, reduciendo a la incomunicación irreversible una mente siempre ocupada de su bienestar.

Quien trabaja por los demás suele encontrarse con que la ingratitud, regada por el vicio y la locura, brota del grano que él ha sembrado. La muerte, que en nuestra juventud hollaba la tierra como «ladrón en la noche^[57]», alzándose de su bóveda subterránea, ungida de poder, haciendo ondear el negro estandarte, avanzaba conquistadora. Muchos veían, sentada sobre el trono de su virreinato, a la suprema Providencia, que dirigía sus huestes y guiaba su avance, e inclinaban la cabeza en señal de resignación, o al menos de obediencia. Otros percibían solo una casualidad pasajera, preferían la despreocupación al temor y se entregaban a la vida licenciosa para evitar los aguijonazos del peor de los temores. Y así, mientras los sabios, los buenos y los prudentes se ocupaban en tareas de bondad, la tregua del invierno causaba otros efectos en los jóvenes, los inconscientes y los viciosos. Durante los

meses más fríos, muchas personas se trasladaron a Londres en busca de diversión; la opinión pública se relajó. Muchos, hasta entonces pobres, se hacían ricos; eran multitud los que habían perdido a sus padres, los custodios de su moral, sus mentores, sus frenos. Hubiera resultado inútil oponerse a aquellos impulsos poniendo barreras, que solo habrían servido para lograr que quienes los sentían se entregaran a indulgencias aún más perniciosas. Los teatros seguían abiertos y se veían siempre atestados; los bailes y las fiestas nocturnas gozaban siempre de gran concurrencia; en muchas de ellas se violaba el decoro y proliferaban unos males hasta entonces relacionados con un estado avanzado de civilización. Los alumnos abandonaban sus libros, los artistas sus talleres. Las ocupaciones de la vida habían desaparecido, pero las distracciones perduraban. Los goces podían prolongarse casi hasta la tumba. Todo disimulo desaparecía —la muerte se alzaba como la noche— y, protegidos por sus sombras sórdidas, el rubor de la timidez, la reserva del orgullo y el decoro de la prudencia solían despreciarse por considerarse velos inútiles.

Pero esta tendencia no era universal. Entre personas más elevadas, la angustia y el temor, el miedo a la separación eterna, el asombro natural causado por aquella calamidad sin precedentes, llevaban a estrechar lazos con familiares y amigos. Los filósofos planteaban sus principios como barreras contra la proliferación del libertinaje o la desesperación, como únicas murallas capaces de proteger el territorio invadido de la vida humana; los religiosos, con la esperanza de obtener su recompensa, se aferraban a sus credos como a tabloncillos que, flotando en el tempestuoso mar del sufrimiento, los llevaran a la seguridad de un puerto situado en el Continente Ignoto. Los corazones amorosos, obligados a concentrar su campo de actuación, dedicaban por triplicado su desbordante afecto a las pocas personas que quedaban. Pero incluso entre ellas, el presente, como una posesión inalienable, era el único tiempo en que se atrevían a depositar sus esperanzas.

La experiencia, desde épocas inmemoriales, nos había enseñado a contar nuestros goces por años y a extender nuestras perspectivas de vida sobre un periodo dilatado de progreso y decadencia. El largo camino tejía un vasto laberinto, y el Valle de la Sombra de la Muerte, en el que concluían, quedaba oculto por objetos interpuestos. Pero un terremoto había cambiado el paisaje —la tierra había bostezado bajo nuestros mismos pies— y el abismo se había abierto, profundo y vertical, dispuesto a engullirnos, mientras las horas nos conducían al vacío. Mas ahora era invierno, y debían transcurrir meses hasta que nos viéramos otra vez privados de seguridad. Nos habíamos convertido en mariposas efímeras, y el lapso entre la salida y la puesta del sol era para nosotros como un año entero de tiempo ordinario. No veríamos a nuestros hijos alcanzar la madurez ni arrugarse sus mejillas carnosas, ni sus despreocupados corazones ser presas de la pasión o las cuitas; gozábamos de ellos ahora porque vivían, y nosotros también. ¿Qué más podíamos desear? Con aquellas enseñanzas mi pobre Idris trataba de acallar los crecientes temores, y hasta cierto punto lo lograba. No era como en verano, cuando el destino fatal podía llegar de una

hora para otra. Hasta la llegada del verano nos sentíamos a salvo. Y aquella certeza, por breve que fuera, satisfizo por un tiempo su ternura maternal. No sé cómo expresar o comunicar la sensación de elevación intensa y concentrada, aunque evanescente, que se apoderó de nosotros en aquellos días. Nuestras alegrías eran más profundas, pues veíamos su final; eran más agudas, pues sentíamos todo su valor; eran más puras, pues su esencia era la comprensión. Y así como un meteoro brilla más que una estrella, así la dicha de aquel invierno contenía en sí misma las delicias destiladas de una vida larga, muy larga.

¡Qué adorable resulta la primavera! Al contemplar desde la terraza de Windsor los dieciséis condados fértiles que se extendían a nuestros pies, salpicados de hermosas mansiones y pueblos ricos, todo parecía, como en años anteriores, hermoso y alegre. El campo estaba arado, las tiernas espigas de trigo asomaban entre la tierra oscura, los frutales florecían, los campesinos trabajaban sus parcelas, las lecheras regresaban a casa con los cubos rebosantes, los gorrones y los martinets rozaban las albercas soleadas con sus alas largas y apuntadas, los corderos recién nacidos reposaban sobre la hierba joven, las hojas tiernas

elevan su hermosa cabeza en el aire y alimentan
un espacio silencioso con botones siempre verdes^[58].

Hasta los hombres parecían regenerarse, y sentían que la escarcha del invierno daba paso a una cálida y elástica renovación de la vida. La razón nos decía que las cuitas y las penas avanzarían con el año, pero ¿cómo creer aquella voz agorera que respiraba sus vapores pestilentes desde la tenebrosa caverna del miedo, mientras la naturaleza, riéndose y esparciendo flores, frutas y aguas chispeantes desde su verde regazo, nos invitaba a unírnos a la alegre mascarada de la vida joven que se derramaba sobre aquel escenario?

¿Dónde estaba la peste? «Aquí, en todas partes», exclamó una voz impregnada de temor y espanto, cuando en los agradables días de un mayo soleado la Destructora del hombre volvió a cabalgar sobre la tierra, obligando al espíritu a abandonar su crisálida orgánica para penetrar en una vida ignorada. Con un solo movimiento de su arma poderosa, toda precaución, todo cuidado, toda prudencia, fueron aniquilados. La muerte se sentaba a las mesas de los notables, se tendía en el jergón del granjero, atrapaba al cobarde que huía, abatía al valiente que resistía. La desazón se apoderaba de todos los corazones, la pena velaba todos los ojos.

Las visiones lúgubres empezaban a resultarme familiares, y si hubiera de relatar toda la angustia y el dolor que presencié, dar cuenta de los sollozos desesperados de aquellos días, de las sonrisas de la infancia, más horribles aún, esbozadas en el pecho del horror, mi lector se echaría a temblar y, con el vello erizado, se preguntaría por qué, presa de una locura repentina, no me arrojé por algún precipicio, logrando así cerrar los ojos para siempre ante el triste fin del mundo. Pero los poderes del amor, la

poesía y la imaginación creativa habitan incluso junto a los apestados, junto a los escuálidos, a los moribundos. Un sentido de devoción, de deber, de propósito noble y constante, me elevaba. Una extraña alegría inundaba mi corazón. En medio de aquella pena tan grande yo parecía caminar por los aires, y el espíritu del bien vertía a mi alrededor una atmósfera de ambrosía que limaba las aristas de la incompreensión y limpiaba el aire de suspiros. Si mi alma cansada flaqueaba en su empeño, pensaba en mi hogar querido, en el cofre que contenía mis tesoros, en el beso de amor y en la caricia filial; entonces mis ojos se llenaban del rocío más puro y mi corazón sentía al momento una ternura renovada.

El afecto maternal no había vuelto egoísta a Idris. Al inicio de nuestra calamidad, con imprudente entusiasmo se había entregado al cuidado de enfermos y desahuciados. Pero, al desaconsejárselo yo, ella me obedeció. Le conté que el temor por los peligros a los que se sometía me paralizaba en mis esfuerzos, y que saber que se hallaba a salvo, en cambio, fortalecía mis nervios. Le demostré los riesgos que corrían nuestros hijos durante sus ausencias. Y ella, finalmente, aceptó no alejarse del recinto del castillo. Con todo, en el interior de su recinto habitaba una nutrida colonia de seres infelices abandonados por sus familiares, los bastantes como para ocupar su tiempo y sus atenciones, mientras su incansable entrega a mi bienestar y a la salud de los niños, por más que se esforzara en camuflarla u ocultarla, absorbía todos sus pensamientos y consumía gran parte de sus energías. Además de su labor de vigilancia y cuidado, su segunda preocupación consistía en ocultarme a mí su angustia y sus lágrimas. Yo regresaba al castillo todas las noches, y en él hallaba, esperándome, amor y reposo. Con frecuencia permanecía junto al lecho de muerte de algún enfermo hasta la medianoche, y en noches oscuras y lluviosas recorría a caballo muchas millas. Si lo resistía era solo por una cosa: la seguridad y el descanso de mis seres queridos. Si alguna escena agónica me impresionaba más de la cuenta y perlaba mi frente de sudor, apoyaba la cabeza en el regazo de Idris y el latido tempestuoso de mis sienes regresaba a su ritmo temperado. Su sonrisa era capaz de sacarme del desasosiego y su abrazo bañaba mi corazón pesaroso en un bálsamo de paz.

El verano avanzaba y, coronada por los potentes rayos del sol, la peste arrojaba sus certeros dardos sobre la tierra. Las naciones que se hallaban bajo su influencia inclinaban la cabeza y morían. El maíz que había brotado en abundancia se agostaba y se pudría en los campos, mientras que el pobre infeliz que había acudido a buscar pan para sus hijos yacía, rígido y apestado, en una zanja. Los verdes bosques agitaban sus ramas majestuosamente y los moribundos se tendían bajo su sombra, respondiendo a la solemne melodía con sus lamentos disonantes. Los pájaros de colores revoloteaban en la penumbra. El ciervo, ignorante de todo, reposaba a salvo sobre los helechos. Los bueyes y los caballos escapaban de los establos abandonados y pacían en los campos de trigo, pues solo sobre los hombres se abatía la muerte.

Con la llegada del verano y el regreso de la mortandad, nuestros temores crecieron. Mi pobre amor y yo nos miramos y miramos a nuestros hijos.

—Los salvaremos, Idris —dije yo—. Los salvaré. Dentro de unos años les hablaremos de nuestros temores, que ya habrán desaparecido. Aunque ellos sean los únicos que sobrevivan en la tierra, vivirán, y ni sus mejillas palidecerán ni languidecerán sus voces.

Nuestro hijo mayor entendía hasta cierto punto las escenas que presenciaba a su alrededor y en ocasiones, con gesto serio me preguntaba sobre el motivo de tan vasta desolación. Pero solo tenía diez años y la hilaridad de la juventud no tardaba en desfruncirle el ceño. Evelyn, querubín sonriente, niño juguetón, sin idea alguna de lo que era el dolor o la pena, lograba, mientras se apartaba los tirabuzones de los ojos, que en los todos salones resonara el eco de su alegría y atraía nuestra atención con miles de artimañas. Clara, nuestra adorada y bondadosa Clara, era nuestro sostén, nuestro solaz, nuestra delicia. Se había empeñado en asistir a los enfermos, en consolar a los tristes, en ayudar a los ancianos, y además participaba de las actividades de los jóvenes y de su alegría. Iba de sala en sala como un espíritu bueno enviado por el reino celestial para iluminarnos en aquella hora oscura con su esplendor ultraterreno. La gratitud y el elogio se alzaban a su paso. Y sin embargo, cuando con gran sencillez jugaba en nuestra presencia con nuestros hijos, o con entrega infantil realizaba pequeñas tareas para Idris, nos preguntábamos en qué rasgos de su encanto puro, en qué tonos suaves de su melodiosa voz, residía, tanto heroísmo, sagacidad y benevolencia.

El verano transcurría tedioso, pues nosotros confiábamos en que el invierno acabara al fin con la enfermedad. Que esta desapareciera por completo era una esperanza demasiado íntima, demasiado sentida como para expresarla en palabras. Cuando alguien, inconsciente, la pronunciaba en voz alta, quienes la escuchaban entre lágrimas y sollozos demostraban lo profundo de sus temores, lo frágil de su propia fe. En cuanto a mí, mi misión en aras del bien común me permitía observar con más detalle que otros la virulencia renovada de nuestro enemigo ciego y los estragos que causaba. En un solo mes había destruido un pueblo, y si en mayo había enfermado la primera persona, en junio los senderos aparecían llenos de cadáveres insepultos. En las casas sin dueño las chimeneas no elevaban su humo al aire, y los relojes de las amas de casa marcaban solo la hora en que la muerte había obtenido su triunfo. En ocasiones, de tales escenarios rescataba yo a algún niño desvalido, apartaba a alguna madre joven de la presencia inerte de su recién nacido o consolaba a un robusto bracero que lloraba desconsolado ante a su extinta familia.

Julio había pasado. Agosto debía pasar, y tal vez entonces, a mediados de septiembre, hubiera alguna esperanza. Contábamos los días con impaciencia. Los habitantes de las ciudades, para que su espera resultara más llevadera se arrojaban en brazos de la disipación, y con fiestas desbocadas, en las que creían hallar placer, trataban de abolir el pensamiento y de adormecer su desasosiego. Nadie excepto Adrian hubiera podido aplacar a la variopinta población de Londres que, como una manada de caballos salvajes galopando hacia sus pastos, había abandonado el temor a

las cosas pequeñas debido a la intervención del mayor de los temores. Incluso Adrian se había visto obligado a ceder en algo para poder seguir, si no guiando, al menos estableciendo límites a la permisividad de los tiempos. Así, los teatros se mantenían abiertos y los lugares de asueto público seguían viéndose muy concurridos, aunque él tratara de modificar aquel estado de cosas para aplacar, de la mejor manera posible, la excitación de los espectadores, y a la vez impedir una reacción de tristeza cuando esa excitación terminara. Las obras favoritas eran las grandes tragedias. Las comedias suponían un contraste demasiado pronunciado con la desesperación interna; cuando se intentaba poner alguna en escena, no era raro que algún comediante, en medio de las carcajadas suscitadas por su histriónica representación, recordara alguna palabra o idea que le devolviera a su desgracia y pasara de la bufonada a las lágrimas y los sollozos, mientras los espectadores, con gesto mimético, estallaban el llanto, tornando la pantomima ficticia en exhibición real de trágica pasión.

No se hallaba en mi naturaleza extraer consuelo de tales lugares: de los teatros, cuyas falsas risotadas y alegría discordante despertaban una simpatía forzada, o donde las lágrimas y los lamentos ficticios se burlaban de la pena real; de las fiestas o las reuniones concurridas, donde la hilaridad nacía de los peores sentimientos de nuestra naturaleza o donde la exaltación de los mejores parecía fijada con un barniz de estridencia y falsedad; de las reuniones de personas plañideras disfrazadas de personas festivas. Sin embargo, en una ocasión presencié una escena de gran interés en un teatro, una escena en que la naturaleza superó al arte, del mismo modo que una poderosa catarata se burla de una ridícula cascada artificial, hasta ese momento alimentada con parte del caudal de aquella.

Había acudido a Londres para visitar a Adrian, pero a mi llegada constaté que no se encontraba en el palacio. Aunque sus asistentes ignoraban su paradero, creían que no regresaría hasta última hora de la noche. No habían dado aún las siete de aquella agradable tarde de verano y yo me dedicaba a pasear por las calles vacías de la ciudad. Ahora me desviaba para evitar un funeral que se aproximaba, luego la curiosidad me llevaba a observar el estado de algún lugar concreto. Pero aquel paseo me llenaba de tristeza, pues el silencio y el abandono se apoderaban de todo lo que veía, y las escasas personas con que me cruzaba presentaban un aspecto pálido y desmejorado, tan marcado por la desconfianza y la zozobra que, temeroso de encontrarme solo con aquellos signos de desgracia, desanduve mis pasos y me encaminé a casa.

Una vez en Holborn, pasé frente a una posada llena de grupos ruidosos cuyas canciones, risotadas y gritos me parecieron más tristes que el rostro pálido y el silencio de las plañideras. Precisamente una de ellas pululaba por las inmediaciones. El lamentable estado de su atuendo proclamaba su pobreza; estaba muy pálida y cada vez se acercaba más. Primero miró por la ventana y después por la puerta, como temerosa y al mismo tiempo deseosa de entrar. En uno de los corrillos empezaron a cantar y a reírse y la mujer sintió aquellas muestras de alegría como aguijonazos en el

corazón. «¿Cómo puede ser capaz?», murmuró, y entonces, haciendo acopio de valor, cruzó el umbral. La casera la interceptó en la entrada. La pobre criatura le preguntó:

—¿Está aquí mi esposo? ¿Puedo ver a George?

—Verlo, sí —respondió la casera—, si va adonde se encuentra. Ayer noche se lo llevaron. Tiene la peste y lo trasladaron al hospital.

Aquella pobre desgraciada se apoyó en la pared y dejó escapar un grito amortiguado.

—¿Tan cruel es usted para haberlo enviado ahí?

La otra mujer se alejó, pero una tabernera, más compasiva, le explicó con detalle lo sucedido, que no era mucho: a su esposo, enfermo y tras una noche de jolgorio, sus amigos lo habían llevado al hospital de Saint Bartholomew. Yo presencié toda la escena, pues había en aquella pobre mujer una dulzura que me cautivaba. La vi salir del local y caminar tambaleante por Holborn Hill. Pero al poco le fallaron las fuerzas y hundió la cabeza en el pecho, palideciendo aún más. Me acerqué a ella y le ofrecí mis servicios. Ella apenas alzó la vista.

—No puede ayudarme —me dijo—. Debo ir al hospital. Eso si no muero antes de llegar.

Todavía quedaban en las calles de la ciudad algunos coches de punto esperando clientes, más por costumbre que por expectativa de negocio. De modo que la subí a uno de ellos y la acompañé hasta el hospital para asegurarme de que llegaba sana y salva. El trayecto era corto y ella habló poco, más allá de pronunciar algunas expresiones soterradas de reproche al hombre que la había abandonado y a algunos de sus amigos, así como sus esperanzas de hallarlo con vida. Había una sinceridad sencilla y natural en ella que me llevaba a interesarme por su suerte, un interés que creció cuando aseguró que su esposo era la mejor persona del mundo, o que lo había sido hasta que la falta de trabajo, en aquellos tiempos difíciles, lo había empujado frecuentar malas compañías.

—No soportaba volver a casa —dijo— y ver que nuestros hijos morían. Los hombres carecen de la paciencia de las madres con los que son de su misma sangre.

Llegamos a Saint Bartholomew y entramos en el edificio de aquella casa de enfermedad. La pobre criatura se apretó contra mí al ver la frialdad y la rapidez con que trasladaban a los muertos desde las salas comunes hasta una estancia cuya puerta entreabierta dejaba ver gran número de cadáveres, visión monstruosa para alguien no acostumbrado a tales escenas. Nos condujeron a las dependencias a la que habían llevado a su esposo tras su ingreso y donde, según la enfermera, seguía aún, aunque no sabía si con vida. La mujer empezó a recorrer la estancia, cama por cama, hasta que en un extremo, tendida en un camastro, distinguió a una criatura escuálida y demacrada que agonizaba sometida a la tortura de la infección. Se abalanzó sobre él y lo abrazó, agradeciendo a Dios que le hubiera conservado la vida.

El entusiasmo que le infundía semejante alegría la cegaba también ante los horrores que se mostraban a su alrededor, pero a mí estos me resultaban intolerables.

Los efluvios que flotaban en aquella sala encogían mi corazón en dolorosos espasmos. Se llevaban a los muertos y traían a los enfermos con idéntica indiferencia. Algunos de estos gritaban de dolor, otros se reían, presas de los delirios. A algunos los acompañaban familiares llorosos; otros llamaban con voces desgarradoras y tiernas o con tonos de reproche a sus amigos ausentes. Las enfermeras iban de cama en cama, imágenes encarnadas de la desesperación, el abandono y la muerte. Incapaz de soportarlo por más tiempo, entregué unas monedas de oro a mi desgraciada acompañante, la encomendé al cuidado de las enfermeras y sin más demora abandoné el hospital. Pero mi imaginación, atormentándome, no dejaba de recrear imágenes de mis seres queridos postrados en aquellos lechos, desatendidos de ese modo. El país no podía permitirse tanto horror. Muchos desventurados morían solos en los campos, y en una ocasión hallé a un único superviviente en un pueblo desierto, luchando contra el hambre y la infección. Con todo, la asamblea de la peste, el salón de los banquetes de la muerte, se reunía solo en Londres.

Seguí caminando, con el corazón en un puño. Las dolorosas emociones me impedían toda concentración. De pronto me hallé frente al teatro de Drury Lane. La obra que se representaba era *Macbeth*, y el actor más importante de la época ejercía sus poderes para adormecer al público y distraerlo de sus pesares. Yo mismo deseaba probar aquella medicina, de modo que entré. El teatro estaba bastante concurrido. Shakespearare, cuya popularidad llevaba cuatro siglos bien asentada, no había perdido su vigencia en aquellos tiempos difíciles y seguía siendo *Ut magus*, el brujo que mandaba en nuestros corazones y gobernaba nuestra imaginación. Yo había llegado durante una pausa, entre los actos tercero y cuarto. Eché un vistazo al público. Las mujeres pertenecían en su mayoría a las clases inferiores, pero había hombres de todos los estamentos que acudían para olvidar momentáneamente las dilatadas escenas de desgracia que les aguardaban en sus hogares miserables. Se alzó el telón y en el escenario apareció la caverna de las brujas. El armazón sobrenatural e imaginario de *Macbeth* era garantía de que la representación tendría poco que ver con nuestra realidad presente. La compañía se había esforzado al máximo para lograr la mayor autenticidad posible. La extremada penumbra de la escena, cuya única fuente de luz provenía del fuego encendido bajo la caldera, se sumaba a una especie de neblina que flotaba en el ambiente y que lograba dotar a los cuerpos fantasmagóricos de las brujas de un halo oscuro y lúgubre. No eran tres arpías decrepitas inclinadas sobre una olla en la que vertían los repugnantes ingredientes de su poción mágica, sino seres temibles, irreales, imaginarios. La entrada de Hécate y la música estridente que siguió nos transportaron más allá de este mundo. La forma de caverna que adoptaba el escenario, las piedras en lo alto, acechadoras, el resplandor del fuego, las sombras neblinosas que cruzaban en ocasiones la escena, la música asociada a todas las imágenes de la brujería, permitían a la imaginación explayarse sin temor a ser contradicha, a oír la réplica de la razón o del corazón. La aparición de *Macbeth* tampoco destruyó la ilusión, pues de él se apoderaban las sensaciones que también

nos invadían a nosotros, y así, mientras aquel acto mágico seguía avanzando, nosotros nos identificábamos con su asombro y su osadía y entregábamos por completo nuestra alma al influjo del engaño escénico. Yo ya sentía el resultado benéfico de tales emociones en la renovación de mi entrega a la imaginación, una entrega de la que llevaba mucho tiempo alejado. Los efectos de aquella escena encantada transmitieron parte de su fuerza a la siguiente, y así nos olvidamos de que Malcolm y Macduff eran meros seres humanos, inspirados por unas pasiones tan simples como las que latían en nuestros pechos. Con todo, gradualmente fuimos recobrando el interés real de la escena. Una sacudida, como la que se hubiera producido tras una descarga eléctrica recorrió el teatro cuando Ross exclamó, en réplica a «¿Sigue Escocia como la dejé?»:

Sí, pobre nación, casi con miedo de reconocerse a sí misma.
No se la puede llamar nuestra madre, sino nuestra tumba,
donde no se ve jamás sonreír sino a quien no sabe nada:
donde los suspiros, gemidos y gritos que desgarran el aire,
surgen sin ser observados:
donde la violenta tristeza parece un humor cualquiera:
el redoble por los muertos, apenas se pregunta por quién es,
y las vidas de los hombres buenos se extinguen
antes que las flores que llevan en el sombrero
muriendo sin enfermedad^[59].

Cada palabra cobraba sentido y tañía como la campana de nuestra vida efímera. Nadie se atrevía a mirar a los demás y todos manteníamos la vista en el escenario, como si nuestros ojos, solo con eso, se volvieran inocuos. El hombre que interpretaba el papel de Ross se dio cuenta de pronto del peligroso terreno que pisaba. Se trataba de un actor mediocre, pero ahora la verdad lo convertía en excelente. Siguió declamando, anunciando a Macduff la muerte de su familia, y mientras lo hacía sentía temor, y temblaba al pensar que fuera el público, y no su compañero de escena, quien estallara en llanto. Pronunciaba cada palabra con dificultad; una angustia verdadera se pintaba en sus gestos y un horror repentino inundaba sus ojos, que mantenía clavados en el suelo. Aquella muestra de terror hacía que el nuestro aumentara, y con él ahogábamos el grito, alargando mucho el cuello, modificando nuestra expresión cuando él lo hacía, hasta que al fin Macduff, concentrado en su papel y ajeno a la absoluta identificación del público, exclamaba con pasión bien interpretada:

¿Todos mis queridos pequeños?
¿Has dicho todos? ¡Oh, milano infernal!
¿Todos? ¿Qué, todos mis lindos polluelos,
y su madre, bajo su garra feroz^[60]?

Una punzada de dolor irrefrenable encogió todos los corazones, y de todos los labios brotó un sollozo de desesperación. Yo también me había dejado arrastrar por el sentimiento general, había sido absorbido por los terrores de Ross. Así, también yo reproduje el lamento de Macduff, y al punto salí de allí como de un infierno de tortura, para hallar sosiego en contacto con el frescor del aire, bajo los árboles mudos.

Pero ni el aire era fresco ni los árboles callaban. ¡Cómo habría querido en ese instante gozar del consuelo de la madre Naturaleza, al sentir que mi corazón herido recibía entonces otra estocada, en esta ocasión en forma de la algarabía despreocupada que provenía de la taberna y de la visión de los borrachos que se dirigían tambaleantes hacia sus casas, olvidado el recuerdo de lo que hallarían en ella, y de los saludos más escandalosos de los seres melancólicos para quienes la palabra «hogar» no era más que una burla! Me alejé de allí lo más rápido que pude hasta que, sin saber cómo, me encontré en las inmediaciones de la abadía de Westminster y me sentí atraído por el sonido grave y prolongado de un órgano. Entré con temor reverencial en el presbiterio iluminado, escuchando los solemnes cánticos religiosos que hablaban de paz y esperanza para los desventurados. Las notas, cargadas de las plegarias eternas de los hombres, resonaban en las altas naves, y un bálsamo celestial bañaba las heridas sangrantes del alma. A pesar de la desgracia que yo despreciaba, y que no alcanzaba a comprender; a pesar de los hogares apagados del gran Londres y de los campos cubiertos de cadáveres de mi tierra natal; a pesar de todas las intensas emociones que había experimentado esa misma tarde, creía que, en respuesta a nuestras melodiosas invocaciones, el Creador se compadecería de nosotros y nos prometería alivio. El horrible lamento de aquella música celestial parecía una voz adecuada para comunicarse con el Altísimo; me apaciguaban sus sonidos, y también la visión junto a mí de tantos otros seres humanos elevando sus prédicas y sometiéndose. Una sensación parecida a la felicidad seguía a la absoluta entrega del ser de uno a la custodia del Señor del mundo. Pero ¡ay! Con el fin de los cánticos solemnes, el espíritu elevado regresó de nuevo a la tierra. Súbitamente un miembro del coro falleció. Lo retiraron de su asiento, abrieron apresuradamente las puertas de la cripta y, tras pronunciar unas oraciones breves, lo depositaron en la tenebrosa caverna, morada de miles que la habían ocupado antes que él, y que ahora abría sus fauces para recibir también a todos los que participaban en los ritos fúnebres. En vano me alejé de aquel escenario bajo naves oscuras y altas bóvedas en las que reverberaban melodiosas alabanzas. Solo en el exterior del templo hallé algún alivio. Entre las hermosas obras de la Naturaleza, su Dios recuperaba el atributo de la benevolencia, y allí podía confiar de nuevo en que quien había creado las montañas, plantado los bosques y trazado los ríos, erigiría otra finca para la humanidad perdida, donde nosotros despertaríamos de nuevo a nuestros afectos, nuestra dicha y nuestra fe.

Afortunadamente para mí, aquellas circunstancias se producían solo en las escasas ocasiones en que me trasladaba a Londres, y mis deberes se limitaban al

distrito rural que se divisaba desde nuestro castillo elevado. Allí, el lugar del pasatiempo lo ocupaba el trabajo, que ayudaba a los paisanos a mantenerse en gran medida al margen de la tristeza y la enfermedad. Yo insistía mucho en que se concentraran en sus cosechas y actuaran como si la epidemia no existiera. En ocasiones se oía el chasquido de las hoces, aunque los segadores, ausentes, se olvidaban de trasladar el trigo una vez cortado. Los pastores, una vez esquiladas las ovejas, dejaban que los vientos esparcieran la lana, pues no encontraban sentido a fabricarse ropas para el siguiente invierno. Sin embargo, en ocasiones el espíritu de la vida despertaba con aquellas ocupaciones: el sol, la brisa refrescante, el olor dulce del heno, el crujido de las hojas y el rumor de los arroyos traían reposo al pecho y derramaban una sensación parecida a la felicidad sobre los temerosos. Y, por extraño que parezca, en aquellos tiempos también se disfrutaba de los placeres. Parejas jóvenes que se habían amado sin esperanza y por largo tiempo veían desaparecer los impedimentos y crecer las riquezas a partir de la muerte de algún familiar. El mismo peligro los unía más. El riesgo inmediato les instaba a aprovechar las ocasiones inmediatas. Con prisas, apasionadamente, buscaban conocer las delicias que la vida les brindaba antes de entregarse a la muerte, y

robando sus placeres con gran esfuerzo
y sacándolos por las rejas de la vida^[61],

desafiaban a la peste a que destruyera lo que había existido o a que borrara de sus pensamientos, en el lecho de muerte, la felicidad que había sido suya.

De uno de esos casos tuvimos conocimiento por aquel entonces: una joven de alcurnia había entregado su corazón, años atrás, a un hombre de extracción humilde. Se trataba de un compañero de escuela y amigo de su hermano, y solía pasar parte de sus vacaciones en la mansión de su padre, que era duque. Habían jugado juntos de niños, habían sido confidentes de secretos mutuos, se habían ayudado y consolado en momentos de dificultad y tristeza. El amor había surgido entre ellos imperceptiblemente, silencioso, sin temor en un primer momento, hasta que los dos sintieron que su vida se hallaba atada a la vida del otro, y al mismo tiempo supieron que debían separarse. Su juventud extrema, la pureza de su unión, les llevaba a oponer menor resistencia a la tiranía de las circunstancias. El padre de la buena Juliet los separó, aunque no sin antes lograr que el joven prometiera mantenerse alejado de su hija hasta que se hubiera hecho digno de ella. La joven, por su parte, prometió preservar virgen su corazón —tesoro de su amado— hasta que él regresara para reclamarla y poseerla.

Llegó la peste, amenazando con destruir de golpe las ambiciones y las esperanzas del amor. Durante mucho tiempo el duque de L... se negó a admitir que pudiera correr peligro si se mantenía recluido y tomaba ciertas precauciones. Hasta el momento había sobrevivido. Pero en aquel segundo verano la Destructora dio al

traste de un solo golpe con sus precauciones, su seguridad y su vida. La pobre Juliet vio cómo su padre, su madre, sus hermanos y hermanas, enfermaban y morían uno tras otro. La mayoría de los criados huyeron tras la primera aparición de la enfermedad, y los que permanecieron en la casa sucumbieron a la infección mortal. Ningún vecino, ningún campesino se atrevía a acercarse a la finca por temor al contagio. Por una rara vuelta del destino, solo Juliet escapó, y hasta el fin cuidó de sus familiares y los veló en la hora de su muerte. Llegó el momento en que el último habitante de la casa recibió el último mazazo: la joven superviviente de su raza se sentaba sola entre los muertos. Ningún otro ser humano se hallaba cerca para consolarla ni para apartarla de aquella horrenda compañía. Cuando ya declinaba el calor de septiembre, una noche se formó una tormenta con vientos huracanados, truenos y granizo, que se abatió sobre la casa, entonando con fantasmagórica armonía un canto fúnebre por su familia. Y Juliet, sentada sobre la tierra, inmersa en una desesperación muda, creyó oír que alguien pronunciaba su nombre entre las ráfagas de viento y lluvia. ¿De quién podía ser aquella voz que le resultaba conocida? De ningún miembro de su familia, pues todos ellos, tendidos a su alrededor, la contemplaban con ojos pétreos. Su nombre volvió a oírse y ella se estremeció al pensar que tal vez estuviera volviéndose loca o muriendo, ya que oía las voces de los fallecidos. Pero entonces otra idea atravesó su mente, rauda como una flecha, y Juliet se acercó a la ventana. El destello de un rayo le proporcionó la visión que esperaba: su amante asomándose a los arbustos. La alegría le proporcionó las fuerzas necesarias para bajar la escalera y abrir la puerta. Se desmayó en sus brazos.

Mil veces se reprochó a sí misma, como si de un crimen se tratara, que reviviera la felicidad con él. La mente humana se aferra de modo natural a la vida y a la dicha; en su joven corazón aquellos sentimientos se hallaban en la plenitud de sus facultades, y Juliet se entregó con ímpetu al hechizo. Se casaron, y en sus rostros radiantes vi encarnarse por última vez el espíritu del amor, de la entrega absoluta, que en otro tiempo había sido la vida del mundo.

Les envidiaba, sí, pero sabía que me resultaba imposible impregnarme del mismo sentimiento, ahora que los años habían multiplicado mis lazos con el mundo. Sobre todo, la madre angustiada que era mi amada y exhausta Idris reclamaba mis abnegadas atenciones. No podía reprocharle el temor que jamás abandonaba su corazón y me esforzaba por apartarla de una observación demasiado detallada de la verdad de las cosas, de la cercanía de la enfermedad, la desgracia y la muerte, de la expresión desgarrada de nuestros sirvientes, con la que revelaban que una muerte, y otra más, nos habían alcanzado. Con respecto a esto último empezó a suceder algo nuevo que trascendía en horror a todo lo que había sucedido antes. Seres desgraciados acudían arrastrándose para morir bajo nuestro techo acogedor. Los habitantes del castillo menguaban día tras día, mientras que los supervivientes se acurrucaban juntos y temerosos; y como en un barco donde reinara el hambre y flotara a la deriva a merced de las olas indómitas e interminables, todos escrutaban

los rostros de todos, tratando de adivinar quién sería el siguiente en sucumbir a la muerte. Todo ello intentaba ocultárselo yo a Idris, para que no le causara tan honda impresión. Y sin embargo, como ya he dicho, mi valor sobrevivía incluso a mi desesperación: tal vez fuera derrotado, pero no me rendiría.

Un día —era 9 de septiembre— pareció llegar para entregarse a todo desastre, a todo hecho doloroso. A primera hora supe de la llegada al castillo de la abuela, muy anciana, de una de nuestras criadas. Aquella vieja había alcanzado los cien años. Tenía la piel muy arrugada, caminaba encorvada y se hallaba sumida en una decrepitud extrema, pero pasaban los años y ella seguía existiendo, sobreviviendo a muchos que eran más jóvenes y más fuertes que ella, hasta el punto de empezar a sentir que iba a vivir eternamente. Llegó la peste y los habitantes de su aldea murieron. Aferrándose, con la cobardía y mezquindad propias de algunos ancianos, a los restos de su vida gastada, cerró a cal y canto las puertas y las ventanas de su casa, negándose a comunicarse con nadie. Salía de noche a conseguir alimento y regresaba a casa, satisfecha por no haberse cruzado con nadie que pudiera haberle contagiado la enfermedad. A medida que la desolación se apoderaba de la tierra, aumentaban sus dificultades para garantizarse el sustento. Al principio, y hasta que murió, su hijo, que vivía cerca, la ayudaba dejándole algunos productos en su camino. Pero aun amenazada por el hambre, su temor a la epidemia era enorme, y su mayor preocupación seguía siendo mantenerse alejada de otras personas. Su debilidad aumentaba día a día, y al mismo tiempo, día a día debía trasladarse a mayor distancia para encontrar alimentos. La noche anterior había llegado a Datchet y, merodeando, había encontrado abierta y sola la panadería del lugar. Cargada con su botín, las prisas por regresar la llevaron a perderse. Era una noche cálida, nublada, nada ventosa. La carga que transportaba le resultaba demasiado pesada y, una tras otra, fue deshaciéndose de las barras de pan con la idea de seguir avanzando, aunque su paso lento se convirtió en cojera y su debilidad, al cabo, le impidió seguir caminando.

Se tendió en un maizal y se quedó dormida. A medianoche la despertó un ruido de algo que se movía junto a ella. Se habría incorporado, sobresaltada, si sus miembros agarrotados se lo hubieran permitido. Entonces oyó un lamento grave emitido junto a su oreja, y los chasquidos se hicieron más audibles. Oyó que una voz acallada susurraba: «¡Agua, agua!», y lo repetía varias veces. Después, un suspiro brotó de lo más hondo de aquel ser sufriente. La anciana se estremeció y con gran esfuerzo logró sentarse. Pero le castañeteaban los dientes, le temblaban las piernas. Cerca, muy cerca de ella, había tendida una persona medio desnuda, apenas distinguible en la penumbra, una persona que volvió a emitir un gemido y a pedir agua. Los movimientos de la anciana atrajeron al fin la atención de su acompañante desconocido, que le agarró la mano con inusitada fuerza.

—Al fin has venido —fueron las palabras que brotaron de aquellos labios, aunque el esfuerzo que hubo de hacer para pronunciarlas las convirtió en las últimas del moribundo. Los miembros se distendieron, el cuerpo se echó hacia atrás y un gemido

leve, el último, indicó el instante de la muerte. Amanecía, y la anciana contempló junto a ella el cadáver, marcado por la enfermedad fatal. La muerte abrió la mano que se había aferrado a su muñeca. En ese preciso instante se sintió atacada por la peste. Su cuerpo envejecido no era capaz de alejarse de allí con la suficiente rapidez. Ahora, creyéndose infectada, ya no temía relacionarse con los demás, de modo que en cuanto pudo fue a visitar a su nieta al castillo de Windsor, para lamentarse y morir en él. La visión era horrible: seguía aferrándose a la vida y lloraba su mala suerte con gritos y alaridos terroríficos. Mientras, el rápido avance de la pestilencia demostraba lo que era un hecho: que no sobreviviría muchas horas más.

Clara entró en la sala en el momento en que yo ordenaba que se le proporcionaran los cuidados necesarios. Estaba temblorosa y muy pálida. Cuando, inquieto, le pregunté por la causa de tal agitación, ella se arrojó en mis brazos y exclamó:

—Tío, querido tío, no me odies eternamente. Debo decírtelo porque debes saberlo, que Evelyn, el pequeño Evelyn... —La voz se le quebró en un sollozo.

El temor ante una calamidad tan poderosa como era la pérdida de nuestro adorado hijito hizo que se me helara la sangre. Pero el recuerdo de su madre me devolvió la presencia de ánimo. Me acerqué al pequeño lecho de mi amado hijo, aquejado de fiebre. Mantenía la esperanza. Con temor pero con entrega, confiaba en que no hubiera síntomas de la peste. No había cumplido los tres años y su enfermedad parecía uno de esos accesos característicos de la infancia. Lo observé largo rato, con detalle: sus párpados entrecerrados, sus mejillas ardientes, el movimiento incesante de sus deditos. La fiebre era muy alta, el sopor absoluto, y en cualquier caso, incluso de no haber existido el temor a la peste, su estado habría sido suficiente por sí solo para causar alarma. Idris no debía verlo en ese estado. Clara, a pesar de tener apenas doce años, y a causa de su extrema sensatez, se había convertido en una persona tan prudente y cuidadosa que me sentía seguro dejando a mi hijo a su cargo. Mi tarea consistiría en impedir que Idris notara su ausencia. Tras administrar a mi hijo los remedios necesarios, dejé que mi adorada sobrina se ocupara de él, con la orden de que me informara de cualquier cambio que se produjera en su estado.

Acto seguido fui a ver a mi esposa. De camino, intentaba buscar alguna excusa que me permitiera justificar que ese día me quedaría en el castillo, y trataba de disipar el gesto de preocupación de mi semblante. Por suerte Idris no se encontraba sola. Merrival la acompañaba. El astrónomo se hallaba demasiado absorto en sus ideas sobre la humanidad como para preocuparse por las bajas del día, y vivía rodeado por la enfermedad sin ser consciente de su existencia. Aquel pobre hombre, tan instruido como Laplace, ingenuo y despreocupado como un niño, había estado varias veces a punto de morir de hambre, él, su pálida esposa y sus numerosos hijos, aunque nunca tenía apetito ni daba muestras de alterarse. Sus teorías astronómicas lo absorbían por completo: anotaba sus cálculos con carbón en las paredes de su desván. No sentía remordimiento alguno al cambiar una guinea ganada con esfuerzo, o alguna prenda de ropa, por un libro. No oía llorar a sus hijos ni se fijaba en el cuerpo deformado de

su esposa y el exceso de desgracias equivalía, para él, a una noche nublada en la que habría dado el brazo derecho por poder observar los fenómenos celestes. Su esposa era una de esas criaturas maravillosas, que solo se dan entre el género femenino, cuyos afectos no disminuyen con las desgracias. Su mente se repartía entre un amor ilimitado por su esposo y una ternura angustiada por sus hijos: atendía a Merrival, trabajaba para todos ellos y jamás se lamentaba, aunque tantas atenciones hacían de su vida un sueño largo y melancólico.

Él se había dado a conocer a Adrian cuando este, en una ocasión, había solicitado observar a través de su telescopio algunos movimientos planetarios. Mi amigo detectó al momento su pobreza y puso los medios para aliviarla. El astrónomo nos daba a menudo las gracias por los libros que le prestábamos o por permitirle el uso de nuestros instrumentos, pero jamás nos hablaba de los cambios en su hogar ni en sus circunstancias cotidianas. Su esposa nos aseguraba que no había observado más diferencia que la relativa a los niños, que ya no ocupaban su estudio y a los que, para infinita sorpresa de aquella mujer, echaba de menos, pues aseguraba que todo le parecía demasiado silencioso.

Aquel día había llegado al castillo para anunciar que había terminado su ensayo sobre los movimientos pericíclicos del eje de la Tierra y la precedencia de los puntos equinocciales. Si un romano de la época republicana hubiera resucitado y nos hubiera hablado de la inminente elección de algún cónsul laureado o de la última batalla contra Mitrídates, sus ideas no hubieran resultado menos ajenas a los tiempos que la conversación de Merrival. El hombre, que había perdido la necesidad de sentirse comprendido, vestía sus pensamientos con señales visibles. Además ya no quedaban lectores. Mientras todos, tras resistir la espada con apenas un escudo, aguardaban la llegada de la peste, Merrival conversaba sobre el estado de la humanidad dentro de seis mil años. Y lo mismo podría —suscitando en nosotros el mismo interés— haber añadido un comentario describiendo los desconocidos e inimaginables rasgos de las criaturas que ocuparían entonces la morada de los hombres. Nadie se atrevía a desengañar al pobre viejo, y cuando yo entré en la sala, él le leía a Idris partes de su obra y le preguntaba qué respuesta podía darse a esta o aquella posición.

Ella no podía evitar sonreírse mientras lo escuchaba. Ya le había sonsacado que su familia se encontraba bien de salud. Aunque yo notaba que no lograba olvidar el precipicio del tiempo al borde del cual se hallaba, me daba cuenta también de que en aquel momento estaba divirtiéndose gracias al contraste entre la visión limitada que sobre la vida humana habíamos mantenido durante tanto tiempo y las zancadas de siete leguas con que Merrival avanzaba hacia la próxima eternidad. Me alegré al verla contenta, pues ello me aseguraba que ignoraba por completo el peligro que corría su hijo, pero me estremecí al pensar en el impacto que le causaría el descubrimiento de la verdad. Mientras Merrival hablaba, Clara entreabrió con cuidado la puerta que quedaba a espaldas de Idris y, con gesto triste, me pidió que saliera. Pero un espejo

permitió a mi esposa ver a nuestra sobrina, y al punto se sobresaltó. Sospechar que sucedía algo malo, deducir que debía de afectar a Evelyn, pues Alfred se hallaba con nosotros, salir corriendo de la sala y entrar en los aposentos del pequeño fue todo cuestión de segundos. Una vez allí contempló a su niño atacado por las fiebres, inmóvil. Yo la seguí y traté de inspirar en ella más esperanza de la que yo mismo albergaba. Pero ella negaba con la cabeza, presa de la desolación. La angustia le impedía mantener la presencia de ánimo. Nos dejó a Clara y a mí los papeles de médico y enfermera y ella se sentó junto al lecho, sosteniendo la manita ardiente de su hijo; y sin apartar de él los ojos llorosos, pasó el día en aquella agonía fija. No era la peste la que se había apoderado con tal intensidad del pequeño, pero ella no atendía a mis razones. El temor la privaba de la capacidad de juicio y raciocinio. La menor alteración en el semblante de Evelyn la hacía temblar. Si este se movía, ella temía una crisis inminente; si permanecía quieto, en su sopor veía la muerte y su gesto se ensombrecía al momento.

De noche la fiebre de nuestro hijo aumentó. La idea de tener que pasar las largas horas de oscuridad junto al lecho de un enfermo resulta temible, por no recurrir a peor término, y más si el paciente es un niño que no sabe explicar su dolor y cuya vida parece la llama de una vela a punto de extinguirse

cuyo mínimo fuego
el viento agita, y a cuyo límite
la oscuridad, ávida, acecha^[62].

Con inquietud uno se vuelve en dirección al este, con airada impaciencia acecha la tiniebla inviolada; el canto de un gallo, ese sonido alegre durante el día, llega como un lamento átono; se oye el crujido de las vigas, el ligero revoloteo de algún insecto invisible, y ese sonido encarna el sentimiento de la desazón. Clara, vencida por el cansancio, se había sentado a los pies del lecho de su primo, y a pesar de sus esfuerzos, el sopor le cerraba los párpados. En dos o tres ocasiones trató de desprenderse de él, pero al fin la venció el sueño. Iris, junto a la cama, no soltaba la mano de Evelyn. Temíamos dirigirnos la palabra. Yo observaba las estrellas, me acercaba a nuestro pequeño, le tomaba el pulso, me acercaba a su madre, volvía a la ventana... Al alba, un ligero suspiro del enfermo me atrajo hacia él. El rubor de sus mejillas se había suavizado y el corazón le latía lenta y regularmente. El sopor había dado paso al sueño. Al principio no quise permitirme la esperanza, pero al observar que su respiración se mantenía constante y que el sudor perlaba su frente, supe que la enfermedad mortal le había abandonado; y me atreví a compartir la noticia con Idris, que tardó bastante en convencerse de que decía la verdad.

Pero ni mi convicción ni la pronta recuperación de nuestro hijo lograron devolverle parte de la calma de que antes había disfrutado. Su temor había calado demasiado hondo, la había absorbido demasiado por completo como para poder

tornarse en seguridad. Se sentía como si antes, cuando estaba tranquila, hubiera estado soñando, y como si ahora hubiera despertado. Era

como quien
en torre de vigía solitaria
despertara de balsámicas visiones del hogar que ama
y temblara al oír el airado rugido de las olas^[63],

como quien, empujado por una tormenta, despierta y descubre que su barco se hunde. Antes recibía zarpazos de temor, y ahora ya no disfrutaba del menor intervalo de esperanza. Las sonrisas de su corazón ya no iluminaban su hermoso semblante. A veces se obligaba a esbozar una, pero al momento las lágrimas asomaban a sus ojos y un mar de dolor se abalanzaba sobre los restos del naufragio de su felicidad pasada. Con todo, cuando me hallaba a su lado su desesperación no era completa —confiaba del todo en mí— y no parecía temer mi muerte ni plantearse su posibilidad. Dejaba en mis manos todo el peso de sus ansiedades, se guarecía en mi amor, como el cervatillo atacado por el viento se guarece apretándose contra su madre, como un aguilucho herido se cobija bajo el ala de quien le ha dado la vida, como una barquita rota, temblorosa, busca la protección de un sauce. Entretanto, yo, con menos aplomo que en nuestros días de felicidad pero con la misma ternura, y feliz con la conciencia del consuelo que le brindaba, estrechaba en mis brazos a mi amada y trataba de apartar de su naturaleza sensible todo pensamiento doloroso, toda circunstancia adversa.

A finales de ese verano tuvo lugar otro incidente. La condesa de Windsor, reina depuesta de Inglaterra, regresó de Alemania. Al iniciarse la época estival había abandonado una Viena desierta e, incapaz de entregar su mente a nada que se pareciera a la sumisión, pasó un tiempo en Hamburgo. Cuando al fin llegó a Londres, pasaron varias semanas hasta que se dignó informar a Adrian de su retorno. A pesar de su frialdad y de lo prolongado de su ausencia, nuestro amigo la recibió con calidez, demostrando con su afecto que pretendía restañar pasadas heridas de orgullo y tristeza. Pero ella demostraba una falta absoluta de comprensión. Idris, por su parte, sintió gran alegría al enterarse de la vuelta de su madre. Sus propios sentimientos maternos eran tan vivos que suponía que ella, en aquel mundo agonizante, se habría desprendido de su orgullo y altivez y recibiría con placer sus atenciones filiales. Sin embargo el primer indicio de que la majestad caída de Inglaterra no había cambiado llegó a través de una notificación formal en la que declaraba que no pensaba recibirme a mí. Consentía, eso sí, en perdonar a su hija y en reconocer a sus nietos, pero no debían esperarse mayores concesiones de ella.

A mí su proceder me parecía (si se me permite un término tan ligero) extremadamente caprichoso. Ahora que la raza humana había perdido, de hecho, toda distinción o rango, aquel orgullo resultaba doblemente fatuo. Ahora que todos

sentíamos un parentesco fraterno, natural, con todos los que llevaban impreso el sello de la humanidad, aquella airada reminiscencia de un pasado perdido para siempre parecía un gesto de locura. Idris se sentía demasiado poseída por sus propios temores como para enfadarse y apenas le dio importancia, pues le parecía que la causa de aquel rencor sostenido debía de ser la insensibilidad. Aquello no era del todo así, aunque era cierto que la determinación de aquella señora adoptaba las armas y el disfraz de un sentimiento endurecido, y que la dama altiva se negaba a mostrar en público el menor atisbo de las luchas que libraba. Esclava de su orgullo, imaginaba que sacrificaba su felicidad en aras de unos principios inmutables.

Todo aquello era falso, todo menos los afectos de nuestra naturaleza y la relación entre nuestra comprensión y el placer o el dolor. Solo existían un bien y un mal en la tierra: la vida y la muerte. La pompa del rango, la idea de poder, las posesiones de la riqueza se esfumaban como la neblina de la mañana. Un mendigo vivo había llegado a valer más que una asamblea nacional de lores muertos, de héroes, de patriotas, de genios muertos. Y había tanta degradación en todo ello... Pues incluso el vicio y la virtud habían perdido sus atributos. La vida, la vida, la continuidad de nuestro mecanismo animal, era el alfa y el omega de los deseos, las plegarias, la ambición postrada de la raza humana.

Capítulo IX

CUANDO llegó octubre y los vientos del equinoccio barrieron la tierra y enfriaron los ardores de la estación insalubre, la mitad de Inglaterra se hallaba en un estado de desolación. El verano, que había resultado excepcionalmente caluroso, se había demorado hasta el principio de ese mes cuando, el día 18, un súbito cambio nos hizo pasar de la temperatura veraniega a la helada invernal. La peste, entonces, se concedió un respiro en su carrera en pos de la muerte. Jadeantes, sin atrevernos a dar nombre a nuestras esperanzas, y sin embargo rebosantes de intensa expectación, nos

alzamos, como el marinero de un barco hundido se alza sobre un islote desierto en medio del océano observando una nave distante, imaginando que se aproxima y que luego vuelve a desaparecer de su vista. La promesa de un nuevo contrato con la vida enternecía a los más duros, y, por el contrario, llenaba a los más blandos de aridez y sentimientos antinaturales. Cuando parecía inevitable que todos íbamos a morir, no nos importaba el cómo y el cuándo; pero ahora que la virulencia de la enfermedad menguaba, y esta parecía dispuesta a salvar a unos pocos, todos deseábamos hallarnos entre los elegidos y nos aferrábamos a la vida con cobarde tenacidad. Los casos de deserción se hicieron más frecuentes, e incluso los asesinatos, los relatos de los cuales horrorizaban a quienes los escuchaban, pues el temor al contagio había alzado en armas a unos miembros de la misma familia en contra de otros. Con todo, las tragedias menores y aisladas estaban a punto de rendirse ante un interés más poderoso, y mientras se nos prometía el cese de los influjos infecciosos, una tempestad más desbocada que los vientos se alzó sobre nosotros, una tempestad criada por las pasiones del hombre, alimentada por sus más violentos impulsos, inédita, terrible.

Varias personas procedentes de Norteamérica, reliquias de aquel populoso continente, habían zarpado rumbo al este con el loco deseo de cambiar, dejando atrás sus llanuras natales por tierras no menos diezmadas que las suyas. Varios centenares arribaron a Irlanda el primero de noviembre y tomaron posesión de todas las viviendas desocupadas que encontraron y se hicieron con el excedente de alimento y con el ganado suelto. Cuando agotaron toda la producción del lugar, se trasladaron a otro. No tardaron en enfrentarse a los habitantes de la isla. Su gran número les permitía expulsar a los nativos de sus moradas y robarles lo que habían almacenado para pasar el invierno. Varios sucesos de la misma índole terminaron por avivar la naturaleza fiera de los irlandeses, que atacaron a los invasores. Algunos murieron, pero en su mayor parte escaparon gracias a acciones rápidas y ordenadas. El peligro aguzaba su ingenio y su reserva. Distribuyeron con mayor eficacia sus efectivos y se ocultaron unos a otros las bajas sufridas. Avanzando en orden, y aparentemente dados a la diversión, despertaban la envidia de los irlandeses. Los americanos permitieron a algunos de ellos unirse a su banda, y los reclutados ya superaban en número a los extranjeros. Pero aquellos no se sumaban a ellos en la emulación del orden admirable mantenido por los jefes del otro lado del Atlántico, que les confería a la vez seguridad y fuerza. Los irlandeses les seguían los pasos en multitudes desorganizadas que aumentaban día a día y que día a día se volvían más indómitas. Los americanos, deseosos de escapar de aquel ambiente que ellos mismos habían creado, llegaron a las costas orientales de la isla y embarcaron rumbo a Inglaterra. Su incursión apenas se habría sentido de haber llegado solos. Pero los irlandeses, congregados en número exagerado, no tardaron en ser presas del hambre, y también se dirigieron a nuestro país. La travesía por mar no detendría su avance. Los puertos de las desoladas villas marineras del oeste de Irlanda estaban llenos de naves de todos los tamaños, desde el

buque de guerra hasta la pequeña barca de pescadores, que, varada sin tripulación, se pudría a la orilla del mar. Los emigrantes embarcaban a cientos y, desplegando las velas con manos torpes, estropeaban sin querer las jarcias y las boyas. Los que, más modestos, montaban en embarcaciones de menor tamaño, lograban en su mayoría culminar con éxito la travesía. Algunos, presas del verdadero espíritu de la aventura, abordaron una nave de ciento veinte cañones. El enorme casco avanzaba a la deriva movido por la marea, y así abandonó la protección de la bahía. Solo tras muchas horas su tripulación, formada por hombres de tierra adentro, logró desplegar gran parte del velamen; el viento lo hinchaba y mientras los miles de errores cometidos por el timonel ponían la proa mirando primero a un lado y después al otro, los vastos campos de lona que formaban las velas chasqueaban con un sonido que recordaba al de una inmensa catarata, o al de un bosque costero cuando se ve azotado por los vientos equinocciales del norte. Los ojos de buey iban abiertos y con cada golpe de mar la embarcación cabeceaba y entraban toneladas de agua. Las dificultades aumentaban porque se había levantado un viento frío que silbaba entre las velas y las movía de un lado a otro, rasgándolas. Se trataba de un viento como el que podría haber visitado los sueños de Milton cuando este imaginaba el despliegue de las alas del Maligno, e incrementaba el estruendo y el caos. Aquellos sonidos se mezclaban con el rugido del océano, el golpear de las olas contra los costados, el chapoteo del agua en las bodegas. La tripulación, cuyos miembros en su mayoría no habían visto nunca el mar, sentía que el cielo y la tierra se unían cuando la proa se hundía entre el oleaje o, cabeceando, ascendía por los aires. Sus gritos los silenciaban el clamor de los elementos y los crujidos atronadores de su ingobernable embarcación. Solo entonces descubrieron que el agua los vencía, y se afanaron con las bombas para achicarla. Pero su tarea era tan inútil como vaciar el mar entero mediante el llenado de cubos. Cuando el sol empezó a descender, la galerna arreció. El barco parecía sentir el peligro: inundado por completo de agua, dio varios avisos del naufragio inminente. La bahía se hallaba atestada de embarcaciones cuyas tripulaciones, en su mayor parte, observaban los esfuerzos inútiles de aquella máquina indomable, y presenciaban su hundimiento gradual. Las aguas se elevaban ya por encima de las cubiertas más bajas, y entonces, en apenas un abrir y cerrar de ojos, la nave había desaparecido por completo y ya no se distinguía el punto exacto en que el mar la había engullido. Algunos miembros de la tripulación se salvaron, pero la mayoría, aferrándose a jarcias y mástiles, se hundieron con ella, y ya solo se alzarían cuando la muerte los soltara.

Aquel hecho causó que muchos de los que estaban a punto de hacerse a la mar volvieran a tierra firme, más dispuestos a darse de bruces con el mal que a lanzarse a las fauces abiertas del despiadado océano. Con todo, su número era pequeño comparado con el de quienes sí culminaron la travesía. Muchos de ellos llegaron hasta Belfast para asegurarse un trayecto más breve por mar; y luego, mientras

viajaban por Escocia, en dirección al sur, se les unían los paisanos más pobres de ese país, y todos se acercaban a Inglaterra con la misma intención.

Aquellas incursiones llenaban de espanto a los ingleses, sobre todo en aquellas poblaciones en las que existía aún una población suficiente como para percibir el cambio. Ciertamente, en nuestro desgraciado país había sitio para el doble de las personas que nos invadían, pero el espíritu indómito de estas las hacía proclives a la violencia. Se jactaban de echar de las casas a sus dueños; de ocupar mansiones lujosas cuyos nobles habitantes se habían encerrado por temor a la peste; de obligar a aristócratas de ambos sexos a trabajar para ellos como criados y proveedores. Y todo ello hasta que, consumada la ruina de un lugar, en su avance de plaga de langostas, llegaban a otro. Si no hallaban resistencia, su pillaje se propagaba a lo largo y ancho del país. En caso de peligro se agrupaban, y gracias a su mayor número derrotaban a su débil y desolado enemigo. Procedían del este y del norte y seguían su camino sin objeto aparente, aunque unánimemente se dirigieran hacia nuestra desdichada capital.

La epidemia de peste había interrumpido en gran medida las comunicaciones, de modo que la caravana invasora ya había avanzado hasta Manchester y Derby cuando nosotros tuvimos noticia de su aproximación. Sus miembros arrasaban el país como un ejército invasor, quemando, diezmando, asesinando. Se les unían los ingleses de las clases más ínfimas y los vagabundos. Algunos de los pocos señores de los condados que habían sobrevivido trataban de reclutar sus milicias, pero las filas menguaban por momentos, el pánico se apoderaba de todo el mundo y la escasa resistencia presentada solo servía para multiplicar la audacia y la crueldad del enemigo, que hablaba ya de la toma de Londres, de la conquista de Inglaterra, y nos traía a la memoria heridas que durante mucho tiempo se habían creído olvidadas. Con aquellos actos de fanfarronería demostraban más sus debilidades que sus fuerzas, pero aun así eran capaces de causar graves daños que, si culminaban en su aniquilación, los convertirían al fin en objeto de compasión y remordimiento.

Se nos había enseñado que al principio de los tiempos la humanidad dotaba a sus enemigos de atributos imposibles y que, a partir de detalles que se propagaban de boca en boca, esta podía —como el Rumor siempre creciente de Virgilio— tocar el cielo con su frente y agarrar a Eósforo y Lucifer con sus manos extendidas. La Gorgona y el Centauro, dragón y león de pezuñas férreas, monstruo marino e hidra gigantesca, eran solo ejemplos de los relatos raros y terroríficos que sobre nuestros invasores llegaban a Londres. No se sabía cuándo invadirían, pero ya se encontraban a cien millas de Londres y los campesinos huían antes de su llegada, y todos ellos exageraban el número, la furia y la crueldad de los asaltantes. Los tumultos llenaban las calles hasta hacía poco tranquilas; las mujeres y los niños abandonaban sus hogares y escapaban, aunque no sabían adónde ir; los padres, esposos e hijos temblaban de miedo, no por ellos mismos, sino por sus familiares indefensos. A medida que las gentes del campo atestaban Londres, los habitantes de la ciudad se desplazaban hacia el sur, se encaramaban a los edificios más altos, suponiendo que,

desde ellos, lograrían divisar el humo y las llamas que los enemigos propagaban a su alrededor. Como Windsor quedaba, en gran medida, dentro de la línea de avance desde el oeste, trasladé a mi familia a Londres, dispuse la Torre como lugar de residencia y, reuniéndome con Adrian, me sumé a la lucha inminente en calidad de teniente.

Dedicamos solo dos días a los preparativos, pero hicimos buen uso de ellos. Se hizo acopio de artillería y armas. Se reagruparon efectivos de regimientos que habían quedado dispersos y se les dio una apariencia de disciplina militar que serviría tanto para infundir valor a nuestro bando como para impresionar al desorganizado enemigo. Incluso contábamos con música. Los estandartes ondeaban al viento y gaitas y trompetas emitían sus acordes de aliento y de victoria. Un observador avezado hubiera descubierto tal vez cierta vacilación en el paso de los soldados, pero esta no se debía tanto al miedo al adversario como al temor que la enfermedad les causaba, a la tristeza, a los lúgubres pronósticos que con frecuencia afectaban más a los valientes y sometían a los corazones viriles a una postración abyecta.

Adrian conducía las tropas lleno de prevenciones. Para él era poco consuelo que nuestra disciplina nos llevara al éxito en un conflicto como ese. Mientras la epidemia siguiera acechando para igualar a conquistadores y conquistados, no era la victoria lo que él deseaba, sino una paz sin sangre. En nuestro avance nos encontrábamos con bandas de campesinos cuyas precarias condiciones, cuya desesperación y horror, nos hablaban al instante de la naturaleza fiera del enemigo que se acercaba. El insensato espíritu de conquista y la sed de saqueo los cegaba, y con furia demente llevaban el país a la ruina. La visión de los militares devolvía la esperanza a los que huían y la venganza ocupaba el lugar del miedo, una venganza que contagiaban a los soldados. La desazón se tornaba en ardor guerrero, el paso cansino en rápida marcha, y el murmullo sordo de la multitud, inspirado por un sentimiento de muerte, llenaba el aire, amortiguando el chasquido de las armas y los sonidos de la música. Adrian percibía el cambio y temía que resultara difícil impedirles descargar su terrible furia sobre los irlandeses. Avanzaba a caballo hacia las líneas enemigas, ordenaba a los oficiales que reprimieran a las tropas, exhortaba a los soldados, restablecía el orden, apaciguaba en algo la violenta agitación que henchía los pechos.

Fue en Saint Albans donde nos encontramos con algunos irlandeses rezagados. Se batían en retirada y, uniéndose a otros compañeros, avanzaban en busca del cuerpo central de su expedición. Hicieron de Buckingham su cuartel general y enviaron una avanzadilla para que averiguara nuestra posición. Nosotros pasamos la noche en Luton. A la mañana siguiente un movimiento simultáneo nos llevó a las dos partes a avanzar. Amanecía, y el aire, impregnado de un olor purísimo, parecía jugar, burlón, con nuestros estandartes, y llevaba hasta el enemigo la música de las bandas, el relinchar de los caballos, el paso firme de la infantería. Los primeros sonidos de instrumentos marciales que llegaron a nuestros oídos desde las filas del desorganizado enemigo nos causaron una sorpresa no exenta de temor. Yo hablé de

días pasados, de días de concordia y orden, asociados a épocas en que la peste no existía y el hombre vivía más allá de la sombra de su destino inminente. La pausa fue momentánea. No tardamos en oír el clamor de unos gritos bárbaros, el paso irregular de miles de personas avanzando en desbandada. Sus tropas se acercaban ya a nosotros por campo abierto o por estrechos senderos. Entre nosotros se extendía una vasta extensión de tierras de labranza. Avanzamos hasta la mitad de estas y allí nos detuvimos. Desde aquel punto algo más elevado divisamos todo el espacio que ocupaban. Cuando sus jefes vieron que no seguíamos avanzando, ellos también dieron la orden de parar y trataron de lograr que sus hombres se alinearan en algo parecido a una formación militar. Los integrantes de las primeras filas llevaban mosquetes y había hombres a caballo, pero sus armas eran las que habían confiscado en su avance, y sus monturas las que habían arrebatado a los campesinos. Carecían de uniformidad y casi por completo de obediencia, pero sus gritos y gestos salvajes daban muestra del espíritu indomable que les inspiraba. Nuestros soldados recibieron la orden y avanzaron rápidamente pero en perfecta formación. Sus uniformes, el resplandor de sus armas pulidas, su silencio y sus semblantes serios, cargados de odio, impresionaban más que el clamor salvaje de nuestros muchos enemigos. Y así, acercándose cada vez más unos a otros, los alaridos y los gritos de los irlandeses se hacían más audibles; los ingleses avanzaban obedeciendo las órdenes de sus generales, hasta que estuvieron lo bastante cerca como para distinguir el rostro de sus oponentes, una visión que alentó su furia. A la voz de un grito que desgarró el cielo y resonó hasta las filas más alejadas, iniciaron la carga. Negándose a disparar una sola bala, optaron por hender las bayonetas en los cuerpos de los enemigos, mientras las filas se abrían a intervalos y los artilleros prendían las mechas de los cañones, que con sus rugidos ensordecedores y su humo cegador teñían de horror la escena.

Yo me hallaba detrás de Adrian. Hacía un instante que este había ordenado el alto a las tropas y permanecía algo retirado de nosotros, sumido en honda meditación. Planeaba a toda prisa un plan de acción para impedir más derramamiento de sangre. De pronto el ruido de los cañones, el repentino avance de las tropas y los gritos del enemigo lo sobresaltaron.

—¡Ninguno de ellos debe morir! —exclamó con ojos encendidos. Y hundiendo las espuelas en los lomos de su caballo, se acercó al galope hacia los bandos enfrentados. Nosotros, sus comandantes, le seguimos para rodearlo y protegerlo, pero a una orden suya nos retiramos un poco. La soldadesca, al verlo, detuvo su avance. No se protegía de las balas que pasaban rozándole y seguía cabalgando entre las dos filas contrarias. El silencio siguió al clamor. Unos cincuenta hombres yacían en el suelo, muertos o agonizantes. Adrian levantó la espada, dispuesto a hablar.

—¿En cumplimiento de qué orden —preguntó, dirigiéndose a sus tropas— avanzáis? ¿Quién os ha ordenado atacar? ¡Atrás! Estos hombres confundidos no morirán mientras yo sea vuestro general. Envainad vuestras armas. Son vuestros hermanos, no cometáis un fratricidio. Pronto la peste no dejará a nadie con quien

saciar vuestra sed de venganza. ¿Vais a mostraros más despiadados que la plaga? Si me respetáis, si adoráis a Dios, a cuya imagen también los creó a ellos, si amáis a vuestros hijos y a vuestros amigos, no derramáis ni una gota de esta escasa sangre humana.

Pronunció aquellas palabras con la mano extendida y voz apasionada y, al terminar, volviéndose a los invasores con gesto serio, les ordenó deponer las armas.

—¿Creéis —les dijo— que porque hemos sido diezmados por la plaga podéis derrotarnos? La peste también se halla entre vosotros, y cuando el hambre y la enfermedad os venzan, los fantasmas de aquellos a quienes habéis asesinado se alzarán para negaros toda esperanza tras la muerte. Abandonad las armas, hombres bárbaros y crueles, hombres que tenéis las manos manchadas de sangre de inocentes y el alma oprimida por el llanto de los huérfanos. Nosotros venceremos, pues la razón está de nuestro lado. Vuestras mejillas ya palidecen, ya soltáis las armas. Dejadlas en el suelo, compañeros. ¡Hermanos! El perdón, el auxilio y el amor fraterno os aguardan tras el arrepentimiento. Os queremos, pues lleváis en vosotros la frágil forma de la humanidad. Todos vosotros hallaréis a un amigo, a un anfitrión, en nuestro ejército. ¿Debe el hombre ser enemigo del hombre, mientras la peste, enemiga de todos nosotros, dominándonos, se impone a nuestra carnicería, pues es más cruel que ella?

Los dos bandos se habían detenido. En el nuestro, los soldados sostenían sus armas con firmeza y observaban con semblante hosco al enemigo, que tampoco se había desprendido de las suyas, más por temor que por ánimo de lucha. Todos se miraban, deseosos de que alguien diera ejemplo. Pero carecían de jefe. Adrian se bajó del caballo y se acercó a uno de los que acababan de morir.

—Era un hombre —exclamó—, y ahora está muerto. ¡Oh, rápido! ¡Vendad las heridas de los caídos! ¡No dejéis que muera nadie más! Que ni una sola alma más escape por vuestros despiadados cortes y relate ante el trono de Dios la historia de nuestro fratricidio. Vendad sus heridas, devolvédselos a sus amigos. Despojaos del corazón de tigre que os abrasa el pecho, soltad esos instrumentos de crueldad y odio. En esta pausa del destino exterminador, que todo hombre sea hermano, guardián y sostén de los otros. Desprendeos de estas armas manchadas de sangre y apresuraos a vendar estas heridas.

Mientras hablaba, se arrodilló en el suelo y tomó en sus brazos a un hombre por cuyo costado hendido escapaba el tibio torrente de la vida. El pobre infeliz ahogó un grito, y el silencio que se había hecho entre los dos bandos era tal que aquel grito se oyó perfectamente, y todos los corazones, hasta hacía nada fieramente entregados a la masacre universal, latían ahora impacientes, llenos de temor y esperanza, preguntándose cuál sería la suerte de ese hombre. Adrian partió en dos el pañuelo de su uniforme y lo anudó alrededor del herido. Pero ya era demasiado tarde: el hombre suspiró profundamente, echó la cabeza hacia atrás y sus miembros perdieron su fuerza.

—¡Está muerto! —exclamó Adrian cuando el cadáver, escurriéndosele entre los brazos, cayó al suelo; inclinó la cabeza hacia él en un gesto de respeto y tristeza. El destino del mundo parecía encerrarse en la muerte de aquel único hombre. Los miembros de ambos ejércitos soltaron las armas, e incluso los más veteranos lloraron. Nuestros soldados tendieron las manos a los enemigos, mientras una marea de amor y amistad profunda henchía los corazones. Mezclándose, desarmados, estrechándose las manos, hablando solo del mejor modo de brindarse ayuda, los adversarios se reconciliaban y todos se arrepentían, los unos de sus pasadas crueldades, los otros de su reciente muestra de violencia. Y, obedeciendo las órdenes del general, se dirigieron juntos hacia Londres.

Adrian estaba obligado a ejercer la máxima prudencia, primero para acallar la posible oposición, y después para atender a aquella muchedumbre de invasores, a quienes se condujo hacia diversas zonas situadas en los condados del sur y se instaló en pueblos abandonados. Una parte de ellos fue devuelta a su isla natal, mientras el invierno nos devolvía a nosotros algo de energía y nos permitía defender las fronteras del país y limitar cualquier aumento de su número.

Fue en aquellas circunstancias cuando Idris y Adrian volvieron a verse, tras casi un año de separación. Él llevaba mucho tiempo ocupado en su ardua y dolorosa tarea, familiarizándose con todas las formas de la desgracia humana, y había constatado que sus fuerzas no se adecuaban a la magnitud de la empresa y que su ayuda servía de bien poco. Con todo, su determinación, su energía y su ardiente resolución le impedían caer en el desconsuelo. Parecía haber vuelto a nacer, y la virtud, más poderosa que la alquimia de Medea, le dotaba de salud y fortaleza. Idris apenas reconocía al ser frágil que parecía combarse incluso ante la brisa estival, en el hombre enérgico cuyo exceso mismo de sensibilidad le capacitaba para cumplir mejor con su misión de capitanear una Inglaterra azotada por la tormenta.

No era ese el caso de Idris. Ella no se quejaba, pero el alma misma del miedo había hecho nido en su corazón. Su delgadez era extrema, lo mismo que su palidez. Las lágrimas, sin previo aviso, arrasaban sus ojos, y se le quebraba la voz. Trató de disimular el cambio que sabía que su hermano debía de observar en ella, pero su esfuerzo fue en vano. Al quedarse a solas con él, sin poder reprimir los sollozos dio rienda suelta a sus temores y a su pena. Con gran viveza, le describió la angustia incesante que con apetito atroz devoraba su alma; comparó la persistencia de aquella infatigable espera del mal con la del buitre que se alimentaba del corazón de Prometeo^[64]. Bajo la influencia de esta inquietud eterna y de las luchas interminables que libraba para combatirla y ocultarla, se sentía —dijo— como si todos los resortes y engranajes de su maquinaria animal funcionaran a doble velocidad y se consumieran más deprisa. El sueño no era sueño, pues sus pensamientos, refrenados durante la vigilia por los restos de su razón y por la visión de sus hijos, felices y saludables, se transformaban en pesadillas en las que todos sus terrores se materializaban y todos sus miedos alcanzaban su plenitud. Para aquel estado no

existía esperanza ni alivio posible, a menos que la tumba recibiera de prisa la presa que le estaba destinada y a ella se le permitiera morir; pues prefería morir a soportar mil muertes en vida con la pérdida de sus seres queridos. Como no quería preocuparme, a mí me ocultaba lo mejor que sabía el alcance de sus miserias, pero al encontrarse con su hermano tras tan prolongada ausencia no pudo reprimir la expresión de su dolor, y con toda la viveza de la imaginación, que en la tristeza siempre abunda, compartió las emociones de su alma con su amado y comprensivo hermano.

Su visita a Londres parecía agravar sus inquietudes, pues en la ciudad se mostraban en toda su dimensión los estragos ocasionados por la peste, y apenas conservaba el aspecto de lugar habitado. La hierba crecía libremente en las calles; las plazas eran campos de maleza, las casas aparecían cerradas y el silencio y la soledad se habían adueñado de las zonas más concurridas de la ciudad. Y sin embargo, en medio de tanta desolación, Adrian había mantenido el orden y las gentes seguían cumpliendo con las leyes y las costumbres, instituciones humanas que habían sobrevivido, como si fueran divinas, y aunque el decreto de la población se derogaba, la propiedad seguía siendo sagrada. Se trataba de una reflexión triste; y a pesar de la disminución del mal causado, dolía en el corazón como una burla cruel. Toda idea de recurrir al placer, a los teatros y las fiestas había pasado.

—El próximo verano —dijo Adrian cuando nos despedimos para regresar a Windsor— se decidirá el sino de la raza humana. No cejaré en mis empeños hasta entonces. Pero si la peste regresa, habrá de cesar toda lucha en su contra, y ya solo nos quedará ocuparnos en elegir sepulcro.

No he de olvidarme de un incidente que ocurrió durante aquella estancia en Londres. Las visitas de Merrival a Windsor, antes frecuentes, habían terminado abruptamente. En aquella época, en que la vida y la muerte se hallaban separadas por una línea más delgada que un cabello, temía que nuestro amigo hubiera sido víctima de aquel mal todopoderoso. Por eso, imaginando lo peor, me acerqué a su domicilio para ver si podía ser de alguna ayuda a los miembros de su familia que pudieran haber sobrevivido. Hallé la casa desierta y constaté que había sido una de las asignadas por el gobierno a alojar a los invasores extranjeros llegados a Londres. Vi que sus instrumentos astronómicos eran usados de modos raros, que sus globos terráqueos estaban destrozados y que sus papeles, llenos de abstrusos cálculos, se esparcían rotos por todas partes. Los vecinos apenas supieron decirme nada, hasta que di con una pobre mujer que ejercía de enfermera en aquellos tiempos difíciles. Ella me contó que toda la familia había muerto, excepto el propio Merrival, que había enloquecido. Eso fue lo que me dijo la mujer, aunque, al insistirle yo, me dio a entender que su locura no era más que el delirio causado por el exceso de dolor. El anciano que, ya con un pie en la tumba, prolongaba sus expectativas mediante millones de años calculados; aquel visionario que no había percibido los indicios de la hambruna en las formas escuálidas de su esposa e hijos, ni la peste en las visiones

y los sonidos horribles que aparecían a su alrededor; aquel astrónomo, aparentemente muerto para la tierra, vivo solo en el movimiento de las esferas, amaba a su familia con un afecto invisible pero intenso. A través de un hábito largamente cultivado, se habían convertido en parte de sí mismo. Su falta de conocimientos mundanos, su ausencia de malicia, su inocencia infantil, le hacían del todo dependiente de ellos. Pero él no percibió el peligro hasta que uno de ellos murió. La peste fue llevándoselos a todos, uno a uno. Y su esposa, su ayudante, su sostén, más necesaria para él que sus propios brazos, que su propio cuerpo, y a la que apenas habían enseñado a ocuparse de sí misma, la compañera amable que siempre lo apaciguaba con su voz dulce, también cerró los ojos, arrastrada por la muerte. El anciano sintió que el sistema de la naturaleza universal, que llevaba tanto tiempo estudiando y adorando, desaparecía bajo sus pies, y él permaneció de pie entre los difuntos, y alzó la voz y maldijo. No es de extrañar que la enfermera interpretara como gesto de locura las imprecaciones de aquel viejo golpeado por el pesar.

Había empezado mi búsqueda a última hora de ese día, un día de noviembre, que no tardó en traer un atardecer de llovizna y viento melancólico. Me volvía para marcharme cuando apareció Merrival, o la sombra de lo que había sido. Menguado y demente, pasó junto a mi lado y fue a sentarse en la escalinata que daba acceso a su casa. La brisa agitaba los mechones grises que poblaban sus sienes, la lluvia le empapaba la cabeza descubierta, pero él seguía ahí, ocultando la cara en manos arrugadas. Le rocé el hombro para llamar su atención, pero él no se movió.

—Merrival —le dije—, hace tiempo que no le vemos. Debe regresar a Windsor conmigo. *Lady Idris* desea verle, supongo que no rechazará su invitación. Venga conmigo a casa.

El astrónomo me respondió con voz hueca.

—¿Por qué engañar a un viejo indefenso? ¿Por qué hablar hipócritamente a alguien que está medio loco? Windsor no es mi casa. Yo ya he encontrado mi verdadero hogar, el hogar que el Creador me tiene preparado.

Su tono de amargo cinismo me venció.

—No trate de hacerme hablar —añadió—. Mis palabras le asustarían. En un universo de cobardes me atrevo a pensar, entre las tumbas del camposanto, entre las víctimas de su tiranía despiadada me atrevo a reprocharle algo al Mal Supremo. ¿Cómo puede castigarme? Que muestre su brazo desnudo y me transfigure con su rayo, ese es también uno de sus atributos...

El anciano se echó a reír y se puso en pie. Lo seguí hasta un camposanto cercano, donde se echó sobre el suelo mojado.

—Aquí están —exclamó—, hermosas criaturas, criaturas que respiraban, que hablaban, que amaban. Ella, que día y noche adoraba a su amor de juventud, gastado por los años; ellos, carne de mi carne, mis hijos... aquí están. Llámelos, grite sus nombres en la noche. No le responderán. —Se aferraba a los pequeños montículos que indicaban el lugar de las tumbas—. Yo solo pregunto una cosa. No temo el

infierno, pues ya lo tengo aquí. No deseo el cielo. Lo que quiero es morir y que me entierren junto a ellos. Solo quiero, cuando haya muerto, sentir que mi carne se pudre y se mezcla con la suya. Prométame —y, tras alzarse trabajosamente, me agarró el brazo—, prométame que me enterrará con ellos.

—Se lo prometo, siempre que Dios me ayude a mí y a los míos —respondí—, a condición de que me acompañe a Windsor.

—¡A Windsor! —repitió él con voz aguda—. ¡Jamás! Nunca me alejaré de este lugar. Mis huesos, mi carne, yo mismo, estamos ya enterrados aquí, y lo que ve de mí es arcilla corruptible, como ellos. Aquí yaceré y aquí me quedaré hasta que la lluvia y el granizo, hasta que el relámpago y la tormenta, destruyéndome, unan mi sustancia a la de ellos, que se oculta abajo.

Concluiré el relato de esta tragedia en pocas palabras. Tuve que ausentarme de Londres y fue Adrian quien se ocupó de vigilarlo. Su tarea no se prolongó mucho más, pues la edad, el dolor y el tiempo inclemente se aliaron para acallar sus penas y llevar el reposo a su corazón, cuyos latidos eran su tortura. Murió abrazado al barro, que se amontonaba en su pecho cuando lo depositaron junto a los seres a los que lloró con tal desolación.

Regresé a Windsor cumpliendo los deseos de Idris, que parecía creer que sus hijos se hallaban más a salvo en aquel lugar. Además, habiendo asumido la custodia del distrito, no pensaba abandonarla mientras siguiera con vida uno solo de sus habitantes. Al hacerlo también cumplía con los planes de Adrian, que pretendía mantener agrupada a la población, pues estaba convencido de que solo mediante el ejercicio de las virtudes sociales podría mantenerse a salvo la humanidad superviviente.

Nos llenaba de melancolía regresar a aquel lugar tan querido, a los escenarios de un felicidad antes apenas valorados y que ahora presenciaban la extinción de nuestra especie, y sobre cuyo suelo fértil y adorado se grababan, indelebles, los pasos de la enfermedad. El aspecto del campo había cambiado de tal modo que parecía imposible acometer las tareas otoñales de arar y sembrar. Además la estación ya había concluido y había dado paso a un invierno que había llegado con inusitada severidad. Heladas y deshielos, seguidos de inundaciones, volvían impracticable el terreno. Intensas nevadas daban un aire ártico al paisaje. Los tejados de las casas se combaban con el peso del manto blanco. El sencillo chamizo y la gran mansión, ambos desiertos, permanecían incomunicados por igual, sus entradas llenas de nieve. El granizo rompía los cristales de las ventanas, y los vientos del noreste dificultaban en gran medida las actividades al aire libre. El estado alterado de la sociedad convertía esos accidentes naturales en causa de verdaderas desgracias. Se habían perdido tanto el privilegio del mando como las atenciones de la servidumbre. Ciertamente es que la merma de población hacía que las necesidades mínimas pudieran ser cubiertas, pero para garantizarlas se requería mucha mano de obra, y hundidos por la enfermedad y

temerosos del futuro, nos faltaba energía para adoptar ningún sistema con absoluta convicción.

Y hablo por mí mismo, a quien no fallaba la energía. La vida intensa que me aceleraba el pulso y animaba mi ser no me arrojaba a los laberintos de la vida activa, sino que exaltaba mi torpeza y otorgaba dimensiones gigantescas a objetos insignificantes. Podría haber llevado de igual modo una vida de campesino; mis ocupaciones menores crecían hasta convertirse en hitos importantes. Mis afectos eran pasiones impetuosas y fascinantes, y la naturaleza, con todos sus cambios, parecía investida de atributos divinos. El espíritu mismo de la mitología griega habitaba en mi corazón. Deificaba las tierras altas, los claros de los bosques, los arroyos.

Vi a Proteo llegando desde el mar
y al viejo Tritón soplando su floreada caracola^[65].

Resulta curioso que, mientras la tierra había seguido su monótono curso, yo habitara con asombro siempre renovado en sus leyes antiguas, y que ahora que, con giros excéntricos, se adentraba en un sendero no hollado, yo sintiera desvanecerse su espíritu. Luchaba contra la frialdad y el cansancio, pero estos, como una neblina, me asfixiaban. Tal vez, tras los esfuerzos y las extraordinarias emociones del verano, la calma del invierno y las tareas casi domésticas que traía consigo resultaran, por reacción natural, doblemente irritantes. Ya no existía la intensa pasión del año anterior, que aportaba vida e individualidad a todos los momentos; ya no existían las intensas punzadas de dolor causadas por las desgracias de la época. La absoluta inutilidad que había seguido a todos mis esfuerzos extraía de ellos la emoción habitual que los acompañaba, y la desesperación anulaba el bálsamo que antes me aportaba el elogio propio. Deseaba regresar a mis anteriores ocupaciones, pero ¿qué utilidad tenían? Leer era absurdo, escribir, un acto de vanidad. La tierra, antes un ancho circo para la exhibición de dignas obras, vasto teatro para la representación de magníficos dramas, era ahora un espacio vacío, un escenario desierto, pues ni para los actores ni para los espectadores había ya nada que decir o escuchar.

Nuestro pequeño pueblo de Windsor, en el que se habían congregado casi todos los supervivientes de los condados vecinos, presentaba un aspecto melancólico. Sus calles estaban cubiertas de nieve, los pocos viandantes se veían paralizados y ateridos por la inhóspita visita del invierno. Escapar de aquellos males era el fin de todos nuestros esfuerzos. Familias antes dedicadas a la consecución de elevadas metas, ricas, florecientes, jóvenes, menguando en número y con el corazón lleno de temores, se acurrucaban junto a un fuego, egoístas y vencidos por el sufrimiento. Sin la ayuda de criados, debían acometer ellos las tareas domésticas. Así, manos desacostumbradas a tales menesteres debían amasar el pan o, en ausencia de harina, tanto el señor como el cortesano perfumado debían hacer las veces de carniceros. Ahora los pobres y los ricos eran iguales o, mejor dicho, aquellos eran superiores,

pues se entregaban a esas tareas con energía y experiencia. Por el contrario, la ignorancia, la ineptitud y los hábitos de reposo hacían que esas mismas tareas fatigaran a los acostumbrados al lujo, humillaran a los orgullosos y resultaran desagradables a aquellos cuyas mentes, adiestradas en la mejora intelectual, consideraban su privilegio verse exentos de velar por sus necesidades animales.

Pero en todo cambio la bondad y el afecto hallan campo abonado para el esfuerzo y el ejemplo. En algunos, dichos cambios producían una devoción y una capacidad de sacrificio que resultaban a la vez nobles y heroicas, algo hermoso de contemplar para los amantes de la raza humana. Como también hermoso era ver, como en épocas antiguas, las maneras patriarcales con que parientes y amigos de toda condición cumplían con sus deberes. Los jóvenes, aristócratas de la tierra, se dedicaban a labores domésticas con envidiable buen ánimo, para ayudar a sus madres y hermanas. Bajaban hasta el río a romper el hielo y sacar agua; se unían en expediciones destinadas a obtener alimentos o, hacha en mano, abatían árboles para convertirlos en leña. Las mujeres los recibían, a su regreso, con una bienvenida simple y afectuosa hasta hacía poco reservada a las habitantes de las granjas más humildes: el hogar limpio, el fuego encendido, la cena preparada con manos amorosas, la gratitud por las provisiones que garantizaban el alimento del día siguiente... Goces raros para los ingleses de alcurnia, que si embargo se habían convertido en sus únicos lujos, unos lujos que mucho les costaban, y que por ello valoraban más.

Nadie encarnaba mejor que nuestra Clara aquella dócil sumisión a las circunstancias, aquella noble humildad, aquel don imaginativo que le permitía colorear aquellas tareas con tintes románticos. Ella era testigo de mi apatía y de las angustias de Idris. Su ocupación constante era aliviarnos a nosotros del trabajo y verter consuelo e incluso elegancia en nuestro alterado modo de vida. Nosotros aún contábamos con algunos criados que la epidemia había ignorado y que se sentían muy unidos a nuestra familia. Pero Clara se sentía celosa de sus servicios y se empeñaba en ser la única doncella de Idris, la única encargada de atender a sus primos. Nada le proporcionaba más placer que ocuparse de nosotros, y se anticipaba a nuestros deseos sincera, diligente y sin fatigarse...

Abra aparecía antes de que dijéramos su nombre
y aunque otro dijéramos, venía Abra^[66].

Mi tarea consistía en visitar a diario a las diversas familias reunidas en nuestra localidad, y cuando el tiempo lo permitía, me gustaba alargar mis paseos a caballo y, a solas, reflexionaba sobre todos los cambios que nos había deparado el destino, tratando de aprender las lecciones del pasado para aplicarlas al futuro. La impaciencia que, mientras me veía acompañado de otros, me causaban los males de mi especie, la suavizaba la soledad, cuando el sufrimiento individual se fundía con la calamidad general y, por extraño que parezca, su contemplación resultaba menos dolorosa. Así,

con frecuencia, abriéndome paso con dificultad por las estrechas calles cubiertas de nieve, cruzaba el puente y me acercaba a Eton. Los apasionados muchachos ya no formaban alegres corrillos junto al portal del colegio. Un silencio triste invadía las aulas y los patios, otrora concurridos. Seguía cabalgando hacia Salt Hill, rodeado de nieve por todas partes. ¿Eran aquellos los campos fértiles que tanto amaba? ¿Era aquella la sucesión de suaves colinas y llanuras cultivadas, antes cubiertas de maizales ondulantes, salpicadas de imponentes árboles, regadas por los meandros del Támesis? Un manto blanco lo cubría todo, y el recuerdo amargo me decía que los corazones de sus habitantes se mantenían tan fríos como la tierra vestida de invierno. Me encontraba con manadas de caballos, rebaños de vacas y ovejas que vagaban a su antojo, acurrucándose aquí contra una bala de heno para guarecerse del frío y para alimentarse, metiéndose allí en alguna casa abandonada.

En una ocasión, en un día de helada, llevado por mis incesantes y lúgubres pensamientos, me acerqué hasta uno de mis lugares favoritos, un bosquecillo cercano a Salt Hill. Allí, a un lado, un arroyo cantarín salta sobre unas piedras y unos pocos olmos y hayas conceden al lugar, tal vez sin merecerlo, el nombre de bosque. El escenario tenía para mí encantos únicos. Había sido un paisaje predilecto para Adrian. Se trataba de un rincón aislado, y me había contado que muchas veces, durante su infancia, había pasado allí sus horas más felices. Tras escapar del control riguroso de su madre, se sentaba en los toscos peldaños que conducían al arroyo, ahora leyendo algún libro favorito, ahora reflexionando y sumiéndose en especulaciones impropias de su tierna edad sobre la madeja aún no deshilada de la ética o la metafísica. Un presentimiento melancólico me aseguraba que no regresaría más a ese lugar, de modo que traté de fijar en mi mente cada árbol, cada recodo del riachuelo, cada irregularidad del suelo, para recordarlo mejor cuando me hallara ausente. Un petirrojo descendió al arroyo helado desde las ramas escarchadas de un árbol. Su respiración trabajosa y sus ojos entornados me decían que agonizaba. En el cielo apareció un halcón y el temor se apoderó de la pequeña criatura que, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, se echó hacia atrás y extendió las patas, impotente, tratando de defenderse de su poderoso enemigo. Entonces yo intervine, lo sostuve en mis manos y me lo acerqué al pecho. Lo alimenté con unas migas de galleta, hasta que poco a poco fue reviviendo y sentí que su corazón tembloroso, tibio, latía contra mi cuerpo. No sé por qué relato este suceso insignificante, pero la escena sigue presente en mi memoria: los campos cubiertos de nieve vistos través de los troncos plateados de las hayas; el arroyo, en los días felices reguero de aguas vivas y chispeantes, ahora asfixiado por el hielo; los árboles desnudos, cubiertos de escarcha; los perfiles de las hojas del verano, recortados en el suelo duro por la mano helada del invierno; el cielo gris, el temible frío, el silencio absoluto... Mientras, cerca de mi pecho, mi enfermo con plumas entraba en calor y, sintiéndose a salvo, cantaba su alegría con trinos ligeros. Los recuerdos dolorosos se apoderaban de mí y llevaban mi mente a un estado de gran turbación. Fría y fúnebre como los campos nevados era la

tierra toda, y sumida en la desgracia la vida de sus habitantes. ¿Por qué iba a resistirme yo a la catarata de destrucción que nos arrastraba? ¿Por qué controlar mis nervios y renovar mis fatigados esfuerzos? ¿Por qué? No, que mi firme valentía y mis esfuerzos alegres protejan a la amada que escogí en la primavera de mi vida; que a pesar de que mi corazón se llene de dolor, a pesar de que mis esperanzas de futuro se hayan helado, mientras tu adorada cabeza, amor mío, repose en paz sobre mi pecho, y mientras de él extraigas atenciones, consuelo y esperanzas, mis luchas no cesarán y no me consideraré del todo derrotado.

En una hermosa mañana de febrero en que el sol había recobrado parte de su amable poder, salí con mi familia a pasear por el bosque. Era uno de esos días invernales que demuestran la capacidad de la naturaleza para derramar su belleza sobre la desnudez. Los árboles, despojados de hojas, alzaban sus ramas fibrosas contra el cielo azul. Con sus sinuosos e intrincados trazos se asemejaban a delicadas algas. Los ciervos hozaban la nieve en busca de hierbas escondidas. El sol reverberaba en ella con gran intensidad, y la falta de follaje hacía que los troncos de los árboles destacaran más y aparecieran como el laberinto de columnas de algún vasto templo. Resultaba imposible no obtener placer ante la visión de aquellas cosas. Nuestros hijos, libres de las ataduras del invierno, caminaban delante de nosotros persiguiendo algún ciervo o tratando de sacar a los faisanes y las perdices de sus escondrijos. Idris se apoyaba en mi brazo. Su tristeza cedía ante las sensaciones placenteras que experimentaba. Nos encontramos con otras familias en el Gran Paseo, familias que, como la nuestra, disfrutaban del regreso de la estación amable. Yo me sentía despertar por momentos y me sacudía la apatía de los meses pasados. La tierra presentaba un nuevo aspecto y mi visión del futuro se aclaró de pronto.

—¡He descubierto el secreto! —exclamé.

—¿Qué secreto?

En respuesta a esa pregunta, describí nuestra tenebrosa vida invernal, nuestras tristes cuitas, nuestras labores domésticas.

—Este lugar septentrional no es propicio para nuestra menguada raza. Cuando los hombres eran pocos, no era aquí donde luchaban con los poderosos agentes de la naturaleza ni donde se les permitió poblar la tierra con sus descendientes. Debemos ir en busca de un paraíso natural, de algún jardín del Edén en la tierra donde nuestra necesidades básicas estén garantizadas y el disfrute de un clima delicioso nos compense por los placeres sociales que hemos perdido. Si sobrevivimos a este verano, no pasaré el próximo invierno en Inglaterra. Y vosotros tampoco.

Había hablado sin pensar mucho en lo que decía, y apenas concluí me asaltaron las dudas. ¿Sobreviviría alguno de nosotros al verano siguiente? Constaté que el semblante de Idris se ensombrecía y volví a sentir que viajábamos encadenados al carro del destino y que no ejercíamos el menor control sobre sus caballos. Ya no podíamos decir «haremos esto, no haremos esto otro». Un poder superior al humano había surgido para destruir nuestros planes o para culminar la obra que nosotros

evitábamos. Planificar nada para el invierno próximo era una locura. Aquella había sido nuestra última estación fría. El verano inminente era el horizonte más lejano que alcanzaba nuestra vista. Y cuando llegáramos allí, en lugar de seguir avanzando por el largo camino, se abriría un abismo por el que sin quererlo nos precipitaríamos. Nos veríamos despojados de la última bendición de la humanidad. No podíamos mantener la menor esperanza. ¿Puede el loco, mientras agita las cadenas que lo oprimen, seguir esperando? ¿Puede el infeliz que se dirige al patíbulo, cuando apoya la cabeza en la piedra y distingue la sombra doble que forman él mismo y el verdugo que levanta con sus manos el hacha, seguir esperando? ¿Puede el náufrago, que exhausto de tanto nadar oye tras de él, muy cerca, el chapoteo de un tiburón que surca las aguas del Atlántico, persiguiéndolo, seguir esperando? Pues su misma esperanza era la nuestra.

El viejo mito nos cuenta que ese espíritu gentil abandonó la caja de Pandora, por lo demás rebosante de males. Pero estos eran invisibles e insignificantes, mientras que todo el mundo admiraba el encanto contagioso de la joven Esperanza. Los corazones de todos los hombres se convirtieron en su morada y fue coronada reina de nuestras vidas, entonces y para siempre. Fue deificada y venerada, declarada incorruptible y eterna. Pero como todos los demás dones que el Creador derramó sobre los hombres, la Esperanza es mortal. Su vida ha llegado a su hora final. Nosotros hemos cuidado de ella, hemos velado por su frágil existencia. Y ahora ha pasado sin transición de la juventud a la decrepitud, de la salud a la enfermedad incurable. Y aunque nos agotamos luchando por su restablecimiento, muere. La noticia alcanza todas las naciones: «¡Ha muerto la Esperanza!». Solo somos plañideras en su cortejo fúnebre. ¿Qué esencia inmortal o creación perecedera se negará a unirse a la triste procesión que acompaña hasta el sepulcro a la consoladora de la humanidad, ya difunta?

¿Acaso no oculta el sol su luz? Y el día,
como fina exhalación, se desvanece;
ambos rodean sus haces con nubes
que plañideras son, también,
en estas exequias^[67].

VOLUMEN Tercero

Capítulo I

¿NO oís el fragor de la tempestad que se avecina? ¿No veis abrirse las nubes y descargar la destrucción pavorosa y fatal sobre la tierra desolada? ¿No asistís a la caída del rayo ni os ensordece el grito del cielo que sigue a su descenso? ¿No sentís la tierra temblar y abrirse con agónicos rugidos, mientras el aire, preñado de alaridos y lamentos, anuncia los últimos días del hombre?

¡No! Ninguna de esas cosas acompañó nuestra caída. El aire balsámico de la primavera, llegado desde la morada de la Naturaleza, sede de la ambrosía, se posaba sobre la hermosa tierra, que despertaba como la madre joven a punto de mostrar orgullosa su bella camada a un padre largo tiempo ausente. Las flores asomaban a los árboles y tapizaban la tierra; de las ramas oscuras rebosantes de savia brotaban las hojas, y el multicolor follaje de la primavera, combándose y cantando al paso de la brisa, se regocijaba en la tibieza amable del despejado empíreo. Los arroyos corrían susurrantes, el mar estaba en calma y los acantilados que se alzaban frente a él se reflejaban en sus aguas plácidas. Los pájaros renacían en los bosques y de la tierra oscura nacía abundante alimento para hombres y bestias. ¿Dónde se hallaban el dolor y el mal? No en el aire sereno ni en el mar ondulante. No en los bosques ni en los fértiles campos, ni entre las aves que inundaban las florestas con sus cantos, ni entre los animales que, rodeados de abundancia, dormitaban al sol. Nuestro enemigo, como la Calamidad^[68] de Homero, hollaba nuestros corazones y ni un solo sonido nacía de sus pasos,

y he aquí que se esparcen innumerables males entre los hombres,
y llenan la tierra y cubren el mar; noche y día abruman las

enfermedades a los hombres, trayéndoles en silencio todos los dolores porque el sabio Zeus les ha negado la voz^[69].

En otro tiempo el hombre fue el favorito del Creador, como cantó el salmista real: «Lo has hecho poco menor que los ángeles y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies^[70]». En otro tiempo fue así. ¿Ahora es el hombre el señor de la creación? Miradlo. ¡Ja! ¡Yo en su lugar veo a la peste! Ella ha adoptado su forma, se ha encarnado en él, se ha fundido con su ser y ciega sus ojos, que se alzan hacia el cielo. Tiéndete, ¡oh, hombre!, en la tierra cuajada de flores. Renuncia a reclamar tu herencia, pues todo lo que poseerás de ella será la diminuta celda que los muertos precisan.

La peste es la compañera de la primavera, del sol y la abundancia. Nosotros ya no luchamos contra ella. Hemos olvidado qué hacíamos cuando ella no existía. Hemos olvidado los viejos navíos que surcaban las olas gigantescas de los océanos, entre el Índico y el Polo, en busca de superfluos artículos de lujo. Los hombres se embarcaban en peligrosas travesías para apropiarse de los espléndidos caprichos de la tierra, de piedras preciosas y de oro. El esfuerzo humano se malgastaba, la vida humana no valía nada. Y ahora la vida es lo único que codiciamos: que este autómatas de carne, con sus miembros y articulaciones en buen estado, pueda ejecutar sus funciones, que la morada de su alma sea capaz de contener a su habitante. Nuestras mentes, que antes viajaban lejos a través de incontables esferas y combinaciones infinitas, se recluían ahora tras los muros de la carne y aspiraban solo a conservar su bienestar. Sin duda era bastante lo que nos habíamos degradado.

Al principio la mayor incidencia de la enfermedad en primavera supuso un mayor esfuerzo para aquellos de nosotros que, todavía vivos, dedicábamos nuestro tiempo y pensamientos a nuestro prójimo. Nos entregábamos a la tarea: en medio de la desesperación, llevábamos a cabo las tareas de la esperanza. Salíamos decididos a contender con nuestro enemigo. Ayudábamos a los enfermos, y consolábamos a los dolientes. Volviéndonos de los muchos muertos a los pocos supervivientes, con una fuerza del deseo que se asemejaba mucho al poder, les conminábamos: ¡vivid! Mas la epidemia se enseñoreaba de todo y, burlona, se reía de nosotros.

¿Alguna vez han observado mis lectores las ruinas de un hormiguero inmediatamente después de su destrucción? En un primer momento este parece desierto de sus anteriores habitantes. Al poco se ve una hormiga avanzando penosamente por el montículo arrasado. Luego salen de dos en dos, de tres en tres, y corren de aquí para allá en busca de sus compañeras perdidas. Lo mismo éramos nosotros sobre la tierra, vagando aturcidos ante los efectos de la peste. Nuestras moradas vacías seguían en pie, pero sus habitantes se congregaban en la penumbra de las tumbas.

A medida que iban perdiendo efecto las reglas del orden y la presión de las leyes, hubo quienes empezaron a transgredir los usos acostumbrados de la sociedad, al

principio con tiento y vacilación. Había muchos palacios desiertos y los pobres osaron al fin, sin que nadie les reprendiera por ello, internarse en aquellos aposentos espléndidos, cuyos muebles y ornamentos eran un mundo desconocido para ellos. Se constató que, aunque el freno a toda circulación de propiedades decretado al principio había llevado a la pobreza repentina a quienes antes se apoyaban en la escasez artificial de la sociedad, cuando desaparecieron los límites de la propiedad privada, los productos del trabajo humano existentes en el momento excedían en mucho lo que aquella menguada generación era capaz de consumir. Para algunos de entre los pobres aquello fue objeto de gran regocijo. Ahora sí éramos todos iguales. Magníficas residencias, alfombras lujosas, lechos de plumas se hallaban disponibles para todos. Carruajes y caballos, jardines, pinturas, estatuas, bibliotecas principescas, de todo había en abundancia para todos, e incluso sobraba. Y no había nada que impidiera a nadie tomar posesión de su parte. Sí, ahora éramos todos iguales. Pero muy cerca de nosotros nos aguardaba algo que nos igualaría aún más, un estado en que la belleza, la fuerza y la sabiduría resultarían tan vanas como las riquezas y la alcurnia. La tumba abría sus fauces bajo nuestros pies y aquella idea nos impedía a todos disfrutar de la abundancia que, de aquel modo tan horrible, se presentaba ante nosotros.

Y sin embargo el rubor no abandonaba la tez de mis pequeños. Clara crecía en años y en estatura sin sucumbir a la enfermedad. No teníamos razones para considerar Windsor como un lugar especialmente saludable, pues muchas otras familias habían expirado bajo ese mismo techo. Vivíamos sin tomar especiales precauciones, pero al parecer nos hallábamos a salvo. Si Idris perdía peso y estaba pálida era por la angustia que le provocaban los cambios, una angustia que yo no lograba aliviar. De sus labios no salía una queja, pero dormía mal y nunca tenía apetito. Una fiebre lenta se alimentaba de sus venas, su color era fantasmal y a menudo lloraba a escondidas. Los lúgubres pronósticos, la preocupación y un temor agónico devoraban su principio vital. Yo no dejaba de percibir ese cambio. Pensaba con frecuencia que habría sido mejor permitirle hacer lo que le placiera, pues de ese modo se habría entregado al cuidado de los demás, lo que tal vez le hubiera servido como distracción. Pero ya era demasiado tarde. Además, con la práctica extinción de la raza humana todos nuestros esfuerzos se acercaban a su fin, y ella se sentía demasiado débil. La consunción, si así puede llamarse, o mejor dicho el exceso de vida en su interior que, como en el caso de Adrian, devoraba su combustible vital en las primeras horas de la mañana, privaba a sus miembros de fuerza. De noche, cuando creía que se ausentaba de mi lado sin que yo lo notara, vagaba por toda la casa o se plantaba junto a los lechos de sus hijos. Y de día caía en un sopor alterado, en el que sus murmullos y sobresaltos revelaban que se veía asaltada por sueños incómodos. A medida que se confirmaba aquel infeliz estado, y a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, este se hacía más evidente y yo luchaba en vano por infundir en ella algo de valor y de esperanza. No me sorprendía la vehemencia de su preocupación: su alma misma era ternura; esperaba no sobrevivirme si se convertía en presa de la vasta

calamidad, y aquella idea, a veces, le proporcionaba algún alivio. Durante muchos años habíamos transitado por la senda de la vida cogidos de la mano, y unidos de ese modo nos adentraríamos en las tinieblas de la muerte. Pero era un consuelo para ella saber que sus hijos, sus encantadores, juguetones y alegres hijos —seres nacidos de sus entrañas, porciones de su ser, depositarios de nuestro amor—, incluso si nosotros moríamos, seguirían participando en la carrera acostumbrada del hombre. Mas no sería así. Jóvenes y esplendorosos como eran, morirían, y se verían apartados para siempre de las esperanzas de la madurez, del orgulloso nombre de la hombría alcanzada. A menudo, con afecto maternal ella se había dedicado a imaginar los méritos y talentos que poseerían en todas las etapas de su vida. ¡Ay de esos últimos días! El mundo había envejecido y todos sus habitantes participaban de su decrepitud. ¿Para qué hablar de infancia, edad adulta o vejez? Todos compartíamos por igual los últimos estertores de una naturaleza ajada por el tiempo. Llegados al mismo estadio de la edad del mundo, no existían diferencias entre nosotros. Los nombres para designar a padres y a hijos habían perdido su significado; los muchachos y las doncellas se hallaban al mismo nivel que los hombres. Todo esto era cierto, pero no por ello resultaba menos doloroso llegar a casa con la advertencia.

¿Adónde podíamos volvernos para no encontrar una desolación preñada con la siniestra lección del ejemplo? Los campos habían dejado de cultivarse, las malas hierbas y las flores más raras surgían en ellos. Y allí donde los escasos trigales mostraban las esperanzas vivas del granjero, la labor había quedado a medio terminar, pues el labrador había muerto junto a su arado. Los caballos habían abandonado sus cercados y los vendedores de semillas no se acercaban a los muertos. El ganado, desatendido, vagaba por los campos y los caminos. Los mansos habitantes de los corrales, desprovistos de su ración diaria, se habían asilvestrado; los corderos jóvenes descansaban sobre arriates de flores y las vacas se recogían en los salones del placer. Enfermas y escasas, las gentes del campo ya no acudían a sembrar ni a cosechar y paseaban por los prados o se tendían bajo los setos cuando el cielo inclemente no los llevaba a refugiarse bajo techo. Muchos de los supervivientes se aislaban en sus casas. Algunos habían hecho tal acopio de provisiones que no necesitaban abandonarlas para nada. Otros abandonaban a esposa e hijos con la esperanza de que la soledad absoluta les garantizara la salud. Aquel había sido el plan de Ryland, a quien hallaron muerto y medio devorado por los insectos en una casa que distaba muchas millas de cualquier otra, con montañas de alimentos almacenados inútilmente. Otros realizaban largos viajes para reunirse con sus seres queridos, y a su llegada los encontraban sin vida.

La población de Londres no superaba el millar de personas, cifra que no dejaba de disminuir. En su mayor parte campesinos que habían acudido a la ciudad con el único objeto de cambiar de aires. Los londinenses, por su parte, se habían instalado en el campo. El este de la ciudad, por lo general bullicioso, se hallaba sumido en el silencio, excepto en aquellos lugares en los que, en parte por avaricia, en parte por

curiosidad, los almacenes habían sido más registrados que saqueados. En el suelo, sin abrir, seguían las cajas llenas de productos llegados de la India, mantones caros, joyas y especias. En algunos lugares el propietario había mantenido la vigilancia de sus mercancías hasta el final, y había muerto ante las rejas cerradas de su establecimiento. En las iglesias, los inmensos portones sin cerrar chirriaban y había algunas personas muertas en el suelo. Una pobre desgraciada, víctima indefensa de la brutalidad más vulgar, había entrado en el baño de una dama de alcurnia y, tras acicalarse con los afeites del esplendor, había muerto frente al espejo donde, solo para ella, se reflejaba su nuevo aspecto. Algunas mujeres, tan ricas que apenas habían pisado el suelo en toda su vida, habían huido despavoridas de sus casas y, tras perderse en las calles solitarias de la metrópoli, habían perecido en el umbral de la pobreza. Los corazones se encogían ante la variada visión de la miseria, y cuando me hallaba frente a alguna víctima de aquellos cambios crueles sentía un dolor en el alma, pues no podía evitar pensar qué podía sucederles a mi amada Idris y a los niños. Si llegaban a sobrevivirnos a Adrian y a mí, ¿quedarían sin protección en este mundo? Hasta entonces solo la mente había sufrido, pero ¿podía posponer yo perpetuamente el momento en que el cuerpo delicado y los nervios enfermos de la niña de mi prosperidad, la proveedora de mi rango y riqueza, mi compañera, se vieran atacados por el hambre, la adversidad y la epidemia? Mejor que muriera ya, mejor clavar un puñal en su pecho antes de que la temible adversidad se acercara a ella, y después clavármelo yo mismo. ¡Pero no! En tiempos de desgracias debemos luchar contra nuestros destinos y esforzarnos por que estos no nos venzan. No me rendiría, y hasta mi último aliento defendería a mis seres queridos contra la pena y el dolor. Y si finalmente era derrotado, mi derrota sería honrosa. De pie en la trinchera, resistiendo al enemigo, al enemigo invisible, impalpable, que tanto tiempo llevaba asediándonos y que todavía no había abierto ninguna brecha entre nosotros. Mi misión consistiría en que siguiera sin lograr, a pesar de cavar en secreto, surgir en las puertas mismas del templo del amor, en cuyo altar yo, día tras días, rendía sacrificio.

El apetito de la muerte crecía, pues su alimento menguaba. ¿O tal vez fuera que antes, por ser más los que sobrevivían, no se prestaba tanta atención al número de muertos? Ahora cada vida era una piedra preciosa, cada aliento humano encerraba mucho más valor que la más hermosa de las joyas talladas, y la disminución de almas que se producía día a día, hora a hora, sumía los corazones en la más profunda tristeza. Ese verano fue testigo de la extinción de nuestras esperanzas, el buque de la sociedad naufragó, y la destartalada balsa encargada de llevar a los pocos supervivientes por el mar de la desgracia se desarmaba y recibía los embates de las tempestades. Los hombres vivían de dos en dos, de tres en tres; me refiero a individuos que dormían, despertaban y satisfacían sus necesidades animales. Porque el hombre, en sí mismo débil, pero más poderoso que el viento o el océano cuando se congregaba en grandes números, el que aplacaba los elementos, el señor de la naturaleza creada, el igual de los semidioses, ese hombre ya no existía.

¡Adiós a la escena patriótica, al amor a la libertad y al terreno bien ganado de la aspiración virtuosa! ¡Adiós al senado concurrido donde resonaban los consejos de los sabios, cuyas leyes resultaban más penetrantes que el filo de las espadas templadas en Damasco! ¡Adiós a la pompa real y a los desfiles militares; las coronas yacen en el polvo y quienes las lucían descansan en sus sepulcros! ¡Adiós al afán de mando y a la esperanza de victoria; a las altas ambiciones, a la sed de elogios, al deseo de contar con el sufragio de los compañeros! ¡Ya no existen las naciones! No hay senado que se reúna en consejo por los muertos. No hay vástago de alguna dinastía otrora venerada que se esfuerce por gobernar a los habitantes de un osario. La mano del general está fría, y para el soldado cavan a toda prisa una tumba en su campo natal y lo entierran sin honores, aunque ha muerto joven. El mercado permanece vacío, el candidato al favor popular no halla a nadie a quien representar. ¡Adiós a las cámaras de un Estado exangüe! ¡Adiós a los sueños de medianoche, a la representación pictórica de la belleza, a los vestidos costosos y a las celebraciones de cumpleaños, a los títulos y a las diademas doradas! ¡Adiós!

Adiós a los gigantescos poderes del hombre, al conocimiento, capaz de conducir la pesada barca por las aguas bravas de un vastísimo océano, a la ciencia que eleva el sedoso globo por un aire sin senderos, al poder capaz de frenar las poderosas aguas y de poner en movimiento ruedas, vigas y grandes engranajes capaces de partir bloques de granito o mármol y de aplanar montañas.

Adiós a las artes: a la elocuencia, que es a la mente humana lo que los vientos son al mar, que agitan y luego aplacan. Adiós a la poesía y a la alta filosofía, porque la imaginación del hombre es fría, y su mente curiosa ya no logra explayarse en las maravillas de la vida, pues «en la tumba, adonde vas, no existe obra, mecanismo, conocimiento ni sabiduría^[71]». Adiós a los hermosos edificios, que en sus perfectas proporciones trascendían las formas rudas de la naturaleza, el intrincado gótico y el macizo pilar sarraceno, el arco espléndido y la gloriosa bóveda, la columna esbelta con su capitel dórico, jónico o corintio, el peristilo y el bello arquitrabe, cuya armonía de formas resulta tan agradable al ojo como la melodía al oído. Adiós a la escultura, donde el mármol puro se burla de la carne humana, y en la expresión plástica de las excelencias reunidas de la forma humana brillan los dioses. Adiós a la pintura, al sentimiento elevado y al conocimiento profundo de la mente del artista trasladados al lienzo, a las escenas paradisíacas en las que los árboles nunca pierden las hojas y el aire balsámico mantiene eternamente su brillo dorado; a las formas detenidas de las tempestades, al rugido terrorífico de la naturaleza universal encerrada entre los ángulos de un marco. ¡Adiós! Adiós a la música y al sonido de las canciones, al maridaje de los instrumentos que, en concordia de suavidad y dureza, crea una armonía dulce y da alas al público arrobado, que cree subir al cielo y conocer los placeres ocultos de la vida eterna. Adiós a los viejos escenarios, pues una tragedia verdadera se representa en el mundo y la pena fingida inspira vergüenza. Adiós a la alta comedia y a las groserías del bufón. ¡Adiós! El hombre ya no volverá a reír.

¡Ay! Enumerar los adornos de la humanidad que hemos perdido demuestra lo supremo y lo grande que el hombre llegó a ser. Y todo ha terminado. Ahora de él no queda ya sino su ser solitario. Como nuestros primeros padres expulsados del Paraíso, vuelve la vista atrás para ver lo que abandona. Los altos muros del sepulcro y la centelleante espada de la peste se levantan entre él y lo que ha perdido. Y como nuestros primeros padres, toda la tierra se extiende ante él, un vasto desierto. Sin apoyos, débil, que vague por los campos, donde el trigo no segado se alza en yerma abundancia, por entre los arbustos plantados por sus padres, por ciudades construidas para su uso. Ya no hay posteridad. La fama, la ambición, el amor, son palabras vacías de significado. Lo mismo que el ganado que padece en las praderas, así tú, ser abandonado, tiéndete al atardecer, ignorante del pasado, despreocupado ante el futuro, pues solo en ese acogedor desconocimiento podrás hallar algo de alivio.

La dicha pinta con sus colores todos los actos y las ideas. Los felices no sienten la pobreza, pues la alegría es como una túnica dorada, y los reviste de piedras preciosas de incalculable valor. La diversión es ingrediente de sus alimentos y lleva a la embriaguez con sus bebidas. El gozo llena de rosas los camastros más duros y hace livianos los trabajos.

La pena, en cambio, duplica la carga de las espaldas encorvadas, hunde espigas en los cojines más duros, sumerge hiel en el agua, añade sal al pan amargo viste a los hombres con harapos y arroja cenizas calientes sobre sus cabezas desnudas. En nuestra situación desesperada, cualquier inconveniente menor nos abordaba con fuerza redoblada. Habíamos reforzado nuestros cuerpos para resistir el peso titánico puesto sobre nosotros, pero nos hundíamos si nos arrojaban una pluma ligera, y «la langosta era una carga^[72]». Muchos de los supervivientes habían sido criados en el lujo y ahora carecían de criados, y sus poderes de mando se habían desvanecido como sombras ficticias. Los pobres sufrían aún más privaciones, y la idea de otro invierno como el anterior nos causaba pavor. ¿No bastaba con que tuviéramos que morir, había que añadir sufrimiento a nuestra muerte? ¿Debíamos preparar nuestro alimento fúnebre con esfuerzo, y con indigna monotonía arrojar combustible sobre nuestros hogares abandonados? ¿Debíamos, con manos serviles, fabricar los ornamentos que no tardarían en adornar nuestros sudarios?

¡No! Si hemos de morir, permítasenos entonces disfrutar al máximo de lo que quede de nuestras vidas. ¡Aléjate, preocupación sórdida! Los trabajos domésticos, dolores leves en sí mismos, aunque gigantescos para nuestras fuerzas vencidas, no formarán parte de nuestras efímeras existencias. En el principio de los tiempos, cuando, como ahora, los hombres vivían en familias, y no en tribus o naciones, habitaban en climas propicios, donde no era menester arar la tierra para que esta diera frutos, y el aire balsámico envolvía sus miembros reposados con un calor más placentero que el de los lechos de plumas. En el sur se encuentra la tierra natal de la raza humana, la tierra de los frutos, más generosa con el hombre que la más parca Ceres del norte; la tierra de árboles cuyas ramas son como tejados palaciegos, de

lechos de rosas y de la viña que la sed aplaca. Allí no hay que temer el frío ni el hambre.

¡Fijaos en Inglaterra! La hierba crece muy alta en los prados, pero húmeda y fría, no nos sirve de colchón. De maíz carecemos, y los escasos frutos que en ella crecen no nos bastan. Debemos buscar el fuego en las entrañas de la tierra, pues de otro modo la atmósfera severa nos llena de reuma y de dolor. El esfuerzo de centenares de miles podría hacer de este rincón del mundo un lugar adecuado para la vida de un solo hombre. ¡Así que rumbo al sur, rumbo al sol! Allí la naturaleza es amable, allí Júpiter ha vertido el contenido del cuerno de Amaltea y la tierra es un jardín.

Inglaterra, antes cuna de excelencia y escuela de los sabios, tus hijos han muerto, tu gloria se ha esfumado. Tú, Inglaterra, fuiste el triunfo del hombre. Escaso favor ha demostrado el Creador contigo, Isla del Norte. Lienzo rasgado por la naturaleza, pintado por el hombre con colores ajenos. Mas los tonos que te prestó se han deslucido, y ya no han de renovarse. De modo que debemos abandonarte, maravilla del mundo. Diremos adiós a tus nubes y a tu frío para siempre. Tus viriles corazones no laten. Tu historia de poder y libertad ya concluye. Desnuda de hombres, ¡oh, pequeña isla!, las olas del océano te azotarán y el cuervo batirá sus alas sobre ti. Tu suelo será morada de las malas hierbas y tu cielo palio de desnudez. Nunca fuiste célebre por las rosas de Persia, ni por las bananas de Oriente, ni por las abundantes especias de la India, ni por las plantaciones de azúcar de América, ni por tus viñedos, ni por tus dobles cosechas, ni por tus aires primaverales, ni por tu sol del solsticio. Lo fuiste por tus hijos, por su infatigable esfuerzo y sus nobles aspiraciones. Y ahora que ellos ya no existen, tú vas tras ellos, siguiendo el sendero hollado que conduce al olvido.

Adiós, Isla triste, tu gloria fatal
se cierra, concluye y se cancela en esta historia^[73].

Capítulo II

EN el otoño de ese año, 2096, el impulso migratorio se instaló entre los pocos supervivientes que, procedentes de varias partes de Inglaterra, se congregaron en Londres. Se trataba de un impulso que existía como un aliento, un deseo, una idea algo descabellada, hasta que Adrian, una vez tuvo conocimiento de ella, la revistió de ardor y al instante se empeñó en su ejecución. El temor a una muerte inmediata desapareció con los calores de septiembre. Otro invierno se extendía ante nosotros y podíamos escoger el mejor modo de pasarlo. Tal vez, filosóficamente, la emigración fuera el plan más racional, pues nos alejaría del escenario inmediato de nuestra desgracia y, trasladándonos a países agradables y pintorescos, aplacaría por un tiempo nuestra desesperación. Una vez planteada la idea, todos nos mostrábamos impacientes por llevarla a término.

Seguíamos en Windsor. Nuestras renovadas esperanzas aliviaban la angustia que se había apoderado de nosotros tras las recientes tragedias. La muerte de muchos de nuestros vecinos nos había disuadido definitivamente de la idea de que nuestro castillo se hallaba a salvo de la peste. Pero habíamos renovado por unos meses más nuestro contrato con la vida e incluso Idris erguía la cabeza, como un lirio tras una tormenta cuando un último rayo de sol roza su copa plateada. Y en aquellas circunstancias Adrian vino a vernos. Su aspecto exultante nos indicaba que planeaba algo. Al punto me llevó a un aparte y me expuso con rapidez su plan para abandonar el país.

¡Irse de Inglaterra para siempre! Alejarse de sus campos emponzoñados, de sus huertos, poner mar de por medio, alejarse como el marinero se aleja del islote adonde ha sido arrastrado tras el naufragio, cuando aparece el barco salvador. Ese era el plan.

Abandonar el país de nuestros padres, por sus tumbas sagrado. No lo sentíamos como uno de aquellos exilios de la antigüedad, cuando por placer o conveniencia un hombre olvidaba su suelo natal. Aunque miles de millas lo separaran de ella, Inglaterra seguía formando parte de él, lo mismo que él de ella. Se mantenía al corriente de lo que en ella sucedía y sabía que, si regresaba y volvía a ocupar su lugar en la sociedad, tendría la puerta abierta, y dependía de su voluntad el rodearse de nuevo, sin más dilación, de las relaciones y los hábitos de su infancia. Con nosotros, los supervivientes, no sucedía lo mismo. Nosotros no dejábamos a nadie atrás que nos representara, a nadie que repoblara la tierra baldía, y el nombre de Inglaterra moriría cuando la abandonáramos

en errante pos de una temerosa seguridad^[74].

¡Mas partamos! Inglaterra yace cubierta por su sudario, no nos encadenemos a un cadáver. Partamos, el mundo es ahora nuestra patria, y como residencia escogeremos su rincón más fértil. En sus desiertos salones, bajo este cielo invernal, ¿nos sentaremos con los ojos cerrados y las manos entrelazadas a esperar la muerte? Mejor

partir a su encuentro, con gallardía. O tal vez —si todo este planeta pendular, esta piedra preciosa en la diadema del cielo no ha sido infectado del todo por la peste—, tal vez, en algún lugar remoto, en una eterna primavera de árboles mecidos por la brisa y arroyos saltarines, hallemos Vida. El mundo es inmenso, e Inglaterra, aunque sus muchos campos y espaciosos bosques parezcan interminables, no es sino una pequeña porción de él. Tras un día de marcha ascendiendo altas montañas y a través de valles cubiertos de nieve, tal vez nos encontremos con gentes sanas, y tras poner a su cargo a nuestros seres queridos, podamos replantar el árbol de la humanidad, arrancado de raíz, y garantizar posteridad al relato de la raza anterior a la peste, de los héroes y los sabios del estado perdido de las cosas.

La esperanza nos guía y la tristeza nos apura, el corazón late con la fuerza de la expectativa, y este intenso deseo de cambio debe de ser un presagio de nuestro éxito. ¡Venid a despediros de los muertos! ¡Decid adiós a las tumbas de aquellos a quienes amasteis! ¡Adiós al gigantesco Londres, al manso Támesis, a los ríos y montañas de las bellas regiones, cuna de sabios y bondadosos, al bosque de Windsor y a su castillo antiguo! Ya no son sino temas para relatos, y nosotros debemos trasladarnos a otro lugar.

Aquellos eran los argumentos de Adrian, pronunciados con gran entusiasmo y rapidez irrefutable. En su corazón se alojaba algo más, algo que no se atrevía a pronunciar. Sentía que había llegado el fin del mundo. Sabía que iríamos desapareciendo uno por uno hasta disolvernó en la nada. No era recomendable aguardar la llegada de esa extinción en nuestro país natal. El viaje nos proporcionaría un motivo diario que apartaría nuestros pensamientos del inminente fin de las cosas. Si nos trasladáramos a Italia, a la Roma eterna y sagrada, tal vez nos sometieramos con más resignación al mismo decreto que había arrasado sus poderosas torres. Tal vez nos libráramos de nuestra pena egoísta ante la contemplación de su desolación sublime. Todo aquello se ocultaba en la mente de Adrian. Pero pensaba en mis hijos, y en lugar de compartir conmigo aquellas fuentes de su desasosiego, decidí describirme la imagen de salud y vida que hallaríamos al llegar no sabía dónde, ni cuándo. Y si nunca la encontráramos, nunca dejaríamos de buscarla. No le costó ganarme en cuerpo y alma para su causa.

Me correspondió a mí comunicar nuestro plan a Idris. Las imágenes de bienestar y esperanza que esboqué para ella pintaron en su rostro una sonrisa y dio su consentimiento. Aceptaba alejarse del país del que jamás se había ausentado, del lugar donde había vivido desde su más tierna infancia, del bosque de altos árboles, de los senderos y los claros en los que había jugado de niña y en los que tan feliz había sido en su juventud. Todo lo dejaría atrás sin lamentarse, pues esperaba, con ello, preservar la vida de sus hijos, que eran su vida. A ellos los amaba más que a esa tierra consagrada al amor, más que a todo lo que la tierra contenía. Los pequeños supieron de nuestro traslado y lo recibieron con gran alegría. Clara preguntó si viajaríamos a Atenas.

—Es posible —respondí, y su semblante se iluminó al momento. Allí visitaría la tumba de sus padres y un territorio lleno de los recuerdos de la gloria de Raymond. Silenciosa pero constantemente, había imaginado la escena una y otra vez. Era el recuerdo de sus padres lo que había convertido en seriedad su alegría infantil, lo que había infundido en ella ideas elevadas e inquebrantables.

Había muchos amigos a los que, a pesar de su humildad, no podíamos dejar atrás. Y estaba el caballo brioso y obediente que lord Raymond había regalado a su hija. Debíamos tener también en cuenta al perro de Alfred, así como a un águila adiestrada que, con los años, había perdido visión. Pero no podíamos dejar de sentir tristeza ante aquella lista de elegidos para viajar con nosotros, pues inevitablemente nos venían al recuerdo todas las pérdidas sufridas y suspirábamos por las muchas cosas que debíamos dejar atrás. Las lágrimas asomaban a los ojos de Idris cada vez que Alfred y Evelyn nos traían ahora su rosal favorito, ahora un jarrón de mármol hermosamente tallado, e insistían en que debíamos llevarlos con nosotros, y exclamaban que era una lástima no poder trasladar también el castillo y el bosque, los ciervos y los pájaros y todos los objetos que nos rodeaban.

—Pobres infelices —dije yo—; hemos perdido para siempre tesoros más valiosos que estos. Y los abandonamos para preservar otros ante los que, por comparación, no son nada. Tengamos siempre presentes nuestro objeto y nuestra esperanza, y estos formarán un muro que impedirá que nos inunde la tristeza por la pérdida de las cosas superfluas.

Los niños se distraían fácilmente y pensaban en las diversiones que les aguardaban en el futuro. Idris, que trataba de ocultar sus debilidades, había desaparecido. Tras abandonar el castillo, había descendido hasta el jardín en busca de una soledad que le permitiera entregarse a las lágrimas. La encontré apoyada en un viejo roble, presionando los labios contra el tronco rugoso, vertiendo un mar de lágrimas y sollozando incontrolablemente. Me partía el corazón ver llorar de ese modo a mi ser más amado. La atraje hacia mí y, besándole los párpados, rodeándola con mis brazos, logré que recordara lo que todavía poseía.

—Eres muy amable por no hacerme reproches —me dijo—. Lloro, y un dolor insoportable rasga mi alma. Y sin embargo soy feliz. Hay madres que se lamentan por la pérdida de sus hijos, esposas que han perdido a sus maridos, mientras que yo os conservo a todos. Sí, soy feliz, soy la persona más feliz del mundo por poder llorar por penas imaginarias y porque la pequeña pérdida de mi adorado país no se vea menguada ni aniquilada por mayores desgracias. Llévame adonde quieras, adonde estéis tú y mis hijos, pues para mí allí estará Windsor, y cualquier país será Inglaterra. Que estas lágrimas que derramo no sean por mí, feliz e ingrata como soy, sino por el mundo muerto, por nuestro país perdido, por todo el amor, la vida y la dicha que ahora se ahogan en las polvorientas cámaras de los difuntos.

Hablaba deprisa, como si quisiera convencerse a sí misma. Apartó la vista de los árboles y los senderos que tanto amaba. Ocultó el rostro en mi pecho y los dos —

ausente mi firmeza masculina— derramamos juntos lágrimas de consuelo, y después, ya más calmados, casi alegres, regresamos al castillo.

Los primeros fríos del octubre inglés nos llevaron a acelerar los preparativos. Persuadí a Idris para que nos trasladáramos a Londres, donde podría ocuparse mejor de las gestiones necesarias. No le revelé que, para ahorrarle el dolor de separarse de los objetos inanimados —que eran los únicos que quedaban ya—, había decidido que ninguno de nosotros regresáramos a Windsor. Por última vez contemplábamos la vasta extensión de los campos desde la terraza y veíamos los últimos rayos de sol teñir los bosques coloreados por todos los tonos del otoño. Las tierras de labranza abandonadas y las casas sin fuego en el hogar se extendían más abajo; el Támesis surcaba la extensa llanura y la venerable mole del colegio de Eton se alzaba, prominente, recortándose en la oscuridad. Los graznidos de los miles de grajos que poblaban los árboles del jardín, cuando en columna o en apretada formación se abalanzaban sobre sus nidos, rasgaban el silencio del anochecer. La naturaleza era la misma, la misma que cuando se mostraba como una madre amable de la raza humana. Ahora, sin hijos, desolada, su fertilidad parecía una burla; su amor, una máscara que ocultara su deformidad. ¿Por qué la brisa seguía meciendo suavemente los árboles, si el hombre no sentía su refrescante alivio? ¿Por qué la noche oscura se adornaba de estrellas, si el hombre no podía verlas? ¿Por qué seguían existiendo los frutos, las flores y los arroyos, si el hombre no seguía allí para gozar de ellos?

Idris, a mi lado, entrelazaba su mano con la mía. Su gesto era radiante y sonreía.

—El sol está solo —dijo—, pero nosotros no. Una estrella rara, Lionel mío, regía en nuestro nacimiento. Con tristeza y horror podemos ver la aniquilación del hombre, pero nosotros nos mantenemos, el uno por el otro. ¿He buscado yo alguna vez, en todo el vasto mundo, a alguien salvo a ti? Y si en el vasto mundo tú perduras, ¿por qué he de lamentarme? Tú y la naturaleza todavía me sois sinceros. Bajo las sombras de la noche, y a través del día, cuya luz inclemente muestra nuestra soledad, tú seguirás aquí, a mi lado, y ni siquiera lamentaré alejarme de Windsor.

Había optado por viajar a Londres de noche, con la idea de que los cambios y la desolación del paisaje resultaran menos observables. Nos conducía el único de nuestros criados que seguía con vida. Dejamos atrás la colina empinada y nos adentramos en la oscura avenida del Gran Paseo. En ocasiones como esas circunstancias nimias adquieren proporciones gigantescas y majestuosas; así, la mera apertura de la verja blanca que daba acceso al bosque acaparó mi atención y mi interés. Se trataba de una acción cotidiana que ya nunca volvería a repetirse. La luna creciente, a punto de ponerse ya, brillaba entre los árboles, a nuestra derecha, y cuando entramos en el parque asustamos a una manada de ciervos que, brincando, se ocultaron entre las sombras del bosque. Nuestros dos hijos dormían plácidamente. Entonces, antes de que el camino doblara y nos ocultara la vista, me volví y contemplé el castillo. Sus ventanas reflejaban la luz de la luna y su marcado perfil se recortaba contra el cielo. Los árboles cercanos, zarandeados por la brisa, entonaban

cantos fúnebres, solemnes. Idris, apoyada en el respaldo, me cogió de las dos manos y me miró con semblante sereno, como si no le importara lo que dejaba atrás al recordar lo que todavía conservaba.

Mis pensamientos eran tristes y solemnes, aunque no únicamente dolorosos. Los mismos excesos de nuestra desgracia se acompañaban de cierto alivio, un alivio que hacía sublime y elevada la pena. Sentía que me acompañaban mis seres más queridos. Y, tras la prolongada separación, me alegraba el reencuentro con Adrian. Ya nunca nos separaríamos. Sentía que abandonaba lo que amaba, no lo que me amaba a mí. Los muros del castillo, los grandes árboles de siempre, no oían con tristeza el último adiós que pronunciaban las ruedas de nuestro carruaje. Y mientras notara la proximidad de Idris y escuchara la respiración sosegada de mis hijos, no podía ser desgraciado. Clara, por su parte, era presa de una intensa emoción. Con ojos llorosos, trataba de reprimir los sollozos. Apoyándose contra la ventanilla, contemplaba su Windsor natal por última vez.

Adrian nos dio la bienvenida a nuestra llegada. Era todo animación, y en su aspecto saludable era imposible distinguir al ser enfermizo y sufriente. Por su sonrisa y su voz alegre no podía adivinarse que estaba a punto de llevarse de su país natal a los supervivientes de la nación inglesa, para conducirlos hasta los reinos deshabitados del sur, donde morirían uno tras otro, hasta que el último hombre se alzara sobre el mundo mudo y vacío.

Adrian, impaciente ante la partida, había avanzado notablemente en los preparativos. Su sabiduría nos iluminaba a todos. Su preocupación era el alma que movía a la infeliz muchedumbre, que confiaba plenamente en él. Era inútil cargar con demasiadas cosas, pues hallaríamos abundantes provisiones en todas las ciudades. Adrian deseaba evitar todo trabajo, dar un aire festivo a nuestra comitiva fúnebre, formada por menos de dos mil personas. No todas se hallaban en Londres, y todos los días presenciábamos la llegada de nuevos viajeros. Quienes vivían en las ciudades vecinas habían recibido la orden de congregarse en el mismo lugar el veinte de noviembre. Se habían proporcionado caballos y carruajes a todos. Se habían escogido capitanes y suboficiales y toda la operación había sido organizada con rigor. Todos obedecían al Señor Protector de la moribunda Inglaterra, todos lo admiraban. Se escogió su consejo, formado por cincuenta personas. Para su elección no se tuvo en cuenta su clase ni su distinción. Entre nosotros no existía más clase que aquella que la bondad y la prudencia nos otorgaban, ni más distinción que la que separaba a los vivos de los muertos. Aunque deseábamos abandonar Inglaterra antes de que el invierno avanzara, no lo hacíamos aún, pues se habían enviado expediciones a distintas partes de Inglaterra en busca de personas que hubieran podido quedar rezagadas. No nos iríamos hasta estar seguros de que, con toda probabilidad, no abandonábamos a su suerte a ningún ser humano.

A nuestra llegada a Londres descubrimos que la anciana condesa de Windsor se había trasladado a vivir con su hijo en el palacio del Protectorado. Nosotros nos

instalamos en nuestra residencia habitual, junto a Hyde Park. Por primera vez en muchos años Idris veía a su madre, y estaba impaciente por constatar si el infantilismo de la vejez se habría mezclado, en su caso, con su orgullo de antaño y la dama de noble cuna seguiría demostrando por mí una animadversión inveterada. La edad y las preocupaciones habían hundido sus mejillas y encorvado su cuerpo. Pero seguía observando con ojos vivaces y sus modales eran aún autoritarios. Recibió a su hija con frialdad, aunque demostró más afecto al estrechar a sus nietos en sus brazos. El deseo de perpetuar nuestras maneras e ideas en nuestros descendientes forma parte de nuestra naturaleza. La condesa había fracasado en los planes que había trazado para sus hijos, pero tal vez esperara resarcirse con parientes más dóciles. En una ocasión en que Idris mencionó mi nombre de pasada, su madre frunció el ceño y, con voz temblorosa e impregnada de odio, dijo:

—Yo valgo ya muy poco en este mundo. Los jóvenes se muestran impaciente por expulsar de la escena a los ancianos. Pero Idris, si no deseas ver a tu madre expirar a tus pies, no vuelvas a mencionar el nombre de esa persona. Todo lo demás puedo soportarlo, y ya me he resignado a la destrucción de mis más altas esperanzas. Pero considero excesivo que se me pida que ame al instrumento que la providencia dotó de propiedades asesinas para causar mi destrucción.

Era aquel un monólogo raro, ahora que, en el escenario vacío, cada uno podía representar su papel sin que el otro se lo impidiera. Pero la altiva reina destronada opinaba, como Octavio César y Marco Antonio, que

no cabíamos los dos en esta tierra^[75].

El día de nuestra partida se fijó para el veinticinco de noviembre. El clima era templado. De noche caía una lluvia mansa y de día brillaba el sol invernal. Nuestro grupo avanzaría en comitivas distintas y seguiría distintas rutas, que se unirían de nuevo en París. Adrian y su división, formada en su totalidad por quinientas personas, viajarían hasta Dover, y de allí a Calais.

El 20 de noviembre Adrian y yo recorrimos a caballo por última vez las calles de Londres, cubiertas de hierba y desoladas. Las puertas abiertas de las mansiones vacías chirriaban. En los peldaños de las casas se acumulaban el polvo y plantas marchitas. Los chapiteles mudos de las iglesias se clavaban en un aire exento de humo. Los templos permanecían abiertos, pero en sus altares no rezaban los fieles. El moho y la humedad ya habían manchado sus ornamentos, y pájaros y animales domésticos, ahora sin hogar, habían escogido aquellos lugares santos para construir sus nidos y sus madrigueras. Pasamos junto a la catedral de San Pablo. Londres, que se había extendido mucho en suburbios contruidos en todas direcciones, había quedado algo desierto en su centro, y gran parte de lo que en épocas anteriores había oscurecido aquel inmenso edificio había sido demolido. Su imponente mole, su piedra ennegrecida, su alta cúpula, la hacían parecer, más que un templo, un sepulcro.

Sobre su pórtico había una lápida grabada con el epitafio de Inglaterra. Nos dirigimos hacia el este, conversando de los asuntos solemnes que los tiempos dictaban. No se oía paso alguno ni se veía a nadie. Grupos de perros, abandonados por sus amos, pasaban junto a nosotros. Y de vez en cuando algún caballo, sin silla ni bridas, se acercaba a nosotros e intentaba atraer la atención de los nuestros, como incitándolos a recobrar su libertad. Un buey desuncido que había estado alimentándose en un granero abandonado se asomó de pronto a una entrada estrecha. Aunque todo estaba desierto, no había nada en ruinas. Y aquella combinación de edificios intactos y lujosas residencias en perfecto estado contrastaba con el silencio solitario de las calles despobladas.

La noche se acercaba y comenzó a llover. Nos disponíamos a regresar a casa cuando llamó nuestra atención una voz humana. Se trataba de una voz infantil que entonaba un canto alegre. No se oía nada más. Habíamos atravesado Londres, desde Hyde Park hasta las Minories, donde nos hallábamos, y no habíamos encontrado a nadie ni habíamos oído pasos o voces. Unas risas, seguidas de una conversación, interrumpieron el canto. Jamás un estribillo alegre se pronunció en momento tan triste, ni unas risas se asemejaron tanto al llanto. La puerta de la casa de la que procedían aquellos sonidos estaba abierta, y vimos que las estancias de la planta superior se hallaban iluminadas, como si hubiera de celebrarse alguna fiesta. Se trataba de una residencia magnífica en la que sin duda había vivido algún mercader rico. El canto volvió a sonar y resonó en las estancias de altos techos, mientras nosotros ascendíamos en silencio por la escalera. Las luces parecían guiarnos. Y una sucesión prolongada de salones espléndidos, luminosos, nos causó aún mayor asombro. Su único habitante, una niña pequeña, bailaba y cantaba evolucionando por ellos, seguida por un gran perro de Terranova que se abalanzaba jugueteando sobre ella, interrumpiéndola. La pequeña a veces se enojaba y a veces se reía, y en ocasiones se echaba al suelo para retozar con él. Iba vestida de manera grotesca, con ropas de colores chillones y chales de mujer. Aparentaba unos diez años. Adrian y yo permanecimos junto a la puerta contemplando aquella extraña escena hasta que el perro, percatándose de nuestra presencia, ladró sonoramente. La muchacha se giró y nos vio. Abandonando su alegría anterior, compuso un gesto serio y se echó hacia atrás, al parecer planteándose la huida. Yo me acerqué a ella y le tomé la mano. Ella no me lo impidió, pero con semblante adusto, raro en una niña, y del todo alejado de su anterior hilaridad, permaneció inmóvil, con la vista clavada en el suelo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté amablemente—. ¿Quién eres?

Ella no respondió nada y empezó a temblar con violencia.

—Mi pobre niña, ¿estás sola? —le preguntó Adrian con un tono tan dulce que se ganó su confianza. La pequeña entonces se soltó de mi mano y se arrojó en sus brazos, aferrándose a su cuello y exclamando:

—¡Sálvame! ¡Sálvame! —mientras, con gran pesar, se deshacía en llanto.

—Yo te salvaré —respondió él—. ¿De qué tienes miedo? De mi amigo no debes tenerlo, no va a hacerte ningún daño. ¿Estás sola?

—No, León está conmigo.

—¿Y tus padres...?

—No los tuve nunca. Soy huérfana y vivo de la caridad. Todos se han ido, se han ido y no volverán en muchos muchos días, pero si regresan y me encuentran, me pegarán mucho.

En aquellas tristes palabras se resumía su desdichada vida. Huérfana, supuestamente acogida por caridad, maltratada y envilecida, sus opresores habían muerto. Sin comprender lo que había sucedido a su alrededor, se encontraba sola. No se había atrevido a salir a la calle, y en la persistencia de su soledad su coraje había renacido, su vivacidad infantil la había llevado a entregarse a mil juegos, y con su compañero fiel había vivido unas largas vacaciones, sin más temor que el regreso de las voces duras y los usos crueles de quienes se decían sus protectores. De modo que, cuando Adrian le propuso que se viniera con nosotros, aceptó sin dudar.

Entretanto, mientras servíamos de contrapunto a las penas ajenas, a una soledad que asombraba a nuestros ojos, no a nuestro corazón, mientras imaginábamos todos los cambios y sufrimientos que se habían producido en aquellas calles otrora bulliciosas, antes de que, despobladas y desiertas, se hubieran convertido en meras guaridas de perros; mientras leíamos la muerte del mundo sobre el templo oscuro, y nos consolábamos al recordar que nosotros conservábamos todo lo que nos era querido...

Habíamos llegado desde Windsor a principios de octubre y llevábamos en Londres unas seis semanas. Día a día, durante aquel tiempo, la salud de mi amada Idris había declinado. Su corazón se había roto. Ni el sueño ni el apetito, guardianes de la salud, se ocupaban de su cuerpo exhausto. Su único pasatiempo consistía en vigilar a sus hijos, en sentarse a mi lado a empaparse de las esperanzas que yo trataba de infundir en ella. Su vivacidad, tanto tiempo mantenida, sus cariñosas muestras de afecto, su alegría, su simpatía, la habían abandonado. No podía ocultarme a mí mismo, ni ella podía esconderlo, que la tristeza consumía su vida. Con todo, tal vez el cambio de escenario y las esperanzas renovadas logran devolverla a su anterior estado. Yo solo temía a la peste, y esta la había mantenido intacta.

La había dejado sola aquella tarde, descansando del esfuerzo de los preparativos. Clara se encontraba a su lado, contando un cuento a nuestros dos niños. Mi amada tenía los ojos cerrados, pero Clara percibió un cambio en el aspecto del mayor: sus pesados párpados velaron sus ojos, un color extraño tiñó sus mejillas y se le aceleró la respiración. Clara miró a la madre que, aunque dormía, se sobresaltó al sentir la pausa en la narración. Por temor a despertarla y alarmarla, y a instancias del pequeño Evelyn, que no se había percatado de lo que sucedía, Clara prosiguió con el cuento, pronunciando con voz temblorosa y mirando sucesivamente a Idris y a Alfred, hasta que vio que este estaba a punto de desvanecerse. Se adelantó a tiempo, lo interceptó,

y su grito despertó a Idris, que miró a su hijo y vio la muerte reflejada en su semblante. Lo tendió en un lecho y humedeció sus labios resecaos.

Podría salvarse. Si yo estuviera allí, tal vez pudiera salvarse. Tal vez no fuera la peste. Sin nadie que la aconsejara, ¿qué podía hacer? Quedarse a su lado y verlo morir. ¿Por qué, en ese momento, me hallaba yo ausente?

—Cuida de él, Clara —exclamó—. Regreso enseguida.

Preguntó a los compañeros de nuestro viaje que se habían instalado en nuestra residencia. Pero estos apenas supieron decirle que había salido con Adrian. Les rogó entonces que fueran en mi busca y regresó a su hijo, que se hallaba sumido en un horrible sopor. Volvió a precipitarse escaleras abajo. Todo estaba oscuro, desierto y silencioso. Abandonando toda compostura, corrió hasta la calle y gritó mi nombre. Solo obtuvo respuesta de la llovizna y el viento ululante. El miedo desbocado dio alas a sus pies y siguió avanzando en mi busca, sin saber adónde iba. Concentrando en la velocidad todos sus pensamientos, toda su energía, todo su ser, corría en una dirección equivocada, sin sentir, ni temer, ni detenerse. Corría y corría, hasta que las fuerzas la abandonaron tan repentinamente que no le dio tiempo a salvarse. Las piernas le fallaron y cayó de bruces en el suelo.

Permaneció aturdida unos instantes, pero al cabo se puso en pie y, aunque dolorida, siguió caminando, derramando un torrente de lágrimas, tropezando a veces, caminando sin rumbo, pronunciando mi nombre con un hilo de voz de vez en cuando, y declarando, entre desgarradoras exclamaciones, que yo era un ser cruel y malvado. No se hallaba otro ser humano en las inmediaciones que pudiera responderle, y lo inclemente de la noche había llevado a los animales errantes a las guaridas que habían usurpado. La lluvia había empapado su fino vestido y el pelo mojado se le aferraba a la nuca. Siguió vagando por las calles oscuras hasta que, golpeándose el pie con algún obstáculo invisible, volvió a caer al suelo. En esa ocasión no pudo levantarse. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero, alzando los brazos, se rindió a la furia de los elementos y al dolor punzante de su propio corazón. Susurró una plegaria para morir rápidamente, pues ya solo en la muerte hallaría alivio. Y abandonando toda esperanza de salvarse, dejó de lamentarse por la muerte de su hijo y lloró amargamente al pensar en el dolor que me causaría su pérdida.

Mientras yacía casi sin vida en el suelo, sintió una mano tibia y suave en la frente, y una voz femenina y dulce le preguntó con gran ternura si no podía ponerse en pie. Que otro ser humano, solidario y amable, existiera y se encontrara a su lado, la animó. Incorporándose a medias, entrelazó las manos y se echó a llorar de nuevo. Rogó a su salvadora que fuera en mi busca y me pidiera que acudiera deprisa al auxilio de nuestro hijo agonizante. ¡Y que lo salvara, por el amor del cielo, que lo salvara!

La mujer la ayudó a incorporarse y la llevó a guarecerse bajo un techo. Trató de convencerla para que regresara a casa, alegando que tal vez yo ya me encontrara allí.

Idris cedió fácilmente a sus persuasiones y, apoyándose en el brazo de su amiga, se esforzaba por caminar, pero una gran debilidad la llevaba a detenerse una y otra vez.

Espoleados por la tormenta, que arreciaba, nosotros habíamos apresurado nuestro regreso. Adrian llevaba a la pequeña en su caballo, montada delante de él. Al llegar descubrimos a una multitud de personas congregada bajo el pórtico, y por sus gestos deduje instintivamente que había sucedido alguna nueva desgracia. Alarmado, rápido, temeroso de preguntar nada, desmonté de un salto. Los presentes me vieron, me reconocieron al momento y en tenso silencio se apartaron para cederme el paso. Yo le arrebaté una lámpara a alguien y corrí escaleras arriba. Oí entonces un gemido, y sin pensar abrí la primera puerta que apareció ante mí. La oscuridad era intensa, pero al entrar un olor maligno asaltó mis sentidos y me provocó unas náuseas y un malestar que se abrió paso hasta mi corazón. Sentí que alguien me agarraba la pierna y emitía otro gemido. Bajé la lámpara y vi a un negro semidesnudo, consumido por la enfermedad, aferrándose a mí entre convulsiones. Con una mezcla de horror e impaciencia, al tratar de soltarme caí sobre el enfermo, que en ese instante me rodeó con sus brazos desnudos y purulentos. Su rostro se hallaba casi pegado al mío, y su aliento, cargado de muerte, penetraba en mis pulmones. Por un momento me sentí desfallecer, presa de las náuseas. Pero al punto recobré la capacidad de reacción y me incorporé de un salto, apartando de mí al pobre infeliz. Abandoné la habitación, subí a toda prisa por la escalera y entré en la cámara que generalmente ocupaba mi familia. Una luz muy tenue me mostró a Alfred tendido en un sofá; Clara, temblorosa y más blanca que la nieve, lo mantenía incorporado, pasándole el brazo por la espalda, y acercaba un vaso de agua a sus labios. Vi con claridad que en aquel cuerpo arruinado no habitaba el menor hálito de vida, que su expresión era rígida, sus ojos opacos, y que su cabeza colgaba hacia atrás, inerte. Lo cogí en mis brazos y lo tendí suavemente en la cama. Besé su boca fría, pequeña, y empecé a susurrarle cosas en vano, porque ni el estallido atronador de un cañonazo habría alcanzado su morada inmaterial.

¿Dónde estaba Idris? Que hubiera salido a buscarme y no hubiera regresado era una pésima noticia, pues la lluvia y el viento golpeaban los cristales y rugían alrededor de la casa. Además, una repulsiva sensación de enfermedad se apoderaba de mí por momentos. Si quería volver a verla, no había tiempo que perder. Monté en mi caballo y fui en su busca. En cada racha de viento creía oír su voz, acallada por la fiebre y el dolor.

Cabalgué bajo la lluvia, a oscuras, a través de la madeja de calles desiertas de Londres. Mi hijo muerto en casa, las semillas de mi enfermedad mortal habían echado raíces en mi pecho. Iba en busca de Idris, mi adorada, que vagaba sola mientras las aguas frías descendían del cielo como cataratas, empapaban su cabeza y sus hermosos miembros se agarrotaban de frío. Al pasar junto una casa al galope, distinguí a una mujer de pie bajo un portal, que me llamaba. No era Idris, de modo que no me detuve, hasta que una suerte de segunda visión, un reflejo de lo que había

visto apenas marcado en mis sentidos, me llevó a convencerme de que otra figura, delgada, esbelta, alta, se aferraba a la persona que la sostenía. En cuestión de segundos ya me hallaba junto a la suplicante, en cuestión de segundos recibía en mis brazos el cuerpo agonizante de Idris. La levanté y la tendí sobre el caballo. Le faltaban fuerzas para sostenerse por sí misma, de modo que monté detrás de ella, la apreté con fuerza contra mi pecho y la envolví con mi capa, mientras la mujer que la había auxiliado (su rostro, aunque cambiado, me era conocido, y resultó no ser otra que Juliet, la hija del duque de L...) no habría podido, en aquel momento de horror, despertar en mí más que una fugaz mirada de compasión. Tomó las riendas de mi montura y nos condujo a casa. ¿Me atreveré a decirlo? Aquel fue mi último momento de felicidad; pero sí, era feliz. Idris debía morir, pues su corazón estaba destrozado. Yo debía morir, pues me había infectado con la peste. La tierra era un escenario desolado; la esperanza, una locura; la vida se había casado con la muerte y ahora eran una sola cosa. Pero, mientras sostenía entre mis brazos a mi agonizante amor, sintiendo que yo mismo no tardaría en morir, me deleitaba en la sensación de poseerla una vez más. La besé una y otra vez y la acerqué mucho a mi corazón.

Llegamos a casa y la ayudé a descabalgar. La subí a la primera planta y le pedí a Clara que le cambiara las ropas empapadas.

Brevemente le aseguré a Adrián que nos encontrábamos bien y le pedí que nos dejara reposar. Como el avaro que con manos temblorosas cuenta su dinero una y otra vez, yo también atesoraba todos los momentos pasados con Idris y lamentaba los que había vivido sin su compañía. Regresé deprisa a la cámara donde reposaba la vida de mi vida, pero antes de entrar en ella me detuve unos segundos y traté de examinar mi estado: la enfermedad y los temblores se apoderaban de mí. Me pesaba la cabeza, sentía una opresión en el pecho y me flaqueaban las piernas. Con todo, desdeñé los síntomas de mi mal, que crecían por momentos, y me reuní con Idris con ánimo sereno e incluso alegre. La hallé tendida en un sofá. Tras cerrar la puerta para evitar que pudieran interrumpirnos, me senté a su lado, nos abrazamos, y nuestros labios se fundieron en un beso largo que nos dejó sin aliento. Ojalá aquel hubiera sido mi último momento.

El sentimiento maternal despertó entonces en el pecho de mi pobre niña.

—¿Y Alfred? —me preguntó entonces.

—Idris —respondí yo—. Nos tenemos el uno al otro y estamos juntos, no dejes que ninguna otra idea te aparte de ello. Yo soy feliz. Incluso en esta noche fatal me declaro feliz, más allá de las palabras, de los pensamientos. ¿Qué más podemos pedir, dulce amor mío?

Idris me comprendió. Apoyó la cabeza en mi hombro y lloró.

—¿Por qué tiembles así, Lionel? ¿Qué te agita de este modo?

—Cómo no he de temblar —dije—, si me siento feliz. Nuestro niño ha muerto y este momento es oscuro y lúgubre. Claro que tiemblo, pero soy feliz, mi Idris, el más feliz del mundo.

—Te comprendo, mi dulce amor —dijo Idris—, así, pálido como estás de pesar por nuestra pérdida. Temblando y aterrorizado, pretendes calmar mi dolor con palabras. Yo no soy feliz —y las lágrimas asomaron a sus ojos y resbalaron por sus párpados entrecerrados—, pues somos moradores de una cárcel miserable, y no hay dicha para nosotros. Pero el amor verdadero que te profeso me permitirá soportar esta pérdida y todas las demás.

—Hemos sido felices juntos, al menos —dije yo—. Ninguna desgracia futura podrá privarnos de nuestro pasado. Llevamos muchos años siendo sinceros, desde que mi dulce princesa enamorada llegó bajo la nieve hasta la humilde granja del heredero pobre y arruinado de Verney. Incluso ahora, cuando la eternidad se extiende ante nosotros, extraemos nuestras esperanzas solo de la presencia del otro. Idris, ¿crees que cuando muramos nos separaremos?

—¡Morir! ¡Cuando muramos! ¿Qué pretendes decir? ¿Qué secreto se me oculta tras esas terribles palabras?

—¿Acaso no hemos de morir todos, amada mía? —le pregunté, esbozando una sonrisa triste.

—¡Dios Santo! ¿Estás enfermo, Lionel, que hablas de la muerte? Mi único amigo, corazón de mi corazón, ¡habla!

—No creo —respondí yo— que a ninguno de los dos nos quede mucho por vivir. Y cuando caiga el telón de esta escena mortal, ¿crees que volveremos a encontrarnos?

Mi tono despreocupado y mi aspecto serenaron a Idris, que respondió:

—No te costará creer que durante este prolongado avance de la peste he pensado con frecuencia en la muerte, y me he preguntado, ahora que toda la humanidad ha muerto para esta vida, a qué otra vida puede haber nacido. Hora tras hora he habitado en estos pensamientos y he tratado de formarme una conclusión racional sobre el misterio de un estado futuro. Qué espantapájaros sería la muerte si apartáramos meramente la sombra en la que ahora andamos y, adentrándonos en el cielo despejado del conocimiento y el amor, reviviéramos con los mismos compañeros, los mismos afectos, y alcanzáramos la culminación de nuestras esperanzas, dejando nuestros temores en la tumba, junto a nuestra vestimenta terrenal. ¡Ay! La misma sensación profunda que me hace estar segura de que no moriré del todo, me impide creer que vaya a vivir tan plenamente como lo hago ahora. Y a pesar de todo, Lionel, nunca, nunca, podré amar a otro. Por toda la eternidad desearé tu compañía y, como soy inocente del mal causado a otros, y como confío tanto como mi naturaleza mortal me lo permite, espero que el Gobernante del mundo nunca nos separe.

—Tus comentarios son como tú misma, mi amor —observé yo—. Dulces y bondadosos. Atesoremos esa creencia y apartemos la angustia de nuestras mentes. Pero, amada mía, hemos sido formados de tal modo (y no existe el pecado, si Dios creó nuestra naturaleza para que se plegara a sus órdenes), hemos sido formados de tal modo que debemos amar la vida y aferrarnos a ella. Debemos amar la sonrisa viva, la caricia amiga, la voz emocionada, que son características de nuestro

engranaje mortal. No descuidemos el presente por la seguridad del más allá. Este momento, por corto que sea, forma parte de la eternidad y es su mejor parte, pues es nuestro, inalienablemente. Tú, esperanza de mi futuro, eres mi dicha presente. Déjame entonces que te mire a los ojos, a tus hermosos ojos, y leyendo el amor en ellos, beba hasta embriagarme el placer que me causan.

Tímidamente, pues mi vehemencia la asustaba un poco, Idris me miró. Yo tenía los ojos inyectados en sangre, algo hinchados. Sentí que todas las arterias de mi cuerpo latían audiblemente, que todos y cada uno de mis músculos se agitaban, que mis nervios se estremecían. Su expresión de espanto me indicó que ya no podía mantener mi secreto oculto por más tiempo.

—Así es, amada mía —le dije—, ha llegado la última de muchas horas felices y ya no podemos ignorar por más tiempo el destino inevitable. No viviré mucho más, pero una y otra vez te digo que este momento es nuestro.

Más pálida que el mármol, los labios blancos, el gesto desencajado, Idris cobró conciencia de mi situación. Sin levantarme, le rodeé la cintura con un brazo y ella sintió la fiebre en la palma de mi mano y en el corazón que esta apretaba.

—Un momento —susurró en voz muy baja, tanto que apenas la oía—. Solo un momento...

Se arrodilló y, ocultando el rostro entre las manos, pronunció una oración breve pero sincera, rogó a Dios que le diera fuerzas para cumplir con su deber, para cuidarme hasta el final. Mientras hubo esperanzas, la agonía había sido insoportable. Pero ahora todo había terminado. Sus sentimientos se tornaron solemnes y sosegados. Como Epicaris, imperturbable y firme al ser sometida a los instrumentos de la tortura, así Idris, reprimiendo todo suspiro y señal de dolor, se dispuso a recibir sus tormentos, de los que son símbolos el potro y la rueda.

Me sentí cambiar. La cuerda firme que me oprimía con tanta dureza se aflojó apenas Idris participó de mi conocimiento de nuestra verdadera situación. Las ondas alteradas de mi mente se amansaron y quedó solo la intensa corriente que seguía avanzando, suprimida ya toda manifestación de sus molestias, hasta que rompiera en la costa remota hacia la que me dirigía apresuradamente.

—Es cierto que me encuentro enfermo —dije—, y que tu compañía es mi única medicina. Ven y siéntate a mi lado.

Ella me pidió que me tendiera en el sofá y, acercando a él una otomana baja, se sentó muy cerca de mi almohada. Tomó entre sus manos frías las mías, que ardían. Aplacó mi desasosiego febril y me dejó hablar, y me habló de asuntos extraños para dos seres que observaban y veían el fin de lo que habían amado en el mundo. Hablamos de épocas pasadas. Del feliz periodo de nuestro amor primero. De Raymond, Perdita y Evadne. Hablamos de lo que sería de aquella tierra desierta si, salvándose solo dos o tres personas, llegaba a repoblarse lentamente. Hablamos de lo que había más allá de la tumba. Y como el ser humano, con su forma humana, se hallaba prácticamente extinguido, sentíamos con la certeza de la fe que otros

espíritus, otras mentes, otros seres perceptivos, invisibles a nuestros ojos, deberían poblar con sus ideas y su amor este universo hermoso e imperecedero.

Hablamos no sé cuánto tiempo, pero al alba desperté de un sueño doloroso y profundo. La mejilla pálida de Idris reposaba sobre mi almohada. Los párpados de sus grandes ojos estaban entreabiertos y mostraban a medias dos luceros de un azul intenso. Murmuraba con la boca abierta y su tono indicaba que incluso en sueños sufría. «Si estuviera muerta —pensé—, ¿qué diferencia habría?, ahora que la forma es el templo de una deidad residente; estos ojos son las ventanas de su alma; toda la gracia, el amor y la inteligencia se asientan en este pecho hermoso. Si estuviera muerta, ¿dónde se hallaría esa mente, la mitad más adorada de mi persona? Pues muy pronto las bellas proporciones de ese edificio quedarían más destruidas que las ruinas de los templos de Palmira, engullidas por el desierto».

Capítulo III

IDRIS se movió y despertó. Pero ¡ay!, despertó a la desgracia. Vio las señales de la enfermedad en mi rostro y se preguntó cómo había permitido que pasara la larga noche sin procurarme, no ya cura, pues la cura era imposible, sino alivio a mis sufrimientos. Llamó a Adrian y al poco el sofá se vio rodeado de amigos y asistentes, y de los medicamentos que se juzgó adecuado administrarme. Era característica distintiva y terrible de aquella epidemia que nadie a quien hubiera atacado se había recuperado jamás. El primer síntoma de la enfermedad era, pues, la sentencia de muerte, que en ningún caso había venido seguida del perdón o el indulto. Así, ni un atisbo de esperanza iluminaba los rostros de mis amigos.

Mientras, la fiebre me causaba sopor y fuertes dolores, se posaba con el peso del plomo sobre mis miembros y agitaba mi pecho. Yo me mostraba insensible a todo salvo a mi dolor, y al final ni ante él reaccionaba. A la cuarta mañana desperté como

de un sueño sin sueños. Solo sentía una sed irritante, y cuando trataba de hablar o moverme las fuerzas me abandonaban por completo.

Durante tres días con sus noches Idris no se había movido de mi lado. Ella velaba por todas mis necesidades y no dormía ni descansaba. Así, ni siquiera trataba de extraer información de la expresión del médico ni de escrutar mi rostro en busca de síntomas de restablecimiento, pues sus cinco sentidos se concentraban en cuidar de mí hasta el final, y entonces tenderse a mi lado y dejarse morir. Al llegar la tercera noche toda animación cesó en mí, y al ojo y al tacto se diría que había muerto. Con emotivas súplicas Adrian trató de alejar de mi lado a Idris. Apeló a todo lo apelable, al bienestar de su hijo, al suyo propio. Pero ella negaba con la cabeza y se secaba una lágrima furtiva que resbalaba por su mejilla. No cedía. Su intención era que le permitieran pasar esa noche velándome, solo esa noche, y lo pidió con tal convicción y tristeza que logró su propósito. Así, permaneció sentada, inmóvil, salvo cuando, azuzada por algún recuerdo intolerable, me besaba los ojos cerrados y los pálidos labios y se acercaba mis manos agarrotadas al corazón.

En plena noche, cuando, a pesar de ser invierno, el gallo cantó a las tres de la madrugada, heraldo que anunciaba la llegada del amanecer, mientras ella se inclinaba sobre mí y me lloraba en silencio, y pensaba con amargura en la pérdida de todo el amor que, por ella, yo había albergado en mi corazón —su pelo despeinado sobre el rostro, los largos tirabuzones sobre el lecho—, Idris sintió que un rizo se le movía apenas, que sus cabellos se mecían como movidos por un soplo de aire. «No puede ser —pensó—, pues él ya jamás volverá a respirar». Pero el hecho se repitió en diversas ocasiones y, aunque ella no dejaba de hacerse la misma reflexión, en un momento un mechón se retiró con fuerza, y ella creyó ver que mi pecho ascendía y descendía. Su primera emoción fue de gran temor, y el sudor perló su frente. Abrí entonces los ojos y, segura ya, Idris habría exclamado «¡Está vivo!». Pero las palabras se ahogaron en un espasmo y cayó al suelo emitiendo un gemido.

Adrian se encontraba en la estancia. Tras largas horas de vigilancia, el sueño lo había vencido. Despertó sobresaltado y observó a su hermana, inconsciente en el suelo, manchada por el hilo de sangre que le brotaba de la boca. En cierta medida los signos de vida que, cada vez con más fuerza, presentaba yo, podían explicar su estado. La sorpresa, el estallido de alegría, la conmoción de todo sentimiento, habían tensado en exceso su cuerpo frágil, agotado tras largos meses de preocupaciones, zarandeado al fin por toda clase de desgracias y trabajos. Y ahora corría un peligro mucho mayor que el mío, pues los muelles y los engranajes de mi vida habían vuelto a ponerse en marcha y recobraban su elasticidad tras la breve suspensión. Durante largo tiempo nadie creyó que yo fuera a seguir viviendo. Mientras había durado el reinado de la peste en la tierra, ni una sola persona atacada por la letal enfermedad se había recuperado. Así, mi restablecimiento se veía como un engaño. En todo momento se esperaba que los síntomas malignos retornaran con virulencia redoblada. Pero finalmente la confirmación de la convalecencia, la ausencia total de fiebre o

dolor y el incremento de mis fuerzas trajeron la convicción gradual de que, en efecto, me había curado de la peste.

La convalecencia de Idris era más problemática. Cuando a mí me atacó la enfermedad sus mejillas ya se veían hundidas y su cuerpo muy desmejorado. Pero ahora el recipiente, roto por los efectos de una agitación extrema, no se había recuperado del todo, y era como un canal que gota a gota drenaba de ella el torrente saludable que vivificaba su corazón. Sus ojos apagados y su semblante ajado le conferían un aspecto fantasmal; sus pómulos, su frente despejada, la prominencia excesiva de la boca, infundían temor. Todos los huesos de su anatomía se mostraban bajo la piel y las manos colgaban, inertes. Las articulaciones se marcaban en exceso y la luz penetraba en ellas cada vez más. Resultaba extraño que la vida pudiera alojarse en un cuerpo que se mostraba desgastado hasta tal punto que se asemejaba mucho más a una forma de muerte.

Mi última esperanza para su recuperación era apartarla de aquellas desgarradoras escenas, procurar que olvidara la desolación del mundo mediante la contemplación de una gran variedad de objetos que el viaje le proporcionaría, lograr que recobrara sus menguadas fuerzas en el clima templado hacia el que habíamos decidido orientarnos. Los preparativos para la partida, suspendidos durante mi enfermedad, se retomaron. Durante mi convalecencia, mi salud no se mostró vacilante, y, como el árbol en primavera, que siente que por sus miembros agarrotados corre la savia que renueva su verdor, así el renacido vigor de mi cuerpo, el alegre torrente de mi sangre y la recobrada elasticidad de mis miembros conferían a mi mente una alegre resistencia y la dotaban de ideas positivas. Mi cuerpo, antes peso muerto que me ataba a la tumba, se mostraba ahora rebosante de salud, y los ejercicios comunes resultaban insuficientes para mis fuerzas recobradas. Sentía que era capaz de emular al caballo de carreras, discernir en el aire objetos que se hallaran a gran distancia, oír las acciones que la naturaleza ejecutaba en su muda morada, pues hasta ese punto se habían aguzado mis sentidos tras recuperarme de mi enfermedad mortal.

La esperanza, entre otras bendiciones, tampoco me era ajena, y confiaba sinceramente en que mis infatigables atenciones me devolverían a mi adorada niña, por lo que aguardaba impaciente a que culminaran los preparativos. Según nuestro primer plan, debíamos haber abandonado Londres el 25 de noviembre. Para su cumplimiento, dos tercios de nuestra gente —la gente, toda la que quedaba en Inglaterra— había partido ya y llevaba varias semanas en París. Mi enfermedad primero, y después la de Idris, había retenido a Adrian y su división, formada por trescientas personas, de modo que nosotros partimos el primer día de enero de 2098. Era mi deseo mantener a Idris lo más alejada posible del ajetreo y el clamor de la multitud, ocultarle las visiones que pudieran obligarla a recordar cuál era nuestra situación real. Tuvimos que separarnos en gran medida de Adrian, obligado a dedicar todo su tiempo a los asuntos públicos. La condesa de Windsor viajaba con su hijo. Clara, Evelyn y una mujer que hacía las veces de asistente eran las únicas personas

con las que manteníamos contacto. Ocupábamos un espacioso carruaje y nuestra sirvienta oficiaba de cochera. Un grupo formado por unas veinte personas nos precedía a escasa distancia. Eran los encargados de buscar y preparar los lugares donde debíamos pasar la noche. Habían sido seleccionados entre gran número de personas que se habían ofrecido para desempeñar la misma tarea en virtud de la sagacidad del hombre que ejercía de guía de la expedición.

Inmediatamente después de nuestra partida constaté con gran alegría que en Idris se operaba cierto cambio, que esperaba que constituyera un augurio de mejores resultados. Toda la buena disposición y la amabilidad que formaban parte de su naturaleza revivieron en ella. Su debilidad era extrema, y aquella alteración se mostraba más en miradas y tonos de voz que en actos. Pero era permanente y verdadera. Mi curación de la peste y la confirmación de mi salud infundían en ella la creencia firme de que, a partir de ese momento, se vería libre del temible enemigo. Me dijo que albergaba una absoluta seguridad en su propia curación, que tenía el presentimiento de que la marea de calamidades que había inundado nuestra raza infeliz comenzaba a descender. Que quienes habían conservado la vida sobrevivirían, entre ellos los objetos amados de sus tiernos afectos. Y que en algún lugar viviríamos todos juntos, en feliz compañía.

—Que mi debilidad no te confunda —añadió—; siento que estoy mejor. Una vida nueva se abre paso en mí, así como un espíritu de anticipación que me asegura que he de formar parte de este mundo durante largo tiempo. Me libraré de esta degradante languidez física que llena de debilidad hasta mi mente y volveré asumir mis deberes. Me ha entristecido irme de Windsor, pero ahora ya me he despojado de esa atadura local. Me alegro de trasladarme a un clima más templado en el que completaré mi restablecimiento. Confía en mí, amor mío, jamás te abandonaré, ni a mi hermano, ni a los niños. Mi firme determinación de permanecer contigo hasta el fin y de seguir contribuyendo a tu bienestar y felicidad me mantendría con vida incluso si la lúgubre muerte se hallara más cerca de lo que en verdad se halla.

Sus palabras solo me convencieron a medias. No creía que el acelerado fluir de la sangre por sus venas fuera un signo de salud ni que sus mejillas encendidas denotaran restablecimiento. Pero no sentía temor ante una catástrofe inminente. Es más, me convencí a mí mismo de que acabaría por recuperarse. Y así, la alegría reinaba en nuestro círculo cerrado. Idris conversaba animadamente sobre mil temas. Su principal deseo era que mantuviéramos la mente alejada de recuerdos melancólicos, de manera que invocaba imágenes encantadoras de una soledad tranquila, de un retiro hermoso, de los modos sencillos de nuestra pequeña tribu y de la hermandad patriarcal del amor, que sobreviviría a las ruinas de las naciones populosas que habían existido hasta fechas recientes. Manteníamos el presente alejado de nuestros pensamientos y apartábamos los ojos de los lúgubres paisajes por los que transitábamos. El invierno, tenebroso, se enseñoreaba de todo. Los árboles desnudos se recortaban, inmóviles, contra el cielo gris. Las formas de la escarcha, que imitaban el follaje estival,

salpicaban el suelo. En los senderos crecía la vegetación y la maleza se apoderaba de los maizales abandonados. Las ovejas se agrupaban a las puertas de las granjas los bueyes asomaban su cornamenta por las ventanas. El viento era gélido y las frecuentes tormentas de aguanieve añadían melancolía al aspecto invernal.

Llegamos a Rochester, donde un accidente nos obligó a detenernos un día entero. Durante aquel tiempo sucedió algo que alteró nuestros planes y que, ¡ay!, produjo un resultado que alteró para siempre el curso de los acontecimientos, llevándome de la esperanza nueva que había surgido en mí a un desierto oscuro y tenebroso. Pero antes de seguir narrando la causa final de nuestro cambio de planes debo ofrecer una breve explicación y referirme de nuevo a esa época en que el hombre hollaba la tierra sin temor, antes de que la Peste se hubiera convertido en Reina del Mundo.

En las inmediaciones de Windsor residía una familia muy humilde pero que había sido objeto de nuestro interés a causa de una de las personas que la integraban. La familia Clayton había conocido mejores tiempos, pero tras una serie de reveses el padre había muerto arruinado, y la madre, destrozada e inválida, se retiró con sus cinco hijos a una pequeña casa de campo situada entre Eton y Salt Hill. La mayor de ellos, que tenía trece años, pareció revestirse de pronto, a la luz de la adversidad, de una sagacidad y unos principios propios de alguien de edad más madura. La salud de su progenitora empeoraba por momentos, pero Lucy se ocupaba de ella y ejercía de madre abnegada para sus hermanos menores, sin dejar de mostrarse en todo momento de buen humor, sociable y benevolente, algo que le granjeaba el amor y el respeto del vecindario.

Además Lucy poseía una belleza extraordinaria, de modo que al cumplir los dieciséis años, como era de suponer y a pesar de su pobreza, le surgieron admiradores. Uno de ellos era el hijo de un predicador rural. Se trataba de un joven generoso y sincero, con un ferviente amor por el conocimiento y exento de malos hábitos. Aunque Lucy era iletrada, la conversación y los modales de su madre le habían procurado un gusto por los refinamientos superior al que su situación actual le permitía gozar. Amaba a aquel joven incluso sin saberlo, aunque sí sabía que ante cualquier dificultad recurría a él de modo natural, y también que los domingos despertaba con un aleteo en el corazón, pues sabía que él vendría a buscarla y la acompañaría en el paseo semanal que daba con sus hermanas. La joven contaba con otro admirador, uno de los camareros de la posada de Salt Hill. Tampoco él carecía de pretensiones de superioridad urbana, aprendida de los criados y las doncellas de los señores que, iniciándolo en la jerga del servicio de la alta sociedad, añadía vehemencia a un carácter ya de por sí arrogante. Lucy no lo rechazaba, era incapaz de algo así. Pero se sentía mal cuando lo veía acercarse y resistía calladamente todos sus intentos de establecer una intimidad entre ambos. El joven no tardó en descubrir que ella prefería a su rival, y aquel hecho convirtió lo que en un principio no había sido más que una admiración casual en una pasión que se alimentaba de envidia y del deseo vil de privar a su competidor de la ventaja que disfrutaba respecto de él.

La historia de la pobre Lucy era común. El padre de su amado murió y él quedó sin medios de subsistencia. Aceptó la oferta de un caballero y se trasladó a la India con él, seguro de que no tardaría en establecerse por su cuenta, tras lo que regresaría a pedir la mano de su amada. Pero se vio inmerso en la guerra que tenía lugar en el país, lo hicieron prisionero y pasaron años antes de que a su tierra natal llegaran noticias de su paradero. Entretanto la pobreza más absoluta atenazaba a Lucy. Su pequeña casa de campo, rodeada de celosías por las que trepaban los jazmines y las madreselvas, se incendió, y perdió lo poco que poseía. ¿Dónde llevaría a los suyos? ¿Mediante qué trabajos lograría procurarles otra morada? Su madre, casi postrada en la cama, no sobreviviría a otro embate de la hambruna o la miseria. En aquellas circunstancias su otro admirador acudió en su ayuda y renovó su oferta de matrimonio. Había ahorrado dinero y pensaba abrir una pequeña posada en Datchet. Aquella oferta no le resultaba nada atractiva a Lucy, salvo por el hogar que garantizaba a su madre. Además la aparente generosidad de la proposición era un punto a favor de quien la hacía, así que acabó por aceptar, sacrificándose en aras de la comodidad y el bienestar de su madre.

Cuando nosotros la conocimos, la pareja llevaba algunos años casada. Una tormenta nos llevó a guarecernos en la posada, donde fuimos testigos del comportamiento brutal y pendenciero del esposo, así como de la paciencia con que ella lo soportaba. No había tenido mucha suerte. Su primer pretendiente había regresado con la intención de hacerla suya, y por casualidad la había encontrado en el puesto de tabernera de su localidad, esposa de otro hombre. Desolado, partió hacia el extranjero. Las cosas le fueron mal hasta que logró regresar a Inglaterra herido y enfermo. Pero incluso así a Lucy no se le permitió que cuidara de él. La disposición agria de su esposo se veía agravada por su debilidad ante las numerosas tentaciones que su puesto le procuraba, con el consecuente desbaratamiento de sus asuntos. Afortunadamente no tenían hijos, pero el corazón de ella se sentía ligado a sus hermanos menores, a los que el posadero, movido por la avaricia y el mal genio, no tardó en echar de su casa. Se dispersaron por todo el país y se vieron obligados a ganarse el pan con esfuerzo y sudor. Aquel hombre parecía incluso querer librarse de la madre, aunque en aquel punto Lucy se mostró firme. Se había sacrificado por ella, vivía para ella, de modo que no lograría separarlas. Si su madre se iba, ella también lo haría; mendigaría pan para ella, moriría con ella, pero jamás la abandonaría. La presencia de Lucy resultaba tan necesaria para mantener el orden en la casa y para impedir la ruina del establecimiento, que él no podía permitirse perderla. De modo que cedió en ese punto, aunque durante sus arrebatos de ira, o cuando se emborrachaba, volvía a sacar el tema y zahería a la pobre Lucy con oprobiosos epítetos dedicados a su madre.

Con todo, las pasiones, si son del todo puras, absolutas y correspondidas, procuran su propio consuelo. Lucy sentía una devoción profunda y sincera por su madre. Su única meta en la vida era el bienestar y la preservación de la persona que le

había dado la vida. Aunque lamentaba el resultado de su decisión, no se arrepentía de haberse casado, a pesar de que su primer pretendiente hubiera regresado para reclamarla. Habían transcurrido tres años. ¿Cómo, en ese tiempo y en su estado de ruina, habría podido subsistir su madre? Aquella mujer excelente era merecedora de la devoción de su hija. Entre ellas existía una confianza y una amistad perfectas. Además, la madre no era en absoluto iletrada: y Lucy, cuya mente se había educado algo en el trato de su anterior pretendiente, encontraba ahora en ella a la única persona que podía comprenderla y valorarla. Así, aunque sufría, no era del todo desgraciada, y cuando, durante los días más hermosos del verano, acompañaba a su madre por las calles sombreadas y llenas de flores cercanas a su casa, un brillo de dicha absoluta iluminaba su semblante. Veía que la anciana era feliz y sabía que aquella felicidad era creación suya.

Entretanto los asuntos de su esposo se complicaban por momentos. La ruina estaba próxima y ella se sabía a punto de perder el fruto de tantos sacrificios cuando la peste vino a cambiar el aspecto del mundo. El posadero sacó provecho de la desgracia universal, pero a medida que el desastre avanzaba, su naturaleza delictiva se apoderó de él. Abandonó su casa para gozar de los lujos que Londres le prometía, y allí halló su sepultura. El primer pretendiente de Lucy había sido una de las primeras víctimas de la enfermedad. Pero Lucy siguió viviendo por y para su madre. Su valor solo flaqueaba cuando temía que algo malo pudiera sucederle a ella o que la muerte le impidiera cumplir con las obligaciones a las que se entregaba con total devoción.

Cuando dejamos Windsor para trasladarnos a Londres como paso previo para nuestra emigración final, fuimos a visitar a Lucy para organizar con ella el plan de su evacuación y la de su madre. A la hija le entristecía tener que abandonar sus calles y su aldea natal, tener que apartar a su achacosa progenitora de las comodidades de un hogar para arrastrarla a las vastas extensiones de una tierra despoblada. Pero era demasiado disciplinada ante la adversidad y de carácter demasiado dócil como para quejarse por lo que era inevitable.

Las circunstancias subsiguientes, mi enfermedad y la de Idris, la alejaron de nuestro recuerdo, al que regresó casi al final. Llegamos a la conclusión de que habrían sido de las pocas en llegar desde Windsor para unirse a los emigrantes y que ya debían de encontrarse en París. Así, cuando llegamos a Rochester nos sorprendió recibir, de manos de un hombre que acababa de llegar desde Slough, una carta de aquella sufridora ejemplar. Según el relato del emisario, en su viaje desde su tierra natal había pasado por Datchet y se sorprendió al ver humo salir de la chimenea de la posada. Suponiendo que en su interior hallaría a otros caminantes con los que seguir viaje, llamó a la puerta y le abrieron. Excepto Lucy y su madre, allí no había nadie. Esta se veía privada del uso de piernas y brazos por culpa de un ataque de reumatismo, de modo que los habitantes de la localidad habían ido abandonándolas uno tras otro, dejándolas solas. Lucy trató de que el hombre se quedara con ella. En

una semana o dos su madre se habría recuperado lo bastante como para emprender el viaje. Si se quedaban allí, indefensas y olvidadas, perecerían. El hombre respondió que su esposa e hijos ya se hallaban entre los emigrantes y que por tanto le resultaba imposible permanecer allí más tiempo. Lucy, como último recurso, le entregó una carta para Idris, con el ruego de que se la entregara allí donde nos encontrara. El hombre cumplió al menos con aquel encargo, e Idris recibió con emoción la siguiente misiva:

Respetada señora:

Estoy segura de que me recuerda y se compadece de mí, y me atrevo a solicitar su ayuda. ¿Qué otra esperanza me queda? Disculpe mi manera de escribir, me siento tan desorientada... Hace un mes mi madre perdió la movilidad en sus extremidades. Ya se siente mejor, y tengo la seguridad de que en un mes más podrá emprender el viaje que usted, tan amablemente, organizó para nosotras. Pero ahora todo el mundo se ha ausentado, todo el mundo. La gente me decía que tal vez mi madre mejoraría antes de que todos se ausentaran, pero hace tres días fui a ver a Samuel Woods, que acaba de tener un hijo y se había quedado en el pueblo hasta el final. Como se trata de una familia numerosa, creía que lograría persuadirlos para que nos esperaran un poco más. Sin embargo, hallé la casa vacía. Desde entonces no había visto ni un alma, hasta que ha aparecido este buen hombre. ¿Qué va a ser de nosotras? Mi madre ignora nuestro estado. Está tan enferma que se lo he ocultado.

¿Podría enviar a alguien a buscarnos? Sé que si nos quedamos aquí moriremos sin remisión. Si tratara de trasladar a mi madre inmediatamente, fallecería en el camino. Y si cuando mejore, no sé cómo, encontráramos el modo de dar con los caminos correctos y recorrer las muchas muchas millas que nos separan del mar, ustedes ya habrían llegado a Francia y nos separaría un mar inmenso, que incluso para los marineros resulta hostil. ¿Qué no sería para mí, una mujer que jamás en su vida ha navegado, que jamás ha visto el océano? El mar nos aprisionaría en esta tierra y quedaríamos solas, solas, sin ayuda. Mejor morir donde estamos. Apenas puedo escribir; no logro detener mis lágrimas, que no vierto por mí. Deposito mi confianza en Dios. Y si llegara lo peor, creo que podría soportarlo incluso sola. Pero mi madre, mi madre enferma, mi madre querida, que nunca, desde que nací, me ha dedicado una mala palabra, que se ha mostrado paciente ante mis muchos sufrimientos... Apíádese de

ella, señora, pues si no lo hace morirá una muerte miserable. La gente habla de ella sin respeto porque es vieja y está enferma, como si no hubiéramos todos de pasar por lo mismo, llegados a su edad. Y entonces, cuando los jóvenes envejezcan, pensarán que alguien debe cuidar de ellos. Pero qué absurdo por mi parte escribirle en estos términos. Con todo, cuando la oigo tratando de no lamentarse, cuando la veo sonreír para consolarme, aunque yo sé que sufre; cuando pienso que ignora lo peor, aunque no tardará en saberlo; cuando recuerdo que incluso en ese caso no se lamentará... Y yo trato de adivinar lo que tendrá que soportar, el hambre, la desgracia, y siento que mi corazón está a punto de partirse y no sé qué decir ni qué hacer. Madre mía, madre que tanto me ha dado, que Dios te preserve de este destino. Presérvela usted de él, señora, y Él la bendecirá. Y yo, criatura pobre y desgraciada, se lo agradeceré y rezaré por usted mientras viva.

Su infeliz y abnegada servidora,

Lucy Martin

30 de diciembre de 2097

La carta afectó profundamente a Idris, que al momento propuso que regresáramos a Datchet en auxilio de Lucy y su madre. Yo acepté partir hacia allí sin más dilación, pero le supliqué que ella y los niños se reunieran con su hermano, y en su compañía aguardaran mi regreso. Sin embargo, Idris se sentía muy animada ese día, y llena de esperanza. Declaró que no consentiría separarse de mí y que además no había razón para ello, pues el movimiento del carruaje le hacía bien y la distancia a recorrer era poca. Podíamos enviar mensajeros a Adrian para informarle de la modificación de nuestros planes. Se expresaba con gran convicción, imaginando la gran alegría que proporcionaríamos a Lucy, y declaró que, si iba yo, ella debía acompañarme, y que le desagradaría confiar la misión de rescatarla a otras personas que tal vez la llevaran a cabo fría o inhumanamente. La vida de aquella mujer había sido un camino de devoción y virtud y era bueno que ahora cosechara la pequeña recompensa de descubrir que su bondad era apreciada y sus necesidades cubiertas por aquellos a quienes respetaba y honraba.

Aquellos y otros argumentos los planteaba con amable pertinacia, con un deseo ardiente de obrar todo el bien que estuviera en su poder, ella, Idris, cuya mera expresión de un deseo, cuya petición más nimia, habían sido siempre órdenes para mí. De modo que, como no podía ser de otro modo, consentí desde el momento en que constaté que había puesto su corazón en ello. Enviamos a la mitad de la partida que nos acompañaba al encuentro de Adrian. Y, junto con la otra mitad, nuestro carruaje dio media vuelta y emprendió el camino de regreso a Windsor.

Hoy me pregunto cómo pude estar tan ciego, ser tan insensato como para poner así en peligro la vida de Idris. Pues si hubiera tenido ojos habría visto el implacable

aunque engañoso avance de la muerte en su mejilla febril, en su debilidad creciente. Pero ella me aseguró que se sentía mejor, y yo la creí. La extinción no podía hallarse cerca de una mujer cuya vivacidad e inteligencia aumentaban hora a hora, cuyo cuerpo se veía dotado de un intenso (yo lo creía sinceramente), fuerte y permanente espíritu de vida. ¿Quién, tras un desastre grave, no ha vuelto la vista atrás con asombro ante la inconcebible torpeza de comprensión que le impidió percibir las numerosas hebras diminutas con que el destino teje la red inextricable de nuestros destinos, hasta que se ve atrapado en ella?

Los caminos en los que ahora nos adentrábamos se hallaban en un estado aún peor que el de las calzadas, echadas a perder por falta de mantenimiento. Aquel inconveniente parecía amenazar con la destrucción del frágil cuerpo de Idris. Tras pasar por Hartford, y después de dos días de viaje, llegamos a Hampton. A pesar de lo breve del tiempo transcurrido la salud de mi amada había empeorado ostensiblemente, aunque seguía de buen humor y recibía mis muestras de preocupación con alegres ocurrencias. En ocasiones, una idea surgía en mi mente —«¿se está muriendo?»— cuando posaba su mano blanca, esquelética, en la mía, o cuando tenía ocasión de observar la dificultad con que llevaba a cabo las acciones cotidianas de la vida. Y aunque apartaba aquel pensamiento de mí, como si fuera la demencia la que me lo sugiriera, el pensamiento regresaba a mí una y otra vez, y solo la animación que mostraba lograba disuadirme de su verdad.

Hacia el mediodía, tras abandonar Hampton, nuestro carruaje se rompió. Idris se desmayó del susto, pero volvió en sí y, tras aquel percance, no se produjeron más contratiempos. Nuestro grupo de ayudantes se había adelantado, como de costumbre, y el cochero fue en busca de otro vehículo, ya que el nuestro había quedado inservible. El único lugar cercano era una aldea modesta en la que solo encontró una especie de caravana con capacidad para cuatro personas, aunque bastante incómoda y en mal estado. También pudo hacerse con un cabriolé excelente. No tardamos en idear un plan: yo conduciría a Idris en este y los niños irían en aquel con el cochero. Con todo, las nuevas disposiciones consumieron parte de nuestro tiempo. Habíamos acordado seguir esa noche hasta Windsor, y hacia allí habían partido nuestros asistentes. Antes de aquel punto nos resultaría difícil encontrar alojamiento, y después de todo, la distancia a recorrer, de diez millas, no era considerable. Mi caballo era bueno, de modo que avanzaría a buen paso, con Idris, y permitiría que nuestros pequeños siguieran a una velocidad más acorde con el maltrecho estado de su vehículo.

La noche llegó deprisa, mucho más deprisa de lo que yo esperaba. Apenas se había puesto el sol cuando empezó a nevar intensamente. En vano trataba de proteger a mi amada de la ventisca, que nos azotaba el rostro. La nieve se acumulaba en el suelo, dificultando en gran medida nuestro avance, y la noche era tan negra que, de no ser por el manto blanco que cubría la tierra, apenas habríamos visto el suelo que teníamos delante. La caravana había quedado muy rezagada y transcurrió un largo

rato hasta que constaté que me había alejado de la ruta y me hallaba a varias millas de donde debía encontrarme. Mi conocimiento del terreno me permitió encontrar el camino, pero en lugar de pasar, tal como habíamos acordado, por un atajo que atravesaba Stanwell para llegar a Datchet, me vi obligado a tomar la calzada de Egham y Bishopgate. De modo que, sin duda, no iba a encontrarme con el otro vehículo y no veríamos a nadie hasta que llegáramos a Windsor.

La parte posterior de nuestro cabriolé era abierta, y yo colgué una pelliza en ella para proteger a mi sufriente amada del aguanieve. Ella se apoyaba en mi hombro, cada vez más lánguida y débil. Al principio respondía a mis palabras con expresiones de agradecimiento tiernas y alegres. Pero gradualmente fue sumiéndose en el silencio. La cabeza le pesaba cada vez más y yo solo sabía que seguía con vida por su respiración irregular y sus suspiros frecuentes. Pensé en parar, en colocar el coche en dirección contraria a la fuerza de la tormenta, en guarecernos lo mejor posible de ella hasta que llegara el alba. Pero el viento era gélido y lacerante, y como Idris tiritaba de vez en cuando, y yo sentía también mucho frío, llegué a la conclusión de que no era una buena idea. Al fin me pareció que mi amada se dormía; sueño fatal, inducido por la escarcha. Y en ese momento creí distinguir la forma maciza de una casa de campo recortada en el horizonte oscuro, cerca de donde nos encontrábamos.

—Amor mío —susurré—, resiste un poco más y hallaremos cobijo. Nos detendremos aquí y trataré de abrir la puerta de esta bendita morada.

Mientras pronunciaba aquellas palabras mi corazón se sentía transportado y mis sentidos nadaban en una dicha y un agradecimiento inmensos. Apoyé la cabeza de Idris contra el carruaje y, de un salto, me arrojé sobre la nieve que rodeaba la vivienda, cuya puerta estaba abierta. Disponía de los medios para proporcionarme luz, y al encenderla vi que había llegado a una estancia cómoda, con una pila de leña en una esquina, de aspecto ordenado, salvo por la nieve que la puerta abierta había permitido que se acumulara frente a la entrada. Regresé al cabriolé y el súbito paso de la luz a la oscuridad me cegó momentáneamente. Cuando recuperé la vista... ¡Dios eterno de este mundo sin ley! ¡Muerte suprema! No perturbaré tu reino silencioso ni mancharé mi relato con estériles exclamaciones de horror... Vi a Idris, que había caído de la silla al suelo del coche: la cabeza echada hacia atrás, el pelo largo, como descolgado, un brazo extendido hacia un lado. Sacudido por un espasmo de horror, la tomé en mis brazos y la levanté. No le latía el corazón y de sus labios exangües no brotaba el menor hálito. Entré con ella en la casa y la tendí en el lecho. Encendí el fuego para que sus miembros, cada vez más rígidos, entraran en calor. Durante dos horas traté de devolverle la vida, que ya la había abandonado. Y cuando mi esperanza estaba tan muerta como mi amada, cerré con mano temblorosa sus ojos pétreos. No albergaba dudas sobre lo que debía hacer. En la confusión que había seguido a mi enfermedad, la misión de enterrar a nuestro querido Alfred había recaído sobre su abuela, la reina destronada, y ella, fiel a su afán de mando, lo había trasladado a Windsor y había ordenado que le dieran sepultura en la cripta familiar, en la capilla

de Saint George. De modo que yo también debía seguir hasta el castillo para tranquilizar a Clara, que ya estaría esperándonos, nerviosa... Aunque no podría ahorrarle el desgarrador espectáculo de la muerte de Idris, que llegaba sin vida al término del viaje. Así que primero dejaría a mi amada junto a su hijo, en la cripta, y después acudiría en busca de los pobres niños, que ya estarían esperándome.

Encendí los faroles del carruaje, la envolví en pieles y la coloqué tendida en el asiento. Entonces, tomando las riendas, ordené a los caballos que se pusieran en marcha. Avanzábamos sobre la nieve, que se acumulaba en montículos dificultando el camino, mientras los copos que caían con fuerza redoblada sobre mí me cegaban. El dolor ocasionado por los elementos airados, sumado al frío acero del hielo que me abofeteaba el rostro y penetraba en mi carne doliente, me parecían un alivio, pues adormecían el sufrimiento de mi mente. Los caballos resbalaban y las riendas se me escapaban de las manos. Con frecuencia pensaba en apoyar la cabeza junto al rostro dulce y frío de mi ángel perdido y entregarme así al sopor que me conquistaba. Pero no podía dejarla allí, presa de las aves rapaces. Debía cumplir mi decisión y enterrarla en el sepulcro de sus antepasados, donde un Dios piadoso tal vez me permitiera reposar a mí también.

El camino que transcurría a través de Egham me era familiar, pero el viento y la nieve obligaban a los caballos a arrastrar su carga lenta y torpemente. Súbitamente el viento giró de suroeste a oeste y acto seguido a noroeste. Y lo mismo que Sansón, haciendo acopio de todas sus fuerzas, derribó las columnas que soportaban el templo de los filisteos, así la galerna se sacudió los densos vapores acumulados en el horizonte y me mostró, entre la telaraña rasgada, el claro empíreo y las estrellas que titilaban a una distancia inconmensurable de los campos cristalinos y vertían sus finísimos rayos sobre la nieve. Incluso los caballos se sintieron revivir y tiraron con más fuerza del coche. Entramos en el bosque de Bishopgate, y al final del Gran Paseo divisé el castillo, el «orgullosa Torreón de Windsor, alzándose en la majestad de sus proporciones, rodeado por el doble cinto de sus torres semejantes y coetáneas^[76]». Contemplaba con reverencia la estructura, casi tan antigua como la roca sobre la que se alzaba, morada de reyes, motivo de admiración de los sabios. Con gran respeto y doloroso afecto lo veía como el refugio del gran préstamo de amor que había disfrutado en él junto al tesoro de polvo perecedero e incomparable que ahora yacía frío a mi lado. Y en ese instante podría haber cedido a mi naturaleza frágil y haber llorado. Y, como una mujer, haber emitido amargos lamentos, mientras ante mí aparecían, uno por uno, los árboles tan conocidos, los ciervos, la hierba tantas veces hollada por sus pies etéreos. La verja blanca que se erguía al final del camino estaba abierta de par en par y, tras franquear la primera puerta de la torre feudal, accedí a la ciudad desierta. Ante mí se alzaba la capilla de Saint George, con sus laterales ennegrecidos y calados. Me detuve al llegar frente a la puerta, que estaba abierta. Entré y deposité sobre el altar mi lámpara encendida. Retrocedí y, con gran delicadeza, llevé a Idris hasta el presbiterio y la tendí sobre la alfombra que cubría los

peldaños que llevaban a la mesa de la comunión. Los estandartes de los caballeros de la orden de la Jarretera y sus espadas a medio desenvainar pendían en inútiles blasones sobre los asientos del coro. La enseña de la familia también colgaba allí, todavía rematada por la corona real. ¡Adiós a la gloria heráldica de Inglaterra! Di la espalda a todas aquellas muestras de vanidad sin poder evitar asombrarme al pensar que aquellas cosas pudieran haber despertado el interés de la humanidad. Me incliné sobre el cadáver de mi amada y, mientras contemplaba su rostro, percibí que el rigor de la muerte le contraía los rasgos, y sentí que todo el universo visible se había vuelto tan sombrío, inane y desconsolado como la imagen fría de barro que reposaba junto a mí. Por unos instantes se apoderó de mí una sensación intolerable de negación, de rechazo de las leyes que gobiernan el mundo. Pero la calma aún visible en el rostro de mi amada trajo a mi mente un tono más sosegado y me dispuse a cumplir con el último servicio que era capaz de brindarle. No podía lamentarme por ella, pues la envidiaba por poder disfrutar de «la triste inmunidad de la tumba».

La cripta se había abierto hacía poco para alojar a nuestro Alfred en su interior. La ceremonia, tan habitual en aquellos tiempos, se había celebrado como correspondía, y el suelo de la capilla por el que se accedía al sepulcro no había sido sustituido por otro tras haber sido levantado. Descendí por la escalera y avancé por el largo pasadizo hasta la cripta que contenía los restos de los antepasados de mi Idris. Allí distinguí el pequeño ataúd de mi niño. Con manos apresuradas, temblorosas, construí un catafalco junto a él y coloqué sobre la estructura algunas pieles y mantones de la India, los mismos que habían envuelto a Idris en su último viaje. Encendí la lámpara, que parpadeaba en aquella húmeda morada de los muertos. Deposité a mi amada sobre su lecho final, disponiendo sus miembros en gesto digno, y la cubrí con un manto, dejando solo el rostro sin velar, un rostro que seguía siendo encantador y plácido. Parecía reposar tras un gran cansancio, sus ojos bellos sumidos en un dulce sueño. Mas no era así. ¡Estaba muerta! Con qué intensidad deseé entonces tenderme a su lado, demorarme allí hasta que la muerte me concediera a mí el mismo reposo.

Pero la muerte no acude a la llamada del desgraciado. Yo me había recuperado hacía poco de una enfermedad mortal y mi sangre no había circulado jamás con un flujo tan constante, y mis miembros no habían estado jamás tan llenos de vida. Sentía que mi muerte debía ser voluntaria. ¿Y qué podía haber más natural que el hambre, mientras observaba aquella cámara de mortandad, situada en el mundo de los difuntos, junto a la esperanza perdida de mi existencia? Pero mientras contemplaba su rostro, sus rasgos, que se asemejaban a los de su hermano Adrian, me llevaron a acordarme de los vivos, de su querida amiga, de Clara y de Evelyn, que probablemente ya habrían llegado a Windsor y aguardarían nuestra llegada llenos de impaciencia.

Creí oír un ruido, unos pasos en la capilla lejana, que resonaron en el techo abovedado y llegaron a mí a través de los pasillos huecos. ¿Habría visto Clara mi

carruaje al pasar por la ciudad y habría acudido en mi busca? Si era así, debía ahorrarle al menos la horrible escena que tenía lugar en la cripta. Subí a toda prisa por la escalera y vi una figura femenina, encorvada por los años, vestida con ropas de luto, que avanzaba tambaleante por la capilla en penumbra, a pesar de ayudarse de un fino bastón. Alzó la vista al oírme. La lámpara que sostenía iluminaba mi cuerpo, y los rayos de luna, que se abrían paso a través de las vidrieras, caían sobre su rostro demacrado y surcado de arrugas, al que sin embargo asomaba un gesto autoritario y una mirada severa. Reconocí al instante a la condesa de Windsor, que con voz sorda me preguntó:

—¿Dónde está la princesa?

Le señalé el estrabo levantado y ella, tras acercarse al lugar, clavó la vista en la densa oscuridad, pues la cripta se hallaba demasiado lejos para que la luz de la lámpara que había dejado en ella llegara hasta nosotros.

—Tu luz —me ordenó. Se la di, y ella permaneció un tiempo observando los peldaños, ahora visibles, pero muy empinados, como calculando si sería capaz de descender por ellos. Instintivamente, con un gesto mudo me ofrecí a ayudarla. Pero ella me apartó con ademán desdeñoso y me habló con voz arisca, apuntando abajo.

—Al menos ahí lograré que dejes de molestarla.

Inició el descenso mientras yo, vencido, triste más allá de las palabras, de las lágrimas, de los lamentos, me tendía en el suelo.

El cuerpo de Idris, cada vez más rígido, cerca de mí el semblante mudo, atacado por la muerte, sumido en el reposo eterno, debajo de donde me hallaba. Para mí aquello era el final de todo. Apenas un día antes había imaginado varias aventuras, la unión con mis amigos transcurrido un tiempo. Ese tiempo ya había pasado volando y había alcanzado el límite y la meta de la vida. Así envuelto en tinieblas, encerrado, emparedado, cubierto de un presente omnipotente, me sobresaltaron unos pasos en los peldaños de la cripta, y entonces recordé a la que había olvidado por completo: a mi airada visitante. Su alta figura se alzó despacio del sepulcro como una estatua viviente, rebotante de odio y rencor apasionado. Creí ver que había alcanzado ya el pavimento de la nave. Permaneció inmóvil, tratando de hallar algún objeto con la mirada, hasta que, percibiendo que me hallaba cerca, alargó la mano y la posó en mi brazo.

—¡Lionel Verney, hijo mío!

Que la madre de mi ángel se refiriera a mí con aquel término y en aquellas circunstancias me infundió por la desdeñosa dama más respeto del que jamás había sentido. Incliné la cabeza y le besé la mano arrugada. Al constatar que temblaba violentamente, la conduje hasta el final del presbiterio, donde se sentó en el peldaño por el que se llegaba al trono real. Lo hizo con esfuerzo, y sin soltarme la mano apoyó la cabeza en el trono, mientras los rayos de luna, teñidos por los diversos colores de las vidrieras, se reflejaban en sus ojos húmedos. Consciente de su debilidad y tratando de recobrar al momento el porte digno que siempre había

mantenido, se secó las lágrimas. Pero estas volvieron a asomar a sus ojos cuando me dijo, a modo de excusa:

—Está tan hermosa, y se ve tan plácida, incluso en la muerte. Ni un solo mal sentimiento nubló jamás su rostro sereno. ¿Y cómo la traté yo? Hiriendo su corazón gentil con frialdad salvaje. En los últimos años no le demostré compasión. ¿Me perdonará ahora? De qué poco sirve hablar de arrepentimiento con los muertos. Si en vida suya hubiera atendido sus dulces deseos y amoldado mi huraña naturaleza a su placer, hoy no me sentiría como me siento.

Idris y su madre eran muy distintas. El pelo moreno, los ojos negros y profundos, los rasgos prominentes de la reina contrastaban enormemente con la cabellera rubia, la mirada azul, las líneas delicadas del semblante de su hija. Y sin embargo, en los últimos tiempos la enfermedad había privado a mi niña del perfil delineado de su tez, reduciéndola al hueso que asomaba por debajo. Y en la forma de su cara, en su barbilla ovalada, sí había un parecido con su madre. No, en cierto sentido sus gestos no eran tan distintos, lo que no podía resultar tan asombroso, pues habían vivido juntas muchos años.

Existe un poder mágico en las semejanzas. Cuando alguien a quien amamos muere, deseamos volver a encontrarlo en otro estado y albergamos a medias la esperanza de que la imaginación consiga recrearlo con el mismo aspecto de su vestimenta mortal. Pero esas son solo ideas de la mente. Sabemos que el instrumento se ha roto, que la imagen sensible se encuentra tristemente fragmentada, disuelta en la nada polvorienta; una mirada, un gesto o una forma de los miembros similares a la del muerto, contemplados en una persona viva, pulsan una nota emocionante, cuya armonía sagrada suena en los refugios más recónditos y queridos del corazón. Así yo, curiosamente conmovido, postrado ante aquella imagen espectral, esclavizado por la fuerza de una sangre que se manifestaba en un parecido de gestos y movimientos, permanecía, tembloroso, en presencia de la arisca, orgullosa y hasta entonces nada querida madre de Idris.

¡Pobre mujer! ¡Qué equivocada estaba! Pensaba que recibiría con una sonrisa su ternura exhibida hacía un instante, y con una sola palabra, con aquel gesto de reconciliación, pretendía pagar por todos sus años de severidad. Como la edad ya no le permitía seguir ejerciendo su poder, había aterrizado de pronto en la espinosa realidad de las cosas y sentía que ni las sonrisas ni las caricias eran capaces de alcanzar a quien yacía inconsciente en la cripta ni de ejercer la menor influencia sobre su felicidad. Esta convicción, acompañada del recuerdo de respuestas amables a comentarios venenosos, de gestos bondadosos a cambio de miradas coléricas; de la percepción de la falsedad, insignificancia y futilidad de sus sueños más deseados de cuna y poder; del conocimiento ineludible de que el amor y la vida eran los verdaderos emperadores de nuestra condición mortal, todo, como una marea, cobraba fuerza y llenaba su alma de tormentosa y desconcertante confusión. Y me correspondía a mí ejercer una poderosa influencia sobre ella, aplacar el fiero embate

de aquellas olas tumultuosas. De modo que hablé con ella y le hice recordar lo feliz que había sido Idris, el aprecio y el reconocimiento que sus pasadas virtudes y numerosos dones habían suscitado. Ensalcé al ídolo venerado por mi corazón, al ideal admirado de la perfección femenina. Con ferviente y exuberante elocuencia alivié mi corazón del peso que lo oprimía y desperté a la sensación de un nuevo placer en la vida mientras pronunciaba mi elegía. Luego me referí a Adrian, su amado hermano y único hijo que le quedaba con vida. Declaré —casi las había olvidado—, cuáles eran mis obligaciones respecto de aquellas adoradas porciones de ella misma, y logré que la madre, triste y arrepentida, pensara en el mejor modo de expiar el maltrato que había deparado a los muertos, que no era otro que ofrecer a los supervivientes un amor redoblado. Al consolarla a ella mis propias penas se aplacaron, y mi sinceridad la convenció por completo.

Se volvió para mirarme. La mujer dura, inflexible, persecutora, compuso un gesto dulce y me dijo:

—Si nuestro amado ángel nos está viendo ahora, le alegrará ver que, aunque tarde, te hago justicia. Has sido digno de ella. Y desde lo más hondo de mi corazón me alegro de que te llevaras el suyo lejos de mí. Perdona, hijo mío, por los muchos males que te he causado. Olvida mis palabras crueles y mi trato distante. Llévame contigo y gobiérname a tu antojo.

Aproveché lo sereno del momento para proponerle que abandonáramos la iglesia.

—Cubramos antes la entrada de la cripta —sugirió la condesa.

Nos acercamos a ella.

—¿Deberíamos bajar a verla una vez más? —le pregunté.

—Yo no puedo —respondió—. Y te ruego que tampoco lo hagas tú. No conviene que nos torturemos contemplando el cuerpo sin alma, mientras su espíritu vivo se halla enterrado en nuestros corazones y su belleza sin igual está esculpida en ellos. Duerma o vele, siempre estará presente entre nosotros.

Permanecimos unos instantes en solemne silencio sobre la cripta abierta. Yo consagraría mi vida futura a mantener intacto su amado recuerdo. Juré servir a su hermano y a su hijo hasta mi muerte. El sollozo ahogado de mi acompañante me hizo abandonar mis letanías internas. Arrastré las losas hasta el acceso a la tumba y cerré el abismo que contenía la vida de mi vida. Y entonces, ayudando a caminar a la decrepita plañidera, abandonamos despacio la capilla. Al percibir en el rostro el aire frío sentí que dejaba atrás la guarida feliz de mi reposo para adentrarme en una selva atroz, en un sendero tortuoso; que iniciaba amargamente, sin alegría, una peregrinación desesperada.

Capítulo IV

NUESTRO escolta se había adelantado para completar los preparativos que nos permitirían pasar la noche en la posada que había junto a la pendiente del castillo. No visitaríamos, siquiera brevemente, los salones familiares y las estancias de nuestro hogar. Habíamos abandonado para siempre los claros de Windsor y todos los arbustos, los setos floridos y los arroyos cantarines que modelaban y fortalecían el amor que sentíamos por nuestro país, así como el afecto casi supersticioso que profesábamos a nuestra Inglaterra natal. Nuestra intención era, originalmente, dormir en la posada de Lucy, en Datchet, y tranquilizarla con promesas de ayuda y protección antes de retirarnos a nuestros aposentos a pasar la noche. Pero ahora, al abandonar la condesa y yo la pronunciada pendiente del castillo, vimos a los niños, que acababan de detener su caravana y se hallaban junto a la puerta de la posada. Habían pasado por Datchet sin detenerse. Yo temía el momento de encontrarme con ellos y tener que relatarles mi trágica historia, de modo que, al verlos ocupados en las operaciones de la llegada, los abandoné apresuradamente y, abriéndome paso entre la nieve y el cortante aire iluminado por la luna, avancé todo lo deprisa que pude por el camino de Datchet, que tan familiar me resultaba.

En efecto, todas las casas se alzaban en su lugar acostumbrado, todos los árboles mantenían el aspecto de siempre. La costumbre había grabado en mi memoria todos los recodos y los objetos del trayecto. A poca distancia, más allá del Pequeño Parque, se erguía un olmo casi abatido por una tormenta hacía unos diez años. Y sin embargo, con sus ramas cargadas de nieve se extendía sobre todo el sendero, que serpenteaba a través de un prado, junto a un arroyo poco profundo que la escarcha amordazaba. Aquella linde, aquella verja blanca, aquel roble hueco, que sin duda en otro tiempo perteneció al bosque y que ahora silbaba a la luz de la luna; y al que, por su forma caprichosa, que al atardecer se asemejaba a una figura humana, los niños habían bautizado Falstaff; todos aquellos objetos me resultaban tan conocidos como la chimenea helada de mi hogar desierto, y así como una pared cubierta de musgo y un terreno de bosque cultivado parecen, a ojos inexpertos, idénticos como corderos gemelos, así a mis ojos surgían las diferencias, las distinciones, los nombres. Inglaterra perduraba, aunque se hubiera perdido. Lo que yo contemplaba era el fantasma de una Inglaterra alegre, a la sombra de cuyo follaje se habían cobijado seguras y alegres generación tras generación. Al doloroso reconocimiento de aquellos

lugares se añadía una sensación experimentada por todos y comprendida por nadie, algo así como que en cierto estado menos visionario que un sueño, en alguna existencia pasada, real, yo ya hubiera visto todo lo que veía, y que al verlo hubiera sentido lo mismo; como si todas mis sensaciones fueran un espejo que reflejara una revelación anterior. Para liberarme de aquella sensación opresiva traté de detectar algún cambio en aquel tranquilo lugar. Y, en efecto, mi ánimo mejoró cuando me vi obligado a prestar más atención a los objetos que me causaban dolor.

Llegué a Datchet, a la humilde morada de Lucy, otrora bulliciosa los sábados, o limpia y ordenada los domingos por la mañana, testigo de los trabajos y la pulcritud de su dueña. La nieve ocultaba a medias el umbral, como si la puerta llevara bastantes días sin abrirse. «¿Qué escena de muerte debía representar ahora Roscius?»^[77], murmuré para mis adentros al contemplar las ventanas oscuras. En un primer momento me pareció distinguir luz en una de ellas, pero resultó ser solo el reflejo de la luna en un cristal. El único sonido era el de las ramas de los árboles agitadas por un viento que sacudía de ellas la nieve acumulada. La luna surcaba libre y despejada el éter interminable y la sombra de la casa se proyectaba en el jardín trasero. Entré en él por una abertura y examiné todas las ventanas. Al fin vislumbré un rayo de luz que apenas se filtraba por un postigo cerrado, en una de las habitaciones de la planta superior. Acercarse a una casa y constatar que en ella vivían las mismas personas que antes era toda una novedad. La puerta de entrada no estaba cerrada con llave, de modo que la abrí, entré y ascendí por la escalera iluminada por la luna. La puerta de la habitación de la que provenía la luz estaba entornada, lo que me permitió ver a Lucy trabajando a una mesa sobre la que reposaba un quinqué y diversos objetos de costura. Pero tenía la mano apoyada en el regazo y sus ojos, clavados en el suelo, indicaban que su mente vagaba lejos de allí. La preocupación y el sufrimiento, visibles en su rostro, le restaban parte de su atractivo, pero la sencillez de su vestido y su tocado, su actitud reservada y la única vela que proyectaba luz sobre ella, confirieron por un momento una imagen pintoresca al conjunto. Una realidad temible se impuso a mi pensamiento: sobre la cama yacía una figura cubierta con una sábana. Su madre estaba muerta, y Lucy, separada del mundo, abandonada y sola, velaba el cadáver en la noche cerrada. Entré en el cuarto y mi inesperada aparición provocó un grito de espanto en la única superviviente de una nación difunta. Mas no tardó en reconocermé y se compuso al momento, acostumbrada como estaba a ejercer el control sobre sí misma.

—¿No me esperaba? —le pregunté con la voz queda que la presencia de los muertos nos hace adoptar de manera instintiva.

—Es usted muy bueno —respondió ella— por haber venido personalmente. Jamás podré agradecerse lo bastante. Pero es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —exclamé yo—. ¿Qué quiere decir? No es demasiado tarde para sacarla de este lugar desierto, para llevarla a...

Mi propia pérdida, que había olvidado mientras me dirigía a ella, me obligó a volverme para que no me viera; las lágrimas me impedían hablar. Abrí la ventana y observé el círculo menguante, fantasmal, tembloroso, en lo alto del cielo, y la tierra helada y blanca que se extendía debajo. ¿Vagaba el espíritu de la dulce Idris por el aire cristalizado de luna? No. Seguro que su morada sería más apacible y hermosa.

Me sumí unos instantes en aquellas meditaciones y volví a dirigirme a Lucy, que se había acercado a la cama e, inclinada sobre ella, adoptaba una expresión de desolación resignada, de tristeza absoluta con la que parecía conformarse, lo que resulta siempre más conmovedor que las muestras desbocadas de dolor y las exageradas gesticulaciones de la pena. Mi deseo era alejarla de allí, pero ella se oponía a mi deseo. Las personas cuya imaginación y sensibilidad nunca se han apartado del estrecho círculo que se presenta ante ellas, si es que poseen esas cualidades en alguna medida, poseen la capacidad de ejercer su influencia en las mismas realidades que parecen destruirlas y de aferrarse a ellas con tenacidad doble, al no ser capaces de concebir nada más allá. Así, Lucy, sola en Inglaterra, en un mundo muerto, deseaba llevar a cabo las ceremonias fúnebres habituales en las zonas rurales inglesas cuando la muerte era una visita escasa y nos dejaba tiempo para recibir su temible usurpación con pompa y circunstancia, avanzando en procesión para entregarle en mano las llaves de las tumbas. Con algunos de aquellos ritos ya había cumplido, a pesar de hallarse sola, y la labor en que la descubrí inmersa a mi llegada no era sino la confección del sudario de su madre. Se me encogió el corazón ante aquel lúgubre detalle, que las mujeres soportan algo mejor, pero que al espíritu de los hombres resulta más doloroso que el más feroz de los combates o que los zarpazos de una agonía intensa pero pasajera.

Aquello no podía ser, le dije. Y entonces, para mejor persuadirla, le hablé de mi pérdida reciente y le sugerí que debía acompañarme para hacerse cargo de los niños huérfanos, a los que la muerte de Idris había privado de los cuidados de una madre. Lucy jamás ignoraba la llamada del deber, de modo que aceptó y, tras cerrar las contraventanas y las puertas con cuidado, me acompañó a Windsor. Durante el trayecto me refirió los detalles de la muerte de su madre. Ya fuera porque el azar la había llevado a descubrir la carta que su hija había escrito a Idris, ya fuera porque había oído su conversación con el campesino encargado de entregársela en mano, lo cierto es que la anciana tuvo conocimiento de la horrible situación en que se encontraban ella y su hija, y su envejecido cuerpo no resistió la angustia y el horror que aquel descubrimiento le inspiraban. No se lo comunicó a Idris, pero pasaba las noches en vela, hasta que la fiebre y el delirio, veloces heraldos de la muerte, revelaron el secreto. Su vida, que durante tanto tiempo había avanzado, tambaleante, hacia la extinción, se rindió al punto a los efectos combinados de la desgracia y la enfermedad, y esa misma mañana había muerto.

Tras las emociones tumultuosas del día, me alegró descubrir, a nuestro regreso a la posada, que mis compañeros de viaje ya se habían retirado a descansar. Dejé a

Lucy a cargo de la criada de la condesa, y yo mismo busqué reposo a mis frentes diversos e impacientes reproches. Por unos momentos los acontecimientos del día recorrieron mi mente en desastrosa procesión, hasta que el sueño los sumió en el olvido. Cuando amaneció y desperté, me pareció que mi sueño había durado años enteros.

Mis acompañantes no gozaron del mismo olvido. Los ojos de Clara indicaban que había pasado la noche llorando. La condesa parecía exhausta y ajada. Su espíritu firme no había hallado alivio en las lágrimas y su sufrimiento era mayor por culpa de los recuerdos dolorosos y los terribles remordimientos que la acechaban. Partimos de Windsor tan pronto como se hubo celebrado la ceremonia fúnebre por la madre de Lucy y, urgidos por el deseo impaciente de cambiar de escenario, nos dirigimos a Dover sin más demora, gracias a los caballos de que nuestro escolta nos había provisto. Se trataba de monturas que encontró bien en los cálidos establos en los que instintivamente se habían refugiado a la llegada del frío, bien de pie, ateridos en los campos gélidos, dispuestos a entregar su libertad a cambio de la mazorca que él les alargaba.

Durante nuestro trayecto la condesa me relató las circunstancias extraordinarias que la llevaron a ponerse de mi parte en el presbiterio de la capilla de Saint George, para gran asombro mío. La última vez que había visto a Idris, al despedirse de ella y contemplar su rostro pálido, su cuerpo exangüe, tuvo de pronto el convencimiento de que aquella era la última vez que la veía. Le resultaba muy duro separarse de su hija dominada por aquella sensación, de modo que, por última vez, trató de persuadirla para que se entregara a sus cuidados, dejando que yo me uniera a Adrián. Pero Idris rechazó cortésmente su ofrecimiento, y así se separaron. La idea de que ya no volverían a verse regresó a la mente de la condesa y ya no volvió a abandonarla. Mil veces pensó en dar media vuelta y unirse a nosotros, pero el orgullo y la ira de las que era esclava se lo impedían. Activa de corazón como era, de noche empapaba la almohada con su llanto y de día se veía poseída de una agitación nerviosa y creía presentir el temido suceso, temor al que no lograba poner freno. Me confesó que en esa época el odio que sentía por mí no conocía límites, pues me consideraba el único obstáculo para el logro de su mayor deseo: cuidar de su hija en sus últimos momentos. Deseaba expresar sus temores a Adrian y buscar consuelo en su comprensión o valor en el rechazo de sus augurios.

Tras su llegada a Dover pasearon juntos por la playa, y gradualmente, tanteando el terreno, guio la conversación hasta el punto deseado, momento en el que, cuando se disponía a comunicarle sus temores a Adrian, el mensajero que les llevaba mi carta informando de nuestro regreso temporal a Windsor se presentó ante ellos. El hombre realizó una somera descripción del estado en que nos había dejado y añadió que a pesar de la alegría y el coraje de *lady* Idris, temía que no llegara con vida a Windsor.

—¡Cierto! —exclamó la condesa—. ¡Tus temores son fundados, está a punto de expirar!

Mientras hablaba, mantenía los ojos fijos en el hueco de un acantilado que por su forma se asemejaba a una tumba, y en ese momento, según me contó ella misma, vio a Idris avanzar lentamente hacia la cueva. Se alejaba de ella, con la cabeza gacha y el mismo vestido blanco que solía llevar, aunque en este caso se tocaba la cabellera rubia con un velo que parecía de gasa y que la ocultaba como una neblina ligera y transparente. Parecía vencida, entregada dócilmente a un poder que la arrastraba. Y entraba en la caverna, sumisa, y se perdía en su oscuridad.

—De haber sido yo dada a las visiones —prosiguió la venerable dama—, habría dudado de lo que veían mis ojos y habría condenado mi propia credulidad. Pero la realidad es el mundo en el que vivo, y no me cabe duda de que lo que vi poseía una existencia más allá de mí misma. Desde ese instante no hallé descanso. Merecía la pena arriesgar mi vida por verla una vez más antes de su muerte. Sabía que no lo lograría, pero debía intentarlo. Partí de inmediato rumbo a Windsor, y aunque sabía que viajábamos a gran velocidad, me parecía que avanzábamos a paso de serpiente y que los retrasos surgían solo para perjudicarme a mí. Seguía acusándote y acumulaba en tu cabeza las cenizas encendidas de mi ardiente impaciencia. No fue, pues, una decepción —aunque sí me causó un hondo dolor— que me mostraras su última morada. Las palabras no sirven para expresar el desprecio que sentí en ese momento hacia tu persona, impedimento triunfante de mis más fervientes deseos. Pero al verla, la ira, el odio y la injusticia murieron en aquel catafalco y dieron lugar, al ausentarse, a un remordimiento (¡Dios santo, cuánto remordimiento sentía!) que durará mientras duren mi memoria y mis sentimientos.

Para aplacar ese remordimiento, para impedir que el amor que nacía, que la nueva amabilidad produjeran el mismo fruto amargo que el odio y la antipatía habían creado, dediqué todos mis esfuerzos a calmar a la venerable penitente. El nuestro era un grupo melancólico. Todos nos sentíamos poseídos por el pesar de lo irremediable. La ausencia de su madre ensombrecía incluso la alegría infantil de Evelyn. Sumándose a todo lo demás, acechaba la incertidumbre por nuestro futuro. Antes de entregarse a un cambio voluntario de gran envergadura la mente vacila, ahora aliviándose en la ferviente expectación, ahora arredrándose ante obstáculos que parecen no haberse presentado nunca con aspecto tan temible. Un temor involuntario se apoderaba de mí cuando pensaba que, transcurrido un día, podíamos haber cruzado ya la barrera de agua e iniciar nuestro vagar desesperado e interminable, que escaso tiempo atrás yo veía como único alivio a nuestra tristeza que nuestra situación nos permitía.

Nuestra aproximación a Dover fue recibida con los rugidos de un mar invernal, que oímos ya varias millas antes de acercarnos a la costa y que, con su excepcional estruendo, transmitía a nuestras moradas estables una sensación de inseguridad y peligro. Al principio casi no nos permitimos pensar que aquella guerra tremenda de aire y agua podía causarla alguna erupción anormal de la naturaleza y quisimos creer que lo que oíamos era lo que ya habíamos oído mil veces antes, al observar las olas

coronadas de espuma, empujadas por los vientos, que arribaban con sus lamentos de muerte a playas desoladas y acantilados rocosos. Pero al avanzar un poco más descubrimos que Dover se hallaba inundado; muchas de las casas no habían resistido los embates de unas aguas que llenaban las calles y que, con espantosos rugidos, se retiraban a veces, dejando el suelo de la ciudad desnudo, hasta que de nuevo el flujo del océano empujaba y las olas regresaban con su sonido atronador a ocupar el espacio usurpado.

Apenas menos alterada que el tempestuoso mundo de las aguas se hallaba la congregación de seres humanos que, temerosos, desde el acantilado observaban el avance del oleaje. La mañana de la llegada de los emigrantes que viajaban bajo la tutela de Adrian, el mar había amanecido sereno, liso como un espejo, y las escasas ondas reflejaban los rayos de sol, que bañaban con su brillo el aire azul, claro, gélido. El aspecto plácido de la naturaleza se tomó como buen augurio para el viaje, y el jefe de la expedición se dirigió al momento al muelle para examinar dos barcos de vapor que se encontraban allí atracados. Pero en la noche siguiente, cuando todos dormían, una pavorosa tormenta de viento, lluvia torrencial y granizo los sorprendió, y alguien, en la calle, empezó a gritar que debían despertar todos o se ahogarían. Y todos salieron a medio vestir para descubrir el motivo de la alarma, y vieron que la pleamar, más crecida de lo que era habitual, se adentraba en la ciudad. Subieron a lo alto del acantilado, pero la oscuridad solo les permitía distinguir la espuma de las olas, mientras el viento atronador combinaba sus gritos, en siniestra armonía, con las desbocadas embestidas del oleaje. El imponente estado de las aguas, la inexperiencia absoluta de muchos, que jamás habían visto el mar, los gritos de las mujeres y los llantos de los niños se añadían al horror del tumulto.

La misma escena se mantuvo durante todo el día siguiente. Con la bajamar la localidad quedó seca, pero al subir de nuevo la marea, esta creció incluso más que la noche anterior. Las grandes embarcaciones que se pudrían, varadas en tierra, eran arrancadas de sus amarres y arrastradas contra los acantilados, mientras que los barcos atracados en el puerto iban a parar a tierra como algas muertas, y allí se partían en pedazos al estrellarse contra la orilla. Las olas morían contra el acantilado, que si en algún punto tenía alguna roca algo suelta, cedía, y los espectadores, aterrorizados, veían que porciones de tierra se desmoronaban y caían con gran estrépito al agua. Aquel espectáculo afectaba de modo distinto a la gente. La mayor parte lo atribuía al juicio de Dios, que trataba así de impedir o castigar nuestra emigración de la tierra que nos había visto nacer. Pero muchos se mostraban doblemente dispuestos a escapar de aquel confín del mundo que se había convertido en su cárcel y que parecía incapaz de resistir los ataques de unas olas gigantescas.

Cuando nuestro grupo llegó a Dover, tras un día de viaje agotador, a todos nos hacía falta reposar y dormir. Pero la escena que tenía lugar a nuestro alrededor no tardó en disuadirnos de nuestro propósito. Junto con la mayor parte de nuestros compañeros, nos sentimos atraídos hacia el borde del acantilado para escuchar el

rugido del mar y entregarnos a mil conjeturas. La niebla reducía nuestro horizonte a un cuarto de milla, aproximadamente, y aquel velo, frío y denso, envolvía cielo y tierra con idéntica penumbra. Lo que incrementaba nuestra inquietud era el hecho de que dos tercios del total de viajeros nos aguardaran ya en París, lo que, sumándose a los demás contratiempos, llenaba sin duda de temor a nuestra división, lo mismo que a nosotros, al ver que el mar indómito e implacable se extendía ante nosotros. Al fin, tras caminar de un lado a otro del acantilado durante horas, nos retiramos al castillo de Dover, bajo cuyo techo nos guarecíamos todos los que respirábamos aire inglés y buscábamos entregarnos a un sueño reparador de cuerpo y espíritu, de fuerzas y valor.

A primera hora de la mañana del día siguiente Adrian me despertó con la buena noticia de que los vientos habían cambiado y ya no eran del suroeste, sino del noreste. El cielo, con el vendaval, había amanecido despejado de nubes, y la marea, en su receso, se había retirado por completo de la ciudad. Con todo, el cambio del viento había enfurecido más el mar, que no obstante había abandonado el tono oscuro y profundo de los últimos días por un verde intenso y brillante. A pesar de que su clamor no disminuía, su aspecto más alegre inspiraba esperanza y placer. Dedicamos todo el día a contemplar el incesante oleaje, y hacia el ocaso, el deseo de descifrar la promesa del mañana en el sol poniente nos llevó a congregarnos todos al borde del acantilado. Cuando el poderoso astro se hallaba a escasos grados del horizonte enturbiado por una tormenta, súbitamente, ¡oh, maravilla!, otros tres soles, brillantes y ardientes por igual, surgieron de varios cuadrantes del cielo hacia el gran orbe, arremolinándose en su derredor. El resplandor de la luz nos deslumbraba y el sol parecía sumarse a la danza, mientras el mar reverberaba como un horno, como un Vesubio en erupción cuya lava incandescente fluyera a sus pies. Hubo caballos que, aterrorizados, abandonaron sus establos, y vacas que, presas del pánico, corrieron hasta el borde del acantilado y, cegadas por la luz, se arrojaron al vacío y cayeron al agua entre mugidos de espanto. El tiempo que duró la aparición de aquellos meteoros fue relativamente breve. De pronto los tres falsos soles se unieron en uno solo y se hundieron en el mar. Segundos después un chapoteo ensordecedor, sostenido, espantoso, nos llegó desde el punto por el que habían desaparecido.

Entretanto el sol, libre de sus extraños satélites, avanzaba con su acostumbrada majestad hacia su hogar de poniente. Cuando —ya no nos fiábamos de nuestros ojos, deslumbrados, pero eso parecía— el mar se alzó para ir su encuentro, ascendió más y más, hasta que la esfera ardiente se oscureció, a pesar de lo cual el muro de agua siguió elevándose sobre el horizonte. Parecía como si de pronto el movimiento de la tierra nos resultara perceptible, como si ya no estuviéramos sujetos a antiguas leyes y fuéramos a la deriva en una región ignota del espacio. Muchos gritaban en voz alta que no se trataba de meteoros, sino de globos de materia incandescente que habían incendiado la tierra y provocado que la inmensa caldera que ardía bajo nuestros pies hirviera y elevara unas olas gigantescas. Sostenían que había llegado el día del Juicio y que en muy breve tiempo seríamos llevados ante el severo rostro del juez

omnipotente. Mientras, los menos dados a los terrores visionarios, aseguraban que dos borrascas en conflicto eran las causantes del fenómeno que acabábamos de observar. Para avalar su opinión hacían notar que el viento del este había cesado y que las ráfagas procedentes del oeste unían su desgarrador aullido al rugir de las olas. ¿Resistiría el acantilado ese nuevo embate? ¿No era la ola gigante que se acercaba más alta que el precipicio? ¿No quedaría nuestra pequeña isla inundada tras su ataque? La multitud huía despavorida, se dispersaba por los campos, se detenía de vez en cuando para mirar atrás, presa del horror. Una sublime sensación de temor reverencial apaciguaba los latidos veloces de mi corazón. Aguardaba la llegada de la destrucción augurada con la resignación solemne que nace de una necesidad inevitable. El océano adoptaba un aspecto cada vez más terrorífico y el atardecer se veía tamizado por la red que el viento del oeste extendía sobre el cielo. Con todo, gradualmente, y a medida que al ola avanzaba, su apariencia se volvía menos amenazadora. Alguna corriente subterránea, algún obstáculo en el lecho de las aguas, frenaba su avance, e iba perdiendo fuerza paulatinamente. Al ir disolviéndose en ella, despacio, toda la superficie del mar se elevaba. Ese cambio nos libró del temor a una catástrofe inmediata, aunque seguíamos preocupados por lo que acabaría sucediendo. Pasamos la noche observando la furia del mar y el avance de las nubes, entre cuyos claros unas pocas estrellas brillaban con fuerza. El estruendo causado por los elementos en conflicto nos impedía conciliar el sueño.

La misma situación se mantuvo durante tres días y tres noches. Los corazones más duros se arredraban ante la enemistad desbocada de la naturaleza. Empezaban a escasear las provisiones, aunque todos los días salían grupos a buscarlas por las aldeas vecinas. En vano tratábamos de convencernos de que no existía nada anómalo en lo que presenciábamos. Nuestro destino abrumador y desastroso volvía cobardes a los más valientes de entre nosotros. La muerte llevaba demasiados meses acechándonos y nos había acorralado en aquella estrecha franja de tiempo en la que ahora nos alzábamos. Muy estrecha, sí, y asediada por las tormentas, era nuestra cornisa colgada sobre el gran mar de la calamidad...

Como un acantilado que, orientado al norte,
está por todas partes batido por las olas durante el invierno,
así también contra este se abaten violentamente
terribles desgracias que, acompañándole siempre,
se rompen como olas,
unas desde donde se pone el sol,
otras desde donde se levanta^[78].

Hacía falta algo más que energía humana para resistir las amenazas de destrucción que nos rodeaban por todas partes.

Tras aquellos tres días la galerna se extinguió, la gaviota volvió a navegar sobre el pecho sereno de la atmósfera en calma y la última hoja amarilla de la rama más alta del roble permaneció inmóvil. El mar ya no se agitaba con furia, aunque aún se henchía a intervalos en su avance hacia la costa, y tras barrer la orilla rompía sordamente en la arena, olvidado ya el rugido constante de los días pasados. El cambio nos infundía esperanzas y no dudábamos de que, transcurridas algunas jornadas, el agua recobraría su tranquilidad. El atardecer del cuarto día vino a reforzar nuestra idea, pues el sol se puso en un cielo claro y dorado. Mientras contemplábamos el mar púrpura, radiante, más abajo nos sentimos atraídos por un espectáculo inédito: una mancha negra —que al acercarse resultó ser una barca— cabalgaba en lo alto de las olas, descendía a intervalos sus pronunciadas laderas y se perdía en sus valles. Seguimos su rumbo con inquietud y curiosidad, y al ver que, sin duda, se acercaba a nuestra costa, descendimos al único amarre practicable y plantamos una señal para indicárselo. Con ayuda de lentes distinguimos a la tripulación, formada por nueve hombres, ingleses, que en realidad pertenecían a las dos divisiones de nuestra gente, las que nos habían precedido, que llevaban varias semanas en París. Como paisanos que no esperan encontrarse en un país lejano, recibimos a nuestros visitantes, a su llegada, con los brazos abiertos y grandes muestras de alegría. Ellos, por su parte, no parecían querer saludarnos con la misma calidez y estaban huraños y resentidos, tanto como el mar iracundo que habían atravesado con gran peligro, aunque al parecer menos enojados con nosotros que entre ellos. Resultaba raro ver a aquellos seres humanos, que parecían haber brotado de la tierra como plantas extraordinarias e inestimables, dominados por las pasiones violentas y el espíritu de la confrontación. Su primera exigencia fue presentarse ante el señor Protector de Inglaterra, pues así llamaron a Adrian, aunque este hubiera renunciado ya a aquel título desprovisto de sentido, pues le parecía una burla amarga de la sombra a la que el Protectorado había quedado reducida. Y así, los condujeron al castillo de Dover, desde cuya torre del homenaje Adrian había observado la aproximación de la barca. Los recibió con interés y asombro por lo inesperado de la visita. Como todos deseaban hablar primero y trataban de imponerse airadamente sobre los demás, tardamos un tiempo en averiguar el significado de aquella escena. Gradualmente, a partir de las furiosas declamaciones de uno, de las vehementes interrupciones de otro, de los comentarios despectivos de un tercero, supimos que eran los representantes de nuestra colonia en París, de las tres facciones allí formadas, y que, dada su enconada rivalidad, habían sido enviados a ver a Adrian, que debía officiar de árbitro. Así, habían viajado desde París hasta Calais, atravesando ciudades desiertas y paisajes desolados, dedicándose unos a otros sus manifestaciones de odio violento. Y ahora exponían sus varios litigios con sectarismo renovado.

Interrogando a los tres representantes por separado y tras muchas pesquisas, llegamos a conocer el verdadero estado de las cosas en París. Desde que el Parlamento lo había escogido como representante de Ryland, todos los ingleses

supervivientes se habían sometido a Adrian. Él era nuestro comandante, el que debía alejarnos de nuestro país natal para llevarnos a tierras desconocidas, nuestro legislador, nuestro salvador. En el diseño de nuestro primer plan de emigración no contemplamos una separación prolongada de nuestros miembros; el mando de todo el contingente, en su ascenso gradual de poder, tenía su ápice en el conde de Windsor. Pero circunstancias imprevistas nos habían obligado a cambiar de planes, lo que hizo que gran parte de los emigrantes se vieran separados de su jefe supremo por el espacio de casi dos meses. Habían viajado en dos grupos segregados, y a su llegada a París habían surgido diferencias.

Los emigrantes encontraron desierta la capital de Francia. Al principio, cuando se declaró la peste, el regreso de viajeros y mercaderes y las comunicaciones por carta nos mantenían informados de los estragos que la enfermedad causaba en el continente. Pero con el incremento de la mortalidad, el intercambio de noticias declinó hasta desaparecer. Incluso en territorio inglés, la correspondencia entre las diversas partes del país resultaba lenta y escasa. Ningún barco recorría el canal que separaba Dover de Calais, y si algún viajero melancólico, deseoso de saber si sus familiares seguían con vida o habían muerto, se aventuraba y zarpaba de la costa francesa para regresar a su país, era frecuente que mar hambriento se tragara su pequeño bote, o que tras un día o dos sintiera los efectos de la infección y muriera sin tiempo para relatar la desolación que se vivía en Francia. Así, vivíamos hasta cierto punto ignorantes del estado de las cosas en el continente y no desesperábamos por completo de hallar a numerosos compañeros en su vasto espacio. Pero las mismas causas que habían diezmado tan pavorosamente la nación inglesa se habían ensañado con mayor ahínco en la tierra hermana. Francia estaba arrasada. En la larga calzada que unía Calais con París no habían encontrado a un solo ser humano. En París sí había algunos, tal vez un centenar que, resignados a su inminente destino, vagaban por las calles de la capital y se reunían a conversar sobre los viejos tiempos con esa vivacidad e incluso alegría que raramente abandona a los individuos de ese país.

Los ingleses habían tomado posesión de París sin la menor resistencia. Sus altos edificios y sus calles estrechas estaban muertos. Algunas figuras pálidas aparecían en la zona de las Tullerías, y se preguntaban por qué los isleños se dirigían a su ciudad condenada, pues en los excesos de la desgracia, quienes la sufren siempre imaginan que la parte de la calamidad que les ha tocado es la peor, como cuando alguien siente un dolor intenso en una zona del cuerpo, y preferiría cambiar su tortura particular por cualquier otra que afectara a otra zona. Así, los franceses escuchaban la explicación de los emigrantes —que les hablaban de sus motivos para abandonar su tierra natal— encogiéndose de hombros, casi desdeñosos, y les aconsejaban que regresaran a su isla. «Volved, volved —les decían— allá donde las brisas marinas y la lejanía del continente conceden cierta promesa de salud. Si la peste entre vosotros ha abatido a cientos, aquí ha abatido a miles. ¿No veis que vuestro número es superior al nuestro? Hace un año habríais hallado solo a los enfermos enterrando a los muertos. Ahora nos

sentimos más felices, pues la batalla principal ya se ha librado, y los pocos que veis aquí aguardamos pacientes el golpe final. Pero vosotros, que no os conformáis con la muerte, no respiréis más el aire de Francia o pronto formaréis parte de su suelo».

Así, amenazando con usar la espada, habrían apartado a los que hubieran escapado del fuego. Pero mis compatriotas consideraban inminente el peligro que dejaban atrás, y el que se presentaba ante ellos, dudoso y distante. Y pronto surgieron otros sentimientos que hicieron olvidar el miedo o que lo sustituyeron por pasiones que no deberían haber tenido lugar entre la hermandad de supervivientes de un mundo agonizante.

La división más numerosa de emigrantes, que fue la que llegó primero a París, asumió la superioridad de rango y poder. La segunda, por su parte, impuso su independencia. Un tercer grupo fue fundado por un sectario, un autoproclamado profeta que, aunque atribuía todo poder y autoridad a Dios, luchaba por que sus camaradas dejaran en sus manos el mando real. Esta tercera división era la que estaba formada por un número menor de individuos, pero su unidad de propósito era mayor, lo mismo que su grado de obediencia a su guía y que su fortaleza y coraje.

Mientras la peste causaba sus estragos en el mundo, los maestros de religión fueron adquiriendo un gran poder, un poder para hacer el bien, si se dirigía correctamente, o para causar incalculables males si el fanatismo y la intolerancia guiaban sus esfuerzos. En aquel caso concreto, era el peor de los dos poderes el que movía al profeta. Se trataba de un impostor en todos los sentidos de la palabra. Un hombre que a una edad temprana había perdido, por culpa de su sumisión al vicio, todo sentido de la rectitud y la autoestima. Alguien que, cuando la ambición despertó en él, se rindió a su influencia libre de todo escrúpulo. Su padre había sido predicador metodista, un hombre entusiasta de intenciones sencillas, pero cuyas doctrinas perniciosas habían contribuido a destruir todo atisbo de conciencia en su hijo. Durante el avance de la peste, este había ideado varios planes para obtener adeptos y poder. Adrian había tenido conocimiento de ellos y los había sofocado. Pero en París, Adrian se hallaba ausente. El lobo se vestía con piel de cordero y el rebaño consentía el engaño. Había formado una facción durante las semanas que llevaba en París, una secta que propagaba con gran celo la creencia en su divina misión y que creía que solo alcanzarían la seguridad y la salvación quienes depositaran su confianza en él.

Una vez surgido el espíritu de disensión, las causas más frívolas lo activaban. La primera de las divisiones, a su llegada a París, había tomado posesión de las Tullerías. La conveniencia y un sentimiento de camaradería habían llevado a la segunda a buscar alojamiento en sus inmediaciones. Surgió entonces un litigio respecto de la distribución del pillaje: los jefes del primer grupo exigían que todo les fuera entregado a ellos, algo que el segundo se negó a cumplir. Y así, cuando los integrantes de ese segundo grupo emprendieron una expedición de saqueo, los del primero cerraron las puertas de la ciudad y los dejaron fuera. Tras superar aquel contratiempo, se dirigieron en formación hacia las Tullerías, donde descubrieron que

sus enemigos ya habían sido expulsados por los Elegidos, como se llamaban a sí mismos los integrantes de aquella secta fanática, que se negaban a admitir en el palacio a nadie que no abjurara antes de toda obediencia que no fuera obediencia a Dios y a su representante en la tierra, su jefe. Aquel fue, pues, el origen de la trifulca, que alcanzó tales dimensiones que las tres divisiones, armadas, se encontraron en la Place Vendôme, las tres decididas a someter por la fuerza la resistencia de sus adversarios. Se congregaron, los mosquetones estaban cargados y con ellos incluso apuntaban al pecho de quienes consideraban enemigos. Una palabra habría bastado. Y allí, los últimos individuos de la humanidad habrían enterrado sus almas en el crimen del asesinato y se habrían manchado las manos con la sangre de sus congéneres. Al fin, una sensación de vergüenza, así como el recuerdo de que no era solo su causa la que estaba en juego, sino también la existencia misma de la raza humana, se abrió paso en el pecho del jefe de la división más numerosa. Era consciente de que si se producían bajas en las filas de todos, no podrían reclutar a más soldados; de que cada hombre era una piedra preciosa engarzada en una corona real que, si se destruía, ni de las entrañas mismas de la tierra podría extraerse otra igual. Él era un hombre joven y había actuado solo por presunción, por imponer su rango y su superioridad a los demás aspirantes. Pero ahora se arrepentía de su comportamiento y sentía que toda la sangre que estaba a punto de ser derramada caería sobre su conciencia. En un impulso repentino, espoleó su caballo para que se situara entre las dos facciones y, tras atar un pañuelo blanco a la punta de la espada, lo alzó indicando que deseaba parlamentar. Los jefes de las partes contrarias acataron su señal. El joven habló con emoción: les recordó la promesa que todos habían pronunciado, la de someterse al señor Protector. Declaró que su encuentro era un acto de traición y amotinamiento. Admitió que se había dejado llevar por la pasión pero que se había serenado a tiempo. Propuso que las tres facciones enviaran representantes a encontrarse con el conde de Windsor, para dirimir con él sus diferencias y someterse a su decisión. Su propuesta fue aceptada y los jefes convinieron en retirarse y en reunirse de nuevo en algún lugar neutral —una vez los grupos hubieran sido llamados a consultas— para ratificar la tregua. En la reunión que posteriormente celebraron los tres jefes, el plan se ultimó. El dirigente de los fanáticos se negó a admitir el arbitrio de Adrian. Así, no enviaría representantes, sino más bien embajadores, y lo haría para exponer sus exigencias, y no para pedir permiso sobre nada.

La tregua se mantendría hasta el uno de febrero, fecha en que las facciones volverían a encontrarse en la Place Vendôme. Era, por tanto, de gran importancia que Adrian llegara a París antes de esa fecha, pues la balanza podía decantarse por muy poca diferencia y tal vez la paz, asustada por las luchas intestinas, no regresara sino para encontrarse con la silenciosa muerte. Era 28 de enero y ninguno de los barcos anclados en las inmediaciones de Londres había resistido la furia de las tormentas que acabo de relatar. Con todo, nuestro viaje no admitía demora. Aquella misma noche

Adrian y yo, junto con otras doce personas, entre asistentes y amigos, zarpamos de la costa inglesa en la embarcación que había traído a los representantes. Nos turnamos a los remos, y el motivo inmediato de nuestra partida, al proporcionarnos abundantes temas de conjetura y conversación, impidió que la sensación de que abandonábamos nuestro país natal, la Inglaterra despoblada, por última vez, calara muy hondo en las mentes de la mayoría de los tripulantes. La noche era serena y estrellada y la silueta oscura de nuestro país seguía mostrándonos a intervalos, cuando las olas levantaban el casco de nuestra embarcación. Yo remaba con fuerza para impulsarla y, mientras las aguas lamían los costados con un sonido triste, alcé la mirada y contemplé Inglaterra con melancólico afecto, por última vez, rodeada de mar, y forcé los ojos para no perder de vista aún el alto acantilado, que se erguía para proteger aquella tierra de heroísmo y belleza de los embates del océano que, turbulento como se había mostrado últimamente, requería de unas murallas ciclópeas que lo detuvieran. Una gaviota solitaria volaba en círculos sobre nuestras cabezas, en busca de su nido en algún saliente del precipicio. «Sí, tú volverás a visitar la tierra en que naciste —pensé—. ¡Pero nosotros no, nunca más! Tumba de Idris, adiós. Cripta donde mi corazón queda sepultado, adiós para siempre».

Pasamos doce horas en el mar, pues el oleaje nos obligó a consumir todas nuestras fuerzas. Al fin, impulsados solo por nuestros remos, llegamos a la costa francesa. Las estrellas casi no alumbraban y la mañana gris arrojaba un delgado velo sobre los cuernos plateados de la luna. El sol salió, grande, rojo, desde el mar, mientras nos hallábamos en los arenales de Calais. Nuestra principal preocupación era proveernos de caballos, y aunque fatigados tras una noche entera de vigilia y esfuerzos, varios miembros de nuestro grupo partieron de inmediato a su encuentro en los campos de la llanura abierta y ahora desolada que se extendía ante Calais. Como hacían los marineros, nos dividimos en turnos, y algunos reposaron mientras los demás preparaban el alimento matutino. La avanzadilla regresó a mediodía con solo seis caballos, a lomos de los cuales Adrian, yo y otros cuatro miembros de nuestra expedición proseguimos viaje hacia la gran ciudad, que sus habitantes habían declarado capital del mundo civilizado. Nuestras monturas, a causa de su prolongada libertad, se habían asilvestrado casi por completo, y atravesamos la llanura de Calais a gran velocidad. Desde un alto cercano a Boulogne me volví una vez más para contemplar Inglaterra. La naturaleza la había cubierto con un manto de neblina, los acantilados quedaban ocultos y entre ella y nosotros se extendía aquella barrera marina que ya nunca cruzaríamos. Yacía sobre la planicie del océano

en medio del gran lago, de cisnes nido^[79].

Destruído el nido, ¡ay!, los cisnes de Albión habían muerto para siempre. Una roca deshabitada en el ancho Pacífico que hubiera permanecido desierta desde la creación,

sin nombre, sin lugar en el mapa, contaría tanto en la historia futura como la desolada Inglaterra.

Nuestro viaje se vio interrumpido por mil obstáculos. Cuando nuestros caballos se cansaron, tuvimos que buscar otros. Perdimos horas y fuerzas tratando de convencer a aquellos esclavos libertos del hombre para que regresaran de nuevo al yugo o yendo de pueblo en pueblo, buscando en los establos alguno que no hubiera olvidado dónde hallar refugio. Pero fracasábamos una y otra vez en nuestro intento, y ello nos obligaba a ir dejando atrás a alguno de nuestros compañeros. De ese modo, el primer día de febrero Adrian y yo, sin más compañía, entramos en París. Despuntaba el alba de un día sereno cuando llegamos a Saint Denis, y el sol estaba ya alto cuando oímos el primer clamor de voces y el chasquear de lo que temíamos que fueran armas, que nos guiaron hasta la Place Vendôme, donde nuestros compatriotas se hallaban congregados. Pasamos entre un corrillo de franceses que hablaban abiertamente sobre la locura de sus invasores insulares, y luego, dolando una esquina de la plaza, contemplamos el destello del sol en los filos de las espadas y en las bayonetas, mientras gritos e imprecaciones inundaban el aire. Se trataba de una escena de confusión muy poco habitual en aquellos días de despoblación. Encendidos por agravios imaginarios y palabras insultantes, las dos facciones enfrentadas se habían lanzado al ataque las unas de las otras, mientras que los Electos, algo apartados, parecían aguardar la ocasión de caer con más probabilidades de éxito sobre sus enemigos una vez estos se hubieran debilitado mutuamente. Pero entonces, entre ellos se interpuso una fuerza clemente y no se derramó ni una gota de sangre. Pues mientras la turba se disponía a enzarzarse en un ataque, las mujeres, esposas, madres e hijas de los congregados aparecieron de pronto, tomaron las riendas de los caballos, se arrojaron sobre las piernas de los jinetes, rodearon con sus brazos los cuellos de los soldados y arrebataron las armas a sus enfurecidos familiares. Los chillidos agudos de las mujeres se mezclaban con los gritos de los hombres y formaban un clamor que fue el que nos recibió a nuestra llegada.

Nuestras voces no se oían en medio del tumulto. Adrian, con todo, resultaba bien visible gracias al caballo blanco que montaba. Espoleándolo, se situó apresuradamente en el centro de la muchedumbre. Lo reconocieron al punto, y al punto se elevaron vítores en su honor y en el de Inglaterra. Quienes hasta hacía nada habían sido adversarios, confortados ante su visión, se unieron en una masa confusa y lo rodearon. Las mujeres le besaban las manos y la ropa, e incluso su caballo recibía el tributo de sus abrazos. Algunos lloraban al verlo. Parecía el ángel de la paz que hubiera descendido sobre ellos. El único peligro era que, si sus amigos le demostraban su afecto con demasiada vehemencia, acabara asfixiado, poniendo en evidencia su naturaleza mortal. Al fin su voz se impuso y fue obedecida. La multitud se echó hacia atrás. Solo los jefes permanecieron junto a él, rodeándolo. Yo había visto a lord Raymond avanzar a caballo entre sus tropas. Su gesto victorioso, su expresión mayestática, le valían el respeto y la obediencia de todos. Pero aquel no era

el aspecto de Adrian ni la clase de influencia que imponía. Su figura menuda, su mirada fervorosa, su ademán, que era más de deprecación que de mando, constituían pruebas de que el amor, exento de miedo, le proporcionaba el dominio sobre los corazones de los presentes, que sabían que él jamás se había arredrado ante el peligro y que siempre había actuado movido por la preocupación que el bien común le despertaba. Ya no apreciaba división alguna entre las dos facciones, hasta hacía poco dispuestas a derramar la sangre de los demás, pues aunque ninguna de las dos pensara someterse a la otra, ambas rendían tributo de obediencia al conde de Windsor.

Sin embargo, todavía quedaba un grupo, separado del resto, que no participaba de la alegría suscitada por la llegada de Adrian ni parecía impregnado del espíritu pacífico que se había derramado como el rocío sobre los corazones aplacados de sus compatriotas. Encabezando aquel grupo se hallaba un hombre corpulento y siniestro, cuya mirada maligna escrutaba, con perverso regocijo, las expresiones serias de sus correligionarios. Hasta el momento se habían mantenido inactivos, pero percibiéndose ignorados en medio del júbilo general, avanzaron con gestos amenazadores. Nuestros amigos de las dos divisiones se habían atacado los unos a los otros, por así decirlo, en una contienda sin motivos. Solo bastaba que se les dijera que su causa era común para que, en efecto, se convirtiera en causa común. Su ira mutua había prendido —y se había apagado— como la paja, comparada con el odio de llama lenta que ambos sentían por aquellos otros sediciosos, que aspiraban a hacerse con una porción del mundo que estaba por llegar, para atrincherarse y encastillarse en ella, y desde allí predicar sus miedos, sus ocurrencias y sus escandalosas denuncias a los hijos de la tierra. El primer avance del pequeño ejército de los Electos avivó la cólera de los otros, que agarraron sus armas y esperaban solo la señal de su comandante para iniciar el ataque. Pero entonces se oyó la voz clara de Adrian, y aquella voz les dijo que se echaran hacia atrás. Nuestros amigos obedecieron entre murmullos confusos, lo mismo que las olas se retiran de las arenas que han cubierto. Adrian se interpuso entonces, solo, montado en su caballo, entre los dos bandos enfrentados. Se acercó al jefe hostil como para indicarle que siguiera su ejemplo. Pero este no lo hizo, y avanzó, seguido por toda su tropa, formada por no pocas mujeres, que parecían más dispuestas y decididas que los hombres. Todos ellos se congregaron alrededor de su jefe para protegerlo, mientras lanzaban sobre él toda clase de alabanzas y epítetos de veneración. Adrian siguió avanzando hacia ellos, y finalmente estos se detuvieron.

—¿Qué buscáis? —les preguntó—. ¿Necesitáis de nosotros algo que nos neguemos a daros, y por ello os veis obligados a obtenerlo mediante las armas y la guerra?

Sus pregunta obtuvieron por respuesta un clamor general del que destacaban palabras aisladas, como «elección», «pecado» y «brazo derecho de Dios».

Adrian miró fijamente a aquel falso profeta.

—¿No eres capaz siquiera de hacer callar a tus propios seguidores? Ya ves que los míos sí me obedecen.

Aquel hombre respondió con una mueca de desdén, y entonces, tal vez temeroso de que sus hombres oyeran la discusión que estaba a punto de producirse, les ordenó que se echaran hacia atrás, y solo él se adelantó.

—Vuelvo a preguntártelo —insistió Adrian—. ¿Qué requieres de nosotros?

—Arrepentimiento —respondió el hombre, cuyo rostro siniestro se ensombrecía por momentos—. Obediencia a la voluntad del Altísimo, que ha sido revelada a su Pueblo Electo. ¿Acaso no morimos todos por causa de vuestros pecados, oh, generación de incrédulos? ¿Y acaso no tenemos derecho a exigiros arrepentimiento y obediencia?

—Y si nos negamos, ¿qué haréis? —le preguntó su interlocutor sin acritud.

—¡Cuidado! —atronó el hombre—. Dios te oye y aplastará con su ira tu corazón de piedra. ¡Sus flechas envenenadas vuelan ya, sus perros de la muerte se han librado de sus cadenas! Nosotros no moriremos sin vengar. Y nuestro vengador será muy poderoso cuando descienda en visible majestad y esparza la destrucción entre vosotros.

—Mi buen amigo —replicó Adrian con sutil sorna—, ojalá fueras solo ignorante. Creo que no costaría demasiado demostrarte que hablas de lo que no comprendes. Sin embargo, en la presente ocasión me basta con saber que no buscas nada de nosotros. Y el cielo es testigo de que nosotros no buscamos nada de vosotros. Lamentaría amargar por culpa de una confrontación los pocos días que tal vez nos queden en este mundo a todos los que aquí estamos. Ahí —y señaló al suelo— ya no podremos pelear, mientras que aquí no tenemos necesidad de hacerlo. Regresad a casa o quedaos. Rezad a vuestro Dios como mejor os parezca. Vuestros amigos pueden hacer lo mismo. Mis súplicas son la paz y la buena voluntad, la resignación y la esperanza. ¡Adiós!

Inclinó ligeramente la cabeza ante su airado contendiente, que estuvo a punto de replicar algo. Dio la vuelta y, enfilando la Rue Saint Honoré, ordenó a sus hombres que le siguieran. Avanzaba despacio para dar tiempo a todos a unirse a él en el Barrier, y entonces ordenó que quienes le profesaran obediencia se congregaran en Versalles. Entretanto él permanecería intramuros de París, hasta que se hubiera asegurado de la llegada de todos. En cuestión de quince días, el resto de los emigrantes abandonó Inglaterra y llegó a París, desde donde se dirigió a Versalles. Se prepararon unos aposentos en el Grand Trianon para uso del Protector, y allí, tras la intensidad de todos aquellos sucesos, reposamos entre los lujos de los antiguos Borbones.

Capítulo V

TRAS un descanso de varios días celebramos un consejo para decidir nuestros movimientos futuros. Nuestro primer plan había sido abandonar nuestras latitudes natales, sumidas en el invierno, y ofrecer a nuestra escasa población los lujos y las delicias de un clima meridional. No habíamos establecido un lugar concreto como destino de nuestro vagar, pero en la imaginación de todos flotaba la imagen vaga de una eterna primavera, campos fragantes y arroyos cantarines. Varias causas nos habían detenido en Inglaterra y ya nos encontrábamos a mediados de febrero. Si seguíamos adelante con nuestro plan, podíamos vernos en una situación peor que la anterior, pues cambiaríamos nuestro clima habitual por los calores intolerables de los veranos en Egipto o Persia. De modo que nos vimos obligados a alterar nuestro proyecto, dadas las inclemencias del tiempo, y se decidió que aguardaríamos la llegada de la primavera donde nos encontrábamos, y que luego pondríamos rumbo a Suiza para pasar los meses estivales en sus gélidos valles, dejando para el siguiente otoño nuestro avance hacia el sur, si es que vivíamos para contemplar esa nueva estación.

El palacio y la localidad de Versalles nos permitían a todos un alojamiento espacioso, y grupos de avituallamiento se turnaban para satisfacer nuestras necesidades. Entre los últimos de nuestra raza se vivían situaciones de lo más variopintas, raras e incluso escandalosas. En un principio yo las comparaba con las de una colonia que, trasladada a ultramar, empezara a echar raíces en un país nuevo. Pero ¿dónde estaban el bullicio y la industria propios de aquellas concentraciones humanas? ¿Las viviendas construidas de cualquier modo, provisionales, que cumplieran su función hasta que se construyeran moradas más cómodas? ¿El deslinde de los campos? ¿Los intentos de cultivarlos? ¿La impaciente curiosidad por descubrir plantas y animales desconocidos? ¿Las expediciones emprendidas con el fin de explorar el nuevo territorio? Nuestra vivienda era regia; nuestros alimentos se almacenaban en los graneros; no había necesidad de trabajar, ni la menor curiosidad, ni el deseo de seguir avanzando. Si nos hubieran asegurado que todos los supervivientes seguiríamos con vida, habría existido mayor vivacidad y esperanza en nuestras reuniones. Habríamos abordado asuntos como cuánto tiempo durarían las provisiones de alimentos con que contábamos y qué modo de vida adoptaríamos cuando estas se agotaran. Deberíamos habernos preocupado más por nuestros planes

de futuro y haber discutido sobre el lugar en el que habíamos de asentarnos más adelante. Pero el verano y la peste se acercaban y no osábamos mirar al frente. Los corazones enfermaban ante la perspectiva de todo entretenimiento. Si los más jóvenes de entre nosotros, movidos por una hilaridad adolescente y desbocada, sentían el impulso de bailar o cantar, tratando con ello de aplacar su melancolía, se detenían de pronto cuando alguien, presa del dolor y la pérdida, adoptaba un aspecto fúnebre o emitía un suspiro de agonía y se negaba a sumarse al resto. Aunque las risas resonaban bajo nuestro techo, los corazones latían vacíos de dicha. Y cuando el azar me llevaba a presenciar alguno de aquellos intentos de distracción, sentía que mi tristeza, en vez de disminuir, aumentaba. En medio del grupo que iba en busca del placer, cerraba los ojos y veía ante mí la oscura caverna donde la mortalidad de Idris se conservaba, y en torno a la cual los muertos se congregaban, marchitándose en callado reposo. Cuando volvía a tener conciencia del momento presente, la melodía de una flauta o los intrincados movimientos de una hermosa danza me resultaban peores que el coro demoníaco del Valle del Lobo^[80] y que los avances de los reptiles que rodeaban el círculo mágico.

Mi momento máspreciado de paz se producía cuando, liberado de la obligación de relacionarme con los demás, reposaba en los aposentos ocupados por mis hijos. Recorro al plural, pues eran las más tiernas emociones de la paternidad las que me unían a Clara, que había cumplido ya catorce años. La pena, y una comprensión profunda de lo que sucedía a su alrededor, aplacaban el espíritu inquieto de su juventud, y el recuerdo de su padre, al que idolatraba, así como el respeto que sentía por Adrian y por mí, imbuía su joven corazón de un gran sentido de la responsabilidad. Mas, aunque seria, no era una muchacha triste. El deseo impaciente que nos hace a todos, cuando somos jóvenes, ahuecar las alas y estirar los cuellos, para alcanzar más deprisa la madurez, se veía en ella tamizado por sus precoces experiencias. Si, tras entregarse al recuerdo amado de sus padres y dedicarse al cuidado de sus familiares vivos, le sobraba algo de dedicación, se la entregaba a la religión, que era la ley oculta que gobernaba su alma, pues la escondía con reserva infantil y la atesoraba más por ser secreta. ¿Qué fe hay más entera, qué caridad más pura, qué esperanza más ferviente que las de la primera juventud? Y ella, toda amor, ternura y confianza; ella, que desde la infancia había sido arrojada al mar bravío de la pasión y la desgracia, veía la mano de la aparente divinidad en todo, y su mayor esperanza era hacerse digna del poder que veneraba. Evelyn, por su parte, solo tenía cinco años. Su corazón contento no conocía la tristeza y animaba nuestra casa con la alegría propia de su edad.

La anciana condesa de Windsor había descendido desde su sueño de poder, rango y grandeza y, repentinamente, había abrazado la convicción de que el amor era lo único bueno de la vida, y la virtud la única distinción noble, el único bien valioso. Aquella lección la había aprendido de los labios muertos de la hija a la que había abandonado, y ahora, con la fiera intensidad de su carácter, se dedicaba en cuerpo y

alma a obtener el amor de los miembros vivos de su familia. En los primeros años de su vida, el corazón de Adrian se había mostrado gélido con ella. Y aunque le demostraba el debido respeto, la frialdad de su madre, combinada con el recuerdo de la decepción y la locura, le habían llevado a sentir incluso dolor en su presencia. Era consciente de ello y, decidida como estaba a obtener su afecto, aquel obstáculo no hacía sino alimentar en mayor medida sus pretensiones. Así como Enrique, emperador de Alemania^[81], se tendió sobre la nieve, frente a la puerta del papa León, durante tres días y tres noches, así ella también aguardó con humildad ante las barreras heladas de su corazón cerrado a que él, servidor del amor, príncipe de tierna cortesía, las abriera y le permitiera su entrada y le rindiera, con fervor y gratitud, el tributo del afecto filial que ella merecía. Su inteligencia, coraje y presencia de ánimo se convirtieron en poderosas ayudas para él en la difícil tarea de gobernar a la muchedumbre desobediente, sujeta a su control de manera extremadamente precaria.

Las principales circunstancias que perturbaban nuestra tranquilidad durante aquel intervalo las causaba la proximidad del profeta impostor y sus adeptos que, aunque seguían residiendo en París, enviaban con frecuencia misioneros a visitar Versalles. El poder de sus afirmaciones era tal que, por más que estas fueran falsas, su repetición vehemente, ejercida sobre los crédulos, los ignorantes y los temerosos, lograba casi siempre atraer hacia su secta a algunos de nuestros hombres. Casos como esos, de los que teníamos inmediato conocimiento, nos llevaban a plantearnos el desgraciado estado en que dejaríamos a muchos de nuestros compatriotas cuando, con la aproximación del verano, nos viéramos obligados a trasladarnos a Suiza, dejando a una multitud engañada en manos de aquel jefe sin escrúpulos. La sensación de que nuestro contingente menguaba, y el temor a que siguiera haciéndolo, ejercía sobre nosotros una notable presión, y si nos felicitábamos por añadir una persona más a nuestro grupo, nos alegraría el doble rescatar de la influencia perniciosa de la superstición y la infatigable tiranía a las víctimas que ahora, aunque encadenadas voluntariamente, se lamentaban bajo su dominio. Si hubiéramos considerado al predicador sincero en la creencia de sus propias denuncias, o al menos movido en parte por la bondad en el ejercicio de los poderes que se había arrogado a sí mismo, nos habríamos dirigido a él sin dilación para tratar de ablandar y humanizar sus puntos de vista con nuestros mejores argumentos. Pero era la ambición la que lo instigaba, y un deseo de mandar sobre los últimos rezagados de la muerte. Sus planes le habían llevado incluso a calcular que si sobrevivían algunos individuos de los restos de la humanidad y surgía una nueva raza, él, agarrando con fuerza las riendas de la creencia, podría ser recordado por aquella humanidad posterior a la peste como un patriarca, un profeta, una deidad, lo que para quienes sobrevivieron al diluvio universal fue Júpiter el Conquistador, Serapis el Legislador y Vishnu el Preservador. Aquellas ideas lo volvían inflexible en su defensa y violento en su odio a cualquiera que pretendiera compartir con él su imperio usurpado.

Es un hecho curioso pero incontestable que el filántropo que, ardiente en su deseo de obrar bien, paciente, razonable y gentil, se niega a recurrir a más argumentos que la verdad, influye menos en las mentes de los hombres que el que, avaro y egoísta, no renuncia a adoptar ningún método, a despertar ninguna pasión ni a difundir ninguna falsedad, si ello supone el avance de su causa. Si eso había sido así desde tiempos inmemoriales, el contraste resultaba infinitamente mayor ahora que uno podía aprovecharse de los miedos terribles y las esperanzas de trascendencia, mientras que el otro albergaba pocas esperanzas de futuro y no podía influir en la imaginación de los demás para minimizar unos temores que ese uno era el primero en albergar. El predicador había persuadido a sus adeptos de que su inmunidad ante la epidemia, la salvación de sus hijos y el surgimiento de una nueva raza de hombres a partir de su semilla dependían de su fe en él, de su sometimiento a él. Y ellos había asumido aquella creencia con gran avidez. Su credulidad, siempre creciente, los disponía incluso a convertir a otros a su misma fe.

Cómo convencer a aquellas personas del fraude en que vivían era tema recurrente del pensamiento y las conversaciones de Adrian, que para la consecución de tal fin ideaba muchos planes. Pero la atención a sus propias tropas, para asegurarse su fidelidad y bienestar, consumía todo su tiempo. Además el predicador era un hombre tan cruel como cauto y prudente. Sus víctimas vivían sometidas a estrictas leyes y reglas, que o bien los mantenían prisioneros en las Tullerías, o bien los liberaban solo en un pequeño número, y controlados siempre por otros jefes, lo que imposibilitaba toda controversia. A pesar de todo ello, había una mujer entre ellos a la que yo estaba decidido a salvar. La habíamos conocido en días más felices, Idris la adoraba, y lo excepcional de su carácter hacía doblemente lamentable que se viera sacrificada a la voluntad implacable de aquel caníbal de almas.

El predicador contaba en total con entre doscientos y trescientos adeptos enrolados bajo su estandarte. Más de la mitad de ellos eran mujeres. Había también unos cincuenta niños de distintas edades y no más de ochenta hombres, procedentes todos de lo que, cuando tales distinciones existían, se denominaban las clases bajas de la sociedad. La excepción eran algunas mujeres de alcurnia que, presas del pánico y doblegadas por la pena, se habían unido a él. Entre ellas una dama joven, encantadora y entusiasta, cuya misma bondad la había convertido en víctima propicia. La he mencionado antes. Se trataba de Juliet, la hija menor, y ahora única reliquia de la casa ducal de L... Existen en este mundo algunas criaturas a las que el destino parece escoger para verter sobre ellas, más allá de toda proporción, frascos enteros de ira, y a las que cubre de desgracia hasta los labios. La infortunada Juliet era una de ellas. Había perdido a sus amorosos padres, a sus hermanos y hermanas, compañeros de su juventud. De un solo zarpazo habían sido arrancados de su lado. Y sin embargo había osado considerarse feliz de nuevo. Unida a su admirador, que poseía su corazón todo y lo llenaba por completo, se entregó al olvido del amor y sentía y conocía solo su vida y su presencia. En el preciso instante en que recibía con placer las promesas de la

maternidad, el único sostén de su vida se vino abajo y su esposo murió abatido por la peste. Durante un tiempo vivió sumida en la demencia. El nacimiento de su hija la devolvió a la cruel realidad de las cosas, pero le dio, al tiempo, un motivo para conservar la vida y la razón. Todos sus amigos y familiares habían fallecido y se veía rodeada de soledades y penurias. Una profunda melancolía, combinada con cierta impaciencia airada, nublaba su razón y le impedía convencerse de la conveniencia de compartir sus desgracias con nosotros. Cuando tuvo conocimiento del plan de emigración universal decidió permanecer en Inglaterra con su hijo y sola en el país vivir o morir, según decretara el destino, junto a la tumba de su amado. Se había ocultado en una de las muchas viviendas vacías de Londres. Fue ella la que rescató a mi amada Idris aquel fatal veinte de noviembre, aunque el peligro inmediato que corrí yo, seguido de la enfermedad de Idris, nos llevaron a olvidar a nuestra desconsolada amiga. Aquella circunstancia, sin embargo, le devolvió el contacto con sus congéneres. Una enfermedad menor de su pequeña le demostró que seguía unida a la humanidad por un lazo indestructible, y preservar la vida de su recién nacida se convirtió en meta de su existencia. Así, se unió a la primera división de emigrantes que partieron hacia París.

Se convirtió en presa fácil del metodista, pues su sensibilidad y sus agudos temores la hacían accesible a todo impulso. El amor que sentía por su hija la llevaba a aferrarse a cualquier clavo ardiendo que le permitiera salvarlo. Su mente, otrora inexpugnable y ahora modelada por las manos más rudas e inarmónicas, se había vuelto crédula: hermosa como una diosa de fábula, con una voz incomparablemente dulce, fervorosa en su nuevo entusiasmo, se convirtió en firme prosélito y en poderosa ayudante del jefe de los Electos. El día en que nos encontramos con ellos en la Place Vendôme la distinguí entre la multitud y, recordando de pronto el rescate providencial de mi amada a ella debido aquel 20 de noviembre, me reproché a mí mismo mi olvido y mi ingratitud y me sentí impelido a intentar todo lo que estuviera en mi mano para rescatarla de las garras de aquel destructor hipócrita y devolverle lo mejor de sí misma.

No relataré ahora los artificios de que me valí para penetrar en el asilo de las Tullerías ni ofreceré un recuento tedioso de mis estratagemas, engaños e insistentes artimañas. Lo cierto es que logré acceder a aquel recinto y recorrí sus salones y corredores con la esperanza de hallar a la conversa. Al atardecer traté de confundirme con la congregación, que se había reunido en la capilla para escuchar la retorcida y elocuente arenga de su profeta. Vi que Juliet se encontraba cerca de él. Sus ojos oscuros, imbuidos de la mirada inquieta y temible de la locura, se posaban en él.

Sostenía en brazos a su pequeña, que aún no había cumplido un año, y solo sus cuidados distraían su atención de las palabras que escuchaba devotamente. Cuando el sermón tocó a su fin, la congregación se dispersó. Todos, excepto la mujer a la que buscaba, abandonaron la capilla. Su pequeño se había dormido, de modo que lo

tendió sobre un almohadón y se sentó en el suelo, junto a él, para verlo dormir tranquilamente.

Me presenté ante ella. Por un momento sus sentimientos naturales la llevaron a expresar alegría al verme, una alegría que desapareció casi al momento. Entonces yo, con ardiente y afectuosa exhortación, le pedí que me acompañara y huyera de aquella guarida de superstición y desgracia. Al punto ella regresó al delirio del fanatismo y, de no ser porque su naturaleza amable se lo impedía, me habría cubierto de insultos. Con todo, llegó a maldecirme y me ordenó que me fuera de allí.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Huya ahora que todavía puede! Ahora está a salvo, pero en ocasiones me llegan sonidos raros e inspiraciones, y si el Eterno me revela su voluntad con susurro terrible y me dice que para salvar a mi hijo debo sacrificarlo a usted, yo se lo comunicaré a sus satélites, a quienes usted llama tiranos. Ellos lo destrozarán miembro a miembro. Y yo no derramaré una sola lágrima por la muerte de aquel a quien Idris amaba.

Hablaba deprisa, con la voz inexpresiva y la mirada perdida. Su hija despertó y, asustada, empezó a llorar. Sus sollozos se clavaban en el corazón maltratado de su madre y mezclaba las expresiones de afecto que dedicaba a su pequeña con sus órdenes airadas que me instaban a marcharme de allí. De haber contado con los medios lo habría arriesgado todo, la habría sacado por la fuerza de la madriguera de aquel asesino y la habría expuesto al bálsamo reparador de la razón y el afecto. Pero no me quedaba alternativa ni podía seguir discutiendo con ella. Oí unos pasos en la galería y la voz del predicador más cerca. Juliet, abrazando con fuerza a su hija, escapó por otro pasaje. Incluso entonces la habría seguido, pero mi enemigo y sus secuaces entraron y, tras rodearme, me hicieron prisionero.

Recordé la amenaza de la infeliz Juliet y temí que tanto la venganza de aquel hombre como la ira desbocada de sus adeptos cayeran sobre mí. Me interrogaron. Mis respuestas fueron simples y sinceras.

—Se condena por su propia boca —exclamó el impostor—. Confiesa que su intención era apartar del camino de la salvación a nuestra amada hermana en Dios. ¡Llévalo a las mazmorras! Mañana morirá. Es conveniente que lo usemos como ejemplo, un ejemplo que cause temor y asombro y que aleje a los hijos del pecado de este refugio de los salvados.

Se me revolvió el corazón al oír aquella jerga hipócrita. Pero consideraba indigno rebatir con palabras a aquel rufián y mi respuesta fue fría, pues lejos de dejarme vencer por el miedo, creía que incluso en la peor de las situaciones un hombre fiel a sí mismo, valeroso y decidido, puede imponerse y vencer, incluso desde el cadalso y ante una manada de necios errados.

—Recuerde quién soy —dije—. Y tenga por seguro que mi muerte no quedará sin vengar. Su superior legal, el Protector, está al corriente de mi plan y sabe que me encuentro aquí. El grito de mi sangre llegará hasta él y usted y sus pobres víctimas lamentarán largamente la tragedia que están a punto de desencadenar.

Mi antagonista no se dignó a responderme y no me dedicó siquiera una mirada.

—Ya conocéis las órdenes —dijo a sus camaradas—. Obedecedlas.

Al momento me vi en el suelo, atado y con los ojos vendados. Solo recuperé la movilidad y la visión cuando, rodeado por los muros de la mazmorra oscura e inexpugnable, me encontré prisionero y solo.

Tal fue el resultado que obtuve al tratar de rescatar a los adeptos de aquel criminal. No creía que fuera capaz de acabar con mi vida, aunque sin duda estaba en sus manos. El sendero de su ambición había sido siempre siniestro y cruel. Su poder se basaba en el miedo. Tal vez le fuera más fácil pronunciar la palabra que hubiera de causar mi muerte silenciosa y muda, consumada en la oscuridad de mi cautiverio, que tener piedad de mí. Quizá no se arriesgara a someterme a una ejecución pública, pero un asesinato privado lograría aterrorizar a mis compañeros, disuadirlos de intentar algo parecido, al tiempo que lo discreto de su acción le permitiría evitar las pesquisas y la venganza de Adrian.

Hacía dos meses, en una cripta más oscura que la que ahora ocupaba, había contemplado la posibilidad de tenderme y dejarme morir, pero ahora temblaba ante la idea de mi destino cercano. Mi mente se entretenía imaginando la clase de muerte que me infligiría. ¿Me mataría de hambre? ¿O introduciría veneno en mis alimentos? ¿Acabaría conmigo mientras durmiera o habría de luchar hasta el fin con mis rivales, aun a sabiendas de que ellos obtendrían la victoria? Vivía en un mundo cuya exigua población podría contar un niño con escasos conocimientos de cálculo. Había pasado muchos meses con la muerte rondando en mis inmediaciones, mientras a intervalos la sombra de su esqueleto ensombrecía mi camino. Había llegado a creer que despreciaba a aquel fantasma de rictus sonriente y me reía de sus burlas.

Cualquier otro destino lo habría saludado con coraje, e incluso habría acudido a su encuentro con gallardía. Pero ser asesinado de ese modo, en plena noche, a sangre fría, sin una sola mano amiga que cerrara mis ojos o recibiera mis últimas bendiciones; morir en el combate, en el odio y el desprecio; ¡ah!, mi ángel amado, ¿por qué me devolviste la vida cuando ya me había adentrado en el umbral de la tumba, solo para, al poco tiempo, arrojarme a ella convertido en cadáver desfigurado?

Pasaban las horas, los siglos. De poder expresar con palabras los muchos pensamientos que ocuparon mi mente en interminable sucesión durante aquel intervalo, llenaría volúmenes enteros. El aire estaba enrarecido, el suelo de la mazmorra mohoso y helado. Me asaltó un hambre atroz y no oía ni el más leve sonido del exterior. Aquel rufián había declarado que al día siguiente moriría. ¿Cuándo llegaría el amanecer? ¿Por qué no clareaba de una vez?

Mi puerta estaba a punto de abrirse. Oí girar la llave y el movimiento de barrotes y cerrojos. La apertura de pasadizos intermedios permitió que llegaran hasta mí sonidos procedentes del interior del palacio y oí que un reloj daba la una. Pensé que venían a matarme. Lo intempestivo de la hora no hacía pensar en una ejecución pública. Me arrimé a la pared más alejada de la entrada e hice acopio de todas mis

fuerzas y mi valor; no me ofrecería como presa fácil. Lentamente la puerta se abrió, y ya estaba a punto de lanzarme a forcejear con el intruso cuando vi algo que cambió por completo el curso de mi mente. Ante mí se hallaba Juliet, pálida y temblorosa, con una lámpara en la mano en la puerta de mi celda, mirándome con un semblante triste que al momento cambió por un gesto más contenido. Sus ojos lánguidos también recuperaron su brillo anterior.

—He venido a salvarle, Verney —me susurró.

—Y a salvarse usted también —exclamé yo—. Querida amiga, ¿cree de veras que podemos salvarnos?

—No diga nada y sígame.

Obedecí al instante. Avanzamos de puntillas por muchos pasadizos, ascendimos por varias escaleras y recorrimos largas galerías. Al final de una de ellas abrió un portal bajo. Una bocanada de aire apagó la lámpara, pero en su lugar recibimos la bendición de la luna y el rostro abierto del cielo. Solo entonces Juliet volvió a dirigirse a mí.

—Ya está a salvo. Dios le bendiga. Adiós.

A pesar de su resistencia, le agarré la mano.

—Querida amiga —le dije—, víctima errada, ¿no pretende escapar conmigo? ¿No lo ha arriesgado todo para facilitarme la huida? ¿Cree que permitiré que regrese y sufra sola las consecuencias de la ira de ese desalmado? ¡Jamás!

—No tema por mí —respondió pesarosa la encantadora joven—, y no suponga que sin el consentimiento de nuestro guía se hallaría usted fuera de esas cuatro paredes. Es él quien lo ha salvado. Él me ha asignado a mí la misión de traerlo hasta aquí, porque conozco mejor sus motivos para haberse aventurado hasta nuestra casa y soy capaz de apreciar mejor su piedad al permitir su huida.

—¿Y se deja usted engañar por ese hombre? —exclamé yo—. Me teme con vida, pues soy su enemigo, y si muero teme a mis vengadores. Propiciando mi huida clandestina conserva algo de crédito entre sus seguidores. Pero la piedad se halla muy lejos de su corazón. ¿Olvida usted sus artificios, su crueldad, su fraude? Es usted tan libre como lo soy yo. Venga, Juliet, la madre de la difunta Idris la acogerá con los brazos abiertos, el noble Adrian se alegrará de recibirla. Hallará paz y amor y más esperanza de la que el fanatismo concede. Venga sin temor. Antes de que amanezca estaremos en Versalles. Cierre la puerta de esta morada del crimen, huya, dulce Juliet, aléjese de la hipocresía y la culpa y frecuente la compañía de los afectuosos y los bondadosos.

Hablé apresuradamente, aunque con fervor. Y mientras con amabilidad y empeño la apartaba del portal, algún pensamiento, algún recuerdo de pasadas escenas de su juventud y su felicidad, la llevó a escucharme y sucumbir a mi persuasión. Pero de pronto se soltó de mí y emitió un grito agudo:

—¡Mi hija! ¡Mi hija! Él tiene a mi hija. Mi niña es su rehén.

Se apartó de mí y volvió a meterse en el pasadizo. La reja se cerró entre nosotros y ella quedó atrapada en las fauces de aquel criminal, prisionera, expuesta a inhalar el aire pestilente que exudaba su naturaleza demoníaca. La brisa ligera me rozaba las mejillas, la luna me iluminaba, tenía el camino expedito. Feliz por haber escapado, aunque triste a la vez, regresé a Versalles.

Capítulo VI

Y así, plagado de percances, transcurrió el invierno, alivio de nuestros males. Gradualmente el sol, que con sus haces oblicuos había ido ganando terreno al dilatado reino de la noche, alargaba su viaje diurno y ascendía al trono más elevado, prodigando al instante una nueva belleza sobre la tierra y permitiendo la existencia de su amante. Nosotros, que como las moscas que se congregan sobre una roca en la bajamar habíamos jugado caprichosamente con el tiempo, permitiendo que nuestras pasiones, nuestras esperanzas y nuestros deseos insensatos nos gobernaran, oíamos ahora el rugido de aquel océano de destrucción que se aproximaba, y debíamos huir volando en busca de alguna grieta protegida antes de que la primera ola rompiera contra nosotros. Sin más demora resolvimos emprender nuestro viaje a Suiza. Nos sentíamos impacientes por abandonar Francia. Bajo las bóvedas heladas de los glaciares; a la sombra de unos abetos tan cubiertos de nieve que el viento no mecía sus ramas; junto a unos arroyos tan fríos que proclamaban que su origen se hallaba en la fusión del agua congelada de las cumbres; entre tormentas frecuentes que purificaban el aire, encontraríamos salud, a menos que la salud misma hubiera enfermado.

Al principio nos entregamos a los preparativos con entusiasmo. No nos despedíamos de nuestro país natal, de los sepulcros de nuestros seres queridos, de las flores, arroyos y árboles que habían vivido junto a nosotros desde nuestra infancia, de modo que el pesar que se apoderaría de nuestros corazones al abandonar París no

sería menor. Aquel había sido el escenario de nuestra vergüenza, si recordábamos nuestras últimas contiendas, y nos incomodaba pensar que dejábamos atrás a una manada de víctimas miserables y engañadas, sometidas a la tiranía de un impostor egoísta, de modo que poco habría de dolernos alejarnos de los jardines, los bosques y los palacios de los Borbones en Versalles que, según creíamos, no tardarían en verse manchados por la muerte, sobre todo porque ansiábamos llegar a unos valles más encantadores que cualquier jardín, a estancias y bosques contruidos no para la majestad mortal sino para la naturaleza, por muros los Alpes de blancor marmóreo, por tejado el cielo.

Y sin embargo nuestros ánimos flaqueaban a medida que se acercaba el día que habíamos fijado para nuestra partida. Visiones de penurias y malos augurios, si tales cosas existían, proliferaban a nuestro alrededor, de modo que por más que los hombres, en vano, dijeran:

todo esto tiene causa, y es natural^[82],

sentíamos que el destino era poco propicio y temíamos los acontecimientos futuros a ellos encadenados. Que el búho noctívago silbara poco antes del mediodía, que el murciélago de alas duras volara en círculos sobre el lecho de la belleza, que el trueno prolongado rasgara el aire despejado de primavera, que los árboles y los arbustos se marchitaran y murieran de pronto eran hechos físicos, aunque desacostumbrados, menos horribles que las creaciones mentales de un miedo todopoderoso. Algunos creían ver procesiones fúnebres, rostros bañados en lágrimas que recorrían las largas avenidas de los jardines, y en plena noche descorrían las cortinas de quienes dormían. Había quienes oían lamentos y alaridos que herían el aire; un cántico lúgubre se elevaba por la atmósfera tenebrosa, como si los espíritus, desde las alturas, entonaran un réquiem por la raza humana. ¿Qué había de cierto en todo aquello, más allá del miedo, que nos dotaba de nuevos sentidos y nos hacía ver, oír y percibir lo que no existía? ¿Qué era todo aquello sino la acción de una imaginación enferma y una credulidad infantil? En efecto, tal vez fuera así, pero no podía negarse la realidad de aquellos temores, de las miradas sobresaltadas de horror, de los rostros bañados de palidez fantasmal, de las voces interrumpidas por un temor doloroso, de quienes veían y oían aquellas cosas. Entre ellos se contaba Adrián, que era consciente del engaño, y sin embargo no podía apartar de sí el creciente espanto que de él se apoderaba. Incluso los niños, ignorantes de todo, parecían, con sus gritos temerosos y sus convulsiones, certificar la presencia de poderes invisibles. Debíamos partir. Con el cambio de escenario, de ocupación, y gracias a la seguridad que esperábamos hallar, descubriríamos una cura para la combinación de tantos horrores.

Al congregarnos todos descubrimos que nuestra compañía estaba formada por mil cuatrocientas almas, entre hombres, mujeres y niños. Así, por el momento nuestro número no había disminuido, exceptuando las deserciones de quienes se habían unido

al profeta impostor y habían decidido quedarse en París. Unos cincuenta franceses se unieron a nosotros. No tardamos en planear un plan de marcha. Los malos resultados de la anterior división llevaron a Adrian a optar por mantener unidos a todos los emigrantes en un solo cuerpo. Cien hombres encabezados por mí irían delante y actuarían de avanzadilla en busca de provisiones y lugares de reposo. Seguiríamos la Cote d'Or, que recorría Auxerre, Dijon, Dole y, atravesando la cordillera del Jura, llegaba a Ginebra. Mi misión debía consistir en detenerme cada diez millas en busca de alojamiento para tantas personas como creyera que cada localidad estaba en disposición de recibir. Allí dejaría a un mensajero con una orden escrita de mi puño y letra que especificaría cuántas personas podían pernoctar allí. El resto de nuestro grupo se dividió en bandas formadas por cincuenta individuos; dieciocho hombres y el resto mujeres y niños. Cada una de ellas iba dirigida por un oficial que custodiaba la lista con los nombres de todos, que debía verificar diariamente. Si el grupo se separaba de noche, los que iban adelantados debían esperar a los rezagados. En todas las ciudades importantes arriba mencionadas, debíamos reunirnos todos, y un cónclave de los principales oficiales se reuniría para velar por el bienestar general. Como digo, yo partiría primero. Adrian sería el último en abandonar Versalles. Su madre, con Clara y Evelyn bajo su protección, también irían con él. Y así, una vez estipulado el orden a seguir, me puse en marcha. Mi plan consistía en llegar, como máximo, a Fontainebleau, donde en cuestión de pocos días se me uniría Adrian y desde donde, solo entonces, yo proseguiría camino hacia el este.

Mi amigo me acompañó algunas millas desde Versalles. Estaba triste y con tono distanciado, poco habitual en él, pronunció una oración en la que rogaba por que llegáramos lo antes posible a los Alpes y se lamentaba en vano por no hallarnos ya allí.

—En ese caso —observé yo— podríamos acelerar nuestro avance. ¿Por qué cumplir un plan cuyo procedimiento dilatorio ya desapruebas?

—No —respondió—. Es demasiado tarde. Hace un mes hubiéramos sido amos de nosotros mismos. Ahora... —Dejó de mirarme; aunque la penumbra del ocaso ya me velaba su rostro, lo apartó más de mí—. ¡Un hombre murió de peste ayer noche!

Lo dijo en voz baja y, entrelazando las manos, añadió:

—Deprisa, muy deprisa se acerca nuestra última hora. Así como las estrellas se desvanecen en presencia del sol, así también su avance ha de destruirnos. He hecho todo lo que he podido. Apretando mucho las manos, valiéndome de mi fuerza impotente, me he aferrado a las ruedas del carro de la peste; pero ella me arrastra en su avance mientras, como el Juggernaut^[83], sigue aplastando el ser de todos los que transitan por la noble senda de la vida. Si todo terminara, si su procesión llegara a su fin, todos entraríamos juntos en la tumba.

Las lágrimas brotaban de sus ojos.

—Una vez y otra más —prosiguió— se representará la tragedia. Una vez más oiré los gemidos de los moribundos, los lamentos de los supervivientes. Volveré a

presenciar los dolores que, consumiéndonos a todos, rodearán de eternidad su existencia evanescente. ¿Por qué se me reserva para algo así? ¿Por qué, cordero herido del rebaño, no soy de los primeros en caer sobre la tierra? Es duro, muy duro, para un mortal soportar todo lo que yo soporto.

Hasta ese instante, con espíritu infatigable y un inmenso sentido del deber y del valor, Adrian había cumplido con la misión que él mismo se había impuesto. Yo lo había contemplado con respeto y un infructuoso deseo de imitación. Ahora le ofrecí unas pocas palabras de aliento y comprensión. Él enterró el rostro en las manos y, mientras trataba de serenarse, exclamó:

—¡Que durante unos meses, durante unos meses más, no me falle el corazón, Dios mío, y que mi coraje no se venga abajo! Que las visiones de tristeza intolerable no lleven a la demencia a mi cerebro ya enloquecido a medias ni logren que este frágil corazón palpite más allá de su prisión y estalle. He creído que era mi destino guiar y gobernar los restos de la raza humana hasta que la muerte extinguiera mis fuerzas; y a ese destino me someto.

»Discúlpame, Verney, pues te causo molestias. Ya no me lamentaré más. Ya vuelvo a ser el mismo de antes, o mejor aún que antes. Sabes que desde la infancia contendieron en mí las más altas aspiraciones y deseos con la mala salud y un exceso de sensibilidad, hasta que estas salieron victoriosas. Sabes que he colocado mi mano débil y gastada sobre el timón abandonado del gobierno humano. En ocasiones he recibido la visita de la duda. Pero hasta ahora sentía como si un espíritu superior e infatigable me hubiera tomado por morada o se hubiera incorporado a mi ser más débil. Y ahora ese visitante sagrado lleva un tiempo dormido, tal vez para demostrarme lo impotente que soy sin su inspiración. Yo te pido, Poder de la Bondad y la Fuerza, que te quedes en mí un poco más. Que no desdeñes aún este gastado templo de mortalidad carnal. ¡Oh Fuerza inmortal! Mientras viva un ser humano al que pueda brindarse algo de ayuda, quédate conmigo y pon en marcha tu engranaje destartado.

Su vehemencia y su voz interrumpida por suspiros irreprimibles me llegaron al alma. Sus ojos brillaban en la oscuridad de la noche como dos luceros terrenales, su cuerpo parecía henchirse y su rostro resplandecer, casi como si verdaderamente, mientras pronunciaba su súplica elocuente, un espíritu sobrenatural hubiera penetrado en su ser y lo elevara más allá de la humanidad.

Se volvió de prisa hacia mí y me tendió la mano.

—Adiós, Verney —exclamó—. Hermano de mi amor, adiós. Ninguna otra expresión de debilidad brotará de estos labios; he vuelto a la vida. ¡A nuestras tareas! ¡A nuestro combate contra el enemigo invencible! Hasta el fin lucharé contra él.

Se aferró a mi mano y me miró fijamente, con más fervor y vida que si me hubiera sonreído. Luego, tras girar con las bridas la cabeza de su caballo, rozó al animal con la espuela, y al momento había desaparecido de mi vista.

Un hombre había muerto esa noche a causa de la peste. La aljaba no estaba vacía ni el arco sin cuerda. Nosotros nos alzábamos como dianas mientras la Peste Parta apuntaba y disparaba, sedienta de conquista, sin que los montículos de cadáveres le supusieran el menor obstáculo. Una enfermedad del alma, que contagió incluso a mi mecanismo físico, se apoderó de mí. Me temblaban las piernas, me castañeteaban los dientes y mi sangre, helada de pronto, trataba con esfuerzo de abandonar mi corazón. No temía por mí mismo, pero me entristecía profundamente pensar que ni siquiera lograríamos salvar a los pocos supervivientes; que mis seres más amados podían, en pocos días, tornarse más fríos que Idris en su sepulcro antiguo. Ni la fortaleza de los cuerpos ni la energía de las mentes bastarían para librarnos del golpe. Me invadió una sensación de degradación. ¿Dios había creado al hombre para que al final se convirtiera en polvo en medio de una vegetación saludable y esplendorosa? ¿Era tan poco importante para su creador como un campo de maíz quemado? ¿Debían morir nuestros orgullosos sueños? Nuestro nombre estaba escrito «apenas por debajo de los ángeles^[84]», y sin embargo no éramos mejores que las efímeras. Nos habíamos llamado a nosotros mismos «paradigma de animales», y ¡mirad!, éramos la «quintaesencia del polvo^[85]». Nos vanagloriábamos de que las pirámides hubieran sobrevivido al cuerpo embalsamado de su constructor. ¡Ay! La modesta choza de paja del pastor junto a la que transitábamos en nuestro avance contenía en su estructura el principio de una longevidad mayor que la de toda la raza humana. ¡Cómo reconciliar ese triste cambio de nuestras aspiraciones pasadas con nuestros poderes aparentes!

De pronto una voz interior, clara, bien pronunciada, pareció decirme: así se decretó desde la eternidad, los corceles que tiran del tiempo llevaban esta hora y su cumplimiento encadenados desde que el vacío les procuró su carga. ¿Leerás al revés las leyes inmutables de la Necesidad?

¡Madre del mundo! ¡Servidora del Omnipotente! ¡Necesidad eterna, invariable! Que con dedos incansables tejes siempre las cadenas indisolubles de los acontecimientos. No murmuraré nada sobre tus actos. Si mi mente humana no es capaz de reconocer que todo lo que es, es correcto, y que, como es, debe ser, me sentaré entre las ruinas y sonreiré. Pues sin duda no nacimos para gozar, sino para someternos y esperar.

¿No se fatigará el lector si describo con detalle nuestro viaje de París a Ginebra? Si día a día anotara en forma de diario las crecientes desgracias de nuestro grupo, ¿podría mi mano escribir, o en la lengua hallaría palabras para expresar la variedad de nuestros sufrimientos, el encadenamiento, la acumulación de hechos deplorables? ¡Paciencia, oh, lector! Seas quien seas, mores donde mores, ya seas de raza espiritual o hayas surgido de una pareja superviviente, tu naturaleza será humana y tendrás por morada la tierra. Aquí vas a leer los hechos de una raza extinta, y te preguntarás con asombro si ellos, los que sufrieron lo que tú hallas escrito, eran de la misma carne frágil y el mismo cuerpo blando que tú. Sin duda lo eran, así que llora por ellos, pues es segro que a ti, ser solitario, te inspirarán lástima. Derrama lágrimas de compasión.

Pero mientras lo haces presta atención al relato y conoce las obras y los padecimientos de tus predecesores.

Con todo, los últimos sucesos que marcaron nuestro avance por Francia se vieron tan llenos de extraño horror y desgracia fantasmal que no me atrevo a demorarme demasiado en la narración. Si hubiera de diseccionar cada incidente, cada pequeña fracción de segundo contendría una historia atroz, cuya palabra más leve bastaría para espesar la sangre que corre por tus jóvenes venas. Conviene que, para tu instrucción, erija este monumento a la raza perdida, pero no que te arrastre por los salones de un hospital ni bajo las bóvedas secretas de un osario. Por ello este relato transcurrirá deprisa. Imágenes de destrucción, esbozos de desesperación, la procesión del último triunfo de la muerte, aparecerán ante ti, veloces como las nubes arrastradas por los vientos del norte, que salpican el cielo esplendoroso.

Campos descuidados cubiertos de malas hierbas, ciudades desoladas, caballos asilvestrados, desbocados, que venían a nuestro encuentro, se habían convertido en escenas habituales. Y otras mucho peores, de muertos insepultos, de formas humanas alineadas en los márgenes de los caminos y en los peldaños de otrora frecuentadas viviendas, donde

a través de la carne que perece bajo el sol abrasador sobresalen
blancos los huesos y en polvo se descomponen^[86].

Visiones como esas se habían vuelto tan frecuentes que habíamos dejado de temblar ante ellas, de espolear los caballos para que aceleraran el paso al pasar junto a ellas. Francia, en sus mejores días —al menos la parte de Francia que recorriamos— había sido un campo abierto dedicado al cultivo, y la ausencia de lindes, de casas de campo e incluso de campesinos resultaba triste para el viajero procedente de la soleada Italia o la ajetreada Inglaterra. Sin embargo abundaban las ciudades bulliciosas, y la amabilidad cordial y la sonrisa pronta de los paisanos, calzados con sus zuecos de madera, devolvían el buen humor a los más irritables. Ahora la anciana no se sentaba a la puerta con su rueca, el mendigo flaco ya no pedía limosna con sus frases zalameras, ni en los días de fiesta los campesinos se entregaban con gracia a los lentos pasos de sus danzas. El silencio, novio melancólico de la muerte, avanzaba en procesión junto a ella, de pueblo en pueblo, por toda la vasta región.

Llegamos a Fontainebleau y al punto nos preparamos para recibir a nuestros amigos. Al pasar lista esa noche descubrí que faltaban tres. Cuando pregunté por ellos, el hombre con quien hablaba pronunció la palabra «peste» y acto seguido cayó al suelo, presa de convulsiones: también él se había infectado. Veía rostros curtidos a mi alrededor, pues entre mi tropa había marineros que habían cruzado el océano un sinfín de veces, soldados que en Rusia y en la lejana América habían padecido hambre, frío y peligros de todas clases y hombres de características aún más duras, otrora depredadores nocturnos en nuestra inmensa metrópoli; hombres sacados de su

cuna para ver que toda la maquinaria de la sociedad se había puesto en marcha para destruirlos. Observé a mi alrededor y vi en los rostros de todos el horror y la desesperación escritos con grandes letras.

Pasamos cuatro días en Fontainebleau. Varios de los nuestros enfermaron y murieron, y en ese tiempo ni Adrian ni ninguno de nuestros amigos hizo acto de presencia. Mi propia tropa era presa de la conmoción: llegar a Suiza, sumergirse en ríos de nieve, habitar en cuevas de hielo, se convirtió en el loco deseo de todos. Pero habíamos prometido esperar al conde, y él no venía. Mi gente exigía seguir avanzando. La rebelión —si así podía llamarse a lo que no era más que liberarse de unas cadenas de paja— surgía de forma manifiesta entre ellos. Sin un jefe no durarían. Nuestra única opción de mantenernos a salvo, nuestra única esperanza de seguir al margen de toda forma de sufrimiento indescriptible, era seguir unidos. Así lo expresé a todos, pero los más decididos entre ellos me respondieron, adustos, que podían cuidar de sí mismos, y recibieron mis súplicas con burlas y amenazas.

Al fin, al quinto día llegó un mensajero con una carta de Adrian en la que nos instaba a seguir hasta Auxerre y aguardar allí su llegada, pues solo se demoraría unos días. En efecto, aquel era el contenido de la misiva pública que envió. Las que me escribió a mí a título personal detallaban las dificultades de su situación y dejaban a mi discreción las decisiones sobre mis planes futuros. Su relato del estado de cosas en Versalles era breve, pero la comunicación directa con el mensajero me llevó a obtener un conocimiento más detallado de lo sucedido y me demostró que alrededor de mi amigo confluían los más temibles peligros. En un primer momento se trató de ocultar el resurgir de la plaga. Pero con el aumento de las muertes el secreto se divulgó, y a la destrucción ya perpetrada vinieron a sumarse los temores de los supervivientes. Algunos emisarios de los enemigos de la humanidad, los malditos impostores, se hallaban entre ellos y se dedicaban a propagar su doctrina, según la cual la seguridad y la vida solo podían garantizarse mediante la sumisión a su jefe. Su éxito fue tal que, al poco, en lugar de desear seguir viaje hasta Suiza, la mayor parte de la multitud, mujeres débiles y hombres cobardes, querían regresar a París para, tras ponerse bajo la bandera del llamado profeta y mediante el culto cobarde del principio del mal, obtener, como esperaban, el salvoconducto que los librara de la muerte. La discordia y los tumultos causados por esos temores y pasiones conflictivas paralizaban a Adrian, que debió hacer acopio de todo su ardor en la persecución de su meta, y de toda su paciencia ante las dificultades, para calmar y animar a un número de seguidores que sirviera de contrapeso al resto y lo llevara de vuelta a los únicos medios de los que podía extraerse cierta seguridad. Su primera intención había sido seguir tras de mí inmediatamente, pero al verse derrotado en sus pretensiones, envió al mensajero para instarme a garantizar la seguridad de mi propia tropa, pues hallándonos nosotros lejos de Versalles, el riesgo de que se contagiara del espíritu de rebelión era menor. También me prometía unirse a mí en cuanto las circunstancias

fuera favorables para apartar a la mayoría de los emigrantes de la influencia perniciosa bajo la que se hallaban en ese momento.

Las noticias me causaron una dolorosa incertidumbre. Mi primer impulso fue ordenar el regreso a Versalles para ayudar a nuestro jefe a librarse de los peligros. Para ello reuní a mi tropa y le propuse que, en vez de proseguir viaje hasta Auxerre, emprendiéramos el retorno. Pero todos sin excepción se negaron a obedecerme. Entre ellos se había propagado el rumor de que eran los estragos de la peste los que retenían al Protector. A mi petición opusieron la orden dada por este y decidieron que proseguirían sin mí, en caso de que yo me negara a acompañarlos. Las discusiones y las súplicas no servían de nada con aquellos cobardes. La constante mengua de su número, causada por la epidemia, les llevaba a mostarse reacios a cualquier demora, y mi oposición solo sirvió para llevar su determinación hasta un punto de no retorno: aquella misma tarde partieron hacia Auxerre. Aunque habían hecho votos de obediencia, como los que los soldados dedican a sus generales, no los cumplieron. Yo, por mi parte, también había prometido no abandonarlos, y me parecía inhumano cargar sobre ellos el peso de mis infracciones. El mismo espíritu que los había llevado a levantarse contra mí los impulsaría a rebelarse unos contra otros, y los más horribles sufrimientos serían consecuencia de emprender el viaje en las condiciones de desorden y anarquía con que partían. Como aquellos sentimientos dominaban sobre los demás, finalmente resolví acompañarlos hasta Auxerre.

Llegamos aquella misma noche a Villeneuve-la-Guiard, ciudad distante cuatro postas de Fontainebleau. Cuando mis acompañantes se retiraron a descansar y yo me hallaba a solas, dando vueltas a las noticias que Adrian me había comunicado por carta, se me planteó otro punto de vista sobre el asunto. ¿Qué estaba haciendo yo? ¿Cuál era el objeto de mis movimientos? Aparentemente era el encargado de conducir a aquella tropa de hombres egoístas e indómitos hacia Suiza, dejando atrás a mi familia y a mi mejor amigo, a los que, sometidos como constantemente estaban a la muerte que nos amezazaba a todos, tal vez no volviera a ver. ¿Acaso no era mi deber primero auxiliar al Protector, dando un ejemplo de fidelidad y cumplimiento del deber? En momentos críticos como el que vivía yo resulta muy difícil sopesar correctamente los intereses enfrentados, y aquel hacia el que nuestras inclinaciones nos conducen asume con obstinación la apariencia de egoísmo incluso cuando lo estimamos un sacrificio. En esos casos tendemos a optar por una vía intermedia, y eso fue lo que hice en aquella coyuntura: resolví cabalgar esa misma noche hasta Versalles. Si a mi llegada descubría que la situación no era tan desesperada como yo suponía, regresaría sin demora junto a mi tropa. Suponía que mi llegada causaría un impacto más o menos fuerte, del que podríamos sacar provecho en nuestro intento de poner en marcha a nuestra vacilante multitud. No había tiempo que perder. Me acerqué a nuestros establos, ensillé mi caballo favorito y, subiéndome a su grupa, sin concederme más tiempo para la reflexión o la duda, abandoné Villeneuve-la-Guiard camino de Versalles.

Me alegraba de escapar de mi tropa rebelde, perder de vista por un tiempo aquella lucha del bien y el mal en la que este siempre salía victorioso. Ignorar la suerte de Adrian me llevaba casi a la locura, y no me importaba nada salvo lo que pudiera sucederle a mi amigo. Con el corazón en un puño, buscando alivio en la rapidez de mi avance, cabalgaba de noche hacia Versailles. Espoleaba a mi caballo, que corría con absoluta libertad alzando orgulloso, la cabeza. Las constelaciones pasaban velozmente sobre mi cabeza, los árboles, las piedras, los hitos, quedaban atrás en mi veloz carrera. Llevaba la cabeza descubierta y el viento bañaba mi frente con delicioso frescor. Al perder de vista Villeneuve-la-Guiard olvidé el drama triste de la miseria humana, me pareció que para la felicidad bastaba con vivir, sensible siempre a la belleza de la tierra cubierta de verdor, del cielo cuajado de estrellas, del viento indómito que todo lo animaba. El caballo se cansaba y yo, sin prestar atención a su fatiga, lo animaba con mi voz, lo azuzaba con las espuelas. Se trataba de un animal gallardo y no deseaba cambiarlo por ningún otro que el azar pusiera en mi camino, abandonándolo para no verlo más. Avanzamos durante toda la noche. De mañana, mi montura se percató de que nos aproximábamos a Versailles y, para alcanzar su morada, hizo acopio de sus escasas fuerzas. La distancia que habíamos recorrido no era inferior a las cincuenta millas, y sin embargo recorrió los largos bulevares veloz como una flecha. Pobre animal: cuando desmonté, a las puertas del palacio, cayó de rodillas, los ojos cubiertos de una película traslúcida, se echó de costado, jadeante, y no tardó en morir. Lo vi expirar presa de una angustia que ni yo mismo lograba explicarme, pues la tortura de sus últimos estertores me resultó, aunque breve, del todo intolerable. Aun así, lo abandoné para cruzar el gran portal abierto, subí la escalinata señorial de aquel castillo de victorias y oí la voz de Adrian.

¡Oh, necio! ¡Oh ser afeminado y despreciable! Oí su voz y estallé en sollozos y convulsiones. Entré a toda prisa en el Salón de Hércules, donde él se encontraba, rodeado por una multitud cuyos ojos, vueltos con asombro hacia mí, me recordaron que en el escenario del mundo un hombre debe reprimir esos éxtasis de muchacha. Hubiera dado el mundo por poder abrazarlo, pero no me atrevía. En parte vencido por el cansancio y en parte voluntariamente, me arrojé al suelo. ¿Osaré revelar por qué lo hice ante el amable vástago de la soledad? Sí; lo hice para poder besar el suelo sagrado que él pisaba.

Lo encontré todo en estado de gran alteración. Un emisario del jefe de los Electos vivía tan dominado por su profeta y por su propio credo fanático que había llegado a atentar contra la vida del Protector, el encargado de preservar a la humanidad perdida. Detuvieron su mano cuando trataba de apuñalar al conde. Aquella circunstancia había causado el clamor que oí yo a mi llegada y la reunión confusa de gentes a las que hallé congregadas en el Salón de Hércules. Aunque la superstición y la furia diabólica se habían apoderado sigilosamente de los emigrantes, algunos todavía demostraban fidelidad a su noble jefe. Y muchos a quienes el miedo no había hecho variar su fe ni su amor, sintieron redoblado su afecto por él tras aquel detestable incidente. Una

falange de pechos leales cerró filas a su alrededor. El malvado que, aunque preso y maniatado, se vanagloriaba de su intento y reclamaba su corona de mártir, habría muerto descuartizado de no haber mediado su víctima. Adrian, dando un paso al frente, lo protegió con su propio cuerpo y ordenó con vehemencia a sus seguidores que se sometieran a él. Fue entonces cuando aparecí yo.

La disciplina y la paz regresaron al fin al castillo. Y entonces Adrian fue de casa en casa, de tropa en tropa, para serenar los ánimos de sus seguidores y recordarles su antigua obediencia. Pero el temor a una muerte inmediata seguía siendo intenso entre los supervivientes de la destrucción de un mundo. El horror ocasionado por el intento de asesinato había pasado y todas las miradas se volvían hacia París. Los hombres necesitan hasta tal punto aferrarse a algo que son capaces de plantar las manos sobre una lanza envenenada. Eso era él, el impostor que, con el miedo al infierno por látigo, lobo hambriento, jugaba a conducir a un rebaño crédulo.

Fue un momento de suspense que incluso vio peligrar la firmeza del amigo irreductible del hombre. Adrian pareció a punto de ceder, de cesar la lucha, de abandonar, con unos pocos adeptos, a la multitud engañada, dejándola allí, convertida en presa triste de sus pasiones y del siniestro tirano que las alimentaba. Pero, una vez más, después de una breve fluctuación de propósito, recobró su valor y su determinación, que se apoyaban en su único fin y en el incansable espíritu de benevolencia que lo animaba. En ese momento, a modo de presagio favorable, su malvado enemigo atrajo la destrucción sobre su propia cabeza, destruyendo con sus propias manos el dominio que había erigido.

La gran influencia que ejercía sobre las mentes de los hombres se basaba en la doctrina que les inculcaba y que afirmaba que quienes creyeran en él y le siguieran, serían los supervivientes de la raza humana, mientras que el resto de la humanidad perecería. Ahora, como en tiempos del Diluvio, el Omnipotente se arrepentía de haber creado al hombre, y así como antes hizo con el agua, ahora con las flechas de la peste estaba a punto de aniquilar a todos menos a los que obedecieran sus mandamientos, promulgados por el autoproclamado profeta. Resulta imposible saber sobre qué bases construía aquel hombre sus esperanzas de mantener tal impostura. Es probable que fuera plenamente consciente de la mentira que la naturaleza asesina podía otorgar a sus afirmaciones y creyera que no sería sino el azar el que decidiría si, en épocas venideras, sería venerado como delegado clarividente de los cielos o reconocido como impostor por la moribunda generación de su tiempo. En cualquier caso había decidido representar el drama hasta el último acto. Cuando, con la aproximación del verano, la enfermedad fatal volvió a causar estragos entre los seguidores de Adrian, el impostor, exultante, proclamó que su congregación se hallaba a salvo de la calamidad universal. Y lo creyeron. Sus seguidores, hasta entonces encerrados en París, habían llegado a Versalles. Mezclados con la banda de cobardes allí congregada, se dedicaban a vilipendiar a su admirable jefe y a asegurarse su superioridad, su inmunidad.

Pero al fin la peste, lenta pero segura en su avance quedo, destruyó aquella ilusión, invadiendo la congregación de los Electos y desencadenando sobre ellos la muerte promiscua. El falso profeta trató de ocultar el hecho. Contaba con algunos seguidores que, sabedores de los arcanos de su maldad, podían ayudarle a ejecutar sus planes malévolos. Los que enfermaban eran retirados de inmediato, subrepticamente, y depositados para siempre en tumbas cavadas a medianoche, mientras se inventaba alguna excusa plausible para justificar su ausencia. Al fin una mujer, cuya vigilancia maternal resistió incluso los efectos de los narcóticos que le administraban, fue testigo de aquellos planes asesinos perpetrados en la carne de su única hija. Loca de horror, habría irrumpido entre sus engañados compañeros y entre alaridos de dolor habría despertado sus oídos entumecidos con la historia de aquel crimen demoníaco. Pero entonces el Impostor, en su último acto de ira y desesperación, le clavó una daga en el pecho. Herida de muerte, el vestido chorreando de sangre, con su hijita estrangulada en brazos, hermosa y joven como era, Juliet (pues, en efecto, se trataba de ella) denunció al grupo de adeptos engañados la maldad de su guía. El falso profeta contempló los rostros asombrados de aquellos hombres y mujeres, que pasaban del horror a la furia, mientras los parientes de los ya sacrificados repetían sus nombres, seguros ya de la suerte que habían corrido. Con la perspicacia que lo había llevado tan lejos en su carrera hacia el mal, el canalla vio el peligro que se avecinaba y decidió evadirse de sus formas más dañinas: se acercó a toda prisa a uno de los más adelantados, le arrebató la pistola que llevaba al cinto, y sus risotadas burlonas se mezclaron con el estruendo del disparo con el que acabó con su vida.

Nadie movió los restos de aquel miserable. Depositaron el cadáver de la pobre Juliet sobre un catafalco, junto al de su hijita, y todos, con los corazones invadidos por el más triste de los pesares, en larga procesión se dirigieron hacia Versalles. En el camino se encontraron con los que habían abandonado la benigna protección de Adrian y se disponían a unirse a los fanáticos. Estos les contaron su relato de terror y todos regresaron. Así, finalmente, acompañados por toda la humanidad superviviente y precedidos por la enseña lóbrega de su razón recobrada, se presentaron ante Adrian y volvieron a jurar obediencia eterna a sus órdenes y fidelidad a su causa.

Capítulo VII

AQUELLOS acontecimientos consumieron tanto tiempo que junio había dejado atrás la mitad de sus días cuando iniciamos de nuevo nuestro viaje largamente postergado. Tras mi llegada a Versalles, seis hombres, de entre los que había dejado en Villeneuve-la-Guiard hicieron su aparición y nos informaron de que el resto había seguido camino de Suiza. Nosotros emprendimos la marcha siguiendo el mismo camino.

Resulta curioso, una vez transcurrido cierto tiempo, volver la vista atrás sobre una época que, aunque breve en sí misma, parecía, mientras se desarrollaba, de duración interminable. Hacia mediados de julio llegamos a Dijon, y a finales de ese mes, aquellos días y semanas se habían confundido con el océano de un tiempo olvidado que en su transcurrir rebosaba de sucesos fatales y penas agonizantes. A finales de julio apenas había transcurrido poco más de un mes, si la vida del hombre había de medirse recurriendo a las salidas y las puestas del sol. Pero ¡ay!, en ese intervalo a la ardiente juventud le habían salido canas. Arrugas profundas e indelebles surcaban las mejillas sonrosadas de la joven madre; los miembros elásticos de los hombres jóvenes, paralizados por la carga de los años, adoptaban la decrepitud de la edad. Transcurrían noches durante cuya fatal oscuridad el sol envejecía antes de salir de nuevo, y días ardientes que aguardaban la llegada de un atardecer balsámico que sofocara el calor malvado, pero que, venido de climas orientales, llegaba desgastado e inútil; días en los que el reloj, radiante en su posición de mediodía, no movía su sombra ni una sola hora, hasta que una vida entera de tristeza llevaba al sufriente a una tumba prematura.

De Versalles salimos mil quinientas almas el 18 de junio. Avanzábamos en una lenta procesión que incluía todos los lazos de parentesco, amor y amistad existentes en la sociedad. Padres y esposos, extremando los cuidados, reunían a sus familias en derredor suyo. Las madres y las esposas buscaban el apoyo de los hombres que las acompañaban, y luego, con ternura y prevención, se volvían hacia los niños. Se sentían tristes pero no desesperadas. Todos creían que alguien se salvaría. Todos, con ese optimismo que caracterizó hasta el fin a nuestra naturaleza humana, creían que sus familiares se hallarían entre los supervivientes.

Atravesamos Francia y la encontramos vacía de habitantes. Uno o dos lugareños subsistían en las ciudades más grandes, por las que vagaban como fantasmas. Así, nuestra expedición no vio incrementado su número con aquellas incorporaciones, sino que menguaba enormemente por culpa de la mortandad, hasta el punto de que resultaba más fácil contar a los escasos vivos que a los muertos. Como nunca abandonábamos a los enfermos hasta que su muerte nos permitía dejar sus cadáveres a recaudo de sus tumbas, nuestro viaje se demoraba, mientras día a día en nuestras tropas se abría una brecha espantosa y sus miembros morían por decenas, por cientos. La muerte no nos demostraba la menor piedad. Habíamos dejado de esperarla y todos

los días recibíamos la salida del sol con la sensación de que ya no volveríamos a ver otro amanecer.

Los terrores nerviosos y las visiones terribles que se habían apoderado de nosotros durante la primavera siguieron visitando a nuestras huestes acobardadas mientras duró el triste viaje. Cada noche traía consigo sus nuevas creaciones de espectros; un fantasma aparecía junto a cada árbol agostado y detrás de los arbustos acechaban toda clase de formas espantosas. Gradualmente nos acostumbrábamos a aquellas maravillas comunes, y entonces surgían otras. En determinado momento se tuvo la certeza de que el sol salía una hora más tarde de lo que, por estación, le correspondía. Poco después se descubrió que cada vez brillaba menos y que las sombras adoptaban una apariencia atípica. Era imposible imaginar los terribles efectos que esas ilusiones extravagantes habrían producido en la vida ordinaria que los hombres habíamos experimentado antes. En realidad nuestros sentidos carecen hasta tal punto de valor, cuando no se apoyan en el testimonio de otros, que a mí mismo me costaba mantenerme al margen de la creencia en hechos sobrenaturales, a los que la mayor parte de nuestra gente concedía crédito instantáneo. Siendo un cuerdo entre un grupo de locos, apenas me atrevía a decir lo que pensaba: que el astro rey no había experimentado cambio alguno, que las sombras de la noche no adoptaban las formas del espanto y el terror; o que el viento, al soplar entre los árboles o al rodear algún edificio vacío, no llegaba preñado de lamentos desesperados. A veces las realidades asumían formas fantasmales y era imposible que la sangre no se nos helara cuando percibíamos con absoluta claridad una mezcla de lo que sabíamos que era cierto con la semejanza visionaria de todo lo que temíamos.

Una vez, al anochecer, vimos a una figura toda vestida de blanco, de una estatura que parecía superior a la humana, haciendo reverencias en medio de la calzada, ahora alzando los brazos, ahora dando unos saltos asombrosos en el aire, y que después se ponía a dar vueltas sin parar, y luego se incorporaba del todo y gesticulaba con gran vehemencia. Nuestra tropa, siempre dispuesta a descubrir lo sobrenatural y a creer en ello, se detuvo a cierta distancia de aquel ser. Y a medida que oscurecía aquel espectro solitario se revestía de algo que incluso a los incrédulos nos causaba cierto temor. Aunque sus evoluciones no resultaban precisamente espirituales, parecían hallarse sin duda más allá de las facultades humanas. Entonces, de un gran salto, pasó por sobre un seto de considerable altura y un momento después se plantó frente a nosotros, en la calzada. Cuando yo me dirigí a él, el temor que inspiraba a los demás presentes se hizo manifiesto en la huida de algunos y en el hecho de que los demás se apretujaran los unos contra los otros. Solo entonces se percató aquel gnomo de nuestra presencia. Se acercó y, al echarnos nosotros hacia atrás, nos dedicó una reverencia. Aquella visión resultaba absurda en exceso incluso para nuestro atemorizado grupo, y su muestra de educación fue recibida con una risotada general. Entonces, haciendo un último esfuerzo, dio otro salto y acto seguido se echó al suelo, volviéndose casi invisible en la penumbra del ocaso. Aquella circunstancia hizo

enmudecer de miedo al grupo. Al fin los más valientes avanzaron un poco y, alzando el cuerpo moribundo de aquel infeliz, descubrieron la explicación trágica de aquella escena desconcertante. Se trataba de un bailarín de ópera y se contaba entre los miembros de mi tropa que habían desertado en Villeneuve-la-Guiard. Tras enfermar, sus compañeros lo habían abandonado, y en un arrebató de delirio había imaginado que se hallaba en escena y, pobre hombre, sus sentidos agonizantes anhelaban el último aplauso humano que merecían su gracia y su agilidad.

En otra ocasión nos sentimos perseguidos varios días por una aparición, a la que nuestra gente bautizó como el Negro Espectro. Solo lo veíamos de noche, cuando su corcel negro azabache, sus ropas de luto y su penacho de plumas negras le conferían un aspecto temible y majestuoso. Alguien aseguraba que su rostro, que había atisbado un instante, poseía una palidez cenicienta. Al rezagarse del resto del grupo, en un recodo del camino, había visto al Negro Espectro acercarse a él. Presa del miedo, logró esconderse, y caballo y jinete pasaron de largo mientras la luz de la luna iluminaba el rostro de aquel ser y mostraba su color ultraterreno. A veces, en plena noche, mientras atendíamos a los enfermos, oíamos el galope de un caballo que cruzaba la ciudad: era el Negro Espectro que venía como heraldo de la muerte inevitable. A los ojos comunes adquiría proporciones gigantescas y, según se decía, lo envolvía un aire gélido. Cuando lo oían acercarse los animales temblaban y los moribundos sabían que había llegado su hora. Se aseguraba que era la muerte misma, que se hacía visible para someter la tierra y acabar de una vez con los pocos que quedábamos, únicos rebeldes a su ley. Un día, a mediodía, vimos una mole negra ante nosotros, en la calzada, y al acercarnos distinguimos al Negro Espectro, que se había caído del caballo y, agonizando, se retorció en el suelo. No sobrevivió muchas horas más y sus últimas palabras nos revelaron el secreto de su conducta misteriosa. Se trataba de un aristócrata francés que, a causa de la peste, había quedado solo en su distrito. Durante muchos meses había recorrido el país de pueblo en pueblo, de provincia en provincia, en busca de algún superviviente con quien sentirse acompañado, pues detestaba la soledad a la que vivía condenado.

Cuando descubrió nuestra tropa, el temor al contagio fue más fuerte que su necesidad de compañía. No se atrevía a unirse a nosotros pero no quería perdernos de vista, pues éramos los únicos seres humanos que, junto con él, habitábamos Francia. De modo que nos acompañaba con el atuendo espectral que he descrito, hasta que la peste lo llevó a presencia de una congregación mayor, la de la Humanidad Muerta.

Si aquellos terrores vanos hubieran apartado nuestros pensamientos de males más tangibles, su aparición habría resultado beneficiosa. Pero eran tan espantosos y se producían en tal cantidad que penetraban en todos nuestros pensamientos, en todos los momentos de nuestras vidas. En ocasiones nos veíamos obligados a detenernos durante días, mientras uno, y otro, y otro más, se convertían en polvo y regresaban al polvo que en otro tiempo había sido nuestra madre viviente. Así, proseguimos viaje durante la estación más calurosa. Y no fue hasta el primero de agosto cuando

nosotros, los emigrantes —solo ochenta habíamos sobrevivido, lector—, entramos en Dijon.

Habíamos esperado ese momento con impaciencia, pues ya habíamos dejado atrás la peor parte de nuestro viaje atroz. Y Suiza se hallaba muy cerca. Mas ¿cómo íbamos a congratularnos por algo alcanzado con tanta imperfección? ¿Eran esos seres infelices que, exhaustos y maltrechos, avanzaban en pesaroso peregrinar, los únicos supervivientes de una raza humana que, como tras un diluvio, en otro tiempo se esparcieron por toda la tierra, poseyéndola? El agua había descendido cristalina y libre desde la montaña primigenia de Ararat, y de riachuelo insignificante se había tornado en vasto río perenne, fluyendo incesante generación tras generación. Y aunque cambiante, seguía creciendo, crecía y avanzaba hacia el océano receptor, cuyas menguadas costas ahora nosotros alcanzábamos. No había sido más que un juguete de la naturaleza, cuando al principio surgió a la luz desde el vacío amorfo. Pero el pensamiento trajo poder y conocimiento y, ataviada con ellos, la raza del hombre asumió dignidad y autoridad. Ya no era solo el hortelano de la tierra o el pastor de sus rebaños. «Llevaba consigo un aspecto imponente y majestuoso; contaba con alcurnia e ilustres ancestros; poseía su galería de retratos, sus inscripciones monumentales, sus registros y sus títulos^[87]».

Todo ello había terminado, ahora que el océano de muerte había arrastrado hacia sí la marea menguante y su fuente se había secado. Habíamos dicho adiós a un estado de cosas que, al haber existido durante miles de años, parecía eterno. El gobierno, la obediencia, el tráfico, la vida doméstica, habían modelado nuestros corazones y nuestras facultades desde que nuestra memoria conservaba recuerdo. Y también nos despedíamos del celo patriótico, de las artes, de la reputación, de la fama perdurable. Veíamos partir toda esperanza de reencontrarnos con nuestro antiguo estado; toda expectativa, excepto la frágil idea de salvar nuestra vida individual del naufragio del pasado. Para ello habíamos abandonado Inglaterra, que ya no era Inglaterra, pues sin sus hijos, ¿qué nombre podía reclamar aquella isla desolada? Con mano tenaz nos aferrábamos a las leyes y el orden que mejor sirvieran para salvarnos y confiábamos en que, si se preservaba una pequeña colonia, ello bastaría para, con el tiempo, restaurar la comunidad perdida de la humanidad.

¡Pero el juego ha terminado! Todos debemos morir. No dejaremos a superviviente ni heredero la vasta herencia de la tierra. ¡Todos debemos morir! La especie humana perecerá. Su cuerpo, obra maestra; el asombroso mecanismo de sus sentidos; la noble proporción de sus miembros divinos; su mente, reina coronada de todo ello... todo perecerá. ¿Mantendrá la Tierra su lugar entre los planetas? ¿Seguirá girando alrededor del Sol con absoluta regularidad? ¿Cambiarán las estaciones, se adornarán con hojas los árboles, las flores esparcirán su aroma en soledad? ¿Permanecerán inmóviles las montañas? ¿Seguirán los arroyos descendiendo en dirección a los vastos abismos? ¿Subirán y bajarán las mareas? ¿Ventilarán los vientos la tierra universal? ¿Pacerán las bestias, volarán los pájaros, nadarán los peces cuando el

hombre, el señor, el dueño, el perceptor, el cronista de todas esas cosas, haya muerto, como si jamás hubiera existido? ¡Oh! ¡Qué burla es esta! Sin duda la muerte no es muerte y la humanidad no se ha extinguido, sino que ha adoptado otras formas, y ya no se halla sujeta a nuestras percepciones. La muerte es un vasto portal, un ancho camino hacia la vida. Aceleremos el paso: no existamos más en esta muerte en vida y muramos, pues, para poder vivir.

Habíamos deseado con todas nuestras fuerzas llegar a Dijon, pues desde el principio la habíamos considerado una especie de punto de inflexión en nuestro avance. Pero ahora nos adentrábamos en ella envueltos en un sopor más doloroso que un sufrimiento agudo. Lenta pero inexorablemente habíamos comprendido que nuestros mayores esfuerzos no bastarían para mantener con vida a un solo ser humano. Así, soltamos el timón al que tan largo tiempo nos habíamos aferrado y la barca frágil en la que flotábamos pareció, una vez libre de todo gobierno, apresurarse y encarar la proa hacia el oscuro abismo de las olas. Tras la pena, la profusión de lágrimas, los lamentos vanos, la ternura desbocada, el aferrarse apasionada pero infructuosamente a los pocos que quedaban, siguieron la languidez y la desolación.

Durante nuestro desastroso viaje perdimos a todos aquellos con los que, aun sin ser de nuestra familia, nos sentíamos especialmente vinculados. No estaría bien convertir este relato en un mero catálogo de pérdidas, y sin embargo no me sustraigo a la necesidad de mencionar a los más queridos entre ellos: la pequeña a la que Adrian había rescatado del abandono más absoluto, durante nuestro paseo por Londres aquel 20 de noviembre, falleció en Auxerre. La pobre niña nos había tomado mucho cariño, y lo repentino de su muerte nos sumió en una tristeza aún mayor. Por la mañana la habíamos visto aparentemente saludable, y esa misma noche, Lucy, antes de que nos retiráramos a descansar, visitó nuestros aposentos para informarnos de que había muerto. La pobre Lucy apenas le sobrevivió hasta nuestra llegada a Dijon. Se había entregado en cuerpo y alma al cuidado de los enfermos y los desamparados. Su cansancio excesivo le causó unas fiebres lentas que culminaron en la temida enfermedad, cuyo ataque no tardó en librarla de sus sufrimientos. Sus dotes y su entereza ante sus muchas adversidades nos habían llevado a adorarla. Cuando la enterramos nos pareció que también decíamos adiós a todas las virtudes femeninas que tanto destacaban en ella. Iletrada y sencilla como era, se distinguía por su paciencia, su resignación y su dulzura. Aquellos dotes, sumados a sus virtudes típicamente inglesas, ya no revivirían en nosotros, pues todo lo que en las campesinas de mi país era digno de admiración, quedaba sepultado bajo la tierra desolada de Francia. Perderla de vista para siempre fue como separarnos por segunda vez de nuestro país.

La condesa de Windsor falleció asimismo durante nuestra estancia en Dijon. Una mañana me informaron de que deseaba verme, y solo entonces caí en la cuenta de que llevaba varios días sin visitarla. Tal circunstancia había tenido lugar con frecuencia durante nuestro viaje, cuando yo quedaba algo rezagado para asistir a algún camarada

desahuciado en sus últimos momentos y el resto de la tropa me adelantaba. Pero algo en el tono del mensajero me llevó a sospechar que alguna cosa sucedía. A mi imaginación, caprichosa, le dio por temer que alguna desgracia se hubiera abatido sobre Clara o Evelyn, y no sobre la anciana dama. Nuestros miedos, siempre despiertos, exigían su alimento de horror. Y ya nos parecía demasiado natural, demasiado similar a lo que sucedía en los viejos tiempos, que un anciano muriera antes que un joven.

Hallé a la venerable madre de mi Idris tendida en un sofá, corpulenta, demacrada, exangüe; el rostro ladeado, del que la nariz destacaba en pronunciado perfil, y sus ojos grandes, oscuros, vacíos y profundos, se iluminaban con la luz de una nube de tormenta al atardecer. Todo en ella, salvo aquellos dos luceros, se veía ajado y reseco. También se había operado un cambio siniestro en su voz, cuando me hablaba a intervalos.

—Me temo —dijo— que es egoísta por mi parte haberte pedido que vuelvas a visitar a esta anciana antes de que muera. Y sin embargo tal vez te habría causado mayor sorpresa oír de pronto que había muerto sin haberme visto antes así.

Le tomé la mano temblorosa.

—¿De veras se siente tan enferma? —le pregunté.

—¿No percibes la muerte en mi rostro? Es extraño. Debería haber esperado esto, pero confieso que me ha tomado por sorpresa. Jamás me aferré a la vida, ni la disfruté, hasta estos últimos momentos, en que me hallo entre aquellos a quienes tan insensatamente abandoné. Y me cuesta admitir que voy a ser alejada de ellos en breve. Con todo, me alegro de no morir víctima de la peste. Seguramente habría muerto igual, en este momento, aunque el mundo siguiera siendo como era durante mi juventud.

Le costaba articular las palabras y percibí que lamentaba la necesidad de la muerte, más aún de lo que se atrevía a admitir. Y sin embargo no debía lamentar un acortamiento anormal de su existencia, pues su persona exhausta demostraba que, en su caso, la vida se había agotado por sí misma. Al principio estábamos los dos solos, pero al rato entró Clara. La condesa se volvió hacia ella con una sonrisa y tomó la mano de la encantadora joven. Su palma sonrosada, sus dedos blancos, contrastaban con la piel arrugada y el tono amarillento de los de la anciana dama. Se incorporó un poco para besarla y sus labios marchitos se encontraron con la boca cálida y tersa de la juventud.

—Verney —dijo la condesa—. No hace falta que encomiende a esta querida niña a tu recaudo, pues sé que la protegerás. Si el mundo fuera como era, tendría mil sabios consejos que darle para que una persona tan sensible, bondadosa y bella escapara de los peligros que solían acechar para causar la destrucción de los justos, de los mejores. Pero ahora ya nada de eso importa.

»Te entrego, amable enfermera, a los cuidados de tu tío. A los tuyos encomiendo la más querida reliquia de mí misma. Sé para Adrian, dulce niña, lo que has sido para

mí. Alivia su tristeza con tus ocurrencias; cuando yo muera, aplaca su angustia con palabras serenas y razonadas. Cuida de él como lo has hecho conmigo.

Clara se echó a llorar.

—No llores, niña —dijo la condesa—. No llores por mí. Te quedan muchos amigos.

—Sí, pero habla también de su muerte —exclamó Clara entre sollozos—. Resulta muy cruel. ¿Cómo podría vivir yo si ellos murieran? Si mi amado protector falleciera antes que yo, no podría cuidar de él; solo podría morir yo también.

La dama venerable vivió apenas veinticuatro horas más. Era el último vínculo que nos ataba al estado anterior de las cosas. Resultaba imposible mirarla y no recordar, tal como eran, sucesos y personas, tan ajenos a nuestra situación presente como las disputas de Temístocles y Arístides o la Guerra de las Rosas en nuestra tierra natal. La corona de Inglaterra había ceñido su frente. La memoria de mi padre y sus desgracias, las luchas vanas del difunto rey, imágenes de Raymond, Evadne y Perdita en el esplendor de la vida regresaban con viveza a nuestra mente. La entregamos a la tumba, recelosos. Y cuando me apartaba del sepulcro, Jano veló su rostro retrospectivo, pues había perdido la facultad de ver las generaciones futuras.

Tras permanecer una semana en Dijon, treinta más de los nuestros desertaron de las menguadas filas de la vida. Los demás proseguimos viaje hacia Ginebra. A mediodía del segundo día llegamos a los pies del Jura. Nos detuvimos a la espera de que remitiera el calor. Allí cincuenta seres humanos, cincuenta, los únicos que habían sobrevivido en una tierra rebosante de alimentos, se congregaron y vieron en los rostros de los demás las señales de la peste, o del cansancio de la tristeza o de la desesperación, o, peor aún, de la indiferencia ante los males presentes o futuros. Allí nos reunimos, a los pies de aquellos poderosos montes, bajo un gran nogal. Un arroyo cantarín refrescaba el prado con sus aguas y las cigarras cantaban entre los tomillos. Aguardamos muy juntos, infelices sufridores. Una madre acunaba con brazos débiles a su pequeño, el último de muchos, cuyos ojos vidriosos estaban a punto de cerrarse para siempre. Allí una mujer hermosa, que antes resplandecía con lustre juvenil, conscientemente ahora se ajaba y se abandonaba, arrodillándose para abanicar con movimientos vacilantes al amado, que se esforzaba por dibujar una sonrisa agradecida en sus gestos desfigurados por la enfermedad. Allí, un veterano de rasgos curtidos, tras prepararse la comida, tomó asiento y al punto su barbilla descendió hasta tocarle el pecho, y soltó el cuchillo inútil. Sus miembros se relajaron del todo mientras el recuerdo de su esposa e hijo, de sus familiares más queridos, todos difuntos, pasaba por su mente. También allí sentado se encontraba un hombre que durante cuarenta años había retozado al sol apacible de la fortuna. Sostenía la mano de su última esperanza, su amada hija, que acababa de alcanzar la pubertad. La observaba con ojos angustiados mientras ella trataba de sacar fuerzas de su desmayado espíritu para consolarlo. Y allí un criado, fiel hasta el final, aunque

agonizante, se ocupaba de aquel que, aunque aún erguido y saludable, observaba con creciente temor las desgracias que se sucedían a su alrededor.

Adrian se apoyaba en un árbol. Sostenía un libro en sus manos, pero sus ojos abandonaban las páginas, buscaban los míos y me dedicaban miradas comprensivas. Su expresión indicaba que sus pensamientos habían abandonado las letras impresas y se habían adentrado en otras más llenas de sentido, más absorbentes, que se extendían ante él. En la orilla, apartada de todos, en un claro sereno donde el riachuelo besaba dulcemente el prado verde, Clara y Evelyn jugaban, a veces golpeando el agua con una rama, a veces contemplando las moscas que zumbaban. Ahora Evelyn trataba de cazar una mariposa, luego arrancaba una flor para su prima. Y su risueña carita de querubín proclamaba que en su pecho latía un corazón alegre. Clara, aunque intentaba concentrarse en la diversión del pequeño, se distraía a veces y se volvía para mirarnos a Adrian y a mí. Había cumplido catorce años y conservaba su aspecto infantil, aunque por su altura ya fuera una mujer. Representaba con mi hijo huérfano el papel de la más amorosa de las madres. Al verla jugar con él, o ceder silenciosa y sumisamente a nuestros deseos, solo se pensaba en su paciencia y docilidad. Pero en sus ojos bondadosos y en las cortinas venosas que los velaban, en lo despejado de su frente marmórea, en la tierna expresión de sus labios, había una inteligencia y una belleza que al momento inspiraban admiración y amor.

Cuando el sol descendió, camino del oeste, y las sombras del atardecer se hicieron más alargadas, nos preparamos para iniciar el ascenso a la montaña. Las atenciones que debíamos dedicar a los enfermos nos obligaban a avanzar despacio. El camino tortuoso y empinado nos deparaba vistas de campos rocosos y colinas, las unas ocultándose a las otras, hasta que nuestro ascenso nos permitió verlas todas en sucesión. Apenas hallábamos sombras que nos protegieran del sol bajo, cuyos rayos oblicuos parecían cargados de un calor que nos causaba gran fatiga. Hay ocasiones en que dificultades menores se vuelven gigantescas, ocasiones en que, como el poeta hebreo expresa con gran viveza, «la langosta es una carga^[88]», y eso sucedía con nuestra desventurada expedición aquella tarde. Adrian, por lo general el primero en hacer acopio de todo su ánimo y soportar fatigas y contratiempos, dejaba la elección del mejor camino al instinto de su caballo, mientras avanzaba con los miembros relajados y la cabeza gacha, que solo a veces levantaba, cuando lo empinado del ascenso le obligaba a agarrarse mejor a la silla. De mí se apoderaban el miedo y el horror. ¿Su aspecto lánguido indicaba que también él se había contagiado? ¿Por cuánto tiempo más, cuando contemplara ese espécimen inigualado de mortalidad, percibiría que sus pensamientos respondían a los míos? ¿Por cuánto tiempo más aquellos miembros obedecerían a su espíritu? ¿Por cuánto tiempo más la luz y la vida habitarían en los ojos del único amigo que me quedaba? Así, avanzando despacio, remontábamos un monte solo para descubrir que tras él se alzaba otro que también debíamos ascender. Tras cada saliente hallábamos otro, hermano del anterior, interminablemente. A veces la presión de la enfermedad en alguno de nosotros

llevaba a detener toda la cabalgata. Alguien pedía agua o expresaba con vehemencia el deseo de reposar. El grito de dolor, el sollozo acallado de quien lloraba al difunto... Esos eran nuestros tristes compañeros de viaje en nuestra travesía por el Jura.

Adrian iba primero. Lo vi al detenerme para aflojar la silla, en nuestra lucha contra una pendiente muy pronunciada, más difícil, al parecer, que todas las que ya habíamos dejado atrás. Él llegó a la cima y su silueta negra se recortó contra el cielo. Parecía contemplar algo inesperado y maravilloso pues, inmóvil, alargaba la cabeza y extendía los brazos un instante, como si saludara una nueva visión. Instado por la curiosidad, me apresuré a unirme a él. Tras pelearme con el precipicio durante unos tediosos minutos, pude contemplar la escena que tanto asombro le había causado.

La naturaleza, o su preferida, que es esta hermosa tierra, exhibía sus bellezas únicas en tonos repentinos y resplandecientes.

Mucho más abajo, en la lejanía, como en el abismo abierto del orbe inmenso, se perdía la extensión plácida y azul del lago Lemán. Lo rodeaban colinas cubiertas de viñas, y tras ellas oscuras montañas de formas cónicas o irregulares murallas ciclópeas lo defendían. Pero más allá, sobre todo lo demás, como si los espíritus del aire hubieran revelado de pronto sus vistosas moradas, elevándose hasta alturas inalcanzables en el cielo impoluto, besando los cielos, compañeros del éter imposible, se imponían los gloriosos Alpes, ataviados con los ropajes deslumbrantes de la luz del ocaso. Y, como si las maravillas del mundo no fueran a agotarse nunca, sus vastas inmensidades, sus abruptos salientes, su tonalidad rosácea, aparecían de nuevo reflejadas en el lago, hundiendo sus orgullosas cumbres bajo las mansas olas, palacios para las Náyades de las aguas plácidas. Ciudades y pueblos se esparcían a los pies del Jura, que con sus oscuras quebradas y negros promontorios extendía sus raíces por la extensión acuática que dominaba el llano. Transportado por la emoción, olvidé la muerte del hombre y al amigo vivo y amado que se hallaba junto a mí. Al volverme hacia él vi que las lágrimas resbalaban por sus mejillas y que, entrelazando las manos huesudas, componía un gesto de admiración.

—¿Por qué —exclamó al fin—, por qué, oh, corazón, me susurras pesares? Empápate de la belleza de este paisaje y posee una dicha que no está al alcance siquiera de un paraíso imaginado.

Lentamente los integrantes de la expedición remontaron la pendiente y se unieron a nosotros. Ni uno solo dejó de demostrar su asombro ante algo que excedía toda experiencia anterior. Uno de ellos exclamó:

—Dios nos revela su cielo. ¡Si morimos, lo haremos con su bendición!

Uno a uno, con exclamaciones entrecortadas y frases extravagantes, trataban de expresar el efecto embriagador de aquella maravilla natural. Permanecimos un tiempo más en aquel lugar, aligerándonos de la pesada carga del destino, tratando de olvidar la muerte, a cuya noche estábamos a punto de arrojarnos, sin recordar ya que nuestros ojos serían para siempre los únicos que percibirían la magnificencia divina de aquella exhibición terrenal. Un entusiasmo emocionado semejante a la felicidad se abrió

paso, como un rayo de sol inesperado, en nuestra vida sombría. Atributo único de la humanidad abatida por las desgracias, capaz de recrear emociones extáticas incluso ante las miserias y las privaciones que, despiadadas, arrasan toda esperanza.

Aquella noche estuvo marcada por otro suceso. Al pasar por Ferney, camino de Ginebra, desde la iglesia rural que se alzaba rodeada de árboles y casas deshabitadas nos llegó el sonido casi olvidado de una música. El lamento de un órgano, con sus tonos profundos, despertaba el aire mudo y reverberaba largo tiempo en él, fundiéndose con la intensa belleza que revestía los montes, bosques y aguas circundantes.

La música —lengua de los inmortales, se nos revelaba como testimonio de su existencia—; la música, «llave plateada de la fuente de las lágrimas^[89]», hija del amor, bálsamo de la pena, inspiradora de heroísmo y pensamientos radiantes... ¡Oh, música, en nuestra desolación te habíamos olvidado! Por las noches no nos alegraban las flautas, las armonías de las voces ni los acordes emotivos de las cuerdas. Pero entonces llegaste a nosotros, lo mismo que cuando se revelan otras formas del ser. Y así como la belleza natural nos había embargado, llevándonos a imaginar que contemplábamos la morada de los espíritus, ahora podíamos imaginar que oíamos sus melodiosas conversaciones. Nos detuvimos, paralizados por el mismo temor reverencial que podría haberse apoderado de una pálida sacerdotisa que visitara algún templo sagrado en plena noche y contemplara la imagen animada y sonriente del objeto de su veneración. Nos manteníamos en silencio y muchos se arrodillaron. Sin embargo, transcurridos unos minutos, unos acordes conocidos nos devolvieron a un asombro más humano. La música que sonaba era «La creación», de Haydn, y a pesar de que la humanidad ya se había vuelto vieja y arrugada, el mundo, nuevo aún como el primer día de la creación, podía seguir celebrándose con el mismo himno de alabanza. Adrian y yo entramos en la iglesia. La nave estaba vacía, aunque el humo del incienso se elevaba desde el altar y nos devolvía el recuerdo de inmensas congregaciones reunidas en catedrales atestadas. Subimos hasta la tribuna. Un anciano ciego se sentaba a los fuelles. Era todo oído y, concentrado en la música, el placer iluminaba su semblante, un rostro de ojos apagados, si bien sus labios entreabiertos y todas las arrugas de su rostro expresaban entusiasmo. Al teclado, una joven de unos veinte años, pelo castaño que descendía hasta sus hombros y frente despejada y hermosa que tenía los ojos arrasados en lágrimas. Los esfuerzos que hacía para acallar sus sollozos transmitían un temblor a todo su cuerpo y encendían sus pálidas mejillas. Su delgadez era extrema. La languidez y, ¡ay!, la enfermedad consumían su cuerpo.

Mi amigo y yo seguíamos allí, contemplándolos, sin prestar ya atención a la música. Hasta que sonó el último acorde y el sonido fue extinguiéndose en lentos ecos. La voz poderosa e inorgánica —pues en modo alguno podía asociarse con el mecanismo de los fuelles o las teclas— acalló su tono sonoro y la muchacha, al volverse para ayudar a su anciano compañero, nos vio al fin.

Se trataba de su padre y ella, desde la infancia, había sido el lazarillo de sus oscuros pasos. Eran alemanes, de Sajonia, y se habían trasladado allí hacía unos años, creando nuevos lazos con los aldeanos de la región. Cuando llegó la peste se les unió un estudiante alemán. No costaba adivinar cómo se había desarrollado la sencilla historia: él, aristócrata, se había enamorado de la hija pobre del músico y los había seguido en su huida de los amigos de él, que los perseguían. Pero la Gran Igualadora no tardó en llegar con su afilada guadaña para segar, además de la hierba, las altas flores de los campos. El joven fue una de sus primeras víctimas. La muchacha sobrevivió por su padre. La ceguera de él le permitió mantenerlo engañado, y así se habían convertido en seres solitarios, únicos supervivientes de la tierra. Él desconocía el alcance de los cambios y no sabía que, cuando escuchaba la música que interpretaba su hija, las montañas mudas, el lago insensible y los árboles inconscientes eran, exceptuándolo a él, todo su público.

El mismo día de nuestra llegada la muchacha había sido víctima del ataque de la enfermedad. La idea de dejar solo en el mundo a su padre, anciano y ciego, la llenaba de horror. Pero le faltaba valor para revelar la verdad, y el exceso mismo de su desesperación la llevaba a fatigarse más allá de sus fuerzas. A la hora vespertina acostumbrada, lo condujo a la capilla y, aunque temblorosa y dominada por el llanto, tocó puntualmente, sin fallar en una sola nota, el himno escrito para celebrar la creación de la tierra adornada que pronto sería su sepultura.

Así, nuestra llegada fue para ella tan providencial como la visita de unos seres venidos del cielo. Su valentía, la firmeza que ya apenas mantenía, desaparecieron al aparecer el alivio. Emitiendo un grito, se acercó a nosotros a toda prisa, se echó a las rodillas de Adrian y, entre sollozos y gritos histéricos, abriendo la presa largamente contenida de su tristeza, exclamó:

—¡Salve a mi padre!

¡Pobre muchacha! Su padre y ella reposan ya, juntos, bajo el nogal en que el amado de ella también yace, y que mientras agonizaba nos señaló con el dedo. ¿Y el padre? Consciente al fin del peligro que corría su hija, incapaz de ver los cambios de su amado rostro, le agarró la mano y no la soltó hasta que la rigidez y el frío se apoderaron de ella. No se movió ni dijo nada hasta que, doce horas después, la muerte, benévola, le trajo a él también el reposo eterno. Descansan bajo la tierra, con el árbol por mausoleo. Recuerdo con gran claridad ese lugar sagrado, bajo el palio del escarpado, Jura de los lejanos e incommensurables Alpes. La aguja de la iglesia que frecuentaban sigue elevándose sobre los árboles circundantes. Y aunque su mano ya está fría, todavía me parece que los sonidos de la música divina que tanto amaba resuenan en el aire y amansan sus plácidos espíritus.

Capítulo VIII

HABÍAMOS llegado a Suiza, por el momento la etapa final y la meta de nuestros esfuerzos. No sé por qué, pero habíamos visto con esperanza y placentera expectativa su congregación de montes y cumbres nevadas y habíamos abierto nuestros corazones con ánimo renovado al viento del norte, que incluso en pleno verano soplaba desde un glaciar cubierto de frío. Mas ¿cómo podíamos albergar esperanzas de alivio? Como nuestra Inglaterra natal y la vasta extensión de la fértil Francia, aquella tierra cercada por montañas se hallaba desierta de habitantes. Si ni las desoladas cumbres de sus montañas, ni los riachuelos nacidos del deshielo, ni el *biz*, ese viento del norte cargado de frío, ni el trueno, domador de contagios, los había mantenido con vida a ellos, ¿cómo íbamos a pedir nosotros la exención?

¿Y quién, además, quedaban por salvar? ¿Qué tropa seguía en condiciones de resistir y combatir al conquistador? No éramos más que un precario residuo que aguardaba, sumiso, el golpe inminente. Un carruaje medio muerto ya por temor a la muerte, una tripulación desesperada, rendida, casi imprudente que, montada en el tablón de la vida, a la deriva, había olvidado el timón y se resignaba a la fuerza destructiva de los vientos. Así como las pocas mazorcas de un vasto campo que el granjero olvida cosechar son abatidas al poco por una tormenta invernal; así como unas pocas golondrinas, rezagadas de la bandada que, al sentir el primer aliento del otoño, emigra a climas más benignos, caen al suelo ante el primer embate helado de noviembre; así como la oveja perdida que vaga por la ladera de la colina, azotada por el aguanieve mientras el resto del rebaño se halla en el aprisco, muere antes del amanecer; así como una nube, igual a las muchas que cubren el cielo impenetrable, no acude a la llamada de su pastor, el viento del norte, que conduce a sus compañeras «a beber del mediodía de los antípodas^[90]», y ella se difumina y se disuelve en el claro éter, ¡así éramos nosotros!

Dejamos atrás la orilla izquierda del hermoso lago de Ginebra y nos adentramos en las quebradas alpinas. Viajábamos siguiendo el bravo Arve hasta su nacimiento, a través del valle rocoso de Servox, pasando junto a cascadas y a la sombra de picos inaccesibles. Mientras, el exuberante castaño cedía el paso al abeto oscuro, cuyas ramas musicales se mecían al viento y cuyas formas recias habían resistido mil tormentas, y la tierra reverdecida, el prado cubierto de flores, la colina ataviada de arbustos, se convertían gradualmente en rocas sin semillas y sin huellas que rasgaban

el cielo, en «huesos del mundo, aguardando verse revestidos de todo lo necesario para albergar vida y belleza^[91]». Resultaba extraño que buscáramos refugio allí. Parecía claro que, si en países en los que la tierra, madre amorosa, acostumbraba a alimentar a sus hijos, la habíamos visto convertida en destructora, no hacía falta que buscáramos nada allí donde, azotada por la penuria, parece temblar en sus venas pétreas. Y, en efecto, no nos equivocábamos en nuestras conjeturas. Buscábamos en vano los glaciares inmensos y siempre móviles de Chamonix, grietas de hielo colgante, mares de aguas congeladas, los campos de abetos retorcidos por las ventiscas, los prados, meros caminos para la avalancha estrepitosa, y las cimas de los montes, frecuentadas por tormentas eléctricas. La peste se enseñoreaba incluso de aquellos lugares. Cuando el día y la noche, como hermanos gemelos de idéntico crecimiento, compartían su dominio sobre las horas, una a una, bajo las grutas heladas, junto a las aguas procedentes del deshielo de nieves de mil inviernos, los escasos supervivientes de la raza del hombre cerraban los ojos a la luz para siempre.

Y a pesar de ello no errábamos del todo al buscar un paisaje como este en que poner fin a nuestro drama. La naturaleza, siempre fiel, nos brindaba su consuelo en plena desgracia. La sublime grandeza de los objetos externos aliviaba nuestros corazones arrasados y se presentaba en armonía con nuestra desolación. Muchas tristezas han recaído sobre el hombre durante su azaroso avance. Y muchos se han convertido en únicos supervivientes de sus grupos. Nuestro infortunio extraía su forma majestuosa y sus tonalidades de la inmensa ruina que lo acompañaba y con la que se confundía. Así, sobre la hermosa tierra, muchas quebradas oscuras contienen arroyos cantarines sombreados por rocas románticas, bordeados por senderos musgosos, pero todos, excepto ese, carecían del poderoso contrapunto de los Alpes, cuyas cumbres nevadas y salientes desnudos nos elevaban desde nuestra morada mortal y nos conducían a los palacios de la naturaleza.

Aquella armonía solemne entre el acontecimiento y la situación regulaba nuestros sentimientos y proporcionaba, por así decirlo, un atuendo adecuado a nuestro último acto. La tristeza serena y la pompa trágica asistían al deceso de la desgraciada humanidad. La procesión fúnebre de monarcas antiguos se veía superada por nuestras espléndidas demostraciones. Cerca de las fuentes del Aveiron celebramos los ritos por el último de nuestra especie, exceptuando a cuatro de nosotros. Adrian y yo, tras dejar a Clara y a Evelyn sumidos en un sueño apacible e ignorante, llevamos el cuerpo hasta aquel lugar desolado y lo depositamos en las cuevas de hielo, bajo el glaciar, que crujía y se rasgaba con los sonidos más leves y traía la destrucción a todo lo que se adentrara en sus grietas. Allí, ni aves ni bestias carroñeras profanarían la forma helada. Así, con pasos amortiguados, en silencio, colocamos al muerto sobre un catafalco de hielo, y al partir nos detuvimos sobre la plataforma rocosa, junto al nacimiento del río. A pesar de nuestra quietud la mera agitación del aire causada por el paso de nuestros cuerpos bastó para perturbar el reposo de aquella región congelada; apenas habíamos abandonado la caverna cuando unos gigantescos bloques

de hielo, separándose del techo, se desplomaron sobre el cuerpo que habíamos depositado en su interior. Habíamos escogido una noche serena, pero el trayecto hasta allí había sido largo y la luna creciente ya se ocultaba tras las cimas de poniente cuando culminamos nuestra misión. Las montañas nevadas y los glaciares azules parecían emitir su propia luz. La abrupta quebrada, que formaba una ladera del monte Anvert, se hallaba frente a nosotros, y el glaciar a nuestro lado. A nuestros pies el Aveiron, blanco y espumeante, corría entre las piedras que salían a su paso y, salpicando y rugiendo sin cesar, alteraba la quietud de la noche. Unos relámpagos dorados jugaban en torno a la vasta cúpula del Mont Blanc, silenciosos como la mole cubierta de nieve que iluminaban. Todo aparecía desolado, indómito, sublime, y los abetos, con sus susurros melódicos, dulcificaban aquella majestuosa aspereza. Pero ahora el corrimiento y la caída de los bloques de hielo rasgaron el aire y el estruendo del alud atronó en nuestros oídos. En países cuyos accidentes geográficos son de menor magnitud, la naturaleza manifiesta sus poderes vivos en el follaje de los árboles, en el crecimiento de la hierba, en el dulce murmullo de los ríos mansos. Aquí, dotada de atributos gigantescos, eran los torrentes, las tormentas eléctricas y los movimientos de grandes masas de agua los que demostraban su actividad. Ese era el camposanto, ese el réquiem, esa la congregación eterna que velaba en el funeral de nuestro compañero.

No era solo su forma humana la que habíamos depositado en su sepulcro eterno y cuyas exequias celebrábamos. Con aquella última víctima, la Peste se desvanecía de la tierra. La muerte nunca había precisado de armas para destruir la vida y nosotros, pocos como éramos y en el estado de debilidad en que nos hallábamos, seguíamos expuestos a todas las demás saetas que rebosaban de su aljaba. Pero no, la peste ya no se encontraba entre ellas. Durante siete años había exhibido un dominio absoluto sobre la tierra. Había hollado todos los recodos de nuestro espacioso orbe; se había fundido con la atmósfera, que como un manto envuelve a todas las criaturas —a los habitantes de nuestra Europa natal, a los asiáticos rodeados de lujos, a los oscuros africanos, a los libres americanos—, y a todas las había derrotado y destruido. Su bárbara tiranía llegaba a su fin allí, en la quebrada rocosa de Chamonix.

Aunque eran escenas aún recurrentes de tristeza y dolor, los frutos de su destrucción ya no formaban parte de nuestras vidas.

La palabra «peste» ya no resonaba en nuestros oídos; su aspecto encarnado en el semblante humano ya no se presentaba ante nuestros ojos. A partir de ese momento ya no volví a ver a la Peste, que abdicó de su trono y, despojándose de su cetro imperial entre los bloques de hielo que nos rodeaban, dejó a la soledad y el silencio como herederos de su reino.

Mis sensaciones presentes se confunden hasta tal punto con el pasado que no sé decir si ya tuvimos conocimiento de ese cambio mientras permanecíamos en aquel lugar estéril. Creo que así fue, que pareció como si una nube que pendía sobre nosotros se hubiera retirado, que del aire se hubiera apartado un peso; que a partir de

ese momento respiraríamos sin tanto impedimento y que nuestras cabezas se alzarían, recobrando parte de nuestra anterior libertad. Y sin embargo no albergábamos esperanzas. Habitaba en nosotros la sensación de que nuestra raza estaba sentenciada pero que la peste no sería nuestra destructora. El tiempo que quedaba era como un poderoso río por el que desciende una barca encantada cuyo timonel mortal sabe que el peligro más obvio no es el que debe temer, pero que, con todo, el peligro se encuentra cerca; y que flota temeroso entre profundos precipicios, a través de aguas bravas y oscuras, y ve en la distancia formas más raras y amenazadoras hacia las que se ve impelido irremisiblemente. ¿Qué iba a ser de nosotros? ¡Ojalá un oráculo de Delfos, una sacerdotisa pitia, pronunciaran los secretos de nuestro futuro! ¡Ojalá un Edipo resolviera el enigma de la Esfinge! Como Edipo yo acabaría siendo, no porque adivinara ni una palabra del acertijo, sino porque, entre dolores agónicos, viviendo una vida impregnada de pesar, sería el mecanismo mediante el cual se desnudarían los secretos del destino y se revelaría el significado del enigma, cuya explicación pondría punto final a la historia de la humanidad.

Tenues fantasías como esas acechaban nuestras mentes y nos imbuían de sentimientos no del todo ajenos al placer, mientras permanecíamos junto a aquella silenciosa tumba de la naturaleza, escoltados por aquellas montañas sin vida que se alzaban sobre sus venas vivas y asfixiaban su principio vital.

—Así quedamos —dijo Adrian—, dos árboles melancólicos, desahuciados, que se alzan donde antes se mecía todo un bosque.

Nos queda lamentamos, añorar y morir. Y sin embargo ahora mismo nos quedan por cumplir deberes que debemos conminarnos a cumplir: el deber de dar placer allá donde podamos y, mediante la fuerza del amor, iluminar con los colores del arco iris esta tormenta de pesar. No me quejaré si en esta hora extrema conservamos apenas lo que ahora poseemos. Algo me dice, Verney, que ya no hemos de temer a nuestro enemigo cruel, y me aferro con ganas a la voz de ese oráculo. Aunque extraño, será dulce presenciar el crecimiento de tu pequeño, el desarrollo del joven corazón de Clara. En medio de un mundo desierto, nosotros lo somos todo para ellos. Y si vivimos nuestra misión ha de consistir en lograr que este nuevo modo de vida les resulte feliz. De momento será fácil, pues sus ideas infantiles no se aventuran en el futuro, y el agudo anhelo de comprensión y todo el amor del que nuestra naturaleza es susceptible no han despertado aún en ellos. No podemos adivinar qué sucederá entonces, cuando la naturaleza ejerza sus poderes sagrados e ineludibles. Pero mucho antes de que ello ocurra podemos estar todos fríos, como el que yace en esta tumba de hielo. Debemos preocuparnos solo por el presente y tratar de llenar con imágenes agradables la imaginación inexperta de tu encantadora sobrina. Los escenarios que ahora nos rodean, a pesar de su inmensidad y maravilla, no son los que mejor pueden contribuir a la tarea. La naturaleza, aquí, se presenta como nuestra suerte, grande pero demasiado destructiva, desnuda y tosca como para permitir que en su joven imaginación surja la delicia. Dirijámonos a las soleadas llanuras de Italia. El invierno

llegará pronto y vestirá estos parajes indómitos de una doble desolación. Pero nosotros cruzaremos estas áridas cumbres y la llevaremos a escenarios de fertilidad y belleza en los que su camino se verá adornado con flores y el ambiente alegre le inspirará placer y esperanza.

En cumplimiento de este plan abandonamos Chamonix al día siguiente. No había motivo para apresurar la marcha; más allá de nuestro círculo, no había nada que encadenara nuestra voluntad, de modo que cedíamos a todos los caprichos y nos parecía que invertíamos bien nuestro tiempo si lográbamos contemplar el paso de las horas sin horror. Nos demoramos en el encantador valle de Servox. Pasamos largas horas sobre el puente que, salvando la quebrada del Arve, domina una vista de sus profundidades tapizadas de abetos y de las montañas nevadas que la rodean. Avanzamos sin apresurarnos por la romántica Suiza. Mas el temor a que nos atrapara el invierno nos llevó finalmente a proseguir, y en los primeros días de octubre llegamos al valle de La Maurienne, que conduce hasta Cenis. No sé explicar los sentimientos enfrentados que nos asaltaron al abandonar aquella tierra de montañas. Tal vez fuera porque veíamos en los Alpes la frontera que separaba el pasado del futuro y queríamos aferrarnos a lo que, en nuestra vida anterior, tanto habíamos amado. Tal vez, como eran tan pocos los impulsos que nos instaban a elegir entre dos modos de proceder, nos complacía preservar la existencia de uno de ellos y preferíamos la idea de lo que estaba por hacer al recuerdo de lo que ya habíamos culminado. Sentíamos que, por ese año al menos, el peligro había pasado, y creíamos que durante algunos meses nos tendríamos los unos a los otros. Aquel pensamiento nos llenaba de una mezcla de agonía y placer; los ojos se inundaban de lágrimas y sentimientos tumultuosos desgarraban los corazones; más frágiles que la «nieve que cae sobre el río^[92]» éramos todos y cada uno de nosotros, pero tratábamos de dar vida e individualidad al curso meteórico de nuestras diversas existencias, y nos esforzábamos porque ningún momento se nos escapara sin haber gozado de él. Así, avanzando sobre ese límite borroso, éramos felices. ¡Sí! Sentados bajo los peñascos, junto a las cascadas, cerca de bosques tan antiguos como los montes de prados ondulantes, soleados^[93], donde pacía el rebeco y la tímida ardilla acudía a declamar sobre los encantos de la naturaleza y a embriagarse de sus bellezas inalienables, nosotros, en nuestro mundo vacío, nos sentíamos felices.

Pero ¡oh, días de dicha! Días en que los ojos hablaban a los ojos y las voces, más dulces que la música de las ramas oscilantes de los pinos, que el murmullo sereno de los riachuelos, respondían a mi voz... ¡Oh, días desbordantes de beatitud, días de propicia compañía, días amados, perdidos, que no logro retener! Pasad ante mí, y en vuestro recuerdo hacedme olvidar lo que soy. Contemplad mis ojos llorosos que empapan este papel insensible, contemplad mis gestos que se tuercen en lamentos de agonía apenas regresáis a mi memoria, ahora que, solo, mis lágrimas se vierten, mis labios tiemblan, mis gritos llenan el aire sin nadie que me vea, que me consuele, que me oiga. ¡Oh, días de dicha! Permitidme morar en vuestras dilatadas horas.

Cuando el frío empezaba a recrudecerse, cruzamos los Alpes y llegamos a Italia. Cuando salía el sol desayunábamos, y con alegres comentarios o disquisiciones aprendidas expresábamos nuestras quejas. Vivíamos sin prisas, y aunque sin perder de vista la meta de nuestro viaje, no nos importaba el día exacto en que lo culminaríamos. Cuando al cielo asomaba la estrella vespertina y el sol anaranjado, por poniente, indicaba la posición de la tierra amada que habíamos abandonado para siempre, la conversación, que mantenía encadenados los pensamientos, hacía que las horas pasaran volando. ¡Ojalá hubiéramos vivido de ese modo por siempre jamás! ¿Qué importancia habría tenido para nuestros cuatro corazones, que eran las únicas fuentes de vida en todo el vasto mundo? Con respecto al sentimiento estrictamente individual, habríamos preferido permanecer unidos en esas circunstancias que, cada uno de nosotros perdido en un desierto populoso de gentes desconocidas, haber vagado sin compañía hasta el fin de la vida. Así tratábamos de consolarnos unos a otros, y así la verdadera filosofía nos enseñaba una lección.

A Adrian y a mí nos llenaba de dicha atender a Clara, a la que habíamos nombrado pequeña reina del mundo y de la que nosotros éramos humildes servidores. Cuando llegábamos a alguna ciudad, nuestra primera misión consistía en escoger para ella la morada más noble. Después nos asegurábamos de que no quedaran restos siniestros de sus anteriores ocupantes, le buscábamos alimentos y velábamos por sus necesidades con asidua ternura.

Clara participaba en nuestro juego con entusiasmo infantil. Su principal ocupación era el cuidado de Evelyn, pero le encantaba vestirse con ropas magníficas, adornarse con piedras preciosas, fingir un rango principesco. Su religiosidad, profunda y pura, no le prohibía combatir de ese modo los agudos zarpazos del dolor. Y su vivacidad juvenil la llevaba a entregarse en cuerpo y alma a aquellas raras mascaradas.

Habíamos decidido pasar el invierno en Milán, pues, por ser una ciudad grande y lujosa, podría proporcionarnos variedad de alojamiento. Habíamos descendido desde los Alpes y habíamos dejado atrás sus inmensos bosques e imponentes peñascos. Entramos en la sonriente Italia. Pastos y maizales se intercalaban en las llanuras y las viñas sin podar enroscaban sus indómitas ramas alrededor de los olmos. Las uvas, maduras en exceso, habían caído al suelo o colgaban, púrpuras o de un verde ajado, entre hojas de parra rojizas y amarillas. Los envoltorios vacíos de las mazorcas se mecían al viento. El follaje caído de los árboles, los arroyos cubiertos de malas hierbas, los olivos oscuros, ahora salpicados de sus frutos maduros; los castaños, de los que la ardilla era cosechadora. Toda abundancia y, ¡ay!, toda pobreza, pintaba con tonos asombrosos y fantásticos aquella tierra de hermosura. En las ciudades, en las ciudades mudas, visitábamos las iglesias, decoradas con pinturas, obras maestras del arte, o las galerías de estatuas, mientras en aquel clima benigno los animales, con su libertad recobrada, se paseaban por los lujosos palacios y apenas temían nuestra presencia ya olvidada. Los bueyes grises fijaban en nosotros sus ojos y seguían,

despacio, su camino. Un asustado rebaño de ovejas salía a trompicones de alguna estancia antes dedicada al reposo de la belleza y se escurría, pasando a nuestro lado, por la escalera de mármol, camino de la calle, y de nuevo, al hallar una puerta abierta, tomaba posesión absoluta de algún templo sagrado o de la cámara del consejo de algún monarca. Aquellos hechos habían dejado hacía tiempo de causarnos asombro, lo mismo que otros cambios peores, como la constatación de que un palacio se hubiera convertido en mera tumba, impregnada de olores fétidos e infestada de cadáveres. Y percibíamos que la peste y el miedo habían representado pantomimas raras, llevando a la dama noble hasta los campos marchitos y las granjas desiertas y tumbando, sobre alfombras tejidas en la India, al rudo campesino o al mendigo deforme y apenas humano.

Llegamos a Milán y nos alojamos en el palacio del virrey. Allí dictamos leyes para nosotros mismos, dividiendo el día y estableciendo distintas ocupaciones para cada hora. Por las mañanas cabalgábamos por los campos cercanos o paseábamos por los palacios en busca de pinturas y antigüedades. Por las tardes nos reuníamos para leer o conversar. Eran pocos los libros que no nos inspiraran temor, pocos los que no arrancaran el barniz que aplicábamos a nuestra soledad al recordarnos relaciones y emociones que ya no volveríamos a experimentar. Llenaban nuestras horas obras sobre disquisiciones metafísicas; o de ficción, que, al alejarse de la realidad, se perdían en errores inventados; o la obra de poetas de tiempos tan remotos que leerlos era leer sobre la Atlántida y la Utopía, o a aquellos que se referían solo a la naturaleza y a las ideas de una única mente. Pero sobre todo hablábamos, charlábamos entre nosotros sobre temas diversos y siempre nuevos.

Aunque allí detuvimos nuestro avance hacia la muerte, el tiempo siguió su curso acostumbrado. La tierra seguía girando montada en el carro de la atmósfera, impulsada por la fuerza de los corceles de una necesidad infalible. Y ahora esa gota de rocío en el cielo, esa esfera cubierta de montañas, esplendorosa de olas, dejando atrás la breve tiranía de Piscis y al frígido Capricornio, se adentró en la radiante finca de Tauro y Géminis. Y allí, oreado por aires primaverales, el Espíritu de la Belleza salió de su letargo frío y, extendiendo las alas al viento, con pie rápido y ligero rodeó la tierra con una cinta de verdor que se exhibía entre las violetas, se ocultaba entre el tierno follaje de los árboles y acompañaba a los arroyos radiantes en su viaje hacia un mar bañado por el sol. «Porque he aquí que ha pasado el invierno, se ha mudado, la lluvia se fue; las flores han brotado en la tierra, el tiempo del canto de los pájaros ha vuelto, y en nuestra tierra resuena el arrullo de la tórtola; la higuera ha dado sus primeros higos, y en las vides las uvas más tiernas exhalan un delicioso aroma^[94]». Así era en los tiempos del antiguo poeta regio; y así era para nosotros.

¿Mas cómo íbamos nosotros, en nuestra tristeza, a saludar la llegada de la estación deliciosa? Esperábamos que esta vez la muerte no avanzara, como había hecho antes, agazapada en su sombra, y nos mirábamos con ojos expectantes, sin atrevernos siquiera a fiarnos de nuestros presentimientos, tratando de adivinar cuál de

nosotros sobreviviría a los otros tres. Pasaríamos la estación estival en el lago de Como, y hacia allí nos dirigimos tan pronto como el verano alcanzó su madurez y la nieve desapareció de las cumbres. A diez millas de Como, bajo las escarpadas alturas de los montes orientales, a orillas del agua remansada, se alzaba una villa llamada La Pliniana por estar construida junto a una fuente cuyo periódico flujo y reflujo describió Plinio el Joven en sus cartas. La casa se hallaba prácticamente en estado de ruina hasta que, en 2090, un aristócrata inglés la compró y la dotó de todos los lujos. Dos grandes salones revestidos de espléndidos cortinajes y suelos de mármol daban a dos lados opuestos de un mismo patio. Uno de ellos moría en el lago oscuro y profundo, y el otro a los pies de un peñasco por uno de cuyos lados, con rumor constante, se descolgaba la célebre fuente. Coronaban la roca mirtos y otras planas aromáticas y unos cipreses afiladísimos se recortaban contra el cielo. Más allá grandes castaños decoraban las hondonadas de los montes. Allí fijamos nuestra residencia de verano. Disponíamos de un precioso bote en el que navegábamos, ahora dirigiéndonos al centro, ahora siguiendo la orilla recortada y exuberante de plantas que con sus hojas brillantes rozaban las aguas en muchos entrantes y quebradas de aguas oscuras y traslúcidas. Los naranjos estaban en flor, los pájaros entonaban sus cantos melodiosos y durante la primavera la fría serpiente surgía de entre las grietas de las rocas y se tendía al sol.

¿No éramos felices en este retiro paradisíaco? Si algún espíritu amable nos hubiera concedido el bálsamo del olvido, creo que habríamos llegado a serlo, pues allí las montañas verticales, casi sin senderos, nos impedían la visión de los campos desolados y, sin necesidad de ejercitar en exceso la imaginación, podíamos fantasear con que las ciudades seguían bullendo de actividad humana, con que los campesinos seguían arando la tierra y con que nosotros, los ciudadanos libres del mundo, gozábamos de un exilio voluntario, en vez de la separación inevitable de nuestra especie extinta.

Ninguno de nosotros disfrutaba más que Clara de la belleza del paisaje. Antes de partir de Milán se había operado un cambio en sus hábitos y maneras. Había perdido la alegría y se mantenía alejada de toda actividad física; empezó a vestirse con sobriedad de vestal. Nos evitaba y se encerraba con Evelyn en alguna cámara retirada o en algún rincón alejado. Tampoco participaba de los pasatiempos del niño con su fervor acostumbrado; se sentaba a observarlo y esbozaba sonrisas tristes y tiernas, los ojos arrasados en lágrimas, aunque nunca llegaba a formular la menor queja. Se acercaba a nosotros con gran timidez, rehuía nuestras caricias y no se liberaba de la vergüenza que la dominaba hasta que algún debate serio o algún tema elevado lograban sacarla de su ensimismamiento. Su belleza crecía como una rosa que, abriéndose a las brisas estivales, revelara una tras otra todas sus hojas e inundara los corazones de dolor ante la contemplación de una hermosura tan excesiva. Un rubor leve y variable poblaba sus mejillas y sus movimientos parecían sincronizarse con una armonía oculta de dulzura extraordinaria. Nosotros redoblamos con ella nuestra

ternura y atenciones, y ella las recibía con sonrisas de agradecimiento, tan fugaces que desaparecían más deprisa que los rayos del sol sobre las olas brillantes en un día de abril.

Nuestro único punto de comunicación con ella parecía ser Evelyn. El pequeño nos aportaba un consuelo y una alegría indescriptibles. Su carácter extrovertido y su inocente ignorancia de la horrible calamidad que se había apoderado de nosotros eran un bálsamo para todos, pues en nuestras ideas y sentimientos vivíamos dominados por la inmensidad de la tristeza. Adorarlo, acariciarlo, entretenerlo, eran tareas comunes a las que nos entregábamos. Clara, que en cierta medida se sentía como una madre para él, nos agradecía inmensamente el afecto que le profesábamos. Me lo agradecía a mí. A mí que en sus cejas finas y ojos tiernos veía los de la amada de mi corazón, mi Idris adorada y perdida, renacida en su rostro amable. Yo lo amaba hasta el dolor. Si lo estrechaba contra mi pecho me parecía sostener una parte real y viva de ella, de la mujer que se había refugiado en él durante largos años de jovial felicidad.

Adrian y yo adquirimos el hábito de salir de expedición con nuestro bote todos los días, en busca de objetos. Durante aquellos desplazamientos Clara y Evelyn casi nunca nos acompañaban, pero nuestro regreso se saludaba siempre con gran alegría. Evelyn saqueaba lo que hubiéramos encontrado con impaciencia infantil y nosotros siempre llegábamos con algún regalo para nuestro amado compañero. También descubríamos paisajes nuevos, encantadores, o palacios magníficos a los que nos trasladábamos todos por la tarde. Nuestras excursiones en barca resultaban divinas; con el viento a favor surcábamos las olas, y si la conversación se interrumpía, acechada por oscuros pensamientos, yo sacaba mi clarinete y con sus ecos devolvía las mentes a su estado anterior. En aquellas ocasiones Clara regresaba a menudo a sus hábitos anteriores de extroversión y buen humor. Y aunque nuestros cuatro corazones eran los únicos que latían en el mundo, aquellos cuatro corazones eran felices.

Un día, al regresar de la ciudad de Como con el bote cargado, esperábamos que, como siempre, Clara y Evelyn nos esperaran en el embarcadero, y nos sorprendió un poco hallarlo desierto. En un primer momento no pensé que nada malo hubiera sucedido y atribuí su ausencia a la casualidad. No así Adrian, que al punto fue presa del pánico y, tembloroso, me conminó con vehemencia a que atracara deprisa, y cuando se halló cerca de la arena dio un salto y estuvo a punto de caer al agua. Ascendió a toda prisa por la pendiente y recorrió a grandes zancadas la estrecha franja de jardín, único espacio llano entre el lago y la montaña. Yo lo seguí sin dilación. El jardín y el patio interior estaban vacíos, lo mismo que la casa, que inspeccionamos habitación por habitación. Adrian llamó a Clara en voz alta, y ya estaba a punto de enfilar un sendero cercano cuando la puerta de un pabellón de verano que se alzaba en un extremo del jardín se abrió y apareció Clara, que no se acercó a nosotros, sino que se apoyó contra una columna del edificio, muy pálida, con gesto ausente. Adrián gritó de alegría, se acercó a ella a la carrera y la estrechó en sus brazos. Pero ella rechazó su muestra de afecto y sin mediar palabra volvió a entrar en

el pabellón. Sus labios temblorosos, su corazón desesperado, le impedían pronunciar la desgracia que se había abatido sobre nosotros. El pobre Evelyn, mientras jugaba con ella, había sucumbido a una fiebre súbita y ahora yacía, adormecido y sin hablar, en el pequeño sofá de aquel aposento estival.

Dos semanas enteras pasamos velando al pobre niño, mientras, atacada por un tifus virulento, su vida se extinguía. Su cuerpo menudo y su rostro albergaban el embrión de la mente de un hombre que se abre al mundo. La naturaleza humana, rebosante de pasiones y afectos, habría echado raíces en su pequeño corazón, cuyos latidos se dirigían velozmente hacia su final. El mecanismo de sus manitas, ahora flácidas e inmóviles, habría culminado obras de belleza y fuerza si estas se hubieran revestido de los tendones y los músculos de la juventud. Sus pies tiernos, otrora sanos, hubieran hollado en su pubertad los bosques y los prados de la tierra... Pero todos aquellos pensamientos servían de muy poco, pues él, tumbado, abandonado de todo pensamiento y fuerza, aguardaba el golpe final sin oponer resistencia.

Nosotros lo observábamos junto al lecho, y cuando le sobrevenían los accesos de fiebre, ni hablábamos ni nos mirábamos, concentrados como estábamos en su respiración entrecortada, en el brillo mortal que teñía su mejilla hundida, en el peso de la muerte que le cerraba los párpados. Resulta manido afirmar que las palabras no lograrían expresar la larga agonía que vivimos; sin embargo, ¿cómo van las palabras a recrear sensaciones cuya intensidad nos atormenta y, por así decirlo, nos devuelve a las profundas raíces y los cimientos ocultos de nuestra naturaleza, que sacude nuestro ser con el temblor de un seísmo, hasta el punto de que dejamos de confiar en las sensaciones acostumbradas que, como la madre tierra, nos sustentan, y nos aferramos a cualquier imaginación vana, a cualquier esperanza engañosa que no tarda en quedar sepultada bajo las ruinas causadas por el horror final? He dicho que fueron dos semanas las que pasamos asistiendo al avance de la enfermedad que consumía a mi hijo, y tal vez así fuera; de noche nos asombrábamos de que hubiera transcurrido otra jornada, aunque las horas nos parecían interminables. No distinguíamos los días de las noches. Apenas dormíamos y ni siquiera abandonábamos su cuarto, excepto cuando un arrebató de llanto se apoderaba de nosotros y nos ausentábamos durante un tiempo breve para ocultar nuestros sollozos y nuestras lágrimas. Tratábamos en vano de apartar a Clara de tan deplorable escena. Ella permanecía horas y horas observándolo, ahuecándole a veces la almohada, y mientras el pequeño mantuvo la facultad de tragar, administrándole bebidas. Al fin llegó el momento de su muerte: la sangre detuvo su curso, el niño abrió los ojos y volvió a cerrarlos. Sin convulsiones ni suspiros, su frágil morada quedó libre del espíritu que la habitaba.

He oído decir que la visión de los muertos confirma a los materialistas en sus creencias. A mí me sucedía lo contrario. ¿Era ese mi hijo, ese ser inmóvil, corruptible, inanimado? Mi hijo adoraba mis caricias, su voz encantadora revestía sus pensamientos con sonidos articulados de otro modo inaccesibles; su sonrisa era un rayo de alma y esa misma alma ocupaba el trono de sus ojos. Ya concluyo mi

descripción fallida de lo que era. ¡Toma, tierra, tu deuda! Voluntariamente y por siempre te entrego el envoltorio que reclamas. Pero tú, dulce niño, hijo querido y bondadoso, irás —irá tu espíritu— en pos de una casa mejor, o, venerado en mi corazón, vivirás mientras mi corazón viva.

Depositamos sus restos bajo un ciprés, custodiados por la montaña. Y entonces Clara nos dijo:

—Si deseáis que viva, llevadme lejos de aquí. Hay algo en este paisaje de belleza trascendente, en estos árboles, colinas y aguas, que me susurra siempre: «abandona la carga de tu carne y únete a nosotros». Os ruego encarecidamente que me saquéis de aquí.

Así, el 15 de agosto dijimos adiós a nuestra villa, al vergel sombreado donde habitaba la belleza, a la bahía serena y a la cascada parlanchina. Nos despedimos de la tumba del pequeño Evelyn y a continuación, con el alma encogida, proseguimos nuestra peregrinación hacia Roma.

Capítulo IX

DENTENTE un poco. ¿Me encuentro ya tan cerca del final? ¡Sí! Ya todo ha terminado, un paso o dos sobre esas tumbas recientes y el fatigoso camino habrá concluido. ¿Podré culminar mi misión? ¿Podré llenar el papel con palabras dignas de la gran conclusión? ¡Levántate, Negra Melancolía! ¡Abandona tu soledad cimeria^[95]! Trae contigo las oscuras nieblas del infierno para que oscurezcan los días; trae contigo tierras marchitas y exhalaciones pestilentes que al penetrar en cavernas huecas y conductos subterráneos llenen sus venas pétreas de corrupción, para que no solo dejen de florecer las plantas, se pudran los árboles y los ríos bajen llenos de hiel, sino también para que las montañas eternas se descompongan y la putrefacción alcance al poderoso océano; para que la atmósfera benigna que rodea el planeta

pierda toda su capacidad de generar vida y sustento. Hazlo así, poder de semblante triste, mientras yo escribo, mientras unos ojos leen estas páginas.

¿Y quién las leerá? Cuidado, tierno vástago del mundo renacido. Cuidado, ser bondadoso de corazón humano, que sin embargo vives ajeno a la preocupación, frente humana aún no surcada por el tiempo. Cuidado, no vaya el torrente alegre de tu sangre a detenerse, no vayan a encanecer tus cabellos dorados, no vaya a tornarse tu franca sonrisa en arruga cincelada y profunda. Que el día no contemple estas páginas, no vayan sus alegres colores a desvaírse, palidecer y morir. Busca un campo de cipreses cuyas ramas ululen con la armonía adecuada; busca alguna caverna profunda en las entrañas de la tierra donde no penetre más luz que la que se abra paso, parpadeante y roja, a través de una única grieta y tiña la página que lees con el tono siniestro de la muerte.

En mi mente habita una dolorosa confusión que se niega a delinear con claridad los hechos sucesivos. A veces la sonrisa radiante y bondadosa de mi amigo aparece ante mí y siento que su luz se expande y llena la eternidad. Pero luego, de nuevo, oigo los últimos estertores...

Abandonamos Como y, en cumplimiento del mayor deseo de Adrian, nos dirigimos a Venecia en nuestro camino hacia Roma. Había algo en esa ciudad entronizada en una isla, rodeada de mar, que resultaba particularmente atractiva a los ingleses. Adrian no la había visitado antes. Descendimos en barca siguiendo los cursos del Po y el Brenta. De día el calor resultaba insoportable, de modo que descansábamos en los palacios que hallábamos junto a las orillas y viajábamos de noche, cuando la oscuridad borraba las orillas y difuminaba nuestra soledad; cuando la luna errante iluminaba las ondas que se dividían al paso de la proa y la brisa nocturna hinchaba nuestras velas, y el murmullo de la corriente, el rumor de los árboles y el crujir de la lona se unían en armoniosa cadencia. Clara, presa del dolor durante tanto tiempo, había abandonado en gran medida su tímida reserva y recibía nuestras atenciones agradecida y tierna. Cuando Adrian, con fervor poético, declamaba sobre las gloriosas naciones de los muertos, sobre la tierra hermosa y el destino del hombre, ella se acercaba a él, sigilosa, y se empapaba de sus palabras con mudo placer. Desterrábamos de nuestras conversaciones, y en la medida de lo posible de nuestras mentes, la idea de nuestra desolación. Y al habitante de cualquier ciudad, a quien morara entre una multitud ajetreada, le resultaría increíble constatar hasta qué punto lo lográbamos. Como un hombre confinado en una mazmorra, cuya única rendija de luz, minúscula y cubierta por una reja, oscurece al principio, más si cabe, la escasa claridad, hasta que el ojo se acostumbra a ella y el preso, adaptándose a su escasez, descubre que un mediodía luminoso visita su celda, así nosotros, tría única sobre la faz de la tierra, nos multiplicábamos unos a otros hasta alcanzar la totalidad. Nos alzábamos como árboles cuyas raíces el viento arranca, pero que se sostienen unos a otros apoyándose y aferrándose con fervor creciente mientras aúllan las tormentas invernales.

Así, descendimos flotando por el cauce cada vez más ancho del Po, durmiendo cuando cantaban las cigarras, despiertos cuando asomaban las estrellas. Llegamos a las orillas más estrechas del Brenta, y al amanecer de 6 de septiembre entramos en la Laguna. El astro brillante se alzó lentamente tras las cúpulas y las torres y derramó su luz penetrante sobre las aguas brillantes. En la playa de Fusina se veían góndolas hundidas y otras enteras. Embarcamos en una de ellas rumbo a la hija viuda del océano que, abandonada y caída, se alzaba olvidada sobre sus islotes, oteando las montañas lejanas de Grecia. Remamos despacio por la Laguna y nos adentramos en el Gran Canal. La marea se retiró lentamente de los portales destruidos y los salones violados de Venecia; algas y monstruos marinos quedaron a la vista sobre el mármol ennegrecido, mientras la sal corroía las inigualables obras de arte que adornaban las paredes y las gaviotas levantaban el vuelo desde los alféizares de las ventanas rotas. En medio de la siniestra ruina de todas aquellas obras del poder humano, la naturaleza imponía su influencia y, por contraste, lucía con mayor belleza. Las aguas radiantes apenas temblaban y sus ligeras ondulaciones eran como espejos de mil caras en los que se reflejaba el sol. La inmensidad azul, más allá del Lido, se perdía en la distancia, inalterada por barco alguno, tan tranquila, tan bella, que parecía invitarnos a abandonar una tierra salpicada de ruinas y a guarecernos de la tristeza y el miedo en su plácida extensión.

Contemplamos las ruinas de la ciudad desolada desde lo más alto del campanario de San Marcos, con la iglesia a nuestros pies, y volvimos nuestros corazones doloridos hacia el mar que, aunque sea una tumba, no exhibe monumentos ni alberga ruinas. La tarde llegó deprisa. El sol se puso majestuoso y sereno tras los picos brumosos de los Apeninos y sus tonos dorados y rosáceos tiñeron los montes de la otra orilla.

—Esa tierra —dijo Adrian—, impregnada de las últimas glorias del día, es Grecia.

¡Grecia! Aquella palabra pulsó alguna tecla en el pecho de Clara, que al momento, y con gran vehemencia, nos recordó que le habíamos prometido llevarla de nuevo a Grecia, a la tumba de sus padres. ¿Por qué ir a Roma? ¿Qué íbamos a hacer allí? Podíamos montarnos en cualquiera de los barcos allí varados y poner rumbo a Albania.

Yo traté de disuadirla hablándole de los peligros del mar y de la distancia que existía entre Atenas y las montañas que nosotros veíamos, una distancia que, dado el estado silvestre del país, resultaría casi insalvable. Adrian, encantado con la propuesta de Clara, ignoró mis objeciones. La estación era favorable. El viento del noroeste nos llevaría al otro lado del golfo. Y luego tal vez encontráramos, en algún puerto, algún caique griego adaptado para esa clase de navegación; bordearíamos la costa de la Morea y sorteando el istmo de Corinto, sin las grandes fatigas de los viajes por tierra, nos hallaríamos en Atenas. A mí todo aquello me parecía descabellado; pero el mar, que refulgía con mil tonalidades púrpuras, parecía brillante y seguro. Mis

amados compañeros estaban tan decididos, tan entusiasmados, que cuando Adrian dijo: «Bien, aunque no es exactamente lo que deseas, consiente para complacerme», no pude seguir negándome. Esa misma noche escogimos una embarcación que por su tamaño nos pareció adecuada para la travesía. Plegamos las velas y verificamos el estado de las jarcias. Esa noche dormimos en uno de los mil palacios de la ciudad, decididos a embarcar al alba.

Cuando las brisas que no mecen su serena superficie
barren el mar azul, la tierra no amo más;
sonrisas de las aguas serenas y tranquilas
mi mente inquieta tientan...

Eso dijo Adrian, citando una traducción de Mosco, cuando, con las primeras luces del día, remamos por la Laguna, dejamos atrás el Lido y llegamos a mar abierto. A continuación yo añadí:

Pero cuando en el abismo gris del océano
el rugido resuena
y la espuma se eleva sobre el mar, y grandes olas rompen...

Pero mis amigos declararon que aquellos versos eran un mal augurio. Y así, con buen ánimo, abandonamos las aguas poco profundas y, ya en alta mar, desplegamos e izamos las velas para impulsarnos con los vientos propicios. El aire risueño de la mañana las hinchaba mientras el sol bañaba tierra, cielo y mar; las plácidas olas se separaban al encuentro de la quilla y murmuraban su bienvenida. A medida que la tierra se alejaba, el mar azul, casi sin olas, hermano gemelo del Empíreo, facilitaba el gobierno de nuestra barca. Nuestras mentes, contagiadas de la tranquilidad balsámica del aire y las aguas, se imbuían de serenidad. Comparada con el océano impoluto, la tierra lúgubre parecía un sepulcro, sus altos acantilados e imponentes montañas monumentos, sus árboles los penachos de algún coche fúnebre, los arroyos y los ríos, portadores de las lágrimas vertidas por los muertos. Adiós a las ciudades desoladas, a los campos con su silvestre alternancia de maíz y malas hierbas, a las reliquias de nuestra especie extinguida, que no dejan de multiplicarse. Océano, a ti nos encomendamos. Aunque el patriarca antiguo flotara sobre el mundo anegado, permite que nos salvemos, ahora que nos entregamos a la inundación perenne.

Adrian iba al timón. Yo me ocupaba de los aparejos. La brisa, de popa, hinchaba las velas y surcábamos veloces el mar sereno. A mediodía el viento encalmó. Su escaso fuelle nos permitía apenas mantener el rumbo. Como marineros perezosos, gozando del buen tiempo, sin importarnos el tiempo, conversábamos alegremente sobre nuestro trayecto costero que nos llevaba a Atenas. Estableceríamos nuestro hogar en una de las Cícladas, y allí, entre campos de mirtos, en una eterna primavera

dulcificada por saludables brisas marinas, viviríamos muchos años en unión beatífica. ¿Existía la muerte en el mundo?

El sol alcanzó su cenit y descendió por el inmaculado suelo de los cielos. Tumbado en la barca, de cara al sol, creía ver en su blanco azulado unas franjas de mármol, tan leves, tan inmateriales, que ahora me decía: «ahí están», y luego: «son imaginaciones mías». Un temor repentino se apoderó de mí mientras observaba, e incorporándome y corriendo hacia la proa —de pie, el cabello algo levantado sobre la frente—, una línea oscura de olas apareció por el este y se aproximó velozmente hacia nosotros. Mi advertencia asombrada a Adrian fue seguida de un ondear de velas, pues el viento que las azotaba era adverso, y la barca cabeceó. La tormenta, rápida como el habla, se situó al instante sobre nuestras cabezas, el sol enrojeció, el mar oscuro se cubrió de espuma y la barca empezó a subir y bajar a merced de unas olas cada vez mayores.

Contéplanos ahora en nuestra frágil morada, rodeados de un oleaje hambriento y rugiente, abofeteados por los vientos. Por el este, dos inmensos nubarrones negros que avanzaban en direcciones opuestas se encontraron. Saltó el rayo, seguido del murmullo del trueno. Al sur las nubes respondieron y el garabato de fuego que, dividiéndose, recorría el cielo negro, nos mostró las pavorosas montañas de cúmulos, alcanzados ya, y exterminados, por las inmensas olas. ¡Santo Dios! Y nosotros solos, nosotros tres, solos, solos, únicos habitantes del mar y de la tierra, nosotros tres íbamos a perecer. El vasto universo, su miríada de mundos y las llanuras de tierra ilimitada que habíamos abandonado —la extensión de mar abierto que nos rodeaba— se empequeñecían ante mi vista; ello y todo lo que contenía se reducía a un solo punto, a la barca tambaleante, cargada de gloriosa humanidad.

La desesperación surcó el rostro amoroso de Adrian, que con los dientes apretados murmuró:

—Aun así se salvarán. —Clara, presa de un terror muy humano, pálida y temblorosa, se acercó a él como pudo, y Adrian le dedicó una sonrisa de aliento—. ¿Tienes miedo, niña? No lo tengas, que muy pronto llegaremos a puerto.

La oscuridad me impedía ver el cambio en su semblante, pero pronunció su respuesta con voz clara y dulce.

—¿Por qué habría de tenerlo? Ni el mar ni las tormentas pueden vencernos si el destino poderoso, o quien gobierna el destino, no lo permite. Además el punzante temor a sobrevivir a cualquiera de los dos no tiene aquí sentido, pues será una única muerte la que nos lleve a los tres a un tiempo.

Arriamos las velas, salvamos un foque y en cuanto pudimos variamos el rumbo e, impulsados por el viento, nos dirigimos a la costa italiana. La noche negra lo confundía todo y apenas discerníamos las crestas de las olas asesinas, excepto cuando los relámpagos creaban un breve mediodía y se bebían la tiniebla, mostrándonos el peligro que nos acechaba, antes de devolvernos a una oscuridad duplicada. Ninguno de los tres hablaba, salvo cuando Adrian, al timón, nos transmitía alguna palabra de

ánimo. Nuestra pequeña cáscara de nuez obedecía sus órdenes con precisión milagrosa y avanzaba sobre las olas como si, hija del mar, su airada madre protegiera a su criatura, que se encontraba en peligro.

Yo iba sentado en la proa, observando nuestro avance, cuando súbitamente oí que las olas rompían con furia redoblada. Sin duda nos hallábamos cerca de la costa. En el instante mismo en que gritaba: «¡Por allí!», el resplandor de un relámpago prolongado llenó el cielo y nos mostró durante unos instantes la playa plana que se extendía ante nosotros, la arena fina e incluso los cañaverales bajos y salpicados de agua salada que crecían donde no alcanzaba la marea. La negrura regresó al momento y suspiramos con el mismo alivio de quien, mientras fragmentos de roca volcánica oscurecen el aire, ve una gran lengua surcando la tierra, muy cerca de sus pies. No sabíamos qué hacer, las olas, aquí y allá, por todas partes, nos rodeaban, rugían y rodaban, nos salpicaban el rostro. Con considerable dificultad, exponiéndonos a un gran peligro, finalmente logramos alterar nuestro curso y quedamos encarados hacia la orilla. Advertí a mis compañeros de que se prepararan para el naufragio de nuestro pequeño caique y les insté a que se agarraran a algún remo o palo lo bastante grande como para mantenerlos a flote. Yo era un excelente nadador; la mera visión del mar solía provocarme las sensaciones que experimenta un cazador cuando oye el griterío de una jauría de perros; adoraba sentir las olas envolviéndome, tratando de revolcarme mientras yo, señor de mí mismo, me movía hacia un lado o hacia el otro a pesar de sus coléricos embates. También Adrian sabía nadar, pero su debilidad física le impedía disfrutar del ejercicio o mejorar con la práctica. Mas ¿qué resistencia podía oponer el nadador más fuerte a la exagerada violencia de un océano que exhibía toda su furia? Mis esfuerzos para prevenir a mis compañeros se revelaron casi del todo inútiles, pues el rugido de las olas no nos permitía oírnos, y estas, al pasar constantemente sobre el casco, me obligaban a dedicar todas mis energías a achicar agua a medida que iba entrando. La oscuridad, densa, palpable, impenetrable, nos rodeaba, alterada solo por los relámpagos. En ocasiones unos rayos rojos, fieros, se zambullían en el mar, y a intervalos, de las nubes se descolgaban grandes mangas que agitaban unas olas que se alzaban para recibirlas. Mientras, la galerna impulsaba las nubes, que se confundían con la mezcla caótica de cielo y océano. El casco empezaba a romperse, nuestra única vela estaba hecha harapos, rota por la fuerza del viento. Habíamos cortado el mástil y tirado por la borda del caique todo lo que este contenía. Clara me ayudaba a achicar agua y en un momento en que se volvió para contemplar el relámpago, vi, en el resplandor momentáneo, que en ella la resignación había vencido sobre el miedo. En las circunstancias más extremas existe en nosotros un poder que asiste a las mentes por lo general débiles y nos permite soportar las torturas más crueles con una presencia de ánimo que en nuestras horas felices no habríamos imaginado siquiera. Una calma, más aterradora aún que la tempestad, se apoderaba de los latidos de mi corazón, una calma que era como la del tahúr, la del suicida, la del

asesino, cuando el último dado está a punto de lanzarse, cuando se lleva la copa envenenada a los labios, cuando se dispone a asestar el golpe mortal.

Así pasaron horas, horas que habrían cincelado surcos de vejez en rostros imberbes, que habrían cubierto de nieve el cabello sedoso de la infancia; horas en que, mientras duraban los caóticos rugidos, mientras cada ráfaga de viento era más temible que la anterior, nuestra barca colgaba de lo alto de las olas antes de desplomarse en sus abismos, y temblaba y giraba entre precipicios de agua que parecían cerrarse sobre nuestras cabezas. Por unos instantes el temporal cesó. El viento, que como un avezado atleta se había detenido antes de dar el gran salto, se abalanzó con furia sobre el mar, entre rugidos, y las olas golpearon nuestra popa. Adrian gritó que el timón se había roto.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Clara—. ¡Salvaos vosotros! ¡Oh, salvaos vosotros! —Otro relámpago me mostró a la pobre niña medio enterrada en el agua, al fondo de la barca. Mientras se hundía, Adrian la levantó y la sostuvo en sus brazos. Nos habíamos quedado sin timón y avanzábamos con la proa muy levantada, al encuentro de las inmensas olas que se alzaban ante nosotros, y que al romper inundaban nuestro pequeño caique. Oí un grito, un grito que decía que nos hundíamos, y que pronuncié yo. Me hallé en el agua. La oscuridad era total. Cuando el resplandor de la tempestad nos iluminó, vi la quilla de nuestro bote, volcado del revés, que se acercaba a mí. Me aferré a ella con dedos y con uñas mientras, aprovechando los intervalos de luz, trataba desesperadamente de distinguir a mis compañeros. Creí ver a Adrian a escasa distancia de donde me encontraba, sujeto a un remo. Me solté del casco y, sacando de donde no había una energía sobrehumana, me arrojé a las aguas, tratando de llegar a él. Al no lograrlo, el apego instintivo a la vida me alentó, así como un sentimiento de contienda, como si una voluntad hostil combatiera con la mía. Me impuse al oleaje, que lo apartaba de mí, como hubiera hecho con las fauces y las zarpas de un león a punto de devorar mi pecho. Cuando una ola me tumbaba, me alzaba contra la siguiente y sentía que una especie de orgullo amargo se apoderaba de mí.

La tormenta nos había llevado cerca de la costa y nos había mantenido en todo momento en sus proximidades. El resplandor de cada relámpago me permitía ver su perfil recortado. Sin embargo mi avance era minúsculo, pues las olas, al retirarse, me arrastraban hacia los abismos lejanos del océano. En un momento creía rozar la arena con el pie y al momento siguiente volvía a hallarme en aguas profundas. Mis brazos empezaban a flaquear, me faltaba el aire y mil y un pensamientos desbocados y delirantes pasaban por mi mente. Por lo que ahora recuerdo de ellos, el sentimiento dominante era: «qué dulce sería apoyar la cabeza en la tierra serena, donde las olas no siguieran golpeando mi cuerpo frágil, donde el rugido del mar no penetrara en mis oídos». Para alcanzar ese reposo —no para salvar la vida— realicé un último esfuerzo y la orilla se presentó accesible ante mí. Me levanté, volví a ser revolcado por las olas y el saliente de una roca, permitiéndome un punto de apoyo, me concedió

un respiro. Entonces, aprovechando el reflujo de las olas, me adelanté hasta llegar corriendo a la arena seca y caí inconsciente sobre los juncos húmedos que la salpicaban.

Debí de permanecer largo tiempo privado de vida pues cuando, con gran sensación de aturdimiento, abrí los ojos, me recibió la luz de la mañana. Un gran cambio se había operado entre tanto: el amanecer gris teñía las nubes pasajeras, que avanzaban rasgándose a intervalos y mostrando vastas lagunas de un cielo azul purísimo. Por el este se alzaba un creciente arroyo de luz, tras las olas del Adriático, que cambiaba el gris por un tono rosáceo y más tarde inundó cielo y mar con etéreos dorados.

Tras mi desvanecimiento siguió una especie de estupor. Mis sentidos vivían, pero había perdido la memoria. Con todo, aquel bendito alivio fue breve —una serpiente reptaba hacia mí para devolverme a la vida con su mordedura—, y con la primera emoción retrospectiva me sobresalté, pero mis miembros se negaron a obedecerme. Me temblaban las piernas y mis músculos habían perdido toda su fuerza. Seguía creyendo que podría encontrar a uno de mis amados compañeros, arrojado, como yo, sobre la playa, medio muerto pero vivo. Me esforzaba al máximo para devolver a mi cuerpo el uso de sus funciones animales. Me retorcí el pelo para escurrir el agua y el salitre y los rayos del sol naciente no tardaron de visitarme con su calor benévolo. Con el restablecimiento de mis poderes corporales, mi mente cobró cierta conciencia del universo de desgracia que a partir de ese momento sería su morada. Corrí hasta la orilla y grité los nombres de mis amigos. El océano se tragó mi voz débil y me respondió con su rugido despiadado. Me subí a un árbol cercano; todo lo que veía era la playa lisa flanqueada por los pinos y un mar circundado de horizonte. En vano amplíé mi búsqueda por toda la playa. El mástil que habíamos desarbolado y echado por la borda estaba en la orilla con cabos enredados y los restos de la vela; era la única reliquia que la tierra había recibido de nuestro naufragio. En ocasiones permanecía inmóvil y me retorció las manos. Acusaba a la tierra y al cielo, al mecanismo universal y al Todopoderoso que tan mal lo manejaba. Volví a arrojarme sobre la arena y entonces el viento, ululante, imitando un grito humano, me confundió y me devolvió una esperanza falaz y amarga. De haber contado con el menor pedazo de madera, con la más minúscula de las canoas, tengo por seguro que habría recorrido las salvajes llanuras del océano en pos de los amados restos de los seres que había perdido y, aferrándome a ellos, me habría adentrado en su sepulcro.

Así pasé todo el día. Cada momento contenía una eternidad, aunque cuando todas sus horas hubieron transcurrido me asombré de que el tiempo pasara tan velozmente. Y sin embargo ni siquiera entonces había bebido toda la poción amarga. Aún no estaba convencido de mi pérdida. Todavía no sentía en todos mis latidos, en todos mis nervios, en todos mis pensamientos, que era el único superviviente de mi raza, que era el último hombre.

Las nubes regresaron al atardecer y apenas se puso el sol empezó a lloviznar. Me pareció que incluso los cielos eternos lloraban mi desdicha. ¿Podía ser entonces motivo de vergüenza que un hombre mortal derramara lágrimas? Recordé las fábulas antiguas en que los seres humanos, con su llanto, se convertían en fuentes de caudal constante. ¡Ah! ¡Si así pudiera ser! Mi destino, entonces, se asemejaría en algo a la muerte húmeda de Adrian y Clara. La pena es fantástica, pues teje una tela en que trazar la historia de su desgracia a partir de todas las formas que nos rodean, de todos los cambios que presenciamos; se introduce en todos los objetos de la naturaleza viva y halla sustento en todo. Como la luz, todo lo baña, y como la luz, a todo transmite sus colores.

En mi búsqueda había llegado a un lugar algo más alejado, donde se alzaba una torre de vigía de las que, a intervalos, salpican la costa italiana. Me alegré de hallar refugio, de encontrarme con el producto de una obra humana, tras tanto tiempo rodeado de aquella temible aridez natural. De modo que entré y ascendí por la tosca escalera de caracol que conducía a la estancia del vigía. El destino, en principio, se mostró amable conmigo al no enfrentarme a ningún resto de sus anteriores habitantes. Unos tablones colocados sobre caballetes de hierro, y sobre ellos hojas secas de maíz, constituían el lecho que se me ofrecía. Y un cajón abierto en el que se conservaban unas pocas galletas mohosas me despertó el apetito, que tal vez ya tuviera antes, pero del que, hasta ese momento, no había sido consciente. También me atormentaba la sed, violenta, seca, consecuencia de toda el agua de mar que había tragado y de mi cansancio. La naturaleza, amable, había dispuesto que la satisfacción de aquellas necesidades causara placer, de modo que incluso yo me sentí refrescado y saciado al comer aquel triste alimento y al beber algo del vino agrio que llenaba una botella olvidada en aquel lugar abandonado. Luego me tendí sobre el camastro, cómodo para alguien que acababa de sobrevivir a un naufragio. El intenso aroma a tierra y hojas secas fue como un bálsamo para mis sentidos tras el hedor de las algas. Olvidé mi soledad. No miraba hacia atrás ni hacia delante; el cansancio entumecía mis sentidos. Me dormí y soñé con hermosos paisajes de interior, con segadores, con un pastor que silbaba a su perro para pedirle ayuda, pues debía meter el rebaño en el corral; soñé con imágenes y sonidos característicos de la vida montañesa de mi infancia que creía olvidados.

Desperté sumido en un dolor agónico, pues imaginaba que el océano, desatado, arrastraba en su avance los continentes fijos, las montañas ancladas, y que junto con ellos se llevaba los arroyos que amaba, los bosques y los rebaños. Rugía colérico con el estruendo continuo que había acompañado al último naufragio de la humanidad. Gradualmente recobré los sentidos. Las paredes se alzaban a mi alrededor y la lluvia golpeaba el ventanuco. Qué lúgubre resulta emerger del olvido del sueño y recibir por todo saludo el lamento mudo del propio corazón desolado, regresar de la tierra de los sueños engañosos y llegar al conocimiento indudable de un desastre inalterado. Así me sucedía a mí en ese instante y así me sucedería siempre. Tal vez la punzada de

otros pesares se limara con el tiempo y tal vez incluso los míos remitieran durante el día, ante algún placer inspirado por la imaginación o los sentidos. Pero ya nunca contemplaría la primera luz del día sin llevarme la mano a un corazón desbocado, a un alma anegada por la marea incesante de la desgracia y la desesperación. Ahora despertaba por vez primera al mundo muerto —despertaba solo— y el lamento fúnebre del mar, oído entre la lluvia, me recordaba la ruina en que me había convertido. El sonido me llegaba como un reproche, como el aguijonazo de un remordimiento que se me clavara en el alma. Ahogué un grito. Las venas y los músculos de la garganta se me hincharon, asfixiándome. Me tapé los oídos con dos dedos y enterré la cabeza entre las hojas secas del camastro. Hubiera llegado al centro de la tierra para dejar de oír aquel lamento odioso.

Pero debía entregarme a otra tarea. Volví a visitar la detestada playa, volví a otear en vano el horizonte, volví a gritar unos nombres a los que nadie respondió, con una voz que era la única que ya rasgaría el aire mudo con sílabas humanas.

¡Qué ser desconsolado, infeliz y digno de compasión era yo! Mi aspecto y mi atuendo revelaban la historia de mi desolación. El pelo enredado y sucio, los miembros manchados de salitre. Cuando me arrojé al mar, durante el naufragio, me despojé de todas las ropas que me dificultaban el avance, y la lluvia empapaba las finas telas veraniegas que ahora me cubrían. Iba descalzo, los juncos y las conchas rotas se me clavaban en los pies mientras iba de un lado a otro, ahora acercándome a una roca lejana que, rodeada por la arena, adoptaba transitoriamente una apariencia engañosa, luego reprochando al mar asesino su crueldad ilimitada con los ojos encendidos.

Durante un momento me comparé a ese monarca de la desolación, Robinson Crusoe. Los dos habíamos sido arrojados a la soledad; él en las costas de una isla desierta, yo en las de un mundo despoblado. Yo era rico en los llamados bienes de la vida. Si me alejaba de aquel escenario inmediato, más desértico, y dirigía mis pasos a cualquiera de las muchísimas ciudades que llenaban la tierra, podía apoderarme de sus riquezas, almacenadas para mi comodidad: ropas, alimentos, libros y moradas dignas de los príncipes de otros tiempos. Podía elegir el clima que mejor me conviniera, mientras que él se veía obligado a esforzarse para cubrir sus necesidades básicas y vivía en una isla tropical, contra cuyos calores y tormentas apenas lograba guarecerse. Viendo así las cosas, ¿quién no habría preferido los placeres sibaríticos que yo podía procurarme, la holganza filosófica, los amplios recursos intelectuales, a su vida de trabajos y peligros? Y sin embargo Robinson Crusoe era mucho más feliz que yo, pues él mantenía la esperanza, y no esperaba en vano: el barco salvador llegó al fin para llevarlo de vuelta a sus paisanos, a sus iguales, allí donde los pormenores de su soledad se convirtieron en relato que contar al calor del hogar. Yo, en cambio, no podría contar jamás a nadie la historia de mi adversidad. Para mí no existía la esperanza. Él sabía que al otro lado del mar que rodeaba su isla solitaria vivían miles de personas a quienes alumbraba el mismo sol que lo alumbraba a él. Bajo el sol del

meridiano, bajo la luna cambiante, yo era el único ser de rasgos humanos. Solo yo podía articular pensamientos, y cuando dormía, ni el día ni la noche eran contemplados por nadie. Él había escapado de sus compañeros y contempló con temor la aparición de una huella humana. Yo me hubiera arrodillado para verla mejor y la hubiera venerado. El cruel y salvaje caribe, el despiadado caníbal o, peor que ellos, el tosco, bruto y entregado practicante de los vicios de la civilización me habrían parecido compañeros ideales, tesoros preciados, pues su naturaleza sería igual a la mía, su forma habría sido forjada en el mismo molde; sangre humana correría por sus venas y una simpatía mutua nos uniría para siempre. Es imposible que no haya de contemplar nunca más a otro ser humano. ¡Nunca! ¡Nunca! Por más años que transcurran. ¿Despertaré y no hablaré con nadie? ¿Pasarán interminables las horas y mi alma aislada en el mundo será un punto solitario rodeado de vacío? ¿Un día sucederá a otro día de ese modo? ¡No! ¡No! Un Dios gobierna el mundo, la providencia no ha cambiado su cetro de oro por el aguijón de un áspid. ¡Lejos! ¡Lejos de esta tumba marina, partiré de este rincón desolado, cerrado a todo acceso por su propia desolación! Caminaré de nuevo por las calles empedradas, cruzaré los umbrales de las moradas de los hombres y esta idea me parecerá sin duda una horrible visión, un sueño demencial pero evanescente.

Llegué a Ravena (la ciudad más próxima a la playa a la que había sido arrojado por el mar) antes de que el segundo sol se hubiera puesto sobre el mundo vacío. Vi muchas criaturas vivientes: bueyes, caballos, perros, pero a ningún hombre entre ellas. Entré en una casa. Estaba deshabitada. Subí la escalinata de mármol de un palacio y hallé a los murciélagos y los búhos habitando en sus cortinajes. Avanzaba sin hacer ruido para no despertar a la ciudad dormida. Regañé a un perro que con sus ladridos alteraba la paz sagrada. No creía que todo era lo que parecía: el mundo no estaba muerto, era yo, que había enloquecido. Estaba ciego y sordo y había perdido el sentido del tacto. Actuaba bajo los efectos de un encantamiento que me permitía contemplar todas las visiones de la tierra excepto a sus habitantes humanos, que no obstante seguían con sus acciones cotidianas. Todas las casas tenían dueño, pero yo no los veía. Si hubiera podido persuadirme de algo así, me habría sentido mucho más conformado. Pero mi cerebro, tenaz en sus razonamientos, se negaba a entregarse a tales imaginaciones, y aunque trataba de representarme a mí mismo esa farsa, sabía que yo, vástago del hombre, durante muchos años uno más entre muchos, me había convertido en el único superviviente de mi especie. El sol se ocultaba tras las colinas de poniente. No había probado alimento desde la noche anterior, pero aunque débil y cansado despreciaba la comida y seguía caminando por las calles solitarias porque todavía quedaba algo de luz. La noche llegó y unió a todas las criaturas vivientes, menos a mí, con otras de su especie. El único alivio a mi agonía lo hallaba en el sacrificio: de los mil lechos disponibles, no escogí el lujo de ninguno de ellos y me eché en el suelo; un frío peldaño de mármol me sirvió de almohada. Llegó la medianoche y solo entonces mis fatigados párpados, al cerrarse, me privaron de la

visión de las estrellas titilantes y de su reflejo en el pavimento. Así pasé la segunda noche de mi desolación.

Capítulo X

DESPERTÉ por la mañana, cuando en los pisos más altos de las casas nobles las ventanas recibían los primeros rayos del sol. Los pájaros cantaban apoyados en alféizares y dinteles. Desperté, y mi primer pensamiento fue: «Adrian y Clara están muertos». Ya no me darán los buenos días ni pasaré la larga jornada en su compañía. Jamás volveré a verlos. El mar me los ha robado, les ha arrancado del pecho los corazones amorosos y ha entregado a la corrupción aquello que yo adoraba más que la luz, la vida, la esperanza.

Yo era un muchacho, un pastor analfabeto cuando Adrian se dignó a concederme su amistad. Los mejores años de mi vida los pasé junto a él. Todo lo que poseí de los bienes del mundo, de la felicidad, del conocimiento y la virtud, se lo debía a él. Con su persona, su inteligencia y sus cualidades únicas había proporcionado gloria a mi existencia, una gloria que sin él jamás habría conocido. Más que nadie, él me enseñó que la bondad, pura y simple, puede ser un atributo del hombre. Los ángeles deberían haberse congregado para contemplarlo guiar, gobernar y consolar durante los últimos días de la raza humana.

También había perdido a mi adorada Clara, última de las hijas del hombre, que había mostrado todas las virtudes femeninas y juveniles que poetas, pintores y escultores han tratado de plasmar en sus distintos lenguajes. Y sin embargo, por ella misma, ¿podía lamentar acaso que con su muerte prematura hubiera evitado el advenimiento cierto de más desgracias? Ella era pura de alma y todos sus empeños eran sagrados. Pero su corazón era trono del amor, y la sensibilidad que su bello rostro expresaba era heraldo de muchas tristezas, no menos profundas y espantosas porque ella las hubiera ocultado siempre.

Aquellos dos seres de maravillosos dones se habían librado del desastre universal del último año de soledad y habían sido mis compañeros. Mientras vivieron conmigo sentí todo su valor. Era consciente de que todos los demás sentimientos, el reproche, la pasión, se habían fundido gradualmente en un anhelo, una añoranza creciente por ellos. No había olvidado a la dulce compañera de mi juventud, madre de mis hijos, a mi adorada Idris; pero al menos, en su hermano veía revivir parte de su espíritu; y después, cuando la muerte de Evelyn me privó del recuerdo máspreciado que de ella tenía, convertí a la persona de Adrian en un santuario dedicado a la memoria de mi amada, tratando de fundir las dos ideas. Sondeo las profundidades de mi corazón e intento en vano recordar las expresiones que puedan definir mi amor por aquellos dos restos de mi raza. Si el lamento y la pena me acechaban, como sucedía a veces en nuestro estado solitario e incierto, los tonos claros de la voz de Adrian y su mirada ferviente disipaban mi tristeza. O me alegraba sin saberlo al ser testigo de la serenidad y la dulce resignación expresadas en la frente despejada de Clara. Lo eran todo para mí: los soles de mi alma tenebrosa, el reposo de mi cansancio, el sueño reparador contra mi triste insomnio. Precaria, pálidamente, con palabras torpes, desnudas y débiles he expresado los sentimientos con que me aferraba a ellos. Me hubiera enroscado a ellos como una hiedra para que el mismo golpe nos abatiera a la vez. Habría penetrado en ellos, habría sido parte de ellos, para que

si la anodina sustancia de mi carne fuera pensamiento^[96],

incluso así los habría acompañado yo hasta su nueva e inefable morada.

No volveré a verlos nunca. Me falta su conversación, no puedo verlos. Soy un árbol abatido por el rayo; la corteza jamás se cubrirá de fibras desnudas, y su vida temblorosa, rasgada por los vientos, no recibirá jamás el bálsamo de un solo momento de calma. Estoy solo en el mundo, pero esta expresión está menos preñada de miseria que esta otra: Adrian y Clara están muertos.

El vaivén de estas ideas y sentimientos sube y baja eternamente, sin cambio ninguno, aunque las orillas y las formas que me rodean y que gobiernan su curso, y los reflejos en las olas, sí varíen. Así, la sensación de pérdida inmediata decayó algo con el tiempo, mientras que la soledad absoluta e irremediable creció en mí con el paso de los días. Llevaba ya tres recorriendo Ravena, pensando solo en mis seres amados, que dormían en las cuevas del océano o en el espacio en blanco que se extendía ante mí. Temblaba cada vez que debía dar un paso y me marchitaba ante cada cambio que marcaba el avance de las horas.

Tres días pasé recorriendo de un lado a otro la ciudad melancólica. Dedicaba horas enteras a ir de casa en casa, escuchando con atención por si detectaba alguna señal de existencia humana. En ocasiones llamaba a una campana, que resonaba en los salones abovedados. El silencio siempre sucedía a su tañido. Me consideraba a mí mismo desesperado, pero seguía albergando alguna esperanza y, por tanto, la

decepción se colaba al cabo del tiempo y hundía de nuevo el acero frío y afilado que me había desgarrado antes en la herida abierta y dolorosa. Me alimentaba como una bestia salvaje que busca comida solo cuando un hambre atroz la asalta. No me cambié de ropas ni busqué el refugio de un techo durante esos días, en los que me vi poseído por calores ardientes, irritación nerviosa, un flujo incesante pero confuso de ideas, noches en blanco y días imbuidos de enfermiza agitación.

A medida que la fiebre se apoderaba de mi sangre me asaltaba el deseo irreprimible de caminar. Recuerdo que el sol se había puesto ya tras el quinto día de mi naufragio cuando, sin propósito ni destino, abandoné la ciudad de Ravena. Debía de hallarme muy enfermo. De haberme poseído más o menos delirios, tal vez esa habría sido mi última noche, porque mientras seguía andando por las orillas del Mantone, cuyo curso ascendente yo seguía, observaba con anhelo el caudal del agua, pensando que sus ondas cristalinas podrían aliviar mis penas para siempre. No entendía que me hubiera demorado tanto en buscar en ellas protección contra las flechas envenenadas del pensamiento, que me desgarraban una y otra vez. Caminé sin detenerme gran parte de la noche, hasta que el cansancio excesivo venció mi repugnancia a entrar en los aposentos deshabitados de los de mi especie. La luna menguante, que acababa de salir, me mostró una casa de campo, cuya entrada pulcra y jardín bien cuidado me recordaron los de mi Inglaterra natal. Descorrí el cerrojo de la puerta y entré. Lo primero que encontré fue la cocina, donde guiado por los rayos de la luna, encontré los utensilios necesarios para encender una luz. Junto a la cocina había un dormitorio. La cama cubierta con sábanas de blancura nívea, la madera apilada en el hogar y la mesa dispuesta como si estuviera a punto de tener lugar una cena, casi me llevaron a creer que allí había encontrado lo que llevaba tanto tiempo buscando: un superviviente, un compañero de soledades, un solaz a mi desesperación. Pero me resistí al engaño. El aposento en sí mismo estaba vacío, y me repetí que recorrer e inspeccionar el resto de la casa era solo un acto de prudencia. Imaginaba que yo mismo era una prueba contra tal expectativa, pero de todos modos mi corazón latía con fuerza cada vez que acercaba la mano a un tirador, y se encogía de nuevo cuando hallaba las estancias vacías. Oscuras y silenciosas, eran como criptas. De modo que regresé a la primera cámara, preguntándome qué fantasma invisible lo habría dispuesto todo para mi cena y mi reposo. Acerqué la silla a la mesa y examiné las viandas que me disponía a comer. En realidad se trataba de un festín de la muerte. El pan se veía azul y mohoso, el queso se había convertido en un montículo de serrín. No me atreví a examinar el resto de los platos. Una tropa de hormigas avanzaban en formación doble sobre el mantel. Los utensilios estaban cubiertos por una pátina de polvo, con telarañas en las que colgaban miríadas de insectos muertos. Todos esos objetos demostraban lo falaz de mis expectativas. Las lágrimas asomaron a mis ojos. Sin duda esa era una muestra caprichosa del poder destructor. ¿Qué había hecho yo para que todos mis nervios sensibles fueran a diseccionarse de ese modo? Y sin embargo, ¿por qué quejarme más que antes? Esa casa vacía no mostraba ninguna

desgracia nueva: el mundo estaba vacío. La humanidad estaba muerta, lo sabía bien; ¿por qué luchar entonces con una verdad sabida y rancia? Con todo, como he dicho, en el corazón mismo de mi desesperación había albergado esperanzas, de modo que toda nueva impresión de la realidad descarnada atacaba mi alma con un nuevo zarpazo, recitándome una lección aún no estudiada, y ni el cambio de lugar o de tiempo bastaba para aliviar mi tristeza. Así, lo mismo que entonces, debería seguir yendo de un lugar a otro, día tras día, mes tras mes, año tras año, mientras viviera. Apenas me atrevía a imaginar durante cuánto tiempo más seguiría existiendo. Cierto era que ya no me encontraba en la primera flor de la vida, pero tampoco llevaba mucho tiempo descendiendo por el valle de los años. Se decía que mi edad era la mejor de la vida: acababa de cumplir los treinta y siete. Mis miembros se encontraban en tan buena forma, mis articulaciones tan engrasadas como cuando trabajaba de pastor en las colinas de Cumbria. Con esas ventajas me disponía a iniciar la marcha por el camino solitario de la vida. Aquellas eran las reflexiones que se colaron de noche en mi sueño.

La comodidad de mi refugio de esa noche, así como el mayor reposo que logré, me devolvieron a la mañana siguiente más salud y resistencia de la que había acumulado desde el naufragio fatal. En las despensas que en mi búsqueda de la noche anterior había recorrido hallé bastantes uvas pasas, que me refrescaron al empezar el día, mientras abandonaba mi alojamiento y avanzaba hacia la ciudad que había divisado a poca distancia. Por lo que suponía, debía de tratarse de Forlì. Accedí con gusto a sus calles amplias y cubiertas de hierba. Todo, cierto es, mostraba un exceso de desolación, pero me gustaba encontrarme en aquellos lugares que habían sido morada de mis congéneres. Adoraba atravesar calle tras calle, contemplar las altas casas y repetirme a mí mismo que en otro tiempo albergaron a seres parecidos a mí. Yo no había sido siempre el infeliz que ahora soy. La amplia plaza de Forlì, la arcada que la circundaba, su aspecto ligero y agradable me animaron. Me alegraba pensar que si la tierra volvía a poblarse, nosotros, la raza perdida, gracias a los vestigios conservados demostraríamos a los recién llegados que nuestros poderes no habían sido pocos.

Entré en uno de los palacios y abrí la puerta de una sala magnífica. La sorpresa se apoderó de mí al instante. Volví a mirar con asombro renovado. ¿Qué salvaje indómito y descuidado se hallaba frente a mí?

Pero la sorpresa fue momentánea. Percibí que era yo mismo, que me miraba desde un gran espejo situado al fondo del salón. No era raro que el amante de la princesca Idris no se reconociera a sí mismo en el triste objeto allí proyectado. Mis ropas desgarradas eran las mismas con las que había caído al agua, con las que había nadado por el mar tempestuoso. Largos mechones de pelo enredado caían sobre mi frente y mis ojos oscuros, ahora hundidos y desorientados, brillaban bajo las cejas. La ictericia que por efecto de la desgracia y el abandono blanqueaba mis mejillas, impregnaba mi piel, medio oculta por una barba de varios días.

¿Por qué cambiar de aspecto?, pensaba yo. El mundo está muerto, y este atuendo escuálido es mejor luto que los excesos de un traje negro. Creo que así habría seguido si la esperanza, sin la que creo que el hombre no es capaz de existir, no me hubiera susurrado que con ese aspecto sería un objeto de temor y aversión para el ser que, a pesar de saber que no existía, esperaba en el fondo que se encontrara conmigo. ¿Se burlarán mis lectores de la vanidad que me llevó a vestirme con cierto decoro pensando en aquel ser imaginario? ¿O perdonarán los delirios de una imaginación medio enloquecida? A mí no me cuesta disculparme: la esperanza, por vaga que fuera, me resultaba extraordinariamente necesaria, y los sentimientos placenteros se habían convertido en bienes tan escasos, que me entregaba sin dudarlo a toda idea que me los procurara o que prometiera el regreso de la esperanza a mi doliente corazón.

Tras ocuparme de ello recorrí todas las calles y rincones de Forlì. Aquellas ciudades italianas presentaban un aspecto de desolación mayor que las de Inglaterra y Francia. La peste había aparecido en ellas antes y en ellas había culminado su misión y su obra mucho antes que en las nuestras. Tal vez el verano anterior ya no hubiera conocido a ningún ser humano con vida en el espacio incluido entre las costas de Calabria y los Alpes, al norte. Mi búsqueda fue del todo infructuosa, y sin embargo no desistí. Creía que la razón estaba de mi parte y no debía ignorar ninguna posibilidad de que en alguna parte de Italia existiera algún superviviente como yo, en aquella Tierra baldía y despoblada. Mientras así vagaba por la ciudad vacía fui pergeñando un plan para mis operaciones futuras. Proseguiría viaje hasta Roma. Tras asegurarme, mediante una búsqueda exhaustiva, de que no dejaba atrás seres humanos en las ciudades por las que pasara, en todas ellas, en algún lugar visible, escribiría con pintura blanca y en tres idiomas: «Verney, el último de la raza inglesa, habita en Roma».

Para llevar a cabo mi plan entré en el taller de un pintor y me procuré pintura. Resulta curioso que una ocupación tan trivial me hubiera consolado hasta el punto de animarme. Pero la pena dota de fantasía la infantil desesperación. A esa inscripción simple solo añadí: «Ven, amigo. Te espero», *Deh, vieni! Ti aspetto!*

A la mañana siguiente, con algo parecido a la esperanza por compañera, salí de Forlì camino de Roma. Hasta ese momento los dolorosos recuerdos y las expectativas siniestras me atenazaban cuando despertaba y me acunaban en mi reposo. En muchas ocasiones me había rendido a la tiranía de la angustia; muchas veces había decidido poner fin a mis desgracias. La muerte infligida con mis propias manos era un remedio, un remedio práctico que me daba consuelo. ¿Qué podía temer en el otro mundo? Si existía el infierno y yo era condenado a él, me convertiría en adepto del sufrimiento de sus torturas. La acción sería fácil y constituiría el rápido y cierto fin de mi deplorable tragedia. Pero ahora esos pensamientos se desvanecían antes las nuevas expectativas. Proseguí mi camino pero no como antes, cuando sentía que cada hora, cada minuto, era una era llena de incalculable dolor.

Al avanzar por las llanuras, a los pies de los Apeninos, a través de sus valles, sobre sus cumbres desoladas, mi camino me llevaba por un país que había sido hollado por héroes, visitado y admirado por miles. Todos ellos se habían retirado como una marea, dejándome a mí desnudo y solo en el centro. Pero ¿por qué lamentarse? ¿Acaso no mantenía la esperanza? Así me aleccionaba, incluso después de que el ánimo me hubiera abandonado y me viera obligado a hacer acopio de toda la fortaleza posible, que no era mucha, para impedir el regreso de mi desesperación, caótica e intolerable, que había seguido al triste naufragio, en el que se consumó todo miedo, en el que se aniquiló toda alegría.

Me levantaba todos los días al alba y abandonaba mis aposentos desolados. Mientras mis pies recorrían el país deshabitado, mi mente vagaba a través del universo y me sentía menos desgraciado cuando podía, absorto en mis ensoñaciones, olvidar el paso de las horas. Al caer la noche, y a pesar del cansancio, detestaba encerrarme en cualquier casa para pasar la noche. Y así, hora tras hora, seguía sentado a la puerta de la residencia que hubiera escogido, incapaz de abrir la puerta y encontrarme cara a cara con el vacío de su interior. Muchas noches, aunque las neblinas otoñales cubrían el paisaje, las pasaba bajo un acebo; en numerosas ocasiones había cenado solo bayas y castañas, encendía una fogata en el suelo, como los gitanos, porque el paisaje silvestre me recordaba con menos intensidad mi lamentable soledad. Contaba los días; llevaba un bastón hecho con la rama pelada de un sauce en el que marcaba los días que habían transcurrido desde el naufragio. Cada noche añadía una hendidura más a la suma.

Había llegado a lo alto de un monte desde el que se divisaba Spoleto. Alrededor se extendía la llanura, flanqueada por unos Apeninos cubiertos de castaños. Una quebrada oscura descendía por un lado, vencida por un acueducto de altos arcos que se hundían en el claro, más abajo, lo que atestiguaba que el hombre en otro tiempo se había dignado dedicar sus esfuerzos y sus ideas a aquel lugar, a adornar y civilizar la naturaleza. Naturaleza salvaje e ingrata, que con sus actos violentos destruía sus vestigios, mostrando su renovación constante y frágil de flores silvestres y plantas parásitas alrededor de esos edificios eternos. Me senté sobre una roca a contemplar. El sol había bañado en oro el aire por poniente, y al este las nubes capturaban el brillo y lo convertían en belleza fugaz. Me hallaba en un mundo que me contenía a mí como único habitante. Cogí el bastón y conté las muescas. Veinticinco. Veinticinco días habían transcurrido sin que otra voz humana me alegrara los oídos, sin que mi mirada contemplara otro rostro. Veinticinco días largos, cansados, seguidos de noches oscuras, solitarias que, mezclándose con todos mis años pasados, se convertían en parte del pasado —esa nada que se recordaba—, una porción real e innegable de mi vida... Veinticinco largos, largos días.

¡Ni siquiera era un mes! ¿Por qué hablar de días, o de semanas, o de meses? Si quería representarme cabalmente el futuro, debía empezar a contar en años. Tres, cinco, diez, veinte, cincuenta aniversarios de esa época real podían transcurrir; cada

uno de ellos formado por doce meses, todos ellos con más días en su cómputo que los veinticinco que habían pasado. ¿Podrá ser? ¿Será? Antes veíamos la muerte con temor. ¿Por qué? ¿Porque su lugar era oscuro? Más terrible, y mucho más oscuro, era el curso revelado de mi solitario futuro. Partí en dos el bastón y lo eché lejos de mí. No me hacía falta ningún recordatorio del lento transcurrir de mi vida yerma, cuando mis pensamientos intranquilos se entregaban a otras divisiones, distintas a las que regían los planetas. Y al volver la vista atrás y ver los siglos que habían transcurrido desde que estaba solo, no quise dar el nombre de días y horas a los estertores de agonía que en realidad los habían conformado.

Oculté el rostro entre las manos. El trino de los pájaros que se iban a dormir, los crujidos que trasmitían a los árboles, alteraban el silencio del aire vespertino. Cantaban los grillos, el *aziolo* ululaba a intervalos. Había estado pensando en la muerte, pero esos sonidos me hablaban de la vida. Alcé los ojos. Pasó un murciélago. El sol se había puesto tras la línea desnuda de montes y la luna pálida, creciente, surgía blanca, plateada, entre el ocaso anaranjado, en compañía de una estrella brillante, prolongando así el anochecer. Un rebaño de vacas pasó por el prado, más abajo, sin pastor, hacia su abrevadero. La brisa amable mecía la hierba y el verde marino de los olivares, bañados por la luz de la luna, contrastaba con la oscuridad de los castaños. Sí, esta es la tierra. No hay cambios en ella, no hay ruina ni herida infligida en su extensión verde. Sigue girando una y otra vez, alternando día y noche, a través del cielo, aunque el hombre ya no la adorne ni la habite. ¿Por qué no podré olvidar yo, como uno de esos animales, y dejar de sufrir las desgracias que soporto? Y sin embargo, qué mortífera brecha se abre entre su estado y el mío. ¿Acaso no tienen ellos compañeros? ¿Acaso no se emparejan ellos, y engendran crías, y habitan en un hogar que, aunque no nos lo expresen con palabras, no lo dudo, les resulta querido, y se enriquece con la compañía de los congéneres que la naturaleza les ha dado? Solamente yo vivo en soledad, yo, en lo alto de esta colina, observando la llanura y los pliegues de las montañas, el cielo y su población de estrellas, escuchando todos los sonidos de la tierra, el aire, las olas susurrantes... Yo soy el único que no puede expresar sus muchos pensamientos a un compañero ni apoyar mi cabeza fatigada sobre un pecho amado, ni beber de otros ojos el rocío embriagador, más dulce que el néctar fabuloso de los dioses. ¿No he de lamentarme entonces? ¿No he de maldecir el mecanismo asesino que ha segado a los hijos de los hombres, mis hermanos? ¿No he de maldecir a los demás retoños de la naturaleza, que osan vivir gozando, mientras yo vivo sufriendo?

¡Ah, no! Acostumbraré mi corazón doliente a alegrarme de vuestra dicha, seré feliz porque vosotros lo sois. Vivid, vivid, inocentes, primores escogidos de la naturaleza. No soy tan distinto de vosotros. Nervios, pulso, cerebro, articulaciones y carne, de ello estoy compuesto y las mismas leyes rigen para vosotros. Yo poseo algo más, pero puede considerarse un defecto, no un don, si me lleva a la tristeza, cuando vosotros, en cambio, sois felices.

En ese momento, de entre unos matorrales surgieron dos cabras con su cría y empezaron a pacer entre la hierba. Me acerqué a ellas, que no se habían percatado de mi presencia. Arranqué un puñado de brotes tiernos y se lo ofrecí. La pequeña se apretujó más contra su madre, que tímidamente inició la retirada. El macho dio unos pasos al frente, mirándome con fijeza. Me aproximé algo más alargando el alimento, mientras él, bajando la cabeza, me embistió con sus cuernos. Era necio por mi parte, lo sabía, pero aun así cedí a mi rabia y agarré una piedra de considerables dimensiones que habría bastado para aplastar a mi colérico enemigo. Levanté la piedra y apunté bien, pero me faltó valor. La arrojé lejos y, tras caer entre los arbustos, descendió rodando hasta el claro. Mis pequeños visitantes, espantados, buscaron refugio en el bosque mientras yo, con el corazón encogido, roto, me apresuraba a bajar de la colina, buscando escapar de mi propia tristeza mediante el ejercicio físico.

No, no. No viviré entre los paisajes silvestres de la naturaleza, enemiga de todo lo que vive. Iré en busca de las ciudades: Roma, la capital del mundo, corona de las hazañas del hombre. Entre sus calles historiadas, ruinas venerables y restos magníficos de los logros de la humanidad, no me sentiré, como aquí, rodeado de un paisaje que se olvida del hombre, que pisotea su recuerdo, destruye sus obras y proclama de colina en colina, de valle en valle —en los torrentes, libres ya de los límites que él le imponía, en la vegetación, ignorante de las leyes que él le dictaba, en las construcciones devoradas por las malas hierbas—, que su poder se ha perdido y su raza se ha extinguido para siempre.

Saludé al Tíber, que era como una posesión inalienable de la humanidad. Saludé a la silvestre Campania, pues en toda su extensión había sido hollada por el hombre, y su estado salvaje, sin cultivos, que no era reciente, no hacía sino proclamar con mayor claridad el poder de aquel, pues aquel le había dado un nombre honorable y un título sagrado a lo que de otro modo hubiera sido un terreno baldío y sin valor. Entré en la Roma eterna por la Porta del Popolo y con inmenso respeto saludé aquel espacio honrado por el tiempo. La amplia plaza, las iglesias cercanas, la larga extensión del Corso, la destacada Trinita dei Monti, todo parecía producto de la fantasía, tan silencioso, tan sereno, tan hermoso. Caía la noche y la población animal que seguía existiendo en la ciudad poderosa se había retirado a procurarse el descanso. No se oía el más leve sonido, salvo el murmullo de sus muchas fuentes, cuya cadencia monótona sonaba a armonía en mis oídos. Saber que me encontraba en Roma me aliviaba. Aquella ciudad de las maravillas, apenas más ilustre por sus héroes y sus sabios que por el poder que ejercía sobre la imaginación de los hombres. Me acosté esa noche y sentí que el fuego que ardía en mi corazón se aplacaba y que mis sentidos se serenaban.

Inicié impaciente mis paseos a la mañana siguiente, en busca de distracción. Ascendí las muchas terrazas del jardín que adornaba el Palacio de Colonna, bajo cuyo techo me había cobijado para pasar la noche. Y al salir de él por su parte más elevada

me hallé en el monte Cavallo. La fuente chispeaba al sol y el obelisco, más arriba, se clavaba en el cielo límpido, de un azul intenso. Las estatuas a ambos lados, las obras de Fidias y Praxíteles —según rezaban las inscripciones—, se alzaban en toda su grandeza, representaciones de Cástor y Pólux, que con poder mayestático aplacaban al animal que, a su lado, retrocedía. Si aquellos ilustres artistas habían cincelado en realidad aquellas formas, ¡a cuántas generaciones sucesivas habían sobrevivido aquellas gigantescas formas! Ahora las contemplaba el último individuo de una especie para cuya representación y deificación habían sido esculpidas. Yo, a mis propios ojos, menguaba hasta la insignificancia al pensar en la cantidad de seres a los que aquellos semidioses de piedra habían sobrevivido, aunque esa misma idea fue la que me devolvió la dignidad: la visión de la poesía eternizada en aquellas esculturas me quitó la espina del pensamiento y lo redujo solo a su idealidad poética.

Me repetía una y otra vez: «¡Estoy en Roma!». Contemplo y en cierto modo converso con la maravilla del mundo, señora soberana de la imaginación, superviviente majestuosa y eterna de millones de generaciones de hombres extintos. Trataba de aplacar las penas de mi corazón doliente interesándome, incluso entonces, en lo que durante mi juventud tanto había anhelado ver. Todos los rincones de Roma rebosan de reliquias de tiempos pasados. Las calles más sencillas se ven salpicadas de fragmentos de columnas, capiteles rotos —jónicos y corintios—, así como de brillantes bloques de granito y pórfido. Los muros de las residencias más ruinosas encerraban un pilar esbelto, una piedra maciza, que en otro tiempo habían formado parte del palacio de los césares. Y la voz de un tiempo muerto, con vibraciones acalladas, respiraba por aquellos objetos mudos, a los que el hombre había infundido vida y había glorificado.

Abracé las vastas columnas del templo de Júpiter Stator, que sobreviven en el espacio abierto que fue el Foro, y apoyando mi mejilla encendida contra su longevidad fría, traté de perder la sensación de desgracia presente y presente deserción, invocando en lo más hondo de mi mente los recuerdos de tiempos remotos. Me regocijé al lograrlo, pues imaginé a Camilo, a los Gracos, a Catón, y por último a los héroes de Tácito, que brillaron como meteoros de inigualable esplendor en la noche oscura del imperio. Mientras los versos de Horacio y Virgilio o los espléndidos periodos de Cicerón desfilaban por las puertas abiertas de mi mente, me sentía invadido por un entusiasmo largamente olvidado. Me alegraba saber que miraba el mismo paisaje que habían contemplado ellos, el paisaje que sus madres y esposas, así como multitud de personas anónimas, habían conocido, mientras, coetáneas suyas honraban, aplaudían o lloraban por aquellos especímenes inigualables de la humanidad. Así, al fin había hallado consuelo. No había buscado en vano los edificios historiados de Roma; había hallado una medicina para mis muchas y profundas heridas.

Me senté a los pies de esas vastas columnas. El Coliseo, cuya ruina desnuda la naturaleza recubre del velo radiante del verdor, se alzaba a mi derecha, bañado por el

sol. No lejos de él, a la izquierda, se hallaba la Torre del Capitolio. Arcos triunfales y muros derruidos de muchos templos cubrían el suelo a mis pies. Traté de imaginar a las multitudes de plebeyos y a los patricios congregados a su alrededor. Y a medida que el diorama de los tiempos pasaba ante mi imaginación rendida, los iba reemplazando por romanos modernos. El papa, con su estola blanca, repartiendo bendiciones a los fieles arrodillados; el fraile con su hábito y su capucha; la niña de ojos negros, tocada con su *mezzera*; el campesino escandaloso, curtido por el sol, que conducía su manada de búfalos y bueyes al Campo Vaccino. El romanticismo con que, sumergiendo los pinceles en el arco iris del cielo y la naturaleza trascendente, nosotros, hasta cierto punto, pintábamos gratuitamente a los italianos, sustituía a la solemne grandeza de la antigüedad. Recordé al monje oscuro, las figuras levíticas de *El italiano*^[97], y cómo mi corazón joven había latido con su descripción. Recordé a Corina^[98] ascendiendo por el Capitolio para ser coronada y, pasando de la heroína a su autora, pensé que el Encantador Espíritu de Roma había gobernado, soberano, las mentes de los imaginativos, hasta reposar en mí, único espectador vivo de sus maravillas.

Permanecí largo rato imbuido de aquellas ideas, pero la mente se cansa de volar sin descanso y, deteniendo su incesante giro alrededor del mismo punto, cayó de pronto a diez mil brazas de profundidad, en el abismo del presente, en el conocimiento de sí misma, en una tristeza diez veces mayor. Abandoné mis ensoñaciones y desperté. Y yo, que hacía un instante casi había oído los gritos de las multitudes romanas y había sido zarandeado por incontables multitudes, ahora contemplaba las ruinas desiertas de Roma durmiendo bajo su cielo azul. Las sombras se alargaban, tranquilas, en el suelo; las ovejas pacían sobre el Palatino, y un búfalo avanzaba por la Vía Sacra, camino del Capitolio. Estaba solo en el Foro, solo en Roma, solo en el Mundo. ¿Ni un solo hombre vivo —compañero de mi fatigosa soledad— era digno de toda la gloria y el poder de aquella ciudad venerable? Un pesar doble, una tristeza engendrada en cavernas cimerias, revestía mi alma de ropas fúnebres. Las generaciones que había invocado en mi imaginación contrastaban más intensamente con el final de todo, con la punta afilada en la que, como en una pirámide, el poderoso tejido de la sociedad había concluido mientras yo, sobre su vertiginosa altura, contemplaba el espacio vacío a mi alrededor.

De esos lamentos vagos pasé a la contemplación de los pormenores de mi situación. Por el momento no había logrado alcanzar el objeto de mis deseos, que era encontrar a alguien que me acompañara en mi desolación. Aun así, no desesperaba. Era cierto que mi búsqueda se había limitado en gran parte a ciudades pequeñas y aldeas. Pero era posible que la persona que, como yo, pudiera encontrarse sola sobre una tierra despoblada, se hubiera dirigido a Roma. Cuanto más frágiles eran mis esperanzas, más me empeñaba en aferrarme a ellas y en orientar mis actos hacia la verificación de tales posibilidades, por remotas que fueran.

Así, debería instalarme en Roma cierto tiempo y mirar cara a cara mi desastre, sin entregarme al juego infantil de la obediencia sin sumisión, soportando la vida pero rebelándome contra las leyes por las que vivía.

Y sin embargo, ¿cómo iba a resignarme? Sin amor, sin comprensión, sin comunión con nadie, ¿cómo iba a recibir al sol de la mañana, y con él reseguir el tantas veces repetido viaje hasta las sombras del ocaso? ¿Por qué seguía viviendo, por qué no me libraba de la pesada carga del tiempo, y con mis propias manos liberaba al preso que se agitaba en mi pecho? No era la cobardía lo que me frenaba, pues la verdadera valentía consistía en resistir. Y la muerte se acompañaba de un sonido lenitivo, y no le costaría convencerme para que me internara en sus dominios. Pero no iba a hacerlo. En el momento mismo de reflexionar sobre el tema, me erigí en súbdito del destino y en siervo de la necesidad, de las leyes visibles del Dios invisible. Creía que mi obediencia era resultado de un razonamiento sensato, de un sentimiento puro, de una sensación exaltada que nacía de la verdadera excelencia y nobleza de mi naturaleza. De haber visto en esa tierra desierta, en las estaciones y su devenir, solo la mano de un poder ciego, de buena gana me habría echado sobre la tierra y habría cerrado los ojos para siempre a su hermosura. Pero el destino me había dado la vida cuando la peste ya se había apoderado de su presa y, arrastrándome por los pelos, me había arrancado de sus fauces. Mediante aquellos milagros me había recobrado para sí. Yo admitía su autoridad y me plegaba a sus decretos. Si tras maduras consideraciones aquella era mi decisión, resultaba doblemente necesario que no perdiera de vista la meta de mi vida, la mejora de mis facultades, y envenenara su flujo con lamentos incesantes. Mas ¿cómo no lamentarme, si no había mano cercana que extrajera de mi corazón de corazones la espina que llevaba clavada? Extendía mi mano y no tocaba a nadie cuyas sensaciones respondieran a las mías. Estaba atado, emparedado, enterrado bajo siete barreras de tristeza. Solo alguna ocupación, si lograba entregarme a ella, sería la adormidera de mi pesar insomne. Habiendo decidido hacer de Roma mi morada al menos durante algunos meses, busqué una casa. El palacio Colonna se adaptaba bien a mi propósito. Su grandeza, su tesoro pictórico, sus salones magníficos, me aliviaban e incluso lograban emocionarme.

Hallé los graneros de Roma bien provistos de cereal, especialmente de maíz. Como aquel producto requería menos elaboración para convertirlo en alimento, lo escogí como mi sustento habitual. Y descubrí que podía sacar provecho de las penurias y la vida desordenada de mi juventud. Un hombre no puede olvidarse de hábitos que ha mantenido durante dieciséis años. Era cierto que desde esa edad había vivido rodeado de lujos, o al menos de las comodidades que la civilización permitía. Pero antes de eso había sido «tan indómito y salvaje como aquel fundador de Roma alimentado por una loba^[99]», y ahora, hallándome en Roma, mis tendencias de ladrón y pastor, semejantes, por cierto, a las de su fundador, resultaban una ventaja para su único habitante. Pasaba la mañana cabalgando y cazando en la Campania y dedicaba largas horas a visitar las diversas galerías. Admiraba todas las estatuas y me perdía en

ensoñaciones ante muchas madonas bellas como ninfas. Recorría el Vaticano y me veía rodeado de figuras de mármol de belleza divina. Las deidades de piedra se revestían de una dicha sagrada, del goce eterno del amor. Me observaban con complacencia fría, y yo a menudo, con voz áspera, les reprochaba su indiferencia suprema, pues eran formas humanas y la divinidad de sus formas humanas se manifestaba en los miembros perfectos, en los rostros. La perfección de los perfiles traía consigo la idea del color y el movimiento. A menudo, en parte por burlarme amargamente y en parte por engañarme a mí mismo, acariciaba sus proporciones gélidas y, colocándome entre los labios de Cupido y Psique, presionaba su estéril mármol.

Trataba de leer y visitaba las bibliotecas de Roma. Escogía un volumen y, tras encontrar algún rincón apartado y umbrío a la orilla del Tíber o frente a un hermoso templo, en los Jardines de Vila Borghese o bajo la antigua pirámide de Cestio, intentaba alejarme de mí mismo y sumergirme en el tema tratado en las páginas que tenía delante. Como cuando en un mismo suelo se planta belladona y mirto y ambas plantas se apropian del terreno, la humedad y el aire disponibles para desarrollar sus diversas propiedades, así también mi dolor hallaba el sustento, la fuerza para existir y el crecimiento, en lo que había sido maná divino, y con él alimentaba meditaciones radiantes. ¡Ah! Ahora que mancho este papel con el relato de lo que eran mis llamadas ocupaciones —mientras recreo el esqueleto de mis días—, me tiemblan las manos, jadea mi corazón y mi cerebro se niega a dar con la expresión, la frase o la idea que permitan imaginar el velo de tristeza impronunciable que cubría esas realidades desnudas. ¡Oh, corazón cansado y palpitante! ¿He de diseccionar tus fibras y contar que en cada una de ellas existía un infortunio inextinguible, una desgracia extrema, lamentos y desesperación? ¿He de anotar tus muchos disparates, las maldiciones crueles que pronunciaba contra una naturaleza implacable, los días enteros que pasaba alejado de la luz y el alimento, alejado de todo excepto del infierno que quemaba en mi propio pecho?

Entretanto se me presentó otra ocupación, que era la que mejor me venía para disciplinar mis pensamientos melancólicos, que andaban hacia atrás para alcanzar muchas ruinas, muchos prados en flor e incluso muchos paisajes de montaña, que fueron los que me vieron nacer.

Durante una de mis incursiones por los edificios romanos hallé los manuscritos de un autor esparcidos sobre la mesa de un estudio. Contenían una disquisición erudita sobre la lengua italiana. Y en una página, una dedicatoria inconclusa a la posteridad, para cuyo bien el escritor había escogido los más bellos recursos de su armoniosa lengua, y a cuyos beneficios duraderos había entregado sus esfuerzos.

«¡Yo también escribiré un libro! —exclamé—. ¿Para que lo lea quién? ¿A quién estará dedicado?». Y entonces, con necia floritura (¿qué hay más caprichoso e infantil que la desesperación?), escribí:

DEDICATORIA
A LOS ILUSTRES MUERTOS.
SOMBRAS, ¡DESPERTAD Y LEED SOBRE VUESTRA CAÍDA!
CONTEMPLAD LA HISTORIA
DEL ÚLTIMO HOMBRE

Y sin embargo, ¿acaso no se repoblará el mundo, y los hijos de un par de amantes salvados en algún refugio por mí desconocido y para mí inalcanzable, tras vagar hasta estas prodigiosas reliquias de una raza anterior a la peste, desearán saber cómo unos seres tan asombrosos en sus logros, dotados de una imaginación infinita, partieron de su casa en pos de otro país desconocido?

Escribiré un relato de estas cosas y lo dejaré en esta ciudad antiquísima, en este «único monumento del mundo^[100]». Dejaré un monumento a la vida de Verney, el último hombre. En un principio pensé en hablar solo de la peste, de la muerte, y por último de la deserción. Pero me entretuve con deleite en mis años primeros y dejé constancia con celo sagrado de las virtudes de mis compañeros. Ellos me han acompañado en la consecución de mi tarea. Ya la concluyo. Alzo la vista del papel y vuelven a perderse. Y vuelvo a sentir que estoy solo.

Ha transcurrido un año desde que dejé de ocuparme de ello. Las estaciones se han sucedido, como es su costumbre, y han cubierto esta ciudad eterna con ropajes cambiantes de extraordinaria belleza. Ha transcurrido un año y yo ya no «imagino» cuál ha de ser mi estado, mis perspectivas. La soledad me es familiar, la pena, mi inseparable compañera. He tratado de resistir la tempestad, he tratado de enseñarme a ser fuerte, he buscado imbuirme de las lecciones de la sabiduría. Pero no lo he logrado. He encanecido casi por completo. Mi voz, desacostumbrada a emitir sonidos, suena extraña a mis oídos. Mi persona, con sus poderes y facultades humanos, me parece una excrescencia monstruosa de la naturaleza. ¿Cómo expresar con un lenguaje humano una aflicción que, hasta ahora, ningún ser humano había conocido? ¿Cómo dotar de expresión inteligible a un dolor que solo yo comprendería? Nadie ha llegado a Roma. Nadie lo hará. Sonríe amargamente al pensar en el engaño que he mantenido durante tanto tiempo, y sigo sonriendo al pensar que lo he sustituido por otro tan engañoso como aquel, tan falso, pero al que ahora me aferro con la misma esperanza.

El invierno ha regresado. Los jardines de Roma han perdido sus hojas. El aire frío que sopla desde la Campania ha obligado a los animales a buscar refugio en las muchas estancias de la ciudad desierta. El hielo ha interrumpido el brotar de las fuentes y Trevi ha detenido su canto eterno. Mediante la observación de las estrellas realicé un cálculo aproximado por el que pretendía determinar cuál sería el primer día del nuevo año. En la edad antigua y desgastada, el Sumo Pontífice se dirigía, revestido de gran pompa, al templo de Jano, y hundiendo un clavo en su puerta

señalaba el inicio del nuevo año. Así, yo, ese día ascendí hasta San Pedro y grabé en su piedra más alta el año 2100, el último del mundo.

Mi único compañero era un perro, un perro peludo, mezcla de pastor y de aguas, al que había hallado cuidando de un rebaño de ovejas en la Campania. Su amo había muerto, pero él seguía cumpliendo con su deber a la espera de su regreso. Si alguna oveja se apartaba del resto, él la obligaba a volver al rebaño, y con gran celo ahuyentaba a cualquier intruso. Cabalgando por la Campania di con su corral y durante un tiempo me dediqué a observar su repetición de lecciones aprendidas del hombre que, aunque ya inútiles, no había olvidado. Su alegría al verme fue exagerada. Me saltó a las rodillas y se puso a dar vueltas sin cesar, mientras meneaba la cola y emitía unos ladridos breves, complacidos. Abandonó el corral para seguirme y desde ese día no ha dejado de velar por mí, demostrándome su gratitud ruidosamente cada vez que lo acaricio o le hablo. Y así, solo sus pasos y los míos resonaron en la inmensa nave de San Pedro. Ascendimos los muchos peldaños juntos, y en lo alto de ellos cumplí con mi propósito, y con números toscos anoté la fecha del último año. Acto seguido me volví para contemplar la ciudad, dispuesto a abandonarla. Llevaba tiempo decidido a hacerlo, y en ese momento esboqué el plan que adoptaría en mi vida, una vez hubiera dejado atrás aquella morada de magnificencia.

Un ser solitario es errante por naturaleza, y en eso me convertiría yo. Con los cambios de lugar siempre se persigue una mejora, incluso un alivio de la carga de la vida. Me había equivocado permaneciendo en Roma tanto tiempo. En Roma, conocida por su malaria, célebre proveedora de muerte. Pero seguía siendo posible que, si llegaba a recorrer toda la extensión de la tierra, encontrara en algún confín a un superviviente. Y creía que la costa era el lugar más probable que escogería. Aunque se hubiera visto solo en una región interior, no habría permanecido en el mismo lugar que había presenciado la extinción de sus esperanzas: proseguiría el viaje, como yo, en busca de un compañero de su soledad, hasta que la barrera del mar detuviera su avance.

Y a ese mar —pues de mis pesares tal vez fuera la cura— me dirigiría. ¡Adiós, Italia! Adiós, ornamento del mundo, Roma sin par, retiro del solitario durante largos meses. Adiós a la vida civilizada, al hogar fijo y a la sucesión de días monótonos. A partir de ahora me arrojo en brazos del peligro y lo saludo como a un amigo. La muerte se cruzará constantemente en mi camino y yo saldré a su encuentro y la consideraré mi benefactora. Los percances, el tiempo inclemente y las tempestades serán mis camaradas. ¡Espíritus de la tormenta, recibidme! ¡Poderes de la destrucción, abrid bien vuestros brazos y estrechadme para siempre!, si una fuerza más benévola no ha decretado otro final, para que tras el prolongado esfuerzo coseche mi recompensa y vuelva a sentir que mi corazón late junto al de otro ser afín.

El Tíber, vía trazada por la mano de la naturaleza, se extendía a mis pies, y en sus orillas hallaría numerosas barcas. Embarcaría en una de ellas con algunos libros,

provisiones y mi perro, y navegaría río abajo hasta llegar al mar. Entonces, sin alejarme nunca de la tierra, bordearía las hermosas costas y los promontorios soleados del Mediterráneo azul, pasaría por Nápoles y Calabria y desafiaría los peligros de Escila y Caribdis. Luego, con decisión, sin miedo (pues, ¿qué podía perder?), surcaría la superficie del mar en dirección a Malta y las lejanas Cícladas. Evitaría Constanti-nopla, la visión de cuyas recordadas torres y ensenadas pertenecía a un estado de la existencia distinto de mi presente. Bordearía Asia Menor y Siria y, dejando atrás el Nilo de siete brazos, pondría rumbo al norte una vez más hasta que, perdiendo de vista la olvidada Cartago y la desierta Libia, alcanzara los pilares de Hércules. Y entonces, no importaba dónde, las cuevas húmedas y las profundidades silenciosas serían tal vez mi morada antes de proseguir mi postergado viaje o de que la flecha de la enfermedad encontrara mi corazón mientras yo flotaba en el Mediterráneo revuelto; o, en algún lugar al que arribara encontrase lo que busco, un compañero. Si no es así, hasta el fin de los tiempos, decrepito y canoso —la juventud ya enterrada junto la tumba de los seres que amé—, el solitario errante seguirá izando velas, agarrando el timón y entregándose a las brisas del cielo, rodeará uno y otro promontorio, anclará en una y otra bahía, seguirá surcando el mar, dejará tras de sí la tierra reverdecida de Europa, más abajo la costa bronceada de África, capeará las aguas bravías del Cabo de Buena Esperanza y tal vez vare su bote en un arroyo, sombreado por arbustos de especias, en las fragantes islas del Índico lejano.

Todo son sueños desbocados. Y sin embargo, desde que se apoderaron de mí, hace una semana, en la escalinata de San Pedro, han gobernado mi imaginación. He escogido una barca y he metido en ella mis escasas posesiones. He seleccionado algunos libros, Homero y obras de Shakespeare en su mayoría. Pero las bibliotecas del mundo se abren para mí. Ni la esperanza ni la dicha me guían; mis pilotos son la incansable desesperación y un inmenso deseo de cambio. Anhele enfrentarme al peligro, excitarme con el miedo, tener algo que hacer, por poco que sea, por voluntario que sea, que me ayude a pasar los días. Seré testigo de toda la variedad de apariencias que los elementos son capaces de adoptar. Leeré el augurio en el arco iris, la amenaza en la nube, y todo me enseñará alguna lección que yo atesoraré en mi pecho. Así, recorriendo las costas de la tierra desierta, mientras el sol esté en lo alto y la luna crezca o mengüe, los ángeles, espíritus de los muertos, y el ojo siempre abierto del Altísimo, observarán la diminuta barca que lleva a bordo a Verney, el último hombre.



MARY WOLLSTONERAFT SHELLEY (Londres, Inglaterra, 1797 - Ídem, 1851). Narradora, dramaturga, ensayista, filósofa y biógrafa inglesa, hija del filósofo William Godwin y de la escritora y pensadora feminista Mary Wollstonecraft. Fue autora del libro que se considera inauguró la «ciencia ficción» y que aún hoy se erige como uno de los grandes relatos de horror de todos los tiempos: *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818).

Mary Shelley falleció probablemente víctima de un tumor cerebral. Su última voluntad fue ser enterrada junto a sus padres. Descansan en el cementerio de St. Peter, en Bournemouth.

Notas

[1] Génesis, 8, 9. (*N. del T.*) 10 <<

[2] Soneto 322, *Poemas líricos*, Petrarca. «Pensé en mostrar algún otro trabajo de mis jóvenes hojas. ¿Qué cruel planeta nos envidió al vernos juntos, oh noble tesoro?». (*N. del T.*). <<

[3] Guido Reni. (*N. del T.*). <<

[4] Otelo, acto I, escena III, William Shakespeare. (*N. del T.*) 24 <<

[5] «Dirige solo un junco contra Otelo...». Otelo, acto v, escena II, William Shakespeare. (*N. del T.*). <<

[6] *El cíclope*, Eurípides. (N. del T.). <<

[7] Mateo, 6: 28-29. Adaptado y tomado de Carlos I, acto I, P. B. Shelley. (*N. del T.*).
<<

[8] Traducción del *Himno a Mercurio*, de Homero, realizada por P. B. Shelley. (N. del T.). <<

[9] *Hamlet*, acto III, escena II, William Shakespeare. (*N. del T.*) 54 <<

[10] *El príncipe constante*, acto II, escena IV, Calderón de la Barca. (*N. del T.*) 58 <<

[11] En griego, ai significa «¡ay!». (*N. del T.*) 74 <<

[12] Francis Bacon, *Sylva Sylvarum*, 1627. (N. del T.) 78 <<

[13] De *The Tale of Daedalus* («La historia de Dédalo»), erróneamente atribuida a William Shakespeare hasta mediados del siglo XIX, escrita en realidad por Thomas Heywood. (N. del T.). <<

[14] *Himno a Mercurio*, Homero, en traducción inglesa de P. B. Shelley. (*N. del T.*) 92
<<

[15] *Los Cenci*, acto v, escena IV, P. B. Shelley. (N. del T.) 94 <<

[16] Soneto 236, Petrarca. «Para no turbar aquel rostro sereno». (*N. del T.*). <<

[17] *Orlando furioso*, VI, 47, 2-3, Ariosto. «Parecíamos allí haber reunido / gran parte de lo que los mortales recuerdan». (N. del T.). <<

[18] Se trata de un cargo de cierta relevancia histórica en Inglaterra, por ser el que se dio Cromwell en su mandato republicano. (*N. del T.*). <<

[19] Lucio Quincio Cincinato. Patricio de la antigüedad romana. En 458 a. C. fue llamado por el Senado para salvar al ejército romano y a Roma de la invasión. Recibió poderes absolutos y el nombramiento de dictador. Tras conseguir la victoria rechazó todos los honores para volver a trabajar la tierra. (*N. del T.*). <<

[20] *Otelo*, acto III, escena III. William Shakespeare. (*N. del T.*). <<

[21] Protagonista de la novela homónima de William Beckford cuya desmesura le lleva a construir una torre altísima, dando así inicio a sus desventuras. (*N. del T.*). <<

[22] En *Las metamorfosis* de Ovidio, Heracles dispara al centauro Neso una flecha envenenada. Antes de morir, este regala una camisa empapada con su sangre envenenada a Deyanira, esposa de Heracles. Cuando este se la pone, la camisa se pega a su carne causándole un dolor intolerable y la muerte. Shakespeare usa esta imagen de ira y desesperación en *Antonio y Cleopatra*, acto IV, escena 12. (N. del T.).
<<

[23] *La muerte de Wallenstein*, acto V, escena I, Schiller. (N. del T.). <<

[24] *Werner, o la herencia*, acto III, escena III. Lord Byron. (*N. del T.*). <<

[25] Evangelio según san Juan, 14: 2. (*N. del T.*) 170 <<

[26] *Noche de Reyes*, acto II, escena III, William Shakespeare. (*N. del T.*). <<

[27] *Teogonia*, Hesíodo. (*N. del T.*). <<

[28] *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, Edmund Burke. (N. del T.). <<

[29] *La peregrinación de Childe Harold*, canto IV, Lord Byron. (N. del T.). <<

[30] *Soneto 2*, William Shakespeare, adaptado por la autora. (*N. del T.*). <<

[31] Especie de búho de plumaje fino. P. B. Shelley escribió un poema titulado «The Aziola». (*N. del T.*). <<

[32] Soneto 2, William Shakespeare. (*N. del T.*). <<

[33] *La vida es sueño*, jornada III, escena VI, Calderón de la Barca. (En español en el original). (N. del T.). <<

[34] El salto fatal de Alejandro está registrado en el libro sexto de *Las campañas de Alejandro*, de Arriano. (N. del T.) <<

[35] «Mask of Anarchy». («La máscara de la anarquía»), P. B. Shelley, refiriéndose a los «hombres de Inglaterra». (*N. del T.*). <<

[36] *En Timón de Atenas*, de William Shakespeare, el personaje sirve agua a sus falsos amigos y los echa de su casa arrojándoles piedras. (*N. del T.*). <<

[37] Adaptación de un verso de *The Revenge*, de Edward Young: «Life is the desert, Life the solitude/Death joins us to the great majority». (La vida es el desierto, es la soledad/la muerte a la gran mayoría nos une). (N. del T.). <<

[38] En tiempos de guerra, las puertas del templo de Jano, en Roma, se mantenían abiertas para que el dios se sumara a la batalla, y en tiempos de paz se cerraban. (*N. del T.*). <<

[39] Reflexiones sobre la Revolución francesa, Edmund Burke. (*N. del T.*) 250 <<

[40] *Apocalipsis*, 6:12. «El sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre». (*N. del T.*). <<

[41] *Antonio y Cleopatra*, acto v, escena 1, William Shakespeare. (*N. del T.*) 252 <<

[42] *Ensayo sobre el hombre*, II, Alexander Pope. (N. del T.) 254 <<

[43] *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, Edmund Burke. (N. del T.). <<

[44] *Los trabajos y los días*, libro II, Hesíodo. (N. del T.). <<

[45] Se refiere a la fábula xxix de las *Fables ancient and modern*, «Fábulas antiguas y modernas», de Goldwin, que su autor publicó bajo el seudónimo de Edward Baldwin. (N. del T.). <<

[46] Vagamente inspirado en *Romeo y Julieta*, acto III, escena II, William Shakespeare. (N. del T.). <<

[47] *Eclesiastés*, 12:6. (*N. del T.*). <<

[48] Soneto 29, William Shakespeare. (*N. del T.*). <<

[49] *Del matrimonio y la soltería*, Francis Bacon. (N. del T.). <<

[50] El príncipe constante, jornada II, Pedro Calderón de la Barca. (*N. del T.*). <<

[51] *Arthur Mervyn*, o Memorias del año 1793, Charles Brokden Brown. (*N. del T.*).
<<

[52] *Hydriotaphia*, Thomas Browne. (*N. del T.*) 294 <<

[53] Verso del poema *La máscara de la anarquía*, P. B. Shelley. (N. del T.). <<

[54] *La muerte de Wallenstein*, acto v, escena 1, Friedrich Schiller, según la versión de Coleridge. (N. del T.). <<

[55] *El príncipe constante*, jornada III, Pedro Calderón de la Barca. (N. del T.) 302 <<

[56] De «Resolución e independencia», William Wordsworth. (*N. del T.*). <<

[57] *Tesalonicenses* I, 5:2. (N. del T.). <<

[58] De «Sueño y poesía», de John Keats. (*N. del T.*). <<

[59] *Macbeth*, acto IV, escena III, William Shakespeare. (N. del T.) 316 <<

[60] *Macbeth*, acto IV, escena III, William Shakespeare. (N. del T.). <<

[61] De «To his coy *mistress*». («A su tímida dama»), Andrew Marvel. (*N. del T.*). <<

[62] *Los Cenci*, acto III, escena III, de P. B. Shelley. (N. del T.) 326 <<

[63] *The Bride's Tragedy* («La tragedia de la novia»), acto v, escena iv, de Thomas Beddoes. (N. del T.). <<

[64] Prometeo, castigado por Zeus por haber robado el fuego divino para entregárselo a los hombres, es encadenado a una roca a la que acude un águila para alimentarse de su hígado. En la versión teatral escrita por P. B. Shelley el ave se alimenta de su corazón. Cabe indicar que *Frankenstein* lleva por subtítulo «El moderno Prometeo». (N. del T.). <<

[65] Del poema «The world is too much with us». («El mundo está en nosotros en exceso»), de William Wordsworth. (*N. del T.*). <<

[66] De «Solomon», poema de Matthew Prior. (*N. del T.*). <<

[67] De «An Elegie on the Best Men and Meekest of Martyrs, Charles I», 1-4, atribuido erróneamente a John Cleveland en tiempos de la autora. (*N. del T.*). <<

[68] La autora recurre a la traducción de *El banquete* de Platón realizada por P. B. Shelley, en la que este traduce «Ate» (la diosa del Error o de la Discordia) como «Calamidad». La cita es como sigue: «Homero dice que Ate es diosa y delicada. Sus pies —dice— son delicados porque no los posa nunca en tierra, sino que marcha sobre la cabeza de los hombres». (*Ilíada*, 1, XIX, v. 92). (*N. del T.*). <<

[69] *Los trabajos y los días*, libro II, Hesíodo. (N. del T.). <<

[70] *Salmos*, 8, 5-6. (N. del T.). <<

[71] *Eclesiastés*, 9, 9-10. (N. del T.). <<

[72] *Eclesiastés*, 12.5. (*N. del T.*). <<

[73] De un poema sobre Carlos I atribuido generalmente a John Cleveland, aunque de autoría discutible. (*N. del T.*). <<

[74] *The broken heart* («El corazón roto»), acto v, escena II, de John Ford. (*N. del T.*).
<<

[75] *Antonio y Cleopatra*, acto v, escena 1, de William Shakespeare. (*N. del T.*). <<

[76] *Letter to a Noble Lord* («Carta a un noble lord»), de Edmund Burke. (*N. del T.*).
<<

[77] *Enrique VI*, acto v, escena III, de William Shakespeare. Quintus Roscius Gallus, actor romano del siglo III a. C. (*N. del T.*). <<

[78] *Edipo en Colona*, estásimo III, de Sófocles. (N. del T.). <<

[79] Cimbelino, acto III, escena IV, de William Shakespeare. (*N. del T.*). <<

[80] Alusión al argumento de la ópera *El cazador furtivo*, de Carl Maria von Weber. (N. del T.). <<

[81] Enrique IV, emperador de Alemania, se humilló ante las puertas de la fortaleza de Canosa para aplacar no a León, sino al papa Gregorio VII. (*N. del T.*). <<

[82] Julio César, acto I, escena III, William Shakespeare. (*N. del T.*). <<

[83] Término que procede del sánscrito *Jagannatha*, uno de los nombres de Krishna. En las festividades en que se le rendía culto se llevaban en procesión ídolos del dios en enormes carros empujados por centenares de hombres. Su fuerza era imparable y muchos peregrinos morían aplastados. (N. del T.). <<

[84] *Salmos*, 8, 4. (N. del T.). <<

[85] *Hamlet*, acto II, escena II, William Shakespeare. (*N. del T.*). <<

[86] *El escudo de Hércules*, Hesíodo. (N. del T.). <<

[87] *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, de Edmund Burke. (N. del T.). <<

[88] *Eclesiastés*, 12.5. (*N. del T.*). <<

[89] De «To music». («A la música»), de P. B. Shelley. (*N. del T.*). <<

[90] *The Bride's Tragedy* (La tragedia de la novia), acto 1, escena 1, de Thomas Beddoes. (N. del T.). <<

[91] Carta 5, *Letters from Norway* (Cartas desde Noruega), de Mary Wollstonecraft. (N. del T.). <<

[92] De «Tam O'Shanter», de Robert Burns. (*N. del T.*). <<

[93] De «Kublai Khan», de S. T. Coleridge. (*N. del T.* <<

[94] *Cantar de los Cantares*, 2.11-13. (N. del T.). <<

[95] Los cimerios, antiguos nómadas originarios, según Heródoto, del norte del Cáucaso, para Homero habitaban en los confines del mundo, envueltos en nieblas permanentes. (*N. del T.*). <<

[96] Soneto 44, William Shakespeare. (*N. del T.*). <<

[97] *El italiano, o el confesionario de los penitentes negros*, novela de Ann Radcliffe.
(N. del T.). <<

[98] Personaje homónimo de *Corinne ou l'Italie*, de Madame de Stael. (N. del T.). <<

[99] Referencia a una afirmación que el narrador expresa en el capítulo I. (*N. del T.*).
<<

[100] De «The Ruins of Rome». (Las ruinas de Roma), soneto XXIX, de Edmund Spencer. (*N. del T.*). <<